ESCARMANDA.

EDICION DE LUJO. CON PROFUSION DE LÁMINAS.

26-4-(6ii)

OSCAR Y AMANDA.

Oscar.

18122 L47-1520

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES.

SECCION MORAL-RECREATIVA.

Gac.ª Junio 1/74

OSCAR Y AMANDA.

(AMOR Y VIRTUD TRIUNFANTES.)

POR

REGINA MARÍA ROCHE.

VERDADERA Y ÚNICA REFUNDICION CASTELLANA

POR

D. ENRIQUE VILLALPANDO DE CÁRDENAS.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE ESPASA HERMANOS,

CALLE DE ROBADOR, NÚMEROS 39 Y 41.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

OSCAR Y AMANDA.

CAPITULO PRIMERO.

Vislumbres de esperanza.

La superiora del convento de Santa Catalina acompañaba á Amanda en todos sus pesares.

Su delicadeza y sagacidad le habian hecho comprender y compadecer ciertas amarguras que ella no habia experimentado nunca por sí propia.

Comprendia perfectamente cuánto debia padecer Amanda en su estado, y lo doloroso que debia serle, sobre todo en el primer período, el sacrificio de renunciar para siempre al hombre á quien habia amado de todo corazon, conservándose este digno del cariño mas puro, y no habiendo experimentado Amanda variacion ni menoscabo en los afectos que le inspirara desde sus primeros años: noble

objeto de la única pasion amorosa que habia conmovido su corazon.

Bien habria querido cicatrizar desde luego las recientes heridas de aquella simpática jóven; pero su discrecion misma le decia que póco podia hacer por ella en aquellos momentos y que del tiempo y la reflexion debia esperarse la cura.

Dispuesta á hacerlo todo en su obsequio, tomó las precauciones que le parecieron convenientes para hacerle aquella morada lo menos incómoda posible, y estuvo siempre al cuidado de cualquier alivio que pudiese proporcionar á su protegida, digna en su concepto de mejor suerte.

Dos horas habian trascurrido desde la vuelta del jardinero al convento.

Amanda continuaba entregada á sus tristezas, cuando se presentó á ella sor María.

Levantó Amanda los ojos al verla, y su bondadosa compañera mirándola con triste sonrisa, le entregó otra carta que para ella acababa de recibirse.

Amanda la cogió con cierta precipitacion, y á una mirada suya interrogativa, respondió la religiosa adivinando su pensamiento:

—La ha traido un criado del mismo lord Mortimer; vino á caballo y volvió á partir á toda prisa dejando la carta y este paquete.

Volvió Amanda la vista y vió en efecto un abultado paquete que sor María habia dejado sobre la mesa.

—¡Un paquete tan grande dirigido á mí! exclamó Amanda con extrañeza.

—La misma reflexion me hice yo al recibirle y os aseguro que ha excitado mi curiosidad.

—Habeis sido muy débil en esto, sor María, le dijo con benévolo tono de censura la superiora; pero á lo menos bueno es que lo confeseis y que ahora que está reciente la falta mediteis sobre ella, para precaveros en lo sucesivo de incurrir en otra.

Aunque la reprension fué dada en tono, digámoslo así, maternal, Amanda volvió el rostro á la superiora como intercediendo por sor María; mas esta con la mayor naturalidad contestó:

—Mucha razon teneis en ello, madre; y os confieso que hablaba de mi falta sin saber que la hubiese cometido siendo tan evidente. ¿Sabeis lo que es en mi concepto? Que yo confundí mi curiosidad con el cariñoso interés que, como á todas, me inspira nuestra amable huéspeda. Pero repito que teneis razon, bien lo conozco; ha sido falta y deseo no volver á incurrir en ella. Ahora es tiempo de trabajar por lograr mi deseo. Voy, voy á meditar.

Saludó así diciendo y salió.

Amanda quedó maravillada de aquel candor, de aquella lealtad; pues aunque conocia las buenas cualidades de todas sus compañeras, no habia creido que pudieran rayar tan alto.

Permaneció un momento inmóvil pensando en lo que acababa de presenciar.

La superiora, creyendo que quizá su presencia era la causa de que Amanda no abriese el paquete, se levantó para irse.

—¿Me vais á dejar? le preguntó esta en seguida al ver que se levantaba.

—Por un momento: mientras vos os ocupais de estos negocios, cuidaré de ciertas obligaciones.

—Si no son muy apremiantes, os suplico que os quedeis. Precisamente desearia teneros á mi lado mientras leo esta carta y examino el contenido del paquete.

—Si vos lo deseais...

—De todo corazon.

La superiora volvió á sentarse, y Amanda leyó la carta de Mortimer, que decia:

«Señorita Fitzalan.

«Recibireis la presente despues de mi partida de Car-«berry; os lo advierto para que no intenteis devolvérmela, «pues no será posible.

«Haced el juicio que vuestra delicadeza os inspire con «respecto al contenido del paquete que os envio; mi único «objeto es no dejaros expuesta á tener que recibir ciertos «favores de personas que os conocen de poco tiempo á esta «parte y á quienes deseareis ser lo menos gravosa po-«sible.

«Desechaisme como amante; pero si sois leal como no «dudo, no podreis negarme el título de amigo, título que «me autoriza el proceder de manera que no podia proceder «como amante. Yo, bien lo sabeis, aspiro y aspiraré siem-«pre á otro dictado que reuniria en mí las dos condiciones; «no he renunciado á ello ni renunciaré nunca; pero entre «tanto debo si no consolarme con el que vos me reservais, «vivir á lo menos resignado á él. Bien veo que vos tratais «de privarme de toda esperanza en este concepto; pero esto «es lo único superior á vuestras fuerzas; y los argumentos

«que habeis empleado para persuadirme sólo me han de-
«mostrado vuestro buen deseo.

«Os acompaño de todo corazon en los sentimientos que
«mostrais por vuestro hermano, Amanda, y el recuerdo de
«su desgracia ha hecho hervir la sangre en mis venas re-
«cordándome el infame mónstruo que á todos nos ha cau-
«sado tantos males. Uno de mis mas gratos placeres con-
«sistiria en poderos decir que he asegurado su suerte; pero
«toda vez que por ahora me está negada tanta dicha, os
«prometo ocuparme en averiguar su situacion y paradero;
«me figuro que no han de ser vanos los esfuerzos que me
«propongo hacer por él, y entre tanto imaginaré que toda-
«vía vivo unido á vos por algun lazo mas íntimo que los
«que vos quereis que nos unan. Tan pronto como tenga
«noticia del buen Oscar hallaré modo de comunicároslo
«para satisfaccion vuestra, así como espero tambien hace-
«ros saber el resultado de otras diligencias que empezaré á
«practicar muy en breve.

«Adios, Amanda, á quien no dejaré de amar nunca; á
«pesar de vuestra contestacion vuelvo á suplicaros que si-
«quiera por espacio de tres semanas sigais viviendo en el
«convento de Santa Catalina. Creo que por tan breve espa-
«cio de tiempo no podriais encontrar mejor asilo. Yo parto
«para Irlanda, á mi vuelta estaré muy impaciente por
«veros, y si no os encontrase ahí mi dolor seria muy
«grande é iria aumentando cada momento que tuviese que
«pasar informándome de vuestra nueva morada. No olvido
«que os habeis negado á recibirme ni que os proponiais
«[illegible]arme vuestro paradero en caso de dejar el convento;
«[illegible] insistir en mi propósito de visitaros, sobre

«todo cuando os doy mi palabra de honor de que no trataré «de veros otra vez sin permiso vuestro. Cualquiera que sea «vuestra resolucion, contad siempre con vuestro fiel

«MORTIMER.»

Dejó caer Amanda ambas manos despues de leer la carta, y recapacitando sobre lo que en ella decia Mortimer exclamó con acento en que entre la duda vibraba la esperanza:

—¿Debo dejarme llevar del movimiento que han despertado en mi ánimo las palabras en este papel contenidas?... ¿Será posible? ¿Cabe en lo humano que haya dado lord Mortimer con un plan que allane los obstáculos que nos separan? ¡Oh! no, no me dejaré arrastrar de esa falsa ilusion por no exponerme al desengaño, que seria funesto. ¡Todo acabó entre nosotros! Él sin embargo parece abrigar mucha seguridad... ¿Qué significa esto, Dios mio? ¿Estaré condenada á vivir en agitaciones continuas y habré de contribuir á atormentarme á mí misma cuando parecen olvidados de mí los que hasta ahora causaron mis desventuras? No permitais, Dios mio, que dé crédito á esa bella esperanza que me sonrie... y favoreced si son justos los esfuerzos de lord Mortimer; del que en medio de mi aparente desvío se interesa por mí como hermano y se acuerda de mi buen Oscar, que os ama tambien como yo.

Otra vez miró Amanda la carta, y sin apartar los ojos del papel añadió:

—Dice que para tener por imposible nuestra union ha de adquirir otro convencimiento... ¡y él lo cree, no hay duda, lo cree! si así no fuera, si no lo tuviera por cierto,

no se arriesgaria á hacerme concebir esperanzas. ¡Él puede empero engañarse tan fácilmente! El amor verdadero es crédulo, y él tiene tanta confianza en su corazon, que creerá cuanto sus impulsos le dén por seguro. ¡Ah lord Mortimer! no temais que yo os acuse de tenaz ni de frívolo como pareciais temer, no; por mas que mis imperiosos deberes exijan de mí el sacrificio de apartarme de vos, siempre os tendré por el corazon mas honrado, por el hombre mas generoso y mas digno del verdadero cariño, ya que por la pobre Amanda, huérfana y abandonada, os imponeis cada dia nuevos sacrificios; ya que sois de los pocos que no la creen indigna; ya que no os arredra el poderoso obstáculo que tantas veces os he señalado para que renunciarais á vuestras pretensiones. Podrá suceder, y eso lo doy por seguro, que os engañeis en cuanto á la posibilidad de que me llame un dia vuestra esposa, pero no me habré engañado yo en el concepto que de vuestros nobles sentimientos tengo formado. Vuestras breves frases acerca de Oscar me han dado tales alientos, que le creo ya amparado para siempre contra todo género de adversidades.

Volvieron á asomar las lágrimas á sus ojos, pero aquel llanto era de agradecimiento y servia de desahogo y consuelo á su corazon.

Acudió á abrir el paquete y halló en él una cartera blanca que contenia en billetes de poco valor una suma de doscientas libras esterlinas.

—No debo ofenderle devolviéndole este dinero, dijo Amanda despues de contarlo; tiene razon cuando dice que tiene derecho para mirarme como amiga. Él ha sido delicado valiéndose de esta fórmula para hacérmelo aceptar;

pero seria indecoroso en mí deberle favores de este género sin tener la seguridad de desempeñarme. Estos billetes quedarán en mi poder, mas yo sabré guardarme de hacer uso de ellos; puedo tener bastante confianza en mí para saber que no corro peligro en guardarlos aunque tenga que verme sometida á las mayores privaciones.

Acercóse al asiento donde habia dejado á la superiora, y con grande asombro vió que no estaba allí.

Se asomó á la puerta creyendo que tal vez acababa de salir en aquel momento y tampoco la vió.

En efecto, Amanda habia permanecido largo rato meditabunda y con los ojos fijos en la carta de Mortimer antes de leerla, y la superiora, queriendo dejarla en completa libertad, se habia retirado sin que la conturbada doncella hubiese podido notarlo.

Comprendió la delicadeza de aquel proceder, y en medio de su afliccion le sirvió de grato consuelo el ver que á lo menos se hallaba entre personas dotadas de exquisitos sentimientos.

Poco á poco las esperanzas manifestadas por Mortimer en su última carta volvieron á fijarse en su memoria, y aunque ignoraba en qué pudieran fundarse, encontró alivio en dejarse mecer un instante por ellas.

CAPITULO II.

Una visita simpática.

Volvió Amanda á entrar en su cuarto y toda vez que se hallaba sola quiso aprovechar la ocasion de entregarse sin testigos á sus pensamientos.

Despues de pagar los gastos ocasionados por la enfermedad y el entierro de su padre, le habian quedado siete guineas. Su intencion habia sido hasta entonces permanecer en el convento de Santa Catalina hasta hallarse restablecida, y despues de retirarse á alguna de las vecinas cabañas donde ayudando á las mujeres en sus quehaceres se ganaria el sustento.

El dinero que le quedaba pensaba entregárselo á las religiosas de Santa Catalina, que si bien se negarian á aceptarlo como paga de lo que con tanto desinterés habian hecho en su obsequio, no podrian negarse, pensaba ella, á aceptarlo en calidad de limosna para el templo, aplicándolo al objeto que mejor les pareciera.

Mucho le repugnaba tener que dejar el blando y cariñoso trato del convento por el de las groseras aldeanas; pero continuar permaneciendo allí despues de recobrada la salud le parecia un abuso.

Despues de las reiteradas súplicas de Mortimer, resolvió seguir habitando el convento el tiempo que él le indicaba, y no debemos ocultarlo, la razon mas poderosa que tuvo para obrar así fué la esperanza de que entre tanto podia recibir noticias de su hermano y quizá ocurriria una variacion en su suerte.

Si esta esperanza no se realizaba, discurrió que para entonces ya estaria completamente restablecida y tomaria una resolucion definitiva para lo porvenir; pudiendo dedicarse al trabajo y sacar partido de su habilidad.

Por último, queriendo reunirse cuanto antes á la superiora que habia querido no hallarse presente á la lectura de la carta y al exámen del paquete, se dirigió al jardin y la encontró sentada en un poyo al lado de la simpática sor María.

—Amiga mia, dijo esta al ver llegar á Amanda, yo bien he querido avisaros muchas veces; pero mi madre no me lo ha consentido, por mas que le he repetido que encontraríamos hechos carbones las tostadas para el té que quedaron junto á la lumbre.

—Y cuando yo pensaba que vuestra buena madre estaba haciéndome compañía, me encontré sola sin ver por dónde habia salido, contestó Amanda.

—Hija mia, replicó la superiora, mi primera intencion era irme; despues quise quedarme porque vos me lo rogabais, y cuando abristeis la carta os quedasteis tan absorta

y meditabunda, que comprendí que teniais necesidad de estar sola, aunque de pronto no lo hubierais conocido. Ya veis como hice bien, añadió con una sonrisa. Si me quedo allí, veinte veces nos habrian venido á interrumpir para hablaros de las tostadas para el té.

—¡Y entre tanto yo he sido la causa de que no lo hayais tomado! ¡y luego seré capaz de acusar á alguno de egoista!

—No hay para tanto, hija mia, que no se ha pasado el tiempo: precisamente hasta esta hora no lo solemos tomar nunca.

—¿Puedo ir ahora, madre, á ver cómo está? preguntó sor María.

—Id con Dios, y si se han echado á perder, haced otras en seguida, que nuestra huéspeda apenas ha probado hoy bocado alguno y tendrá apetito.

La superiora conoció que Amanda habia llorado; pero casi no habria tenido reparo en asegurar que su llanto habia sido de gozo, pues la vió mucho mas animada que durante todo el dia.

Su discrecion y aquella natural delicadeza que jamás la abandonaban, no la consintieron preguntar la causa de aquel plausible cambio; pero no pudiendo ocultar la alegría que le causaba ver á Amanda en aquel estado, le estrechó afectuosamente la mano, diciendo:

—Os encuentro mejor, hija mia, y os doy mi enhorabuena. Tomo tanta parte en vuestros disgustos como en vuestras satisfacciones, y no puedo ocultar el placer que recibo al veros tan animada.

Habia tanta cordialidad en aquellas palabras, que

Amanda no pudo contener las lágrimas que asomaron á sus ojos.

—Señora, dijo estrechando á su vez la mano de la religiosa, ¿qué os podré decir yo del efecto que me hacen vuestras expresiones, que no lo digan mejor las lágrimas que me veis derramar? Estoy sola en el mundo, porque ignoro el paradero de mi único hermano, sér tan desvalido como yo, y el cariño que en vos encuentro me hace pensar que aun vive en la tierra algo del excelente padre que he perdido; pues en vuestro buen corazon encuentro los sentimientos que siempre animaron el suyo.

La superiora la abrazó con efusion, y cogida del talle la llevó á donde las esperaban ya reunidas las religiosas para tomar las tortas y tostadas con el té.

Muchas de ellas rogaron á Amanda que tomara alguna cosa sólida, y ella tuvo que corresponder á la buena gracia con que se la brindaron, especialmente la abadesa y sor María.

Despues de la colacion se retiraron las religiosas y en aquel momento entró el médico.

Amanda apenas le vió sintió subírsele la sangre á las mejillas.

El doctor se quedó contemplándola buen rato con rostro risueño y por fin dijo:

—Si ese hubiera sido vuestro color natural durante todo el dia, la medicina seria una gran ciencia y yo uno de los hombres mas felices del universo. Permitidme que os tome el pulso.

Tendió Amanda su linda mano, y el doctor se la tomó sin dejar de contemplarla.

—No va mal, dijo despues de un buen rato; os hallo el pulso alterado por una conmocion reciente, que sin duda será pasajera; pero no va mal. A propósito, ahora que estamos sin testigos, ¿estais segura de... de haber guardado cuidadosamente el libro que os entregué?

—Sí, señor, respondió Amanda bajando los ojos.

El doctor interpretó bien aquel movimiento y dijo con viveza:

—He sido un necio que no conocí al entrar que mi presencia era la causa de haberos conmovido. ¿No es verdad?

—Verdad es.

—Y fué la conmocion por acordaros entonces del libro, ¿no es eso?

—Así es.

Amanda comprendió que el doctor estaba enterado de sus relaciones con Mortimer.

—Siento, querido doctor, que hayais contribuido á hacer uso de una estratagema.

—Yo, hija mia, no lo siento: soy amigo de llegar á los buenos resultados por el camino recto; pero sobre todo de llegar á los buenos resultados. Si no puedo alcanzarlos directamente, me tuerzo; para eso tenemos la espina dorsal hecha de varias piezas, y pobre del que no puede hacerla ondular. Hablando en razon, señorita Amanda, yo trato hoy dia con pocos hombres, y entre pocos no es fácil dar con uno de corazon excelente. He tenido la fortuna de dar con lord Mortimer, jóven ilustre, cabeza sólida, corazon magnífico, ejemplar rarísimo para los tiempos que corren y los que han corrido; que no soy yo de los que creen que

su siglo es el peor. Ese jóven me ha cautivado, y vos sabeis que á él no le es difícil ganarse los corazones.

Yo habria querido y quiero con toda el alma prestarle algun servicio; ví que haciendo llegar la carta á vuestras manos le hacia un favor mas importante de lo que tal vez creerian algunos frívolos que sólo tienen en gran concepto las desinencias griegas, y con la mejor voluntad del mundo me comprometí á entregaros el libro con lo que contenia.

¿He hecho mal? no me digais que sí; porque yo os encuentro mejor; á un médico, ya lo veis, no se le engaña fácilmente. Por otra parte, bien sabe Dios que me alegraria de haber hecho el favor no á Mortimer solo, sino á vos tambien.

Amanda volvió á bajar los ojos.

El doctor prosiguió:

—No debo insistir en el elogio de Mortimer, y por otra parte, creo que no es menester, hablando con vos. Cuando le oí por primera vez hablarme de vos con tanta pasion y entusiasmo, ántes de tener yo el gusto de conoceros, creí sin vacilar que estabais dotada de todas las virtudes y encantos que él os atribuia y he visto que no me habia engañado. Bien sabia yo que no habia de amar á quien no lo mereciese, y este es otro de los motivos por los cuales estoy enorgullecido por el cariño que me muestra. ¿Os reis? ¿vais á llamarme quizás adulador? Reid, pues, enhorabuena: todo médico se alegra de ver reir á los que él ha visitado cuando se hallaban enfermos. Por lo demás ¿cómo os he de decir que os creo realmente digna de Mortimer? El asunto es demasiado grave para ser tratado de otro modo

que seriamente; creedme. En estas materias y sobre todo tratándose de vos, todo lo que no fuese hablar con toda formalidad me pareceria indecoroso para entrambos... para los tres.

Sorprendida Amanda por el tono grave con que el doctor habia pronunciado aquellas palabras, le miró á la cara y vió con placer que la expresion de la fisonomía correspondia muy bien con la del acento.

Aunque siempre habia tenido al doctor por hombre amable, nunca se lo habia parecido tanto como en aquella ocasion.

—No es justo que ignoreis, ya que me oís hablar así, dijo el doctor, que yo no he sorprendido ningun secreto. Ví á lord Mortimer consumido por el dolor; le advertí que debia mirar por su salud; él me confió sus inquietudes y sus pesares, me conmovió profundamente con lo que oí de sus labios. No sois capaz de imaginar los votos que desde entonces he hecho por vuestra felicidad y la suya, y cuánto he deseado que vuestras amarguras terminasen como... como terminan las de los finos amantes en las comedias morales, es decir, con un casamiento.

—Muchas gracias por vuestros buenos deseos, dijo Amanda sonriendo.

—Os juro, señorita, que son sinceros.

—Lo creo sin que jureis.

—Y puedo añadir que á ratos me he desesperado viendo que vuestros asuntos no iban tan bien encaminados como debian ir. La vuestra oposicion á enlazaros con lord Mortimer, oposicion que he calificado de absurda..., perdonad si digo una verdad que...

—Aunque no hayais calificado con acierto, no por eso he de condenaros por decir la verdad, sea como fuere. Al contrario: á todos mis amigos deseo hallar siempre verdaderos. Si lord Mortimer os ha confiado nuestros sucesos, me parece imposible que no hayais comprendido que nuestra union es imposible.

—¡Imposible...! Pues yo no desespero de verla realizada. No soy pesimista para mí ni para los demás. Tambien yo he pasado mis penas en esta vida, ¿quién se ha visto exento de ellas? y sin embargo, jamás me ha abandonado la esperanza, ni aun en los momentos de mayor apuro. Así que, á pesar de todos los obstáculos, confio en veros señora del castillo de Carberry y en visitaros asiduamente... no como médico, entendámonos, sino como amigo. Sé que Mortimer no puede ser feliz sino con la condicion de ser esposo vuestro, y nunca creeré que el cielo le niegue una dicha á que es tan acreedor. Lo mismo digo de vos. Vuestro porvenir es oscuro, triste, si habeis de pasar la vida en la soledad, echando de menos lo que habeis soñado de ventura y honestos placeres al lado del hombre que en algun tiempo considerasteis como vuestro futuro esposo; llorando desdichas en que no habeis tenido parte alguna; viendo el triunfo de los que os han querido mal; viendo mal recompensadas las virtudes de vuestro padre...

—Doctor... le interrumpió Amanda.

—¿Qué teneis que mandarme?

—Que me hagais el obsequio de hablar de otra cosa.

—Lo haré por obedeceros. Por supuesto que en cuanto vuelva yo la espalda vais á decir que soy un parlanchin; que tal vez me ocupo demasiado en los negocios ajenos;

pero afortunadamente esas cosas os las direis á vos misma á solas y al fin añadireis: es un excelente sugeto con todos sus defectos. ¿No es verdad?

—Sí, doctor: sin recordar ni saber de vos defecto alguno, diré siempre que sois en realidad un excelente sugeto.

—¿Lo veis? para algo sirven los defectos. Si yo no hubiera estado hablando como una cotorra, tal vez aun no habriais podido conocer bien el fondo de mi corazon. Ahora que os dejo esta buena impresion de mí, me retiraré para no echarla á perder.

—¿Os vais ya?

—Sí, dijo el doctor levantándose. Podria llegar á pareceros pesado, y deseo que no me mireis sino por el lado bueno. Señorita Amanda, creed que teneis en mí un amigo que desea veros feliz.

—Os lo agradezco en el alma. Antes de partir, doctor...

Amanda se levantó y buscó en su cartera un billete para dárselo.

—¿Qué es eso? dijo el doctor.

—Ya sabeis que no soy rica. Os muestro como puedo mi agradecimiento por vuestros cuidados.

—¿De veras? dijo el doctor de cuyo rostro desapareció la sonrisa. ¿Así quereis mostrarme que sois mi amiga? Cuando creia haber adquirido el derecho de venir á veros impunemente, ¿me venís á decir que mis visitas os cuestan el dinero? No he visto manera mas eficaz de echarme de vuestro lado.

—Pero, doctor...

—Yo no soy doctor, ¿lo entendeis? Yo soy un amigo

que debe á lord Mortimer muchas atenciones, y ahora le debo además el gusto de haberos conocido; pero por mucho que valga vuestra amistad no debeis hacérmela pagar á costa del ridículo. Creedme, señorita, acá para entre los dos, los verdaderos amantes de la ciencia, deberíamos todos ser ricos para pagar á los enfermos que á su costa nos proporcionan ocasion de conocer los misterios patológicos...; pero ¿qué haceis todavía con este papel en la mano? ¿Quereis que me vaya avergonzado?

—Sois original...

—Enhorabuena: epígramas de este género los aceptaré siempre de vos y no me quejaré por ello, con tal que me permitais continuar mis visitas. Hoy he abusado un poco de vuestra atencion, pero en lo sucesivo os prometo ser mas breve y mas ameno tambien. ¡Ojalá podamos vernos cuanto antes en Carberry, á pesar de todas vuestras desconfianzas.

Despidióse el doctor en seguida, y Amanda pensó todo el dia en los asuntos cuya memoria habian despertado en ella su conversacion y los ocultos proyectos á que en su carta se referia lord Mortimer.

Aquella noche su sueño no fué tan tranquilo como otras noches; pero á la mañana siguiente se halló mas animada y contenta que en los dias anteriores.

CAPITULO III.

¿Recobrará Amanda la paz?

Amanda creyó que despues de haber dicho el médico que se hallaba completamente restablecida, no debia dejar trascurrir un dia mas sin demostrar á las buenas religiosas que no se proponia abusar por mas tiempo de su hospitalidad.

A este fin habló á solas con la superiora y la quiso obligar á que aceptase la corta cantidad de que podia disponer.

La superiora se negaba á ello; pero cuando Amanda le dijo que si insistia le obligaria á dejar al instante el convento, la buena madre lo aceptó por no verse privada de su compañía.

En cuanto á lo sucesivo, Amanda propuso pagar una pension hasta donde alcanzasen sus medios, y á esto tampoco quiso convenir la madre: antes le aseguró que todas las religiosas se darian por ofendidas de ella si se empe-

ñaba en hacerles admitir cosa alguna, pues todas se creian obligadas á hacer esfuerzos para hacerle agradable aquella mansion, donde deseaban tenerla largo tiempo.

Amanda, como era natural, se mantuvo firme en no querer ser gravosa á la comunidad que no estaba sobrada, y al fin convinieron en que ella pagaria lo que pudiese, bajo promesa de que cuando su destino la llevase á otra parte no se habia de negar á admitir un pequeño obsequio que entre todas le harian.

Así mas tranquila, ordenó todos los objetos de su pertenencia, que eran bien escasos por cierto, y dejó á mano su caja de colores con objeto de aprovechar el tiempo dedicándose á la pintura, no sólo para entretenerse, sino tambien para ejercitarse en un arte del cual quizás tendria que depender su subsistencia.

Las religiosas se mostraron muy contentas al saber que Amanda no las dejaria tan pronto, y se desvivian todas para que conociese su buena voluntad y el cariño con que deseaban servirla.

La calma fué poco á poco volviendo al corazon de Amanda.

Despues de la desgracia de perder á su padre, á lo menos se encontraba entre personas que la querian bien y fuera del alcance, al parecer, de sus crueles perseguidores.

Como las religiosas de Santa Catalina no vivian encerradas ni profesaban desprecio ni indiferencia á los afectos humanos, su compañía le fué mas grata que lo hubiera sido la de personas cuyos conocimientos é ideas no hubiesen tenido nada de comun con los suyos.

Aquellas mujeres vivian consagradas á la religion, y

sin embargo ninguna de ellas pudo creerse mejor que Amanda.

Veíanla siempre delicada en sus afectos; veíanla siempre hábil en evitar molestias á sus semejantes; jamás la oyeron murmurar de nadie ni mostrar encono á los que habian causado su desgracia; conocia cuán profundo era su sentimiento por las desdichas ajenas, y en cuanto á fervor en la oracion y respeto al culto, tampoco tenia que envidiar nada á sus compañeras.

Así fué que diciendo cierto dia una de las religiosas que á Amanda, para ser como una de ellas, sólo le faltaba el hábito, la superiora le replicó con cierta sonrisa:

—El hábito no hace al monje.

Y tenia razon, pues, lo repetimos, Amanda habria podido servir de ejemplo en el convento si no se hubiera hallado en él la excelente superiora, y si ejemplo hubiesen necesitado las hermanas, cosa que á la verdad no sucedia.

Un nuevo consuelo halló en la superiora, y fué el aprender de ella que si estaba satisfecha de su conducta, debia considerar que su padre desde la otra vida gozaria de mejor reposo, y que habiéndole ella acompañado en la tierra, sin separarse de su obediencia, y habiendo endulzado sus últimos momentos, no tenia para qué deplorar que el buen anciano despues de tantos infortunios hubiera hallado el reposo y la recompensa á que era acreedor por sus trabajos y virtudes.

Así pues, aunque melancólica, gozaba Amanda de cierta dulzura en su existencia.

La imágen de Mortimer solia turbar su calma, y todos sus esfuerzos para olvidarle eran inútiles.

Aun cuando hubiese menguado el amor en su corazon, cosa que estaba lejos de suceder, no habria podido acordarse de él sin vivas ansias.

Siempre que pensaba en Oscar, y pensaba en él á menudo, se acordaba del que habia prometido averiguar su paradero y protegerle.

Muchas veces, casi siempre, estas ideas le atraian á la memoria las palabras con que Mortimer se habia referido á aquel asunto, y en semejantes ocasiones abria la carta de este, y despues de repasar lo que á Oscar se referia, la leia por entero, deteniéndose en aquellas frases en que Mortimer insinuaba la nueva tentativa que se proponia hacer al dejar el castillo de Carberry.

Aquellas frases la sumian en la mayor incertidumbre.

No era sólo curiosidad lo que despertaban en ella, sino viva inquietud.

Temia que las diligencias de Mortimer no volviesen á exaltar los oidos de sus crueles enemigos, de los que habian sido enemigos de su pobre madre, y que con su deseo de hacerla feliz no fuese causa involuntaria de nuevas desventuras para ella.

La soledad del convento tenia la ventaja de no obligarla á tratar con personas que no le fuesen simpáticas, y de permitirle entregarse á sus meditaciones; pero en cambio no era á propósito para distraerla y renovar sus ideas, de suerte que cuando la aquejaban pensamientos tristes ó temores sobre el porvenir, quedaba entregada á ellos sin defensa.

Para desvanecer las impresiones desagradables, leia ó pintaba, y no se alejó nunca de los alrededores del reli-

gioso recinto para que el aspecto de ciertos lugares no renovase en ella la memoria de lo que deseaba olvidar.

Al caer la tarde solia alejarse un poco por un camino jamás concurrido, si camino podia llamarse la estrecha vereda abierta en la falda del monte, casi siempre cubierta de verde yerba.

Desde allí veia apagarse los rayos del sol, y sin ser vista de nadie, oia balar las ovejas de vuelta á sus rediles, y veia bañarse el bosque, el monte y el valle de tintas melancólicas que parecian á propósito para decirle que su corazon estaba siempre en el estado en que entónces se hallaba la naturaleza entera.

Cuando se hallaba lejos del monasterio, se sentaba volviendo el rostro á sus antiguas paredes.

Al ver medio derruidos los atrevidos y robustos arcos que se habian sostenido en pié durante siglos enteros; al contemplar las silvestres flores que se mecian en sus grietas, se apoderaba de su corazon una apacible tristeza, una tristeza que siempre es grata á los séres delicados, y no habria trocado las lágrimas que aquel espectáculo le arrancaba por las mayores alegrías del mundo.

Así pasaban por ella los dias.

Nunca vió en el semblante y en la conducta de las religiosas señal alguna que le hiciera sospechar del cariño que siempre habian mostrado tenerle, ni que hubiese dejado de serles agradable su presencia en aquel retiro.

Al contrario, para hacérselo mas cómodo, mas plácido, discurrian á cada paso cosas nuevas y parecian emplear todo su ingenio en proporcionarle agradables sorpresas.

Quince dias habian trascurrido de este modo.

Amanda se habia familiarizado tanto con sus compañeras y con su nueva morada, que le parecian objetos de un antiguo cariño.

Muchas veces pensaba que á no haber padecido tanto; á no abrigar los temores que de cuando en cuando la asaltaban, pasar la vida en aquel convento podia llegar á constituir una verdadera felicidad.

Cierta mañana estaba bordando en la sala al lado de la abadesa, cuando se oyó el ruido de un coche á la puerta del convento.

Amanda, sin saber á qué atribuirlo, se estremeció y suspendió su tarea. El nombre de Mortimer, próximo á escapársele, espiró en sus labios y su recuerdo le hizo asomar los colores al rostro.

Miráronse á un mismo tiempo ella y la superiora, y antes que tuviese tiempo para comunicarse sus ideas, la inquietud de Amanda se convirtió en verdadero asombro, al ver á la señora Kilcorban con sus dos hijas.

La pobre Amanda experimentó una sorpresa tan grande, que ni siquiera supo formular uno de aquellos cumplidos que pueden sacar de apuro en ocasiones semejantes.

Las dos hermanas, acostumbradas á saber el precio de todas las cosas y á estimarlas por el dinero que habian costado, saludaron á Amanda cual les pareció que correspondia hacerlo con una persona reducida á muy escasos medios para vivir.

La madre, antes de hablar, reveló en sus primeras miradas y en su actitud aquella innata grosería que todos sus semejante emplean con las personas de naturaleza distinguida víctimas de la pobreza.

—¡Ay señorita! exclamó con aquella compasion torpemente fingida que hace resaltar la superioridad que se atribuye el rico: no podeis imaginar cuánto hemos sentido vuestras desgracias; creed que nos hemos ocupado mucho de vos. Al pensar en lo que habiais lucido en aquel baile (bien os acordareis) y en la triste suerte que os ha cabido siendo tan jóven... Si á lo menos vuestro padre hubiera sido hombre de suerte... vamos, quiero decir que los duelos con pan son menos. Os repito que muchas veces nos hemos acordado de vos con harta pena por cierto. Hemos pasado el invierno en la ciudad, y como ya podeis presumir, hemos asistido á muchas reuniones y bailes, y siempre, siempre hablábamos de vos pensando en el estado tan diferente en que os hallabais. Hasta ayer no hemos llegado aquí porque quisimos aprovechar toda la temporada de diversiones. A nuestra vuelta empezamos á preguntar, como es natural, por todos los amigos y conocidos, y figuraos cómo nos quedaríamos al saber la muerte del capitan. Fué la primera noticia que nos dieron. Siento traeros á la memoria un suceso doloroso; pero sólo lo hago para que sepais que tomo parte en vuestros pesares. En fin, por eso no hay que desconsolarse; ello habia de ser un dia ú otro y por ley natural vos debiais sobrevivirle. Es un camino que todos tenemos que hacer, y el no haber nadie exceptuado de esta ley debe ser un gran consuelo para todos, sobre todo para los pobres; porque si con dinero pudiéramos eximirnos de morir, figuraos cuántos atropellos se cometerian; todo el mundo querria ser el mas rico para no morirse nunca. Así es que yo siempre digo: sea lo que Dios quiera; cuando sea llegada mi hora ¡qué remedio! haré

como los demas, y no hay mas que bendecir su voluntad.

Pues, como os decia, supe la muerte de vuestro padre, y al mismo tiempo me enteraron de la miseria en que os habia dejado. Yo dije para mí: ¿y es posible que una señorita que se ha visto tal cual y que al fin y al cabo durante mas ó menos tiempo ha brillado en la buena sociedad, es posible que tenga que verse condenada á una miseria que quizá no tenga término? Hablamos sobre este particular con mis hijas, y se nos ocurrió una idea que nos pareció magnífica porque os pondria en el caso de ganaros la vida honradamente. Cuando fuimos á pasar el invierno en la ciudad, llevamos con nosotros el aya, como era consiguiente; pero no ha querido volver, ha preferido quedarse allí, como tonta que es. Buena ocasion, he dicho al saber vuestro estado. La señorita Amanda no se halla en el caso de despreciar nada, y admitirá gustosa el puesto de aya de mis hijas, que no parece sino que ha nacido para ello, segun es de bien criada y con la habilidad que Dios le ha dado previendo sin duda lo que habia de suceder. A mis hijas les pareció muy bien la idea, tanto mas, cuanto que vos podeis enseñar el francés á las cuatro pequeñitas, y otras habilidades que para vos son ahora de utilidad, y para ellas, que no lo necesitan, servirán de adorno. A estas dos mayores las podeis componer los trajes y enseñarlas á ingeniarse para ir conforme con la moda, ya que en este desierto les sobra tiempo por no haber diversiones, y no tienen á nadie á quien tomar por modelo. Yo doy veinte guineas al año. Vos direis si os conviene, advirtiendo que cuando no tenemos forasteros, el aya come á nuestra

misma mesa y los demas criados siempre le tienen algun miramiento.

Al principio escuchó con enojo Amanda la relacion de la vieja; pero á poco de oirla hablar, se sintió tan superior á ella, que ya no pudo seguir enojándose por lo que le oia. La escuchó sin mas pesar que el que le producia su pesadez y le dejó decir todo lo que pudo ocurrírsele.

Al terminar, al oir hablar de que podia aspirar al honor de comer á la mesa de aquella familia ridícula y grosera, volvió á experimentar cierta incomodidad; pero se repuso en seguida.

—Os agradezco infinito, señora, replicó con mucha naturalidad, el interés que os he inspirado, y bien lejos estaba yo de figurarme que en medio de mi dolor el cielo os hiciera poner el pensamiento en mí. Creed que no lo olvidaré nunca, y que á poco que me fuese posible aceptaria gustosa vuestros ofrecimientos.

—Pero... ¿no aceptais?

—No, señora...

—¿Por qué?

—Porque no estoy en el caso... no tengo aptitud bastante para la enseñanza que exigís de mí...

—Bien podria ser que se os hubiesen atribuido talentos de que carezcais en efecto; pero... todo puede arreglarse. Si no servís para enseñar el francés y demás á las cuatro pequeñitas, servireis cuando menos para arreglar los perifollos de las mayores y ayudarnos en otras cosillas. Sólo que... ya conocereis la fuerza de su razon; si yo me veo obligada á tomar maestras para las pequeñas, tendré que rebajaros un poco el salario, si bien os prometo ponerme

en lo justo; porque yo no soy roñosa como otras muchas; que á Dios gracias tengo lo que me hace falta y aun me sobra.

—Señora; dijo la abadesa que hasta entonces habia callado, si la señorita Fitzalan rehusa vuestros ofrecimientos, no es porque no se sienta capaz de enseñar las pequeñeces que exigís de ella, ni es cierto que se le hayan atribuido mas talentos de los que realmente tiene: antes al contrario, su modestia es causa de que siempre parezca inferior á su verdadero mérito. Yo comprendo y apruebo la causa de su negativa y creo que puedo dárosla á conocer. La señorita Fitzalan es digna de las mayores consideraciones, y no aceptará nunca una colocacion humillante; por ejemplo, no aceptará la colocacion que le ofreceis bajo condicion de que el dia que tengais un forastero convidado, sea quien fuere, haya de dejar de comer en el puesto que le corresponde. No aceptará como una gracia, por ejemplo, la consideracion que le tengan los demás criados. Vos conoceis su educacion, y esto solo debe bastaros para haceros comprender que no puede aceptar la superioridad que adquiririais sobre ella si la tuvierais á sueldo.

—Señora, me parece que pagándola...

—Señora, hay cosas que no se pagan con dinero.

—Sin embargo, yo creo que el que no tiene...

—El que no tiene delicadeza, ¿dónde la comprará?

—Sin duda, dijo á esta sazon una de las muchachas, la señorita Fitzalan no es tan desgraciada como creíamos.

—En efecto, dijo la abadesa. No es desgraciada hasta el punto de tener que aceptar una colocacion, cualquiera

que sea, pues mientras subsista nuestra comunidad puede vivir en este convento, sin necesidad de ser aya de nadie y teniendo á su servicio á todas las religiosas.

—Siempre es un recurso. Quizá acabe por meterse monja.

—Y cuando no, dijo la Kilcorban mayor, lord Mortimer, que ha pasado una larga temporada en Carberry y estará bien enterado de sus asuntos, no dejaria de proporcionarle una buena plaza, sabiendo como sabe todo el mundo la íntima amistad que le profesa.

—En fin, mejor, mejor, replicó á su vez picada la señora Kilcorban, yo me alegro de que su posicion no sea tan precaria como me habian dicho. Veo que aquí tiene su arpa, su guitarra, sus pinceles, señal de que no tiene tareas apremiantes y que puede pasar el tiempo agradablemente entretenida, leyendo y cantando. No es en verdad el espectáculo para enternecerse como yo me habia enternecido por ella, sino para alegrarse. Por lo demás, yo no habia venido solamente para ajustarla por aya, aunque es colocacion que tomarian muy gustosas señoritas que valen mucho, sin agraviar á nadie. Siempre habré tenido mucho gusto en veros, y aunque con el sentimiento de que nada hayais heredado de vuestro padre, á lo menos con el consuelo de que no esteis tan apurada de recursos como se creia. Ahí teneis, yo os compraria de buena gana el arpa, la guitarra y los papeles de música; pero si no pasais necesidad, probablemente no querreis venderlo.

—Ciertamente, señora, no lo quiero, no lo debo vender; son los únicos compañeros de la vida que me quedan y vienen á ser para mí objetos casi sagrados, porque son re-

galo de mi querido padre, y tengo cierto orgullo en conservarlos.

—Está muy bien dicho. Ojalá que ese orgullo no se vea humillado nunca. El pobre siempre ignora lo que será de él al dia siguiente, y tal cosa desprecia hoy que mañana tomaria de rodillas. Vaya, pues ya hemos tenido el gusto de veros y manifestaros hasta qué punto nos interesamos por vos, nos retiraremos para no ser importunas y descansar en nuestra casa.

—Señora, señoritas, dijo la abadesa, podeis sin inconveniente descansar aquí si gustais.

—Un millon de gracias, señora. Os felicito por la preciosa compañera que teneis, digna de mejor suerte.

—Así es en verdad, replicó la abadesa.

Murmuraron unos finos cumplimientos las tres damas Kilcorban, y se fueron con grande enojo por la contestacion que les habia dado Amanda y tambien por el apoyo que en la superiora habia encontrado.

CAPITULO IV.

Nuevas proposiciones.

Al volver á hallarse solas Amanda y la superiora, habló esta con lástima de la vanidad y ridiculez de aquella familia, y no pudo ocultar el disgusto que le habia causado una de las hijas, aludiendo maliciosamente á la amistad entre Mortimer y su protegida.

Jamás habia dudado de la virtud de Amanda, y se indignó de que una chiquilla que tenia todas las trazas de grosera y cuya honradez no habia sido puesta á prueba, pero capaz de muchas debilidades por la vanidad que demostraba, no hubiera respetado, como respetaba ella, la situacion de la hija del honrado Fitzalan.

Como ya hemos dicho que Amanda se consideraba muy superior á aquella gente, por mas que se disgustó con ella en el primer momento, no lograron inspirarle enojo, y siguió considerándolas como siempre las habia considerado.

No volvieron á hablar de ellas, y Amanda las habia olvidado por completo, cuando por la noche recibió una carta concebida en los siguientes términos:

«Señorita Fitzalan:

«He sabido que mi madre y dos de mis hermanas ha-«bian estado á veros, y no puedo menos de mostraros el «sentimiento que con toda mi familia he experimentado «por vuestras desgracias. Me han dicho tambien mi madre «y mis hermanas los ofrecimientos que os habian hecho y «no me he admirado que los rechazarais. Antes me habria «causado mucha admiracion que una persona de vuestra «alcurnia y vuestro sobresaliente mérito los hubiese admi-«tido. No conviene tan baja categoría con la alteza de «vuestros pensamientos. Otra posicion os cuadraria mejor «y á ella quisiera yo veros trepar denodadamente. Si que-«reis declararos soberana de mi corazon, dadme noticia del «dia y hora en que os trasladeis á Dublin, donde os pro-«meto seguiros. Allí, en vez de servir, sereis servida como «os corresponde; allí eclipsareis y dareis envidia á gente «que ahora os tiene en poco. Ya sabeis que mi posicion me «consentirá cumpliros mi palabra. Espero vuestra respues-«ta para que el sol se complazca en brillar sobre vuestros «encantos. Adios, amada mia, siempre amada mia. Os «envia todo su corazon vuestro apasionado

«B. KILCORBAN.»

Difícil seria pintar con exactitud el efecto que esta necia carta produjo en Amanda, sobre todo teniendo en cuenta que al recibirla le habia dado un vuelco el corazon, cre-

yendo que seria de Mortimer y esperando hallar en ella noticias de su hermano Oscar.

Despues del desengaño de ver de quién era, se rió de la necia ironía que reinaba en sus primeras líneas: pero al llegar á los últimos párrafos tan llenos de insolencia, se indignó hasta el punto de que ella, tan amable é indulgente, habria querido castigar la brutal grosería del ricacho.

Aquella accion era digna del infamante látigo.

Amanda no habia dado derecho á nadie para tan villana injuria, y menos que nadie podria arrogárselo el estúpido Kilcorban.

En medio de la repugnancia que le causaba aquel mal educado y bajo calavera, que ni siquiera habia sido capaz de ganar el dinero con que su padre les habia infatuado á todos, tomó la pluma y le dirigió las siguientes líneas:

«El autor del billete que se acaba de recibir no merece «mas que desprecio; pero por su bien se le ruega que no «repita sus insultos, porque se haria acreedor á otra cosa «peor.»

Amanda no temia la insistencia del hijo de Kilcorban, ni temia tampoco peligro alguno de su parte.

Sabia distinguir muy bien de caractéres y conocia la enorme diferencia que mediaba entre aquel rudo personaje y el viborezno Belgrave.

Este era libertino por principios y naturaleza; el otro sólo obraba inspirado por su necia vanidad; no habia mas que castigarle en este concepto para librarse de él.

Kilcorban no sabia sino las cosas exteriores y era hombre que por la apariencia de un triunfo se habria dejado azotar en secreto.

Parecia empero sino de Amanda que hubiera de padecer continuas mortificaciones.

Al dia siguiente se presentó en Santa Catalina aquel hombre machucho, regordete, colorado y decidor que otra vez les habia acompañado al convento, la primera que le vió Amanda cuando fué convidada con su padre á casa de los aldeanos.

Estaba Amanda sola á su llegada y le hizo sentar por cortesía.

El risueño personaje no podia ocultar que tenia algo que poner en su conocimiento, y los gestos que se le escapaban daban á entender que la noticia que traia habia de ser grata para Amanda.

—¿Y qué tal, qué tal? preguntó con aquella sonrisa que adoptan muchas personas que no saben qué expresion dar á su fisonomía. ¿Va bien en el convento? ¿Tiene incomodidades?

—No puedo decir sino que me va muy bien. Vos conoceis desde hace tiempo á las religiosas y sabeis que son amables; pero no podeis tener idea del interés que á todas horas me demuestran, del cariño que me profesan, siendo así que aun no he podido serles de utilidad alguna y sólo les he causado molestia.

—Vaya...; mas vale así, replicó el viejo. Ya que no estais en vuestra casa... á lo menos... Porque desengañarse: en ninguna parte está uno como en su casa.

—¡Ah! es verdad, exclamó Amanda con un suspiro.

—El convento, aparte de todas las apreciables cualidades que reconozcamos en las religiosas, el convento en sí

es triste; y á vuestra edad... ¡Qué diferencia entre esta morada que al fin y al cabo no habitais sino por recurso, y una buena habitacioncita que pudierais llamar propia, donde fuerais la verdadera dueña, donde las comodidades mismas estuviesen ordenadas segun vuestro gusto de cada momento... ¿No es verdad?

—Verdad es; pero desgraciadamente esas no son cuentas para mí.

—¿Por qué?

—Porque en mi situacion, gracias que haya encontrado esta mansion y el buen acogimiento que en ella se me ha hecho.

—No es muy comun hallar tanta resignacion y tanto agradecimiento en vuestro sexo, sobre todo á la edad que teneis. Pero habeis dicho que lo de la casa donde pudieseis mandar como señora no eran cuentas para vos, y eso ya es un exceso de desconfianza. ¿Quién os ha dicho que no podiais aspirar á ello?

—¿Y necesito yo que nadie me lo diga, sabiendo cuán escasos son los recursos de que puedo disponer?

—Y ¿si os engañaseis?

—¿Cómo?

—¿Si esos recursos fuesen mayores de lo que creeis?

—No os entiendo: no creo que en esto quepa engaño alguno para mí.

—Pues... cabe, cabe. En resúmen; yo soy hombre para demostraros muy en breve que lo que vos tomais por exageracion, por imposible, podeis verlo realizado de un momento á otro.

Amanda vió que aquel hombre conservaba el aire risue-

ño y bonachon de siempre, y aunque le conocia algo bellaco, no pudo creer que hablara de burlas.

Él, viéndola suspensa, añadió:

—Sí, señorita Amanda; puedo hacérselo ver palpablemente, y no sé yo si dormiria mucho la envidia desde el momento en que se viese realizado el suceso.

—Es menester que os expliqueis con claridad, dijo Amanda no ocultando su impaciencia. Yo tengo formado de mi posicion un concepto que de ningun modo se aviene con esas venturosas suposiciones vuestras; hablad, hablad, ya que, segun parece, habeis venido con esta intencion.

—Ya no hay para qué ocultarlo, contestó con cierto desahogo el hombre regordete. ¿Os acordais del sugeto en cuya casa tuve el gusto de conoceros el año pasado? Hablo de aquel labrador que tenia arrendadas tierras del castillo de Carberry y obsequió á vuestro padre á su llegada al castillo.

—Sí me acuerdo.

—Pues quizá recordeis tambien que aquel hombre, excelente si los hay, tiene un hijo mayor, el cual se habia prendado de vos.

Amanda se mostró muy admirada.

—Prendado de vos tal como suena, repitió su interlocutor. Es un buen muchacho, parecido á su padre: de tal palo tal astilla, como solemos decir por ahí. Vos partisteis, él se quedó, y creyendo que no volveria á veros, os deseaba toda suerte de felicidades y procuraba olvidar su amor; pero habeis vuelto al país, y como el muchacho no habia logrado desterraros de su corazon, ha sentido rever-

decer su afecto. La cosa ha sido en términos que ha declarado á su padre lo que le pasaba; el padre le quiere bien, vos no le pareceis mal, y por su parte no tendria inconveniente en que el matrimonio se realizara. En casa de ese compadre no falta nada, y por lo que puede conveniros os advierto que el viejo está dispuesto á poner todos sus intereses en mano del hijo mayor. En cuanto al otro hermano, viviria con vosotros, porque es muy mozo todavía, pero así que se hallase en estado de dirigir una hacienda se iria con la música á otra parte. La hija mayor está ya casada y en su compañía tiene á su hermana mediana; la pequeña se vendria con vos y os podria ser útil y ayudaros en muchas cosas, al paso que aprenderia de vos lo que en ninguna otra parte podria aprender. Si algun otro pequeño inconveniente hubiera, seria de los que se allanan fácilmente. Lo principal ya lo sabeis; ahora falta saber cuáles son las disposiciones de vuestro ánimo. Yo casi les he asegurado que podia responder de vuestra aceptacion...

—Perdonad, perdonad que os interrumpa. Hasta ahora os he escuchado gustosa; pero ya me importa declararos que no habeis sabido interpretar bien mis intenciones.

—¡Cómo! ¿Me he equivocado... me he propasado?

—Juzgadlo vos mismo. Me habria reducido á daros las gracias si no os hubierais anticipado á responder por mí.

—Yo creia...

—Harto lo veo. Yo no podria ser feliz con ese jóven, cualesquiera que sean sus buenas cualidades y méritos que no pongo en duda. En primer lugar no nos conocemos, en segundo lugar nuestra educacion es diferente. No quiero decir que la mia sea mejor que la suya, antes le

creo muy apto para el oficio que ha de ejercer: quiero solamente decir que son diferentes hasta el punto de ser incompatibles. Si quereis aconsejarle bien, decidle que no tome por esposa sino á quien tenga muy conocida y convenga con él en hábitos, gustos é inclinaciones. Explicadles á él y á toda su familia que no teniais fundamento alguno para presentarme á sus ojos como dispuesta á aceptar el matrimonio, cuyo ofrecimiento estimo en mucho aunque no lo admita, y permitidme que me retire donde me llaman mis obligaciones.

Así diciendo, salió de la sala sin volver el rostro.

No hay para que decir cuál quedaria de confuso el malaventurado casamentero.

Abierta la boca, clavados en la puerta aquellos ojos saltones que trabajosamente sobresalian entre los colorados mofletes, engarabitados los dedos y suspendida la respiracion, aun tenia por imposible que Amanda le hubiese despachado con tanta claridad y desahogo.

Permaneció un rato inmóvil á consecuencia de su asombro; y su primer ademan fué llevarse la mano á la boca para morderse las uñas.

A medida que se disipaba su estupor, se le representaba con mas claridad el chasco que acababa de recibir y sentia mas el bochorno.

Sudábanle las sienes, y con un violento esfuerzo se las rascó con ambas manos, despues de lo cual, recobrando su agilidad, volvió la cabeza á todos lados buscando el sombrero, y encasquetándosele de un porrazo, tomó la puerta inmediatamente para dar cuenta á sus amigos los labradores del mal despacho de su negocio.

El pobre iba muy cariacontecido, tanto por haber inspirado confianza al mancebo, cuanto porque veia perdido el convite de boda que allá en su imaginacion habia soñado y del qué, en su calidad de casamentero, habria sido uno de los principales personajes.

CAPITULO V.

Mala aparicion.—Las esperanzas se desvanecen.

El disgusto que experimentó aquel dia Amanda con la conversacion del hombre rechoncho, le hizo acordar del que poco antes le habia causado la visita de la familia de Kilcorban.

Las consideraciones en que entró con motivo de estos dos sucesos le hicieron deplorar nuevamente la muerte de su padre y su desamparo.

Llevó su atencion á Oscar cuyo paradero ignoraba todavía, y pensó tambien que aun trascurriria mucho tiempo antes que aquel hermano querido pudiese protegerla.

A fuerza de pensar en su aislamiento, agradeció mas y mas á las religiosas la franca hospitalidad que le concedian y el cariño con que la trataban; pero por mucho que apreciara los obsequios y atenciones que les debia, siempre acababa por recordar que allí no era mas que una huéspeda.

¿Habria puesto término á la inseguridad de su posicion tomando el velo en el convento de Santa Catalina?

No le faltaba á Amanda vocacion para entrar en la comunidad y hacer la vida que las demás religiosas; pero siempre que se le ocurria esta idea, pensaba en Oscar.

Oscar era su refugio.

Decíase á sí misma que mientras su hermano fuese soltero y pudiese tener necesidad de su compañía no debia ligarse con votos eternos, de modo que se viese expuesta á no poder seguirle libremente si á él le convenia, ni hacer por él lo que le pareciese mas acertado.

No se atrevia á confesarse á sí misma lisa y llanamente que además del afecto de Oscar, otro vivia en su corazon que le hacia temer los lazos eternos del claustro.

No era que tuviese esperanzas de casarse con Mortimer; pero le amaba, y aunque su amor era cierto como todos sus sentimientos, queria poder ofrecerle su cariño en el fondo de su corazon, sin que aquel amor fuese un perjurio á Dios.

Su corazon padecia grave quebranto cada vez que la fuerza de los sucesos la obligaba á pensar en cosas semejantes; mas su desgracia la ponia con frecuencia en semejante disposicion de ánimo.

Despues de la visita de la familia Kilcorban, y sobre todo despues de la despreciable carta del palurdo del hijo, creia ella que no volveria á padecer mortificaciones de aquel género; pero el aplomo del hombre regordete y las pretensiones de su patrimonio le hicieron responder que sus disgustos podian no tener fin, y desde aquel momento comprendió que muy fácilmente podia recibir disgustos de

que al parecer debia considerarse libre con la vida que llevaba y amparada por el claustro.

El temor de una nueva desazon la acosó tan reciamente en los primeros momentos, que anduvo medrosa y azorada, hasta el punto de que á la menor cosa creia que iba á sucederle algun contratiempo.

Pasados los primeros dias y viendo que no ocurria novedad alguna, empezó de nuevo á tranquilizarse y se echó en cara como una supersticion su exagerado miedo.

Poco tardó sin embargo en tener un nuevo motivo de zozobra. La tarde apacible hace esperar una noche serena, y en un momento desaparece el sol de nuestra vista, levántase el viento, conviértese en huracan y los tranquilos rios se desbordan, y braman los torrentes y todo es confusion y espanto de la naturaleza.

Quince dias habian trascurrido desde la última visita del hombre regordete al convento.

Una tarde salió Amanda como solia del convento para dar un paseo el rededor de las ruinas, y sentarse despues á meditar en sus pasadas desventuras y pensar en los inciertos sucesos del porvenir.

Habia elegido para lugar de descanso el estribo de un arco de mucho tiempo medio derribado.

Desde aquel punto se descubria uno de los mas bellos espectáculos.

El monte, el valle, el rio, algunas casas diseminadas por las amenas alturas, los labradores que volvian de sus faenas, el paso de las sombras que iban creciendo entre los preciosos matices de las nubes y el silencio que crecia al par de la sombra, era un encanto siempre nuevo para Amanda.

Aquel hombre era Belgrave.

Aquella tarde gozaba tranquilamente en la contemplacion de aquel bello espectáculo, ó mas bien saboreaba las gratas sensaciones que se despertaban en su ánimo á aquellas horas y en aquel sitio, cuando de repente se irguió de entre un monton de ruinas la figura de un hombre que inmediatamente fué reconocido por Amanda.

No pudo ella ocultar un movimiento de sorpresa y terror, y al mismo tiempo un grito que casi de ella sola podia ser oido.

Aquel hombre era Belgrave.

Estaba cruzado de brazos y tenia los ojos clavados en ella.

Al ver que le habia llamado la atencion se contrajeron sus labios con aquella sonrisa que ella no podia ver sin espanto, y dijo:

—¡Ah cruel! conque siempre huireis de mí...

Así diciendo puso el pié sobre uno de los derribados sillares que tenia delante, y se alzó sobre él.

Amanda en medio de su pavor se figuró que aquel hombre crecia á su vista.

Una fuerza que no estaba en su voluntad la hizo ponerse en pié.

Belgrave saltó de la piedra al suelo y se dirigió á ella.

Como si se hubiese desvanecido el prestigio que habia ejercido en ella el aspecto de aquel hombre, recobró su resolucion y echó á correr sin volver los ojos hácia la abadía.

Belgrave la anduvo persiguiendo, y hasta que llegó á la puerta oyó ella el ruido de los precipitados pasos que él daba para alcanzarla.

En medio de su turbacion, no acertó Amanda con el camino mas recto, lo cual fué mejor para ella, pues conocia las revueltas de las bóvedas arruinadas por donde se introdujo, y como para Belgrave era nuevo aquel camino, la perdió de vista y tuvo que dejar de ir á su alcance.

Palpitaba el corazon de la atribulada doncella, y llegó á donde estaba la superiora á tiempo en que le faltaban completamente las fuerzas y no habria podido dar un paso mas sin caer rendida y exánime en el suelo.

La precipitada carrera, su palidez y la inquietud de su semblante alarmaron á las buenas religiosas, que se apresuraron á socorrerla, aunque turbadas tambien por su repentina aparicion en aquel estado.

El celo y la diligencia de sus buenas compañeras fueron tan eficaces, que al poco tiempo pudo referir lo que le habia sucedido.

Deploró la superiora la audacia de Belgrave y los nuevos sinsabores que temia para su protegida, y procuró consolarla en medio del desconsuelo que le arrancaba lágrimas no menos amargas que las que vertia Amanda.

Por relacion de esta sabia la superiora quién era Belgrave, y no dejaba de inquietarla que un hombre tan ajeno á todo miramiento hubiese aparecido por los alrededores de aquella tranquila morada; pero como mujer dotada de mucha prudencia, hizo todo cuanto pudo por tranquilizar á Amanda, asegurándole que mientras estuviese allí nada tenia que temer de aquel hombre ni de nadie.

La conversacion de Amanda con la superiora se verificó cuando se hallaron las dos solas, de suerte que las demás religiosas no se enteraron de nada, ni siquiera sor María

que por su cariño especial á Amanda no queria separarse de ella tan agitada, y á quien con un pretexto alejó de allí la superiora.

Las sesudas reflexiones de esta y el afectuoso tono con que hablaba siempre, tranquilizaron un poco á Amanda.

A pesar de todo y como medio de precaucion, le aconsejó que aunque nada tuviese que temer, para evitarse el disgusto de ver en su presencia á aquel hombre, no saliese nunca del recinto del convento, toda vez que el jardin interior era un excelente paseo donde podia discurrir á todas horas sin temor á molestia alguna.

Repitióle con toda seguridad que velaria con mas celo que nunca á fin de que otra vez no turbara nadie su reposo, y Amanda quedó algo consolada, aunque no del todo exenta de aquellos terrores que la proximidad y hasta el recuerdo de Belgrave solian inspirarle.

Lord Mortimer le habia suplicado que permaneciese siquiera tres meses en el convento de Santa Catalina.

Habia ya trascurrido la mayor parte del tiempo, y sólo faltaban tres semanas para que se cumpliese el plazo.

Entre tanto abrigaba la esperanza de hallarse efectivamente segura en aquel sagrado recinto; pero ¿que haria despues?

¿Le seria fácil librarse de los lazos de aquel malvado que por lo visto no cejaba en su empeño de perseguirla?

¿Se atreveria, como habia pensado antes á aventurarse á vivir en una cabaña del país?

No podia formar propósito alguno, ignorando como ignoraba qué resultado tendrian las diligencias que lord Morti-

mer le habia dicho que iba á hacer, é ignorando además si podria tener la dicha de reunirse con su hermano.

El único hombre que podia protegerla contra las asechanzas de Belgrave era Mortimer; pero queria su mala ventura que el decoro le impidiese solicitar la proteccion de Mortimer contra Belgrave.

La desesperacion se habria apoderado de Amanda si no hubiese recordado los ejemplos y las máximas de su buen padre, que tan digna y heróicamente habia sabido soportar todas sus desgracias y de quien queria poderse llamar siempre digna hija.

El plazo en que tal vez le seria necesario tomar una resolucion definitiva se iba acercando, y Amanda en su prevision procuró anticiparse en cierto modo á los peligros que pudieran sobrevenirle, trabajando asiduamente en aquellas labores en que era mas hábil.

Bordaba y dibujaba con la esperanza y aun puede decirse con la certeza de que su trabajo no seria perdido, pues á mal dar siempre hallaria comprador y tendria con su producto un poco mas de independencia y tranquilidad para meditar en lo que debia hacer y esperar que se realizaran sus esperanzas de reunirse con Oscar.

A veces trabajaba todo el dia alegremente, diciéndose á sí misma que lo que estaba haciendo le serviria para no necesitar de nadie y dejar de ser gravosa á las personas que le querian bien; pero cuando examinaba sus bordados y dibujos y pensaba que tendria que venderlos para no perecer de hambre, no podia contener el llanto.

¡No podia contenerlo! Y sin embargo era necesario ocultar sus huellas y mostrarse casi risueña para no lastimar á

la superiora del convento y á las demás religiosas que nunca omitieron nada de cuanto en su concepto podia contribuir á hacerle plácido aquel retiro.

Corrian, volaban las horas á medida que se acercaba el fin del plazo fijado por Mortimer.

La pobre Amanda procuraba acostumbrarse á la idea de vivir sin auxilio de nadie y fijar de una vez la resolucion que muy en breve le seria preciso tomar, y en vez de fortalecerse en pensamiento alguno, se sentia mas y mas agitada y combatida de temores.

Ya no se atrevia á estar sola en su cuarto.

Como si temiese que el mundo entero iba pronto á abandonarla, solia pasar el dia al lado de la superiora, á quien por discrecion no confiaba todas sus cuitas, si bien esta no lo habia menester para darse exacta cuenta del estado de aquel sensible corazon.

CAPITULO VI.

Grande acontecimiento.

Amanda ya no salia á pasear por el jardin interior del convento sino cuando la superiora la acompañaba.

Por las tardes tomaba el té con toda la comunidad, y despues conversaba con sor María ó con la buena madre, que siempre procuraba inspirarle buen ánimo, y apartarla de la triste idea que ella tenia formada de su porvenir.

Amanda y la superiora se hallaban solas una tarde despues del refrigerio.

Esta la habia visto algo mas cuidadosa y taciturna que de costumbre, y no era extraño: el plazo habia espirado aquel mismo dia, y ya no era posible dilatar por mas tiempo lo que tanto temia.

Amanda estaba absorta en sus reflexiones, y la abadesa leia en su semblante los agitados pensamientos que no dejaban descanso á su mente, cuando de pronto entró sor María, y acercándose á Amanda, le arrojó á la falda un pliego cerrado, diciendo:

—¡Tomad, tomad! Carta de lord Mortimer. Sin duda debe estar de vuelta y renovará sus importunidades y os dará malos ratos. Mas valdria que se hubiese quedado bien lejos de nosotras y no pareciese mas por aquí, que ninguna falta hace á nadie.

La superiora con una mirada vió el extraordinario efecto que la entrega de aquel pliego habia producido en Amanda, pero sin dar nada á conocer se volvió á sor María y le dijo:

—Sólo Dios sabe si es mejor ó peor que lord Mortimer esté aquí ó en otra parte, sor María. No es bueno formar juicios temerarios.

—Es cierto, replicó sor María, bajando la cabeza; pero yo sólo lo decia por cuanto nuestra excelente huéspeda...

—No la amo yo menos que vos y le deseo todos los bienes de que es digna; pero tampoco por eso me atrevo á desear verla alejada de una persona que cuando menos ha procurado siempre su bien, á lo que entiendo.

Volvió entonces el rostro á Amanda, aunque su agitacion era todavía muy visible, y le dijo:

—Es posible que la lectura de esta carta, que sólo á vos interesa, exija recogimiento. Para no distraer vuestra atencion, sor María y yo nos retiraremos...

—¡Oh...! de ningun modo, replicó Amanda; quedaos aquí.

—No, hija mia.

—Yo os lo suplico.

—Teneis razon; yo me quedaré. Vos estareis mejor en vuestro cuarto. Andad, hija mia, andad.

La superiora se levantó, acompañó á su cuarto á Aman-

da que aun se resistió un poco, y se volvió á la sala con sor María.

Amanda, que se habia puesto á temblar al contacto del pliego, tuvo que sentarse apenas entró en su cuarto, porque no podiá tenerse en pié al considerar que dentro de aquella cubierta iba tal vez un desengaño de las leves ilusiones que aun de cuando en cuando la sonreian, tal vez la confirmacion de las esperanzas que en escasas ocasiones se habia atrevido á abrigar.

Estrechó con mano convulsa el papel y sólo pudo exclamar:

—¡Dios mio... Dios mio!

Rompió el sobre y halló dentro dos cartas.

Una de ellas vió desde luego que de letra de lord Mortimer decia: «A la señorita Amanda Fitzalan.»

Leyóla de una mirada y aumentó el temblor de todo su cuerpo, estremeciéndose con una dulcísima sonrisa sus labios, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

El consuelo, la alegría, la esperanza que inundaron su corazon le parecieron demasiado preciosos para ser ciertos.

Llevó la mano al corazon y la dejó caer en seguida sobre sus rodillas, y trató de dominarse para leer de nuevo lo que tan extraordinario efecto le habia causado.

La carta era breve, pero contenia lo infinito.

Cuando creyó que no podia dejarse alucinar por su deseo y que leeria exactamente el contenido de la carta, volvió á recorrer sus líneas detenidamente, y leyó de manera que oyese sus propias palabras:

«Ya nada podrá separarnos en adelante, querida Aman-
«da; ya estoy de vuelta para no apartarme mas de vos.

«Largo ha sido el padecer, pero hoy me parece breve, al «ver que tocamos al término de nuestros afanes y que «vuestra constancia y la mia van á recibir el premio que «me atrevo á creer tenemos merecido.

«Alegraos como yo, que me siento como jamás me he «sentido: todo ha cambiado en mí excepto la estimacion «que siempre os he profesado y el deseo de veros la mujer «mas feliz de la tierra. ¡Que no tenga yo trono!... Dejad- «me repetiros que han cesado ya nuestros padecimientos y «que bien pronto serán unas nuestras alegrías, uno nues- «tro nombre y uno nuestro destino.

«Siempre vuestro

«MORTIMER.»

Volvieron á caer hilo á hilo las lágrimas por el rostro de Amanda.

—¡Será verdad! exclamaba. ¿No se engañará lord Mortimer! Volverá á sonreirme la dicha, la recibiré de su mano... ¡Oh padre mio! Cuando he temido los rigores de la fortuna te he echado de menos; pero te juro que al anuncio de que otra vez puede mostrarse menos severa conmigo, te deseo aun mas á mi lado y siento amargamente tu partida porque no puedes participar de mi dicha. Si en el cielo gozas de la bienaventuranza, perdóname que piense en el gozo que podria causarte el participar de mi dicha en la tierra: te ofrezco lo que Dios me concede y lo hago de todo corazon.

Enjugó las lágrimas, y volviendo á mirar la carta, dijo:

—¡Llorar yo de alegría! ¡Aun me parece imposible! Y es Mortimer quien... Si alguna vez hubiese dudado yo

de su amor, el tono en que está escrita esta carta me enseñaria á hacer justicia á su bello corazon. Haber amado tanto tiempo sin esperanza y al fin... ¡Dios mio! ¿No se engañará lord Mortimer? ¿Por qué no ha sido más explícito? ¿Por qué me deja ignorar el fundamento que puede tener para escribirme tantas seguridades? ¡Volver para no separarnos nunca!... Poder afirmar la suerte de mi hermano... ¡Oh! aunque se engañara, ¿cómo podria pagarle nunca mi corazon la muestra de verdadero amor que acaba de darme? No, no está en mi mano recompensar debidamente tanto afecto.

Junto con aquella breve carta de Mortimer, iba una larga relacion tambien de su letra, que Amanda se puso á leer en seguida y que no reproduciremos, por creer que nuestros lectores preferirán conocerla en otra forma.

Hé aquí en sustancia los sucesos que el enamorado mancebo referia á su amada.

Mortimer, rechazado una y otra vez por Amanda y privado de su dulce compañía, se vió sumido en el mas profundo desconsuelo, pero nunca consintió en que debiese renunciar para siempre á la dicha de poseerla.

El verdadero amor que siempre profesara á la hija de Fitzalan habia ido tomando creces á medida que veia los infortunios de esta, y cuanto mas firme la veia en obedecer las promesas hechas á su padre, tanto mayor era su admiracion por sus virtudes y mas poderoso el deseo de ser su esposo.

La pasion le inspiró fortaleza, y en vez de ofuscar sus sentidos, le enseñó á discurrir discretamente y á buscar medios para allanar los poderosos obstáculos que les separaban.

Poco á poco fué combinando su plan, y mientras Amanda con sus últimas cartas creia habia conseguido que la olvidase y se alejase de los alrededores del convento para no volver á pensar mas en ella, él concertaba sus planes y se proponia trabajar decididamente para llegar al objeto de sus desvelos que era enteramente opuesto al que Amanda le señalaba.

Habia llegado á adquirir tal confianza en los propósitos que tenia formados, que estaba impaciente por ponerlos en ejecucion al recibir la última carta de la pobre huérfana, y esta impaciencia fué la causa de su precipitada partida de Carberry, que ni siquiera le dió tiempo parà escribir dos palabras de despedida á Amanda.

La actividad y resolucion de lord Mortimer provenian de que no sólo era apasionado amante de la hija de Fitzalan, sino su amigo mas verdadero y vengador de su virtud y decoro harto tiempo atacados por gente grosera y miserable.

El deseo que habia formado de vindicarla hacia mas y mas difícil su empresa, pero en cambio le daba mayores fuerzas para emprenderla y llevarla á cabo. Lord Mortimer era delicado, y entonces no siempre se acordaba de que iba á trabajar para él, si bien nunca olvidaba el provecho que de sus diligencias podia redundarle á ella.

No era sólo la satisfaccion del amante lo que esperaba como recompensa de sus afanes, era tambien el triunfo del campeon que combate por la verdad, por la defensa del calumniado, por la libertad del oprimido y digámoslo tambien, por el castigo de los que habian acibarado la existencia de Fitzalan, dejando á su hija sumida en el desamparo y la pobreza, levantando entre los dos la barrera que les separaba.

Partió, pues, precipitadamente de Carberry, y llegó á Londres donde afortunadamente encontró á su tia la señora Dormer.

Él se habia partido fingiendo que iba á hacer una visita á su hermana al país de Gales.

Su padre no lo creyó del todo, antes sospechó que otro habria sido el objeto de su viaje, y si bien hizo á Mortimer algunas preguntas sobre su hija, preguntas á que el inadvertido Mortimer contestó con muy poco acierto, no se dió por entendido ni insistió sobre ellas por no aumentar su confusion.

En aquella ocasion el infatuado marqués de Rosline y su familia vivian todavía en el campo. Mortimer se alegró, pues así estaba mas libre y no se veia obligado á mentir por cortesía, obsequios y lisonjas que le repugnaban y que el corazon y á veces el semblante mismo desmentian con grande enojo de la esposa y la hija de Rosline, advertidas por las maliciosas observaciones de la amiga íntima de la niña.

La ausencia de la familia Rosline le pareció además á Mortimer una feliz circunstancia para llevar á cabo algo de lo que se proponia.

En efecto al dia siguiente fué á su casa.

El criado que le abrió la puerta no le conocia, de lo cual se alegró mucho, pues así no se dió prisa en advertir al ama de llaves á quien deseaba sorprender.

Presentóse en efecto prevenido para ver el efecto que su presencia produciria en ella, y la vió turbarse y mostrar una sorpresa que no era por cierto la de la inocencia.

Procuró ponerse en seguida sobre sí, pero ya habia dejado traslucir bastante su disgusto y su temor, y se apresuró

á recibir á Mortimer con todo el respeto y aprecio debido al amigo íntimo de sus amos.

Levantóse y dando dos pasos hácia lord Mortimer le dijo con tono humilde:

—Sin duda lord Mortimer viene á saber noticias de los señores marqueses de Rosline.

—No por cierto, respondió lord Mortimer sin quitarle la vista de encima y dando á su tono cierta severidad que no podia menos de imponer al ama de llaves.

—Lord Mortimer sabe que está en su casa y yo espero que me mande lo que sea de su gusto.

—Mi objeto es recoger una carta que os fué entregada por mí para la señorita Fitzalan...

—¿Una carta? dijo el ama balbuceando.

—Sí, una carta que contenia un billete de banco por una cantidad considerable; carta y billete que yo mismo puse en vuestras manos y jamás llegaron á las de su verdadera dueña.

El ama de llaves, en vista de aquella gravedad y del aplomo de Mortimer empezó á temblar, perdió de pronto el color, púsose en seguida como una grana, tartamudeó torpemente y por último apartó los ojos del semblante de Mortimer, aunque á cualquier lado que los volviese le parecia ver sus miradas que la perseguian escudriñando lo mas hondo de su corazon.

No era menester mas para que apareciese patente su culpa. Ninguna confesion de palabra podria equivaler en claridad á la confesion de su propia conciencia.

—Señora ama, le dijo lord Mortimer, deseo (y aun os conviene) que me escucheis con atencion. Yo tengo mucho

empeño en averiguar el paradero de la carta y el billete de banco de que os tengo hablado; pero mayor es mi empeño todavía en averiguar quién y cómo ha tomado parte en las tramas dispuestas contra la señorita Fitzalan, y quién y cómo dispuso que penetrase en la casa el coronel Belgrave de modo que apareciese puesto de concierto con aquella pobre víctima. La averiguacion de estos sucesos me interesa tanto que me haria olvidar lo del billete; pero si no consigo de vos noticias ciertas y circunstanciadas sobre ello, me ocuparé exclusivamente en averiguar el paradero de la carta y la cantidad, y tened por cierto que no tardaré en quedar satisfecho.

El ama entre tanto se iba rehaciendo, y el despecho y el descaro fueron insinuándose en su semblante, en vez de la turbacion anterior.

Lord Mortimer lo conoció y le dijo:

—Quisiera veros entrar desde luego en buen camino ya que hasta ahora anduvisteis descarriada. Yo tenia mis sospechas acerca de vos, estas sospechas se confirmaron hace algun tiempo al saber de labios que no pueden mentir, que vos habeis faltado á vuestro deber en el cumplimiento del encargo que yo os habia hecho, y por si esto no bastase, vuestra turbacion al verme y vuestros temores y perplejidad al oirme han sido una prueba mas sobre la anterior confirmacion. Ya que entonces no fuisteis leal sedlo ahora, pues aun teneis tiempo, porque quizá mañana seria tarde.

El ama estaba herida en lo vivo.

Si Mortimer le hubiese dicho que sin duda por imposibilidad ó inadvertencia no habia cumplido, quizá habria

confesado su falta; pero despues de declarar este que la tenia por sospechosa y de amenazarla, no quiso dar su brazo á torcer y confesarse culpable del delito de que se la acusaba,

Mortimer que leia en su corazon añadió:

—La accion que cometisteis, señora ama, fué mas criminal que otras muchas que veis castigadas con severas penas, porque redundaba en enorme perjuicio de una persona honrada y desvalida. Además del robo, del abuso miserable de confianza hácia mí, hubo en vuestro comportamiento dureza de corazon y crueldad contra la desdichada Amanda. No se me oculta lo grave de vuestro delito y sé la pena que merece; pero os lo repito, nadie sabrá nada de él ni yo mismo querré recordarlo si me prometeis la enmienda y hacer lo que os he dicho. En vuestra mano está hacer un beneficio aunque leve y tardío á la persona á quien tanto habeis perjudicado: yo os aconsejo que me reveleis quienes son los que se han encarnizado con ella, y de qué modo lograron comprometerla tan brutalmente la noche que Belgrave fué introducido en esta casa. Hablad, y además del beneficio que podeis hacer á la víctima, os hareis á vos otro no menos importante.

Calló Mortimer y fijó los ojos en el rostro del ama de llaves.

Ella con un postrer esfuerzo se habia repuesto enteramente, y con descaro sin igual respondió:

—No es justo, milord, que pague yo las imprudencias que puede haber cometido una persona de quien estais apasionado, ni que por infundado temor á vuestras amenazas comprometa á nadie denunciándole como autor de las per-

secuciones de que, segun decís, ha sido objeto la señorita Fitzalan. Es cierto que recibí de vos una carta para esa señorita, y lo mismo que confieso esto confesaria lo demás, porque ningun interés tengo en negar ninguna de mis acciones. Vos decís que esta carta contenia una cantidad importante en billetes de banco.

—En un billete.

—Sea, yo lo ignoraba; pero lo creo porque vos lo decís, y debo ser creida igualmente. Pero la señorita Fitzalan estaba enferma aquel dia, y supongo que no lo habeis olvidado; le dió un desmayo ó cosa parecida, y fué menester llamar á otras criadas para que la auxiliasen; en medio de la turbacion y el trastorno debió de extraviarse la carta; de su hallazgo, lo mismo se puede culpar á un criado, que á todos los que se interesaron porque la señorita Fitzalan recobrase los sentidos. No sé mas que eso ni tengo mas que deciros, y aunque me pesa en el alma ser sospechosa de acciones tan bajas como las que me atribuís, espero que algun dia brillará mi inocencia, y no tardará mucho si, como decís, estais resuelto á llegar al cabo de vuestras averiguaciones.

Lord Mortimer habia esperado que la certeza del delito habria arrancado por último una confesion al ama; que no sólo confesaria su falta viéndola tan patente, sino que revelaria cuanto supiera acerca de lo que se habia tramado en casa de sus amos para perder á Amanda; esperaba con ansia aquella confesion que habia de ser la base de la restauracion de la honra de Amanda, y aun estaba dispuesto á ser bondadoso con el ama misma, si veia que además del temor obraba en ella el sincero arrepentimiento; mas cuando oyó

su contestacion, perdió la paciencia y se indignó profundamente contra aquella malvada mujer.

—Sois una mujer infame, muy infame, le dijo con imponente severidad, pero no os vais á perder por infame, sino por necia. Un poco de discrecion y un poco de lealtad podian salvaros; careceis por completo de lo uno y lo otro y no mereceis mas suerte que la que os espera.

—Milord, dijo ella con la cabeza baja, sois poderoso y me amenazais. Yo soy una pobre mujer que no puede luchar contra vos...

—¡Callad insensata! No es lord Mortimer quien os amenaza ni debeis temerle. Quien os amenaza, quien es verdaderamente temible para vos es la justicia inglesa, que no deja impunes delitos como el que habeis cometido. No es la pobre mujer indefensa la que va á ser llamada á los tribunales; es la infame mujer que á mansalva se ha apoderado de lo que pertenecia á una desgraciada, y por parecer inocente se hace encubridora de detestables tramas. Os repito: nada teneis que temer de mí, ni me echeis nada en cara cuando os veais perdida. Yo he querido absolveros; vos os resistís... hágase vuestra voluntad. Bien han escogido los pérfidos sus instrumentos: bien á propósito sois para el cargo que sin duda habeis tenido que desempeñar relativamente á la desgraciada señorita Fitzalan. Afortunadamante vuestro castigo hará escarmentar á otros. Os dejo con sentimiento, y voy á demostraros que no es tan fácil como parece pasar por honrado en este mundo sin serlo.

Con una mirada que deslumbró al ama de llaves se retiró lord Mortimer, decidido á no tener compasion de quien no la habia tenido de Amanda.

CAPITULO VII.

Revelaciones.

Desgraciadamente para el ama de llaves, el billete de banco á que lord Mortimer se referia, le habia sido enviado á este por un agente de su padre, certificado por la administracion de correos, y conservaba el número.

Previendo que la codiciosa ama no habria hecho uso hasta entonces de aquel documento, y que despues de su amenaza trataria de desprenderse de él y trocarlo por moneda á fin de que no fuese hallado en su poder, se dirigió á las oficinas del Banco. y bajo su responsabilidad dió órden de que se detuviese á la persona que fuese á cambiarlo, caso de no haberse cambiado todavía.

A este efecto tomó en la primera esquina un coche de alquiler y despachó en un minuto.

El ama de llaves temió que acusada ante sus amos ó ante la justicia no se hiciese un registro en su casa, y como en efecto conservaba el billete, apenas volvió Mortimer la espalda trató de hacerle pasar á otras manos.

Confiárselo á nadie no queria, tanto por no excitar sospechas acerca de su procedencia, cuanto porque en nadie tenia seguridad bastante, y lo primero que determinó fué cambiarlo por dinero en el Banco.

En caso de un registro pensó que el dinero no podia comprometerla.

La ausencia de sus amos le daba suficiente libertad para entrar y salir á todas horas.

La mala ventura, consecuencia natural de su delito, quiso que perseverase en esta idea y la tuviese por la mas acertada, y aquella noche durmió tranquila pensando que al dia siguiente ya estaria libre de todo cuidado.

Lord Mortimer pasó el resto del dia preparándose para seguir adelante sin descanso en el plan que se habia trazado, y á la mañana siguiente se presentó en su casa un dependiente del Banco de Londres, diciéndole que habia sido detenida una mujer portadora del billete del número y cantidad por él indicada y que se le intimaba que fuese á formalizar su reclamacion.

Mortimer no esperaba ver tan pronto logrado el primer fruto de sus diligencias.

En aquel momento no tuvo lástima alguna del ama de llaves, antes se alegró de verla prendida en las redes de su codicia y ruindad, y su detencion le pareció un temeroso augurio para todos los que habian contribuido á la desgracia de Amanda.

Vistióse á toda prisa y se dirigió á las oficinas del Banco de Londres, donde encontró aterrada á la que el dia anterior se habia mostrado tan ajena de culpa.

Entró en la sala precipitadamente, y el ama apenas vió

que se retiraba la persona que le habia acompañado hasta la puerta, se arrojó á sus piés deshecha en lágrimas, y abrazó sus rodillas pidiéndole por amor de Dios que no la perdiese, que no quisiese condenarla á morir en una miserable cárcel, prometiéndole que le revelaria todo lo que ella supiera respecto á las tramas urdidas contra Amanda.

Lord Mortimer, en el primer momento quiso deshacerse de los lazos con que le sujetaba aquella mujer; pero ella le tenia fuertemente asido, y al ver que no le respondia invocó el nombre de su amada, hizo de ella el mayor elogio diciendo á Mortimer que estaba cierta de que si Amanda estuviese allí intercederia por ella, y él le otorgaria su perdon.

A estas palabras comenzó á ceder la cólera que aquella mala mujer le inspiraba; ella que lo conoció insistió con mayor vehemencia, y por fin logró vencerle despues de haberle prometido de nuevo que le haria la mas completa y sincera revelacion, sin olvidársele añadir de cuando en cuando, que estaba profundamente arrepentida del mal que habia causado á Amanda y á su propia conciencia, que el dia anterior la falsa vergüenza le habia impedido confesar, y en resúmen, despues de tocar todos los resortes que en su concepto podian mover el sensible y honrado corazon del lord.

Para acabar de inclinar á su favor la balanza en demostracion de que no eran vanas sus promesas, empezó diciendo que la culpa debia recaer principalmente sobre sus amos, quienes abusando de la dependencia en que ella y la doncella de Amanda vivian, les habian hecho tomar parte en los planes que tenian dispuestos para la perdicion

de la hija de Fitzalan, de cuya perdicion, añadió, ninguno de los dos criados podia prometerse mas ventaja que conservar la posicion que ocupaban en casa de los marqueses de Rosline.

—Yo, dijo por fin, por nada del mundo habria querido contribuir á perjudicar á la señorita Amanda; pero no dar gusto á mis amos era perderme. Comprendedlo por Dios, milord, vos que sois tan bueno y discreto; si yo hubiera sido arrojada de casa de los marqueses de Rosline, no habria tenido donde ganarme el sustento, porque ellos en venganza de no haberles querido ayudar en sus planes, habrian inventado mil calumnias contra mí y en ninguna parte me habrian recibido. Ya sé que debia preferir la miseria á la infamia; pero el espectáculo de los demás es mal consejero; todos somos mas ó menos débiles... en fin, por mis lágrimas, por el arrepentimiento que ha penetrado en mi corazon, por el amor de la señorita Amanda, por vuestra tranquilidad misma, milord, y por las promesas que os hago de revelároslo todo, perdonadme. No os puedo decir mas, no sé pedir de otro modo lo que es para mí mas que la vida.

Lord Mortimer pidió recado de escribir, y cuando se lo hubieron servido, dijo al ama de llaves en tono muy solemne.

—El perdon que me pedís os interesa mas que la vida, segun habeis dicho... No tengo reparo en concedérosle. Venid, sentaos y escribid en este papel con todos sus pormenores y en letra bien inteligible lo que ha sucedido entre vos y la marquesa de Rosline con respecto á la señorita Fitzalan.

—¿Ahora mismo? preguntó con cierta repugnancia.

—Ahora mismo ha de ser.

—No sé, señor, si podré con la turbacion, con el trastorno en que me hallo...

—Si estais verdaderamente arrepentida, pensad que vais á hacer una buena accion y podreis hacerlo y recobrareis pronto la tranquilidad.

—Yo bien deseo serviros; mas...

—Pensad, señora ama, que os perdono bajo condicion de que me entregueis de vuestro puño y letra el relato de lo ocurrido. Con recibir yo lo uno recibireis vos lo otro. Lo que retardeis en complacerme, eso tardareis en recobrar vuestra libertad. Sed clara, no omitais nada, no falseeis la exactitud, y ademas de mi perdon, aun os prometo una recompensa.

El ama de llaves se acercó á la mesa y se dispuso á escribir.

Permaneció un breve rato con la pluma en la mano como reuniendo sus ideas, y por fin escribió la relacion de lo que se le pedia.

A lo que pudo juzgar lord Mortimer, aquella relacion era exacta, porque en lo que ya sabia por boca de Amanda, halló perfecta conformidad.

Apuntó el ama con todos sus pormenores y con muestras de tener las ideas muy frescas, como el coronel Belgrave habia sido introducido en la casa por ella y la doncella de Amanda; como las dos se habian escondido para escuchar lo que entre ambos sucederia, procurando no hacer ruido alguno á fin de no tener que acudir en auxilio de la señorita Fitzalan si daba voces, como lo consideraban probable;

cómo por este medio habian podido oir perfectamente la conversacion de aquella pobre víctima con el cínico Belgrave, y por último escribió sobre todos los puntos que Mortimer le iba designando para que su relacion pudiese considerarse completa.

Al pié del escrito le hizo poner que aquella era una revelacion verdadera, tanto en la parte que ella habia tenido en aquellos sucesos, como respecto á las demás personas á quienes en el escrito nombraba, y lo firmó de su puño y letra á la primera indicacion de Mortimer.

Tomó este el papel, lo leyó cuidadosamente, y habiéndole guardado dijo:

—Por mi parte estais perdonada, y si en todo habeis sido tan exacta como en lo que yo sabia de estos sucesos, nada teneis que temer. Ahora bien, por motivos que no son de este lugar tengo que deciros que esta relacion no me basta.

Exigid de mí todo lo que yo pueda hacer.

—No se trata ya de vos, sino de la que fué doncella de la señorita Fitzalan en casa de los marqueses de Rosline.

—¿Sigue en su casa esa muchacha?

—Sí, señor.

—Necesito de ella una confesion semejante á la vuestra y tambien exacta; pero como no tengo para con ella el medio que he tenido que emplear contra vos, es menester que vos me indiqueis cómo podré obtener de su voluntad lo que solicito.

—Ofrecedle una recompensa, dijo con viveza el ama de llaves.

—Es decir que por dinero... venderá á sus amos, y

no revelaria el mal que ha hecho por escrúpulo de conciencia.

—Señor, ya habeis leido mi declaracion. La doncella y yo obrábamos bajo la influencia que sobre nosotras ejercian nuestros amos: teníamos en cuenta así el daño que podian causarnos como la recompensa que nos habian ofrecido. El pobre se halla muchas veces en este caso, sobre todo si vive en la servidumbre de los poderosos. Si por dinero obramos mal, es de suponer que por dinero obrará bien la doncella.

Con triste semblante escuchó lord Mortimer aquellas palabras, y el ama de llaves, que no dejaba de conservar su malicia en medio de su apurada situacion, añadió:

—En cuanto al cargo que haceis á la doncella de que por dinero venderá á sus amos, no me está bien dar motivo con mi silencio á que la juzgueis peor de lo que es realmente. La doncella está con razon poco satisfecha de la marquesa...

—¿Por qué?

—Porque no nos ha cumplido la promesa de recompensarnos.

—¿Y no se queja á la señorita Eufrasia?

—Ya he escrito en el papel que la señorita Eufrasia tambien nos habia hecho igual promesa y tampoco nos la ha cumplido.

—Sea por el motivo que quiera dijo lord Mortimer, yo necesito que me firme una verdadera relacion de lo que ha pasado. ¿Podemos ir ahora mismo á hacerle proposiciones?

—No puede ser en este momento, milord, porque se halla en el campo.

—¿Debe volver pronto?

—Lo espero.

—¿Podriais vos hallar medio para que viniese á Londres en breve, aunque tuviese que volverse despues de escrito el relato que á mí me hace falta? La casa de los marqueses ha quedado á vuestro cargo y se me figura que no tendria nada de particular que para hacer un arreglo, una limpieza general... tuvieseis necesidad de ella.

—Yo hallaré un medio de que esté en Londres antes del domingo y os daré en seguida noticias de su llegada.

—Yo os prometo que no se os volverá á hablar de billetes de banco destinados á la señorita Fitzalan. Este que os entrego ahora es de cincuenta libras y os pertenece legítimamente. Ofrecedle otro tanto á la doncella por su declaracion escrita. Partid ahora y pensad en adelante lo que haceis. Ya habeis visto que mi aviso de ayer se ha cumplido hoy mismo y sin duda cuando vos menos lo esperabais. Voy á subir primero que vos para que nadie ponga impedimento á vuestro paso.

Lord Mortimer salió del gabinete, avisó en las oficinas que podia dejarse salir á la detenida, de quien respondia él, y se retiró á su casa.

Tentado estuvo en el momento mismo de escribir á Amanda para darle cuenta del primer resultado de sus diligencias; pero se contuvo para no mermar el contento que esperaba causarle cuando le pudiese participar el resultado de su actividad, si este resultado era, como él esperaba, la desaparicion de todos los obstáculos que hasta entonces se habian opuesto á su union.

La doncella, á quien escribió el ama de llaves, no se

hizo esperar, y lord Mortimer fué advertido al momento de su llegada.

Acto continuo se trasladó á casa de los marqueses de Rosline.

Prostestó la doncella, amaestrada ya por el ama, que ella sólo habia obrado bajo la presion de sus amos, así por el temor de ser despedida y perjudicada por ellos, como por la esperanza de una recompensa y de ningun modo por ódio á la señorita Amanda que le habia sido muy simpática desde el primer momento.

Mortimer no le pidió excusas, sino que le firmara una relacion como la del ama de llaves, y la doncella lo hizo en seguida confesándose tan culpable como la otra.

Cuando Mortimer tuvo en poder suyo el documento, le alargó un billete del mismo valor que el que habia dado al ama.

La doncella lo cogió con la punta de los dedos y dijo:

—Yo no deberia, milord, recibir recompensa alguna por lo que acabo de hacer, pues bastante recompensada estoy con el alivio que experimenta mi conciencia; pero una no sabe lo que ha de suceder el dia de mañana; tal vez los marqueses despues que una ha tomado parte en tan fea accion, la plantarán en la calle, y una jóven sola, sin ahorros y con pocas personas conocidas que la recomienden, lo pasa muy mal en Londres. Por esto acepto este billete y os prometo emplearlo en cosas que no me podreis reprochar.

Mortimer que habia oido las falsedades de la doncella la noche que fué sorprendida Amanda con Belgrave, la escuchó con pena, creyendo sin equivocarse que todas aquellas protestas eran tambien falsas.

Obtenida ya la confesion de aquellas dos mujeres, pensó lord Mortimer en Lucía, aquella amiga de la señora Devons, que habia inventado la historia del anciano compañero de viaje de Amanda, á quien supuso que esta habia abandonado para escaparse con Belgrave.

Para las primeras diligenoias que se proponia emprender con respecto á Lucía, se valió Mortimer de un criado suyo, el cual tomó informes y pudo asegurar desde el primer dia á su amo, que dicha Lucía gozaba de muy mala reputacion entre sus vecinos y su conducta daba lugar á algunas sospechas.

Con las noticias primeras adquiridas por lord Mortimer acerca de ella, se resolvió á presentarse en su casa, y para ello hizo que le pusieran un suntuoso carruaje y el mejor tiro de sus caballerizas.

No procedió así por vanidad, sino por cálculo, conociendo el influjo que la riqueza y la ostentacion habian de ejercer en Lucía.

Ella no pudo menos de mostrârse muy sorprendida con su visita, y al punto, conocedora como era de la amorosa inclinacion de lord Mortimer á Amanda, al punto, decimos, se acordó de ella y se turbó visiblemente.

Lord Mortimer quiso aprovechar aquella primera circunstancia favorable, y apelando á la gravedad que tan bien le sentaba, dijo á Lucía:

—No extraño vuestra sorpresa ni vuestra turbacion; pero os ruego que procureis serenaros y será mejor para los dos. Para ahorraros el trabajo de pedirme explicaciones, lo mejor es que sea yo quien os diga que soy amigo de una señorita que ha padecido y padece entre otras

cosas por expresiones calumniosas que habeis vertido contra ella. Vuestra conciencia os ha dicho antes que yo, el nombre de esta señorita, y afortunadamente vuestro semblante desvanece cualquiera duda que pudiese yo abrigar sobre este punto. El nombre de esa señorita cuyo recuerdo así os ha conturbado, os haría poner colorada si ahora mismo os dijese yo que se llama Amanda Fitzalan.

Encendiéronse en efecto las mejillas de Lucía al oir de labios de Mortimer el nombre de Amanda.

Él hizo una breve pausa y prosiguió sin inmutarse:

—Ya veis cómo no me equivocaba; os ruego que creais que igual acierto he de tener en todo lo demás referente á este particular.

Lucía ante el dominio de lord Mortimer, cuyas palabras pesaban sobre su corazon, hubo de bajar la cabeza confundida.

—De vos ha salido, prosiguió él, una relacion falsa, un absurdo cuento de cierta aventura en que aparecen un anciano militar, la señorita mi amiga y cierta persona muy conocida entre la nobleza... quiero decir entre los que llevamos títulos. Por vos fué referida esta falsa aventura á la señora Devons y ha corrido válida entre las personas frívolas ó mal intencionadas, con grave perjuicio de esa señorita que ningun daño os habia hecho. Están recogidos todos los datos que prueban la falsedad de vuestro relato, y de tal manera os seria imposible inventar una fecha ni una poblacion donde pudiese haber ocurrido lo que vos contasteis, que si se os procesace por difamar, dudo que encontraseis abogado que quisiera encargarse de vuestra

defensa, así como sé de cierto que antes de tres meses seriais condenada á recibir un gran castigo.

Vuestro castigo, empero no hace falta alguna para la tranquilidad y vindicacion de aquella señorita ni para que triunfen como es debido la verdad y la inocencia. La justicia no podria prescindir de que lo uno no se verificase sin lo otro; pero yo puedo pasar sin vuestra vergüenza y sin pública condena contra vos. Lo que me es indispensable es que confeseis por escrito que es falso todo cuanto habeis achacado á la señorita Fitzalan, y expreseis los motivos que os obligaron ó movieron á difamarla. Considerad la distancia que hay entre lo que os exigirian los tribunales y lo que yo os exijo, y complacedme al momento.

Lord Mortimer, que hasta entonces habia estado de pié, se sentó con mucho aplomo y Lucía, que se creia perdida, se arrojó llorando á sus piés.

El corazon de Mortimer se llenó de consuelo viendo que por aquel lado tambien tenia seguro el desagravio de Amanda, y ocultando su verdadera emocion y sin dejar el tono severo que habia tomado, dijo:

—No es menester lágrimas y aspavientos para nada. Por mi parte os perdono á trueque de una confesion, con tal que sea sincera y completa, pero tened entendido que de no ser así, dejaré obrar á la justicia, cuya accion se mantiene en suspenso en tanto que yo no declare hallarme satisfecho de vuestras explicaciones. Lo que yo quiero y cumple á la verdad es que os confeseis culpada...

—¡Lo confieso, lo confieso! Lo soy.

—No os precipiteis, Repito que bajo vuestra firma de-

beis confesaros culpada y explicar despues cómo y por qué causa lo fuisteis.

—Lo diré todo, señor, todo, pero por Dios no me entregueis á los tribunales que son terribles para el pobre.

—Lo sé: sobre todo para el pobre que no tiene la conciencia limpia.

Lucía declaró acto continuo que todo cuanto habia dicho contra Amanda era falso; que durante la permanencia de esta y su padre en su casa se habian portado como las personas mas dignas que habia conocido.

—El coronel Belgrave, añadió llena de vergüenza, habia excitado mi codicia, prometiéndome que si con mi ayuda lograba conquistar el cariño de la señorita Amanda, me daria una prueba tan grande de su generosidad, que en lo sucesivo no tendria yo que depender de nadie y seria señora de mi casa en lugar de verme sujeta á sufrir las impertinencias de los huéspedes y quedar agradecida á la pequeña ganancia que me dejaban. Entre tanto el coronel me hacia algunos regalitos que me ayudaban á pasar. Fuéronse el señor Fitzalan y su hija de mi casa, y yo además de perder el lucro de sus hospedajes, perdí los regalos del coronel. La amenaza de nuevas privaciones me irritó, lo confieso tambien, y me hizo concebir ódio contra aquella señorita, que como decís muy bien, ningun daño me habia hecho. Por eso...

—Por eso la calumniasteis.

—Sí, señor; pero creed que estoy bien arrepentida de ello.

—No lo habiais demostrado hasta que yo he venido á daros cuenta de lo que os esperaba de parte de la justicia;

pero aun así puede ser sincero vuestro arrepentimiento, Escribireis todo lo dicho en un papel, y expresareis tambien la parte que tomasteis en favor del señor Belgrave y los medios que pusisteis de vuestra parte, así para que le fuese fácil ver á la señorita Amanda, como para inducir el ánimo de esta al logro de sus fines.

—En esta parte no hice todo lo que él deseaba y puedo probároslo. Mirad, añadió dirigiéndose á una alacena y tomando de ella una cartera de la que sacó algunas cartas que entregó á Mortimer; tomad, todas esas cartas me habia dado el coronel para que se las entregase á la señorita Amanda y ella no queria recibirlas. Yo para no perder los obsequios que él solia hacerme, fingí habérselas entregado, pero las guardaba.

—Está bien. Escribid, escribid.

—No sé si podré... Estoy confusa, turbada: luego... escribo tan mal por la falta de costumbre...

—Lo escribiré yo si os parece y vos lo firmareis. ¿Sabeis leer bien lo manuscrito?

—Sí, señor.

—Yo además procuraré poner la letra muy clara...

—Ese favor mas os deberé, milord.

Sentóse lord Mortimer á la mesa y empezó á escribir la declaracion de Lucía á semejanza de las del ama de llaves y la doncella, y consultando á cada paso á la desgraciada con toda escrupulosidad de conciencia, de suerte que no pudiera atribuirle ella el haber puesto una letra mas ni menos de lo que deseaba.

Terminado el escrito, se lo leyó lord Mortimer para que nuevamente dijera si estaba conforme con su contenido,

y despues la obligó á leerlo para mayor tranquilidad.

La mujer firmó derramando lágrimas, y lord Mortimer guardó el nuevo documento.

Antes de partir le dijo que no sólo debia dar gracias á haber salido bien librada de aquel negocio, sino que debia agradecer tambien que hubiese dado con la señorita Fitzalan, pues á haber recaido la calumnia sobre otra persona, la habria llevado ante los tribunales que no tenian para qué ser indulgentes con ella.

La mujer se deshizo nuevamente en excusas, y lord Mortimer salió triunfante de aquella casa, viendo cómo iban cayendo los obstáculos que le separaban de Amanda.

Su contento era tanto mayor cuanto veia desvanecerse las dudas que en algunos instantes de mal humor habia concebido sobre la perfecta lealtad de la hija de Fitzalan.

De cuando en cuando echaba mano á los papeles que contenian aquella brillante justificacion en que fundaba todas las esperanzas de su porvenir, y los contemplaba como el tesoro mas precioso.

La justificacion de Amanda era la suya propia: aquellos documentos decian á voces que nò habia puesto su amor en sugeto indigno de su nobleza.

CAPITULO VIII.

Propósito y desistimiento.

Considerábase en efecto lord Mortimer el mortal mas feliz del universo.

Ya estaba dispuesto á creer que Amanda era la virtud misma, y si algun pesar acibaraba su contento era al recordar que alguna vez habia sido bastante débil para creer á Amanda capaz de faltarse á sí misma, como el dia que la vió en el coche de Belgrave cuando la infeliz iba desmayada.

Ahora, al ver cuán falsas eran las acusaciones venidas de aquellas miserables y mal aconsejadas mujeres; al ver que podia, con documentos firmados por ellas, avergonzar á los que tanto se habian desvelado para lograr la perdicion de Amanda, se enorgullecia de haberla amado siempre y se arrepentia de no haberla querido ántes por no haber conocido cuán alto rayaban sus virtudes.

Al salir de aquella casa habria querido que alguno de

los calumniadores se le hubiese puesto delante para confundirle con las pruebas que consigo llevaba.

Su contento era tal que no le cabia en el pecho y necesitaba comunicarlo con una persona amiga.

Dirigióse á casa de su tia Marta que se admiró de verle tan alegre, y atribuyó en seguida á noticias de Amanda el júbilo que revelaba su semblante.

—Sí, querida tia, es decir, no tengo noticias recibidas diariamente de la señorita Fitzalan, pero las tengo excelentes recibidas con respecto á ella.

—¿Y quieres que te dé la enhorabuena?

—Creo que la merezco.

—Creo tambien, sobrino mio, que me alegro infinito de podértela dar; pero sepamos á santo de qué.

Lord Mortimer refirió primero á su tia en conjunto el resultado de las diligencias que durante aquellos dias practicara, y la buena señora se mostró muy satisfecha de que no resultase culpada Amanda, en quien habia puesto cariño antes de conocerla.

Despues que Mortimer la hubo enterado de todo, añadió:

—Pero no creais que me haya contentado con simples noticias; tengo documentos que pueden cubrir de vergüenza á muchos vanidosos encopetados, y sobre todo descubrir sus infames tramas. Mirad.

Desplegó ante los ojos de su tia las declaraciones que habia recogido, y la buena señora despues de leerlas le abrazó muy gozosa.

—No puedes imaginar, sobrino, cuánto me alegro de lo que sucede. Al fin vas á recobrar la tranquilidad que yo creia habias perdido para siempre y enorgullecerte en tu

eleccion, pues la señorita Amanda Fitzalan ha acrisolado su virtud resistiendo á las seducciones, sufriendo con tanta nobleza como cristiana resignacion los ultrajes de que ha sido víctima, y conservándote, estoy segura de ello, el afecto á que tú eres acreedor, porque tú tambien, á pesar de haberla injuriado, nunca te decidiste á creer que abrigara un mal corazon. Yo quiero entrar por algo en vuestra dicha, sobrino mio; ¿qué he de hacer para ello?

—Querernos á los dos como hasta ahora me habeis querido á mí.

—Eso está ya hecho. Yo quiero mostraros cuánto participo de vuestra satisfaccion. Para ello, desde este momento considero á Amanda Fitzalan como hija mia y la aseguro todo cuanto poseo. Siento que no sea mas. Ahí tienes, yo jamás he sido ambiciosa como sabes; creia que con lo que me tocó en la herencia tenia bastante y aun sobrado para mí, y ahora que se trata de la que ha de ser tu esposa, desearia ser la princesa mas rica de Europa.

—¡Mi excelente tia! exclamó Mortimer abrazándola; las palabras que acabais de pronunciar valen mas que todos los tesoros del mundo. ¿Por qué no he de atreverme á deciroslo? Yo deseaba que saliera de vos un arranque semejante y aun estaba tentado de deciros que hicierais, si no tanto, algo bueno por Amanda.

—¡Oh qué gusto de haber acertado con tu pensamiento!

—¿Sabeis por qué lo deseaba?

—Hijo mio, por algo bueno.

—Para que no se dijera de ella que se habia unido á mí sin traerme nada en dote, porque ella misma habria creido desobedecer á su padre si hubiese dado lugar á que

se dijese que me habia incitado á un casamiento desigual.

—Pues con mi resolucion se hace callar á los vivos y á los muertos. Amanda Fitzalan es mi heredera, ya lo sabes, y desde este momento puedes participárselo á todos los que la habian despreciado pobre, para que empiezen á envidiarla rica; así no estarán ociosos sus corazones ya que sólo sirven para despreciar al que está debajo y envidiar al que está encima.

—No seré yo quien diga una palabra por ahora; antes os suplicaria que nada descubrieseis á mi padre...

—Te prometo callar algun tiempo si te empeñas en ello: mas procura que el plazo sea corto. Las alegrías no son completas si no son comunicadas; que así aumentan ellas, al revés de los pesares, que comunicados menguan.

El deseo de lord Mortimer era desengañar á su padre con respecto á los marqueses de Rosline y á Amanda, pero deseaba hacerlo de improviso y sin dar tiempo á Eufrasia y á su madre para que se preparasen, y á fin de cogerlas en mayor contradiccion con la verdad.

Precisamente aquel mismo dia el padre de lord Mortimer hizo presente á su hijo la obligacion en que estaban de hacer una visita al marqués de Rosline en su casa de campo.

Lord Mortimer respondió que cumpliria al dia siguiente, y su tia Marta prometió acudir tambien, aunque para ella era un mal rato pasar el dia con aquella familia, cuya falsedad y deseo de dominar le eran bien comocidos.

El padre de lord Mortimer hizo la visita con toda ceremonia, sin duda para contrabalancear la falta de formalidad de su hijo, que no se paraba en todas aquellas pequeñeces

que exige la etiqueta inglesa, sobre todo entre la aristocracia que pasa la vida en Londres.

La familia de Rosline estaba reunida á la llegada de nuestros tres personajes.

Las señoras sonrieron muy expresivamente á lord Mortimer y á su padre, é hicieron varias demostraciones de benevolencia y respeto á la hermana de este.

El marqués de Rosline, despues de cumplir con las leyes de la galantería que obligan á obsequiar primero á las señoras, se mostró mas obsequioso de lo que tenia por costumbre con Mortimer.

Acabados ya los cumplidos, Eufrasia y su madre se dirigieron especialmente al que deseaban introducir en su familia y estuvieron con él muy obsequiosas.

Mortimer no sabia que cara poner al oirlas.

Siendo ellas las culpables, parecia ser él quien tuviera algo que le remordiese la conciencia.

La seguridad con que hablaban aquellas dos mujeres, cuyas malas acciones le eran ya conocidas, le tenia asombrado.

Si hubieran sido menos ciertos los datos que poseia para estar convencido de las inícuas tramas empleadas contra el honor y el decoro de Amanda, habria dudado de ellas al oir á la marquesa y á Eufrasia.

¡Qué expresiones tan cultas sabian usar! ¡Con qué aplomo hablaban de virtud y honradez las que tantas veces habian atropellado la virtud y la honradez ajenas como cosa despreciable!

Él las escuchaba atónito, y ellas que pocas veces le habian visto tan atento á lo que decian, se miraron mas de

una vez una á otra con satisfaccion, interpretando bien neciamente las sensaciones que en el semblante del jóven lord se retrataban.

Poco á poco, empero, la admiracion de lord Mortimer se fué desvaneciendo.

Mucho tardó en salir del asombro que le causaba tanto cinismo; pero al fin no pudo ya dudar que era posible, que era real y verdadero, y la indignacion se fué haciendo lugar en su pecho.

De cuando en cuando el marqués de Rosline le dirigia la palabra, y mientras le respondia él, callaban las dos mujeres; pero engañadas acerca del motivo de su asombro y creyendo que lo que le tenia en suspenso era oirlas expresar los pensamientos mas rectos y delicados en materia de honor, volvian á la carga apurando todos los lugares comunes de que sobre aquel fecundo tema tenian noticia.

Dos veces se habia sentido lord Mortimer dispuesto á interrumpir á las dos mujeres para echarles en cara su infamia; pero le contuvo el respeto debido á su padre y quizá las consideraciones debidas al marqués, á quien tenia por hombre capaz de una determinacion brusca y grosera, pero incapaz de tomar parte en las miserables tramas de su mujer y su hija.

Los cómplices y servidores de estas habian dejado siempre en salvo al marqués al referir las asechanzas puestas á Amanda.

En aquellos momentos, pues, el marqués, en concepto de lord Mortimer, era digno de lástima, pues aunque como hombre valia poco, no merecia el castigo de tener por esposa é hija á las dos mujeres sin corazon, de quienes era

tambien víctima en cierto modo y cuyos sentimientos no podian darle honra alguna.

Mientras Mortimer sostenia la conversacion con ellas y reflexionaba sobre la gran dosis de maldad de que debian estar dotadas para sostener las ficciones con que trataban de embaucarlo, observaba tambien la satisfaccion que mostraba su padre al verle con ellas entretenido y cierta llaneza que se iba estableciendo entre este y el marqués.

Aquello significaba una cosa muy grave que no se escapó á la penetracion del enamorado mancebo.

El marqués y su padre estaban contentos viéndole tan entretenido al parecer agradablemente con Eufrasia y Augusta, y cada uno por su parte saboreada gustoso la esperanza de que en breve tiempo las dos familias podrian verse unidas por medio del casamiento de los dos jóvenes.

Mortimer lo adivinó.

Estaba dispuesto, decidido á destruir aquellas halagüeñas esperanzas; y su corazon sensible se estremecia al pensar en el disgusto que le seria necesario causar á aquellas dos personas que ninguna culpa tenian en lo sucedido hasta entonces.

Así, mientras Eufrasia le veia contemplarla con los ojos fijos como si quisiera saciar su carazon del placer de verla, él formaba el propósito de romper definitivamente con aquella familia aprovechando la primera ocasion en que se hallase solo con las dos mujeres, pues queria guardarles la consideracion de no avergonzarlas delante de nadie.

Llevaba su delicadeza al extremo de declararles que sabia todo lo que habian tramado contra la infeliz Amanda y de no descubrírselo á nadie absolutamente; con tal que

ellas renunciasen á obligarle á casarse con Eufrasia. Ellas eran las que debian intentar un pretexto cualquiera para que aquel matrimonio no se verificase; ellas debian rechazar las disposiones de lord Mortimer, siempre que el motivo alegado no redundara en perjuicio de su honor.

Este noble propósito estaba ya terminantemente adoptado por Mortimer, cuando ellas mismas le obligaron á desistir de él.

CAPITULO IX.

Provocacion.

Augusta y su hija interpretaron mal, como hemos dicho, los sentimientos de lord Mortimer, y figurándose que sus intrigas habian alcanzado un triunfo completo, creyeron que la pobre Amanda estaba perdida en el concepto del que tanto la habia querido.

La visita de Mortimer, su padre y su tia les hizo entender tambien que habian llegado á aquellas primeras reuniones de familia que suelen preceder á la celebracion del matrimonio.

La marquesa creyó que en presencia de la señora Dormer iba á proporcionar á su hija una satisfaccion de amor propio, y aprovechando una coyuntura que le pareció favorable, dijo á aquella:

—Vuestro sobrino, señora, ha estado muy enamorado...

Aquí hubo de interrumpirse, porque Eufrasia, fingiéndose ruborizada, la tiró de la manga y bajó la cabeza.

—Afortunadamente, añadió la marquesa, despues de una cariñosa mirada á su hija, el tiempo y los sucesos le fueron demostrando cuán mal empleaba su afecto.

—Se me figura, dijo Mortimer, con disgusto, que os engañais, señora marquesa.

—¡Oh, no me engaño! Enhorabuena esteis arrepentido de vuestro error, pero no negueis que habeis amado ó á lo menos que tuvisteis muchas simpatías por la señorita Fitzalan.

Aquel nombre en aquellos labios irritó sobremanera á Mortimer, que nunca habia creido á la marquesa mas indigna de pronunciarlo.

—Señora marquesa, dijo impetuoso, no niego que haya amado á la señorita Fitzalan, ni me arrepiento de ello.

La marquesa se puso colorada, y tomando un tono sério replicó:

—Yo creí... en fin, no se hable mas de ello. Comprendo que vuestra natural bondad os inclinase á quererla por compasion.

Volvióse en seguida á la señora Dormer y añadió:

—Vuestro sobrino, señora, es el corazon mas afectuoso que conozco.

—En efecto, dijo la señora Dormer, esa justicia se le debe.

Eufrasia, que veia mal preparado el negocio, se inclinó á Mortimer y le dijo á su vez:

—Se me figura que os habeis enojado. Os ruego que dispenseis á mi madre que sin duda se figuraba que no os habia de ser tan desagradable el recuerdo de la señorita Fitzalan.

—Siento mucho, señorita, replicó él, que tambien esteis en un error. El recuerdo de la señorita Fitzalan no es desagradable para mí.

—¡Ah...! dijo Eufrasia picada.

—Entonces, preguntó la marquesa, ¿qué es lo que os ha enojado?

—Señora, desearia que dejásemos para otra ocasion el tratar de este asunto.

—¿Por qué?

—Porque...

—Proseguid, dijo la marquesa con mal disimulada arrogancia; yo no tenia empeño en hablar de esa señorita; pero supuesto que vos teneis el intento de hablar de ella en alguna ocasion, os suplico que sea ahora mismo.

—Yo os suplicaria á mi vez, dijo Mortimer reprimiéndose, que no me obligaseis con vuestros ruegos. Me seria muy sensible, añadió bajando la voz, que despues me acusaseis de no haberos dicho á solas...

—Parece, milord, que quereis dar á entender que vuestro silencio es un favor que quereis hacerme. Yo os doy gracias por la intencion; pero vuestra tia ha oido lo que hasta ahora hemos dicho, y no debo dar lugar á que forme de mí un juicio desventajoso. Hablad.

El calor de las palabras de la marquesa llamó la atencion de su marido y del padre de Mortimer, que suspendieron la conversacion para oirles.

El marqués conoció la gravedad de lo que se hablaba viendo los semblantes de Augusta y Eufrasia, y no pudo disimular el cuidado en que se puso.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Nada, señor marqués, respondió Mortimer, empeñado aun en evitar el escándalo.

—No tan poco como suponeis, dijo con desden la marquesa. Lord Mortimer me acaba de insinuar que tenia algo que decirme con respecto á la señorita Fitzalan.

—¡Todavía! dijo el marqués.

—Hijo mio, dijo el padre de Mortimer, no me parece ocasion oportuna...

—Yo, añadió la marquesa, le he suplicado y casi me atreveria á exigirle que no dilatase lo que tenga que hablarme con respecto á aquella... señorita.

—He deseado, dijo Mortimer á su padre, evitar esta conversacion hasta el momento en que pudiera tratarla á solas. No he dado motivo ni pretexto para que se tratase ahora de la desgraciada señorita Fitzalan...

—Lo creo, dijo su padre; pero te ruego que consideres cuán importante es que el recuerdo de esa desgraciada no vuelva á turbar nuestra armonía, que espero ver consolidada para siempre. Debemos olvidarla todos...

—Perdonad, milord, dijo la marquesa. El silencio en esta ocasion podria parecer un subterfugio mio para evitar un bochorno. Os suplico que si yo no basto, rogueis á vuestro hijo que sea complaciente.

—Señora...

—Mi amor propio y mi decoro están interesados en ello.

—¿Qué os parece, marqués?

—Yo, dijo Rosline, soy muy claro y en lugar de vuestro hijo hablaria.

—Ya lo oís, lord Mortimer.

La provocadora audacia de la marquesa acabó de dar al traste con la paciencia del jóven.

Volvió sin embargo los ojos á Eufrasia, esperando que esta mejor aconsejada le suplicaria que callase; pero la madre cegada por la pasion, dijo:

—No dudeis de los deseos de mi hija, no menos interesada que todos nosotros en oir lo que tengais que decirnos. Acabad de una vez estas reticencias: harto ha padecido la pobre Eufrasia con la conducta de esa señorita. Vuestro silencio es mas ofensivo para ella que para nadie.

Mortimer seguia dirigiendo sus miradas interrogativas á Eufrasia que no pudiendo resistir á la excitacion de su madre, dijo:

—Hablad, lord Mortimer, hablad.

—No tardes, pues, en complacer á esas señoras, hijo mio.

—En muy difícil situacion me colocais, dijo Mortimer con sentimiento. Sabe Dios que yo no lo he deseado y he hecho todo lo posible para evitarlo.

—¿Pero al fin qué es ello? preguntó alarmado el marqués de Rosline, inquieto al ver la solemnidad de Mortimer.

—Yo creia, dijo este, que despues de lo ocurrido, el nombre de la señorita Fitzalan debia inspirar lástima cuando menos.

—Siempre se la he tenido, interrumpió con sequedad la marquesa.

El marqués le dirigió una mirada para imponerle silencio.

—Yo creia, prosiguió Mortimer, que la lástima que debia inspirar la señorita Fitzalan llevaria consigo la obligacion del silencio, á lo menos en esta casa.

—¡La obligacion! exclamó la marquesa.

—Así he dicho. Porque si aquí no empezaron sus desgracias, aquí á lo menos empezaron á concentrarse las voluntades en contra suya.

—Lord Mortimer, dijo el marqués de Rosline, ahora os ruego yo que seais bien explícito.

—Lo seré, señor marqués, ya que desgraciadamente lo exigis con buen derecho. La señora marquesa ha confesado que yo habia sentido siempre una inclinacion favorable á la señorita Fitzalan, y ha supuesto que á estas horas debia hallarme arrepentido de mi afecto.

—Lo comprendo. Despues de lo sucedido... dijo el marqués, proseguid y perdonad mi interrupcion.

—Esta frase, señor marqués, sólo vos podeis pronunciarla inocentemente.

—¿Qué quereis decir?

—Que, por las noticias que tengo, vos no tuvisteis parte ni culpa alguna en lo sucedido aquí con la señorita Fitzalan.

El marqués estaba atónito y el padre de Mortimer tambien.

—Es tan grave lo que sospecho, lord Mortimer, dijo aquel, que ya no puedo menos de ser exigente con vos: espero que aclareis bien lo que acabais de indicar.

—Vos, señor marqués, no intervinisteis para nada en la trama de que fué víctima la señorita Fitzalan.

—¡Una trama!

—Sí, señor marqués, una trama urdida aquí mismo.

—Sólo falta que digais, añadió la marquesa, que la autora de la trama fuí yo.

Sólo falta que digais, añadió la marquesa, que la autora de la trama fuí yo.

—Eso no lo diré yo, señora, replicó Mortimer; pero los cómplices de esa trama fueron criados vuestros, obligados é incitados con regalos ó promesas. La sorpresa del coronel Belgrave en el gabinete no fué casual, sino combinada; él sabia que debian encontrarle allí. La conversacion de la desdichada Amanda con el coronel, no fué sino una lucha contínua de la virtud de aquella contra la seduccion de este; las voces que se hicieron correr sobre el desdoro de la señorita Fitzalan, fueron todas falsas...

Mortimer hizo otro gran esfuerzo y se contuvo.

La marquesa fingiendo una gran frialdad le preguntó:

—Y suponiendo que sea cierto lo que decís, ¿en qué puede afectarme á mí?

Ante aquella audacia, Mortimer respondió con desprecio:

—Lo ignoro á punto fijo. Sé que la señorita Fitzalan fué acusada por personas que nunca la habian tenido buena voluntad á ella ni á su madre, y que á vos os acusan, señora, los que comen vuestro pan.

—¡A mí!

—A vos.

—¡Chismes de criados sin duda!

—Declaraciones, confesiones hechas con toda solemnidad, señora.

—Por Dios, hijo mio, exclamó el padre de Mortimer, mirad que podeis engañaros...

—Todos estamos sujetos á engaño. Yo he propuesto á la señora marquesa que admitiese las pruebas de la inocencia de su sobrina y me prometiese restaurar su buena fama. La marquesa se ha negado á ello. ¿Por ventura las

pruebas que condenan á la señorita Fitzalan son mas dignas de crédito que las que la absuelven?

—Espero que no os propondreis obligarme á escuchar el testimonio de mis criados y á declararme vencida por ellos.

—No pienso obligaros á ello, porque no es menester para la justificacion de la víctima.

—Milord, dijo la marquesa con mucho aplomo, os compadezco.

—Milord, dijo el marqués interrumpiéndola, esta explicacion no debe terminar aquí. Por la honra de mi casa es menester que se complete...

—Perdonad, marqués, dijo ella. Señor Mortimer, veo que sois víctima de muchos engaños y maldades; no espereis de mí una justificacion, pues no hay medios hábiles para ello. Mi decoro no me permite desmentir el testimonio que alegais. Sin duda sois juguete de una alucinacion. Los encantos de la señorita Fitzalan ejercen sobre vos un grande imperio y en vano trataria ahora de apelar á vuestra razon. El tiempo se encargará de justificarme á vuestros ojos y demostraros cuánto os alejais del proceder conveniente á nuestro asunto.

—Señora marquesa, replicó Mortimer, el ama de llaves vuestra y la doncella de la señorita Fitzalan en vuestra casa por una parte, y otra persona que habia calumniado á la señorita Fitzalan, no han podido ser mas explícitas. ¿Vos la acusais por conjeturas sólo? ¿No teneis parte alguna voluntaria en su desgracia? Yo no puedo exigir que me lo demostreis; pero no puedo creerlo sin verlo demostrado.

—Creed lo que mejor os parezca, dijo la marquesa con

altanería; vos, y no yo, tendreis que arrepentiros de vuestra credulidad.

—Lord Mortimer, dijo el padre, mirad que en mi concepto os tiene apasionado esta señorita á quien defendeis; mirad que destruís todas mis esperanzas y labrais la desgracia de toda vuestra vida.

—Padre mio, replicó Mortimer, no es culpa de la señorita Fitzalan lo que sucede, sino de los enemigos que ya fueron de su madre y de gente venal y corrompida. De lo que me arrepiento es de haber dado crédito á ciertas calumnias que llegaron á mis oidos. Esas calumnias eran tan graves, que so pena de ser el hombre mas malicioso era preciso creerlas. Parecia imposible que siendo voces falsas salieran del hogar donde la señorita Fitzalan debia estar amparada por las leyes de la hospitalidad y el parentesco, y sin embargo, así era. Harto padecí creyéndolas para que no me sea debida ahora la grata satisfaccion de pregonar su inocencia.

—Milord, dijo el marqués, habeis oido á vuestro hijo que confiesa su pasion por aquella desgraciada.

—Señor de Rosline, gritó Mortimer, desgraciada es la señorita Amanda; pero no tanto que pueda nadie avergonzarla por su desgracia.

—Milord, dijo á su vez el padre, no trateis de ocultarlo; amais á la señorita Fitzalan.

—Padre mio, agradeced á Dios que me ha hecho capaz de amarla. Amo en ella la virtud y soy fiel á las promesas que le he hecho durante largo tiempo y de que sólo podia haberme hecho libre una conducta como la que maliciosamente se le ha atribuido.

—La pasion os ciega, hijo mio. ¿No la creisteis culpada en algun tiempo segun acabais de confesar?

—Sí por cierto, merced á las tramas de sus perseguidores.

—Y ¿cómo á pesar de creerla culpable la seguisteis á Irlanda? ¿No veis que la pasion os arrastraba? ¿No conoceis que os puede cegar ahora? ¿Por qué no la abandonasteis y olvidasteis para siempre ya que creiais que lo merecia?

—Debo á todos, á mí mismo y sobre todo á vos, padre mio, la verdad de esos sucesos. Seguí á la señorita Fitzalan á Irlanda, porque antes de abandonarla y olvidarla para siempre como estaba decidido á hacerlo, quise tentar si lograba arrancarla de los brazos de su seductor y ponerla en camino de volver á ser digna de estimacion... ¡aunque nunca habia dejado de serlo! ¿Quereis que sea mas explícito? Me compadecia del anciano Fitzalan y queria ver si la devolvia á su cariño sabiendo cuánto la amaba. Por eso fuí á Irlanda tras ella, mas no la encontré en brazos del seductor, sino en brazos de la muerte. Entonces supe que acababa de dar pobre sepultura al honrado anciano. ¡Yo ví sus lágrimas! ¡Yo oí sus voces, llanto y palabras que sólo podian nacer de un corazon puro! ¡Quién se habria atrevido á dudar de aquella jóven que calientes todavía las cenizas de su padre protestaba ante ellas de su inocencia? No vos, padre mio, ni yo tampoco. En aquellos momentos vale mas el que se engaña por la fe en el corazon humano, que el que acierta por la desconfianza: yo creí.

Vila moribunda, inconsolable por aquella irreparable pérdida y acordarse mas de las virtudes y miserias del finado,

que de sus propias desventuras. ¡No! dije una y mil veces: esos acentos de dolor, ese cariño filial, ese olvido de sí misma, no lo hallaria yo en la mujer culpable de las faltas de que se acusa á Amanda; en la mujer sin corazon y sin pudor, porque preciso seria que de uno y otro careciera para ser tan culpable, como los sucesos la han hecho aparecer á mis ojos. Desde aquel momento, padre mio, desde aquel momento, señor marqués, Amanda quedó justificada á mis ojos, como lo habia quedado á los vuestros, juzgándola sin pasion. Pero no me bastaba aquel convencimiento nacido de mis sensaciones y no de pruebas convincentes. Si era cierta la inocencia de Amanda, como yo creia, pensé que mas ó menos fácilmente podria adquirir datos con que demostrársela á los que no habian asistido como yo á aquella escena en que su reciente orfandad la habia presentado á mis ojos con todos los encantos de un dolor que sólo podia hallar cabida en un corazon honrado. No para mí, pues, sino para los que habian tenido noticia de las calumnias vertidas contra ella y para los que habian sido sus autores, me propuse buscar los datos necesarios.

Amanda se refugió en un asilo donde poco penetran las calumnias y los vanos ruidos del mundo; intenté acercarme á ella y ella levantó entre los dos un muro que yo no podia salvar. A mis reiteradas instancias respondió siempre que obedeciese á mi padre y no la obligase á romper las promesas hechas al suyo. Su padre habia gemido tambien bajo el peso de otras calumnias... ¡eso no lo sé yo solo; y para desmentir á los que le acusaban en vida del interesado, dió á su hija el consejo de que lejos de dar pábulo con su conducta á los maldicientes, obrase de manera

que con el tiempo se viese cuán falsas eran las bajas acusaciones de que le habian hecho objeto, y que ¡estremece pensarlo! acortaron los dias de aquel hombre honrado.

Pues bien, en la imposibilidad de vencer su repugnancia, viéndola resuelta á todo trance á no dejarme acercar á ella, en vez de contrariarla, acabé por aplaudir en mi interior su conducta; me alejé de Carberry y fuí á hacer mis diligencias para su justificacion. Mis deseos se han cumplido, y como hombre honrado, me cumple, padre mio, proclamar en todas partes su inocencia.

Calló lord Mortimer que habia ido entusiasmándose durante su relato, y se limpió la frente del sudor que la inundaba.

—No veo, se apresuró á decir la marquesa, que vuestro reconocido afan por defender á la señorita de que se trata, haya de dar motivo para acusar á quien ningun daño le ha hecho. Suponiendo que esa señorita sea un modelo de virtudes, no deja de ser cierto que, segun vuestras propias palabras, habeis corrompido á criados mios para hacerles atestiguar contra mí.

—Señora marquesa, os habeis dejado llevar del enojo que os he causado. ¡Corromper decís! Yo pregunté á vuestros criados la parte que habian tomado en la obra de comprometer y difamar á la señorita Fitzalan, y ellos me lo confesaron. ¿A eso llamais corromper? ¿Cómo llamariais pues á la presion ejercida para hacerles cometer las acciones indignas, los delitos que despues yo les he hecho confesar, de los cuales me han asegurado que se arrepentian?

—Lord Mortimer, dijo el marqués, creo que si este asunto debe tratarse, no debe ser entre vos y la marquesa.

—En efecto, y hace rato que le respondo sólo por cortesía y porque no interprete mi silencio como menosprecio á sus preguntas.

—Ya veis, pues, que yo no puedo aceptar vuestras suposiciones por lo que afectan al interés y al buen nombre de mi familia. No debemos creer de ligero lo que se nos dice...

—Señor marqués, si por habladurías de gentecilla se ha creido en la deshonra de la señorita Fitzalan, creo que hay obligacion de creer en su inocencia en virtud de documentos justificativos y oyendo á los cómplices de la difamacion. Yo he procedido en esto con mucho miramiento, porque una vez obtenida la certeza moral de la inocencia de esa señorita, me creí en el deber de hacerla patente. No es mi ánimo dar publicidad á los documentos que poseo, pero si alguna de las personas acusadas deja de defender á esa señorita cuando se acierte á hablar de ella en su presencia, me veré obligado á descubrir lo que tanto interesa ya al honor de la señorita Fitzalan como al mio.

—Estas últimas palabras, dijo la marquesa con sonrisa sarcástica, demuestran el espíritu que os ha animado á proceder como habeis procedido hoy con nosotros. Considerais el honor de la señorita Fitzalan solidario del vuestro...

—Sí, señora.

—¿Qué mas podria hacer el esposo por la esposa?...

—Nada mas, señora, respondió con entereza lord Mortimer.

Aquella entereza, aquella frase, hirieron en lo vivo á Eufrasia que perdió el color y vaciló en su asiento.

La señora Dormer se acercó á ella y la sostuvo en sus brazos.

Entre ella y su madre la sacaron de la sala, y entonces el padre de lord Mortimer dirigió á este una mirada de reconvencion por el suceso á que habia dado lugar.

Sin embargo de lo que al anciano le pesaba de aquella escena; sin embargo de lo que le contrariaba el ver casi consumado el rompimiento con la familia Rosline, experimentaba cierta satisfaccion en vista de los caballerescos sentimientos de su hijo, y al mismo tiempo sentia remordimientos desde que oyó que el infeliz Fitzalan habia muerto á consecuencia de las calumnias contra él vertidas, calumnias á que habia dado él crédito y le habian impulsado á quitarle la administracion de Carberry.

Cuando Mortimer vió que las señoras habian salido, se apresuró á decir:

—Señor marqués, vuestra esposa se niega á ser desmentida cara á cara por sus criados y yo lo comprendo perfectamente. Vos os quejais de que mis palabras ofenden á personas de vuestra familia, y para saber si son ciertas ó no el único remedio es proceder á la averiguacion á que se niega vuestra esposa. Esta averiguacion me interesa á mí tambien para justificarme ante vuestros ojos de lo que he dicho, é interesa á mi padre, que creyó en la doblez del honrado Fitzalan y en las calumnias propaladas contra su hija.

El marqués, perplejo ante la seguridad de lord Mortimer, no respondia. Lord Rosven tomó la palabra y replicó á su hijo:

—Tienes razon en cuanto á mí, y supuesto que sin se-

ñalar á persona alguna y descartando á la señora marquesa de este enojoso asunto, supuesto que se trata de una calumnia que ha dado lugar á que yo no me portase como debia con un hombre á quien por espacio de largos años habia tenido por honrado, quiero averiguar la cosa hasta donde me corresponda para enmendar mi yerro, si, como parece, lo he cometido. En cuanto al señor marqués de Rosline y á su familia, creo que no debes hacer mas que dejar á su discrecion lo que les corresponda hacer en este asunto. El momento no es á propósito para discurrir sobre ello. Ahora debemos retirarnos. Os suplico, señor marqués, que antes de marcharnos me permitais enterarme de si está mejor vuestra hija.

El marqués tocó una campanilla, y, turbado en extremo, mandó á su criado que fuese á averiguar si se habia aliviado la señorita Eufrasia.

El criado volvió en el acto diciendo que se sentia mejor, y la señora Dormer entró al mismo tiempo añadiendo que las señoras le habian rogado que pidiera perdon á las personas que se hallasen de visita, si no se presentaban en aquel momento.

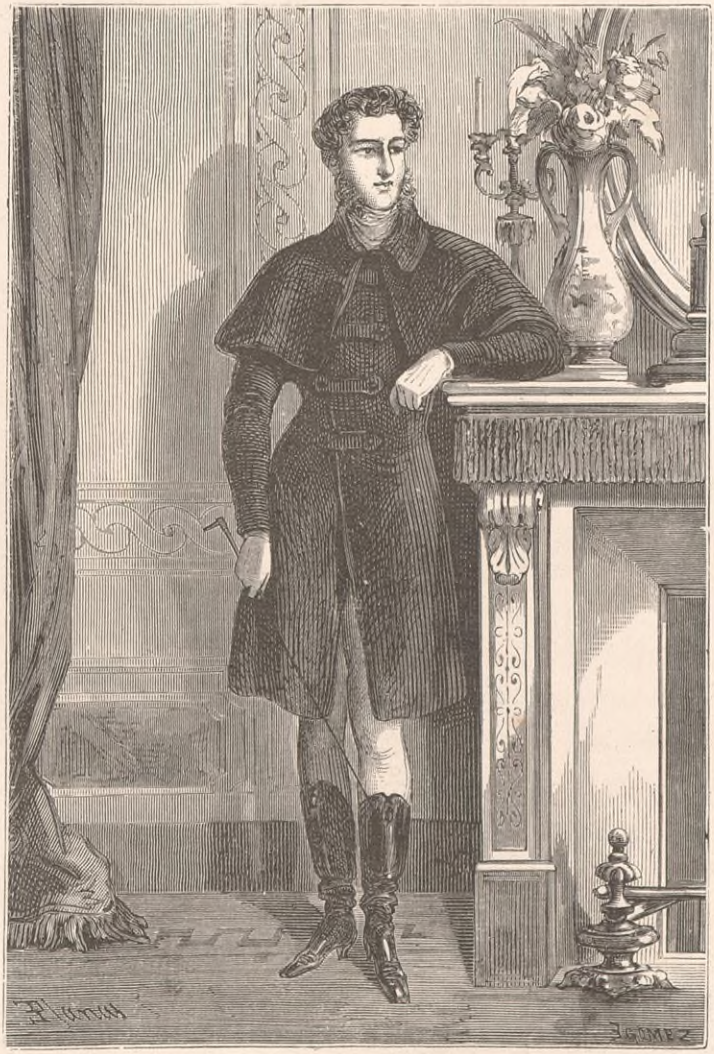
Lord Rosven alargó la mano al marqués y le dijo:

—Os ruego que disculpeis á mi hijo, y esteis seguro que por indiscreto que os haya parecido, sólo ha obrado obedeciendo á nobles sentimientos.

Mortimer se acercó á su vez al marqués de Rosline y le dijo:

—Sentiria en el alma, señor marqués, que me atribuyerais la menor enemistad personal hácia vos. El cielo sabe cuán lejos está de mi ánimo todo sentimiento hostil á vues-

tra persona. Consideradme, os ruego, como un hombre que á profundos sentimientos y á injuriosas exigencias del deber, sacrifica afectos que le son muy caros. Mi padre está bien persuadido de que ha de haberme costado mucho hacerle testigo de la desagradable escena que no he provocado; pero estoy seguro de que cuando esté bien enterado de todo, me disculpará, si no me aplaude, como me atrevo á esperar. De vos que sois padre tambien, espero que no me condenareis.



Mortimer.

CAPITULO X.

Lord Rosven se desengaña.

Despidiéronse, dejando al marqués moralmente persuadido de que la acusacion de Mortimer no era tan infundada como su mujer habia supuesto, y no dijeron una palabra ninguno de los tres durante el camino.

Al llegar á su casa, lord Mortimer dió tiempo á su padre para que descansase: mas aun no habia trascurrido media hora, él y su tia le enviaron recado de que si no le habia de molestar entrarian á hablarle.

Obtenida la vénia entraron en su cuarto, y hablando Mortimer el primero, dijo:

—Padre mio, os ruego que me perdoneis si con la escena ocurrida en casa del marqués de Rosline os he causado algun enojo; pero desearia saber por otra parte si creeis que he procedido como hombre de honor, y si tomais en cuenta que tambien os he puesto en el caso de enmendar el error cometido con respecto al desventurado Fitzalan.

—Lord Mortimer, respondió el anciano, en casa del marqués y aquí he pensado en todo lo que acaba de ocurrir. Si es cierto que la señorita Fitzalan y su padre fueron calumniados, todo os lo perdono, aunque no quiero ocultaros que vuestro deber era evitar que tuvierais que acusar á la marquesa delante de nosotros.

—Puedo juraros, padre mio, que tal era mi intencion. Le brindé con todos los medios pacíficos; le ofrecí dejar á su arbitrio el deshacer ese enlace...

—¡Un matrimonio que habia sido el sueño de toda mi vida!

—Sueño, que, si no se ha realizado, no ha sido por culpa mia. Yo no puedo quedar cumplido con vos si no os demuestro el fundamento con que he defendido á Amanda. A eso he venido.

Mortimer explicó á su padre todo lo que en su concepto podria contribuir á justificar á Amanda á sus ojos, y despues le presentó los documentos que habia recibido del ama de llaves y la doncella, refiriéndole cómo lo habia hecho para obtenerlos y las escenas que con aquellas mujeres le habian pasado. Para hacerle mas fuerza presentó á su padre cartas todavía cerradas de Belgrave á Amanda, en prueba de que no habian sido recibidas las que aquel entregaba á Lucía, y que esta le decia que llegaban á su destino, para seguir recibiendo gratificaciones del coronel por sus buenos servicios.

La señora Dormer procuró hacer participar á su hermano de la conviccion que ella abrigaba sobre la inocencia de Amanda. Por su parte se declaró dispuesta á considerarla como hija, ya que siempre habia querido á Mortimer como hijo.

Lord Rosven leyó otra vez los documentos que le habia presentado su hijo, le hizo explicar de nuevo cómo habia cogido al ama de llaves en el momento de ir á cambiar por dinero el billete por él denunciado, y dijo que no le hablasen de aquel asunto hasta el dia siguiente.

Las veinticuatro horas que tuvo que esperar Mortimer para oir la resolucion de su padre se le hicieron muy largas; pero á lo menos las pasó con la esperanza de ver colmados sus deseos.

Dos ó tres veces puso mano á la pluma para referir á Amanda el estado en que se hallaban sus negocios; pero se resolvió á aplazarlo hasta poderle participar con todo contento y sin duda ni ambigüedad alguna el resultado de las diligencias que en su última carta le anunciara.

Mejor que escribir á Amanda creyó Mortimer que seria presentar á su padre testimonios vivos de la justificacion que intentaba, y ordenó á su mas fiel criado que para el dia siguiente hiciese de modo que el ama de llaves y la doncella Lucía se llegaran á su casa al mediodia.

Así cuando Mortimer fué recibido por su padre como le habia prometido el dia anterior, se presentó acompañado de las dos mujeres que en su presencia repitieron cuanto habian firmado, y volvieron á repetir á lord Rosven lo que habia contado su hijo con mayor exactitud.

Despidióse á las mujeres asegurándoles que nadie mas tendria noticia del paso que habian dado, y se les hizo salir por una puerta excusada por donde se habia tomado la precaucion de hacerlas entrar.

—Me pesa, hijo mio, dijo lord Rosven que hayais hecho venir á mi casa á esas dos mujeres. Por nada del mundo

quisiera yo que dijese la marquesa que corrompia á sus criados.

—¿No es verdad, padre mio, que despues de haberlas oido ya no os queda ninguna duda acerca de las declaraciones que una y otra firmaron?

—Ninguna me queda, lord Mortimer, y os autorizo para que hagais saber á la señorita Amanda Fitzalan que por mi parte será bien recibida en mi familia. ¿Creeis que puedo hacer mas para enmendar el yerro que cometí con su padre?

—No, y os doy mil gracias por el bien que me haceis.

Mortimer besó la mano á su padre, y la señora Dormer le abrazó diciendo:

—No podiais darme mayor alegría, hermano. Casais á vuestro heredero con la mia...

—¡Cómo!

—La señorita Fitzalan ha de ser mi heredera, os lo aseguro. No quiero que digais que la ha movido la codicia para casarse con vuestro hijo.

—Despues de lo que he sabido, hermana...

—Por sí ó por no, yo no consentiré que mi sobrino se case con ella siendo pobre. El dia que oficialmente solicite su mano, ha de ser rica la señorita Amanda, de manera que no pueda echársele en cara haber hecho un matrimonio de interés.

Lord Rosven se sonrió con benevolencia al oir el empeño que mostraba la señora Dormer, y desde aquel momento pareció que la parte que todos de mancomun tomaban en favor de Amanda, estrechaba mas y mas los cariñosos lazos que les unian.

Aquel mismo dia tuvo lord Mortimer una noticia que le fué muy grata para interesar igualmente á Amanda.

Habia hecho tiempo antes algunas infructuosas diligencias para saber el paradero de Oscar. Un habilitado del regimiento de este le aconsejó que se dirigiese á cierto oficial que habia servido en el mismo cuerpo y se hallaba á la sazon en las cercanías de Londres con licencia. Escribióle lord Mortimer y pasó largo tiempo sin recibir respuesta suya; por fin se determinó á enviarle un expreso para que supiese darle cuenta de su persona, y el expreso volvió el dia mencionado con una carta del padre de dicho oficial en que le decia que su hijo habia salido á una excursion por la provincia, y que á su regreso le encargaria que contestase á su carta.

Ya desde aquel momento Mortimer no se hallaba bien en Londres. Por mas que le fuera grata la compañía de su padre y su tia, que sólo habia ido á la capital para servirle, estaba deseando con vivas ansias trasladarse á Carberry.

Apresuró en efecto los preparativos, y en vez de escribir á Amanda desde Londres, prefirió hacerlo desde el castillo. No se le ocultaba á él ni era capaz de olvidarlo, que llegaba á su término el plazo que habia fijado él mismo para que Amanda permaneciese en el convento, y como conocia su carácter y todo lo temia de su rectitud, con el recelo de hallarla fuera, partió llevándose para ella una afectuosa carta de su tia la señora Dormer, que no se separó de él sin haberle abrazado repetidas veces.

Antes de partir, su criado le hizo saber que en casa de los marqueses de Rosline decian que habian despedido al ama de llaves y á la doncella culpables; pero que por estas

dos mismas mujeres sabia que no era cierto. La marquesa las conservaba á su servicio; pero las enviaba á una posesion lejana que tenia en el interior de una provincia poco frecuentada por la gente de la capital.

Esta precaucion hizo sospechar á lord Mortimer que la marquesa era capaz de guardar á su servicio á las dos culpables para emplearlas algun dia en una mala accion perjudicial á Amanda, y se propuso vivir alerta; pero bien pronto el contento de emprender el viaje que debia reunirle á su amada, le hizo olvidar la mala nueva.

Partió lord Mortimer y sólo pensó durante el viaje en proyectos de felicidad.

De cuando en cuando se decia á sí mismo que le parecia demasiada para él la dicha que esperaba; pero acordándose de lo que habia padecido antes de alcanzarla, volvia á confiar, diciendo que por grande que fuese la felicidad que le esperaba, bien cara la habia comprado la hija de Fitzalan, desgraciada antes de nacer, por las desdichas que sobre su padre habian pasado, y que no habia justicia en el mundo si á su padre no le habia de ser dado labrar la felicidad de la hija en cambio del perjuicio que al padre habia causado.

Subia el coche la empinada loma que habia que atravesar á poca distancia del castillo de Carberry, cuando oyó Mortimer las pisadas de un caballo que iba en direccion opuesta.

Fijó los ojos en el ventanillo por si podia ver el ginete al pasar, y vió con sorpresa avanzar á toda prisa al coronel Belgrave.

¡El coronel Belgrave cerca del sitio donde se hallaba Amanda! Esta reflexion le asaltó súbitamente, y bajando

inmediatamente del carruaje, montó en el caballo de su criado, y siguiendo la ladera del monte fué á colocarse en un sitio donde podia ver pasar á Belgrave y enterarse de si por acaso se dirigia al convento.

Esperó allí largo tiempo, pero no se realizó su esperanza.

Belgrave no sólo habia conocido su carruaje al pasar, no sólo habia visto dentro de él á Mortimer, sino que sospechando en seguida lo que haria este, fué á tomar á todo escape por el otro lado del monte una senda poco frecuentada y muy pendiente, burlando así la vigilancia del amante afortunado.

Lord Mortimer cansado de esperar se encaminó otra vez al castillo, tranquilizándose á sí mismo con la idea de que afortunadamente nada tenia que temer por Amanda hallándose amparada por el convento y estando él allí.

Sin tomar tiempo alguno para descansar cogió papel y se puso á escribir con gran velocidad á Amanda. Referíale todo lo ocurrido durante las diligencias que habia emprendido para su justificacion, la escena con las señoras Rosline, estando presentes el marqués, su padre y su tia, la comparecencia de las dos mujeres á su casa, que delante de su padre se acusaron de lo mismo que habian escrito, el cambio ocurrido en las disposiciones de su padre, las benévolas expresiones de que era deudora á su tia, las noticias que esperaba de Oscar y por último hasta su encuentro con Belgrave.

Volaba rápida su pluma por el papel, y aunque deseaba terminar pronto la carta, á fin de acelerar el recibo de la respuesta, le parecian tan interesantes todos los pormenores relativos á aquel asunto, que creia malogrado lo que

al momento mismo no ponia en conocimiento de Amanda.

Despues de largos párrafos relativos á los sucesos pasados, decia Mortimer en su carta:

«Ya que por tanto tiempo he sabido enfrenar mi impa-«ciencia, Amanda; ya que para dejar completo el resulta-«do de mis propósitos he sabido contenerme y no comuni-«caros mis alegrías á medida que las iba sabiendo, siendo «así que no comunicándolas con vos puedo decir que no «las saboreaba, os ruego encarecidamente que me recibais «mañana por la mañana á la hora del desayuno. Mi padre, «que antes habria censurado lo que ahora os suplico, me «creerá honrado con vuestra compañía y recibirá el con-«suelo de pensar que habreis comenzado á perdonarle el «daño que hizo al vuestro. Si no me enviaseis á decir que «me prohibís expresamente presentarme, tendré por con-«cedido vuestro permiso.

. . . . . .

«¿Creereis que aun sintiéndolos por vos, bendigo en «cuanto á mí los pesares que he padecido? Si tantas no «hubieran sido las angustias de mi corazon, no experi-«mentaria el dulce placer que ahora gozo viéndome llega-«do el término de mis afanes. Despues de haber tenido así «que renunciar á vos; despues de haber creido que ya «nunca habiais de ser mia, no puedo expresar cuánta es «mi dicha al poderos confesar que os amo sabiendo que «han desaparecido todos los obstáculos que nos separaban.

«Espero que os producirá buen efecto la carta de mi ex-«celente tia. Mi hermana Araminta no os escribe porque «acababa de llegar del país de Gales cuando yo salí de «Londres.»

Despues de darle cuenta de haber visto al coronel Belgrave, añadia:

«No temo que ese miserable pueda atentar á vuestra «seguridad. El convento os ampara hasta mañana, y desde «mañana el convento y lord Mortimer; despues fiadme á «mí solo vuestra guarda.

«Hasta mañana... No sabeis cuán grato me es pensar que «puedo deciros «hasta mañana.» Despues de las palabras «que respecto á vos ha pronunciado mi padre, hasta maña«na me parece que para mi felicidad quiere decir siempre.

«Siempre vuestro,

«MORTIMER.»

No es menester esforzarnos en explicar al lector las sensaciones que experimentó Amanda al leer la carta de Mortimer, despues de su largo silencio y de la zozobra que como hemos dicho habia penetrado en su corazon, pues se acercaba el tiempo que debia tomar un partido que le permitiese vivir con seguridad é independencia.

Despues de leerla seguido, volvió á fijarse en algunos párrafos que le habian llamado la atencion, y uno de ellos fué el que se referia á su hermano Oscar, por quien vertió tan dulce llanto como lo habia vertido por su padre cada vez que leyera lo que acerca de él habia dicho Mortimer en casa de Rosline, y lo que despues en su casa habia dicho lord Rosven acusándose de haber procedido con él de un modo que su honradez no merecia.

La carta de la señora Dormer le pareció que la distraeria de la tristeza que la memoria de su padre habia despertado en ella, y la leyó en seguida.

La carta decia así:

«La señorita Fitzalan, á quien miro como una parienta «digna del mayor aprecio, se dignará creer en la alegría «que experimenta mi corazon al saber la feliz mudanza de «su suerte.

«Hace mucho tiempo que tengo noticias de vos y ese «mismo tiempo hace que os estimo, pues las noticias me «han sido trasmitidas por una persona muy afectuosa y «muy digna de aprecio, y segun tengo entendido en este «concepto la teneis vos tambien.

«El deseo de ver dichoso á mi querido sobrino lord Mor- «timer me habia hecho confiar en veros hace tiempo for- «mando parte de nuestra familia; despues parecieron des- «vanecerse aquellas esperanzas, y ahora, al verlas conver- «tidas en realidades, os aseguro que no tendré reposo hasta «que pueda estrecharos en mis brazos. Cuando mi querido «sobrino podrá llamaros esposa, será el hombre mas feliz «del universo; imaginad, pues, queriéndole como le quiero, «si no me ha de hacer desear mi propio egoismo que se «vea realizada vuestra dicha.

«Yo no puedo dar á mi hija adoptiva, á la esposa de lord «Mortimer, un caudal como el que le habria traido en dote «la hija del marqués de Rosline; pero ni vos lo necesitais, «ni os faltan virtudes que no tienen precio, con las cuales «podeis honrar la mano que os entregará mi sobrino. Ade- «más de este bien inapreciable, vuestra dote por mi parte «consistirá en diez mil libras esterlinas y otras mil de «renta anual; el resto de mis bienes pasará despues de mi «muerte á mi querido sobrino lord Mortimer. Así se verá «que el dinero no es tan apreciable, supuesto que se da,

«cuando las virtudes no pueden adquirirse, no trasmitirse «ni recibirse prestadas, sino que son un mérito especial «del individuo.

«Todo lo relativo á este asunto se arreglará en mi casa «de campo, á donde me propongo trasladarme con mi «sobrina Araminta, y en donde esperaremos ambas impa- «cientes vuestra llegada. Desde ahora os rogamos que en «cuanto vuestros negocios y salud os lo permitan, no nos «retardeis el placer de veros en nuestra compañía. Mi «hermano nos ha prometido reunírsenos, y segun creo, «desea hallarse á vuestro paso para recibiros y ser él quien «os presente.

«¡Ojalá, mi estimada señorita Fitzalan! ¡Ojalá que la «inocencia y la virtud calumniadas hallen siempre cam- «peones tan celosos y decididos como mi querido sobrino «lord Mortimer! Así veríamos menos víctimas de la mal- «dad y la calumnia sucumbir al desprecio injusto y al «abandono de sus semejantes. Perdonadme estas palabras «que pueden haberos recordado lo que yo desearia que «olvidarais para siempre, y pensad sólo que vuestras des- «venturas han servido al cabo para hacer resaltar mas y «mas vuestras virtudes.

«Adios, mi apreciable señorita, ya que por ahora otro «nombre mas cariñoso no puedo daros, si bien os par- «ticipo que mas de una vez os le he dado en mi in- «terior.

«Ya os escribiria mas largo á riesgo de molestaros; pero «hay una persona que no quiere demorar un minuto su «partida al castillo de Carberry y no deseo enojarla. Mos- «trad vos por venir la impaciencia que él muestra por ale-

«jarse de mí, y así apresurareis el momento de estrecha-
«ros en sus brazos vuestra misma amiga

«MARTA DORMER.»

Con los ojos arrasados en lágrimas besó Amanda el nombre de aquella excelente mujer.

En aquel tono le parecia reconocer una afinidad, un parentesco de espíritu, de algo de familia que le era muy grato y de que tenia ardiente sed en medio de su orfandad.

Acordóse del buen efecto que anteriormente le habian hecho las palabras de Araminta, y por un momento se entregó á la dulce ilusion de que las personas unidas á lord Mortimer por los lazos de la sangre eran algo suyo, lo cual le hacia recordar con mayor gratitud lo que Mortimer habia hecho por ella.

Lleno el pecho de agradecimiento, admirada de su propia dicha, no era dueña de sus propias ideas.

Permaneció largo rato en su cuarto, ora leyendo un párrafo de la carta de Mortimer, ora uno de la de su tia, ya pensando en la suerte de Oscar, ya recordando el semblante y las bondadosas palabras de Araminta, y de cuando en cuando en medio del grato consuelo que experimentaba, volvian á asomar las lágrimas á sus ojos, pensando que su padre no podia ya ser testigo de su dicha.

Necesitaba comunicar sus sensaciones con otra persona, y se dirigió instintivamente al cuarto de la superiora.

Vióla esta entrar llorando y se encaminó acto continuo á su encuentro, diciendo:

—¿Qué es esto, Amanda, vos afligida? ¿Habrá tenido razon sor María al entregaros las cartas?

—No... no es afliccion, se apresuró á decir Amanda; leed; estoy agitada, sí... Leed, os ruego, y vereis si tengo motivo.

—Tranquilizaos, Amanda, tranquilizaos. Vos misma me contareis el motivo de esa agitacion, de esas lágrimas que se renuevan en vuestros ojos, respondió discretamente la superiora, apartando con la mano las cartas que Amanda la alargaba.

—No podria referiros nada... ¿No veis cómo estoy? Además, para enteraros bien, tendria que repetiros letra por letra lo que en estos papeles viene escrito. Os suplico que leais vos misma.

Accedió la superiora á los ruegos de Amanda, viendo que no se los dirigia por mero cumplido, y empezó leyendo la carta de lord Mortimer.

Cuando llegó á las primeras diligencias hechas por este con objeto de restaurar la buena opinion de Amanda, apartó del papel los ojos, y fijándolos en esta, dijo:

—Generoso caballero es Mortimer, y creo que no puede hacerse de él un completo elogio sino diciendo que es digno de vos. Me da pena no haber sabido antes que fuese un mancebo tan apreciable.

Amanda volvió á llorar y la superiora siguió leyendo.

Los varios episodios que con todos sus pormenores contenia la carta, la obligaron á interrumpirse varias veces con exclamaciones que daban bien á entender, no sólo el interés que para ella tenia aquel escrito, sino la satisfaccion que iba experimentando á medida que veia asegu-

rado el porvenir de su huéspeda que tan simpática le era.

Despues de leer, entregó la carta á Amanda, estrechóla contra su corazon, y dijo:

—No sé lo que habreis resuelto, si es que alguna determinacion teneis hecha; pero en cuanto á mí, deseo que sin tropiezo se realicen los deseos de lord Mortimer y de su tia. Todo me inclina á creer que no sólo está asegurado vuestro porvenir material, sino que os esperan dias de paz y de dicha en el seno de una familia á quien, por lo que he visto hasta ahora, debo creer capaz de apreciaros en todo lo que valeis. Nosotras, que tan bien nos hallamos con vos, os perderemos, pero en cambio os ganará la sociedad, y lord Mortimer recibirá el premio debido á sus rectos sentimientos. Ojalá nos enviara el cielo despues de vos algun otro sér que se os pareciese en algo.

Amanda se levantó para abrazar á la superiora que tales consuelos le dirigia, y las dos mujeres derramaron juntas el dulce llanto de la amistad y la ternura.

—No debemos llorar, dijo la superiora sonriendo de repente y obligando á sonreir á Amanda. Sea cual fuere la pena que nos cause vuestra ausencia, será un castigo que tendremos merecido yo y las demás religiosas. ¿Por qué, ya que no seamos perfectas, no hemos de esforzarnos en celebrar con regocijo las alegrías del prójimo prescindiendo de nosotras mismas? Este acto de debilidad, de egoismo, me pesa sobre la conciencia, Amanda. No creais, empero, que deje de hacer la penitencia que merezco por ello; mas no nos ocupemos de mí, sino de vos. Veo que lord Mortimer os pide al final de su carta licencia para visitaros mañana á la hora del almuerzo.

—Sí en verdad, y queria tomar consejo de vos sobre este particular.

—¿Consejo de mí para este caso tan sencillo? ¿Acaso puedo yo daros otro consejo que el que os ha dado vuestro corazon? ¿No es natural y justo que tengais vivos deseos de ver á lord Mortimer y manifestarle vuestro agradecimiento? No vais á recibir á vuestro amante, de cuyo trato os apartais tan prudentemente hasta ahora, sino al restaurador de vuestra honra, al que ha sido para vos celoso y casto como pudiera serlo un hermano.

—¿Qué me aconsejais, pues, que haga?

—Os aconsejo, respondió la superiora suspirando, que no hagais nada.

—¿Nada?

—Absolutomente. ¿No dice lord Mortimer que si no le enviais órden en contra vendrá? Pues dejadle que venga.

—¡Qué buena sois, señora!

—Mas no lo voy á ser mañana, porque mi contento será extremado cuando sepa que esteis almorzando con lord Mortimer en el pabellon del jardin. Cuanto mas contentos estamos, mas buenos solemos ser.

—¡Cuántas gracias debo daros!

—Yo daré órden que os sirvan cuando sea de vuestro agrado, y advertiré á toda la gente de casa que nadie se acerque á molestaros. ¡Pobre lord Mortimer! Todo el dia estará temiendo ver llegar de un momento á otro á un mensajero que le diga que la señorita Amanda no quiere recibirle.

—¿Temeis que le suceda eso?

—¿Quién lo duda? El vehemente deseo que tiene de

veros, se lo hará temer todo el dia, y si duerme lo soñará!

—¡Pobre lord Mortimer! exclamó Amanda con una lástima en que se interesaba todo su corazon.

—No tan pobre. El que ha sabido amaros, viéndoos huérfana, desvalida y calumniada, no es pobre, hija mia. Digno es de admiracion, pero no de lástima. Él ha sabido conquistar vuestro corazon y gozará siempre de la estimacion de las gentes honradas. Es rico, noble, inteligente, bueno, ¿qué mas podeis desearle? ¡Ah! muy enamorada estais de él si aun os parece que merece mas de lo que el cielo le ha concedido.

Amanda sonrió el oir expresarse en aquellos términos á la superiora, y alzó al cielo los bellos ojos llenos de dulce melancolía.

La superiora la abrazó de todo corazon, le hizo acercar mas la silla, le cogió las manos y la estuvo contemplando largo rato.

La conversacion de las dos amigas no se interrumpió sino en los momentos en que la superiora se veia obligada á cumplir con los deberes de su cargo.

Lord Mortimer, lord Rosven, la señora Dormer y Araminta, fueron el objeto de que se ocuparon todo el dia.

Amanda parecia ir renaciendo á una vida nueva: su espíritu se exaltaba con la esperanza, y con ella desaparecian de su memoria los recuerdos de sus amargos pesares.

CAPITULO XI.

Mortimer en el convento.

La extrema alegría es tan enemiga del reposo como el dolor.

Así como habia sido agitado el dia, así fué tambien agitada la noche para Amanda.

En vano buscó en su lecho el sueño.

La imaginacion exaltada le representaba á lord Mortimer en presencia de su padre, sosteniendo la causa de su inocencia y haciéndola triunfar de la malicia y la calumnia.

No era el corazon de Amanda hecho para alegrarse del mal ageno; pero cuando pensaba que la marquesa habia sido tan enemiga de su madre, no podia menos de gozarse en su confusion y se regocijaba de que alguna vez en la vida recibiese el castigo del daño que habia causado.

Olvidábase con frecuencia de sí misma para volver el pensamiento á su hermano Oscar.

Gozábase imaginando la alegría que habia de ser para

entrambos el hallarse reunidos, pudiendo desafiar los rigores de la suerte y sin necesidad de volver á separarse en la vida.

Mortimer, que era causa de todas sus alegrías; Mortimer, que habia demostrado amarla siempre aun en los momentos en que habia podido dudar de su lealtad; Mortimer no se aparecia á sus ojos con forma humana; era como un ángel, era un sér espiritual dotado de una bondad mas semejante á la de Dios que á la de las criaturas terrenales.

La primera luz de la mañana encontró á Amanda tan despierta como cuando se habia acostado.

No habia podido dormir en todo la noche, pero á pesar de la agitacion y el insomnio, se sentia ágil y habia reposado.

Levantóse mas temprano de lo que solia, y se detuvo el mismo tiempo que siempre en su tocador, que para ella no era nunca tarea larga.

Determinó aprovechar aquellos buenos momentos para dar su paseo por el jardin antes de la llegada de lord Mortimer, mas apenas asomó á la puerta del claustro, le vió que se estaba paseando.

Mortimer la vió tambien al mismo tiempo, y su primera mirada le dijo cuanto de amor, de placer podria haberle dicho en el mas ingenioso discurso.

Amanda se detuvo sorprendida al verle.

Él corrió hácia ella tendiéndole entrambas manos.

Amanda se las cogió y estrechó con efusion, y permanecieron un rato asidos y contemplándose, hasta que por fin Amanda, sobrecogida de un rubor cuya causa no habria sabido explicarse, bajó los ojos al suelo.

Entonces Mortimer la estrechó contra su corazon, y al buscar otra vez sus miradas, vió que corrian hilo á hilo las lágrimas de sus bellos ojos.

El llanto de Amanda hizo correr tambien el suyo, y aquellas lágrimas acabaron de completar el lenguaje de sus corazones,

—Amanda mia, dijo por fin Mortimer, ambos lloramos; pero yo no trocaria este llanto por los mas ricos tesoros del universo, y espero que el vuestro os sea tan grato como á mí el mio.

Amanda levantó á él los ojos para que leyera Mortimer en su semblante el gozo que la inundaba.

—¡Oh! Aun momentos antes de salir vos recelaba de mi dicha; tan acostumbrado estoy á las adversidades, que no me atrevia á creer que llegase nunca para mí este precioso momento. No sólo os he visto salir, pensando en mí, sino que he visto llanto de júbilo en vuestros ojos. ¡Oh! en este momento en que no puedo dudar de vuestro amor, Amanda mia, en este momento es cuando mas necesidad tengo de oiros decir que me amais.

—Os amo, Mortimer, os amo, dijo Amanda con acento angelical reclinándose en sus brazos con un honesto abandono; á vos os debo mas que la vida, os debo la paz de mi conciencia; porque si la calumnia hubiese prevalecido, yo no habria podido menos de creer que merecia ese castigo, y me habria considerado culpable ante Dios, de una grave falta, aunque no hubiese podido decir cuál fuera.

—¡Pernicioso modo de pensar de que no dejarian de abusar los malvados, convirtiendo en provecho suyo la debilidad de los buenos! Desechad semejantes supersticiones,

querida Amanda, y tened en lo sucesivo mas confianza en vos misma.

—En vos, lord Mortimer, en vos.

—En mí tambien. Ahora ya puedo deciros que la tengais en mí sin temor de que me atribuyais excesiva confianza en mis medios.

—Es verdad, lord Mortimer; si yo no confiara en vos, ¿en quién confiaria en la tierra? Cierta estoy de que mi padre os bendice desde el cielo y me inspira los sentimientos que agitan mi corazon. Toda la dicha á que yo podia aspirar en el mundo despues de la muerte de mi padre, os la debo á vos, lord Mortimer, y si algun dia llegare á ser completamente dichosa, sólo á vos podia debéroslo.

—¿Qué decís? preguntó lord Mortimer cuidadoso; Amanda, ¿falta algo á nuestra felicidad?

—Sí.

—No os comprendo... tartamudeó Mortimer.

—¿No comprendeis que jamás podré pagaros lo que por mí habeis hecho, y que me pesará siempre de que no esté en mi mano recompensaros como mereceis?

—¡Oh! ¡cómo os engañais, bellísima y bondadosa Amanda! La mayor recompensa á que yo puedo aspirar en la tierra la he recibido ya oyendo de vuestros leales labios la confianza de vuestro amor. No comprendeis todavía cuanto os amo si no creis que el decirme vos que me amais me ha de enloquecer de contento. Mirad, en las gestiones que he practicado, he trabajado tanto por vos como por mí. Yo no podia ser feliz mientras no viese resplandecer como la luz del sol vuestra inocencia. No me bastaba saber que erais buena; yo necesitaba hacérselo confesar á mi padre

necesitaba que supiera el mundo quién era la mujer, la única mujer capaz de encender el amor en mi corazon. Vuestra inocencia triunfante era el único medio para demostrar á mi padre que no en vano me habian inspirado siempre repugnancia la marquesa de Rosline y su hija. Mientras vos padeciais bajo el peso de la calumnia, mi alejamiento de la familia de Rosline podia parecerle á mi padre desobediencia; una vez alcanzado vuestro triunfo, mi amor tomaba á sus ojos otro carácter, y en efecto, el excelente lord me lo toma por una virtud. ¿Veis como yo soy quien sale ganando, querida Amanda?

Mortimer ofreció el brazo á la bella hija de Malvina y paseó con ella por el claustro.

Amanda se extremecia con frecuencia, efecto de que todavía era muy viva la agitacion causada el dia anterior con tantas buenas nuevas reunidas.

Quiso volver á hablar de su agradecimiento, pero Mortimer no se lo permitió.

—Si de alguna cosa me pesa, dijo él, es de no haber recibido noticias definitivas acerca de nuestro Oscar; pero confio en que no tardaremos en gozar de esa nueva satisfaccion.

—Mucho me he acordado de él, desde el recibo de vuestra carta.

—Y él os haria pensar en mí... ¡Me alegro!

—Sí en verdad. He pensado en él, porque he pensado mucho en vos. ¿Qué os diria tambien de vuestra tia la señora Dormer?

—Yo lo sé. Me diriais que es una mujer excelente ¿no es verdad? que aun sin conocerla comprendeis que sea im-

posible no amarla; que debe tener un corazon de oro...; todo eso me dirias, ¿no es cierto?

—Sí en verdad.

—Pues lo mismo dice ella de vos, y entrambas teneis razon.

En una de las vueltas que dieron por el claustro, una religiosa que se asomó un instante á la puerta, advirtió á Amanda que el almuerzo estaba servido.

Encamináronse ella y Mortimer al pabellon y vieron que en efecto, la superiora lo habia dispuesto de manera que no fuese menester nadie para servirles.

No tenian apetito ni uno ni otro; pero Mortimer hizo mil esfuerzos para que Amanda tomara algo, y ella que comprendió su intencion, puso tambien empeño en que Mortimer probase el desayuno, de lo cual se distraia él con mucha frecuencia.

Amanda dió muestras de estar turbada, y su turbacion no podia ser mas grata para su amante.

Al querer servir el té, lo derramó sobre la mesa, porque las cariñosas palabras de Mortimer le produjeron un efecto extraordinario.

Cogió este su mano trémula y la estrechó entre las suyas clavando los ojos en ella.

Sonrosáronse las mejillas de Amanda, y tuvo que bajar los ojos no pudiendo resistir las intensas miradas del que la contemplaba como si quisiera cerciorarse de que no era mentira que al fin pudiese gozar de aquella felicidad tan anhelada.

Amanda estaba verdaderamente satisfecha: creia en el amor de Mortimer; creia que ella podia hacer dichoso á

Amanda, durante mi ausencia he pedido á Dios
muchas veces.....

aquel hombre tan noble, tan leal y generoso, que nunca habia desmentido sus sentimientos.

—Amanda, le dijo él sin dejar de contemplarla, durante mi ausencia he pedido á Dios muchas veces que no hubiera en vos mudanza alguna, y, ó mucho me engaño, ó Dios no me ha escuchado; porque os encuentro mas hermosa que nunca.

—Lord Mortimer, ahora puedo hablaros con toda franqueza: los bellos sentimientos de vuestro corazon se reflejan en todo lo que amais, y sin vanidad me atreveria á creer que os parezco bella.

—Empleais contra vos misma el ingenio que en provecho suyo suelen agotar las otras mujeres; pero no salis con el intento; vuestras palabras os acaban de hacer mas interesante á mis ojos.

—Todavía se hallaban sentados á la mesa cuando oyeron dar las doce.

—¿Es posible? preguntó Mortimer en el colmo de la sorpresa. ¡Qué breve es la vida á vuestro lado!

Amanda se levantó inmediatamente.

—Yo no tengo necesidad, siguió él, de preguntar como Sterne á la naturaleza, la causa de que el comer nos sea tan agradable; se lo pregunto á mi corazon, y él me responde que ahora mi contento proviene de hallarme á vuestro lado.

Ofreció el brazo á Amanda y comenzaron á pasear.

Ella le hizo dar dos vueltas delante del convento, de cuya vista deseaba no separarse por consideracion á la superiora; pero Mortimer la fué desviando y por último la llevó hácia un paseo tranquilo y solitario, que por lo fron-

doso podia contribuir á la ilusion de que los dos amantes volviesen á hallarse en los alrededores del palacio de Tudor.

Mortimer poseido de amorosas ideas, calló, porque la misma soledad tan favorable á ciertos amantes parecia poner un candado en sus labios. En cambio hablaban bien alto por él los latidos de su corazon.

Amanda adivinó su estado, y para no permanecer en aquel silencio que casi parecia culpable, le dijo:

—Si vuestra tia Marta supiera lo poco que hemos hablado de ella, me creeria ingrata á sus bondades; pero si pudiera comprender cuanto he pensado en lo generoso de su proceder, estoy segura que no me juzgaria indigna de su cariño.

—Al contrario, Amanda; mi tia os tiene en muy buen concepto; pero cuando conozca vuestras buenas cualidades bien á fondo, cuando os vea un dia y otro dia siempre poseida de benevolencia á todo el mundo, cuando con el trato pueda apreciar vuestro blando carácter inalterable, no lo dudeis, os estimará mucho mas; porque ni ella misma puede tener idea de cuán buena sois.

—¡Ah lord Mortimer, dijo Amanda sonriendo, no os dejeis llevar tan allá! Exagerais mucho mi mérito...

—¿Os amaria yo tanto si no os creyera digna de mi cariño?

—No; pero...

—Pues mi tia verá en vos las mismas perfecciones que yo veo.

—No... porque vuestra tia no es mi amante, replicó Amanda sonriendo.

A propósito de la señora Dormer, trataron Amanda y

Mortimer de su porvenir y de lo que tenian que hacer para legitimar su union.

El matrimonio debia celebrarse en una hermosa posesion campestre de la señora Dormer, que queria intervenir en todo lo posible en la dicha de su sobrino, y deseaba que su nombre fuera unido indisolublemente á todos los sucesos felices de los dos jóvenes para tener mayor seguridad de que se acordarian siempre de ella.

La señora Dormer, pues, habia exigido que sus hijos adoptivos, que así llamaba á los dos amantes, permaneciesen en su casa durante el primer mes de su matrimonio.

Despues debian pasar á otra posesion propia del padre de Mortimer y no salir de allí durante el verano.

Entre tanto se les pondria casa en Lóndres, en la cual se habian de disponer habitaciones para la señora Dormer, que se proponia pasar los inviernos en compañia de sus sobrinos.

En cambio los dos esposos se comprometian á ir todos los años á la quinta de la señora Dormer: unos durante las fiestas de Navidad y otros durante el verano, advirtiendo que debian pasar allí los tres meses de calor.

Lord Mortimer hizo presente á Amanda, que su padre le habia ofrecido cualquiera de sus posesiones en el campo; pero que él no habia aceptado ninguna, por no desairar á su tia.

—Lord Mortimer, dijo ella, ¿os acordais de haber deseado alguna vez una casita oculta entre el follaje?...

—Sí, Amanda de mi corazon, y si no acepté el ofrecimiento de mi padre, fué mas bien para que tuviésemos libertad para encerrarnos alguna vez en el palacio de Tudor.

—Habeis adivinado mi pensamiento.

—No he sido yo el adivino, ha sido mi corazon.

Prosiguiendo lord Mortimer su relato habló á Amanda de los regalos que sabia le preparaba su familia; del coche que le estaban haciendo; de la servidumbre que habia elegido y que hallarian dispuesta en la casa de campo de su tia, y de todo le pedia parecer y á todo deseaba que le hiciera objeciones.

La pobre Amanda nada tenia que oponer á cuanto decia el enamorado mancebo; pero él tenia tanto gusto en oirla, que con tal que llegase su voz á sus oidos, hubiera preferido verse contrariado, á aquel silencio de aprobacion tan completa.

Lo que hizo Amanda penetrada del cariño de Mortimer que se veia patente en el entusiasmo con que hablaba y en su prevision con respecto á todo cuanto pertenecia á su amada, fué derramar nuevamente llanto de gozo, y tomar la mano de Mortimer para llevarla á sus labios, cosa que él no consintió, antes estrechándola contra su corazon, bebió aquellas dulces lágrimas, provocadas por los mas puros y nobles sentimientos.

—Amanda, dijo entónces Mortimer, ya ningun obstáculo se opone á nuestra felicidad; no seamos, pues, ingratos dilatando la época de llevarla á su complemento. Os ruego apresureis todo lo posible vuestra partida del convento.

—Lo haré así lord Mortimer, lo haré así, y os aseguro que en ello no haré mas que seguir mi propia inclinacion. Si no fuera por unirme á vos, me seria muy triste separarme de esas buenas religiosas. Aun así, á vos que me conoceis puedo decíroslo, aun así las dejaré con pena. De todas

las épocas desgraciadas de mi vida, la época que puedo llamar tranquila es la que he pasado en este convento. Sólo he conocido aquí unos dias de angustia...

—¿Por qué?

—Cuando lord Mortimer ponia á prueba mi constancia empeñándose en que le recibiera, y haciéndome poner en pugna con mi propio corazon cada vez que tenia que responderle: no vengais.

—¡Y cuánto no padecia yo entonces, Amanda! Lo cierto es que en aquellas circunstancias vuestro corazon no venció y supisteis rechazarme.

—Ya sabeis que contra mis deseos estaba mi conciencia; la promesa hecha á mi padre y reiterada en su lecho de muerte.

—Sí, lo sé y por eso me parece ahora aquella resistencia uno de los actos mas bellos y heroicos de vuestra vida. Os ruego que pidais á la superiora que para trasladaros á casa de mi tia os haga acompañar de una mujer respetable. Vuestro coche no tendrá que hacer mas que seguir el mio y detenerse donde el mio se detenga. Yo iré siempre delante á corta distancia, y aunque separados, será como si ya viajásemos juntos. Aceptad ahora este bolsillo, que estimo en mucho porque es labor de mi hermana. Dentro hallareis un billete de quinientas libras esterlinas.

Amanda se puso colorada, viendo que á cada una de sus necesidades era menester obligarse de nuevo con Mortimer.

—No creais, dijo este, que tengais que agradecerme esta cantidad, porque es vuestra.

—¡Mia!

—Si no lo fuera por perteneceros todo lo que á mí me

pertenece, lo seria porque es un anticipo sobre el caudal que constituye vuestro dote y del que nada habeis percibido todavía. Ya veis, pues, por cuán poderosos motivos podeis aceptar sin escrúpulo.

—Lo que veo, lord Mortimer, dijo Amanda con voz estremecida, es que á vos el amor os inspira mil medios ingeniosos para todas las acciones que os proponeis llevar á cabo, y que á mí ni siquiera me inspira palabras con que agradecéroslo. Y sin embargo, añadió juntando las manos y levantando los ojos al cielo, es bien cierto que os amo con todo mi corazon.

—¡Oh Amanda! Os creo, os creo como si leyera en lo mas profundo de vuestro pecho. Ni ese acento ni vuestra turbacion podrian ser inspirados sino por los sentimientos que abrigais, y fueron y serán siempre el fundamento de mi eterno cariño hácia vos. Yo no sólo necesito amaros y ser amado de vos para ser dichoso, sino que además necesito que os ame todo el mundo. Supongo ya que esas religiosas llorarán vuestra ausencia y no os olvidarán nunca; pero como os han favorecido tanto, quiero que sean las primeras personas que reciban muestras de vuestro agradecimiento. No sólo me propongo que recompenseis con toda liberalidad sus servicios, sino que les asegureis, de parte vuestra ¿oís? no de la mia, un regalo de cincuenta libras esterlinas todos los años.

—¡Oh! ¡cuánto os lo agradezco y cuánto os lo agradecerán ellas! Han sido para conmigo verdaderas hermanas, tan amantes como discretas.

—Pues bien, vos misma fijareis el modo de corresponder á su cariño del modo mas conveniente. Si quereis que

conozcan todas al dichoso que sin merecerlo ha alcanzado vuestro cariño, tomad.

Así diciendo, sacó Mortimer su propio retrato puesto en un cerco de brillantes y se lo entregó á Amanda.

—Yo no poseo el vuestro, añadió; pero os veo en todas partes, y recuerdo todas las interesantes expresiones de vuestra fisonomía aun aquella en que no os he visto. Sin embargo, mas adelante, quiero que un artista distinguido reproduzca vuestro bello semblante. Ni mi hermana, ni mi padre, ni mi tia, querrán estar sin él. Yo no se lo envidiaré... poseyendo el original.

Amanda se ruborizó otra vez, y Mortimer para sacarla de aquella situacion, añadió poniendo en su dedo una sortija de brillantes:

—Esta es una sorpresa de «nuestra» tia la señora Dormer. Ya que no ha podido venir á Carberry y que harto trabajo tenia en preparar su casa para recibiros, ha querido que antes de veros hubieseis recibido ya un recuerdo suyo. A propósito no os habló nada de ello en la carta, porque deseaba que esta sortija fuese una sorpresa para vos. La buena señora me encargó que escogiera yo mismo el momento para entregárosla, y que me acordase del efecto que os produjera para participárselo despues.

—Decidle, lord Mortimer, decidle... Yo no sé, vamos, yo no puedo expresar con palabras mi agradecimiento á esa buena señora. Vos conoceis mi corazon; vos sabreis manifestarle lo que pasa por mí en este momento.

—¡Y qué mejor placer puede causarle que decirle que la gratitud ha embargado vuestra voz y que, turbada, trémula y balbuciente no habeis sido dueña de vos misma?

Imaginad si se alegrará poco de haber puesto su cariño en persona de tan delicado corazon.

—No me elogieis así en presencia de vuestra tia.

—Decid «nuestra.»

—¿Lo quereis vos?

—Os lo suplico.

—Pues bien, repitió Amanda poniéndose colorada, no me elogieis así en presencia de nuestra tia, porque va á formar de mí un concepto exagerado, y cuando me vea y trate, voy á perder mucho de su estimacion.

—Yo os aseguro que no; antes al contrario. Me atrevo á asegurar...

En aquel momento sonó la campana que anunciaba á las religiosas el momento de ponerse á la mesa.

Amanda se sobresaltó admirándose de la rapidez con que trascurria el tiempo, y para Mortimer fué dulcísima aquella inocente admiracion.

—Es preciso que nos separemos, lord Mortimer, dijo ella. Hasta mañana. ¡Qué largo me parecerá el dia! No debo abusar de las religiosas, que de seguro no probarán bocado hasta que yo no me siente á la mesa.

—¿Me decís hasta mañana? ¿Pues qué, no he de veros á la hora del té?

—¿No temeis que lo tomen á abuso?

—Saben que hemos pasado muchos dias separados, saben que voy á ser vuestro esposo...

—Venid enhorabuena, asistirán á nuestro té la superiora y sor María.

—No tengo nada que decirles, replicó lord Mortimer sonriendo.

—Lo creo, pero no es justo exponernos á que tengan ellas alguna cosa que decir de nosotros.

—Puesto que os empeñais, sea. No tengo mas remedio que someterme á vuestra voluntad; pero cuando yo sea vuestro dueño, Amanda, me vengaré, no lo dudeis, y no habrá sor María ni superioras que valgan.

—Entonces podreis hacer en todo vuestro gusto, que será el mio tambien.

—Supongo que siendo tan discretas esas religiosas, á lo menos no se quedarán á haceros compañía toda la noche.

—Yo se lo suplicaré.

—No por Dios; Amanda, no por Dios...

—Dejadme imponer esa mortificacion en cambio del placer que me ha causado vuestra venida.

—Si á lo menos supiera yo, dijo Mortimer, que no habian de acceder á vuestra súplica...

—Callad, no me hagais desear ser ingrata con ellas. Siquiera porque han sido buenas para mí...

La campana volvió á tocar segun costumbre, y Amanda se escapó despues de estrechar con efusion las manos de Mortimer.

CAPITULO XII.

La sombra de Belgrave.

Mortimer quedó mirando á Amanda que triscaba ligera hácia el camino del claustro, y cuando la perdió de vista se exhaló de su corazon un profundo suspiro.

Estaba mas enamorado que nunca y le parecia que jamás habia conocido tan bien como en aquel momento las bellas cualidades de la hija de Malvina.

Cuando otras veces habia comparado á Amanda con Eufrasia, le parecia que esta pertenecia á otro mundo mas ínfimo y grosero.

En aquel instante las comparó tambien, y le pareció que Eufrasia no podia ser mujer en mundo alguno; sino un compuesto de los elementos mas despreciables de que se compone la hembra entre los animales mas imperfectos.

Pero bien pronto se borró de su memoria la hija de Rosline y concentró todos sus pensamientos en la que habia de ser su esposa.

Poseido todo de ideas placenteras y de las mas gratas esperanzas, tomó el camino de Carberry, desviándose un poco del mas recto para tener siquiera el consuelo de pasar otra vez por delante del convento.

Amanda, cuando quedó sola con la superiora, le suplicó que hiciera el favor de buscar á la mujer que hubiese de acompañarla.

La superiora con el sentimiento de tener que separarse de tan agradable compañía, le prometió escribir sin pérdida de tiempo á todas las personas conocidas suyas que se hallasen en condiciones de proporcionarle una mujer cual se requeria para el caso.

Despues le suplicó que la acompañase á tomar el té y permitiese asistir tambien á sor María.

Esta suplicó tambien que se la permitiese asistir, á lo que accedió gustosa la superiora.

—Supongo, dijo sor María, que no le habreis dicho á ese caballero la expresion que se me escapó cuando os entregué una de sus cartas; porque me aborreceria.

—No se lo he dicho; pero lord Mortimer que no sabe aborrecer á nadie, se alegraria de saber que aquella expresion de disgusto os fué inspirada por el deseo de mi tranquilidad.

—Así es lo cierto: bien lo comprendisteis.

Lord Mortimer impaciente por hallarse al lado de Amanda, se presentó mucho antes de lo que esperaban.

Mostróse en extremo obsequioso con las dos religiosas, y les dirigió los elogios que merecian por lo que habian hecho en favor de Amanda, á lo cual se manifestó muy obligado.

La superiora le respondió con el buen tono que la distinguia, declarándose favorecida por el cielo con haber sido de alguna utilidad, aunque poca, á una persona como Amanda tan merecedora de todo género de felicidades.

Elogió tambien Mortimer el celo y caridad de todas las hermanas, y especialmente de sor María, que segun sus noticias, desde el primer momento se habia mostrado tan simpática hácia Amanda.

La pobre sor María se puso muy colorada y no sabia qué responder.

Amanda le cogió las manos y se las estrechó llevándolas al corazon, y dijo:

—Todas mis buenas hermanas han hecho por mí mas de lo que yo merecia; pero sor María ha puesto en ello tal celo, tal diligencia y buena gracia, que hubiera sido capaz de dar ejemplo á las demas si de ello hubieran tenido necesidad.

—Señora superiora, dijo sor María no pudiendo mas, os suplico que salgais en mi defensa. Todos se ensañan en avergonzarme; conocen que no se me ocurre lo que deberia replicar... y ¿eso está bien?

—Está bien, si os sirve de mortificacion, sor María.

—¿No se irán? preguntó Mortimer en voz baja á Amanda.

Esta se volvió azorada temiendo que las religiosas no hubiesen oido la pregunta.

Mortimer le tiró del vestido sonriendo, y Amanda se alarmó de nuevo temerosa de que le hubiesen visto, aunque la accion habia sido muy rápida.

La superiora despues de tomar el té pidió permiso para retirarse excusándose con las obligaciones de su cargo.

Amanda le rogó encarecidamente que siquiera por aquel dia se quedase á su lado.

La abadesa contestó discretamente

—Os complaceria de buena gana si lo que me corresponde hacer en este momento no debiese servir de ejemplo á las religiosas que están á mi cuidado.

Mortimer se levantó lamentándose por pura cortesía de que tan pronto les dejasen, y la buena señora se despidió con una graciosa sonrisa y llamando de paso á sor María, que se marchó tras ella despues de trocar un beso con Amanda.

—Creí que nos iban á hacer compañía hasta mi partida, dijo lord Mortimer, y me quitarian el gusto de besaros las manos; y así diciendo llevó á sus labios las de Amanda.

—Buen miedo me habeis hecho pasar preguntándome delante de ellas.

Salieron á dar un paseo por el jardin, y Mortimer se alegró de que Amanda ya hubiese pedido á la superiora una mujer que la acompañase en su próximo viaje, que él deseaba tuviese efecto á fines de aquella misma semana.

Amanda le prometió hacer cuanto estuviera de su parte para estar dispuesta á partir á aquella fecha.

Pasearon una hora por el jardin: aquella hora les pareció la mas breve de su vida, y el jardin mas ameno que nunca.

Esta visita se repitió todos los dias y siempre se ocuparon los dos amantes de sus proyectos de felicidad, dando por bien empleadas las penalidades que habian sufrido.

Amanda hizo todos sus preparativos.

Mortimer asistia á la mayor parte de ellos, pues casi pasaba el dia en el convento.

Algunos nobles vecinos suyos, teniendo noticia de que se hallaba en Carberry le convidaron á sus quintas y castillos segun costumbre; pero él halló medio de excusarse con todos, pues por nada del mundo habria querido pasar lejos de Amanda ó distraido de su pensamiento el tiempo que podia dedicar á ella esclusivamente.

Alguna vez le dijo Amanda que estando él allí no podrian partir á la época fijada, porque con su presencia no le dejaba hacer los preparativos necesarios.

—Al contrario, respondia Mortimer, mi permanencia en este sitio debe comunicaros mayor actividad. Así me veis impaciente, deseoso de que salgamos cuanto antes á reunirnos con mi tia.

Ofrecíase graciosamente á ayudarla y se les iba el tiempo en las mas agradables conversaciones.

La superiora dió noticia á Amanda de que ya podia contar con una mujer de respeto que la acompañase á su destino, y desde aquel momento procuró ella apresurar mas y mas lo poco que le faltaba hacer para emprender el viaje.

Aquella tarde se presentó Mortimer en el convento con visibles muestras de turbacion en el semblante.

Amanda se alarmó al verle y corrió á su encuentro fijando atónita la vista en sus ojos que revelaban el inquieto estado de su corazon.

Mortimer la miró tambien, y dejándose caer sobre una silla y apoyando la frente en la palma de la mano, murmuró con ira:

—¡Malvado, malvado!

—¿Qué es eso, lord Mortimer? exclamó Amanda cogiéndole la mano, ¿de quién hablais, que teneis?

—¡Qué he de tener! replicó él.

—Vuestra turbacion, la ira que revela vuestro semblante, las palabras que acabais de pronunciar...

Volvió Mortimer á clavar los ojos en Amanda y le dijo:

—Decidme la verdad; habeis visto por aquí últimamente alguna persona extraña?

—No os comprendo... ¡Me asustais!... ¿Persona extraña, decís...? No he visto á nadie. Decidme la causa de vuestra agitacion; que por vuestra pregunta se hace mas incomprensible.

—¡Oh Amanda! vuestro aspecto, vuestras palabras me tranquilizan. Habeis visto desde luego mi agitacion; deseais saber la causa de ella... Oid. Cuando venia á veros, vos lo sabeis, mas amante y mas confiado que nunca, me he encontrado con el infame Belgrave. Estaba cerca de mí cuando le he descubierto; pero el miserable, el infame, sea por miedo, sea por vergüenza, no sólo no me ha esperado sino que ha querido ocultarse á mi vista. Saltó por el cercado que separa la iglesia del bosque y ha penetrado veloz por entre sus intrincados laberintos. En vano quise averiguar la direccion que habia tomado; no ha dejado huella tras sí, como los animales feroces nacidos para vivir en las enmarañadas selvas.

—¡Todavía ha de ser ese hombre, exclamó Amanda palideciendo, quien turbe mis alegrías! ¡Y ha de bastar su presencia para acibarar los mas inocentes placeres! Y para colmo de dolor vos le veis, y en lugar de apartar de él la vista y el pensamiento venis á mí turbado, lleno de ira, y me dirigis preguntas... que llevan asomos de sospechas y hieren profundamente mi corazon. ¡Oh Mortimer, si es

cierto mi recelo; si la sospecha ha de caber entre los dos, no permita Dios que nos unamos, antes nos aleje tanto que nada tenga que hacer entre nosotros la malicia de los hombres ni vuestra desconfianza!

Bajó la frente Amanda y se puso á llorar con un desconsuelo á que se habia creido ajena para siempre.

—Desgracia mia, es haberos causado tanta pena, dijo Mortimer, pero os engañais, Amanda, al atribuirme sospechas de que sois incapaz, hoy mas incapaz que nunca. No, amada mia, no, dijo pasándole el brazo al rededor del talle; el cielo sabe cuán injusta habeis sido al creer que yo habia podido sospechar de vuestra lealtad; no haria yo injuria á vuestro honor, sin herir tambien el mio. Os juro por lo mas sagrado, que no hay mujer que sea tenida en mayor estimacion que la que yo os profeso. Mi turbacion nacia del temor de que no hubieseis visto rondar á ese infame por estos alrededores, y temerosa de provocar mi enojo exponiéndome á un lance, no me lo hubierais ocultado.

—Pues bien, tranquilizaos como me tranquilizan á mí vuestras palabras, y prometedme que no hareis nada, que no dareis paso alguno para descubrir el paradero de ese hombre; no querais exponernos á una desgracia por quien no merece que nos acordemos de él. Prometédmelo.

—Amanda, no exijais de mí en este momento promesa alguna, porque no sé que os prometeria, ni podria quizá comprometerme á cumplir la palabra que os diese. Decis que no me acuerde para nada de ese hombre; ¿tan fácil lo creeis, amándoos como os amo, encontrándole por estos alrededores, cerca de vuestra morada y tratando de ocultarse á mi vista?

—Lord Mortimer, ¿no teneis bastante confianza en este asilo y no creeis que toda la malicia de este hombre nada podrá contra nuestra voluntad?

—Yo sé que es un malvado y temo que aun sea mas miserable de lo que yo me lo figuro; porque ha llevado ya sus infamias mas allá de lo verosímil.

—No puedo ni debo negaros lo que acabais de afirmar, pero os repito que estoy cuidadosa por lo que vos padeceis y no por lo que él pueda meditar. Para poner fin cuanto antes á tan penoso estado, os aseguro que si mañana mismo no recibo la ropa blanca y alguna otra friolera que espero de la ciudad, me resolveré á partir sin ello, á fin de alejarme inmediatamente de este sitio que ya no os es agradable.

Mortimer se templó un poco con las palabras de Amanda; pero no se desvanecieron por completo las nubes amontonadas en su frente y se despidió cuidadoso, por mas que ofreciera á Amanda desechar todos los recelos que la aparicion de aquel hombre le hiciera concebir.

Al dia siguiente por la mañana esperaba Amanda que Mortimer se presentaria como de costumbre á la hora del desayuno; pero con gran sorpresa suya y no sin sentimiento vió que en lugar de Mortimer comparecia en el convento un hombre portador de un billete suyo, concebido en los términos siguientes.

«Mi querida Amanda:

«Contra todo mi buen deseo, me es imposible ir esta «mañana á veros. No sé todavía si durante el dia me será «posible visitaros; si contra todas mis esperanzas no puedo «gozar de tanta dicha, os enviaré otro recado.

«Ya os participaré cuando nos veamos, el motivo que «me priva hoy de vuestra agradable compañía. A lo me- «nos no podreis decir que con mi presencia retardo los «preparativos de vuestro viaje. Haced de manera, os rue- «go, que al volveros á ver conozca á la simple vista que «habeis empleado el tiempo en apresurarlos; pues de otro «modo veriais terriblemente enojado á vuestro

«MORTIMER.»

A pesar del tono de ligereza con que estaba escrito el billete, Amanda quedó muy poco tranquila.

Muy importante debia de ser la causa que impedia al jóven lord ir al convento, y esa importancia misma resaltaba en el cuidado que ponia en ocultar la causa de no ir á ver á Amanda y aun en la insinuacion de que tal vez no iria en todo el dia.

La pobre Amanda no pudo ménos de acordarse de Belgrave con aquel motivo.

No le cupo duda alguna, que las horas que solia pasar Mortimer con ella en dulces coloquios de amor, iba á emplearlas en la persecucion del malvado, exponiendo á caso su vida por quien sólo era digno del hierro del verdugo y no del acero de los caballeros.

A esta sospecha corrió Amanda á la puerta por si alcanzaba todavía al hombre portador del billete; pero el hombre habia partido ya, y ella quedó perpleja al dintel y triste y con vehementes ansias de llorar, y temerosa de una desgracia que su tierno corazon la presagiaba ya como cierta.

La necesidad de comunicar su pena le hizo dirigir sus pasos al cuarto de la superiora.

Refirióle lo que le pasaba, y esta procuró tranquilizarla asegurándole que por perverso que fuera Belgrave, en vez de intentar nada contra ella estando en aquel respetable asilo y habiendo sido él descubierto el dia anterior, trataria ante todo de alejarse de aquel sitio misteriosamente, ó á lo menos de esconderse de manera que de nadie pudiese ser visto.

A pesar de las seguridades de la buena superiora, Amanda no logró tranquilizarse.

Aun cuando hubiese llegado á creer en la impotencia de Belgrave para perjudicarles á ella y á su amante, la ausencia de Mortimer y el ignorar el motivo que le tenia alejado de ella habrian sido bastantes para tenerla intranquila.

Llamáronla para el desayuno y no pudo tomar nada.

En vano se esforzaron las buenas religiosas para animarla; su imaginacion estaba muy agitada y su pecho intranquilo y acongojado.

Pasó á su cuarto para arreglar los paquetes, acordándose de la recomendacion de Mortimer; pero se sentó á llorar delante de los objetos que ya tenia dispuestos para poner en el carruaje, y sus brazos y su voluntad se negaban á auxiliarla.

Contaba las horas con la impaciencia de recibir la carta ó la visita que Mortimer le ofreciera, y las horas, nunca mas lentas para su deseo, pasaban sin traerle un consuelo ni una esperanza.

Las religiosas compadecian vivamente la pena en que la veian, pero por no aumentar su afliccion no la molestaban con importunas reflexiones. Hora por hora iba en aumento

su desasosiego, y al brillar el sol sobre las vecinas montañas, Amanda se hallaba en un estado imposible de describir.

Entónces resolvió enviar al jardinero del convento al castillo de Carberry, adonde ya habia ido otras veces.

Mientras procuraba coordinar sus ideas para trasmitir á este de la manera para él mas inteligible el recado que tenia que dar, la avisaron de que en el convento habia una persona que preguntaba por ella de parte de lord Mortimer.

CAPITULO XIII.

Lord Rosven.

Dejó Amanda inmediatamente al jardinero y corrió desalada y llena de zozobra al locutorio.

Allí vió á un hombre alto, cubierto el rostro con un sombrero de alas anchas.

Clavó en él los ojos ansiosa de ver si la expresion de su semblante le anunciaba alguna desgracia, y al mismo tiempo él se descubrió para saludarla.

Amanda prorumpió en un grito de asombro.

Acababa de conocer al padre de su amante.

Entróle una grande agitacion y no pudo decir una palabra ni respirar apenas.

Lord Rosven le tendió los brazos y la recibió en ellos cuando iba á desmayarse.

—Tranquilizaos, señorita, le dijo sentándola en un sillon; tranquilizaos.

—¡Dios mio! murmuró ella; lord Mortimer... alguna desgracia sin duda...

—Nada temais por él, yo os lo aseguro.

—¡Oh! repetídmelo, exclamó ella mas animada, repetídmelo si es verdad.

—Os lo repito. Está bueno y no debeis pasar cuidado alguno por él.

—¿Le habeis visto vos?

—Sí, le he visto aun no hace una hora, sin que él lo supiera.

Las palabras y el tono de lord Rosven eran tranquilizadoras en cuanto á la suerte de Mortimer; pero así que Amanda se hubo recobrado algo y pudo fijar su atencion en el anciano, le vió sombrío y con el pesar retratado en el semblante.

Aquella inesperada visita que habria llenado de júbilo á Amanda, si hubiese tenido por móvil el deseo de abrazar á la que debia ser esposa de Mortimer, puso en alarma á esta, porque no se le pudo ocultar que el rostro del anciano no expresaba satisfaccion alguna y parecia ocultar graves pesares.

Las miradas de lord Rosven dieron á entender á Amanda que buscaba una ocasion oportuna para tratar con ella algo secreto, y la zozobra volvió á derramar el temblor por todo su cuerpo.

Deseaba con vivas ansias saber lo que el anciano callaba, y temia averiguarlo presumiendo que habia de serle funesto.

Ambos á dos turbados y temerosos sentian aumentar su confusion á cada momento.

Por fin rompió de nuevo el silencio lord Rosven y con tembloroso acento dijo:

—Señorita Amanda...

¡Qué de amarguras presintió Amanda en el tono de tristeza y lástima con que oyó pronunciar su nombre!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y con los ojos bañados en llanto por mas que lo estuviera enjugando de continuo, contestó:

—Hablad, milord, hablad, os lo suplico. Lord Mortimer... decid.

—Lord Mortimer no sabe que yo haya venido, ni debe saberlo nunca.

—¡No debe saberlo! ¡Oh qué pavoroso misterio encierra vuestra advertencia! Ya todo lo temo de mi desventurada suerte, dispuesta á recibir la noticia que me convenza otra vez de que soy la mujer mas infeliz del universo.

Levantóse lord Rosven de pronto, y llevándose las manos á la frente exclamó hablando para sí:

—¡Cómo decírselo, Dios mio! Me falta el valor... Yo creí haber reflexionado bien y poder hablar sin empacho... Me he engañado. Debia evitar su presencia y escribir una carta...

—Milord, exclamó Amanda levantándose á su vez, aunque pálida y temblorosa; por lo mas sagrado os suplico que hableis. Despues de hacerme experimentar la pena que me agobia, seria ya el colmo de la crueldad prolongar mi martirio en ese estado de duda, sin saber otra cosa sino que aun mas he de padecer en llegando á averiguar lo que ignoro. Si no he perdido el aprecio de la señora Dormer y de la buena Araminta; si lord Mortimer no ha sido víctima de alguna desgracia, decidme lo que tanto os conturba; que tendré buen ánimo para resistirlo todo.

—¡Oh cuánto temo que os engañeis! Los que bien os querian os quieren del mismo modo; pero... Decidme señorita, si esta tarde podreis salir hácia la parte arruinada del convento.

Amanda, que no podia hablar, hizo una señal afirmativa con la cabeza, y lord Rosven dijo:

—Pues allí recibireis una carta mia. ¡Quién sabe si hasta entonces...! Os repito que lord Mortimer... que nadie en el mundo ha de saber nada de mi venida ni de lo que tengo que escribiros.

Tomó de la mano á Amanda y estrechándola con eficacia añadió:

—Os ruego á mi vez que no os dejeis arrebatar y me guardeis el secreto. Mirad que de él depende lo que mas amo en el mundo, mirad que no exagero si os digo que en ello me va la vida.

Amanda sintió que le volvia á apretar la mano.

Al dejársela libre la llevó otra vez á sus ojos de los que manaba continuo llanto, y al levantar la vista suplicante á lord Rosven vió que estaba sola.

Todo el valor que habia procurado comunicarse la abandonó de pronto, y despues de dar dos pasos por el locutorio se dejó caer en la silla.

—¿Cómo? ¿es sueño lo que me acaba de pasar? ¡Ay no, demasiado cierto es, supuesto que ya no sólo es anuncio, sino confirmacion de desgracia! ¿Qué significan la venida, la turbacion, el misterio de lord Rosven? No pueden significar sino mi desventura. Significan que despues de mecerme tranquila y gozosa en las mas risueñas esperanzas, he sido precipitada al abismo del dolor; porque ya no

me cabe duda en ello. ¿Por qué trataria de ocultármelo á mí misma? Lord Rosven ha venido á separarme para siempre de Mortimer... ¡para siempre! Habia consentido en nuestra union; se mostraba no há mucho pesaroso, avergonzado de las dudas que contra mí habia concebido, de la oposicion que á nuestro enlace habia hecho, y sin embargo tendrá la crueldad... ¡oh sí la tendrá para que yo viva infeliz en la tierra! Ocultar á Mortimer su venida... Dice que del secreto depende su existencia... ¡No se atreve á declararme de palabra... ¡Oh Dios mio, Dios mio!... ¡Dios mio!

Prorumpió en amargo llanto y se abandonó largo rato á su dolor, sola, cerrado el bello porvenir, perdida su imaginacion en conjeturas vanas y á cual mas lúgubres.

Pasos que sonaron cerca la hicieron levantar y salir de aquel sitio.

En el pasillo, que afortunadamente estaba oscuro, encontró á la abadesa, que le preguntó si habia recibido algun recado de parte de Mortimer.

Por fortuna pudo decir que no sin faltar á la verdad, y ocultar, aunque no del todo, el estado de dolorosa agitacion en que se hallaba.

Cuando llegaron á la luz la superiora vió la palidez de su semblante y las huellas de su llanto y recibió de ello grave pena; mas por no aumentar la de su amiga, disimuló y se guardó de dirigirle pregunta alguna.

Amanda, por mucho que le pesara no ser sincera con aquella religiosa á quien tanto debia, no creyó decoroso violar el secreto prometido al anciano y así no pudo decirle quién habia ido á verla.

Dijo que tenia necesidad de reposo, lo cual creyó sin reparo la superiora que veia su estado, y para disculpar su turbacion que era harto visible, añadió que estaba inquieta por la ausencia de Mortimer.

La superiora le hizo observar que tal vez la soledad y el aislamiento la acabarian de abatir; que en su concepto debia quedarse fuera de su cuarto distrayéndose con las religiosas y tomando el té en su compañía; pero Amanda se excusó con un fuerte dolor de cabeza, y aquella, aunque con pena, dejó de insistir.

—Si viniese lord Mortimer á veros... dijo la superiora antes de separarse de ella...

—Si viniera, os ruego que no le digais que he recibido visita alguna; porque seria capaz de atribuir mi malestar á la persona que ha venido á verme, y no quiero declararle hoy que mi inquietud nace solo de su ausencia, para que no se envanezca, que no lo merece en este momento. Lo sabrá otro dia, añadió sonriéndose, y aun estoy tentada de no recibirle si sigo con la jaqueca que me atormenta.

Afectó aire mas tranquilo al retirarse, y la superiora la contempló con profunda lástima, viendo el difícil esfuerzo que habia tenido que hacer para afectar una tranquilidad que tan lejos estaba de su ánimo.

Entró Amanda en su cuarto y se dejó caer en una silla.

Allí quiso reponerse de su agitacion; pero el temor no la dejaba un instante, y para alivio de su dolor presente mal podia servirle la consideracion de lo porvenir, que sólo terrores le inspiraba.

La superiora advirtió que nadie entrase á molestarla, y

ninguna de las religiosas aumentó á lo menos con importunidades el dolor que padecia.

La infeliz Amanda no supo qué discurrir acerca de la mala suerte que le esperaba; sólo se fué confirmando mas y mas en que mala nueva habia de ser, á medida que fué reflexionando en que á lord Rosven le habia faltado entereza para tratar de ella de viva voz.

Abrumada y decaido el ánimo se decidió á salir por la tarde y casi arrastrando los piés se dirigió hácia las ruinas.

Vió desde lejos á lord Rosven que la estaba esperando y se dirigió á su encuentro.

La figura del anciano y su rostro sombrío, bañado en una triste dulzura inspirada por la presencia de Amanda, tenian algo de melancólico é imponente al mismo tiempo.

La tarde estaba oscura y las paredes medio derruidas tendian su sombra por encima del padre de Mortimer, que á cierta luz parecia una estatua sepulcral.

Alargó trémulo la mano al acercársele Amanda y le entregó una carta, diciendo:

—Ahí van, señorita Fitzalan, secretos mios, tan graves, tan profundos, que de divulgarse ellos pende mi suerte. Leed los renglones que os comunico, y sea cual fuere el concepto que formeis de mí, á lo menos no podreis dudar de la confianza que hago de vos. Ese secreto me oprimirá mientras viva con su enorme peso... Mientras yo viva sabré que sois guardadora de mi honor.

El tono solemne y lastimero en que hablaba lord Rosven infundió pavor en el ánimo de Amanda.

¿Era aquel el noble orgulloso, el hombre político infle-

xible en sus principios, aquella alma celebrada mil veces por su energía?

¿Era él, aquel hombre á quien Amanda creia tan lejos, esperando su aparicion con júbilo y deseoso de manifestarla el gozo que experimentaba porque ella le hubiese perdonado?

Nada le decia de ello, nada de Mortimer, de quien por el contrario se escondia, nada de los lazos que en breve debian unirles...

Amanda estaba absorta, pero sobre todo triste; triste como si ya lord Rosven le hubiese declarado su secreto y consintiese este en obligarla á renunciar para siempre á su anhelada felicidad.

El padre de Mortimer que habia hecho una pausa prosiguió con voz profunda y no menos grave y solemne:

—Meditad bien, señorita Fitzalan, el contenido de mi carta; pensad que encierra vuestro destino y el mio; la peticion que en ella os dirijo...

—Por piedad, le interrumpió ella, decidme de palabra qué peticion podeis vos dirigirme con miedo de que yo pueda negarme á ella. No prolongueis, os ruego, mi tormento. Me estais viendo padecer; veis que la incertidumbre me agita de suerte que apenas puedo resistirla...

—Sed buena del todo para conmigo á lo menos en esta ocasion, contestó él; y aun iba á proseguir cuando se oyó á corta distancia:

—¡Amanda!... ¡Amanda!...

CAPITULO XIV.

Nuevas angustias de Amanda.

Era la voz de Mortimer.

Amanda la conoció, volvió los ojos hácia donde acababa de oirse nombrar, y en seguida al anciano.

El anciano ya no estaba allí.

Desde unos arbustos que le ocultaban dijo:

—Mañana á esta hora volveré á saber vuestra respuesta.

Un leve rumor de ramas y guijarros siguió á sus palabras, y aun que Amanda dió algunos pasos para ver por dónde se habia ido, no logró verle.

Quien se presentó á su vista por el otro lado fué Mortimer.

Amanda apenas tuvo tiempo para ocultar á sus miradas la carta de su padre.

—¡Cómo, Amanda! exclamó sorprendido Mortimer; ¡tan tarde y en este sitio! ¿Con quién estabais?

El fuego de la mentira abrasó los labios de Amanda al contestar:

—Estaba sola...

Afortunadamente las sombras eran ya muy densas para que Mortimer pudiera ver la dolorosa expresion de la fisonomía de Amanda.

Cubrió su frente el sudor y se apoyó en una columna porque sintió que las fuerzas la abandonaban.

No sabia que hacer para no mentir ni revelar su secreto, y preguntó:

—¿Cómo no os han dicho en el convento que he venido sola?

—Así me lo dijeron; pero se me figuraba haber oido hablar hácia este sitio. Seria aprension quizá.

—Sin duda, replicó ella.

—¿Mas por qué estabais aquí, á hora tan desusada?

—Por el aire fresco... Me dolia mucho la cabeza...

—Perdonad que os diga que no acertasteis en la eleccion del sitio. En vuestro cuarto donde me dijeron que habiais pasado el dia, habriais estado mucho mejor. Además... venir sola á estas horas á semejantes sitios... ¿No pensasteis que podiais encontraros con vuestro perseguidor? Llegué al convento y se me oprimió el corazon cuando me dijeron que os hallabais indispuesta y deseabais estar sola. ¡Partir sin veros, no habiéndoos visto ayer...! Esta idea me acabó de entristecer y no supe resolverme á partir sin deciros siquiera adios; sin averiguar si os encontrabais mas aliviada. Tanto insistí en veros y en que os pasaran recado de que yo estaba allí, que al fin no pudieron negarme que habiais salido. Creí que estariais en el jardin y tampoco estabais allí. ¿Creereis que me pareció misteriosa vuestra salida...?

—¡Misteriosa...! ¿Por qué?

—Perdonad á un corazon amante el sobresalto; no me atrevo ya á decir que sean celos, aunque si dijera que los tengo no seria por desconfianza de vos, sino de mi suerte.

—¡Celos! ¡Dios mio! exclamó Amanda recordando que era el padre de Mortimer el que se hallaba momentos antes á su lado.

—Os he dicho que no me atrevia á deciros que los tuviese.

—¡Oh! ¡qué desgraciada soy! dijo Amanda en su interior.

En efecto, á pesar de las protestas de Mortimer, adivinaba ella en su tono un fondo de sospecha y no podia decir nada para desvanecerla.

¿No bastaban para su desdicha los terrores que en un tierno pecho habia sembrado lord Rosven; no bastaban á turbar su reposo los misteriosos renglones cuyo sentido aun no conocia y que se veia obligada á ocultar á su amante, para que viniese este á aumentar sus angustias convirtiendo en dia de martirio uno de los que habia ella esperado que fuera el mas feliz de su vida?

—Amanda, dijo Mortimer, no me juzgueis severamente por lo que he dicho; antes al contrario: sabed que mientras no seais mi esposa, podria yo mostrarme celoso sin que por eso se entendiera que mis celos nacian de creeros poco leal conmigo. Esa es enfermedad que no depende del poco aprecio en que se tenga á la persona amada; y yo que tanto os amo, yo que por tan distintos caminos y tan extraños medios me he visto tantas veces amenazado de no llegar nunca á ser vuestro dueño, temo y me estremezco sin sa-

ber por qué á cada paso y... ¿Lo creeriais? Quiero decíroslo todo para que mi franqueza supla á vuestros ojos una de las muchas cualidades que me faltan para ser digno de vos. ¿Creeriais que sin saber por qué, sin motivo ni fundamento, despues de despedirme de vos llevándome la seguridad de que me amabais, he temido que al volveros á ver al dia siguiente me dijerais de pronto: ya no quiero ser vuestra esposa? Perdonádmelo otra vez, Amanda, y no consideréis esos locos recelos sino como hijos de mi extraordinario cariño harto contrariado. Yo os prometo corregirme de este defecto...

Estrechó á Amanda contra su pecho; pero mirándola con atencion le dijo:

—Estais temblando.

—Sí, respondió ella. He pasado el dia en una agitacion tan grande... Mientras vos abrigabais los recelos de que acabais de hablarme, yo no pensaba sino en las causas que os alejaban de mí.

—Volvamos al convento, dijo él dándole el brazo, y os confesaré la causa de mi ausencia.

Entráronse en efecto, y la superiora y sor María les acompañaron á la sala.

—Señoras, dijo Mortimer, ya que tan amables sois siempre conmigo, me atrevo á abusar de la comunidad. He corrido mucho y apenas he tomado parte de un ligero desayuno á hora algo temprana. Si me hicierais merced...

—Lord Mortimer, dijo la superiora, sor María tendrá mucho gusto en serviros ahora mismo; y si al entrar nos hubierais avisado, á estas horas podriais sentaros á la mesa.

—Os doy muchas gracias, señora, y no tengo ya que pediros sino que no os tomeis mucha molestia por mí.

—Yo en cambio tengo algo que suplicaros.

—No teneis mas que mandar, señora.

—Pues ved de alcanzar que la señorita Amanda tome algo, porque se puede decir que todavía está en ayunas.

—¡Amanda! dijo Mortimer con tono de amorosa reconvencion pensando que él habia sido causa de su inapetencia.

Aquella expresion en que resaltaba todo el afecto de Mortimer, conmovió profundamente á Amanda.

Sirviéronles en seguida, y Mortimer se esforzó por que Amanda comiera; mas ella estaba tan agitada que no podia probar bocado.

La superiora se levantó á poco rato y los dos amantes quedaron solos.

Mortimer queria saber cuál era la causa de la tristeza de Amanda; esta sentia abrasarle el pecho la carta de lord Rosven, y su angustia iba en aumento con las reiteradas súplicas de aquel á quien no podia satisfacer.

—Ya que nos han dejado solos, dijo él, explicadme cómo habeis pasado el dia, decidme lo que os ha sucedido, lo que habeis hecho.

—Sois muy olvidadizo replicó ella, procurando disimular su turbacion. En vuestra carta me prometisteis explicarme de viva voz la causa de vuestra ausencia y todavía no me habeis dicho nada de ello.

—Y ojalá que tal ausencia no hubiera hecho; porque me privó del gusto de estar á vuestro lado y no conseguí el objeto que me proponia.

—Y bien ¿cuál era ese objeto tan poderoso que apartaba vuestro pensamiento de la abadía?

—¡Oh! No digais eso, Amanda; mi pensamiento estuvo siempre fijo en vos.

—Pero vuestros pasos fueron encaminados á otra parte.

—Es cierto, pero no me alejaban por eso de vuestro amor.

—No os entiendo: os ruego que seais mas claro.

—Pues bien, querida Amanda, la causa de mi ausencia creí que la habiais adivinado: ha sido Belgrave.

—¡Cómo! exclamó Amanda azorada.

—Sí; me propuse espiar sus pasos por si intentaba algo contra vos; pero el cobarde debe de haber tomado muchas precauciones y no me fué posible dar con él.

—¡Oh cuánto me alegro!

—¿Os alegrais?

—Sin duda. ¿Queriais que por el contrario desease que hubierais tenido un encuentro con ese hombre y viese en peligro vuestra existencia?

—No sabeis con cuánto gusto la expondria por vos.

—Temeridad seria fuera de un caso inevitable. No es así, lord Mortimer, como una mujer debe desear que se le dén pruebas de cariño.

—En fin, el no haberle encontrado me ha hecho presumir que el infame se esconde para realizar á mansalva alguno de sus viles proyectos...

—¿Lo creeis así?

—¿Qué haria sino en estos alrededores?

—Antes me inclino yo á creer que debe de haber renunciado á sus locos propósitos, convencido de la imposibi-

lidad de llevarlos á cabo; pero como quiera que sea, os suplico que no os pongais en riesgo por él. Aun cuando le viese justamente castigado de vuestra mano, no podria menos de horrorizarme pensando en que para ello habia tenido que correr peligro vuestra vida. Prometedme olvidarle.

—No hablemos mas de ello, pues veo que esta conversacion os da pena, Amanda. Yo tenia tan grande esperanza de encontrarle... Figuraos si seria grande mi ilusion, que me he alarmado mucho mientras os iba buscando entre las ruinas, pues me figuré haber oido su voz y haber visto su sombra.

—¡Delirios! dijo Amanda estremecida pensando en que lord Mortimer sin duda habia equivocado á su padre con Belgrave. Pero teneis razon: no hablemos mas de ello. ¿Qué habeis hecho durante el dia?

—Andar de aquí para allí pensando siempre en vos... y deseando que pasaran como fugaces momentos los dias que nos faltan para asegurar nuestra dicha. He recorrido á caballo mucho terreno .. y por cierto que á pocas millas de este sitio me he encontrado con un caballero á quien habia visto el verano pasado en casa del marqués de Rosline. Invitóme á descansar un momento en su casa, y yo acepté con la esperanza de que indirectamente, tal vez podria sacarle alguna noticia relativa á Belgrave...

—¡Todavía! dijo Amanda.

—Nada pude saber por su conducto y muy en breve me separé de él. Habia gran reunion en su casa y estaban todos los concurrentes en disposicion de beber mucho. Yo que no queria desperdiciar el tiempo, me excusé con el

desempeño de obligaciones precisas y salí á proseguir mis correrías que, ya lo sabeis, han sido infructuosas.

—De lo cual doy gracias al cielo. Os vuelvo á suplicar que olvideis á ese mónstruo; que no intenteis nada contra él. Harto me pesa que entre nuestros recuerdos se haya de mezclar el de ese hombre.

—Yo os prometo, bella enojada, satisfacer vuestro deseo; mas para eso es menester que dejeis este país. Mientras os halleis en un sitio donde anda él, ya comprendeis que no puedo estar completamente tranquilo. ¿Cuándo quereis partir? Considerad que hace cinco dias que estoy aquí. Mi buena tia Marta á estas horas se estará consumiendo de impaciencia, y es capaz de alarmarse creyendo que nos ha ocurrido algun suceso desagradable. En su concepto, la que no ha de ser monja no debe andar mucho entre ellas, y con su genio ya la estoy oyendo decir que vos os preparais á tomar el hábito y yo á cantar misa. Pero hablando formalmente, ya no hay motivo razonable que os impida fijar el dia de vuestra partida, ¿no es verdad? El asunto no puede seros indiferente...

—¿Podriais creerlo?

—Dios me libre; pero por lo mismo tengo mas empeño en que me saqueis de dudas.

Amanda no pudo menos de bajar la cabeza silenciosamente.

Los latidos de su corazon agitaban la carta del padre de Mortimer que llevaba escondida en el seno. Aquella carta encerraba un punto tan grave como claramente se lo habia dado él á entender, diciéndole que era asunto de vida ó muerte.

Hasta enterarse de su contenido no se atrevia á tomar resolucion alguna.

Mortimer la contemplaba entre tanto, y viéndola vacilar y atribuyendo á rubor su irresolucion, dijo:

—Veo que no saldríamos del paso si hubiera yo de esperar que fijarais vos el dia. ¿Quereis que lo resuelva yo?

—¿Vos?

—Sí; hoy es martes... partiremos el jueves.

—Dejadme discurrirlo esta noche, y mañana sin falta os prometo fijar irrevocablemente el dia.

—Si os parece pronto el jueves, convengamos en que sea el viernes, pero á lo menos lleve yo la seguridad del plazo al despedirme de vos.

—El dolor de cabeza que he padecido hoy apenas me ha dejado ordenar nada, y aun ahora mismo no podria calcular... tened un dia mas de paciencia, milord, yo os lo suplico.

Mortimer le besó la mano, y como era ya tarde se despidieron citándose para el dia siguiente.

Apenas desapareció él, corrió Amanda á leer la carta de su padre.

CAPITULO XV.

El secreto de lord Rosven.

Afortunadamente para Amanda, se encontró sola en su cuarto y con la seguridad de que las religiosas no entrarian á sorprenderla, pues se habian retirado todas.

Reinaba á su alrededor el mayor silencio.

Tan solemne era su situacion como aquella quieta soledad que no turbaba ruido alguno.

Sentóse junto á la luz, sacó la carta de su pecho y leyó lo siguiente:

«A la señorita Amanda Fitzalan.

«Señorita: Vos que sois hija de un padre honrado y he«redasteis sus nobles sentimientos, comprendereis cuáles «son los mios al tener que dirigirme á vos y me compade«cereis en vez de maldecirme.»

Detúvose Amanda despues de leer este párrafo, porque su agitacion habia aumentado de tal modo, que no podia seguir leyendo.

Por fin, pudo alzar la mano, que habia dejado caer sobre sus rodillas, y dejando la carta sobre la mesa, porque con el temblor no podia sujetarla, siguió leyendo:

«Vos me comprendereis, porque estais enseñada por el «honor y la desgracia, y sabreis apreciar lo que padezco al «tener que colocarme en la senda de los que yo mismo de«bia encaminar á la felicidad, y decirles: no paseis de ahí.

«Fijaos bien, señorita, en mi desgracia, que me obliga á «colocarme entre vos y mi hijo, entre dos personas, que son «las que mas amo en el mundo, y de quienes sé que mere«cen ser amadas por sus bellas prendas, por su generoso pro«ceder, porque siempre han seguido el camino de la virtud.

«¡Ay! ¡ojalá que no le hubiese yo abandonado nunca, y «á estas horas en vez de ser vuestro verdugo, seria vues«tro amigo mas querido, condicion que apetecí con toda el «alma y que hasta hace muy poco tiempo me lisonjeo de «alcanzar!

«El padre de lord Mortimer se presenta hoy á vos, seño«rita, confesándoos que se halla arruinado y próximo á la «deshonra, y os declara que vos podeis evitar su mancilla «y su muerte; porque no dudeis que si mi afrenta llegase á «hacerse pública, yo no vacilaria un momento en quitarme «la vida. Me horroriza la idea de que mi hijo pudiera tener «que avergonzarse de mí despues de haber bajado al sepul«cro; figuraos qué efecto me producirá la consideracion de «que estando yo vivo llegase á descubrir mi deshonor.

«Un frenesí, una locura, un deseo inmoderado de rique«za se apoderó de mí hace muy poco tiempo, y á él sacri«fiqué todos mis caudales. El mónstruo insaciable del juego «lo devoró todo, y me ví arrojado á la miseria desde la cum-

«bre de la opulencia. Para encubrir mi estado me quedaba «un recurso precario: la esperanza de una herencia. Entre «tanto, como yo era tutor del jóven Love, á quien conoceis, «con los caudales que de él manejaba iba haciendo frente, «aunque con alguna penalidad, á las necesidades de mi «casa. Pero el demonio tentador del juego llegó á ser para «mí irresistible, y halagándome de dia y de noche con la «esperanza de rehacerme, me hizo criminal: me hizo expo- «ner á los giros del azar los caudales de mi pupilo. ¿Tendré «necesidad de deciros que tambien aquellos caudales que «debian ser sagrados para mí, fueron disipados en breve, «dejándome sumido en la pobreza y los remordimientos?

«Esta es la desgraciada situacion del padre de Mortimer, «señorita, y de esta situacion sólo vos podeis salvarme. No «quiero abusar de vos á comprometeros, diciéndoos que «mi deshonra alcanzaria tambien á mi hijo porque lleva «mi nombre; sólo os hablaré de mí: sólo os diré que soy «padre y que no tendria fin mi desgracia en toda la eter- «nidad si mi deshonra se hiciese pública.

«¡Qué horrible es el remedio que me queda y cuánto mas «horrible es tener que pedíroslo á vos sacrificando la dicha «de toda vuestra vida! Y sin embargo, ¡ese remedio es el «único! Renunciad á la mano de Mortimer y estoy salvado: «vida y honra pongo en vuestras manos: espero vuestro «fallo.

«La cuantiosa herencia que yo esperaba ha pasado á «otras manos, sin duda mas dignas que las mias. Vos sois «mi única esperanza en la tierra, de vos depende que no «se me cierren las puertas del cielo.

«Así que he sabido de cierto que esa herencia no era

«para mí, he venido á veros para suplicaros con lágrimas «en los ojos que renunciarais al premio de amor á que te- «neis mejor derecho que nadie por vuestra constancia y «delicadeza; á deciros: si os casais con lord Mortimer, yo «no podré sobrevivir á mi infamia y mi violenta muerte «amargará el resto de su existencia.

«Ya lo veis: para no verme despreciado de la sociedad; «para no incurrir en el sacrilegio de atentar contra mis «dias; para no ser para mi hijo un objeto de horror, he de «ser duro y egoista y he de pediros á vos que huyais de «su cariño si no quereis que huya de él la idea de que su «padre es un hombre honrado.

«Si lo haceis así; si huís de mi hijo y lograis que igno- «re vuestro paradero, yo exigiré de él que se case con otra «mujer y sé que contra todo su corazon me obedecerá. Él «creerá hacerse desgraciado; pero ¿cuánto mas no lo seria «uniéndose con vos y dejándome expuesto al deshonor que «no se haria esperar, cayendo sobre todos nosotros? Yo he «conocido lo heroico de vuestros sentimientos, y no dudo «que aun en medio del dolor que os estará causando la lec- «tura de esta carta comprendereis la razon que he tenido «en la reflexion que acabo de haceros. El dote que os ofre- «cia mi hermana Marta no me sacaria de ningun apuro, «ni todos sus bienes juntos podrian salvarme. No me que- «da mas esperanza que el matrimonio (¡otro sacrificio!) de «mi hijo con una heredera muy favorecida con bienes de «fortuna, lo cual tengo seguridad de encontrar. He com- «binado los medios de salvarme de la deshonra, y para po- «nerlos en práctica, me falta ese caudal, que no puede «venir á mis manos, sino despues que el pobre Mortimer

«haya perdido toda esperanza de alcanzaros. Vos podeis ser «un ángel de misericordia; ¿renunciareis á tan gloriosa «suerte? Podeis ser amada de otro hombre tan bueno y tan «noble como mi hijo, y podreis amar á ese hombre sin re- «mordimientos reflexionando que le haceis feliz sin causar «la perpétua desgracia de un padre.

«En fin, señorita, de vos lo espero todo y sólo de vos lo «espero. Una palabra vuestra que descubriese á persona «nacida mi horrible situacion, seria una órden para que «yo mismo me diese la muerte. El seguir la conducta que «os he indicado y que me permitiria vivir sin perder la «consideracion de mis semejantes, será obligarme eterna- «mente, encadenarme con los lazos de la gratitud mas «viva y llevaros en la mente y en el corazon venerada co- «mo ángel bajado del cielo para salvarme. Supla vuestro «entendimiento, supla vuestro noble corazon lo que no os «dice, señorita, el que espera de vuestros labios su senten- «cia: vuestro desgraciado amigo y admirador

«LORD ROSVEN.»

¿Quién podria describir el efecto que la lectura de las anteriores líneas produjo en la desgraciada Amanda?

El terror, la compasion, la lucha mas acerba entre sus sentimientos la agitaron de tal suerte, que apenas podia resignarse á creer que era cierto lo que habia leido.

¡Renunciar á Mortimer despues de tantos afanes, de tantos sacrificios y tantas esperanzas fallidas y reanimadas!

Renunciar á Mortimer, viéndose obligada á callar la causa y á pasar ante sus ojos por mujer veleidosa, falsa y

acaso criminal, so pena de sumirle á él en la desgracia, revelándole la deshonra de su anciano padre!

¡Qué sacrificio mas costoso podia pedírsele á aquella sencilla y, como decia muy bien lord Rosven, heroica jóven, cuando en sus momentos plácidos se congratulaba de estar próxima al fin á recibir el premio de su virtud y constancia!

Por otra parte, precipitar al suicidio al padre de su amado y hacer redundar á sabiendas en menoscabo de este el desdoro de aquel, ¿no era igualmente horrible?

No podia Amanda renunciar á la voz del honor que le mandaba salvar de tan terrible infortunio á aquella familia; pero ¿cómo acallar la voz del amor y la de sus arraigadas esperanzas que la detenian en el cumplimiento de aquella accion tan sublime como penosa?

Llegó un momento en que la realidad se presentó á la imaginacion de Amanda con caracteres tan fantásticos, que no pudo resistir el estado de su ánimo y dejó caer la cabeza sobre la mesa, deseosa de parar el curso de sus ideas; ansiando no oir, ni ver, ni recordar, y asiéndose por último refugio á la frágil esperanza de que era sueño la lectura de aquella carta y dentro de breves momentos se veria libre de la funesta pesadilla.

Pero cuanto mas ansiaba que se desmintiera el testimonio de sus sentidos, mas claro veia el problema que su voluntad tenia que resolver dentro de breve plazo.

No tenia mas remedio que sacrificarse pronta y espontáneamente para siempre, ó sacrificar la vida y el honor del padre de Mortimer.

La advertencia de que si se hacia pública la desgracia del anciano le quitaria la vida, se repetia de continuo á

sus oidos, como si la voz de su hado inexorable quisiera darle á entender que no tenia nada que discurrir sobre aquel punto, sino obedecer á la ley de la conciencia, callar y desaparecer, renunciando para siempre á los bellos sueños de amor y paz que hasta entonces la habian halagado.

A pesar del vivo amor que á Mortimer profesaba, su corazon era débil para aconsejarle que sacrificase á aquel amor otros deberes.

Si el espíritu de Fitzalan hubiese podido presenciar aquella lucha interior, indudablemente habria compadecido á su hija por lo que en ella padecia; pero mas que compadecerla la habria admirado, porque en medio de tan grave conflicto siempre prevalecieron en ella las generosas ideas que él desde la cuna le inspirara.

La imágen de lord Rosven ahogado en su propia sangre; la afrenta de sus vicios; la imágen de Mortimer envuelto involuntariamente en la infamia de su padre y maldiciendo al que pudiendo no le hubiese salvado al borde del precipicio, se presentaban á su imaginacion como si realmente los tuviese á la vista y exclamaba en su delirio:

—¡No, no! Perezca yo, y llámeme él ingrata y alevosa, y deba á mi supuesta infamia la dicha de verse honrado!

Volvia en su acuerdo y tal vez se creia con fuerzas bastantes para llevar á cabo en aquel acto mismo su heroica resolucion; pero entonces se le representaba la larga série de dias que acaso estaria condenada á vivir sobre la tierra, desierto el corazon de todo lo que al efecto de Mortimer debia, olvidada de él... despreciada quizás, y entonces flaqueaba su entendimiento y decaian tambien las fuerzas de su ánimo.

—Se casará... decia en voz baja y lentamente; será padre... el cariño de los suyos hallará eco en su alma generosa. Al convencerse de que podia haber buscado la dicha lejos de mi lado, le hará considerar como perdido el tiempo que dedicó á mi amor. Algun dia... tal vez algun dia el parque de Tudor, el castillo de Carberry le recordarán mi nombre, y entonces volviendo la memoria á lo pasado dirá: «Me engañaba... era una mujer indigna del amor de un hombre honrado... fué mil veces infiel al cariño que me fingia...» Me comparará con su esposa y ¡desdichada de mí! acaso deseará que el cielo me haya castigado, y en un momento de indiscrecion hablará de mí inspirado por el desprecio... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tú solo sabes mi sacrificio!

Cogióse la cabeza con ambas manos y lloró lágrimas amargas, lágrimas que parecian una eterna despedida al mundo y á la felicidad.

En medio de sus sollozos exclamaba de cuando en cuando:

—¡Oh Mortimer... Mortimer! ¡Separados para siempre! ¡Separados ahora por quien mas deseaba unirnos...! ¡Separados cuando comprendia yo lo que era amar y ser amada! ¡Separados sin poder llevar conmigo tu aprecio...! ¡Teniendo la certeza de que mi recuerdo te ha de ser siempre importuno! ¡Dios mio! ¡De dónde me ha de venir el valor para consumar mi sacrificio, si aunque huya de él nunca se apartará de mí la tentacion de correr en su busca y decirle á voces que nunca he dejado de amarle; que sólo por amor á él he podido aparecer culpable á sus ojos; que lo que mas me condena en apariencia es la mayor prueba de amor que haya podido darle!

Cuando la asaltaban esos pensamientos era cuando oia resonar en sus oidos el severo acento del conde diciendo: «Una palabra vuestra revelando mi situacion, será la sentencia de mi muerte.»

Entonces volvia á sobrecogerse de horror y crecia de nuevo su llanto y pedia á su padre y al cielo las fuerzas que le faltaban para salir de aquel trance con vida.

Era ya muy avanzada la noche y la desdichada Amanda, sola y abandonada á su triste destino, sostenia aquella terrible lucha, cuyo resultado le habia de costar tantas lágrimas cualquiera que fuese.

En medio del torbellino de ideas que se revolvian en su mente sintió que se le comprimia el corazon y temió que iba á perder el sentido.

Apoyándose en el respaldo de la silla y haciendo un grande esfuerzo pudo llegar hasta su lecho, y se dejó caer en él precisamente á punto en que ya se iba á desmayar.

Allí permaneció largo rato antes de recobrarse, y cuando volvió á abrir los ojos era tal su estado, que no pudo ponerse en pié ni siquiera hacer uso de los brazos.

Sumida en profundo estupor pasó otro largo espacio de tiempo.

Era ya muy entrado el dia cuando llamaron á su puerta advirtiéndole que Mortimer la estaba esperando para tomar el desayuno.

Aquel nombre produjo en ella mas efecto que la luz del sol que penetraba en su cuarto, y toda azorada se incorporó en el lecho.

CAPITULO XVI.

La mujer fuerte.

Permaneció Amanda un instante inmóvil con las manos en la cabeza, y de repente se levantó y vistió mas bien movida del instinto que de la reflexion.

No se daba cuenta de lo que hacia ni acertaba á discurrir lo que le diria á lord Mortimer, que sin duda iba á preguntarle de qué provenia la palidez de su semblante.

Apenas el enamorado lord la vió en su presencia, mostró en el súbito cambio de su fisonomía la mayor alarma.

—Amanda, le dijo, ¿qué os ha ocurrido? ¿Qué desagradable novedad ha alterado la paz de vuestro ánimo?

—Nada tengo, murmuró ella bajando los ojos.

Mortimer la cogió de las manos y añadió:

—Vuestras manos arden; teneis fiebre... ¿Por qué os hallo así? No me tengais en desasosiego. ¿Pensais que pueda estar mas tranquilo ignorando la causa de vuestra dolencia que sabiéndola? Muy terrible tendria que ser el

motivo de esa fiebre para que conviniese ocultármelo. Es menester que yo llame al médico, Amanda, para que ataje los progresos del mal. Ya veis, amada mia, cuán doloroso me habia de ser ver aplazado el momento de mi mayor ventura por una indisposicion vuestra. Preferiria mil veces ser yo el enfermo.

El jóven lord hablaba con acento apasionado; y Amanda no sólo se enternecia al oirle, sino que se llenaba de tristeza pensando en la horrible sorpresa que aun le estaba reservada.

—Ea, amiga mia, no me negueis el placer de veros recobrar la salud. Dadme licencia para llamar en seguida al doctor.

—No... contestó Amanda, no será menester. Me siento ya mejor.

—Mejor... ¡y estais llorando!

En efecto, las lágrimas corrian en abundancia por el rostro de Amanda.

—Lloro..., dijo, no por mi dolencia, lord Mortimer, sino de consuelo al ver el interés que os inspiro.

—¡Amanda, sois mi vida! ¿seria natural que no me alarmase por vuestro estado? Dejadme llamar al médico.

—Yo os suplico que no lo hagais. Os prometo que me aliviaré pronto sin sus cuidados, y en este momento de nada me serviria su auxilio. La mala noche que he pasado me dejó alguna agitacion, es verdad; pero vuestra presencia comienza ya á disiparla y el reposo me acabará de restablecer.

—Quiero creeros, porque me tranquiliza vuestra confianza; pero si esta noche no estais mejor, prometedme que

no os opondreis á que se me avise para que mande yo recado al médico.

—Os lo aseguro; pero repito que no paseis cuidado alguno.

La pobre Amanda para ocultar mas bien su verdadero estado hizo esfuerzos inútiles, pues apenas pudo tomar nada del desayuno.

Lord Mortimer trató de animarla, mas por no serle molesto y porque tampoco tenia grande apetito, no insistió mucho en que comiera.

Amanda no olvidaba ni un solo instante su apurada situacion, y estaba impaciente por hallarse sola.

Ella misma se horrorizaba al pensar lo que padeceria Mortimer si adivinase que en aquellos momentos deseaba estar lejos de su lado.

Cuando ya no pudo resistir mas, porque á cada palabra de su amante sobre las esperanzas de su próxima union se le llenaban los ojos de lágrimas, le pidió cariñosamente que se retirase para que pudiese ella entregarse al reposo de que tenia gran necesidad.

—Id á descansar, dijo él; pero no me negueis el placer de quedarme en la abadía. El estar cerca de vos me servirá á lo menos de consuelo.

—No me pidais lo que no me está bien concederos. Yo no me opondria á vuestra súplica si esta casa no fuera de religiosas, ó si sólo os hubiese de ver la superiora, que conoce las flaquezas humanas y sabe hacerse cargo de ellas; pero para no dar que hablar ó maliciar á las demás, os vuelvo á suplicar que os volvais á Carberry. Si no me dais palabra de dirigiros inmediatamente al castillo, no me dejareis recobrar la tranquilidad.

—Si lo tomais con tanto empeño, os doy palabra de complaceros; pues no quiero ocultároslo: alejarme de vos hallándoos indispuesta... francamente es la primera vez que os complazco con repugnancia.

—Así os agradezco yo doblemente la complacencia, respondió Amanda con un suspiro.

—Ojalá llegue pronto el dia, querida Amanda, en que nadie tenga mayor derecho que yo á cuidar de vuestra salud y no tenga que separarme de vos nunca.

—¡Nunca! repitió Amanda con tristeza.

Mortimer le estrechó la mano y se despidió despues que le hubo prometido Amanda que aquella noche misma volverian á verse.

Partió Mortimer, y ella le siguió largo rato con la vista hasta que por fin, oscurecida por el llanto, tuvo que volverla á otro lado.

Retiróse á su cuarto, y el pesar no la dejaba discurrir sobre lo que convenia decir á lord Rosven cuando se presentaria.

Cuanto mas se fijaba en esta idea, mas se persuadia que le habia de ser imposible tratar de viva voz aquel asunto; y se dispuso á escribir al padre de Mortimer para evitar dolorosas explicaciones.

Era terrible la situacion de la pobre Amanda.

Hacíase indispensable, además de lo dicho, apelar á la superiora para que al dia siguiente la buscase un asilo seguro, inaccesible á las pesquisas de Mortimer, pues para cumplir lealmente con el padre de este sin darle lugar á que sospechase superchería alguna en su conducta, era importante que nadie tuviese noticia de su paradero.

¡Cuántas lágrimas, qué de terribles esfuerzos le habia de costar el cumplimiento de tan penosos deberes!

¡Cuán duro le habia de ser comenzar una nueva vida de sacrificios cuando creia haber merecido entrar en el goce legítimo de las recompensas!

Por otra parte, no debia romper el secreto que se le habia confiado, y en medio de su turbacion y su dolor tenia que ocultar á la superiora el verdadero motivo que la obligaba á huir de su amante en el momento mismo en que todo parecia dispuesto para unirla con él eternamente.

Ella deseaba no hacerse sospechosa con aquella extraña y misteriosa resolucion; pero deseaba con no menos ansia que ni la superiora ni nadie pudiese atribuir á defectos de Mortimer la determinacion de alejarse de él y esconderse á sus miradas.

¿Era fácil conciliar tantos extremos?

¿No era muy peligroso que si ella dejaba en buen lugar á su amante, se atribuyera á capricho suyo y quizá á designios poco dignos el partido que iba á tomar?

Y ¿tenia que ser ella misma la que abriese el camino á las sospechas cuyo resultado seria perder la confianza y el aprecio de las personas honradas que hasta entonces la habian querido?

—¡Ah! ¡pobre Amanda!

Sin ser supersticiosa podia creer que un destino cruel, inexorable presidia á la suerte de los suyos.

La triste vida de su madre, el triste fin del bravo Fitzalan, las desgracias de Oscar y las crueles vicisitudes á que ella se veia sometida, eran mas que suficientes para turbar

otra mente mas robusta que la de una criatura tan tierna y delicada como ella.

Por fin, venciendo con una obstinacion heroica los obstáculos que la natural debilidad de su sexo y sus desgracias levantaban contra las operaciones de su discurso, resolvió Amanda que si en la superiora no hallaba todo el apoyo que habia de menester, partiria para Dublin, que por ser ciudad populosa la pondria á cubierto de toda pesquisa.

Entonces ¡oh dolorosa victoria! perdida para Mortimer toda esperanza de volver á verla, obedeceria á su padre y se consumaria su glorioso sacrificio.

Despues de esto no sabia ella lo que le sucederia; ignoraba tambien cómo habia de proveer á su subsistencia en tierra desconocida, donde la vida habia de ser cara; pero su abnegacion no le dejaba fijarse mucho en esto: el cumplimiento del deber á que se creia obligada por el honor mismo de su amante era lo primero: y como tenia además consentido que su vida no podia ser sino un tejido de desgracias, lo mismo le daba padecerlas en Dublin que en otro cualquier punto del universo.

Estremecíase á la idea de quedar sin un amigo en la tierra, y mas aun al considerar que rotas sus relaciones con Mortimer y viviendo escondida, le seria mucho mas difícil recibir noticias de su hermano y hasta averiguar su paradero.

Consideraba con honda pena su futuro aislamiento, y entonces un resto de esperanza le hacia volver á la superiora de Santa Catalina, dejándose halagar por la idea de tan grave quebranto.

El tiempo corria veloz y no le consentia detenerse mucho en reflexiones, pues á cada momento temia que se presentase el padre de Mortimer buscando en su semblante su sentencia definitiva.

Aquella suprema situacion del padre de su amado le inspiró valor, y poniendo mano á la pluma escribió lo siguiente:

«Señor conde de Rosven.

«Milord; vivid y sed dichoso. Hasta ahora habia yo «creido que mi única felicidad podia consistir en ser espo- «sa de vuestro hijo; hoy veo que debo contentarme con la «dicha de haber confesado vos que merecia serlo. Yo renun- «cio á mis sueños. Yo no amaba en lord Mortimer el caudal «ni los títulos: queria sobre todo su estimacion y la habia «alcanzado: el cielo no habrá sido injusto conmigo si no «me la hace perder el paso que doy. ¡Ah! ¿Por qué no os «opusisteis siempre á que fuese su esposa? Si vos se lo «hubierais prohibido, yo os juro que no habria consentido «en que os desobedeciese, y ahora consumado desde hace «tiempo el sacrificio, me hallaria acostumbrada al dolor de «verle ajeno.

«Perdonadme estas palabras, porque padezco mucho en «este momento, milord.

«Si realizais vuestras esperanzas, yo daré por bien per- «didas las mias y no tendreis que compadecerme; pues si «me pesa de perder el excelente corazon de Mortimer «para mi amor, la compensacion que recibiré me será «doblemente cara. Ignore siempre vuestro infortunio, y «aunque ignore la prueba de estimacion que le doy, yo

«no me quejaré al cielo ni á los hombres. Os agradezco «la noble intencion que me manifestais de proveer á mis «necesidades; pero os suplico que para que no quede me- «noscabada la satisfaccion del cumplimiento de mi triste «deber, me permitais renunciar á toda muestra de agra- «decimiento. Así podré decir en conciencia que no me ha «movido sino el interés mas noble y elevado á conducirme «como lo hago.

«La resolucion que tomo es de tal naturaleza, destruye «tantos afectos, tantas esperanzas, trueca de tal manera el «órden de mi futura existencia, que sólo puede llevarse á «cabo esperando recibir en cambio la estimacion mas pro- «funda y duradera. No me negueis la vuestra, completa y «eterna, milord, y nada me quedareis á deber ni yo ten- «dré nada que pediros, antes seré siempre vuestra mas «humilde y rendida servidora,

AMANDA FITZALAN.

Escribió Amanda esta carta sin dar paz á la mano, oprimido el corazon, de manera que no habria podido añadir una palabra mas, y al escribir su nombre, como si colocara una pesada losa sobre el sepulcro de sus dichas, rompió á llorar con tales sollozos, que hubo de ponerse el pañuelo en los labios para que al ruido no acudiera alarmada alguna de las religiosas.

Retiróse al rincon mas apartado de su cuarto y allí dió rienda suelta á su dolor.

Cuando hubo desahogado un poco su pecho, que no fué sino despues de largo rato, se asomó á una ventana para que el aire exterior refrescase un poco su frente, y desde

allí vió á cierta distancia á lord Mortimer hablando con la superiora del convento.

La vista de su amante le produjo un extraño efecto.

El esfuerzo de su voluntad habia sido tan poderoso mientras habia estado escribiendo la carta, que la disposicion de su ánimo al concluir, era tal como si en su vida hubiese de volver á ver al hombre á quien tanto amaba y de quien tanto deseara ser amada.

Verle allí otra vez, recordar los bellos momentos pasados en la aldea, las conversaciones del parque de Tudor, las esperanzas de que él se hallaba poseido todavía...

Amanda no pudo resistir un golpe tan fuerte y se retiró en seguida de la ventana porque se turbaba su vista y se negaban los piés á sostenerla.

Dejóse caer en una silla, y esforzándose por recobrar la serenidad, que tan necesaria le era en aquel trance supremo, la encontró la superiora, que se dirigió á ella con los brazos abiertos y la estrechó contra su corazon con las muestras de la mas cariñosa ternura.

CAPITULO XVII.

Prudencia y resolucion.

Por un recelo, bien infundado por cierto, pero muy natural en la situacion de Amanda, creyó esta que la superiora habia descubierto parte de su secreto, y en vez de corresponder á sus caricias volvió á ella la vista toda azorada.

—¿Qué teneis, hija mia? le preguntó la bondadosa señora.

—Nada... balbuceó turbada Amanda.

—¡Nada! Lord Mortimer me acaba de decir que estabais enferma, yo creí que tal vez el cariño de amante le hacia exagerar; pero vuestro semblante me da á entender que no se engaña. ¿Por qué sois tan poco franca conmigo?

—Yo...

—Me decís que no teneis nada... Yo comprendo que próxima á uniros con Mortimer, estais algo intranquila, sólo por la novedad de cambiar de estado; pero la tristeza

de vuestro semblante, la agitacion del pecho... las huellas de recientes lágrimas... ¡Oh amiga mia! no me hagais creer que vuestra reserva nazca de poca estimacion, de poca confianza en mí.

—¡Ah señora! No imagineis eso de mí. Si supierais...

—Yo no he pretendido nunca usurpar vuestra confianza y sabe Dios si respeto los secretos ajenos, Amanda; pero bien veis que os amo, si no como una hija, como una hermana menor, y si el no poder curar vuestros males es efecto de no saber en qué consisten, me pesará siempre de ignorarlos, así como no tendria curiosidad alguna por averiguar la causa de vuestras alegrías, si estuvieseis alegre y contenta como quisiera veros. Hoy estoy mas cuidadosa, porque se me figura que hoy corre mas peligro que nunca vuestra salud.

—¡Oh! no lo creais, señora, respondió Amanda echándose en brazos de la abadesa; pero al abrazarla temblaba todo su cuerpo, descubriendo que era falsa la tranquilidad que se atribuia á sí propia y deseaba inspirar á su amiga.

Esta se sentó, obligó á Amanda á que volviera á sentarse, y aunque con mucho sentimiento por ver que Amanda continuaba fingiendo con ella, le dijo:

—Querida Amanda, yo quisiera que me comprendierais bien. Os repito, aunque creo no es menester, que no quiero saber ninguno de vuestros secretos; pero os veo padeciendo: veo que habeis llorado; temblais, os agita la fiebre, y esos síntomas dicen mas que pudieseis decirme con elocuentes frases. Enhorabuena guardeis en el fondo del pecho las causas que os han puesto en ese estado: ninguna violencia se os ha de hacer aquí para que se las deis á

conocer á nadie; pero á lo menos, si ignoramos el mal, guiadme vos para que podamos entre todas acertar con el remedio. Yo os quiero bien; todas os consideramos como persona de la familia; ¿quereis entristecernos haciéndonos presenciar que os negais al alivio? ¿Precisamente habreis de ser vos quien nos impida hoy cumplir con nuestro instituto que consiste principalmente en consolar á los que padecen?

A esto abrazó la superiora la cabeza de Amanda y la besó en la frente.

Amanda conmovida se deslizó de sus brazos dejándose caer á sus piés, y cubriéndose el rostro con las manos exclamó:

—¡Ay señora! ¡qué desgraciada soy!

Sus lágrimas hicieron correr las de su buena amiga que se precipitó en seguida á levantarla diciendo:

—¡Desgraciada vos! ¡Desgraciada vos en estos momentos!... ¡Ah bien me lo temia yo! Alentad, Amanda, alentad por Dios. Ya os he dicho que soy vuestra amiga, vuestra hermana, contad conmigo y con todas las religiosas en cuanto esté en nuestra mano aliviar vuestra desgracia. Vos os lamentais de vuestra mala fortuna y debeis creer que ninguna de nosotras podria permanecer insensible á ella. Sois sufrida, sabeis padecer en silencio, y la exclamacion que se os acaba de escapar me aterra, pues me hace temer algo horrible.

—¡Horrible! ¡horrible! repitió Amanda.

—¡Desdichada!... Pero no debeis desalentar. Además del aprecio de la comunidad, contad con un protector poderoso; confiad en lord Mortimer con quien en breve...

—¡Ay señora...! lord Mortimer no debe ser mi esposo.

—¡Qué escucho!

—La terrible verdad.

—¡Cómo! Cuando hace un momento me estaba él hablando...; cuando vos ayer mismo... ¿Es cierto lo que acabais de decir, Amanda?

—¡Ojalá no lo fuera tanto!

—¡Lord Mortimer no ha de ser vuestro esposo...! ¿Quién lo impide?

—Mi desventura, señora, que para este golpe sin duda me ha reservado la existencia.

—No comprendo.

—Y para que nada me falte para ser desgraciada, tengo que ocultar de todo el mundo la causa que hace imposible nuestra union, porque es un secreto que no me pertenece, y si lo revelara, sin mejorar mi suerte podria extender mi desventura á otras personas que deben serme sagradas.

—¿Mas que vuestro futuro esposo?

—Él es una de ellas.

—Lord Mortimer.

—Sí, señora.

—¡Estoy atónita!

—Y yo tiemblo de que podais atribuir á voluntad mia el silencio que me he impuesto, pero... ¡debo callar... padecer y callar... por mí y por él!

La superiora que vió su llanto y desconsuelo y creia en la sinceridad de sus palabras, porque Amanda parecia llevarla escrita en la frente: la cogió de la mano y le dijo con la mayor blandura:

—Amiga mia, si por algun motivo cualquiera pudierais

haber dudado alguna vez de mi amistad, os repetiria en este momento que no dudeis en ponerla á prueba, porque en todo lo que no se oponga á mis deberes, soy vuestra completamente. Si vuestro mal consiente algun alivio, contad conmigo; si vuestra situacion es tal que teneis que guardar secretos ajenos, os repito que los guardeis en buen hora; pero en cuanto se refiera á los medios de conjurar el peligro, á atenuar el mal que sólo á vos os ataña, os ruego que seais franca conmigo, no temais revelármelo todo; el tiempo os persuadirá de que no os habeis descarriado siguiendo el camino de la confianza.

—Señora, señora, vuestras palabras me persuaden mas y mas de vuestra amistad, pero aumentan al mismo tiempo mi pena, pues no tengo parte alguna en el secreto que me aflige y destruye mi bello porvenir separándome de lord Mortimer para siempre. Escuchad: entre la desgraciada Amanda y el hombre que con tanta nobleza ha correspondido y corresponde á su afecto, se ha levantado de improviso un obstáculo insuperable. Cuál sea este, debe permanecer eternamente envuelto en el silencio. Mi deber, mi obligacion mas sagrada, mas perentoria es huir de Mortimer y ocultarme de tal manera á sus ojos, que nunca en la vida vuelva á saber de mí, aunque haya de acabármela el temor de que me juzgue indigna de su cariño. Sólo así lograré hacerme digna de la gloria del sacrificio.

La superiora la escuchaba muy atentamente, sin apartar de ella los ojos.

Amanda prosiguió:

—Es preciso, no sólo que yo huya ¡ay de mí! de Mortimer, sino que ignore él mi proyecto, porque si llegara á

sospechar algo; si me apremiara á preguntas, no sé ¡Dios mio! no sé si tendria yo valor bastante para llevar á cabo el cumplimiento de mi penoso deber.

—¡Vuestro deber! El deber de abandonarle... de sumirle en la tristeza...

—Lo sé... ¡Ay! harto peor seria para entrambos si cometiese yo la locura de querer evitar los males que nuestra separacion le ha de costar. Escuchadme os ruego, señora.

—Os escucho, amiga mia, os escucho.

—Para evitar tambien mayores males es preciso que todo el mundo, excepto vos, ignore la resolucion que tengo formada y que estoy resuelta á cumplir, por mas que ¡el cielo lo ve! se me despedace el corazon al imaginarlo. Entre tanto buscadme por Dios, por amor de Dios, un asilo donde pueda yo permanecer retirada, segura, oculta á todas las miradas, segura tambien contra todas las sospechas y pesquisas del que hasta hoy he considerado como mi futuro esposo.

—Un asilo oculto... repitió la superiora siempre atónita.

—Sí; me es indispensable. Por cuanto hay sagrado en la tierra y en el cielo os suplico que no vayais á atribuir mi conducta á motivos indignos de una persona honrada. Os juro que ningun mal he hecho, que ningun daño he cometido, y que la única falta que en estos momentos podia cometer, seria obrar de distinta manera de lo que lo hago. Os lo afirmo por la pasion del Señor, en quien confio que me ayudará á sobrellevar mis amargas tribulaciones. Vos me creereis, señora, actualmente mi amiga, mi único apoyo en el mundo; vos me compadecereis, ya que siempre os he visto compasiva; si no fuera por vos, por la confianza que

me inspirais, yo no sé lo que habria sido de mí; no sé tampoco á qué fin me creeria destinada si vuestra proteccion llegase á faltarme.

La superiora con la cabeza baja y el oido siempre atento habia escuchado con suma atencion á Amanda.

Calló esta, y volviéndose ella á mirarle el semblante que tenia bañado en lágrimas dijo:

—Hija mia, no puedo ocultaros que vuestra conducta me parece sumamente extraña; que si no os viese como os estoy viendo y me dijesen que de repente habiais tomado resolucion semejante, creeria que vuestro juicio no estaba sano. Me he acostumbrado á estimaros y no por eso perdereis nada de mi estimacion; supongo que sólo motivos laudables ó cuando menos honrados y que no deben avergonzaros os imponen la dura obligacion á que os declarais sujeta, y en este concepto os ayudaré en cuanto pueda.

—¡Oh! señora, ¿cómo podré yo pagaros...?

—Esperad, oidme, Amanda.

—Os oigo, pero no puedo contener la expresion de mi agradecimiento, que durará mientras yo viva.

—Esperad antes de llevar á cabo vuestro propósito; meditadlo bien, Amanda, y pensad si está bien fundado. Mirad no incurrais en un error deplorable, que ya no tenga enmienda despues de haber conocido que os habiais dejado guiar por impresiones fugaces. Es posible que vos os figureis cumplir con un deber sagrado, y á los ojos de vuestro amante y del mundo entero paseis por culpable y se os achaque haber cometido una accion indecorosa; censura terrible para vos y que alcanzaria á los que os hubiesen ayudado á realizar vuestra determinacion.

—¡Oh, no temo nada, nada...!

—Yo no puedo hacer otra cosa que aconsejaros como amiga teniendo en cuenta vuestras protestas y las seguridades que me habeis dado. Romper con lord Mortimer, sin dar razon alguna y escondiéndoos... ¿qué efecto quereis que produzcan en el mundo estas noticias?

—Mi conciencia, señora, estará tranquila, satisfecha, y si al par de ella no tuviese yo que oir la voz del amor que dará eternamente quejas en mi corazon, podria ser la mujer mas llena de contento.

—¿Me asegurais que no os remorderá la conciencia...?

—Os lo aseguro, señora; al contrario: su testimonio me dará todo el consuelo que quepa en mi infortunio.

—Siendo así, contad conmigo.

—¡Ah! ¿no me abandonareis no es verdad?

—Haré por vos cuanto esté en mi mano. Es imposible que no sea digno y honroso el motivo que os impulsa á proceder del modo que procedeis, por mas que no pueda explicármelo.

—Mi conciencia y vos sois mis amparos, me dareis fuerzas suficientes y dirá el mundo lo que quiera: yo sé que en el fondo de algun corazon seré bendecida desde luego y ¡quién sabe si allá... en dias remotos me bendecirá tambien alguno que hoy me maldiga!

El acento de Amanda inspiró á la superiora mayor fé en sus palabras y la miró, no sólo sin sospechas, sino con admiracion.

Creyó que, en efecto, por un revés de la suerte se veia obligada á sacrificarse y callar, y la abrazó con ternura viendo que sabia sobreponerse á su pasion, por mas que

tuviese que luchar con sus seductores alhagos.

—No temais que os condene nadie que os conozca, Amanda.

—¡Oh! ¡Mortimer, Mortimer! exclamó esta, yo te perdono desde este momento el mal que puedas pensar de mí. No es mia la culpa, no es tuya tampoco; es... ¡Oh! que nunca, nunca podrás saber cuánto te ha amado la que ahora quiere huir de tí, ni yo mismo lo he sabido hasta el momento de sacrifiar mi amor á... mis deberes.

—Descansad, Amanda, descansad. Yo os prometo buscar desde luego un asilo donde podais retiraros y un inviolable secreto tanto sobre lo que acaba de pasar entre nosotras como acerca de vuestra nueva morada.

—El cielo, señora, os lo recompensará, dijo Amanda estrechándola entrambas manos. A lo menos, vereis por mi conducta que no tendreis nunca que arrepentiros de lo que os proponeis hacer por mí.

—Así os bendiga el cielo, segun lo mereceis, dijo la superiora besándola en la frente. Descansad ahora, que vuestra agitacion no se ha calmado y la falta de reposo podria seros funesta.

Hizo acostar á Amanda, y saliendo de su cuarto le trajo ella misma, momentos despues, una taza de caldo con vino.

Retiróse acto contínuo recomendándole el reposo, cerró las vidrieras de su alcoba, corrió la cortina y se fué del cuarto, encargando á las demás religiosas que nadie penetrase en él.

Amanda quedó sola, y aunque al pensar en la futura suerte de Mortimer y en el concepto que podria formar de ella volvia siempre á extremecerse, con los consuelos de la

abadesa y con las consideraciones que se hacia sobre el efecto que su carta habria de producir en el conde, recobraba algo de calma y se iba robusteciendo su ánimo para soportar mejor su desdicha.

La voz del amor se hacia oir efectivamente en su corazon; pero entonces procuraba apartar el pensamiento de sí misma y lo trasladaba al conde y pedia á su conciencia la virtud de la fortaleza.

¡Lucha penosa la de aquella desgraciada criatura siempre inclinada al bien y siempre contrariada por una combinacion de poderosos acontecimientos contrarios á su felicidad; acontecimientos que parecian preparados por un genio enemigo antes de que hubiese visto la luz del dia, segun el recuerdo que conservaba de las desgracias de su madre!

La abadesa volvió al cuarto de Amanda al cabo de dos horas y la encontró triste y abatida, pero mas tranquila.

Se sentó al lado de ella en el mismo lecho y la contempló con cariño.

Amanda correspondió á aquella mirada con una triste sonrisa de resignacion.

CAPITULO XVIII.

La víctima acude al sacrificio.

La superiora habia discurrido durante aquellas dos horas lo que podia hacer por Amanda.

Esta por su parte clavó los ojos en ella, como preguntándole si habia pensado algo con respecto á la seguridad de su nuevo asilo.

Las dos mujeres se comprendieron perfectamente.

—He pensado en vos, querida Amanda...

Amanda le estrechó la mano.

—Decidme ante todo si os convendria pasar á Escocia.

—Iria á donde me indicarais vos, siempre que pudiese realizar mi plan, que ya sabeis en qué consiste.

—En vivir ignorada.

—Es cierto: ignorada y con seguridad de que ni lord Mortimer ni nadie descubriese mi paradero.

—Yo tengo en Escocia una parienta pobre que hasta ahora ha dirigido una escuela de niñas de corta edad. Sus

años y sus achaques ya casi no le consienten seguir al frente del colegio. Me escribió tiempo há, y yo le aconsejé que buscase una persona jóven é instruida que pudiera auxiliarla; ella me contestó que en efecto así desearia hacerlo; pero que no tenia de quién echar mano y que se alegraria mucho de tener que agradecerme el haberla puesto en relaciones con una persona semejante.

—Y habeis pensado en mí... ¡Oh, gracias señora!...

—Es de advertir que yo no os hubiera ofrecido nunca una colocacion tan humilde, si las circunstancias no hubiesen llegado á ser para vos tan apremiantes; pero supuesto que ahora necesitais de un retiro seguro...

—Sí, sí, os comprendo y aun así os lo agradezco mas.

—No me forjo la ilusion de que acepteis por residencia definitiva el colegio de mi parienta; pero os puede servir para vuestro objeto mientras varian las circunstancias.

Por lo demás, demasiado se yo que estais destinada á mejor posicion por vuestro talento.

—¡Ah señora! En mal hora iria á acordarme yo de mi talento ni de medros y ambiciones. Un retiro secreto y decoroso; no pido mas, ni pienso ya desear mas en la vida.

—El Señor sabe únicamente lo que ha de suceder. Debo advertiros que mi parienta sólo puede ofrecer un salario módico.

—¿Y dejaria yo por salario la seguridad que pueda ofrecerme su casa? No, señora, no. Mi salario consistirá en la paz que disfrute y en la certeza de que no sea alterada por nadie.

—En fin, dijo la abadesa, vuestro principal objeto es

por de pronto alejaros de Mortimer, y yo como amiga os ofrezco el único medio que tengo á mano. Ya sé que no habeis nacido para ello; que vuestros conocimientos os serian mas productivos en otra esfera; mas...

—Señora; me abrumais sin sospecharlo. ¡Mis conocimientos, mis talentos... Yo os aseguro que temo no saber discurrir en mucho tiempo, hasta que me haya acostumbrado á mi desventura. Torpe la vista, torpe la mano, acosada de continuo por el dolor; ojalá no se queje vuestra parienta en los primeros dias de la mala eleccion que habeis hecho.

—Eso no lo temo yo, amiga mia. Una ventaja tiene hasta cierto punto la morada de mi prima, y es que dista muy poco del puerto de San Patricio.

Conozco al patron de un buque que hace de continuo la travesía; vive cerca de aquí, él y su mujer se creen obligados conmigo y estoy segura que se alegrarán de tener esta ocasion de servirme, tomándoos á su bordo.

—¡Cuánto os deberé!

—Nada me debereis, supuesto que vuestro buen afecto, vuestras desgracias y vuestras virtudes merecen mucho mas de lo que puedo hacer en estas para vos críticas circunstancias. Esta tarde misma llamaré yo al patron, y cuando querais partir, como él quedará prevenido, podreis trasladaros en seguida á casa de mi parienta. Tengo yo escrita una carta para ella recomendándoos. Sólo falta que me digais si quereis presentaros á ella con vuestro propio nombre ó con otro que os asegure mas contra las pesquisas que puede intentar lord Mortimer para descubrir vuestro paradero.

—En efecto, dijo Amanda... Como si fuera á cometer una accion vergonzosa, me será preciso ocultar el honrado nombre de mi padre.

—¿Cómo quereis llamaros pues?

—No sé... ¡Oh padre mio!

—Os pondré el nombre de Francisca Donald.

—Disponedlo, señora, como mejor os parezca.

—Pues bien, escuchad.

La superiora leyó á Amanda la carta que tenia hecha, diciendo á su parienta que su recomendada era bien nacida y modelo de honradez y educacion, añadiendo que esperaba que estaria contenta de ella.

Pareciéndole muy bien á Amanda la carta, la superiora dijo que la completaria con una posdata, y en el blanco que habia dejado escribió, segun habian convenido, el nombre de Donald.

—¿Seguís firme como siempre en vuestro propósito? le preguntó en seguida.

—Sí, señora, y el apoyo que en vuestra buena voluntad he encontrado me ha fortalecido mas y mas en él.

—¿Estais segura de soportar con buen ánimo las consecuencias de la conducta que tratais de seguir?

—Todo lo espero de la idea que me he formado de la importancia que ha de tener en mi vida y en la de otras dignas personas el cumplimiento de mi obligacion.

—No os distragais nunca de esa idea ya que os da fuerzas. Durante mi ausencia ha venido lord Mortimer...

—¡Lord Mortimer!

—Sí. Ha preguntado por vos. Se le ha dicho que seguiais mejor: ha mostrado deseos de veros.

—¡Oh, no podria recibirle en este momento! Ya que el cielo colma así la copa del dolor; ya que he de volverle á ver y ocultarle mis designios, á lo menos que pueda yo tomarme tiempo y no me vea obligada á ponerme en su presencia hasta la hora de la cena.

La superiora, á quien no se ocultaba la violenta situacion de Amanda, comprendió perfectamente que esta desease evitar en lo posible la compañía de Mortimer, y para que la casualidad no los reuniese solos en la celda de su protegida, le hizo servir la comida y el té en su propio cuarto.

Además, como era mujer de tanta prevision como experiencia, procuró alentar á la pobre jóven y aun comió mas de lo ordinario para obligarla á ella á que comiera tambien.

Amanda le habia rogado que dejase comer á sor María con ellas; pero la superiora se opuso con razon, haciendo notar á su protegida que su decaimiento y quizás el llanto que podria escaparse de sus ojos darian pretexto á habladurías entre las religiosas jóvenes, cosa que importaba no sucediese.

Aquella buena amiga fué de mucha utilidad á Amanda por su discrecion y sus buenos consejos.

Conversando con ella adquirió la desventurada hija de Malvina algun aliento para soportar su desgracia, y pudo hablar de sus preparativos de viaje, aunque con pena, con aquella resignacion que da fortaleza y vigor para resistir los embates del infortunio.

Amanda le suplicó que no la olvidara nunca, y no sólo tuvo el consuelo de oir que permaneceria siempre en la memoria de las religiosas todas, sino que la superiora le

prometió escribirle muy poco tiempo despues que se hubiese separado de su compañía, y darle cuenta de lo que supiese acerca de las personas que mas amaba.

Hubo un momento en que Amanda se abismó en reflexiones, y de pronto levantando los ojos á la superiora dijo:

—Me parece que para huir de las desventuras elijo el camino menos corto.

—¿Por qué lo decís? le preguntó aquella, sorprendida del tono con que habia hablado Amanda.

—Dígolo porque me encuentro en un asilo donde no penetran las pasiones del mundo que me rechaza, y sin embargo no me quedo en este sitio ameno, tranquilo, pacífico. ¿Por qué no he de consagrar á Dios mi corazon?

—¿Qué delirio es el vuestro, hija mia? ¿Creeríais servir á Dios consagrándoos á él en estos momentos? ¿No veis que os falta lo principal, que es la vocacion de su culto? ¡Vuestro corazon! Vuestro corazon no os pertenece todavía: palpita por lord Mortimer y no se lo podriais consagrar á Dios por entero: vos que jamás habeis engañado á persona alguna, menos querriais aun engañar á la Divinidad.

—¡Oh, no!

—Pues bien; hé aquí porqué no debeis dejaros alucinar por repentinos é infundados impulsos como el que ahora os hacia desear la vida del claustro. Os preguntabais á vos misma cómo no se os habia ocurrido antes semejante resolucion, y es porque todavía esperais que el Señor os haga feliz en el siglo.

—¡Pobre de mí! exclamó Amanda bajando los ojos, ¿qué quereis que espere yo, ni que felicidad puede serme conce-

dida sino la de esperar el fin de mis dias sin mas consuelo que el de haber cumplido con mi deber?

—Yo no puedo deciros, hija mia, en que podais fundar vuestras esperanzas: cosas hay en el mundo sobre las cuales la razon de una pobre mujer tiene que decir muy poco; mas es lo cierto que en la juventud son fuertes las raíces de la esperanza, que crece semejante á aquellas flores que no necesitan del jugo de la tierra para su sustento y desarrollo. No os condenaré por eso, amiga mia; antes al contrario: os diré siempre esperad, esperad, y no dudeis que vuestras virtudes recibirán al fin su premio.

En aquel momento llamaron á la superiora, que salió á dar sus disposiciones á las religiosas, y Amanda al verse sola se sintió mas triste que de costumbre.

Desde que se hallaba en el convento nunca se habia creido rodeada de mayor soledad.

El temor de verse de repente en presencia de Mortimer; la idea de que compareceria el conde á exigirle que consumara su sacrificio; la trascendencia de la resolucion que iba á tomar apartándose para siempre de su amante sin que le quedase el consuelo de permanecer al lado de las buenas religiosas, todo contribuia á turbarla y entristecerla.

Afortunadamente la superiora volvió á los pocos momentos y su dulce compañía le sirvió de grande alivio.

Amanda le manifestó cuánto le pesaba de tener que renunciar á los propósitos que tenia formados de manifestar á la comunidad el agradecimiento de su corazon por las bondades de que habia sido objeto en Santa Catalina.

—Cuando esperaba de un momento á otro ser rica, dijo,

me alegraba la idea de hacer participar á muchos de mis riquezas; ahora... ya lo veis, señora, debo darme por contenta con tal que pueda ganar con mi trabajo el pan de cada dia.

La superiora que le vió los ojos humedecidos por el llanto, la abrazó con ternura.

—Hija mia, le replicó, si yo siento el cambio de vuestra suerte, bien sabeis que no es por verme privada de vuestras generosas dádivas, sino por ver que se prolongue el plazo en que os haya de ser concedida. Para cosa semejante, no penseis ahora en la comunidad; pensad en vos.

—Sobre la mesa del tocador, dijo Amanda con voz trémula, dejaré unos billetes de banco que habia recibido del que debia ser mi esposo. Se los dejaré dentro de una carta... y conservaré el retrato y la sortija... Quizá viendo que me atrevo á guardar esas prendas le costará menos creer que me considero digna de ellas. Fuera de esto sólo llevaré á Escocia la poca ropa blanca que tengo y mis vestidos de luto.

—Yo os enviaré despues la música, los libros y los pinceles, le dijo la superiora.

—Del dinero que me queda, señora, quisiera yo dejaros una muestra de mi buena voluntad.

—¿Estais en vos, Amanda? ¿Dónde habria dinero que pudiera ser muestra cabal del buen afecto que os hemos debido?

—¡Ay, señora!

—Os ruego que no me hableis mas de ello, pues contra toda vuestra voluntad podriais ofender á vuestras buenas amigas. Las religiosas todas de esta casa no darian por

nada del mundo vuestro cariño y la dicha que han tenido en poder seros útiles alguna vez. Lo que debeis hacer es calmaros. Pensad en que acaso dentro de breves momentos se hallará aquí lord Mortimer.

—¡Dios mio!

—Buscad en vuestra conciencia el valor que habeis menester para esta dolorosa entrevista. No teniendo nada que echaros en cara, tendreis fuerza para sobrellevar vuestra mala ventura. Si en algo puedo yo ayudaros, no teneis mas que hablar.

En efecto, la infeliz Amanda estaba mas intranquila conforme veia acercarse el momento de su despedida.

De cuando en cuando apartaba su imaginacion de lo inmediato y buscaba lo porvenir, y se entretenia pensando en el olvido, en la soledad que la suerte parecia tenerle deparada.

¡Si á lo menos hubiese tenido la certeza de que en breve se habia de ver reunida con Oscar!

Pero para colmo de dolor la única persona por cuyo medio pensaba recibir noticias de su hermano era lord Mortimer, y entre ella y lord Mortimer se iba á levantar para siempre un muro inmenso.

Íbase acercando el momento de su entrevista con el conde y su corazon palpitaba cada vez con mas violencia.

Al pensar que tenia que acudir á la cita, temia que les sorprendiese en ella Mortimer, ó que alguna religiosa llevada á aquel sitio por casualidad ó por imprudencia, descubriese su secreto.

La vibrante campana del reloj la avisó de que era llegada la hora de consumar el sacrificio, y dió involuntariamente un salto en la silla.

—¿Qué debo esperar? ¿Es favorable vuestra respuesta?
—Sí, milord.

Miró á su alrededor azorada, y como si la impulsara una fuerza superior á la suya, salió del cuarto, atravesó la galería y se deslizó por el claustro como una sombra.

Apresuró el paso al verse fuera, y con la carta que tenia escrita para el conde se acercó al lugar de la cita.

Por entre unos árboles vió al conde que la estaba esperando...

Hasta entonces habia abrigado la frágil ilusion de que, por motivos que ella no se explicaba, no llegaria el momento de renunciar á toda esperanza.

A veces, en su delirio, imaginaba que aquel triste suceso no era sino una ruda prueba á que el padre de Mortimer habia querido sujetarla.

Otras veces imaginaba que el anciano, viendo lo terrible de su situacion no querria empeorarla y renunciaria á su propósito ó habria encontrado otro medio de salir de su conflicto; pero al ver el semblante del conde, todas aquellas locas esperanzas se desvanecieron repentinamente.

Amanda resistió el tremendo golpe, se acercó al conde con la carta en la mano, alargó el brazo con los ojos bajos y humedecidos por el llanto, y esperaba que él tomase el papel para volverse sin hablar palabra por el mismo camino.

El conde vaciló antes de tomar la carta, y asiendo á Amanda del vestido le preguntó con trémulo acento:

—¿Qué debo esperar? ¿Es favorable vuestra respuesta?

—Sí, milord.

—¡Ah! exclamó el conde, ¡el cielo os colme de bendiciones y os devuelva con creces todas las felicidades que yo os arrebato!

—Así diciendo se inclinó y besó repetidas veces la mano de Amanda, que enternecida mas y mas, dijo:

—En nombre del cielo no me detengais. Os veo padecer, padezco yo y podríamos ser descubiertos.

—Dejadme repetiros que sois un ángel, y que sin duda el cielo os ha elegido para hacerme mas y mas agradecido á sus piedades.

—Milord...

—No quioro renunciar á la seguridad de saber noticias vuestras. Decidme...

—¡Oh, milord! no penseis mas en mí, al contrario...

—No os vayais; me obligariais á renunciar á vuestro generoso sacrificio, y ya sabeis que si lo hiciera así, no me quedaria otro recurso que la muerte, tras la cual iria la infamia de todos los mios. ¿Quién me dará nuevas de vuestra salud, de vuestro paradero?

—La superiora del convento de Santa Catalina. Ella y nadie mas sabrá mi retiro.

El cielo os guie y os proteja, dijo el conde volviendo á besarle la mano. ¡Oh! con cuánta pena me separaré de vos...

—Sin embargo es indispensable.

—¿Os acordareis de mí sin enojo?

—Os lo prometo. Adios, adios... para siempre.

Desprendióse Amanda del conde y volvió pálida y presurosa al convento.

El conde con la vista humedecida por el llanto veia flotar su ropaje por entre las flores y ruinas.

A medida que Amanda se iba alejando se sentia él mas atraido á ella, mas penetrado el corazon de sus bondades,

y gemia como si se desprendiese violentamente de una parte de su propio sér.

Extendió las manos hácia ella como si quisiera detenerla y repetirle las afectuosas expresiones de su agradecimiento, y levantó los ojos al cielo exclamando con la voz entrecortada por los sollozos:

—¡Señor, tú que todo lo puedes, derrama sobre ella tus bendiciones, aunque te lo pida una criatura tan indigna como yo!

Amanda se sentia desfallecer á cada paso que daba.

Los abrojos que se clavaban en su vestido parecian tener fuerzas gigantescas y la detenian en su camino.

Antes de llegar al claustro tuvo que detenerse.

Una súbita reaccion le agolpó la sangre al semblante y le hizo latir las sienes con extraordinaria violencia turbándole la vista de modo que no veia por dónde iba.

El conde la vió partir, y enjugándose una lágrima desapareció tambien entre las ruinas.

CAPITULO XIX.

¡El cielo ampare á todos!

Al entrar Amanda en el convento, iba poco á poco cual si hubiera salido sólo á esparcirse.

La superiora se dirigió á ella apresuradamente y le dijo que lord Mortimer la estaba esperando en la sala.

Resuelta ya á llevar á cabo aquel acto de heroismo aconsejado por el amor y la virtud, se presentó Amanda á lord Mortimer.

Este equivocó las señales de la reciente reaccion que vió en el rostro de su amada con los colores de la salud y la felicitó por su mejoría, y ella procuró conservarle en aquel error y aun hizo el esfuerzo de acompañarle á la mesa como si en efecto hubiese recobrado el apetito.

Mortimer, saboreando las dulces esperanzas de su próximo enlace, que tan en breve se habia de convertir en crueles desengaños, demostraba el contento de que estaba poseido y el placer que le causaba la certeza de que al fin

podria compartir con su amada las dichas que para él soñaba.

Mil veces estuvieron las lágrimas prontas á saltar de los ojos de la infeliz Amanda; pero recordando lo mucho que iba en su silencio y en prolongar aquel error, se contuvo haciendo los mayores esfuerzos.

Ella le oia forjar planes para lo porvenir; idear mil y mil medios de mostrar á Amanda cuánto la queria; solazarse imaginando la paz que reinaria entre ellos, el cariño que la uniria á su tia Marta, el contento de Araminta al poder llamarla hermana, y la desdichada sufria tormentos indecibles al ver que no podia romper á llorar por la pérdida de todas aquellas imaginadas venturas, perdidas en el momento en que su realizacion parecia más cierta.

En algunos momentos le pareció á Mortimer ver á Amanda distraida y aun apesadumbrada; pero en vez de alarmarse, recibia de ello cierto contento, pues atribuia su turbacion ora al pudor, ora á las ideas que podia dispertar en ella la novedad de la vida á que estaba destinada, y el tránsito violento de la humilde condicion en que habia vivido hasta entónces, á ser esposa de uno de los hombres más distinguidos de la Gran Bretaña.

Nunca habria llegado para Mortimer la hora de despedirse, pues le parecia que eran malogradas las que pasaba lejos de su futura esposa; pero Amanda, que resistia ya á duras penas aquella situacion, le dijo:

—Tengo que pediros un obsequio para mañana, milord.

—Os lo prometo con una condicion.

—¿Cuál es?

—Que no me pidais, sino que me mandeis.

—Bien podria mandároslo; pero vuestra discrecion me excusará el mandato.

—Decid pues.

—Os suplico que no vengais mañana á la hora del desayuno...

—¡Cómo! Eso sí que no sé si podré hacerlo aun cuando me lo impongais por órden.

—Es preciso, milord, dijo Amanda en tono de súplica. Ya veis...; tengo que hacer mil preparativos, á los cuales tendrán que ayudarme las buenas compañeras que voy á dejar. Si vos os hallais presente, se me irá el tiempo sin hacer nada. No se emprende un viaje así... sin tener nada dispuesto, y la verdad es que no sé cómo empezar. Venid despues de comer...

—Creed que me pedís mucho, Amanda. Dejar de veros por la mañana... ¿Qué quereis que haga entre tanto?

—Pensad en lo que seria si tuviéramos que pasar un año sin vernos y así os parecerá mas corto el tiempo.

—No: eso es imposible. ¡Un año! Ni un dia, ni medio. No sabria yo vivir así.

—Bien conoceis que lo que os pido es necesario...

—Antes creo yo que si os ayudase en vuestros preparativos, y viniendo un poco mas temprano que de costumbre...

—No, milord, sed razonable. Esas buenas religiosas se entenderán mejor conmigo. Delante de vos no sabrian dar un paso ni acertarian á hacer nada. No están acostumbradas...

—Vos os empeñais... Pero á lo menos me permitireis que no me retire hoy tan temprano como los demás dias.

— Precisamente os hablaba yo de mañana...

—Para recordarme tal vez que el dia de hoy se ha acabado para mí. ¡Oh, qué cruel sois, Amanda! No tengais cuidado, que no lo olvidaré. Por ahora se cumplirá vuestra voluntad; pero cuando yo sea vuestro esposo, me ensañaré en mi venganza. Tendreis que sufrir mi compañía á todas horas; no me separaré un momento de vos, y si vais á visitar á esas señoras, tendrán que sufrirme, mal que les pese.

El tono chancero de Mortimer y las expresiones que pronunciaba, eran otros tantos puñales que atravesaban el corazon de Amanda.

Resistió ella hasta que se hubo despedido; pero en cuanto se volvió á encontrar sola en su cuarto, derramó amargas y abundantes lágrimas á la felicidad que de ella se alejaba.

Aquella noche fué una de las mas angustiosas de su vida.

Lloró no sólo su desventura, sino que recordó todas las que habian pesado sobre su familia, y se estremeció pensando en las que podian estarles reservadas á ella y su hermano Oscar.

En vano quiso hacerse fuerte repetidas veces y tranquilizarse de suerte que pudiera entregarse al sueño. El sueño y el reposo huian de la desgraciada, que tras tantas muestras de fortaleza luchaba todavía por no dejarse aniquilar, pues le faltaba aun que completar su heroismo.

Levantóse con el alba, y comenzó á hacer sus preparativos de viaje, viaje bien diferente de aquel para el cual creia Mortimer que se estaba previniendo.

A cierta hora se presentaron en su cuarto las religiosas todas mostrando los mejores deseos de ayudarla, y en presencia de ellas tuvo tambien que apelar á toda la energía de su ánimo.

Cuando pudo prescindir de su auxilio, bajo el pretexto de que no queria interrumpirlas en sus devociones, hizo que la dejaran sola, y entónces entornó la puerta y escribió con mano temblorosa lo siguiente:

«A lord Mortimer.

«La desdicha es mas fuerte que nosotros, milord: en «vano hemos luchado con ella: al fin nos ha vencido. Tras «un obstáculo se ha levantado otro, y el que ahora viene «á separarnos es superior á nuestra voluntad y nuestras «fuerzas.

«El destino de los mios fué siempre triste: yo creí un «momento que seria vuestra esposa y que con esta felici- «dad podria dar por bien empleadas mis anteriores desgra- «cias. ¡Ay de mí! ¿Cómo os ponderaria yo el dolor que «experimento? Huyo de vos en el instante en que debia «unirme á vos para siempre, y un deber imperioso me «manda ocultaros el punto de mi retiro: cometo al parecer «una mala accion y no puedo justificarme; doy acaso color «de verdad á las calumnias, que en otra circunstancia se «propalaron contra mí, y sin embargo, ¿lo creereis, milord? «si en algun momento he sido digna de vuestra estimacion, «es ahora, cuando huyo, cuando parezco ingrata, cuando «os dejo sin cumpliros ninguna de las dichas que debíais «esperar de mí... ¡Cómo me juzgarán vuestra tia y vues- «tra bondadosa hermana! ¡Cómo me juzgareis vos mismo!

«Dios sabe empero que en mis acerbos dolores no experi-«mento ni tengo para que experimentar el del remordi-«miento. Si mi corazon estuviera tan tranquilo como mi «conciencia, podeis creerlo: seria yo la mujer mas feliz «del universo. ¡Ah! ¿por qué no habia de ser así y he de «padecer yo como si fuera desleal é ingrata precisamente «cuando os doy la prueba mas costosa de estimacion y «lealtad?

«El cielo nos separa... nos aleja... para siempre. Otra «mujer mas dichosa que yo... Ya no sonará vuestro nom-«bre en mis oidos; ya no podreis leer en mi semblante el «cariño que hácia vos se abriga en mi corazon; ya sé que «tarde ó temprano mi nombre llegará á seros indiferente; «¡y yo debo bendecir que esa desgracia se realice!

«Pensad en mi amargura ahora, ya que algun dia el «recuerdo de hoy ha de borrarse de vuestra memoria, «y Dios os dé dias tan felices como desdichados los espe-«ro yo.

«Quizás no me compadecereis creyendo que soy un «mónstruo indigno de todo sentimiento tierno; quizá me «condenareis creyendo que os quiero hacer víctima de «algun artificio. ¿Seriais capaz de equivocaros hasta el «extremo de juzgarme tan otra de lo que soy? No sé; todo «puedo esperarlo de mi corta ventura y todo os lo perdono, «milord. Tal vez algun dia, despues de mi muerte, una voz «querida, una voz respetada os desengañe y os muestre «quién era la infeliz que amándoos mucho os dice adios.

«Os devuelvo, milord, los billetes que habeis dejado en «mi poder. Me quedo con vuestro retrato, con vuestra sor-«tija, que ya no significa para mí lo que vos deseabais

«que significase. ¡Oh Dios mio! ¡Milord Mortimer, ami-«go mio, hombre estimable, si supiérais cuán terrible es «poderos escribir hasta mañana y tener que escribiros una «y otra vez «adios...!»

«Y cuando pienso que es para siempre; cuando veo que «con una palabra tan breve renuncio á felicidades que yo «habia creido que no tendrian fin... El cielo os colme de «ellas, milord; el cielo os compense de todos los disgustos «que hayais experimentado por mi causa... y á lo menos «no será del todo infeliz

«AMANDA.»

Brotaron de nuevo las lágrimas de los ojos de Amanda mientras escribió la carta anterior, y cuando la dió por terminada tuvo que apoyar la cabeza en las manos porque temia volverse loca tras el esfuerzo que acababa de hacer.

En aquel momento entró en su cuarto la superiora que experimentó verdadero y profundo dolor viendo el estado de Amanda.

Guardó esta la carta de Mortimer y puso en órden los pocos efectos que debia llevar en la maleta.

La superiora le dijo que habia visto al dueño del barco y estaba dispuesto á servirla conforme fuese su deseo, prometiéndole guardar el más profundo secreto.

Habian convenido en que á las tres de la madrugada iria él al convento, se llevaria á Amanda, la dejaria en casa de la señora Ferson y volveria á su casa de manera que ninguno de sus vecinos podria extrañar su ausencia.

Amanda dijo entonces que para excitar menos sospechas dejaria sobre la mesa el dinero que habia prometido dar á

la mujer que la acompañase en el proyectado viaje, tratado cuando habia de ir á reunirse con la familia de lord Mortimer. Aquel dinero lo envolvió en efecto en un papel y lo dejó con un sobre dirigido á aquella mujer.

En un momento que la superiora salió fuera, Amanda colocó en el mismo papel quince guineas, expresando que dejaba diez para el uso á que la superiora quisiera destinarlas, y cinco para la doncella que durante su permanencia allí la habia servido.

Aquello era todo cuanto podia dar Amanda, y con sentimiento suyo comparó la cantidad que dejaba con los regalos y las muestras de generosidad que en otras circunstancias hubieran recibido de ella el convento y las personas á quienes estaba agradecida.

Despues, recelosa de que de palabra no sabria despedirse de la superiora tan expresivamente como desearia, escribió para ella la siguiente carta:

«Mi querida señora Dermont:

«Con lo que os dejo en este papel no me figuro pagaros «deuda alguna: bien sé yo que jamás tendria con que «pagaros lo que os debo. No he querido daros sino una «muestra de mi buen deseo y algo que acompañe la buena «memoria que me habeis prometido conservar de mí. A «todas las que vivís en esta santa casa y á vos principal«mente os llevaré yo siempre en mi corazon y no os olvi«daré nunca. Decídselo así, os suplico, á las religiosas «todas que tan buenas han sido para mí, y servíos entre«gar á la doncella cinco guineas de las quince que os dejo. «Adios, mi querida amiga, os repito que no os olvidaré

«nunca y siempre me creeré obligada para con todas las «personas de esta santa casa que tan buenas han sido para «la desgraciada

«AMANDA.»

Despues que hubo colocado la carta en su lugar habria querido partir inmediatamente.

No sólo la atormentaba la idea de lo que iba á padecer desde aquel momento hasta hallarse en casa de la parienta de la superiora, sino que sobre todo temia su última entrevista con lord Mortimer.

—¿Cómo tendré valor para verle y oirle y ocultarle mi secreto? ¿Cómo me atreveré á responderle cuando me diga segun costumbre al despedirse: «hasta mañana?» ¡Ah! En esta última entrevista yo padeceré mas que nunca al imaginar que en breve me acusará de falsa, me echará en cara no haberle descubierto mi secreto.

Sorprendióla en estas reflexiones lord Mortimer, que en su impaciencia habia adelantado la hora de su visita, y al ver su aire abatido, pues Amanda no habia tenido tiempo de reponerse, le preguntó con tierna solicitud si estaba enferma.

—Enferma no, respondió Amanda con un esfuerzo aunque sin poder ocultar por completo su abatimiento.

—¿Qué teneis pues?

—El cansancio sin duda...

—Es verdad. Habreis hecho, supongo, todos los preparativos indispensables para el viaje.

—Así es.

—Os veo muy abatida, Amanda, y aunque deseo mu-

cho ver cuanto antes llegado el momento de nuestra union, si por el estado de vuestra salud creeis conveniente retardar la partida...

—No...

—Si quereis quedaros en el convento hasta pasado mañana...

—¡Oh, no! Partiré mañana... sin falta.

—Comprendo que en parte influyan en vuestro estado ciertos motivos... Ahí teneis: yo deberia estar celoso porque supongo que tambien os duele separaros de esas religiosas. Habiais llegado á ponerles mucho cariño... ¿no es verdad?

—Verdad es.

—Es claro; y ahora, al pensar que vais á separaros de ellas... La idea de separarse uno de los que quiere bien es dolorosa.

—Y cuando la separacion es para siempre... dijo Amanda con lágrimrs en los ojos.

—¡Para siempre! exclamó Mortimer, ¿qué decís? Yo, aun cuando me constituya en vuestro tirano, no pienso llevar el despotismo hasta el punto de privaros eternamente de la vista de las personas que os son caras. Al contrario, querida Amanda; mas de una vez he pensado en la satisfaccion que experimentaremos dentro de algun tiempo en visitar á estas buenas religiosas. ¿No es cierto que tambien será de vuestro agrado?

—Si... respondió Amanda con cierta turbacion.

—Por lo demás, ya sabeis cuán preciosa me es vuestra salud. Si quereis permanecer aquí mañana y que mande un recado al doctor...

—No: mañana he de partir. Tendré valor y fuerzas para ello. Ahora quisiera, ya que tan pronto voy á separarme de esas religiosas, que no tuvierais reparo en que tomaran el té en nuestra compañía.

—Si hubiese de durar mucho vuestra permanencia aquí, replicó Mortimer sonriendo, accederia poco gustoso á vuestra solicitud; pero supuesto que su compañía de hoy significará que en breve podré tomar yo el té sin mas compañía que la vuestra, vengan enhorabuena y ojalá os comuniquen algo de su animacion.

Amanda llamó á las religiosas, no sólo por el gusto de estar con ellas, sino tambien para evitar ciertas preguntas y miradas de Mortimer que la martirizaban.

A pesar de aquella numerosa concurrencia, la escena no fue mas animada.

Las religiosas, que querian mucho á Amanda, estaban poseidas del sentimiento de perderla y además se contenian como siempre en presencia de Mortimer.

Al dar las nueve se levantaron aquellas para ir á sus oraciones, y como algunas mostraban el pesar de ver quizá por última vez á Amanda, dijo Mortimer:

—No aceptamos esta despedida. Yo habia pensado partir mañana muy temprano; pero como veo que la viajera está muy cansada del trajin de hoy, saldremos mas tarde. Yo creo que lo mas consecuente será ponernos en camino á las diez, en cuyo caso ya tendremos el gusto de volveros á ver.

Despues que estuvieron solos dijo Mortimer á Amanda:

—Querida mia, quiero que veais si soy ó no discreto y capaz de hacer por vos un sacrificio. Si os hubiera hallado de otro talante habria permanecido aquí, á vuestro lado,

hasta última hora; pero conozco que teneis necesidad de descanso y me retiro. Acostaos, para que mañana os encontreis ágil y dispuesta á emprender el viaje.

Levantóse Mortimer y al mismo tiempo se levantó ella y abrió los labios como para hablar, mas no articuló una palabra.

Pensó que le veia por última vez; que le dejaba ir confiado; que le engañaba... y estuvo á punto de arrojarse á sus plantas.

La figura del conde de Rosven se presentó á su imaginacion en aquel momento, y volvió á recobrar la razon que parecia haberla abandonado.

No por esto se tranquilizó, porque á cada movimiento, á cada palabra de lord Mortimer, pensaba que le estaba viendo por última vez y que renunciaba á él despues de haber anhelado y conseguido ser digna de su cariño.

«Mañana, mañana, repetia una voz á sus oidos, ya no le verás; le habrás perdido para siempre; mañana se creerá infeliz por tu causa y nadie se levantará á desengañarle; te acusará de falsa, de ingrata, de perjura... ¡quién sabe lo que pensará y dirá de tí!»

Aquella voz interior repetia siempre las mismas palabras, y la pobre Amanda las oia como si las pronunciara ella misma y se le cubria de dolor y tristeza el corazon.

Lord Mortimer iba á salir y le tendió la mano.

Amanda se la cogió y la apretó mas expresivamente que nunca.

Aquel desusado anhelo y la mirada que arrojó á su amado conmovieron á este extraordinariamente.

Miróla el semblante que le pareció mas bello y atractivo.

que nunca, creyó ver brillar una lágrima en sus ojos, y estrechándola repentinamente contra su pecho, le dijo con apasionado acento:

—Amanda... Amanda, mucho nos ha costado alcanzar la felicidad; pero aun me parece que podia haber sido el destino mas exigente conmigo. Descansad y hasta mañana.

Amanda por primera vez estrechó á Mortimer contra su pecho y dijo con voz entrecortada por el llanto:

—¡Adios... adios!

No pudo en aquel momento contener mas sus lágrimas, y Mortimer que la veia llorar abundantemente le preguntó:

—¿Qué os sucede, Amanda? ¿teneis algun pesar? ¿Deseais algo muy difícil, puedo yo hacer algo por vuestra dicha? Decídmelo, decídmelo en seguida, que no puedo vivir satisfecho mientras no lo esteis vos.

—No, lord Mortimer, no.

—Mirad que el pesar de no saber adivinar qué es lo que deseais, sólo podria templarlo el gusto de haber satisfecho vuestros deseos.

—No os desasosegueis en vano amigo mio: todo lo que podiais hacer por mí lo habeis hecho ya. ¿Qué podia yo pedir ni desear despues de haberos oido fijar ahora mismo el momento de vuestra llegada mañana? No, yo no deseo ya sino que el cielo oiga mis votos y os conceda todas las dichas que para vos le pido.

—¿Venturas para mí? ¿Qué otra ventura podia yo pedirle mas que alcanzar esa mano que vuestra voluntad ya me ha otorgado? ¿Pero cómo quereis que no me intranquilice viendo que de repente manan de vuestros ojos dos rios de llanto?

—Es verdad; pero ya sabeis la causa. Hace un momento deciais vos mismo que es dolorosa toda separacion...

—¿Me asegurais que la separacion es el único motivo de vuestro llanto?

—Os lo aseguro.

—Vuestras palabras me devuelven el sosiego y me consienten ya partir tranquilo. Descansad, pues, querida Amanda, y creed que en los nuevos lazos que vais á contraer en breve con mi familia no encontrareis menos cariño que en estas buenas habitadoras de Santa Catalina. ¿Os veré recobrada y alegre mañana?

Amanda cogió á Mortimer de la mano y le respondió:

—Cuando nos volveremos á ver yo estaré tranquila y serena y deseo que á vos os suceda lo mismo.

Entre tanto, quebrantada Amanda y pensando que su espíritu no podria sostener mucho tiempo aquella lucha, decia para sí:

—¡Sólo en el cielo volveremos á vernos!

Sonaron pasos en el corredor, cerca del cuarto de Amanda.

Mortimer estrechó por última vez su mano, recibió de ella una postrera mirada cuya melancolía ocultaba la expresion del dolor y salió del cuarto.

Amanda despues que le perdió de vista siguió atenta el ruido de sus pasos, y cuando dejó de oirle juntó repentinamente las manos y se dejó caer de rodillas pálida como un cadáver.

CAPITULO XX.

Nueva peregrinacion de Amanda.

La superiora que vió salir á Mortimer solo, se dirigió al cuarto de Amanda, pero no pasó del dintel viéndola arrodillada tristemente y apoyada la cabeza en ambas manos.

Dudando entre acudir á consolar á su amiga ó si por respeto á su dolor la dejaria sola, tal vez se habria retirado al momento á no oir que entre amargos sollozos balbuceaba Amanda:

—¡Mortimer... Mortimer... para siempre... adios!

La voz de Amanda se iba debilitando y la superiora no pudo contenerse y corrió á abrazarla.

Sus caricias devolvieron algun valor á la desventurada que la asió estrechamente.

—Descansad en mí, dijo la religiosa, derramad en mi seno vuestras lágrimas, y haceos cuenta que soy vuestra mejor amiga para compadeceros y ayudaros ahora y siempre.

—¡Ay de mí, señora! exclamó Amanda, ¡por qué prueba tan penosa acabo de pasar y cuán débil es nuestro corazon! Yo creí que iba á abandonarme el valor, y aun no sé cómo lo he tenido para no desmentirme mil veces.

—El Señor os lo conserve siempre que sea para cruzar entre las asperezas del camino de la virtud, y os recompense despues segun vuestros merecimientos. ¿Habeis pasado, decís, lo mas amargo de vuestra prueba?

—Sí, señora. Me he despedido para siempre del hombre que he amado: ¡el único! Le he oido decir «hasta mañana» y he callado; daria mi vida para que conociese de todo lo que es capaz mi corazon y le he dejado salir para no volvernos á ver nunca, sin decirle... sin justificarme por lo que estoy resuelta á llevar á cabo y que él interpretaria tal vez como una traicion. ¿Qué puede sobrevenirme ya que yo no pueda sobrellevar?

La superiora procuró calmar la agitacion á que Amanda se iba entregando, y despues de razonar con ella buen rato hasta que la vió calmarse, le dijo:

—Es preciso que no decaiga vuestro ánimo, ahora que habeis hecho el esfuerzo supremo.

—No lo temais, señora, seré fuerte, dijo Amanda con resignacion.

—Yo voy á velar como todas las noches para que las religiosas se retiren y acuesten en silencio.

—¿Os vais ya?

—No os alarmeis, os ruego; me voy por un momento á cumplir con mi deber, pero volveré aquí en breve. Entre tanto vos podeis poneros vuestra ropa de viaje.

Dejó Amanda salir á la superiora y se vistió á toda

prisa como si ya la estuviese esperando el barquero y pudiera malograrse la ocasion de salir del sitio donde aun Mortimer podia alcanzarla.

Cuando volvió la superiora trajo consigo un pan, un frasco de vino y algunas provisiones de que podia tener Amanda necesidad durante el viaje.

Amanda le habló mucho de su hermano Oscar, su única esperanza, y le suplicó que si llegaba á adquirir noticias suyas no demorase por un momento el comunicárselas.

La superiora se lo prometió de todo corazon y la trató con mas cariño que nunca, pesarosa en extremo como estaba de verla desgraciada y de ver que á todo correr se iba acercando el tiempo de su separacion.

Amanda estaba dispuesta para la partida. Sólo esperaba que llegase el hombre que debia llevarla embarcada.

Estaba de pié, pálida, conmovida, y de cuando en cuando un ligero y repentino temblor estremecia todo su cuerpo.

La superiora se acercó á ella y la abrazó fuertemente.

Amanda correspondió á aquella expresion de cariño, y de repente sonó en una de las ventanas un golpecito, que era la señal convenida.

Las dos mujeres rompieron á llorar; pero la superiora que habia estado previniéndose mucho tiempo para cuando llegase aquel momento, secó su llanto en seguida y dijo con entereza:

—Ánimo, hija mia, ánimo, que Dios no os le negará si obrais conforme á sus miras.

Al mismo tiempo, sin dejar de la mano á Amanda, la condujo hasta la puerta, abrió y se encontraron en presencia del pescador.

Con un ademan comprendió él, que debia cargar con la maleta y un lio que á su lado habia.

Púsolo todo sobre sus hombros con gentil desembarazo, y quedó en actitud de esperar.

La superiora besó á Amanda en la frente, le dió un abrazo y le señaló el cielo.

Inmediatamente despues le hizo seña de que partiera y se dejó caer de rodillas rezando mentalmente.

Amanda llorando siguió al hombre.

En aquel momento creyó comprender por primera vez lo que es la desgracia.

Ya no tenia que esperar los consuelos de su padre como en otro tiempo; ya no podia confiar en que su conducta desvaneciese calumnias ó sospechas como en sucesos anteriores; ya sin parientes, sin amigos, sin el amor de aquel hombre á quien tanto amaba, debia resignarse á vivir sola, desconocida, oculta como los criminales, y el mejor partido era negarse á sí misma toda confianza en el porvenir, fuera de aquella tranquilidad hija de la resignacion, la costumbre y el decaimiento.

Atravesaba silenciosa aquel sitio donde habia recibido la mayor alegría: la noticia de que el conde de Rosven se habia desengañado y consentia en el enlace de su hijo con ella. Los árboles y las piedras derribadas de arcos y bóvedas le hablaban de aquellos felices momentos, y su corazon les respondia con mudas voces comparando con las alegrías pasadas el dolor presente.

La consideracion de aquella irremediable infelicidad arrancó de su pecho hondos suspiros.

El hombre, que iba delante, se detuvo, volvió la

cabeza, y viéndola pálida y llorosa, le ofreció el brazo.

Amanda se avergonzó de haberse dejado llevar de su dolor hasta el punto de que aquel hombre lo comprendiera; mas ya era tan poderosa la influencia ejercida en su ánimo por las tristes reflexiones, que hubo de aceptar el ofrecimiento, sin lo cual habria caido al suelo desvanecida.

El hombre notó que el brazo de su compañera temblaba, y acortó el paso de suerte que emplearon en el camino doble tiempo del necesario.

Media milla distaban del castillo de Carberry cuando llegaron al punto donde tenian dispuesto el bote.

El hombre acomodó en la popa unas lonas para que estuviera con menos incomodidad Amanda, y bogando con todas sus fuerzas dirigió la proa á un buque anclado á corta distancia.

El capitan dijo que iban á dar á la vela al momento.

Amanda se alegró no solamente de la noticia de que pronto partirian, sino tambien de encontrarse en seguida con la mujer del pescador. Esta le tenia ya preparado el desayuno, á que no tocó ella, contentándose con mojar en el té dos pequeñas tostadas de pan, y aun eso porque le dijeron que para evitar los efectos del mareo era mejor que tomase algo.

—Parece que estais triste, le dijo la mujer observándola. ¿Os da miedo el mar?

—No viajaria nunca por mar por mero gusto de viajar, os lo confieso, respondió Amanda.

—No temais. Vamos con buen tiempo y la travesía es breve. Mirad: á la primera luz del sol ya se divisan las costas de Escocia.

—¡Escocia! dijo Amanda recordando las desgracias de su madre.

—Es mas bello paisaje aquel, que este antiguo castillo de Carberry que parece gustaros tanto.

—Decidme, buena mujer: ¿se distingue el castillo desde la orilla opuesta?

—No, señorita, desaparece en seguida de la vista.

—¡Ni siquiera ver el castillo! exclamó con dolor Amanda.

La mujer siguió mirando hácia Escocia, y ella siguió con los ojos clavados en el castillo hasta que la molestia del viaje la obligó á acostarse.

La mujer del pescador no se apartó un momento de su lado y cuidó de ella con el mayor esmero, merced á lo cual se le hizo mas breve y llevadero el viaje, que tuvo término á las cuatro de la tarde.

Amanda advirtió que no queria parar en ninguna posada, sino ir directamente á la casa de la señora Ferson, y el capitan mismo mandó que hiciesen llegar un coche al desembarcadero.

Hízose así en efecto y muy pronto pudo dirigirse Amanda á la casa de la persona á quien iba recomendada.

El capitan conocia bien á la señora Ferson y se hizo un deber de acompañar á Amanda.

Distaba la casa unas cinco millas del puerto de San Patricio y estaba no lejos de la costa en medio de un terreno inculto, lleno de cardos y zarzas silvestres.

Separábala del camino una pared vieja y medio caida, y del mar unos enormes peñascos que por aquellos alrededores hacian muy brava la pesca.

Entró el capitan por la casa adelante, como persona acos-

tumbrada á frecuentarla, y Amanda se quedó al extremo de un pasillo que daba á una especie de antesala.

Todo aquello era de aspecto triste y estaba muy oscuro.

El capitan hablaba con la señora Ferson, creyendo que Amanda habia entrado detrás de él; pero volviéndose y viendo que ella no estaba allí, salió á buscarla al pasillo, animándola á que pasara adelante sin reparo ninguno.

La señora Ferson era una anciana apergaminada, de baja estatura, y aun parecia mas pequeña porque con la edad se habia encogido y encorvado.

Estaba sentada en un sillon de baqueta con clavos de cobre, y vestia un traje gris bastante corto y un escaso delantal negro; cubria su cabeza una cofia y sobre ella llevaba atado un pañuelo de seda.

Tenia la vista clavada en la puerta esperando la entrada de Amanda, y apenas la divisó se caló unos grandes anteojos, levantó la cabeza, y sin decir una palabra se quedó largo rato mirándola de hito en hito, escudriñando, por decirlo así, su fisonomía.

Sobrecogida Amanda en el primer momento, quedó inmóvil dejándose examinar; pero al cabo de un rato se recobró de la primera sensacion, y adelantándose entregó á la anciana la carta de recomendacion de la superiora de Santa Catalina.

La vieja la tomó y la leyó muy pausadamente, y entre tanto trajeron el equipaje de Amanda.

Despues que la señora Ferson hubo leido, dobló cuidadosamente la carta, la dejó sobre el velador que tenia al lado, colocó sobre ella los anteojos, metidos en su estuche, y con una voz flaca como ella y aflautada, dijo:

—Está muy bien la carta de mi parienta. Sólo que...

Amanda se estremeció temiendo haber hecho el viaje en balde.

—Sólo que yo pedia que me enviasen una jóven capaz de ayudarme en algo, y me parece ya que vos sabeis mas de lo que yo necesito.

—¡Oh! Vaya una tacha que le poneis, exclamó el capitan. Por mucho trigo... Apuradamente del defecto de saber se va corrigiendo mas todos los dias.

—Cierto es por desgracia, replicó la vieja. Lo que hay aquí, es que segun noticias esa señorita necesitará muchos años para olvidar lo que sabe. En fin, ello es que llegais muy bien recomendada y por este motivo me sujetaré á la prueba: á ver si nos convenimos. Mi prima la superiora de Santa Catalina me hace de vos grandes elogios.

—Señora...

—No, no; no hay que andarse con repulgos; cuando ella lo dice... algo habrá. Me dice que sois bien nacida; que habeis ocupado buena posicion; pero convendria que olvidarais pronto vuestra vida pasada y supierais haceros cargo de la humilde posicion que vais á ocupar. Es menester que seais sumisa, obediente; en fin: que no andeis con coqueterías; que no seais, por ejemplo, habladora ni chismosa; que no os tienten bailes ni paseos...

El capitan medio risueño, medio enojado interrumpió á la vieja diciendo:

—Pero, señora, ¿teneis mas que mirar á la cara de esa señorita para conocer lo que es y lo que será? ¡Si lo lleva escrito!...

—No digo lo contrario, ni me propongo ofenderla con lo

que voy á deciros; pero sabed que la mitad, á lo menos, de lo escrito no es cierto. No siempre es el semblante, fiel espejo del alma; mejor para mí si esa señorita tiene el don de hermanar su aspecto con sus acciones.

Amanda padecia mucho en su amor propio; mas habia hecho voto de resignarse á su triste suerte y respondió humildemente:

—Yo espero, señora, que no podreis decir de mí cosa que me esté mal.

—¡Oh! dijo el capitan, señora Ferson, ¿habeis oido jamás una respuesta mas breve, mas oportuna?

—Enhorabuena. Dios quiera que sea para bien. Ya sabeis el salario que doy, ¿no es verdad? Os advierto que en casa no hay propinas ni extraordinarios. Si á vos os acomoda vivir aquí, yo por mi parte... probaré si me convenís.

—Ea, se cerró el trato, dijo el capitan, y me figuro que no sereis vos, señora Ferson, quien se arrepienta de ello. Yo tengo una sed espantosa y me vuelvo al barco á refrescar.

—Id con Dios, capitan, dijo la vieja, y muchas gracias por haber acompañado á la señorita.

—Señorita, os deseo mil felicidades y supongo que no tendreis reparo en mandarme si alguna vez puedo seros útil.

—Os doy un millon de gracias.

Salió el capitan y Amanda quedó sola con la anciana.

Triste le habia parecido la casa al entrar, pero mas triste le pareció y mas oscura desde el momento en que se encontró cara á cara y en silencio con la señora Ferson.

Entonces se le representó repentinamente el risueño paisaje del parque de Tudor, sus bosquecillos atravesados ca-

prichosamente por los rayos del sol, y se estremeció su corazon al recuerdo de la voz de Mortimer llamándola desde lejos. Todas las alegrías pasadas le enviaron sus recuerdos en medio de aquella triste soledad, como si á falta de dichas verdaderas quisieran acompañarla y vivir de su imaginacion.

La tosecita de la anciana y un movimiento que hizo en el sillon desvanecieron aquel risueño cuadro, y la pobre Amanda no pudo contener un suspiro que se exhaló del fondo de su pecho.

CAPITULO XXI.

La casa de la señora Ferson.

Volvió á pesar tristemente sobre la desgraciada Amanda el aspecto frio, lúgubre de aquella morada, y auguró mas tristemente aun de lo porvenir en vista del carácter de la anciana, cuya base creyó haber adivinado en su rostro en las pocas palabras que le habia oido pronunciar, en sus ademanes y en los objetos que la rodeaban.

Acostumbrada al amable trato de las religiosas de Santa Catalina, le parecia hallarse en una prision, y la compañía de la anciana mas bien se le presentaba como mortificacion que como alivio.

Las lágrimas se agolpaban á sus ojos y los recuerdos alegres se iban amortiguando en su memoria.

Habia renunciado á la felicidad haciendo un sacrificio al amor mismo de quien huia; sentíase con valor para no volver atrás; pero no podia menos de exclamar entre si:

—¡Dios mio! Despues de todas mis desventuras, ¿no podiais depararme otro albergue y una compañía como la

que acabo de dejar, ó á lo menos la soledad sin esas sombras, sin esa aridez que me rodea?

—Señorita, dijo con su atiplada voz la anciana, yo no sé vuestras antiguas costumbres respecto á las horas de tomar alimento. ¿Necesitais comer ó beber algo?

—Ya que sois tan amable, señora, os confieso que tomaria de buena gana una taza de té.

—¿Una taza de te? ¡Cuánto lo siento que no llegarais pocos momentos antes! El té lo he tomado ya, y las tazas están ya lavadas y colocadas en su sitio. Pero en cambio podriais tomar una sopita de pan, digo de corteza, con agua y ron.

—Muchas gracias, señora, no lo acostumbro y temo que no me sentaria bien.

—Si no os ha de sentar bien, no insisto: porque yo sé con cuánta facilidad se echa á perder el estómago en sacándole de su regla, como sucede con todo lo del mundo. Por otra parte sois jóven y bien podreis esperar á que cenemos, que no hemos de tardar mucho. ¡Vaya, vaya! Conque... sentaos y decidme: ¿Cómo os han tratado en el convento de Santa Catalina?

—De una manera que jamás agradeceré bastante.

—¿Sí, eh? Ya me lo figuro. Mi parienta es tambien de las personas que saben hacer las cosas: lo tenemos de familia. Sólo que cada cual ha de atenerse á su situacion, ¿me comprendeis? y tal habrá que haria mucho y hace poco porque sus medios no se lo consienten. ¿Son muchas las religiosas que ocupan ahora el convento?

—Sí, señora, y todas quieren entrañablemente á su superiora.

—Me alegro: es una honra para la familia. No: lo que es amable, ella siempre lo habia sido, y luego, es lo que os decia: nosotras siempre nos hemos hecho querer en todas partes. ¿Vos la conoceis de mucho tiempo?

—No, señora.

—¿Era acaso conocida de vuestros padres?

—Tampoco.

—Os lo pregunto porque como ella no me ha dicho de dónde venian vuestras relaciones...

—Mi pobre padre...

—¿Qué era vuestro padre? ¿Qué posicion...

—Era militar.

—¿Comandante?

—Capitan, señora.

—No os ofenda mi pregunta. Como mi parienta me decia de vos que habiais ocupado buena posicion y ahora me decís que vuestro padre habia sido militar, dije yo para mí: calle, seria coronel ó comandante. Proseguid. Deciais que vuestro padre...

—Falleció, señora, cerca del convento de Santa Catalina, y la compasion de vuestra parienta me amparó hasta que pudiese encontrar donde colocarme.

—Pues me alegro mucho y me parece que vos os alegrais tambien de haberos colocado aquí. Se me olvidaba... queria haberos preguntado si eran ricas las religiosas que están con mi prima...

—Sobre eso... nada sé, señora.

—Es de aquellas cosas que á veces averigua una sin querer, ¿comprendeis? á mas de que si lo supierais y lo callarais por discrecion, como hace pocos momentos que nos

conocemos, tampoco me pesaria. Por lo demás, repito que estareis aquí muy bien. Es menester que veais la casa toda; venid, venid. No vayais á creer que os habeis metido en un cuchitril; pues aunque el aspecto no es pomposo, tiene mucho espacio y no carece de todas las comodidades. Digo que la casa no es mala y lo mismo podria decir de sus dependencias; pero vos lo vereis todo y juzgareis.

Levantóse la viejecita y en compañía de Amanda recorrió toda la casa, haciendo resaltar todo lo que en su concepto eran ventajas.

Componíase aquella morada de una gran sala y dos gabinetes contiguos, bastante espaciosos, y una gran cocina al extremo del pasillo donde Amanda se habia detenido al entrar.

Las dependencias consistian en un huertecillo muy reducido y una gran extension de terreno inculto.

La viejecita apoyada en una muleta, ponderaba las excelencias de todo, y á todo lo mas mínimo daba grande importancia.

De cuando en cuando se detenia y miraba con satisfaccion los objetos mas frívolos.

Cuando su contento pasaba de los límites ordinarios lo expresaba con un sacudimiento de cabeza.

Al llegar frente á la puerta hizo que Amanda se volviese de cara á lo exterior y le dijo:

—¿Eh? ¿Qué tal? ¡Qué golpe de vista! ¡Cuánto pagarian muchos que viven en ciudades populosas por tener un espectáculo semejante! ¡Tú, muchacha! gritó con un chillido penetrante.

A su voz compareció una muchacha zafia, de pelo rojo, saya corta y piernas desnudas.

—¿Qué teneis que mandar?

—Anda, corta mas cardos secos, muy secos y échalos á la lumbre, á ver si cuece pronto el agua, que se va haciendo tarde. Ahora, añadió volviéndose á Amanda, volvámonos á dentro.

Amanda la siguió, entraron otra vez en la gran sala y la viejecita abrió un armario.

—Si puedo seros útil... dijo Amanda.

—No, dejadme hacer: todavía no sabeis... ya os ireis enterando con el tiempo.

Sacó la anciana dos sábanas del armario y las puso al aire para que se secaran bien.

En uno de los gabinetes tenia su cama.

En el otro estaba la de Amanda.

La muchacha entró poco despues á avisarla que ya estaba la cena, y en efecto se sentaron á la mesa.

Poco apetito tenia Amanda, y los manjares que sacaron no eran muy á propósito para excitarlo.

Todo ello consistió en un plato de coles cocidas, pan de maiz, agua y media botellita de aguardiente.

La anciana reparó en la inapetencia de Amanda.

—Se conoce que os ha molestado el viaje, dijo, y que extrañais el cambio de casa y de aires. No comeis nada... Digo, se me figura que en circunstancias normales debeis de comer mas que hoy.

—Sí, señora.

—¡Ah...! Es que á no ser así, le habria dicho á la criada que en adelante pusiera menos coles, pues si no se co-

men, hay que tirarlas, y francamente, hija mia, es cargo de conciencia. ¿No probais ese aguardiente?

—No, señora, mil gracias.

—Pues mirad; no es del superior, pero .. no es malo, no. Yo sin un poquito de aguardiente no podria dormir. Ea, vos teneis necesidad de descanso y esta es la hora en que yo suelo retirarme; por consiguiente nos acostaremos en paz y gracia de Dios. Hoy nos toca estrenar vela.

Sacó de un cajon una vela envuelta en un papel de estraza, la partió con el cuchillo, le dió la mitad á Amanda y dijo:

—Voy á acompañaros á vuestro cuarto.

En efecto guió á Amanda al gabinete de que hemos hablado, le dió las buenas noches y se retiró.

Aquel gabinete no tenia cortinas, ni otros muebles que la cama, un baul y una silla.

El espejo estaba empotrado en la pared, era un trozo de otro mayor, de forma irregular.

El cobertor de la cama estaba raido y roto, y en una de las paredes habia una ventana que daba al campo.

En medio de aquel abandono experimentó Amanda extrañas sensaciones.

Lo destartalado del aposento, la sordidez que reinaba por doquiera la entristeció, y en medio de todo sintió cierto alivio de ver que podia llorar á solas.

Indudablemente la superiora de Santa Catalina no podia figurarse que tal fuese la casa á donde la enviaba, y la hubiera compadecido de todo corazon si hubiera podido verla en aquel momento.

Lloró largo tiempo la pobre Amanda.

Pensó en sus primeros años, en su padre, en Oscar.

El deseo de reunirse con él y la esperanza de que viviendo con la señora Ferson acaso le falicitaria el saber noticias suyas por medio de la superiora de Santa Catalina, le dió resignacion para arrostrar todos los inconvenientes del carácter de la anciana.

Con estas ideas se mezcló la de lord Mortimer.

Amanda esperaba que la superiora no seria tan cruel que no le escribiese refiriéndole el efecto que en aquel hubiese producido la noticia de su desaparicion, y aun se atrevia á creer que en adelante le hablaria de él siempre que tuviese noticias suyas.

Triste era aquella esperanza; pero ¿qué otra cosa que tristezas y melancolías podia prometerse Amanda de su suerte?

Ya las alegrías habian muerto para ella.

Despues de su sacrificio, la dulce paz del dolor, ajeno á accidentes, y la compañía de su hermano eran su mas bello ideal.

Tanta era su fuerza de voluntad, que ya no esperó como otras veces ningun suceso extraordinario que interrumpiendo el triste curso de su existencia viniese á brindarla de nuevo con los goces con que en otro tiempo parecia convidarla la fortuna.

Su union con Mortimer le parecia tan imposible como la resurreccion de su padre.

Toda la noche pasó llorando de pena; pero ni un solo momento se arrepintió de haber sacrificado su felicidad á la felicidad de Mortimer salvando al conde de la ruina y de la infamia.

De cuando en cuando amargaba su corazon la idea de lo

que la tia de Mortimer, su hermana y Mortimer mismo pensarian de ella.

Entonces decia entre sí:

—¿Qué dirá el conde de Rosven si oye hablar mal de mí á su hijo? ¿Sabrá, podrá callar? Sí sabrá, sí podrá por lo que á su honor interesa. Pero ¿no podrá aconsejar á su hijo que suspenda su juicio acerca de mí? No; porque le interesa verle casado con una mujer rica, y esto no puede conseguirlo si Mortimer no se persuade de que yo le he engañado, he sido falsa é indigna de él. El conde le oirá maldecirme, y aun sabiendo la verdad tendrá que callarse y no dejar entrever nunca que tiene en su mano los medios, las pruebas de mi inocencia. ¡Ah! si queda alguna nobleza en su corazon, cada vez que oiga condenar á la pobre Amanda, tendrá que sufrir un tormento mucho peor que el que yo padezco.

El enojo contra mí, el despecho, los consejos del conde, la necesidad de adquirir una posicion determinarán á Mortimer á casarse.

¡Dios mio! Si tiene la dicha de hallar una compañera afectuosa y capaz de apreciar sus buenas cualidades, lord Mortimer la amará, el continuo trato, las continuas muestras de afecto, todo, en fin, contribuirá á consolidar su cariño, y ¿qué será de la pobre Amanda que ni siquiera existirá en la mente de aquel hombre en quien se cifraron algun dia todos sus amores? ¡Ay! Si algun dia se acuerda de mí será para lamentarse del tiempo que creerá haber sido víctima de mis engaños; me comparará con su esposa y dará gracias al cielo por haberle apartado de mí y dado otra compañera... ¡Dios mio! Y yo he de desear que así su-

ceda para que vos me tomeis en cuenta mi sacrificio y no sean del todo estériles las amargas lágrimas que en mi triste vida he derramado!

En estas ideas y entre agitacion y lágrimas pasó toda la noche.

Cuando iba á asomar el alba la rindió el cansancio y se cerraron sus ojos.

Experimentaba el dulce beneficio del sueño reparador, cuando oyó una voz chillona que cerca de ella gritaba:

—¡Vamos, vamos, Francisca, que ya es hora de estar en pié!

Era la voz de la anciana.

Amanda despertó azorada y miró con extrañeza las paredes que la rodeaban.

CAPITULO XXII.

Amanda en la escuela.

En aquel primer momento no tenia Amanda idea de los sucesos pasados desde su salida de Santa Catalina.

El espectáculo que se presentó á su vista y que tanto la habia afectado la noche anterior le hizo recobrar la memoria, y súbitamente recordó que en efecto habia convenido con su amiga la superiora, que para mejor esconderse á las pesquisas de Mortimer, entraria en casa de la anciana con el nombre de Francisca Donald.

Levantóse y vistióse á toda prisa, pesarosa de que la anciana hubiese tenido que llamarla y dispuesta á suplicarle que la dispensase, pues la fatiga del viaje y la novedad habian sido causa de que no hubiese madrugado como solia.

La señora Ferson le ahorró el trabajo de disculparse, pues la recibió muy séria, y en lugar de devolverle los buenos dias le dijo:

—Aquí nos levantamos todos á las seis en verano y á las siete en invierno: ahora son las ocho nada menos.

—Señora...

—Dejadme concluir. Por hoy pase, pues es posible que vinierais ayer fatigada del viaje; pero conviene... es indispensable que desde mañana os levanteis á la hora dicha. Aquí no hay campanilla, hay que llamar á voces ó golpear la puerta con la mano.

—Os pido mil perdones, señora...

—Bueno, bueno. Yo lo digo no por hoy, sino por que no vuelva á suceder.

—Yo os lo prometo...

—Así lo espero.

—Tengo costumbre de madrugar sin que nadie me llame y sólo la fatiga de ayer...

—Digo que no se hable mas de ello. Sentaos y tomad el té.

Sentóse Amanda á tomar el desayuno y notó que el té era de la calidad mas inferior, el azúcar cogucho, y el pan de maíz como el de la noche. No hay que hablar de la manteca, pues no la vió en la mesa.

La pobre Amanda no podia atravesar bocado.

La señora Ferson notó que apenas habia probado nada y le preguntó:

—¿No os gusta este desayuno?

—Sí, señora...; sin embargo, preferiria un poco de leche.

—¡Prefeririais...! Mirad: debo advertiros que hace largos años que es este mi desayuno diario. A mi edad, ya comprendereis fácilmente que no se cambia de costumbres.

—Yo lo decia por mí.

—A eso voy. Por otra parte, ya comprendereis cuán ridículo seria que tomaseis vos leche no tomándola yo nunca, que se estableceria así un desórden y se pareceria mi casa á aquellos mesones ó fondas en que cada viajero come á su capricho. Leche no entra en casa sino la necesaria para el té y para el gato. Yo tomaria de buena gana un cuartillo todas las mañanas y echaria un buen pedazo de carne de vaca en el puchero; pero, amiga mia, cada uno debe atenerse á lo que tiene, y este es el único medio de no caer en el ridículo estado de muchas gentes, eso no lo digo por vos, que despues de haber ocupado una buena posicion tiene que vivir sirviendo á los demás.

Semejante grosería fué muy desagradable para Amanda cuya delicadeza habia sido siempre superior á los vaivenes de la suerte.

Calló y no se dió por entendida, ni demostró deseos de entender lo que á renglon seguido refunfuñó la anciana.

A cosa de las nueve comenzaron á llegar á la puerta gran número de niñas.

Eran todas hijas de los campesinos de aquellos alrededores, y bien llegarian á treinta.

La señora Ferson hizo entrar á Amanda con ella en la sala que servia de escuela, y le dijo que en su presencia comenzase la instruccion de las niñas, para que ella pudiese juzgar de su método.

Amanda, que era dulce y afectuosa y sentia grande atractivo hácia la niñez, se habria dedicado con mucho gusto á la enseñanza en otra ocasion cualquiera en que su ánimo hubiese gozado de tranquilidad.

En aquellos momentos, empero, era tan grande su agitacion, estaba su mente tan turbada, que era un tormento para ella emprender sin reposo alguno aquella tarea.

Habria convenido á su espíritu algun descanso; sentia necesidad de pensar en sí misma, y mas que para dar lecciones estaba para recibir consuelos.

Pero hartas muestras de fuerza de voluntad y resignacion habia dado Amanda durante su vida para que se desmintiese en aquel momento.

Su pobreza la condenaba á prescindir de sus propios sentimientos para entregarse al dominio ajeno.

Habia ido allí á ganar el pan de una persona extraña y era menester que lo ganase.

Por otra parte la idea de los muchos favores recibidos de la superiora de Santa Catalina y el deber en que se hallaba de justificar la recomendacion que de ella habia hecho, fueron un nuevo estímulo para que con ejemplar abnegacion se sobrepusiera á su estado y se acordase sólo de que era llegado el momento de dar principio á la vida de sacrificios á que se habia condenado voluntariamente.

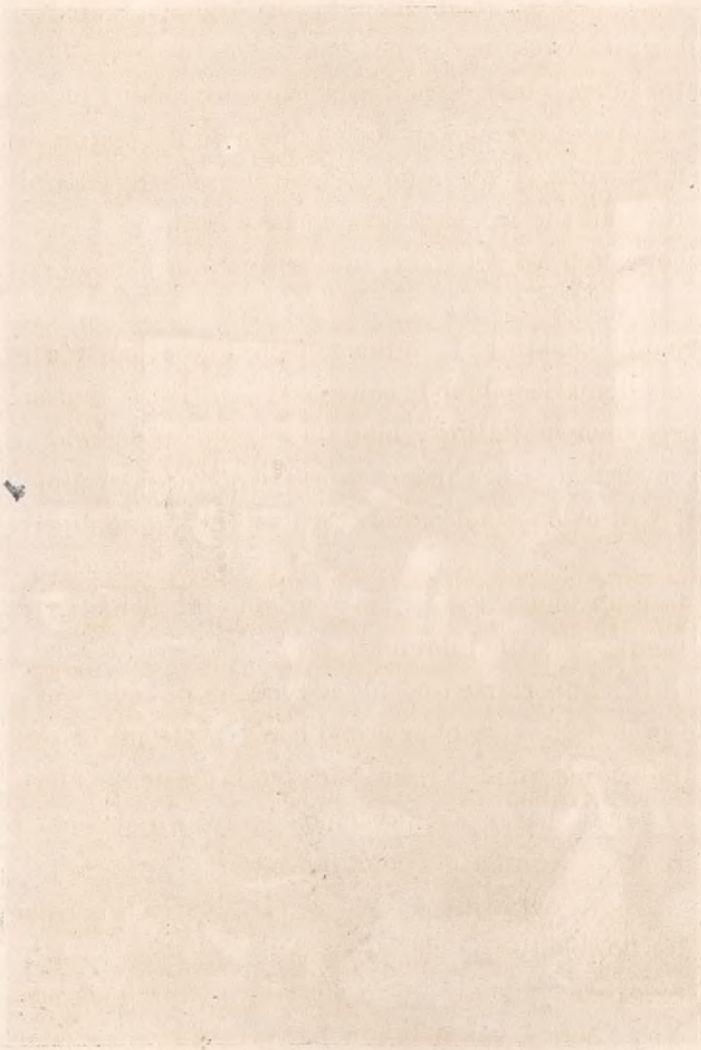
Emprendió su tarea dando un suspiro como de despedida á sus propios pensamientos, y se dedicó por completo á la enseñanza de las niñas.

La señora Ferson, encorvada y calados los anteojos, seguia todos sus pasos y movimientos, expiaba la expresion de su semblante y prestaba atento oido á las palabras que á las niñas dirigia.

Aquella tarea duró hasta las dos de la tarde.

Las niñas salieron moviendo grande algazara, semejan-

Emprendió, pues, su tarea dando un suspiro.



tes á pajarillos que despues de presos casualmente en una jaula recobran la libertad.

La señora Ferson quedó un rato con Amanda y le dijo:

—Amiguita voy á ser franca con vos, no esperaba tanto de vuestro buen juicio y paciencia. Voy creyendo que mi parienta no ha exagerado en los elogios que de vos me ha hecho en su carta, y creo que no tendré que arrepentirme de haberos confiado la enseñanza de las niñas.

—Señora, replicó Amanda, os agrrdezco la bondad con que...

—Dejadme concluir. El único defecto que os encuentro es que sois demasiado blanda con esas chiquillas. Creedme; en la enseñanza sienta muy bien de cuando en cuando un poco de severidad. Las chicas son muy inclinadas á abusar de todo, y si os haceis de miel... ya sabeis lo que dice el refran.

—Está muy bien, señora; si veo que la blandura es inconveniente para que aprendan...

—Os diré: importaria que fueseis un poco mas séria, antes de probar si os va bien ó mal con la extremada suavidad. ¿Sabeis porqué? Porque como yo las trato con cierta aspereza, van á hacer comparaciones entre mi sistema y el vuestro y en seguida me cobrarán odio.

—No daré yo lugar á eso: ya vereis, ya vereis cómo me pondré tambien séria con ellas.

—Hareis perfectamente, y ni vos ni yo saldremos perdiendo. Voy ahora á ver si la muchacha está en sus quehaceres.

Salió la señora Ferson de la sala, y Amanda, apenas se vió libre de su compañía, se dirigió hácia el jardin á res-

pirar el aire libre y á entregarse á sus pensamientos.

Sentia pesadez en la cabeza, resultado de la violencia que habia tenido que hacerse toda la mañana, y esperaba que se aliviaria con aquel inocente desahogo.

Breve rato hacia que estaba allí cuando penetró en sus oidos la voz chillona é irritada de la señora Ferson.

—¡Francisca! decia á gritos, ¡Francisca! Eso no va bien. ¡Qué tenga una que estar en todo! ¿Pues no visteis que bancos, sillas y costureros quedaba todo fuera de su lugar y en el mayor desórden? Es menester que seais más cuidadosa; yo pago puntualmente y así mismo deseo ser servida. A mas de que ¡buen ejemplo dariais á las niñas si vieran semejante falta de aseo! Andad, andad lista; que el tiempo no es para desperdiciar.

El tono agrio y la falta de consideracion de la anciana hirieron vivamente á Amanda; pero haciéndose cargo de la mucha edad de aquella mujer y reflexionando que al fin y al cabo su casa le servia de refugio, y su pan, aunque amargo, de alimento, bajó la cabeza y acudió á cumplir con lo que tenia obligacion de hacer.

Mientras se dirigia á la sala de la escuela, iba diciendo entre sí:

—No debe faltarme valor para sufrir las injurias de la suerte: he sacrificado lo mas, y seria insensato y además ruin no sacrificar lo menos. Todos los sinsabores que experimente debo considerarlos como natural consecuencia de mi triste estado. Sálvese el conde, olvídeme su hijo... no debo, no puedo pedirle mas al cielo.

Para calmar cuanto antes á la anciana, arregló con extraordinaria ligereza los muebles y enseres de la sala.

La señora Ferson la estaba atisbando con cara de mal humor y pronta á desahogar en ella su enojo á la menor torpeza, pero Amanda se dió tan buena maña que la vieja tal vez á su despecho tuvo que admirar silenciosa su actividad y buen órden.

Llamó la criada avisando que la comida estaba puesta, y se sentaron á la mesa sin hablar palabra.

La comida fué tan parca como grosera.

A pesar de sus buenos deseos, Amanda no se atrevió á dirigir ningun cumplimiento á la anciana por los manjares ni los condimentos.

La señora Ferson pareció quedar satisfecha de todo, y sin duda lo estaria, siendo aquel su alimento diario.

Despues de comer se acurrucó en el sillon é inmediatamente quedó dormida.

Amanda la contemplaba á veces envidiando á aquel sér de sentidos ya embotados, á veces doliéndose en su interior de tener que hacer vida comun con aquella mujer hasta entonces desconocida para ella, y que por avaricia se condenaba á grandes privaciones.

Habria aprovechado Amanda aquella ocasion para salir á pasear por el huerto; mas hasta aquel inocente placer le fué negado, porque estaba lloviendo.

El cielo se habia cubierto de nubes de color plomizo anticipando á la tierra la oscuridad de la noche; reinaba el mas profundo silencio aumentando la tristeza de la pobre jóven, que por no despertar á la anciana permanecia quieta en la silla sin atreverse á menearse, y se entregaba á sus dolorosas memorias, augurando de ellas un porvenir sombrío como la atmósfera que la rodeaba.

A poco se interrumpió el silencio con ruidos lejanos; era el mar que se agitaba extendiendo por la playa sus olas y aumentando así el lúgubre aspecto de la naturaleza.

La criada cantaba en la cocina y sus voces llegaron confusas á los oidos de Amanda.

Prestó, para distraerse, atencion al canto, y conmovió su corazon el acento melancólico de la muchacha, que repetia un triste cantar antiguo de la Escocia.

Tal vez por instinto respondia con aquel canto á los recuerdos de su pueblo, de los dias de su infancia, cuando en vez de vivir bajo la servidumbre de una anciana avara y enojadiza, era servida y acariciada por una madre complaciente y pródiga con ella.

Así lo pensó Amanda, y sintió en aquel momento piedad de aquella aldeana zafia, que por medio de sus cantares mostraba la delicadeza de un corazon humano.

Las reflexiones que estas ideas le inspiraron fueron poco á poco renovando el recuerdo de sus amarguras.

Suspiró pensando en sus primeros años, en las discretas lecciones de su padre, en la casa de su nodriza y en aquel aposento donde su madre habia espirado.

Despues apareció ante sus ojos la biblioteca del castillo de Tudor, y una tras otra se fueron presentando á su imaginacion las escenas de su vida que mas la habian conmovido y los sucesos que mas habian influido en su triste suerte.

Las lágrimas se agolpaban á sus ojos y Amanda no queria llorar: comprendia que para cumplir su propósito le era necesaria mucha resistencia, mucha energía, y que si se abandonaba al dolor débilmente, no haria mas que empeorar su porvenir.

En aquella ocasion habria necesitado de una amiga fiel y de experiencia, de una mujer como la superiora de Santa Catalina, del apoyo y los consejos de su hermano...

¡Ah! Amanda estaba sola en el mundo: la lluvia seguia cayendo acompasada; el mar rujia á lo léjos; la criada repetia de cuando en cuando su melancólico estribillo, y la señora Ferson dormia pronfundamente delante de ella envuelta en la oscuridad.

Era menester algo mas que el hábito del padecimiento para resistir con ánimo sereno á la fuerza del rigor que el destino habia aparejado para Amanda.

Era el segundo dia que pasaba en aquella triste morada y todas las influencias tristes se unian para combatir la entereza de que pudiera estar dotado un corazon femenil, un corazon que amaba sin esperanza y veia perdidas para siempre todas sus alegrías.

Ella bien se esforzaba en fortalecer su raciocinio; pero cada vez que discurriendo entre sí se ponia á considerar que tan jóven y sin culpa alguna tenia que renunciar á los mas sencillos placeres y á las satisfacciones mas inocentes, sentia impregnarse su corazon de amargura.

¿De qué le servia no llorar, si las lágrimas descendian á su pecho y la ahogaban?

Exhalaba en silencio dolorosos suspiros, y aun así cuando la ternura de su alma y la voz de su conciencia le hablaban de Mortimer, la infeliz Amanda procuraba apartar de él su memoria, temerosa de que su imágen turbase su entendimiento y la voz del amor ahogase con su penetrante insistencia la de su deber.

Tras un largo combate no pudo resisir á una tentacion, bien disculpable por cierto.

Sacó del pecho el retrato de Mortimer, y antes de fijar en él los ojos lo estrechó en su mano y se puso á reflexionar.

—¿Para qué lo traje conmigo, decia entre sí; acaso no fué como única compensacion á mi sacrificio? ¿No fué para poder decir ante su imágen que sólo por él me he condenado á perpetuo dolor y tristeza? ¡Oh Mortimer! añadió fijando los ojos en el retrato; si supieras... si pudieras verme en este instante...

Un movimiento brusco de la señora Ferson la obligó á guardar apresuradamente el retrato en su seno y á enjugar el llanto que brotaba de sus ojos.

La anciana comenzó á dirigirle preguntas frívolas sobre el convento de Santa Catalina, encaminadas todas á satisfacer su vana curiosidad.

Muy disonantes eran los pensamientos de las dos mujeres; pero en aquella ocasion creyó Amanda que recibia un favor con apartar de su mente las ideas á que se habia entregado, y procurando ser tan discreta como debia esperarse de ella, respondió á todas las preguntas que la vieja le dirigia.

Así conversando pasaron hasta muy tarde.

Llegaba la hora de acostarse ya casi no podia Amanda resistir la charla de aquella insaciable curiosa, y cuando la vió tomar su cabo de vela para acostarse le pareció que salia de una estrecha prision y recobraba la libertad.

CAPITULO XXIII.

Correspondencia de Amanda.

Como habia pasado aquel dia pasó Amanda otros muchos.

La señora Ferson tenia, cosa muy natural á su edad, repartidas ordenadamente sus horas y por ningun concepto introducia variacion alguna en su método de vida.

Amanda no salió de la casa hasta el domingo, dia en que fué á misa con la señora Ferson, despues de lo cual se volvieron juntas por el camino mas corto.

Aquella existencia monótona, aquella falta de ejercicio y de aire libre influyeron notablemente en la salud de Amanda, harto quebrantada ya por sus padecimientos morales.

Veia la infeliz que las fuerzas la iban abandonando y que cada dia con la falta de apetito se le hacian mas repugnantes los pocos atractivos manjares de la mesa de la señora Ferson.

Preguntóle esta un dia si estaba contenta, y Amanda le respondió:

—Mucho lo estoy de vuestras bondades; pero...

—¡Hola! ¿Ya tenemos un pero? Milagro seria; veamos en qué consiste.

—No tengo de vos queja ninguna, señora Ferson, muy al contrario: lo que iba á deciros es que yo, no por mí gusto sino para mi salud necesito respirar el aire libre: caminar, hacer ejercicio...

—¡Bah! Esos son resabios de vuestras costumbres anteriores: ya las ireis perdiendo con el tiempo.

—Las fuerzas voy perdiendo y la salud, señora Ferson: desearia que os persuadierais de que no hablo para satisfacer un capricho, sino porque me encuentro enteramente desmejorada.

—¿Vos? Pues es la primera noticia. Teneis mucho mejor semblante que yo, y no me quejo ni me acuerdo de ir á paseo.

—Así lo tendreis entendido; pero cuando yo me atrevo á suplicaros que me permitais salir de cuando en cuando...

—¿Sí, eh?

—Es porque temo enfermar.

—Aprensiones.

—Y si yo enfermara, lo padeceríamos las dos, pues no me seria posible dar leccion á las niñas, y aunque podriais encontrar quién os ayudara mejor que yo, siempre pasariais algun tiempo buscando persona á propósito.

—¡Jum...! murmuró la vieja: eso se llama hacerle á una la forzosa. ¡Pasear! Vaya unas enfermedades, cuyo alivio consiste en pasear. Siempre habia visto yo por el contra-

rio, que á las enfermas se les mandaba guardar cama. Pero ya se ve; como hoy en dia todo se hace al revés... ¿estás enfermo? pues échate á la calle. No sé por ese camino á dónde iremos á parar. Esa juventud... todo se le vuelve invenciones, nervios... ¡nervios! en mi tiempo ninguna mujer tenia nervios.

—Señora, dijo Amanda, cansada de oirla murmurar; siento mucho que al parecer no comprendais cuán razonablemente os he hablado. Si os repugna que yo tome el aire, decídmelo, os suplico, francamente, y os aseguro que no saldré de estas paredes y resistiré cuanto pueda; pero os lo repito: temo que esta vida sedentaria y esta falta de movimiento al aire libre me inutilicen para ganarme la subsistencia...

—Basta, basta: salid cuando os plazca, le interrumpió la señora Ferson con mal humor; no fuerais luego á decir que yo os mataba, os ahogaba.

Volvióle la espalda y añadió refunfuñando:

—No hay mas: ya llegó tiempo en que una no puede mandar en su casa.

La viejecilla discurria como todos los tiranuelos.

Por su edad y sus achaques necesitaba el auxilio de una persona apta y ágil; pero con darle lo estrictamente necesario para que no muriera de hambre, creia poder privar hasta del aire á la desgraciada víctima que le ganaba el pan.

Rindióse á la necesidad por no querer rendirse á la razon, y despues de un largo silencio dijo con tono desabrido á Amanda que despues de comer podia ir á paseo donde mejor le pareciera

Amanda se aprovechó del permiso, y tambien desde aquel mismo dia procuró ser mas exacta que nunca en el cumplimiento de sus obligaciones.

Salia en efecto despues de comer y recorria los tristes alrededores de aquella triste morada.

A los pocos dias se dedicó á no frecuentar mas que las orillas del mar.

Desde aquel sitio, como ya le habian advertido, no se descubria el castillo de Carberry; pero ella solia fijar los ojos en la direccion en que se le figuraba que debia estar.

¡Leve consuelo á su dolor! pero consuelo al fin, y Amanda lo estimaba mucho por ser el único que le era concedido.

Sentábase con frecuencia en una roca despues de un largo paseo.

Si la desdichada Malvina la hubiese podido ver, habria recordado las horas que en sus años juveniles, lleno tambien el pecho de dolor, se sentaba en los peñascos que se divisaban desde la antigua abadía donde habia visto la primera luz.

Sentada allí Amanda solia entregarse á sus recuerdos, único pasto de su imaginacion y su mente.

Mas de una vez pasó la tarde entera contemplando el retrato de Mortimer, y esforzándose en fijarse en las escenas de su vida pasada, para ahuyentar los pensamientos que la asaltaban acerca de lo que le estaria sucediendo á él en aquellos momentos.

Su corazon habia deseado y deseaba aun que la estratajema de su padre hubiese triunfado; que Mortimer perdida toda esperanza de poseerla, diese al autor de sus dias la satisfaccion que de él esperaba; pero en medio de estos de-

seos leales y verdaderos, decia de cuando en cuando contemplando el retrato:

—No me creas indigna de tí, ¡oh Mortimer! único hombre á quien he amado. Cuando ya hayas satisfecho la deuda que tienes con tu padre; cuando ya nuestra union sea imposible, pídele á Dios que por un medio en que yo no tenga que intervenir, te revele que no he sido nunca falsa, que he merecido siempre tu estimacion y que por tu honra y tu reposo he aceptado la copa del dolor que colmada me ofreció la suerte.

Volvia generalmente triste á casa de la señora Ferson, pero su tristeza era tranquila y resignada, y el aire libre y las emanaciones del mar le devolvieron aquella actividad que habia estado á punto de abandonarla.

Iba y volvia siempre sola, porque fuera de que el camino era poco concurrido, ella habia puesto cuidado en evitar todo encuentro.

Quince dias habian trascurrido así.

Amanda se iba resignando mas y mas á su destino; pero comenzó á desazonarla el largo silencio de la superiora.

En todo aquel tiempo no habia tenido carta ni noticia de su buena amiga.

Su inquietud no nacia sólo del deseo de saber lo que pudiera interesarle á ella exclusivamente, pues no era Amanda tan egoista: temia que la buena señora Dermont no se hallase enferma y sentia no estar á su lado para auxiliarla. Viendo que habian pasado ya tantos dias resolvió escribirla á la tarde siguiente, pidiéndole que si le faltaba tiempo ó sazon para contestar extensamente, le diese á lo menos noticias de su salud.

Así esperaba no sólo saber de su amiga, sino tambien de lord Mortimer.

El siguiente dia por la mañana, vió desde la puerta de la casa á un marinero, que al punto conoció ser uno del buque que le habia conducido á aquel punto.

El corazon le dió un salto anunciándole que aquel hombre le traia alguna nueva, y á pesar de su prudencia dió dos pasos fuera de la casa para llegar antes á él y preguntarle:

—¿Traeis algo para mí?

—Sí, en efecto, señorita, respondió el hombre, unos papeles me dieron para vos.

Metióse la mano en el seno el marinero y sacó de él un abultado pliego que puso en manos de Amanda.

Esta le tomó temblando y con verdaderas ansias, y de buena gana habria ofrecido descanso y refresco al mensajero; mas sabiendo que no podia proponerse semejante cosa con el genio uraño y avaro de la señora Ferson, le dió un par de monedas de plata para que bebiese á su salud.

Inmediatamente deseosa de saber lo que el pliego contenia, se encaminó con viveza á su cuarto para abrirle.

La señora Ferson que la encontró al paso tan apresurada y con la carta en la mano, le dijo:

—¿Qué terremoto es ese? ¿qué ha ocurrido?

—Nada, señora...

—¿Nada? ¿y esa carta?

—La acabo de recibir ahora, y como es natural iba á leerla...

—Sin duda por ser carta de amor...

—No, señora,

—¿Pues de quién es?

—Es de una íntima amiga mia.

Amanda no dijo que la carta fuese de la señora Dermont, porque conociendo la curiosidad de la vieja temia que la molestase con preguntas.

—¡De una íntima amiga! murmuró la señora Ferson. ¡Bah! Supuesto que no es de familia y no os han de hablar sino de modas y fruslerías, bien podeis dejar su lectura para despues que hayais terminado las clases. Ahora teneis que repasar cierta parte de mi ropa blanca que con este objeto tengo fuera del arcon.

Amanda obedeció; pero preciso es decir que lo hizo de mala gana y que aquel dia fué uno de los que mas largos le parecieron.

Repasó la ropa de la anciana, acudió en seguida á las lecciones, comió poco y sin apetito, y cuando vió á la señora Ferson acurrucada en su enorme sillon y profundamente dormida, silenciosamente salió de la casa y tomó su camino favorito hácia el mar.

Allí, en un recodo que formaban las rocas y en sitio que le ofrecia cómodo asiento, rompió la nema del abultado pliego.

Contenia este mas de una carta, segun vió en seguida Amanda.

La primera que se ofreció á su vista fué la del conde de Rosven, y decia así:

«Señorita Fitzalan:

«El favor que de vos he recibido, con ser tan grande, no «seria completo, si continuarais negándoos á recibir de mí

«todo auxilio. Bien sabeis que no puedo proponerme deja-«ros abligada haciéndoos aceptar una pequeñez, y que al «contrario, siempre me consideraré como vuestro deudor «eterno. Ceded, os ruego, á lo que os pido, y así me dareis «un leve consuelo ya que tanto me pesa haberos tenido que «pedir antes un inmenso sacrificio. He estado en Londres y «he encargado á mi agente que os dirija el documento por «el cual me obligo á enviaros todos los años la cantidad de «trescientas libras esterlinas. La superiora del convento «donde os hallabais refugiada ha recibido ya para vos la «cantidad correspondiente á este año, y seguirá recibiendo «las demás. Ya sé, señorita, que el sacrificio que habeis «hecho por mí no tiene precio. Vos me habeis salvado de «la infamia y la ruina, á lo menos habeis puesto para ello «cuanto de vos dependia; considerad, pues, si os desearé «felicidades, y si no os estaré á todas horas estimulando «por la necesidad de repetiros cuán agradecido os estoy y «estaré mientras viva.

«Tengo noticias de que mi querido hijo ha salido de Ir-«landa; y con cuánta ánsia le espero vos podeis imaginarlo «mejor que nadie. ¡Si lograse ver realizadas mis esperan-«zas!... Vos debeis desearlo tanto como yo á fin de que á «lo menos vuestro sacrificio no sea estéril; yo me complaz-«co en creerlo así.

«Si las cosas suceden conforme á mis esperanzas, yo haré «que lo sepais á tiempo, para que vuestro tierno corazon «experimente el consuelo de haber contribuido á ello. Yo «seré completamente feliz, y ¿vos no lo sereis mas que na-«die? Esta idea me atormenta algunas veces; mas ¿qué «puedo yo hacer, desventurado de mí, en la situacion en

«que me hallo? Ojalá os premie Dios aquí y en el cielo tan «dignamente como mereceis, ya que yo no puedo en modo «alguno recompensaros. Este es el deseo continuo, ferviente «del que se gloría de llamarse vuestro servidor y quisiera «merecer de vos el título de amigo,

«LORD ROSVEN.»

Amanda dejó caer las manos sobre las rodillas y permaneció breves momentos meditabunda.

—«¡Ver realizadas sus esperanzas!...» repitió por fin. Me ofrece oro... desea que le llame amigo... ¡Dios mio! ¿Hay razon para pedirme mas todavía? Puedo ser amiga del conde si me deja en paz; si con sus cartas no remueve en mí dolorosas memorias; si no me vuelve á hablar de esas recompensas... que no aceptaré. Guárdese enhorabuena su oro; á él le hace falta para encubrir su deshonra, y yo no necesito mas que tranquilidad en mi honrada pobreza.

¡Oh! ¡Padre mio! ¿Quién nos habia de decir, cuando por infundadas sospechas rechazaba el conde la idea de mi enlace con su hijo, que un dia vendria á pedirme por amor de Dios que sacrificase mi porvenir para que no se hiciese pública su infamia?...

Mas no quiero pensar mas en ello, añadió con resolucion; mi partido está tomado.

Volvió á cerrar la carta del conde, guardóla, y abriendo la otra vió que era de la superiora del convento de Santa Catalina.

Al leer al pié del escrito el nombre de Dermont, su corazon experimentó un grande alivio, y como si ya tuviera la seguridad de un eficaz consuelo se puso á leer.

CAPITULO XXIV.

Las heces de la copa.

Apartemos un momento de Amanda la vista mientras lee la carta de su amiga la superiora.

Consideramos natural en el lector el deseo de saber, no por medio de la concision epistolar, sino por medio de una pintura dramática, y como si sucedieran á su vista, los sucesos ocurridos desde el momento en que llegado Mortimer al asilo de las religiosas buscó en vano á Amanda, y en lugar de la que debia ser su eterna compañera se encontró con el funesto anuncio de su separacion eterna.

Vamos, pues, á reproducir del mejor modo que nos sea dable tan interesante episodio.

No hay para qué ponderar las vivas ansias con que lord Mortimer habia esperado la nueva aurora que debia ser feliz comienzo de su tan anhelada dicha, convirtiendo en realidades sus constantes deseos largo tiempo contrariados.

Aquella madrugada, la superiora, despues de despedir á

Amanda se habia vuelto á acostar; pero triste con la separacion de su amiga, inquieta por su porvenir y desasosegada pensando en el doloroso deber que tenia que desempeñar para con el enamorado mancebo, no pudo dormir ni hallar descanso alguno en el lecho y se levantó muy temprano.

Sor María, diligente y afectuosa como siempre, habia preparado el desayuno para Mortimer y Amanda, bien ajena de lo que estaba sucediendo.

La superiora miró con tristeza aquellos preparativos y volvió la vista para que sus miradas no se encontrasen con las de la inocente sor María, y dijo á esta que de órden suya advirtiese á sus compañeras las demás religiosas, que no se presentasen como no fuesen llamadas.

Estaba temiendo la llegada de lord Mortimer, y este en su impaciencia se presentó antes de la hora convenida, risueño y lleno de animacion el semblante.

Habia comenzado á saborear en su imaginacion, como la mayor dicha que podia caberle en el mundo, aquella felicidad que mas que nunca se acababa de alejar de él.

Como si un adverso destino dispusiera á su placer del corazon del amante, su pecho se habia abierto á la alegría y parecia que iba pidiendo el justo premio debido á la lealtad y constancia de sus amorosos afectos.

Saludó con cariñoso respeto á la superiora y le preguntó si habia visto ya á Amanda.

La desconsolada religiosa, haciéndose fuerte en aquel momento le respondió:

—Esta mañana no la he visto aun.

—¡Hola! dijo lord Mortimer risueño, ¡conque es pere-

zosa! Mucho me temo que no sirva para compañera de viaje. Lo cierto es que se acostaria tarde; que habrá tenido que arreglar mil frioleras de esas que no se le ocurren á uno hasta última hora. Como quiera que sea, por un dia bien me será lícito mostrarme impaciente.

Lord Mortimer calló oyendo pasos por el corredor y creyendo que tal vez serian de Amanda; pero al ver que era la criada del convento, se volvió á la superiora y le dijo:

—Con vuestro permiso, señora, y pidiéndoos mil perdones voy á hacerla avisar que estoy aquí.

Volvióse á la criada y

—Hacedme el favor, le dijo, de llegaros al cuarto de la señorita Amanda y decir que lord Mortimer está á sus órdenes.

Salió la muchacha, y el corazon de la superiora palpitaba apresuradamente, viendo que se acercaba el momento de mayor amargura para el leal amante.

Temiendo que este leyese su turbacion en su semblante, se asomó á la ventana que daba al jardin.

La criada volvió y dijo con la mayor naturalidad que la señorita Amanda no estaba en su cuarto.

—Estará en los aposentos de arriba, replicó lord Mortimer; vamos, no hay motivo para acusarla de perezosa. Tomaos otra vez la molestia de subir á buscarla, y donde quiera que esté decidle que estoy impaciente por verla.

Entre tanto la superiora no sabia qué actitud tomar.

Ya no acertaba á disimular su pena; ya le parecia harto descortés su manera de evitar la conversacion y hasta las miradas del jóven lord.

En aquella sazon entró sor María pálida y azorada, mi-

rando á todas partes y exclamando con entrecortado acento:

—¡Dios mio, Dios mio!... ¡Ay de nosotras...!

Mortimer se volvió á ella, y alarmado á su aspecto y sin sospechar aun la verdadera causa de aquel trastorno le preguntó:

—¿Qué sucede? ¡Hablad por Dios...!

La pobre sor María clavó en él los ojos y con voz lastimera exclamó:

—¡Ay caballero, ¡qué desgracia! La señorita Fitzalan...

—¿Dónde está? ¿qué le ocurre?

—No se la encuentra en parte alguna.

—¡Qué oigo!

—Y en su cuarto, añadió rompiendo á llorar la religiosa, ha dejado estas dos cartas, ¡son de su letra! una para vos y otra para nuestra superiora. Tomad, tomad, dijo dando á cada uno su carta. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué será de ella?

La superiora cogió la carta y la abrió; pero sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo leer nada.

En tanto sor María, llorando tambien, de pié á su lado y apoyándose en el respaldo de su silla le preguntaba entre sollozos:

—Decidme, por Dios, qué dice la carta, señora: decidme qué ha sido de nuestra amiga.

Lord Mortimer habia palidecido de repente, y como si temiera una desgracia peor que la muerte, habia dejado caer los brazos y se sentia ahogar de pena.

Faltábale la respiracion, y la superiora contemplándole con viva lástima corrió á abrir la ventana para que le diese el aire.

Al fin pudo lord Mortimer exhalar un profundo suspiro y se apoyó en un mueble para no caer al suelo.

Cubria su frente un sudor helado y no tenia fuerza para fijar las miradas en objeto alguno.

La atribulada sor María iba del uno al otro, lamentándose y padeciendo por todos y agitada además por el misterio de aquel triste suceso que habia ido á sorprenderles en medio de sus satisfacciones.

La superiora se acercó á lord Mortimer y le dijo con cariñoso acento:

—Recobraos, milord, sentaos, descansad, y el alivio que aquí podamos proporcionaros...

Mortimer extendió el brazo, y fijando en la carta no abierta todavía miradas devoradoras, salió por la parte del jardin.

Sor María atónita le siguió hasta perderle de vista, y despues volviéndose á la superiora le dijo:

—Pero, señora, ¿no me direis por caridad de Jesucristo qué desgracia le ha acontecido á la señorita Fitzalan?

La superiora alargó la carta á la buena religiosa, y pasándose el pañuelo por los ojos le dijo:

—Por caridad no me preguntеis: leed, y leed en voz alta, que yo no puedo.

Hízolo así sor María interrumpiendo repetidas veces la fuerza del dolor su lectura, y comunicando su sentimiento á todas las demás religiosas, que atraidas por lo extraordinario del suceso habian acudido á aquel sitio, olvidando por primera vez un mandato que se les habia comunicado de parte de la superiora.

Lord Mortimer habia recorrido con precipitados pasos el

jardin, y ofuscada su mente, tembloroso, febril, habia leido la carta de Amanda.

Mas de una vez la estrujó rabioso entre los dedos y quiso romperla sin acabar su lectura; pero al fin, como para saborear su tormento la leyó toda rápidamente y volvió despues á leerla con sardónica sonrisa.

Se creia burlado, vendido por la mujer á quien tanto amara, y desde aquel primer momento se avergonzó de sí mismo y dió crédito á las mas injuriosas interpretaciones que se ofrecieron á su imaginacion sobre los anteriores acontecimientos de la vida de Amanda.

Para pensar así era preciso atribuir á la hija de Fitzalan la maldad mas refinada, y él se la atribuyó; era preciso suponerla capaz de la mas extraordinaria hipocresía, y él se la supuso; era indispensable borrar del corazon las dulces, inocentes, castas sensaciones que ella por primera vez le habia hecho sentir, y él borró, destruyó todo lo que le hablaba en favor de ella.

Amanda, despues de burlarse por largo tiempo de su candidez y buena fe, corria tras innobles aventuras: esta fué la idea que dominó su trastornado juicio.

Anduvo de una parte á otra, buscando á veces salir del jardin al campo, sin encontrar salida alguna; intentando otras volver á la sala donde habia dejado á la superiora, sin acertar con la sala.

Media hora despues de su desaparicion le vieron volver, desordenado el cabello, descompuestas las facciones, sin color el labio, vaga la mirada, con todas las señales del mas profundo trastorno.

Encaminóse á la señora Dermont y alargándole la carta

le dijo con voz que no podia dominrr á pesar de sus esfuerzos:

—Leed, señora, os ruego que leais, para vuestro asombro, estos renglones.

La superiora tomó la carta y le dió en cambio la que á ella iba dirigida.

Lord Mortimer leyó, expresando en su semblante que no prestaba crédito alguno á las demostraciones de sentimiento que Amanda habia vertido en aquellas líneas.

La superiora comprendió con viva pena lo que daba á entender la fisonomía del mancebo, y en extremo conmovida dijo:

—Milord, Amanda es muy desgraciada y merece nuestra compasion.

—En efecto, dijo él con cierta sonrisa despues de un breve silencio, no dudo que una persona como ella ya no puede aspirar á otra cosa. No debe sin embargo exigirla de mí. Compadézcanla, enhorabuena, aquellos á quienes no haya ofendido; pero yo, yo...

—No prosigais, por Dios, lord Mortimer; vos sois cristiano, sois noble é inteligente; la habeis amado, quizá la amais aun; ¿cómo la habiais de compadecer menos?

—¡Ah señora! Yo he sido burlado, engañado por ella; en ella he amado el vicio, la ingratitud sin saberlo; ella consintió que la consagrase mi vida; que estuviera dispuesto casi á romper con mi familia si se negaba á admitirla en su seno... ¡Oh mónstruo, mónstruo!

—No anticipeis, lord Mortimer, tan severo juicio; que podriais incurrir en temeridad muy grave, temeridad de la cual tendriais que arrepentiros con vivo dolor de vuestro

generoso corazon. ¿Es posible que con tal ligereza culpeis á la que tanto amor logró inspiraros?

—¡Ligereza decís, señora! exclamó lord Mortimer; ¿puedo cerrar los ojos á lo que veo?

—No digo que las apariencias sean favorables á Amanda; por desgracia no es así; pero yo creo conocerla, y por simples apariencias, bien ambiguas por cierto, no debo autorizar las injurias, perdonad este modo de expresarme, que acabais de proferir contra ella.

—Se podria negar la luz del sol, si hubiese posibilidad de disculpar á esa traidora.

—El resentimiento os ciega, caballero. ¿Cómo hemos conocido á Amanda? ¿qué sabemos de ella? Abrid los ojos á la razon y vereis como siempre se nos ha presentado con los antecedentes mas simpáticos. ¿Acaso no la hemos visto hija tierna, sumisa y obediente? ¿Sabemos que haya olvidado nunca las leyes del decoro? ¿Ha habido criatura mas dócil y resignada? ¿La habeis visto alguna vez abandonar el camino de la virtud? No, la que ha vivido en la pobreza y la laboriosidad, no puede ser esclava del vicio.

—¡Si supierais, señora, cómo me martirizan esos recuerdos! ¡Ternura, honestidad, amor filial... todo mentira en ella!

—¡Lord Mortimer!

—Me ahoga el despecho de haber sido tan necio, y la ira de veros á vos tambien engañada como yo lo fuí tanto tiempo. No sabeis bien á quién acabais de ensalzar. Vos no conoceis sin duda á Belgrave, á quien he visto yo cruzar no hace mucho por estos alrededores, precisamente en ocasion en que ella discurria en medio de la oscuridad por

entre las ruinas. Todas las sospechas á que yo habia cerrado la entrada en mi mente, se han convertido ahora de pronto en realidades. Yo la ví turbada, sin acertar á contestarme, y sin embargo á la primera disculpa, al acento de su voz que tan directamente penetraba en mi corazon, se desvanecia á mis ojos la evidencia misma y sólo daba crédito á lo que ella me decia. ¡Funesta ceguedad!

—¡Calmaos, lord Mortimer, calmaos!

—Sí, decís bien. Mi situacion es de aquellas que deben sobrellevarse con grandes esfuerzos, so pena de dejarse uno arrastrar al frenesí.

—Yo os suplico en nombre del cielo que no la tengais por mala, y si no quereis persuadiros de que su vida anterior es una garantía contra vuestras sospechas, á lo menos, por vuestro propio bien, os lo repito, debeis compadecerla.

—¡Triste destino es el suyo... y mas triste será si algun dia la voz de la conciencia le hace comprender su indignidad! ¡Ah, vos no sabeis cuánto la he amado, señora...! No sabeis cuán horrible es para mí recordar el pasado amor y tener que decirme: ¡Nunca, nunca! Pertenece á Belgrave y ya nada de comun puede haber entre nosotros dos.

A la agitacion de Mortimer, á la especie de locura que se habia apoderado de él sucedió una calma sombría, de peor augurio.

La superiora quiso intentar de nuevo la justificacion de Amanda; pero él la atajó diciendo:

—Os suplico á mi vez, que no me hableis mas de ella, así como yo hago propósito de no molestaros con su recuerdo.

—Pero vos...

—Yo desprecio á quien tan bajamente ha correspondido á los mas nobles afectos.

En la aparente frialdad de lord Mortimer habia algo que infundia miedo. No era posible que fuese real aquel repentino cambio del cariño mas ardiente en la completa indiferencia que afectaba.

En sus desencajados ojos, en sus temblorosos labios, en la continua agitacion de todo su cuerpo se veia desmentida la serenidad que trataba de aparentar.

Bien lo conocia la señora Dermont, no menos poseida de lástima por él que por Amanda, y que á pesar de sus buenos deseos no podia hacer nada en su obsequio, ni siquiera mitigar momentáneamente los dolorosos efectos de su triste situacion.

Mortimer se habia sentado ahogando un profundo suspiro, y exclamó como si hablara consigo mismo:

—La he amado, adorado... idolatrado, y ella...

Levantóse despues de una breve pausa y con el tono de la mayor cortesía dijo:

—Tal vez os estoy molestando, señora; por otra parte será ya bien que vuelva al castillo.

—Nunca puede serme molesta, sino antes muy agradable vuestra compañía, lord Mortimer; no querria tampoco deteneros, contra vuestra voluntad; mas si me permitís que os ofrezca el desayuno...

Lord Mortimer dirigió una expresiva mirada á la mesa que sor María habia puesto para él y Amanda, y contestó:

—Os doy un millon de gracias por todo. Yo almorzaré en Carberry. Si no os es enojosa mi presencia...

—¿Podeis imaginar...?

—Entonces, me tomaré la libertad de volver mas tarde.

Saludó reverentemente y salió de la sala dando un suspiro.

La superiora le siguió hasta la puerta.

Lord Mortimer se volvió para saludarla otra vez y desapareció entre los arbustos.

La superiora se llevó el pañuelo á los ojos y se dejó caer en una silla.

Habia resistido hasta entonces una pena muy grave para no tener necesidad de desahogar su corazon.

CAPITULO XXV.

Partida de Mortimer.

Durante la escena anterior la señora Dermont habia sentido repetidos impulsos de salir de aquel penoso estado, declarando á lord Mortimer que ella misma habia sido cómplice de la fuga de Amanda, y que aun ignorando el motivo que la obligaba á alejarse tan súbitamente, no podia atribuirlo á suceso alguno de que ella tuviera que avergonzarse.

Habia prometido empero guardar el secreto y calló, con todo el pesar de su alma, oyendo á lord Mortimer atribuir á aquella inocente criatura lo que no podia menos de lastimarla.

Cierto que habria sido difícil persuadir á Mortimer de la inocencia de Amanda, no pudiendo revelarle el verdadero móvil de aquella inexplicable fuga; pero la superiora discurria bien al pensar que si su amiga hubiera obedecido á

un móvil vergonzoso, ni tenia para qué darle parte anticipadamente de su resolucion, ni le habria pedido que buscara para ella un asilo donde pudiese vivir ignorada, ni habrian sido tan verdaderas las señales de su sentimiento.

Si, como decia lord Mortimer, Amanda fuese ingrata y desleal; si perdido el sentimiento de su honor se hubiese entregado al vicio, ¿le habian de faltar medios para huir del monasterio, sin necesidad de apelar á hipocresía alguna? ¿Una aventurera habria dejado de sacar todo el partido posible de las grandes riquezas de su amante? ¿Se habria resistido tanto y tan heróicamente á casarse con él, para lo cual durante largo tiempo el único obstáculo habia sido su voluntad?

Así discurria la superiora que ni un momento dudó de las excelentes prendas de Amanda; pero no dejaba de padecer viendo el dolor y la obcecacion del desgraciado mozo, y comprendia bien el efecto desastroso que en su ánimo producia la repentina desaparicion de la que se habia acostumbrado á considerar como esposa.

Dos horas despues de la salida de Mortimer del convento llegaron unos criados suyos con el encargo de despedir la silla de posta que tenia preparada para emprender el viaje de que en vano habia esperado aquella felicidad á que tenia que renunciar para siempre.

La superiora les preguntó como estaba su amo.

—Malo está, señora, respondió uno de ellos: jamás habíamos pasado una mañana tan triste.

Lo mismo podia decir de sí y las religiosas aquella buena señora.

No parecia sino que con Amanda hubiese desaparecido la risueña paz del convento.

Lúgubre era el silencio y en todos los semblantes se veia pintada la pesadumbre.

Sor María se acercó varias veces á la superiora porque á su lado lloraba mas á su sabor.

Las demás religiosas apenas levantaban la voz y no se atrevian á comunicarse unas á otras sus pensamientos.

A cosa de las cinco de la tarde volvió á presentarse lord Mortimer en aquel sitio que tan dulces y tan amargos recuerdos despertaba en él.

Estaba aun más pálido que cuando habia partido, caminaba á paso lento y llevaba un brazo en cabestrillo.

La superiora al verle se dirigió á él mostrando grave anhelo.

En su ademan leyó lord Mortimer una serie de preguntas á que creyó satisfacer diciendo:

—No os alarme al verme así, señora. Eso únicamente significa que me han hecho una sangría. Me enojé esta mañana en el primer momento, y al volver á casa determinó el doctor aligerarme un poco de sangre.

—¿Y os sentís mejor?

—Me siento perfectamente, respondió Mortimer con fingida calma. Lo único que deploro es que en breve no gozaré de la dicha de veros.

—¿Vais á dejar á Carberry?

—Sí, señora, y si teneis algo que mandarme para Dublin, donde me embarcaré, ó para Inglaterra, á donde me marcho, ya sabeis que tendré un gusto especial en serviros.

—Mil gracias, le contestó la abadesa, compadeciendo

profundamente al que en su concepto debia de padecer mucho para fingirse tan tranquilo; ved si en nuestra inutilidad aun podemos serviros...

—Os agradezco el buen ofrecimienio. No he querido dejar estos lugares, sin deciros antes que en tiempos mejores para mí, una desgraciada os brindó con ciertos beneficios para el convento. La promesa, expresa ó tácitamente, puede decirse que fué hecha en mi nombre y yo tengo empeño en que se cumpla en todas sus partes.

—Caballero...

—No trateis de disuadirme de un empeño que considero sagrado para mí.

—Permitidme haceros saber que de lo poco que hemos hecho en favor de la señorita Fitzalan estamos recompensadas con exceso.

—Señora, vos que sois buena para con todo el mundo, dijo Mortimer, no dejareis de serlo para mí, privándome de un propósito que tengo empeño en realizar, y que ni á vos ni á mí nos puede acarrear perjuicio. Al fin y al cabo no era ella, era yo quien os habia rogado aceptaseis de mi mano cincuenta libras esterlinas todos los años, y ella habia logrado hacéroslas aceptar... como lograba todo lo que se proponia.

—Y por fortuna creo que nunca se ha propuesto nada que pudiera menoscabar su delicadeza.

—Dios os conserve tan piadosa creencia, que yo...

Calló Mortimer y dejó caer con abatimiento la cabeza sobre el pecho.

Lo superiora le dirigió una mirada y vió que la expresion de su rostro no convenia en modo alguno con la calma y la insensibilidad de que hacia alarde.

—¿Tomariais de buena gana una taza de té? le preguntó.

—Mucho os agradeceria este obsequio, dijo Mortimer.

Salió un momento la superiora.

Él exhaló un profundo suspiro y se apoyó en la ventana que caia al jardin.

Los pensamientos que se atropellaban en su mente agitaban su corazon con violencia extraordinaria, y su semblante pálido y abatido se animó rápidamente con el calor de diversas pasiones.

Cada palmo de terreno le recordaba una alegría, una dicha, una esperanza, y hacia resaltar mas la crudeza del desengaño.

Acordóse de toda la intensidad con que habia adorado á la fugitiva, se retiró de la ventana y dando descompuestos pasos por la sala, exclamó respondiéndose á sí mismo:

—¡Y así me ha pagado y esta ha sido la correspondencia de tan inmenso amor!

La superiora, que iba á entrar en aquel momento, se volvió atrás no queriendo que lord Mortimer se viese sorprendido por ella en aquel estado, y no entró en la sala sino cuando la criada trajo el té, con el cuidado de hablar en alta voz desde el pasillo para darle tiempo de reponerse.

Mientras estuvo al lado de la superiora, no trató él de disimular la tristeza, sin duda porque no se sentia con fuerzas para llevar tan adelante el fingimiento.

La buena señora no acertaba á consolarle: antes temia exasperar su dolor recordándole á su amada.

Él por su parte, aunque sólo pensaba en ella, no queria tener que pronunciar su nombre, y no hablando de ella ¿qué palabras habian de proferir sus labios?

Levantóse con el triste semblante que tanto lastimaba á la superiora, y con la mirada vaga, incierto el paso y sin tino en los movimientos, parecia agitado por una de las mas enojosas pesadumbres.

—Voy á partir, dijo con voz breve y ahogada.

La superiora se acercó á él y le vió enrojecidos los ojos. Iba á hablarle; pero viéndole respirar con dificultad se detuvo.

Lord Mortimer extendió pausadamente el brazo, y sin levantar las miradas á la superiora, le dijo con acento mas conmovido que nunca:

—Creo que os entregué la carta... de la señorita Fitzalan.

Ella la sacó del bolsillo y se la devolvió, y al ver que la mano de Mortimer temblaba conmovida al contacto del papel, exclamó:

—¡Oh! la amais, la amais todavía, y eso me prueba mas y mas que Amanda es digna de ser amada. Vuestro corazon no puede equivocarse y os habla en altas voces por ella.

—Señora... dijo Mortimer con entrecortado acento, sin que llore la pérdida de esa mujer, bien me puede ser lícito deplorar mi pasada credulidad.

—No temais confiarme á mí que la amais todavía; autorizadme para que si alguna vez la vuelvo á estrechar en mis brazos, pueda decirle: lord Mortimer no dejó de amaros...

Mortimer estrechó violentamente la mano de la señorita Dermont, y balbuceando un sentido adios, salió á toda prisa para esconder el llanto que manó de sus ojos apenas volvió la cabeza.

La superiora rompió tambien á llorar, pero siguió á lord Mortimer hasta fuera del jardin del convento.

El lacayo corrió á abrirle la portezuela, y él, despues de intentar en vano subir por su pié al coche, tuvo que apoyarse en su criado y se dejó caer en el asiento como hombre exhausto de fuerzas.

Partió el carruaje y la superiora se volvió al convento llena de congoja.

Las religiosas todas guardaban una compostura, un órden y un silencio, como si hubiera muerto alguna persona de la familia.

La señora Dermont envió al dia siguiente á preguntar por lord Mortimer, pero sólo pudo saber que habia salido del castillo y que no podrian darle noticias suyas hasta dentro de tres meses, esto es cuando llegase el nuevo administrador nombrando por su padre.

Por la gente de los alrededores, que lamentaban la ausencia del desgraciado mancebo, averiguó que habia derramado beneficios por todas partes, y que durante su permanencia en Carberry habia aliviado muchas miserias, y así era bendecido dentro y fuera del convento.

Al cabo de cierto tiempo en toda la comarca hubo un nuevo motivo para repetir las alabanzas de Lord Mortimer.

Llegaron al pié de la iglesia parroquial dos carros procedentes de Dublin cargados de mármoles, y con tanto asombro como agradecimiento vió la gente que por mandato del jóven lord se levantaba un monumento fúnebre á la memoria del capitan Fitzalan.

Tres meses antes el que habia de ser esposa de su hija habia encargado la obra á un artista, que una vez termi-

nado su trabajo, cumplia con los deseos del comprador poniendo delante de todos el bello tributo á la memoria del honrado cuanto infeliz Fitzalan.

La superiora del convento envió en seguida á sor María y á otra de las religiosas para que en nombre de la comunidad fuesen á rezar por el difunto y por la salud y dicha de lord Mortimer, al pié del reciente sepulcro.

Cuando volvieron aquellas muy enternecidas, describieron como obra magnífica aquella expresion de los nobles afectos del lord, en cuyo frontispicio se leian las siguientes palabras: «Aquel cuya memoria perpetúa este mármol, fué valiente y pundonoroso en el ejército y heróicamente honrado en la vida civil. ¡Ojalá alcance una recompensa igual á sus virtudes!

La señora Dermont, que deseaba y temia escribir á Amanda, porque conocia cuánto podia entristecerla la relacion de lo sucedido con lord Mortimer y del poco favorable concepto que formara de la que tanto habia amado desde que supo su fuga, se animó un tanto aquel dia, pareciéndole que lo del monumento de mármol levantado á la memoria de Fitzalan era cosa de bastante importancia para ser comunicada inmediatamente á su hija.

Esta noticia, decia entre sí, la compensará hasta cierto punto de sus amarguras; y persuadida de que al fin podia proporcionar aquel alivio á su amiga, puso mano á la pluma acto continuo.

La excelente señora queria escribir de su propio puño toda la carta para que las demás religiosas no se enterasen de las muchas é interesantes cosas que debia contener; pero como sus deberes la ocupaban mucho tiempo y por

otra parte tenia la vista muy cansada y la mano algo temblorosa, escribia muy poco á poco.

Además queria tan tiernamente á Amanda y eran tan tristes en su mayor parte los sucesos que tenia que referirle, que con frecuencia tenia que suspender su tarea, pues el llanto y la conmocion no le consentian llevarla adelante.

Así iba escribiendo pocos párrafos cada dia, y la carta no partió para el puerto de San Patricio sino ocho dias despues de comenzada.

CAPITULO XXVI.

Una visita.

Los hechos que acabamos de referir sucintamente iban relatados con mas pormenores en la carta de la señora Dermont.

Como le interesaba tanto todo lo que á Amanda se referia, no dejó en su escrito por apuntar nada absolutamente, y no sólo le envió un relato completo de los sucesos, sino que de cuando en cuando interrumpia el asunto de que estaba escribiendo, para intercalar reflexiones y lamentos, conforme su mente y su corazon se los iban dictando.

Uno de los párrafos de la carta decia:

«Mi querida amiga, á mí me repugna mucho tener que «ocultar á un hombre tan noble y generoso la certeza que «tengo de que no sois culpable. Ya habeis visto como, á «pesar de dolerme mucho, he trascrito las expresiones que «profirió contra vuestra lealtad; dadme á lo menos que «pueda desengañarle. Lord Mortimer, aunque apasionado

«por vos y por todo lo que es digno de un corazon honra-«do, está dotado de muy buen juicio; confesadle, pues, el «motivo que os aleja de él, y siendo tan poderoso como «vos decís, se hará cargo de la razon y admirará vuestra «fortaleza, así como hoy os acusa de frágil. Ya que no le «ha de ser dado realizar su esperanza de casarse con vos, «concededle á lo menos el consuelo de saber que no ha «amado á una mujer ruin, y, no lo dudeis, esta convic-«cion endulzará su amargura, vos no perdereis nada de «ello y yo tendré el gozo de saber que sois estimada como «deseo y mereceis.»

En otro párrafo le decia:

«La situacion de lord Mortimer es tanto mas horrible «cuanto os ama á su despecho. Si pudiera olvidaros ó abor-«receros, no seria tan digno de lástima, mundanamente «hablando; pero lo mas doloroso es que aun creyéndoos «desleal, no pueda borrar de su pecho vuestra imágen, y «así su vida es de las que mas necesitan los auxilios de la «divina gracia para que no sea una desesperacion con-«tinua.»

El final de la carta contenia párrafos pidiendo noticias acerca de la señora Ferson, y dando las de las religiosas, que no se habian olvidado un solo momento de la que habia sido su amable huéspeda.

La superiora anunciaba tambien á Amanda sus temores de que pasados los primeros dias no podria esta resignarse á vivir en aquella aldea oscura é inculta; y le prevenia que si llegaba á suceder así, cuando se habria tranquili-zado un poco, le buscaria otra colocacion mas propia de su juventud y de sus talentos.

Por fin, le rogaba que le escribiese á menudo, y que la dispensase si ella no le contestaba en seguida, porque sus ocupaciones y achaques no se lo consentian.

«No espero, decia al concluir, tener sucesos de impor-«tancia que comunicaros, pues ya sabeis que aquí la vida «es siempre igual y tranquila; pero si alguna vez tuviese «alguna noticia que me pareciese de importancia para vos, «os la comunicaria sin pérdida de tiempo. Cuando os pa-«rezca bien que se os envie la ropa que aquí dejasteis, no «teneis mas que pedirla, pues el capitan del barco que os «trajo ahí, está siempre dispuesto á servirnos y aun ten-«drá gran placer en serviros á vos. A pesar de ser hombre «rudo, como buen marino, no le ha pasado por alto vues-«tra delicadeza y ha venido elogiándoos y lastimado de «vos como si os conociera de toda la vida.

«Por el cielo os suplico que me permitais escribir á lord «Mortimer, desvaneciendo sus sospechas: el corazon me «dice que si yo le afirmo que mereceis su estimacion, dará «crédito á mis palabras.»

Si la superiora tuvo que interumpir su carta al escribirla, Amanda tuvo tiambien que suspender repetidas veces su lectura.

Ora por consideracion á su propia desgracia, ora por lástima de Mortimer, y ora en fin por las reflexiones de su respetable amiga, brotaban en abundancia las lágrimas de sus ojos.

En vano intentó pedir á su corazon energía suficiente para arrostrar con entereza aquel amargo trance; cuando no el dolor de su estado, abatia su ánimo el que padecia Mortimer tan injustamente como ella.

—¡Jamás... jamás, repetia, podremos vernos unidos en la tierra! mi única esperanza se funda en un mundo mejor donde con igual cariño puedan amarse todos los buenos, donde en presencia de la que haya sido aquí tu esposa podamos abrazarnos sin rubor ni delito!

Meditaba recostada en un enorme peñasco que se levantaba á su espalda, y volvia á leer alguno de los párrafos de la carta.

No quiso en manera alguna acceder á la tierna súplica de la superiora para revelar nada á Mortimer; pero se compadecia de él pensando en la infamia que estaba suspendida sobre su cabeza por los errores de su padre, y procuraba en seguida apartar de este el pensamiento para no tener que aborrecerle.

Verdad es que en su conciencia tenia la compensacion á que podia aspirar por su sacrificio; pero en aquellos momentos, cuando llegaba á buscar la paz en aquel testimonio de su probidad, ya habia padecido y llorado mucho.

Por fin, lo primero que acertó á determinar fué exigir de la superiora que nunca hablase para nada de ella á lord Mortimer, pues si este llegaba á sospechar que aun le quedaba una remota esperanza de reanudar los lazos que les habian unido, se opondria á los deseos de su padre y su sacrificio llegaria á ser mas doloroso y al mismo tiempo mas estéril.

Embebecida en su dolor y en la multitud de ideas que la lectura de aquella anhelada carta le inspirara, voló el tiempo sin que ella lo notase.

La criada, que hacia rato la andaba buscando y llaman-

do á voces, dió por fin con su escondrijo y con grande admiracion exclamó:

—¡Aquí estabais! He pasado tres ó cuatro veces por este sitio y no os habia visto. Despues de buscaros con tanto afan...

—¿Pues qué ocurre para que me busqueis?

—¿Qué ha de ocurrir? replicó la muchacha con risa estúpida; que ya pasó la hora de tomar el té, y el ama está refunfuñando y dice que era tiempo de que estuvieseis de vuelta.

—¡Tiene razon! dijo Amanda comprendiendo que su ausencia habia sido muy larga, y á vivo paso se volvió á la casa.

La señora Ferson la esperaba murmurando á sus solas, mas ceñuda que nunca.

Apenas traspasó Amanda la puerta se encontró con los airados ojos de la anciana.

—Esta se fijó en su palidez, vió que aun tenia los ojos enrojecidos, y dijo:

—Bien os aprovechais del permiso que os dí para salir; se conoce que lo pasais mejor fuera de casa que entre las paredes. Aunque no todo deben de haber sido gustos: traeis los ojos hinchados y teneis un color enfermizo que son muy malos indicios. Siempre sospeché yo que la carta trataria de algun noviajo y se me figura que no me habré equivocado.

—Siento mucho, señora, veros enojada, replicó Amanda con humildad. La carta, como os dije, es de una íntima amiga mia...

La Señora Ferson la volvió la espalda murmurando, y Amanda padeció como nunca de su amor propio.

Si hubiera tenido otro asilo mas humilde aun, pero donde respetasen su delicadeza, inmediamente habria salido de aquella casa.

El carácter desabrido de la anciana aumentaba el padecer del corazon de Amanda, harto lacerado ya con la renovacion de amargas memorias y tambien con las circunstanciadas noticias que le acababa de comunicar la superiora.

Aumentaba su tristeza el pensar que en lo sucesivo quizá ni aun tendria el consuelo de aquella correspondencia, pues bien claro le dejaba entender la señora Dermont que podia dejar largos períodos de tiempo sin escribirle nada.

Resignóse, pues, á su desdichada suerte, pero con el propósito de dirigirse dentro de cierto tiempo á la señora Dermont, á fin de que antes de que llegase el invierno le tuviese buscada otra colocacion. La señora Dermont tenia muchas relaciones en Escocia, y no apremiándola podia recomendarla para aya ó instructora de alguna familia capaz de apreciar su carácter y hacer valer sus talentos.

Entre tanto se propuso no contrariar á la anciana ni darle ocasiones de enojo.

Al dia siguiente madrugó mucho y escribió á la superiora una larga carta.

En ella le daba cuenta del efecto que le habian producido sus noticias, de la disposicion de su ánimo, de lo que pasaba en casa de la señora Ferson, cuyo carácter y costumbres describia en breves rasgos, sin exageracion ni malevolencia, y por último, le dejó entender sus deseos de

que á fines de verano ó durante el otoño pudiera verse colocada por su influjo en otra casa mas á propósito para lo que ella sabia hacer.

Un pobre aldeano se encargó de llevar la carta al correo y recibió en pago una moneda de plata, que le dió alas para cumplir prontamente el encargo.

Entró Amanda en la sala de lecciones antes que ninguna de las niñas y procuró que la señora Ferson no descubriese en su rostro señal alguna de su interior agitacion.

Asistian á la escuela dos hermosas niñas, huérfanas de padre, por quien aun vestian luto.

Las tiernas criaturas, por su bello carácter y su reciente orfandad merecian muchas distinciones á Amanda, y ellas le correspondian perfectamente y se le mostraban especialmente aficionadas.

Aquel dia al entrar en la sala las dos niñas se alegraron de ver que Amanda las recibia risueña y cariñosa como siempre, y de que no estuviese allí la señora Ferson, cuyo genio agrio les era antipático.

Corrieron, pues, á abrazar á su amiga, y la mayor aplicándole sus colorados labios al oido, le dijo estrechándola contra su pecho:

—Hoy va á venir aquí mamá.

—¿Por qué, hija mia? preguntó Amanda.

—Para veros.

—¿A mí? ¿Me conoce acaso vuestra mamá?

—¡Mucho!

—No sabia yo que tuviera esa dicha, dijo Amanda sonriendo, pero estremeciéndose al mismo tiempo con el temor de que en efecto la madre de aquellas niñas la conociese y

descubriese que estaba allí como fugitiva y con nombre supuesto.

—Nosotros, replicó la niña, le hablamos de vos todos los dias: le decimos que nos corregís con dulzura, que sois muy paciente con todas las niñas...; en fin, se lo contamos todo, y como mi mamá quiere en seguida á las personas que nos aman...

Mostróse Amanda muy agradecida al buen concepto que las dos niñas habian hecho formar de ella á su madre; pero permaneció en continua zozobra hasta que se presentó esta.

En efecto, aquella señora entró en la escuela á hora temprana, y á la primera comenzó á tranquilizarse Amanda, creyendo, como era verdad, que no la habia visto hasta entonces.

La madre de las niñas era jóven aun, y de figura simpática, que se hacia mas atractiva por el luto que la cubria y el sentimiento que llevaba pintado en el semblante.

Mostróse muy cortés desde los primeros momentos, y aprovechando discretamente la ocasion en que la anciana profesora examinaba las tareas del extremo opuesto de la sala, manifestó á Amanda lo agradecida que le estaba por el cariño que tenia á sus hijas y el celo que ponia en su enseñanza.

—Yo, señorita, añadió, debo estaros mas agradecida que otra madre, pues mientras pude fuí su única maestra. Os confieso á la verdad que cuando por el mal estado de mi salud me ví obligada á llevarlas á aprender fuera de casa, temí que no perdiesen lo poco que yo les habia enseñado; pero veo que hacen cada dia nuevos progresos...

—Son muy aplicadas y muy dóciles, interrumpió Amanda.

—Y vos, señorita, muy modesta, pues yo sé los cuidados que os tomais por ellas.

La madre, que se llamaba Duncan, despues de repetir Amanda lo mucho que se alegraba de haberla conocido, suplicó á la anciana que aquella tarde fuese á su casa á tomar el té.

La señora Ferson aceptó muy gustosa, pues era tan amiga de curiosear y hacer tertulia en casa ajena, como de que nadie frecuentase la suya ni se detuviese mucho tiempo en ella.

Preguntó la señora Duncan si Amanda la acompañaria, y la anciana dijo:

—Si no os ha de saber mal, la llevaré conmigo: así tendré compañía para ir y venir.

—Antes me alegraré mucho, replicó la señora Duncan, estaremos las tres solas... no, que tambien tengo convidada á otra señora de vuestra edad, con la cual podreis hablar de aquellos tiempos.

La señora Ferson se frotó las manos de gusto, pensando que aquella tarde se ahorraria el té, el azúcar y buen rato de luz.

La casa de la señora Duncan distaba poco de la escuela, lo cual era otro motivo de contento, pues iba á pasar bien el rato sin necesidad de fatigarse.

Amanda se alegró de verla contenta, esperando que tal vez en la tertulia se le templaria el humor y no se mostraria tan atrabiliaria al siguiente dia.

CAPITULO XXVII.

Proyecto en ciernes.

Cuando llegaron á casa de la señora Duncan, ya estaba allí la vieja de quien esta habia hablado.

Fueron perfectamente recibidas y durante buen rato la conversacion se hizo general; pero poco á poco la señora Duncan hizo de modo que las dos ancianas trataron entre sí de los tiempos pasados, y ella y Amanda en voz baja hablaron libremente.

La señora Duncan preguntó á Amanda si se habia dedicado siempre á la enseñanza; Amanda le respondió negativamente, y replicó aquella:

—Yo me lo figuré así al veros. Por cierto que así como me consuela que á mis hijas les haya cabido en suerte una profesora como vos, me pesa por otra parte de veros dedicada á la enseñanza en este corto lugar, donde no puede ser apreciado vuestro mérito. En casa de la señora Ferson debeis estar sobrecargada de trabajo.

—No se puede decir que huelgo durante las horas de colegio; pero con un poco de buena voluntad...

—Bien se conoce que no os falta. Esta es fortuna vuestra. Por lo demás, á vuestra edad debe ser poco grata la vida que llevais. La casa de la señora Ferson es triste, y su carácter que se conoce han agriado los años, no puede ser el que convenga con el vuestro ni sus ideas y pensamientos á los que es natural os sean propios. Si á lo menos tuvierais una compañera...

—Muy grato me seria gozar á menudo de la conversacion y el trato de una amiga; pero me parece que la señora Ferson no me lo permitiria.

—Lo mismo se me figura á mí y no le hago un cargo por ello. A su edad todo inspira desconfianza, celos...

—Cierto, señora, yo no estoy á gusto á su lado; pero tambien la disculpo como vos.

—¿Paseais con frecuencia? preguntó despues de una pausa la señora Duncan.

—Ahora sí, desde hace algunos dias. Al principio la señora Ferson no me dejaba salir de casa; pero yo me sentia ahogar, tenia necesidad de respirar el aire libre; se lo dije, y aunque le costó un poco otorgarme el permiso para salir de casa, al fin fué condescendiente conmigo: sin duda se convenció de que era mas bien una necesidad que un regalo para mí el paseo.

—Yo he salido algunas veces á dar una vuelta y nunca he tenido el gusto de encontraros. Estaba cierta de conoceros donde quiera que os viese, porque siempre supuse que no os pareceriais á las demas jóvenes del pueblo, por lo que de vos me habian dicho mis hijas.

—Suelo ir siempre por las orillas del mar.

—¡El mar! dijo tristemente la señora Duncan, tambien por mí tienen mucho atractivo sus playas, aunque me recuerdan de continuo la causa de mi temprana viudez.

Sus ojos se empañaron con el llanto, y cogiendo á Amanda de la mano prosiguió:

—Figuraos que Duncan, mi pobre esposo, era para mí el amigo mas tierno: era como mi amante y mi hermano á la vez. Cuando nos casamos tenia él algunos quebraderos de cabeza con motivo de los pleitos y atrasos que pesaban sobre su casa; pero su inteligencia y actitud triunfaron de todo y últimamente vivíamos tranquilos, sín tener que ocuparnos de agentes, abogados ni tribunales, y con un aumento considerable en nuestros bienes. Nuestras hijas eran su encanto, y por su futura suerte hacíamos cada dia mil propósitos y cálculos.

Un dia se separó por breves momentos; ¡quién hubiera dicho que ya no le habia de ver mas!

Salió con unos vecinos á dar un paseo por el mar, y las olas irritadas sumergieron la frágil barquilla y arrojaron su cadáver á la playa.

—¡Cuánto siento, señora, haber despertado en vos un recuerdo que no puede menos de entristeceros!

—No, amiga mia, no debe pesaros. Este recuerdo, aunque triste, me es grato. Por eso voy á menudo á pasear por la playa: aun me creo obligada á renovar por mí misma la memoria de mi excelente esposo, y aun cuando veo que lloro pensando en él, experimento en medio del dolor cierta satisfaccion. Se me figura que así tengo un dato

cierto de que no he sido indigna del amor de aquel inestimable amigo.

Las palabras de la señora Duncan ganaron el corazon de Amanda, que reconoció en ella mucha bondad y delicadeza.

Hablaron muy gustosas una y otra hasta el momento de despedirse, y la hija de Fitzalan se fué consolada en cierto modo de sus pesares con el nuevo conocimiento que habia hecho.

De vuelta á su casa, y á solas en su aposento, no pudo menos de acordarse, por asimilacion de ideas, del buen efecto que habia merecido tambien á Araminta, la hermana de Mortimer.

—¡Dios mio! dijo para sí, el destino me aleja de todos los séres que me muestran alguna simpatía. Despues de arrebatarme la muerte á los individuos de mi familia, sólo me deja al buen Oscar, de cuyas noticias me veo privada hace tanto tiempo. ¡Araminta... la señora Dormer... la buena superiora de Santa Catalina...! ¿será que nunca haya de volver á veros?

Se cubrió los ojos con ambas manos, y con mayor pesar, en voz muy baja, como si temiese oirse á sí misma, pronunció ó mas bien suspiró el nombre de Mortimer.

Al siguiente dia salió á paseo á la hora acostumbrada, y apenas se acercó á las rocas de la orilla del mar, vió á la señora Duncan que parecia buscarla con la vista y se encaminó á su encuentro.

Pasaron el rato agradablemente conversando, y se citaron para verse todos los dias en aquel sitio, como en efecto así lo hicieron con gran consuelo para entrambas..

La señora Duncan conocia bien que la delicadeza y la esmerada educacion de Amanda no correspondian á su oscuro estado; mas fué discreta y no le dirigió pregunta alguna sobre su vida pasada.

A medida que se iban tratando y conociendo se iban alegrando mas y mas una y otra de que á lo menos la suerte las hubiese reunido.

Un mes hacia que se trataban, cuando un dia notó Amanda que la señora Duncan tenia el semblante mas triste que de costumbre.

—¿Qué es esto? preguntó ella; ¿estais apesadumbrada?

—Sí, por cierto, amiga mia.

—¡Cuánto lo siento! Si á lo menos yo pudiera daros algun alivio...

—Por lo pronto puedo deciros que no sois completamente ajena á mi pesar, dijo la señora Duncan.

—¿Yo? exclamó Amanda sumamente admirada.

—Sí, amiga mia, sí. Se acerca la época de mi partida; tendré que separarme de vos... y me entristezco siempre que pienso en ello.

—¡Vais á dejar este pueblo! dijo á su vez con dolor Amanda.

Inmediatamente se le representó en la imaginacion el triste invierno que iba á pasar.

La superiora no le habia escrito aun: temió que no podria acaso proporcionarle colocacion mejor y que se veria condenada á pasar el peor tiempo del año sola con la anciana.

—¿Qué teneis? le preguntó á su vez la señora Duncan viéndola cabizbaja y meditabunda.

—¿Qué he de tener, señora? El cielo me aleja siempre de las personas que me aprecian y en cuya compañía me encuentro bien. Me anunciais vuestra próxima partida... considerad el invierno que me espera.

—Querida Amanda, dijo la señora Duncan, yo tengo una tia que me quiere mucho y me lo demostró del modo mas evidente cuando el estado de nuestros negocios parecia peor. Esta buena señora me propone que me vaya á vivir con ella. Vive en un lugar que dista de aquí diez millas. ¿No habeis oido hablar nunca de la célebre abadía de los Murley? Allí vive y tiene á su cargo toda la administracion de sus tierras.

Amanda se estremeció al oir pronunciar el nombre de la abadía en que habia nacido su desgraciada madre.

Palidecieron súbitamente sus mejillas y turbóse su mente con aquel doloroso recuerdo, pero no queriendo dejar entender sus sentimientos, hizo un esfuerzo sobre sí misma y respondió:

—En efecto, señora, la abadía de... en efecto, he oido hablar de ella.

—Pues bien, amiga, mi tia, aunque sólo tiene allí el cargo de la administracion, vive como si fuera su dueña y viene á serlo en realidad, pues está autorizada para disponer de todo, y ningun individuo de la familia propietaria se ha presentado en la abadía desde la muerte del conde Murley. Pero como todo se compensa en este mundo, dice mi tia y dice muy bien que vive allí como soberana, pero como soberana sin corte. La buena señora se fastidia, se aburre de la enojosa soledad que la rodea, y esta mañana he recibido una carta suya en que me pregunta si tendria

yo algun inconveniente en vivir á su lado. La buena y excelente mujer no me recuerda ninguno de los muchos beneficios que le debimos mi marido y yo en los primeros años de nuestro matrimonio. Al contrario, me dice que si yo la acompañara en lo poco que debe quedarme de vida, mis hijas y yo seríamos sus únicos herederos. Yo os confieso que para mí nada ambiciono, pero lo deseo todo para mis pobres hijas, y mi tia debe de haber hecho grandes ahorros, pues bien supondreis que aunque fuera derrochadora, no tendria en qué gastar, y la administracion de la abadía da mucho de sí.

—De suerte que partireis...; estais doblemente obligada á ello.

—Obligada me considero, bien decís; ¿sabeis lo único que me da temor? La idea de que mis hijas carecerán en la abadía de la excelente educacion y enseñanza que de vos están recibiendo.

—¡Oh señora! dijo Amanda con su habitual modestia; lo que pueden aprender ahora en tan tierna edad, se lo enseñarán en cualquier parte.

—Ahora están en edad de educarse, dijo la madre, y por otra parte vendrá tiempo, si Dios no me las quita, en que serán capaces de aprender mas y no tendrán quien se lo enseñe. Yo ya habia discurrido tiempo atrás, que cuando ellas llegasen á cierta edad, tendria que ir á establecerme por su causa en una poblacion mas importante; pero ahora el ofrecimiento de mi tia me obliga á formar nuevos planes. Bien sé que aun estando yo en la abadía podria enviarlas á un colegio de la capital; pero estoy acostumbrada á tenerlas siempre junto á mí y no podria soportar su ausencia.

—Lo creo, señora.

—Este punto me ha dado mucho que discurrir y he pensado que tal vez vos...

—De poco puede serviros mi consejo; pero ya sabeis que si en algo puedo seros útil, no teneis mas que indicármelo.

—Oid. Para que yo pudiese complacer á mi querida tia, sin perjuicio para la educacion de mis hijas, seria menester que en la abadía de Murley hubiera una persona capaz de dedicarse á su enseñanza.

—Es cierto.

—Si en lugar de una aya encontrasen una amiga, que al mismo tiempo lo fuese mia, mi satisfaccion seria completa.

Amanda al oir estas palabras comprendió que por medio de rodeos la señora Duncan iba á proponerla que fuera ella la amiga y preceptora de sus hijas.

Palpitó su pecho de emocion á semejante idea, y encendido el rostro levantó los ojos á su compañera, que tambien la estaba mirando fijamente.

La señora Duncan comprendió que habia sido adivinada, y dijo entonces:

—Y qué, amiga mia, ¿será menester deciros con toda claridad que vos sois la única persona que me podria tranquilizar con respecto á un asunto de tanta importancia? ¡Cuán grata me habia de ser vuestra compañía! ¡con qué tranquilidad veria yo á mis hijas entregadas á vuestra direccion! Vos me acabais de decir que veriais con dolor nuestro apartamiento; pues bien, si quereis no nos separaremos: venid conmigo á la abadía.

—Señora, contestó Amanda, de ninguna manera podria

explicaros el gozo con que acabo de oiros. Vivir á vuestro lado... encargarme de la enseñanza de vuestras hijas... saber que me habriais de mirar como amiga... esto es mas de lo que yo me atrevia á desear.

—¡Ah, con que me prometeis aceptar el puesto que os ofrezco! Sí, sí, no consiento ya que me digais que no. Os deberé mucho, muchísimo y mis hijas tambien, pues estoy segura que al saber que van á continuar viéndoos todos los dias, sentirán un regocijo tan grande, como grande habria sido su pesar si hubieran tenido que alejarse de vos y recibir lecciones de otra persona. Mi tia, como generalmente les sucede á las personas de su edad, no admite con gusto en su casa á gentes extrañas. Creo tambien que este carácter suyo está conforme con las órdenes de los señores de Murley; en fin, sea por lo que fuere, me advierte en su carta que si me determino á pasar á vivir en su compañía, no diga á nadie á dónde voy. Por esta razon no me atrevo desde luego á llevaros conmigo, pero le escribiré inmediatamente, pidiéndole beneplácito y estoy segura que no me lo negará. No tardaremos mas de dos dias en saber su contestacion.

—¿Os parece que entere á la señora Ferson de nuestros proyectos?

—Por ahora os aconsejaria que no, hasta que tengamos respuesta de mi tia; pues aunque no dudo que seais bien recibida por ella, conviene ser en todo prudente. La señora Ferson podria ver con enojo vuestra partida y echar á perder nuestro plan, haciendo público el sitio á donde vamos, cosa que, como os he indicado, me encarga encarecidamente mi tia que oculte á todo el mundo.

—Nada le diré, pues, hasta que vos me aviseis.

En esta conformidad se separaron las dos amigas, y los pensamientos que Amanda concibió acerca de aquel proyecto modificaron el curso de sus ideas, comunicándole una agitacion en nada semejante á la que hasta entonces padeciera.

Por fin deseaba algo posible y que, en su concepto, podia alcanzarse sin gran dificultad.

Salir de la casa de la señora Ferson donde se ahogaba de pena, partir en compañía de una amiga casi de su misma edad y delicadeza en todo, y respirar bajo el mismo techo que habia cobijado la cuna de su madre, era todo un porvenir para Amanda.

Veia en el logro de aquellos deseos una compensacion tan grata en medio de su desdicha, que por lo mismo, acostumbrada como estaba á los reveses de la suerte, llegó á temer que algun inconveniente vendria á derribar el castillo de sus esperanzas.

Aquella noche soñó que al entrar en la abadía su madre salia á recibirla.

CAPITULO XXVIII.

Enojo de la señora Ferson.

Al siguiente dia, Amanda y la señora Duncan se encontraron como solian en su paseo favorito, y no supieron hablar sino de sus esperanzas de verse reunidas en lo sucesivo para no separarse tal vez nunca.

—Mis hijas, decia esta, se van á volver locas de alegría cuando sepan que no tendrán que tomar lecciones mas que de vos.

—No fiemos mucho en lo incierto, replicó Amanda en tono melancólico.

La señora Duncan procuró inspirarle la confianza que á ella la animaba, y durante el paseo no hizo mas que echar planes sobre su manera de ocupar el tiempo cuando viviesen juntas.

Amanda, á pesar de su prudencia, se dejó llevar poco á poco del humor de su compañera y se entregó á las mas

risueñas esperanzas; de manera que se le hizo muy breve el tiempo que pasó con la señora Duncan y muy largo el que medió entre aquella conversacion y su entrevista del dia siguiente.

Por la noche apenas consiguió Amanda cerrar los ojos.

Esperaba con ansia el nuevo dia que segun cálculo de su amiga seria el último de sus dudas.

Comparaba el aislamiento y la falta de comunidad de afectos en que vivia con el cariño de que podia gozar en la nueva morada, y hasta le parecia que el habitar la casa donde su madre habia vivido le habia de infundir nuevo valor para arrostrar su contraria suerte.

Levantóse muy temprano, y anduvo turbada hasta la hora de encontrarse con su amiga.

Llegó por fin la hora del paseo, y su paso era mas vivo y mas brillantes eran tambien sus miradas.

Desde muy lejos vió á la señora Duncan, quien por su parte, apenas divisó á Amanda, levantó en alto una carta que llevaba en la mano, y mostró risueño aquel semblante por lo comun tan melancólico.

Comprendiéronse mútuamente antes de hablarse, y por un movimiento espontáneo en las dos, se echaron una en brazos de otra.

—Traigo el permiso de llevaros conmigo, dijo la señora Duncan, con tal que vos y yo salgamos de aquí sin decir á dónde vamos. ¿No os alegrais?

—¡Oh! Me he alegrado desde el punto en que os he visto. El corazon me ha dicho que estaban realizadas nuestras esperanzas.

—¡Vuestras palabras me colman de gozo! Mirad, yo

tengo algunas cosas que arreglar antes de nuestra partida; avisaré á mi tia, ella me mandará un carruaje y partiremos, espero que contentas entrambas.

—Por mi parte, bien podeis asegurarlo.

—¿Pues y por la mia? Al fin ya no tendré que separarme de mis hijas, ni ellas se separarán de vos.

—Ahora ya podré hablar con la señora Ferson...

—Sin duda. Podreis decirle que yo parto y que vos me seguís para continuar dando enseñanza á mis niñas. ¿Sabeis lo que siento? Tener que hablar con vos de salario, parece cosa impropia de amigas; pero no hay remedio: tendremos que tocar este punto. La verdad es que yo os llevo por lo mucho que me conviene; conque ya podeis aprovechar la ocasion y ser conmigo un poco mas exigente que con la señora Ferson.

—¡Exigente con vos! dijo Amanda.

La señora Duncan le estrechó la mano, y con tono fraternal le dijo:

—Bien, vos por delicadeza me pedireis un poco menos de lo que merezcais, yo os daré un poco mas de lo que pedireis, y así no reñiremos, ¿no es verdad?

Separáronse muy satisfechas una de otra las dos amigas, y Amanda con mas vivas ansias que nunca deseó verse trasladada á la abadía.

Al dia siguiente, cuando ya habian salido de la escuela todas las niñas, la señora Ferson se habia acomodado en su poltrona para descansar un rato.

Amanda se le acercó y le dijo:

—Señora Ferson, tendria que deciros dos palabras.

—¿Ocurre alguna novedad? preguntó la vieja; yo que-

ria descansar ahora; si no es muy urgente lo que teneis que decirme, dejadlo para otra ocasion.

—Como gusteis: esperaré.

La señora Ferson deseaba á veces verse contrariada, y en aquel momento en vez de la docilidad de Amanda habria preferido una réplica.

Guardó un breve silencio y despues dijo:

—Vamos á ver si me equivoco: siempre vendreis con alguna exigencia.

—No, señora.

—¿No? ¡qué milagro! Algun proyecto para hacerme entrar en gastos.

—No por cierto.

—¿Tampoco? Ya me habeis metido en curiosidad. Vamos á ver, hablad.

—A mí no me corre ninguna prisa, señora; si quereis descansar, mas tarde hablaremos...

—No, no, bien podemos hablar ahora. ¿Teniais que decirme...

—Tenia que deciros que dejaré en breve vuestra amable compañía.

—¡Cómo es eso! dijo la vieja abriendo unos ojos enormes y ladeando la cabeza hácia Amanda.

—Digo que la señora Duncan se va del pueblo y yo voy con ella para cuidar de la enseñanza de sus hijas.

La señora Ferson escuchó atónita aquellas palabras, de cuya certeza no le dejó duda alguna el tono en que habia hablado Amanda.

Permaneció muda largo rato con la indignacion pintada en el semblante, y por fin exclamó:

—¡Conque me dejais por una advenediza!

—Por una señora de quien me habeis hecho grandes elogios y que creo muy merecidos.

—Yo la elogié cuando no venia á sonsacarme á mis dependientes.

—¡Oh señora! ¡Encontrareis tantas que sepan hacer lo poco que yo hago en vuestra casa!

—Eso es una ironía que podriais dejar para vuestros iguales, gritó irritada la señora Ferson.

—Siento, señora, que sea ironía; no hago mas que repetir lo que varias veces me habiais dicho vos misma con sobrada razon.

—Yo habré dicho mil cosas para que no os ensoberbecierais; para no daros alas; pero la señora Duncan debia respetarme un poco mas.

—Señora, yo siento veros enojada. Vos me hicisteis proposiciones y yo las acepté de vuestra buena parienta; no tenemos ningun contrato que nos ligue eternamente; la señora Duncan me hace otras proposiciones que yo creo deber aceptar pensando en mi porvenir. Creo que no hay en todo ello fundamento para el enojo que mostrais.

—Lo que hay aquí, mucha ligereza por parte de la superiora en haberme mandado una jóven como vos; mucha inconsecuencia de vuestra parte y una gran perfidia de parte de esa señora Duncan.

—No volveria por mí, aunque no creo merecer el dictado de inconsecuente; pero debo volver por la superiora...

—¡Debeis callaros! exclamó con un agudísimo chillido la señora Ferson. Tengo mas años y mas autoridad que vos y no tendreis nunca razon para replicarme. ¡Estaríamos

frescos! ¿Pensais que con saber bordar y hacer cuatro monerías ya se tiene todo lo del mundo? ¡Andais muy equivocada!

Calló la vieja, y calló Amanda tambien porque su sensible corazon se compadecia á pesar de todo de la anciana.

Pero la señora Ferson no podia dejar sin desahogo su mal humor y repuso:

—Vos os callais porque demasiado conoceis que tengo razon.

—Yo, señora...

—No quiero réplicas. ¿Quién me habia de decir á mí que mi parienta la superiora se habia de portar de tal modo? Si álguien me lo hubiese dicho... le habria arañado. ¡Buen desengaño llevo! Bien dicen que en este mundo de nadie se reciben mayores chascos que de los parientes. Nó, ya le escribiré yo diciéndole lo que hace el caso. Y no digo nada de la dichosa señora Duncan, que se me entra en casa con capa de amistad y al fin sale con esa embajada. Falsedad mayor no la he visto en mi vida. Lo que es ella podrá tener dinero, pero delicadeza... Dios guarde á V. muchos años. Y vos, señorita, vos no teneis escusa para portaros así. Aquí no os faltaba nada; aquí se os trataba bien. ¿Teniais algo que echarme en cara? ¿Teniais alguna queja de mí? Harto se ve que no sabeis como justificaros cuando callais.

—¿Qué he decir, señora, si apenas abro los labios me imponeis silencio?

—Bueno seria que ahora salieseis con que por eso no dais una explicacion de vuestra conducta. ¿Os he mandado callar? pues ahora os mando hablar: veremos lo que se os ocurre. Ya os estoy escuchando.

—Señora, dijo Amanda en el tono de voz mas humilde, de mí os repito que no os diré nada; pero de la señora superiora de Santa Catalina puedo aseguraros que no merece vuestro enojo. Ella creyó que yo, sin grandes talentos, seria lo bastante para ayudaros y no se comprometió con vos á tenerme aquí toda la vida. En cuanto á la señora Duncan, ha hecho como vos: necesitaba quien la ayudara á enseñar á sus hijas, y me ha hecho proposiciones, porque alguna vez me habia oido decir que mi deseo era encontrar con el tiempo, no una escuela, sino una familia donde pudiese ser útil. Si yo hago mal en desearlo, echadme á mí toda la culpa.

—Gazmoñerías... refunfuñó la señora Ferson. Segura estaba yo de que si os dejaban hablar no tendriais culpa de nada. Es claro que os portais muy bien: eso cualquiera lo conoce. Dejais la escuela abandonada, me entregais á las diabladuras de treinta chiquillas... y aun habriais tomado de buena gana que se os echase todos los dias carne de vaca en el puchero y azúcar refinado y manteca de Flandes en el té. ¡Como os proponeis pagármelo tan bien!... ¡Oh qué ingratitud! Digan lo que quieran, en mis tiempos habia más probidad y mejores sentimientos.

—Señora Ferson, replicó Amanda con blandura, si es cierto que yo os perjudique con mi partida, no lo es el egoismo que pareceis achacarme. De ello no os puedo dar mas que una prueba y os la daré en seguida. No quiero cobrar salario alguno por el tiempo que he permanecido en vuestra casa, y si mi posicion me lo consintiese, de buena gana os retribuiria por lo que habeis gastado en mis alimentos, pues yo nada he perdido, sino muy al contra-

rio, he ganado todo lo que gana una jóven permaneciendo en una casa honrada.

—Eso sí que podeis decirlo á boca llena. Ni de mí ni de mi casa ha tenido nadie ninguna cosa que hablar nunca; donde quiera que vayais os servirá de recomendacion el decir: he vivido con la señora Ferson.

El tono de la vieja se habia templado, pero se propuso coger la palabra á Amanda apenas la oyó decir que renunciaba al salario.

Esta la acabó de apaciguar con su buen modo y las preciosas reflexiones que indirectamente le hacia, y por fin le dijo que escribiria á la señora Dermont para que le enviase una mujer que en su concepto le convendria.

Esa mujer era la que debia haber acompañado á Amanda á Inglaterra.

La señora Ferson convino en ello.

Amanda escribió en seguida á la señora Dermont lo que le sucedia, y le dió cuenta tambien del enojo de la anciana y de si podria pasar á ocupar su puesto la mujer que hemos mencionado; en cuyo caso, la mujer no debia presentarse en el pueblo sino cuando Amanda hubiera salido de él, á fin de que no averiguase el nuevo retiro á donde iba á acogerse.

Quejábase Amanda en la carta del largo silencio de la superiora, y le ponderaba lo mucho que habia padecido en su aislamiento, hasta que la casualidad le hubiese hecho conocer á la señora Duncan, de quien hizo el mas justo elogio.

Desde que hubo enviado la carta, la impaciencia por recibir respuesta se añadió á la que experimentaba por trasladarse cuanto antes á la abadía.

Continuamente preguntaba á la señora Duncan en qué estado tenia los negocios que debia dejar despachados antes de su partida, y esta con amistosa confianza le iba dando cuenta de todo lo que hacia.

La señora Ferson ya no se mostraba tan irritada con ella.

Dos ó tres veces le preguntó por medio de rodeos en dónde fijaria la señora Duncan su residencia, y Amanda habia respondido que aun no estaba enteramente resuelto sobre si seria en una villa algo populosa de la costa, ó si tal vez determinaria tomar casa en la capital.

La superiora de Santa Catalina se apresuró á contestar á Amanda, y esta experimentó un gran consuelo al recibir su carta.

La señora Dermont le daba la enhorabuena por la colocacion que habia encontrado, y no dudaba que la señora Duncan seria tan distinguida y afectuosa como Amanda decia. Al propio tiempo le daba conocimiento de que la mujer que debia haberla acompañado á Inglaterra aceptaba el ofrecimiento de ocupar su puesto en casa de la señora Ferson.

Amanda iba leyendo la carta impaciente por encontrar ciertas noticias, y de repente se detuvo oprimido el corazon al ver escrito el nombre de Mortimer.

Pasó de un golpe media página y fijó anhelante los ojos en aquel nombre.

La superiora se limitaba á decirle que ninguna noticia habia vuelto á tener de él.

Amanda siguió adelante; mas viendo que la señora Dermont pasaba inmediatamente á ocuparse de otros asuntos, suspendió la lectura y permaneció largo rato pensativa.

¡Era posible haber llegado al caso de que viviesen ella y Mortimer sin saber uno de otro!

Todas sus protestas de amor, aquel cariño íntimo que vivia en su corazon, aquel bien correspondido afecto del enamorado mancebo ¿qué eran? ¿qué fruto daban?

La pobre Amanda que habia experimentado tanto consuelo desde que la señora Duncan le hiciera proposiciones de llevarla consigo, se sintió oprimido el corazon de tristeza.

—¡Sueño es la vida para los desgraciados! dijo; mas no: sueños son sus esperanzas. Cierto que vivo, que padezco, que me sacrifico por el hombre que tanto me amó; pero sueño fueron mis esperanzas, ilusion mis propósitos, mentira el porvenir que en nuestra mente acariciamos tanto tiempo. ¡Mortimer olvidado de mí...!

Las lágrimas empañaron su vista y salió á la ventana de pronto, decidida á no dejarse dominar por el sentimiento que las breves palabras acerca de Mortimer le habian producido.

Recorrió despues algo mas serena el resto de la carta, y fué á decir á la señora Ferson que la superiora del convento de Santa Catalina la saludaba muy afectuosamente, y ponia en su noticia que muy en breve llegaria al pueblo la mujer que debia reemplazarla, con lo cual la vieja respiró con mas desahogo, pues verdaderamente necesitaba una persona que la ayudase.

CAPITULO XXIX.

Ciertas noticias sobre lady Isabel.

Al cabo de tres dias debian partir Amanda y su amiga.

La última noche creyó esta que seria conveniente que Amanda durmiese en su compañía, como en efecto así lo hizo.

La señora Ferson en su despedida le dijo que se alegraria mucho de que nunca tuviera que arrepentirse de haber dejado su casa; que en el mundo se recibian muchos desengaños; que las amigas solian parecer una cosa y ser otra, y á este tenor añadió todos los lugares comunes semejantes.

—Yo tambien me alegraré, señora, replicó Amanda, de no tener que arrepentirme nunca, y si alguna vez me arrepintiese, no será por culpa de la señora Duncan, que es una persona digna de la mayor estimacion.

—No digo lo contrario. Y ¿á dónde vais á dar con vuestros huesos? ¿Cuál será definitivamente el sitio de vuestra residencia?

—Eso no podemos asegurarlo todavía.

—¡Cómo! dijo la señora Ferson con desconfianza, ¿os vais mañana y aun no sabeis á dónde? Eso si que es particular.

—La señora Duncan tiene que detenerse en un pueblecito...

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo bien: como no le he oido nombrar nunca...

—Ya... ¿Y qué?

—En ese pueblecito arreglará ciertos negocios, y segun el giro que tomen, tomará su resolucion.

—Y ese pueblo, ¿no sabeis poco mas ó menos hácia dónde cae?

—Está en la costa.

—¿Pero... hácia el Norte ó...

—Hácia el Norte, sí, señora,

—No caigo en que pueblo puede ser ese donde tenga que resolver un asunto tan grave.

—Yo tampoco, señora, y no se lo he preguntado porque su nombre no tiene importancia alguna para nuestro objeto.

—En fin... no soy curiosa, ni lo he sido nunca: no deseo sino que me dejen en paz en mi casa, y no me obliguen á conocer á menudo gente nueva. Con tal que esa mujer de quien habla mi parienta no me deje en compromiso despues de prometerme que vendrá...

—Creo que podeis tranquilizaros respecto á este punto. La señora Dermont es muy formal, y sin una completa seguridad no os lo habria afirmado.

—Dios lo quiera. Aunque si ha de hacer como vos..., si me deja á los cuatro dias...

—Sobre eso, señora, ¿qué os he de decir yo? si pudierais asegurar á esa mujer un contrato para muchos años...

—¡Sí, excelente conveniencia! para que despues si no me conviniera tuviera que sufrirla.

—Sin duda por la misma razon no os querrá prometer ella seguir en vuestra casa sino mientras le convenga.

La señora Ferson al oirse rebatir con su propio argumento volvió la espalda á Amanda y le dijo con mal humor:

—En fin, el cielo os guie; á pesar de todo no os deseo ningun mal.

—Yo os deseo á vos todo género de felicidades, y estaré siempre dispuesta á serviros si en algo puedo seros útil.

Salió Amanda de aquella triste morada, y la alegría habria inundado su corazon sino lo tuviera lleno del recuerdo de Mortimer.

Por otra parte, ella perdonaba de buen grado á la anciana todas sus manías y hasta su egoismo, porque veia sus muchos años, su ignorancia y el abandono, digámoslo así, en que vivia, no teniendo al lado á ninguna persona de su familia.

Un mandadero la esperaba á la puerta con su maleta al hombro, y acompañada de él se dirigió á casa de la señora Duncan, donde esta y las niñas la esperaban deseando abrazarla.

Su recibimiento fué el mas afectuoso que podia desear.

Las niñas salieron á su encuentro y la abrazaron antes de dejarla llegar á su madre.

Allí, en medio de aquellas sinceras demostraciones de

estimacion encontró Amanda un consuelo á sus amargos pesares, y cada vez que se entristecia su ánimo, hacia por fijar la mente en la idea de que iba á ocupar la casa donde su madre habia nacido.

Pasaron la velada juntas, y madrugaron para ponerse en camino así que llegase el carruaje que la tia de la señora Duncan debia enviar desde la abadía.

Desayunáronse muy temprano, y como el equipaje de la señora Duncan y sus hijas habia sido remitido el dia anterior, así que llegó el coche subieron á él alegremente las niñas y se colocaron una á cada lado de Amanda.

Esperaron las tres en el carruaje creyendo que la señora Duncan subiria inmediatamente, pero tardaron mucho en verla llegar y se presentó á ellas con ojos bañados en lágrimas todavía.

Habia querido permanecer sola un rato contemplando aquella morada donde tan feliz habia sido en compañía de su esposo amante, con quien se prometia pasar toda una existencia de tranquilas satisfacciones.

La memoria del amable carácter de su difunto esposo y de las pruebas de amor que le habia dado la conmovieron en extremo, todo al pensar que tal vez se alejaba para siempre de aquel techo que habia cobijado sus amores.

Amanda comprendió lo que le habia pasado y le estrechó la mano en señal de simpatía; pero las niñas al ver el rostro de su madre echaron á llorar tambien y la abrazaron preguntandole por qué estaba triste.

La señora Duncan se esforzó en sonreir, diciéndoles que no tenia nada, abrazólas y besólas repetidas veces, y al arrancar el carruaje procuró distraerlas haciéndolas fijar la

vista en el pueblo que iba desapareciendo á sus miradas, y en la costa, cuyos montones de rocas presentaban á cada paso un nuevo y caprichoso aspecto.

Lo pintoresco y ameno de los objetos las fué cautivando á todas.

Amanda halló tambien consuelo en aquella variedad de objetos y en la idea de que cada paso la acercaba mas á la abadía.

Las niñas preguntaron en seguida á dónde iban, y su madre les respondió que á la abadía de Murley.

Con este motivo se volvió la señora Duncan á su compañera y le dijo:

—Afortunadamente vos no sois supersticiosa, pues de otro modo la abadía de Murley podria no seros agradable.

—¿Por qué? preguntó Amanda con interés.

—Porque se refieren de ella muchas leyendas extraordinarias y pavorosas, supuesto que intervienen en los cuentos que de este edificio circulan entre el pueblo, los consabidos espectros y fantasmas. El edificio es grandioso y además antiguo, por cuya razon es ya imponente por su aspecto. Siendo antiguo, ya podeis presumir que la imaginacion de gente ignorante por fuerza ha de haberle atribuido sus apariciones.

—¿Qué ha de hacer la ignorancia, señora, sino explicarse de cualquier modo irracional lo que su razon no comprende?

—Decís bien, amiga mia, así ha hecho con la abadía de Murley, sobre todo desde que por el abandono en que la dejaron sus dueños, parte del edificio se ha ido arruinando.

—¡Qué lástima! Entre tanto ¡cuántas familias desgraciadas habrá que no tengan donde guarecerse!

—Lo doloroso es lo que ha sucedido con la persona que debia ser ó á lo menos habia contado con ser dueña de la abadía.

—¿Ha muerto quizá en la indigencia?

—¡Oh! es una historia larga de contar, que puede ayudaros á pasar el camino. Oid.

Amanda escuchó con atencion é interés, presumiendo que en aquella historia iria mezclado el nombre de su madre.

—Parece ser, á lo menos así lo refieren, que el conde Murley se habia casado dos veces. Del primer matrimonio tenia una hija de la cual se refiere generalmente que era tan bella como bondadosa. De su segundo matrimonio tuvo el conde otra hija, y desde aquel momento la envidiosa madrastra fué un verdugo para la desdichada y hermosa hija del conde, cuyo único delito consistia en haber nacido antes.

No creais que exagere al tratar de verdugo á la madrastra, pues sus malos tratamientos llegaron á tal punto, que con ser su víctima una criatura dócil y sumisa, se casó secretamente con un jóven militar, hombre probo y de nobles sentimientos, aunque sin bienes de fortuna; y en esta resolucion sólo se propuso la desdichada niña huir del trato de aquella mujer baja, cruel é intrigante que hasta habia llegado á hacerla aborrecible á su padre.

Partió la recien casada con su esposo, y por abreviar os diré solamente que soportó con gran resignacion la pobreza durante largo tiempo: mas cuando ya tuvo un hijo y vió

que le esperaba un porvenir muy triste, como buena madre quiso ir á ver el conde, postrarse á sus piés y pedirle clemencia para el desdichado fruto de sus entrañas. ¿Creeriais que la cruel madrastra viéndola llorar y pedir perdon por Dios y por su hijo mandó arrojar de allí á la pobre Malvina? ¡Aquella desventurada se llamaba Malvina!

Al oir aquel nombre tan grato á su corazon, Amanda se llevó el pañuelo á los ojos y derramó el llanto que brotaba de su pecho conmovido por las desgracias de su madre.

La señora Duncan al ver tanta ternura lloró tambien, y las dos niñas se llevaron los pañuelos á los ojos y se abrazaron conmovidas, mas por aquel espectáculo que por el relato.

—¡Qué triste historia la de esa desventurada! exclamó Amanda entre sollozos.

—Triste y horrible, querida amiga, pues segun se cuenta, no paró aquí la maldad de la madrastra.

—¡Oh! proseguid, proseguid.

—Dicen que merced á un infame artificio, los hijos de Malvina han sido despojados de los bienes que les correspondian. De esto se habló mucho hace algun tiempo; mas despues se fué dejando en olvido, y es posible que no llegase este rumor á oidos de Malvina y su esposo, que eran los mas directamente interesados en averiguar lo cierto.

Si el rumor está fundado en algo, desdichados de los que hayan tomado parte en tan negra trama; el castigo de las leyes ó el de su propia conciencia ha de alcanzarles tarde ó temprano y tendrá que ser muy duro.

En cuanto á mí, bien sabe Dios que deseo para mis hijas todo género de venturas; mas preferiria verlas mendigar

un pedazo de pan de puerta en puerta, á gozar de grandes caudales usurpados ó torcidamente adquiridos. Por lo demás, yo no quiero asegurar que la segunda esposa del conde haya cometido el crímen de que se la acusa; pero vais á ver lo que ha sucedido. Murió el conde Murley y comenzó á susurrarse que su viuda estaba apasionada de un hombre de baja condicion. Los que se suponian mejor enterados y menos caritativos eran, aseguraron que la pasion de la viuda habia nacido en vida del conde.

—¡Dios mio! exclamó Amanda con un gesto de repugnancia.

—Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la condesa viuda se habria casado con aquel hombre, á no oponerse á ello la marquesa de Rosline su hija, la cual para impedir el matrimonio de su madre se valió de medios tan violentos como extraordinarios. El marqués estaba tan infatuado con su título y su posicion social, que por nada del mundo habria consentido en aquel enlace. La marquesa, mujer vana en extremo, se escandalizó de que pudiese penetrar en su familia un hombre grosero como aquel, y como además de vana era codiciosa, temió que si su madre se casaba se veria ella privada de todo ó parte de lo que podia recoger á la hora de su muerte.

La marquesa de Rosline, pues, tendió un lazo á su propia madre, le hizo emprender un viaje á Francia y allí con ayuda de su esposo la mandó cerrar en un establecimiento. A la que habia sido mala esposa, atormentadora de Malvina y desagradecida y altanera con todo el mundo, nadie la amaba; nadie se interesó por ella y á estas horas no sé yo si está viva ó muerta. Mirad qué triste, qué hor-

rible suerte para la que tanto habia codiciado ser dueña absoluta de los bienes de la casa de Murley. Ignoro lo que será de ella en estos momentos, como os he dicho, pero me ha llamado la atencion el silencio de mi tia sobre este particular, pues habiéndole preguntado alguna vez por los dueños de la abadía y por la suerte actual de la familia, he conocido que le eran enojosas mis preguntas.

Ella vive allí como dueña y señora mas bien que como encargada de la administracion, y dispone exclusivamente de la gente de servicio, que hoy dia es muy poca. Los aldeanos os referirán mil patrañas, sucesos espantosos y sobrenaturales, como ya os dije al principio.

—En efecto, con lo que me habeis referido, la imaginacion de la gente rústica, tiene lo suficiente para muchas leyendas terroríficas. No extrañaria que algun labrador asegurase bajo juramento que á él se le habia aparecido la segunda esposa del conde...

—¡Oh! si les oyerais... La gente de la aldea supone que no la segunda esposa, sino la primera, la madre de Malvina, recorre de noche las ruinosas soledades de la abadía lanzando quejidos lastimeros á veces y á veces gritos espantosos. Dicen que llora la sinrazon hecha á su hija y clama por venganza y por que se haga justicia á sus legítimos descendientes. Ya podeis conocer cuán lejos estoy yo de dar crédito á paparruchas semejantes y que no me he de dejar influir por la supersticion de la gente de la aldea; pero apesar de todo temí en cierta ocasion que me contagiaran sus terrores.

—¡Vos!

—Yo misma, amiga mia. Voy á deciros por qué.

—Me habeis puesto en curiosidad con esta última noticia.

—Pues vuestra curiosidad va á quedar satisfecha. Hace algunos años, cuando aun mi pobre marido se afanaba por poner en buen punto el negocio de nuestros bienes, paseaba yo cierto dia al anochecer por la abadía. Entonces tenia frecuentes ratos de mal humor, que mi esposo procuraba calmar, dándome buenas esperanzas. Paseábame, como os digo, una tarde por la galería y oí ciertos rumores extraños en medio del silencio, rumores que sin duda la mala disposicion de mi ánimo me hizo calificar de misteriosos. Apliqué aterrada el oido, los rumores no cesaban y toda trémula, corrí á mi tia, que se mostró muy severamente enojada de verme á pique de admitir las groseras hablillas del vulgo, y procuró persuadirme con mucho ahinco de que lo que yo habia oido con temor aquella vez, lo habia oido sin alterarme mil otras veces, pues no era sino el viento de los corredores abiertos cerca del sitio donde yo pasaba. Ahora bien: os confieso mi flaqueza; yo no dudé de las palabras de mi tia; pero de allí en adelante al llegar la hora del silencio, no me detenia nunca en aquel sitio que tales terrores habia infundido en mi ánimo. ¿Quereis que os sea mas franca? despues me he reido muchas veces del espanto que me sobrecogió aquella tarde; pero no sé qué me sucederia si otra vez llegasen á mis oidos aquellos rumores.

—No digais eso, amiga mia: es imposible que á rumor alguno le atribuyeseis causa supersticiosa.

—No; pero no respondo de la sensacion que podria experimentar. Ahora, dejando esto á un lado, os suplico que no

dejeis comprender nunca á mi tia que estais enterada de mis terrores; pues se enojaria mucho conmigo y seria capaz de creer que voy á calentar con cuentos de almas en pena las cabezas de la gente aldeana.

—No temais, replicó Amanda; no me daré por entendida de que sepa cosa alguna de las que han pasado en la abadía.

Amanda pensaba de continuo en su madre, y en la niñez que habia pasado en aquel célebre asilo, olvidada, aborrecida del conde Murley y martirizada por su madrastra.

Sus pensamientos le sellaron los labios y no levantó la cabeza hasta que la señora Duncan le dijo:

—La supersticion es contagiosa, amiga mia; ¿si os la habré comunicado ya?

—No, señora, respondió ella con triste sonrisa.

—Os veo tan meditabunda...

—Pensaba en la triste suerte de la primera hija del conde.

—¡Oh! basta de recuerdos tristes. Mirad, mirad que espectáculo tan imponente. Estamos en la garganta de las montañas; en un alto de este camino está situada la abadía.

Bien habia dicho la señora Duncan: el espectáculo era imponente.

Las montañas eran ásperas y estaban llenas de peñas que no dejaban lugar generalmente al cultivo. Al pié de algunas de ellas se veia como un círculo de árboles frondosos que se elevaban entre flores silvestres, cuyos colores blanco y amarillo servian de bellísimo esmalte al suelo.

Por uno de los lados se veia la costa brava y el mar

majestuoso. Entre el mar y el sitio que atravesaba el carruaje, se veian agrupados á trechos espesos, robustos de hoja siempre verda y flores de encendido color que formaban con el verde follaje un agradable contraste.

De cuando en cuando veian serpentear á sus piés un riachuelo que en su silencioso curso se unia á otros, cuyas aguas juntas fertilizaban el llano ó lo devastaban á veces siguiendo el impulso de las corrientes inundadoras.

Otras veces veian los manantiales brotar entre las peñas y reunir gota á gota las aguas que al pié de la montaña formaban vastos estanques, á cuyo alrededor crecian álamos y sauces, jamás azotados por los furiosos vientos.

Aquel contraste de rocas escarpadas y de tranquilas corrientes y la sosegada superficie de los estanques comparadas con las turbulentas aguas del mar; los riscos infecundos en lo alto y los amenos valles á sus piés; el grato murmullo del agua, el chillido de las asustadizas aves y el silencio y la inmovilidad que reinaban en torno suyo, produjeron una profunda sensacion en nuestras viajeras.

Mas adelante pasaron por un sitio que ofrecia un nuevo aspecto.

En la parte llana se veian aun enormes trozos llenos de espinos y zarzales. Aquella extension de terreno habia sido en otro tiempo huertos. De sus productos se abastecian la abadía y toda la aldea de su dependencia. Las casas de los que en otro tiempo cultivaran aquel suelo estaban desiertas y se caian lastimosamente.

En verdad causaba lástima aquel espectáculo. Donde en otro tiempo habia vivido el hombre con su trabajo é inteligencia, ya no podian abrigarse mas que fieras. La tierra

misma parecia entristecida por la ausencia de sus antiguos habitantes, y habia dejado de producir y no daba vida á lo que sirve al hombre de sustento.

Como si estuvieran poseidas de unos mismos pensamientos, la señora Duncan y Amanda estaban absortas contemplando las ruinas de aquellas moradas y no vieron surgir poco á poco la mole inmensa de la gótica abadía.

Siguieron las dos amigas largo rato en aquella contemplacion, y no habrian salido tan fácilmente de ella si el carruaje, llegando á lo alto de la cañada, no hubiese hecho un súbito movimiento al emprender de pronto la bajada.

Entonces volvió Amanda la cabeza y vió por primera vez la abadía de Murley.

La idea de su madre, inseparable en su mente de aquel edificio, contribuyó al efecto que en ella produjo la belleza general y el estado ruidoso del magnífico monumento.

Si triste parecia á los que le habian visto en los dias de su esplendor, mas triste le parecia á ella que le veia por primera vez y no podia comparar su aspecto con el que pudiera ofrecer en sus mejores tiempos.

Se puede decir que allí no quedaba mas que restos de pasadas grandezas; las ruinas de hoy parecian anunciar la próxima caida de lo que quedaba en pié.

En las atrevidas agujas destrozadas parecia verse el castigo de la temeridad humana; en los destrozos de los calados rosetones se leia la fragilidad de su belleza; los anchos pilares fuera de su base se podia creer que era una advertencia de la inseguridad de nuestros propósitos.

En otro tiempo, risueño era el aspecto de la abadía en medio de su imponente severidad, porque á su alrededor se

veian cuadros de flores, celebradas desde la salida del sol por las aves, y encanto de las ligeras mariposas, y sus poyos convidaban al descanso al fatigado viajero que tenia segura la hospitalidad.

Ahora sólo anidaban en aquellas ruinas las aves nocturnas y los reptiles.

Amanda experimentó un profundo sentimiento y vertió amargas lágrimas á la memoria de sus antepasados.

Al ver los estragos que el tiempo y el abandono habian hecho en aquella sólida masa de piedras, dijo para sí:

—¡Qué mucho que mi corazon haya sufrido tan graves quebrantos si hasta las piedras insensibles se truecan de alegres en tristes y de hospitalarias en enemigas del reposo humano! ¡Qué habrá seguro en nuestra suerte si las anchas moles de piedra asentadas sobre tan robustos cimientos pierden el equilibrio y caen derrumbadas con asombro nuestro!

Otro curso tomaron en seguida las ideas de Amanda y continuó así sus reflexiones:

—Héme aquí encaminándome á la morada de mis antecesores. Estas piedras mismas á pesar del ruin término á que han venido, pregonan el poder y el orgullo que les cupo en suerte. Héme aquí hija de los Murley, criada en la oscuridad y la pobreza y dándome por contenta con hallar quien acepte entre esos muros mis servicios y aceptando sueldo de los que lo reciben. ¡Ah! poco pensarian nunca los altivos señores de Murley que algun dia habia de llegar á sus puertas en el estado en que yo me veo uno de sus descendientes. ¡Ay! yo no vengo aquí esperada con ansia por la madre ó la hermana, que risueñas é impacientes salen en medio del camino á recibir una parte de su

corazon; yo no hallaré brazos abiertos, corazones anhelantes y regocijos y fiestas de familia...; sino que, agobiada por la desgracia de toda la vida; lleno el pecho de mil aflicciones; buscando, en vez de besos maternales, el pedazo de pan que ha de mantenerme...

—¡Amanda, Amanda! dijo con animacion la señora Duncan; ya se ve la puerta. ¡Mirad, hijas mias, mirad!

Las dos niñas se asomaron y fijaron sus atónitas miradas en el grandioso y lúgubre edificio.

Al ruido del carruaje salió á la puerta la tia de la señora Duncan y agitó el pañuelo al reconocer á su sobrina, y envió con la mano repetidos besos á las niñas, que se los devolvieron casi maquinalmente, obedeciendo á una indicacion de su madre.

La pobre Amanda se llevó el pañuelo á los ojos, pensando en lo diferente que debia ser su entrada en la abadía de los Murley, cuyo nombre llevaba.

El coche entró hasta llegar á un cobertizo donde habia preparado pienso para los caballos, y la administradora al ver apearse á las hijas de su sobrina, dió algunos pasos mas para besarlas cuanto antes, con muestras de verdadero contento.

CAPITULO XXX.

La abadía de Murley.

Entraron inmediatamente, y antes de pasar el vestíbulo la señora Duncan presentó á Amanda á su tia.

Era esta una señora anciana, de baja estatura, de fisonomía perspicaz y sobre todo inteligente.

Echó una mirada á Amanda y no quedó descontenta de su exterior; le manifestó que se alegraria mucho de tener á su lado á una persona de quien su sobrina le habia hecho muchos elogios, y añadió despues:

—¡Es cosa particular! Aunque es la primera vez que tengo el gusto de ver á esta señorita, sus facciones no me causan mas novedad que la de figurárseme que las he visto en otra ocasion.

El vestíbulo de la abadía estaba embaldosado de mármol negro. Era espacioso cual correspondia á la idea que presidió á la construccion del edificio; pero tan sombrío que parecia á propósito para penetrar el ánimo de tristeza.

Sostenian el techo varias columnas de mármol negro, y además de la puerta principal tenia otras que estaban cerradas en aquel momento.

Vió Amanda varios trofeos de caza y guerra colgados de las paredes, como indicando el orígen de los primitivos pobladores de la comarca; pero el estado en que se hallaban daba bien á conocer que habian perdido por completo la significacion con que fueron colocados en aquel sitio.

La señora Bruce, tia de Amanda, las hizo pasar al recibimiento y desde allí las llevó á una sala espaciosa y alta de techo, que segun dijo, habia sido comedor en los buenos tiempos de la abadía.

Los muebles de aquella sala, antiguos y pesados, atestiguaban con su riqueza la magnificencia de los señores para quienes fueron destruidos.

En las ventanas, de forma ojival, se notaban grandes variaciones. Unas habian sido tapiadas y otras ensanchadas haciendo desaparecer así la simetría de las aberturas para recibir la luz. Las que quedaban eran mas que suficientes para que se descubriese desde allí una grande extension de terreno perteneciente á la abadía.

—¡Hermoso salon, dijo Amanda, y qué hermosa vista se descubre aquí!

Las dos niñas se asomaron en seguida á la ventana, subiéndose á un escaño que estaba arrimado á la pared.

—Hermoso es en verdad y alegre el espectáculo que desde aquí se descubre, dijo la señora Duncan; pero es el sitio que me inspira ideas mas melancólicas.

—¿Y por qué?

—Porque siempre se me representan en la imaginacion

las fiestas y regocijos que aquí se debieron celebrar en otro tiempo.

—En efecto...

—Ahora al verle desierto y silencioso, me acuerdo de que muchos personajes debieron de gozar aquí ruidosos placeres y hoy están convertidos en polvo.

—Hija mia, dijo la señora Bruce sonriendo, ¡qué filosófica vienes!

—¡Ay querida tia! es que acabo de dejar mi casita del pueblo, donde tantas veces resonaron las risas de mi pobre esposo, y aunque la comparacion no es del todo exacta...

—Y bien, sobrina, aquí no has venido para eso. ¿Quieres entristecerme y entristecer á las pobres niñas que harta desgracia tienen con haberse quedado huérfanas de padre siendo tan niñas? Ea, ea, añadió sonriendo con amabilidad; dejémonos de recuerdos románticos que en vez de aliviar nuestras penas, las comunican á los que están á nuestro alrededor; mira sino la señorita Amanda como participa ya de tu melancolía.

—A mí me complace tambien el sentimiento que inspiran estos sitios.

—Pero vais á agitaros.

—No, señora, al contrario: gozo aquí cierta calma, cierto reposo... tienen lugares semejantes el poder de inspirarme un consuelo, una resignacion que no se encuentra en medio del ruido.

—Pues tiempo os quedará para gozarlo.

La señora Bruce insistió en que Amanda se sustrajera al influjo de las ideas melancólicas que segun su propia confesion le inspiraba aquel sitio, y la acompañase á ella y á

su sobrina á las habitaciones interiores; pero Amanda dijo que si no podia serles útil en algo la permitiesen quedarse un momento mas.

Complaciéronla, comprendiendo que tenia grandes deseos de estar sola, y penetraron en lo interior la tia y la sobrina.

Amanda no sólo se complacia en aquel sitio como habia dicho, sino que estaba temerosa de penetrar mas adelante porque no se ofreciese á su vista algun objeto que aumentase la opresion de su pecho y la hiciera prorumpir en llanto.

Parecíale que aun habia de quedar en aquella morada algo que hubiese pertenecido á su madre y que ella lo habia de conocer en seguida.

Grande podia ser su contento si la suerte la favorecia con una reliquia de la que le habia dado el sér; mas ¿cómo ocultar su gozo y su sorpresa, si tal llegaba á suceder estando en presencia de la señora Duncan y su tia?

Sentóse, pues, Amanda, dominada por una grata languidez desde el momento en que empezó á imaginar que quizá tambien su desdichada madre se habia sentado otras veces en aquel sitio á llorar sus penas.

Los tranquilos rumores de la naturaleza que llegaban amortiguados á sus oidos, el sosegado murmurar de las aguas le inspiraban á veces un grato deliquio.

—Al fin, dijo, cualquiera que sea la inferioridad de mi condicion, el cielo me permite respirar el mismo aire que respiró mi madre al nacer; el cielo quiere que donde encontró ella aspereza, rigor y crueldad por parte de sus allegados, encuentre yo blandura y albergue y cariño en los extraños. ¡Ojalá pueda encontrar tambien la paz del corazon y la certeza de que mi sacrificio no ha sido estéril!

La señora Duncan, su tia y las niñas llegaron en aquel momento y la avisaron que iban á comer.

En la mesa procuró Amanda disimular el efecto que habian causado en su pecho las reflexiones á que se entregara mientras estuvo sola, y tomó parte en la animacion de sus compañeras, sobre todo de las niñas, cuya imaginacion se hallaba excitada con la novedad.

Despues de comer, la señora Duncan pidió permiso á su tia para recorrer con Amanda parte del edificio, y las tres juntas con las niñas se levantaron en seguida y visitaron muchas habitaciones.

En todas partes se veian señales de la magnificencia con que habia sido adornada en otro tiempo aquella mansion señorial, y á cada paso se admiraba Amanda de la riqueza que suponian los restos de lo que aun se conservaba.

—Imposible parece, dijo la señora Duncan, que morada tan magnífica haya sido abandonada por sus dueños, ¿no es verdad, querida tia?

—Hasta su misma antigüedad la hace mas respetable, dijo Amanda, y parece que le habia de dar mayor realce á los ojos de sus poseedores.

—Pues en esto, dijo la anciana señora Bruce, sin responder á su sobrina, no opino como vos, ni me parezco á las personas de mis años: el castillo de Rosline es de construccion mas moderna y sólo por eso le preferiria yo á este castillo.

—¡Ah! yo lo decia refiriéndome no á nosotras, que no tenemos aquí recuerdos de familia. ¿Cuánto dista de aquí, señora, el castillo de Rosline?

—Como unas doce millas. A propósito de familia, seño-

rita Francisca, venid, venid y vereis una curiosa galería.

Entraron en un salon dirigidas por la señora Bruce, y vieron sus paredes adornadas todas de cuadros.

—Mirad esa galería: todos esos retratos son de la familia de Murley.

Amanda tenia idea de aquella galería de retratos, por lo que de ella y otras particularidades de la abadía le habia dicho el desgraciado Fitzalan.

En aquella galería habia visto por primera vez el padre de Amanda el retrato de Malvina antes de conocerla.

La señora Bruce para proceder con órden, empezó por el retrato mas antiguo, y conforme iba pasando de uno á otro, nombraba el personaje á quien representaba.

Antes de llegar al de Augusta, la conoció Amanda á pesar de que estaba hecho siendo aquella muy jóven; pero no se fijó en la soberbia y la frialdad que aquellas facciones representaban ya en edad tan tierna, sino en el vacío que quedaba entre aquel retrato y el anterior.

—¡Aquí debe faltar un cuadro! exclamó Amanda sin poder contenerse.

—Sí por cierto: bien claro lo indica este espacio. Aquí estuvo el retrato de la señorita Malvina Murley; pero despues de su desgraciado casamiento lo quitaron.

—¿Lo... quitaron? repitió tartamudeando Amanda.

—Sí. Está en un rincon de la capilla con otras cosas desechadas.

—¡Y no lo han vuelto á colocar!

—Como esto quedó tan abandonado...

—¡Es verdad! ¿Y no podríamos ver ese retrato?

—¡Oh, difícil cosa seria! ¡Quién sabe los muebles que

tendrá encima y la capa de polvo que lo estará comiendo todo! Además, la capilla, ¡qué digo la capilla! toda la parte que cae al Este se halla tan arruinada, que ha sido menester cerrarlo todo por temor de que no se le ocurriera á álguien entrar allí y se le desplomaran los techos. ¡Si no sabeis cómo está todo eso!

Amanda sentia saltársele las lágrimas.

Afortunadamente habia poca claridad en aquel sitio.

La señora Duncan se aprovechó de aquella circunstancia para decir al oido de su amiga:

—Hácia esa parte donde dice mi tia oí yo los ruidos misteriosos de que os he hablado. Pero no digamos nada, que se enfadaria.

Comprendió Amanda que despues de las observaciones de la señora Duncan no debia insistir en querer ver el retrato para no despertar sospechas; pero se le quedó muy oprimido el corazon.

Si hubiera sido dueña de sus acciones, venciendo todo miedo y menospreciando los terrores experimentados por su amiga, habria corrido inmediatamente á la capilla á sacar del abandono en que yacia y devolver á su lugar correspondiente el retrato de su querida madre.

¡Mas ay! ella debia pasar en silencio por las mas grandes amarguras y ni siquiera le era concedido mostrar en silenciosas lágrimas su profundo sentimiento.

¡Hasta el amor filial parecia delito en ella segun el cuidado que debia poner en guardarlo escondido en el fondo de su pecho!

—¿Qué criatura humana, se preguntaba á sí misma, se habrá visto en situacion semejante?

—Vamos, vamos de aquí, dijo la señora Bruce, y recorriendo otras habitaciones, les fué contando de paso varias cosas relativas al carácter y sucesos de las personas retratadas.

Aunque el retrato de Malvina no formaba parte de la galería, la señora Bruce contó algo de ella, y Amanda tuvo á lo menos el consuelo de no oir sino elogios de su madre en boca de la anciana.

Aquel relato fué para ella una especie de compensacion á lo que habia tenido que padecer antes.

Si la señora Bruce y su sobrina hubiesen fijado su atencion en los cambios que durante aquel relato se verificaron en la fisonomía de Amanda, es seguro que habrian adivinado la mitad de su secreto ó á lo menos habrian adquirido la certeza de que uno muy grave guardaba escondido en su pecho.

Desde que habia nacido en su corazon el amor, nunca le habia sucedido lo que le sucedió en presencia de aquel edificio y en vista del hueco que debia haber ocupado el retrato de su madre, y fué que la tierna y enamorada doncella se olvidó completamente de Mortimer.

Sólo el retrato de la infeliz Malvina hubiera podido borrar por breve tiempo de su pecho la imágen de aquel hombre á quien con tan admirable resignacion sacrificaba la felicidad de toda su vida.

Cuando se halló sola en su aposento lloró lágrimas tan amargas al pensar en el ódio y los malos tratamientos de que Malvina habia sido objeto, como dulces al considerar que despues de sus desgracias habia dejado memoria grata hasta á los indiferentes.

En su madre pensó toda la noche: no apartó de ella el pensamiento un solo instante.

El recuerdo de sus desventuras le inspiró nuevo valor para arrostrar las que habian cabido en suerte, y cuando al amanecer cerró los ojos, soñó que la veia bajar del cielo y bendecirla, derramando en su afligido corazon todos los inmensos tesoros de la ternura maternal.

CAPITULO XXXI.

Malas nuevas.

La señora Duncan no desmentió el bello carácter y la aficion á Amanda que desde los primeros momentos habia mostrado.

La hija de Malvina encontró en ella una verdadera amiga.

Por su parte la señora Bruce se portó con la mayor delicadeza, y olvidando ó pareciendo olvidar que Amanda recibia allí un salario para dar educacion á las niñas, la trató siempre como amiga íntima de su sobrina.

Las niñas cada dia estaban mas contentas de su profesora, y nunca gozaban mas que cuando la veian sonreir ó recibian de ella alguna muestra de afecto.

Si Amanda hubiese podido olvidar sus anteriores desgracias habria podido llamarse completamente feliz; pero el mal era muy fuerte, y entre el melancólico consuelo que

experimentaba en aquel asilo que habia sido morada de su madre, se mezclaban siempre tristes memorias.

¡Cuántas veces suspiró en los mismos sitios donde habia suspirado en su primera juventud la desdichada Malvina!

En ciertas ocasiones se le figuraba adivinar por instinto los lugares predilectos de su madre cuando su corazon estaba oprimido por el pesar, y se acogia á ellos y daba libre curso á sus ideas, que poco á poco tomaban un giro menos ingrato por el influjo que ejercia en ella la consideracion de que allí estaba menos lejos de la infeliz que le habia dado el sér.

Generalmente pasaba Amanda toda la mañana con las niñas.

Despues de comer salia con su amiga á dar un paseo, ó leia en alta voz mientras esta y su tia trabajaban sentadas junto á una ventana desde donde se descubria una magnífica vista.

Muchas veces la señora Bruce jugaba á los cientos con su sobrina, y las niñas recogian las cartas y se entretenian con ellas mientras duraba el juego.

Entonces Amanda se retiraba á su cuarto ó paseaba por los alrededores de la abadía, cuando no iba á recorrer algun ignorado rincon del vasto edificio.

Mas de una vez al llegar junto á la capilla se le quedaron como clavados los piés en el suelo, y permaneció allí horas enteras pensando que detrás de aquellas paredes estaba el abandonado retrato de su madre.

Aquella parte de la abadía estaba en efecto ruinosa como habia dicho la anciana; donde quiera se veia crecer la yerba parásita é interceptaban el paso el boj y los espinos.

Algunas ventanas eran bastante grandes para que Amanda hubiese podido penetrar por ellas; pero su elevacion era mucha y además estaban tapiadas en toda la mitad inferior de su abertura.

La puerta, pesada y muy recia, estaba atrancada fuertemente por la parte interior, y todas las demas ventanas que caian á aquel sitio ó estaban tapiadas ó hacia largo tiempo que no habian dado paso al aire y á la luz.

Durante los quince dias primeros todo pasó tranquilamente en la abadía, y sus habitantes parecian bien hallados con su suerte.

Amanda deseaba recibir cartas de la señora Dermont á quien habia avisado que podia escribirle á su nueva morada, pues sólo distaba cinco millas del pueblo á donde llegaba el correo, de cuyo pueblo á la abadía iba y venia diariamente un hombre.

Amanda, acostumbrada á reflexionar desde muy niña, pensó en la inquietud que le causaba el no tener noticia de la superiora, y no pudo ocultarse á sí misma la causa de la impaciencia que solia aquejarla con aquel motivo.

La señora Dermont le habia dicho que sus cartas no serian frecuentes, supuesto que en el convento sucedian pocas cosas dignas de contar; pero la desdichada Amanda se acordaba de Mortimer, de quien nada sabia.

Esta ignorancia era en ciertas ocasiones causa de los ataques de melancolía que no podia ocultar.

Bien comprendia que aun cuando la superiora tuviese noticias de lord Mortimer, no se las comunicaria si solamente habian de servir para aumentar su pena, renovando en ella las tristes memorias de la felicidad perdida para siempre.

Así pasaba el tiempo en la abadía.

Cierta mañana estaba la señora Duncan presenciando agradablemente como sus hijas tomaban lecciones de Amanda, cuando entró con cierta agitacion la tia de aquella, y mandando á las niñas que salieran á jugar á la galería interior, dijo á su sobrina:

—Conviene que tú y la señorita Francisca no salgais de esta parte de la abadía hasta que os avise.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada sino que está abajo el conserje del castillo de Rosline y no conviene que vea á personas extrañas, pues no dejaria de decírselo á su amo, el cual, estoy segura de ello, no lo llevaria á bien y mucho menos su esposa.

—Enhorabuena, no saldremos por mas que sea incómodo...

—Lo primero es lo primero, hija mia. Voy á cerrar.

Salió muy atareada la señora Bruce, y Amanda y su amiga quedaron discurriendo sobre el empeño de la familia de Rosline en que no penetrara nadie en una posesion que no visitaba nunca, y tambien sobre el motivo que habria sido causa de presentarse en aquel sitio el personaje que las obligaba á permanecer escondidas.

A las dos horas se retiró el conserje, y la señora Bruce se apresuró á comunicar á sus prisioneras que ya podian salir cuando les pareciese.

—¿Traia alguna noticia importante ese conserje? preguntó la señora Duncan á su tia.

—Una novedad trae, y una noticia que aunque tiene importancia para sus amos no tiene ninguna para nosotras.

—¿Pues qué sucede?

—Sucede que la familia de Rosline va á llegar en breve á su castillo.

—Pero... ¿para pasar dias?

—Tambien á mí me ha extrañado al principio su venida, pues no está el tiempo para que se vengan al campo los que tienen en la capital un palacio magnífico, y cierto no les esperaba yo hasta el verano, pero cuando supe lo que habia...

—¿Pues qué hay?

—Una gran novedad, que será causa de que tú, tus hijas y tu amiga tengais que trasladaros al pueblo inmediato mientras los marqueses no se vayan; pues por nada del mundo quisiera yo que supieran que no estoy sola.

—¡Dios mio! tener que salir de aquí...

—¿Qué quieres que te diga, sobrina? No tengo medio de evitarlo. Los marqueses son exigentes en este particular; tienen derecho á ser obedecidos pues disponen de lo suyo, y á mí me podria traer muy mal resultado el separarme de sus órdenes.

—Ni quiera Dios, repuso la señora Duncan, que por mi culpa os vea yo expuesta á disgusto alguno. Dejaremos la abadía, si quereis, hoy mismo...

—No corre la cosa tanta prisa.

—Es que podrian presentarse de improviso...

—No, sobrina, pues segun el conserje, no vendrán sino á fines de la semana.

—Y al fin ¿cuál es el motivo de ese intempestivo viaje?

—En cuanto á intempestivo no lo es para los marqueses, que van á casar á su hija.

—¡A la señorita Eufrasia!

—¡Pues! Y en el castillo van á celebrar la boda.

—¡La señorita Eufrasia... dijo Amanda, no pudiendo reprimirse, se casa! ¿Y se dice con quién?

—Con el hijo de un personaje, del conde Rosven, mas claro, con lord Mortimer.

Amanda se quedó sin movimiento.

—Es un jóven, prosiguió la tia, de muy altas prendas. Ya se habia hablado otras veces de este casamiento; pero hace algun tiempo todo el mundo daba por cierto que no se afectuaria. Ahora, por fin, no hay que dudar.

Amanda ahogó un profundo suspiro, y temió descubrir su secreto, segun lo mucho que la afectó la noticia.

Faltábale la respiracion, zumbábanle los oidos y las ideas se le desvanecian en la mente; los objetos parecian alejarse de su vista, y el suelo vacilaba bajo sus piés.

Por un momento temió caer sin sentido y le fué preciso recostarse en su asiento para no perder el equilibrio.

La señora Bruce y su sobrina nada notaron y Amanda se esforzó por recobrar su serenidad.

Si la señora Duncan la hubiese visto palidecer y empañársele los ojos, se habrian quizás confirmado las sospechas que habia concebido de que su amiga padecia pesares de amor, sospechas que habian tomado mayor cuerpo desde el dia en que sus hijas le dijeron que habian sorprendido á su amiga Francisca toda llorosa y besando un retrato.

La señora Duncan que, como ya hemos dicho, era muy delicada, no molestó á Amanda con indiscretas preguntas, antes se hizo un deber de respetar el secreto de su amiga y se creyó mas que nunca obligada á endulzar sus ocultos pesares con los consuelos de su amistad.

Amanda habia resistido el golpe cruel sin desmayarse; pero necesitaba estar sola para llorar la pérdida cierta de su amores, y apenas tuvo ocasion oportuna se retiró á su cuarto, donde en silencio dió rienda suelta al llanto que la estaba ahogando.

Previsto tenia lo que le esperaba desde el momento en que accedió á las exigencias del conde Rosven; ella misma habia pedido mil veces al cielo que no fuera infructuoso su sacrificio; de manera que no podia buenamente quejarse de lo que le sucedia, pues mil veces de buena fe lo habia deseado.

Así lo daba á entender ella misma, acusándose de debilidad y pidiendo al cielo que le perdonase aquel llanto; pero despues exclamaba:

—¡Dios mio! yo no lloraria; yo tendria valor para resistir este rudo golpe, si en el matrimonio del hombre que me amó viese una promesa, una esperanza de felicidad para él; si se uniese con una mujer digna de él, capaz de inspirarle amor; pero con Eufrasia no puede ser feliz en modo alguno. Así únicamente el conde Rosven se aprovechará del doble sacrificio, y su hijo y yo viviremos igualmente desgraciados. ¡Oh Mortimer, yo lo juro á los cielos que ven mi corazon! No he dejado de amaros nunca, y el llanto que ahora vierto, no me lo produce la triste idea de verme separada de vos para siempre, sino el ver que no hallareis la dicha cerca ni lejos de mí; de mí que tanto os amo todavía y á quien creeis falsa cuando dais la mano á otra. ¡Oh Dios mio, ahora que aun no me está vedado decírmelo á mí misma, dejadme repetir aquí á mis solas que le amo; que su imágen y el recuerdo de sus nobles senti-

mientos conmueven amorosamente mi corazon! Sí, Mortimer, esta desdichada á quien vos sin duda despreciais indignado, ama en vos la nobleza de carácter; y la lealtad, la rectitud y la expresion que esas bellas prendas os comunican, brillan en vuestra frente y resplandecen en todas vuestras palabras y acciones. Sí, os amo, os amo todavía, y porque os amo ¡desdichada de mí! lloro en silencio y veo con temor acercarse el dia en que pertenezcais á otra, y para ser digna de vos tendré que dejar de amaros... ¡enorme sacrificio! Si los cielos escuchan mis voces, Eufrasia será para vos una compañera dulce y cariñosa, una esposa leal, una amiga fiel que compartirá vuestras alegrías y os consolará en las adversidades, y cuando con su cariño y su bondad os haya hecho olvidar á la pobre Amanda, yo la bendeciré en secreto y rogaré por ella al cielo; pero entre tanto dejad que mi corazon repita cien veces os amo; Mortimer, os amo, os he amado siempre y no podré amar sino á vos.

Los sollozos agitaron su pecho de manera que tuvo que echarse en el lecho porque sentia un quebranto muy grande.

Calló la infeliz y no pudo hacer más que enjugar de continuo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Al cabo de gran rato, cuando le pareció que la fuerza del dolor habia ya secado en ella las fuentes del llanto, se incorporó en el lecho y sacó el retrato de Mortimer que se puso á contemplar atentamente.

Túvole un buen espacio de tiempo ante los ojos, y con voz desfallecida, como si aquella inanimada imágen pudiera responderle, llamó:

—¡Mortimer... Mortimer!...

La inmovilidad del retrato le produjo un efecto extraordinario.

Inundáronse otra vez de lágrimas sus ojos, y con una mansedumbre capaz de enternecer á su mayor enemigo, dijo:

—Cuando seas esposo de otra, no podré mirarte sin avergonzarme; ahora que aun puedo decirte que te amo sin ser criminal, no me trates con enojo, no apartes de mi la vista: consiente en que te mire y pregúntale á tu padre, ya que el corazon no te dice que puedo sin rubor fijar los ojos en tí.

Permaneció largo rato dejando caer las lágrimas sobre aquella inanimada pintura, y por cierto que habria podido dudarse si era ella tambien como el retrato, pues, fuera del llanto, su inmovilidad era la de una estátua.

En medio de su trastorno, oyó el prolongado sonido de la campana que la avisaba ser llegada la hora de ponerse á la mesa.

Amanda guardó precipitadamente el retrato en su seno.

Conoció que el trastorno de su fisonomía podia revelar lo que padecia su pecho, y á su grave pesar se añadió el miedo de que conociesen que habia llorado y le preguntasen la causa de su tristeza, pues ni Amanda la habia de revelar ni habria sabido inventar un pretexto para ocultarla.

Las hijas de la señora Duncan, que siempre echaban de menos su compañía, no sólo la llamaban á voces pesarosas de no haberla visto en largo rato, sino que no quisieron sentarse á la mesa sin ella, y tirando de los vestidos á su madre para que las ayudase á buscar á la buena Francisca,

se dirigieron á donde suponian que habia de estar, y sin darle tiempo para reponerse llamaron á la puerta de su cuarto.

Deseosa de no despertar sospecha alguna, enjugó las huellas de sus lágrimas y abrió inmediatamente la puerta á su amiga que iba á buscarla para no sentarse á la mesa sin ella.

La hora de la comida fué un continuo tormento para Amanda. Hubo forzosamente de tomar parte en la conversacion sin descubrir que su pecho se hallaba trabajado por una grave amargura, y preciso le fué sonreir á las bromas que se le ocurrian á la señora Duncan con motivo de su próxima salida de la abadía para no disgustar á los marqueses de Rosline.

Despues del té trajeron los naipes como de costumbre, y Amanda pudo levantarse con pretexto de su ordinario paseo y dar libre curso á sus solas á sus agitados pensamientos.

CAPITULO XXXII.

La capilla.

Dirigió sus pasos á la capilla y entre sí iba diciendo de cuánto socorro le seria poder rezar al pié del retrato de su madre en aquella situacion tan angustiosa.

Acercóse cuanto pudo al sitio donde sabia que estaba guardado ó mejor dicho abandonado el lienzo que representaba á su buena madre, y sentándose á la antigua capilla, apoyó la espalda en la pared cubierta de yedra y recios arbustos.

Allí, en medio de la soledad y el silencio que le eran tan gratos, se entregaba á sus meditaciones, cuando le pareció que á su espalda se desprendian algunas piedras.

Levantóse intranquila, y vió que en efecto detrás de las enredaderas habia un gran boquete cubierto de mampostería, que se acababa de caer con la presion que ella habia hecho recostándose.

Apartó las ramas de los arbustos, y muy maravillada vió que por aquel punto se podia penetrar en la capilla.

Inmediatamente se acordó de que en aquel sitio se hallaba el retrato de su madre, y sin detenerse apartó las ramas de los arbustos y penetró por el boquete.

Apenas hubo entrado por él, se encontró sobre un monton de escombros que bajo su peso se desmoronaban produciendo un extraño ruido, que resonaba por las bóvedas.

Anduvo á tientas hasta encontrar asiento sólido para sus plantas, y como el dia tocaba á su término y en aquel recinto penetraba poca luz, tuvo que pasar buen rato antes de distinguir claramente los objetos.

Las aves nocturnas interrumpidas en su reposo y oyendo turbarse el silencio de su tranquila mansion, cruzaron por el ancho espacio y fueron chillando á acurrucarse en el rincon mas oscuro.

Aquel era el sitio donde se habia detenido Amanda, que las espantó otra vez al ponerse en movimiento y sintió gran repugnancia al ver á los lúgubres habitadores de aquel recinto.

El dolor volvió á oprimirla al pensar que á semejante sitio habia ido á parar el retrato de su adorada madre; pero el deseo de encontrarlo venció á todo y con resolucion penetró mas adentro.

Por las ventanas mas elevadas aun entraba el pálido resplandor de los últimos rayos del sol.

Del arranque de los arcos colgaban banderas y estandartes ganados á fuerza de armas por los señores de la abadía y ofrecidos al templo, segun la antigua usanza.

Bajaban pendientes de los techos enormes telarañas y cubríalo todo una espesa capa de polvo.

Crujian las maderas con súbitos, pavorosos ruidos, y de continuo se desprendian arenas y menudas piedras.

A cada paso tropezaba Amanda con astas de lanzas, corazas y piezas de armadura de hierro, que con el trascurso del tiempo y el abandono se habian caido al suelo.

Vagaba ella sin direccion cierta, acostumbrándose poco á poco á distinguir los objetos en medio de la oscuridad que era mayor cada vez, y fué á sentarse conmovida y triste en las gradas del altar.

Despues de permanecer allí buen rato, vió en un rincon tirados sin órden una porcion de objetos.

Marcos de cuadro, varas, perchas, candeleros y tablas.

Ocupaban un ángulo entrante junto al altar y Amanda se dirigió á aquel sitio con viveza.

Removió un poco todo lo que estaba allí hacinado y halló una imágen con su auréola de oro pintada en un gran cuadro, cuya tela estaba rota por varias partes.

Debajo de aquel cuadro estaba otro de dimensiones y marco iguales á los retratos de la galería, y Amanda se arrojó á él con la avidez poseida del presentimiento de que aquel habia de ser el retrato de su madre.

Volvióle para examinar la pintura y sacudió con su pañuelo el negro polvo que cubria la superficie.

A cada golpe que le daba veia aparecer la pintura, y al descubrir los ojos sintió llenos de lágrimas los suyos, y desde entonces en vez de seguir golpeando la tela, pasó blandamente el pañuelo por encima de ella, poseida de un profundísimo respeto.

¡Oh, qué pronto conoció en los rasgos principales de aquella imágen á la inocente mártir que la habia llevado en su seno y de quien mil veces el desgraciado Fitzalan le habia hecho el retrato!

Palpitó su corazon con desusada violencia ante aquel modelo de virtudes, ángel de amor y resignacion que al darle la vida á ella habia exhalado el último suspiro.

Se acordó repentinamente de las patéticas pinturas de su padre al describirle el carácter y perfecciones de aquella mujer idolatrada, y aunque el retrato estaba en un lamentable estado de deterioro y la escasa luz siempre menguante presentaba á la vista de Amanda muy confusas las facciones, le pareció ver á su efigie no sólo cabal, sino animada por un sentimiento idéntico al que ella experimentaba.

Volvió á sentarse, y al pié del ara donde Fitzalan y Malvina habian pronunciado el solemne juramento de amor, se entregó á la contemplacion del retrato.

En la exaltacion que aquella obra del pincel le producia, llegábase á figurar que las facciones pintadas en el lienzo expresaban ora el dolor de las propias desdichas, ora la lástima de quien las miraba, ora promesas de felicidad eterna, despues de haber luchado y vencido á la adversa suerte.

En medio de esta alucinacion resonó con estruendo bajo las bóvedas la poderosa voz de la campana de la abadía.

Amanda salió del estado en que se hallaba, y vió con sentimiento que tenia que retirarse de aquel sitio y volver al mundo de los vivos.

Llevó á sus labios dos y tres veces el retrato y le colocó

cuidadosamente en un sitio oculto, pero no entre los innobles restos con que hasta entonces estuviera confundido.

Encaminóse á la abertura por donde habia entrado, mas antes de llegar á ella, vió á uno de los lados de la capilla una puerta estrecha y baja, ante la cual detuvo el paso.

La señora Bruce, en la relacion anecdótica que de los sucesos de los Murley les habia hecho, señaló aquella puerta y aquel lado de la capilla, diciendo que hácia dicho sitio caian las habitaciones que habian sido de Malvina.

Vaciló Amanda entre retirarse y ver si podia penetrar por aquella puerta inmediatamente; mas aunque era muy grande el ansia que sentia por conocer todo lo que tenia alguna relacion con su desdichada madre, la campana con sus tañidos vino á decirle que se retirase, dejando para mejor ocasion su tentativa.

El temor de que fuese notada y comentada su ausencia acabó de determinarla, y traspasó con precipitacion la brecha, volviendo á enderezar las ramas de los arbustos para que la ocultasen á la vista de todos.

Dirigióse á la sala antes que las señoras hubiesen dejado la mesa de juego, y afortunadamente no hicieron alto en su tardanza.

Hablaron como de costumbre de mil cosas domésticas; pero Amanda no podia hacerse cargo de nada por mas que prestase atencion y sólo repetia en su interior: mañana, mañana.

Llegó el mañana deseado, con harta lentitud para la impaciencia de Amanda; pero acostumbrada como estaba á

dominarse desde su niñez, no reveló en su semblante lo que su pecho padecia.

A la hora en que podia vagar libremente por la parte habitada del edificio, tomó sin perder momento el camino del dia anterior.

Al llegar al ángulo de la capilla detuvo el paso y volvió la cabeza para ver si podian espiar lo que iba á hacer, y viendo que todo era soledad al rededor suyo, separó con viveza las ramas que le impedian el paso y entró en el recinto donde estaba guardada aquella joya, la imágen de su querida madre.

Dirigióse con cierto temor al rincon donde habia dejado el retrato, azorada como si una mano enemiga de su dicha hubiese debido de arrebatárselo, y mas tranquilo su corazon al ver que se hallaba tal como lo dejara.

No era tan tarde como el dia anterior, y al coger Amanda el retrato para contemplarlo descansadamente, le pareció su madre mas hermosa que lo que hasta entonces habia imaginado. No sólo vió representada en él patentemente las gracias y bellezas de la juventud, sino que en su frente se reflejaban todas las bondades, y sus bellos labios parecian formados para los mas castos besos.

Amanda suplia con su imaginacion, inspirada por el amor filial, todo lo que le faltaba al retrato, que por algunas partes tenia comido el color y no ofrecia á la vista sino confusas sombras.

Pensaba ella cómo habria querido á su madre y cómo habria sido querida de ella, si la muerte no se la hubiese arrebatado.

Engolfábase imaginando que á estar viva, oiria á cada

momento en sus oidos aquella dulcísima voz que mil veces ensalzara su padre; suponia cuáles habian de ser sus gustos é inclinaciones y cuánto amor habria reinado entre ellas dos, sostenidas y alentadas la una por la otra.

Cariño, respeto, ternura, lástima, admiracion .. ¡qué noble, qué dulce, qué grato sentimiento no experimentó Amanda en aquellos instantes!

El llanto que derramó fué un bálsamo para su corazon, y tanto fué así que cuando le parecia que iba á dejar de llorar, fijaba otra vez los ojos en el lienzo para sentir de nuevo el placer de las lágrimas.

—¡Extraño destino el nuestro! exclamaba como si su madre pudiera oirla; tú por desventura inmerecida fuiste arrojada de esta casa como una advenediza y corriste á refugiarte en brazos de un casto amor; yo, tu hija, al cabo de tanto tiempo, penetro como desconocida en esta mansion, huyendo de un amor puro y buscando en esta soledad un amparo contra desdichas tan inmerecidas como las tuyas! ¡Oh madre mia...!

Bajó la cabeza y balbuceó medrosa:

—¡Oh Mortimer!

Helóse la voz en su garganta, porque le pareció que se oia ruido de pasos cerca de ella.

Quedóse inmóvil y contuvo la agitada respiracion.

No se atrevia á volver la cabeza ni á abrir los ojos, como si temiera encontrarse frente á frente con quien hubiese descubierto su secreto.

Esperó largo rato amedrentada; mas poco á poco fué recobrándose del susto, viendo que el ruido habia cesado, y aunque con temor miró delante de ella.

Volvió despues la vista á ambos lados, levantándose trémula, y dando una rápida ojeada á su alrededor vió que estaba sola.

No se oia otro ruido que el del continuo desprendimiento de las paredes y de cuando en cuando el crujir de las maderas, y acaso el de las altas vidrieras sacudidas por el viento de la tarde.

La luz habia bajado mucho; conoció que era tiempo de volver con sus amigas, y aunque le pesaba de no penetrar por la puertecita de que hemos hablado, la aprension que le habia dejado el reciente susto la impulsaba á salir de aquel sitio.

Antes empero de dejar la capilla, permaneció buen espacio de tiempo de rodillas ante el retrato de su madre.

Cuando hubo meditado mucho tiempo contemplando aquel rostro en que veia ella todas las perfecciones juntas, vió que iba oscureciendo mucho y que le era forzoso retirarse.

Colocó pues respetuosamente el retrato en un sitio mejor que el que le habia destinado la víspera, y despidiéndose de él como pudiera hacerlo de su madre si viviera, se volvió á buscar la compañía de la señora Duncan.

Esta la recibió con su acostumbrada afabilidad, y en tono de broma le dijo que le habia cabido gran suerte en poder dar aquellos largos paseos solitarios.

—¿Siempre habeis sido aficionada á la soledad, señorita? le preguntó la anciana.

—Siempre, señora, vuestra sobrina me conoció así.

—Es verdad, siempre os ví paseando á la orilla del mar.

—No era yo así cuando jóven, dijo la anciana: cuanta mas gente veia á mi alrededor mas contenta estaba; y aun ahora mismo, si no fuese por... ¡Cuánto voy á sentir vuestra ausencia, que me parece que va á ser muy pronto!

La señora Duncan hizo un gesto de mal humor al volver á recordar la nueva incomodidad que les esperaba con tener que dejar la abadía.

Las niñas se quedaron mirando á su madre como solian, y no vió nadie, ni nadie habria podido comprender el doloroso efecto que aquel recuerdo acababa de producir en el corazon de la desventurada hija de Fitzalan.

Amanda se estremeció profundamente; el motivo de tener que salir ella de la abadía, era el próximo casamiento del que debia haber sido su esposo.

CAPITULO XXXIII.

Una aparicion.

El recuerdo de la anciana, decimos, renovó en Amanda sus punzantes dolores.

Debia ausentarse en breve de la abadía, porque así cuadraba á la dicha de Eufrasia.

¡Eufrasia era hija de aquella fria, insensible Augusta que con la mayor indiferencia habia visto consumarse la desgracia de su inocente hermana, de la madre de Amanda!

Eufrasia iba á casarse con Mortimer á quien no podia hacer dichoso, y entre tanto, ella leal, ella sensible, ella que amaba mas la dicha de Mortimer que la suya propia, tenia que vivir condenada á perpétuo llanto; ¡esconderse á las miradas de la feliz pareja y resignarse al olvido y al desprecio y á la maldicion del hombre por quien se sacrificaba!

Afortunadamente era Amanda buena hija, y el recuerdo

de su madre vino á tiempo de atajar el raudal de sentimiento que en su pecho se desbordaba.

Pensó en las desventuras de Malvina y se acusó de haberse quejado tanto de las suyas.

Desde aquel punto ya su única mira fué aprovechar el tiempo que le quedase por entonces de estar en la abadía, para registrar, si le era posible, las habitaciones que habian sido de su madre.

Pasó la noche entera pensando en ella y rogándole que apartase de su memoria todo lo que no fuese sus desgracias y sus bellas prendas, y durmió un sueño reparador, que le devolvió mucho de su perdida energía para sobrellevar los rigores de la suerte.

Esperó la hora de emprender su paseo, y como por fortuna aquel dia la señora Bruce pidió los naipes mucho antes que solia, salió directamente hácia la capilla y entró en ella, no sin mirar antes si podia ser descubierta.

Corrió en seguida á ver el retrato de su madre, le contempló junto á la luz que aun era abundante, y volviéndole á colocar en su sitio se dirigió á la puertecita objeto de su curiosidad.

Abrióla fácilmente, subió una escalera que tras ella se levantaba, y se halló en un vestíbulo que recibia luz por una ventana gótica.

Todo resonaba allí aun mas que en la capilla, y la emocion de Amanda era tanta, que aun mas que la repeticion del eco, sentia resonar sus pasos dentro de su pecho.

En lo alto de la escalera se detuvo en medio de la profunda soledad y el solemne silencio que reinaba por todas partes, y se aplicó al corazon entrambas manos.

Tenia el vestíbulo dos puertas; las dos estaban cerradas. La que mas cerca de ella estaba era la de la izquierda.

Acercóse á ella con mucho tiento y pisando muy blandamente porque parecia que el rumor de su pasos, segun lo que resonaba, debiese oirse desde larga distancia, y abrió.

Presentóse á sus ojos una galería, y al momento se le vino á la memoria que, por lo que habia oido á su padre, aquella galería iba á parar á una de las habitaciones que ella buscaba.

Mantúvose perpleja antes de aventurarse por aquel camino, pero al fin avergonzada de temer en un sitio donde estaba sola, y creyendo indigno de ella y hasta poco decoroso para la memoria de su madre el retroceder á la mitad del camino, entró en la galería.

El viento cerró de golpe la puerta por donde habia entrado, y resonaron con tal estruendo los ámbitos de aquel silencioso lugar, que Amanda volvió á detenerse aterrada y lanzó un grito pavoroso.

Los piés se le habian clavado en el suelo y sentia helársele la sangre en las venas, cuando por súbita adivinacion mas bien que por raciocinio comprendió cuál habia sido la causa de aquel estrépito.

Entonces aunque trémula todavía siguió adelante, y se le figuraba que á medida que iba andando, retrocedia la pared que tenia enfrente.

A un lado de la galería habia muchas puertas; al otro lado ventanas altas por donde penetraba ya muy escasa luz á aquella hora.

Por último llegó á la puerta del testero opuesto. Estaba entreabierta, y entrándose por ella, se encontró en un

grande aposento que en seguida imaginó que debia haber sido de su madre.

¡Aquí, pensó Amanda, podria quizá encontrar un recuerdo que atestiguase haber sido este el sitio donde lloró sus pesares y rogó al cielo que pusiera término á las desventuras que le costaron la vida!

Con la esperanza de que se llenaran sus deseos miró á todas partes, y viendo un objeto blanco en un rincon fué á reconocerle.

En vano intentaríamos describir el asombro de Amanda.

Tenia ante sus ojos una mujer, que parecia espectro; pero á cuyo contacto se estremeció toda, erizándosele el cabello y dando un grito terrible.

El miedo mismo le dió impulso y alas para salir del cuarto corriendo á volverse por donde habia venido; mas al llegar á la puerta aquella que se habia cerrado de golpe, no tuvo tino para abrirla ni para intentarlo siquiera y cayó al suelo de rodillas.

En medio del violento terror que se habia apoderado de todo su sér, le pareció que con pausado paso se acercaban á ella; dió un grito pidiendo favor al cielo, levantó un brazo para alcanzar la puerta y ver si podia abrirla, y paralizó sus movimientos una mano fria que rozándole el cuello se le posó en un hombro.

Tras esto, y cuando ya cuajaba su frente un sudor frio, oyó á su espalda una voz doliente que decia:

—No huyais de este modo; no me tomeis por fantasma, ni por un sér capaz de abrigar malos intentos. Soy como vos una simple mujer, una mujer desgraciada... muy culpable y... muy arrepentida tambien.

Aquel acento fijó la atencion de Amanda.

Sus temores se fueron desvaneciendo; pero á medida que recobraba el discurso crecia de punto su sorpresa.

Sonó de nuevo la voz á su espalda, retiróse la mano, y con gran blandura le dijo la desconocida:

—Levantad...

Púsose en pié, levantó los ojos para mirar á quien le hablaba y los volvió á bajar inmediatamente.

Tenia delante en efecto una mujer pálida, vestida de blanco. Estaba muy flaca, y á pesar de esto, y de los estragos que el pesar habia hecho en sus facciones, se conocia que podia haber sido hermosa.

—He oido ciertas palabras en vuestros labios... y ahora que veo vuestro semblante me acabo de persuadir de que perteneceis á la familia de los Murley.

La sorpresa de Amanda se trocó en admiracion.

—Sí, prosiguió la mujer: ayer tarde, hablando quizá con vos misma, deciais que erais una huérfana infeliz; invocabais á Malvina Fitzalan y la llamabais madre querida.

—¡Mi madre fué! exclamó Amanda suspirando.

—¡Vos! ¡Vos sois hija de Malvina...! ¿Cómo deciais, pues, que habiais entrado en esta casa como extraña, como consagrada á la servidumbre...? ¡Vos sois Murley! Estais en vuestra casa; ¿no sois aquí señora?

—¡Ay! dijo Amanda sin acertar á tener oculto su secreto; entré aquí bajo un nombre supuesto, nadie me conoce sino por Francisca Donald y estoy en la abadía como aya y maestra de dos niñas, sobrinas de la administradora.

—¡Hija de Malvina! dijo con voz baja pero penetrante la mujer vestida de blanco... ¡hija de Malvina!

Despues levantó á lo alto sus brazos descarnados, y alzando los ojos al cielo añadió:

—Al fin has oido mis preces ¡oh Dios de las misericordias y de los castigos justos! ¡Gracias, Señor! Gracias, que dando oidos á mis continuas plegarias me demuestras que crees en la sinceridad del arrepentimiento de este corazon, que es todo tuyo. Yo cumpliré, te lo juro, todos los deberes que tengo que cumplir en la tierra sin que ninguna mundana consideracion me detenga; ojalá fuese mas largo el tiempo que me queda de vida para que mas largamente pudiera probarte que sólo anhelo merecer el perdon de todas mis culpas.

Las solemnes palabras de aquella mujer, las inflexiones de voz, todo lo recogia Amanda atónita; pero sobre todo llegó al sumo grado su pasmo, cuando la desconocida bajando los ojos á ella, añadió despues de una pausa:

—Tu juventud y tu belleza, niña, me recuerdan la juventud y la belleza de Malvina, que yo marchité en hora bien temprana.

Con el corazon mas bien que con los labios exclamó Amanda:

—¡Isabel!

—Yo veo tu corazon al través de tu semblante, prosiguió aquella; eres hermosa porque eres buena, y cuando ayer hablabas de mis maldades no te proponias echármelas en cara, sino lamentar á la que habia sido víctima de ellas.

—¡Dios mio! Conque vos...

—Yo soy, sí, yo soy la viuda del conde de Murley. Tú sabes bien si fuí culpable... ¡Ay, créeme por Dios, niña;

aun mayores que mis culpas han sido despues mis desgracias!

Amanda veia y dudaba al mismo tiempo de lo que estaba viendo.

—¡Conque es posible, Dios mio...! dijo.

—Hasta que he visto tu semblante, prosiguió Isabel, he creido que para mí no habia de haber compasion en la tierra. Ahora... ahora me atrevo á esperarla. Sí, tú me escucharás, y creerás en mis hondos pesares, en mi arrepentimiento, y tendrás lástima de mí, aunque desde tu niñez te hayan enseñado á aborrecerme y á pronunciar mi nombre con horror.

—¡Oh no, no es verdad!

—¿No? Dime, niña, ¿no te han acostumbrado á odiarme...?

—Nunca, señora. ¡Nunca!

—¡Conque es verdad que tu madre era un ángel que la tierra no merecia...!

—¡Ay, sí!

—Tuvo Malvina un hijo, ¿no es cierto? ¿Qué fué de tu hermano? ¿Vive aun?

—¡Ay de mí! Lo ignoro. La suerte adversa nos separó hace tiempo, y él ignora mi destino como yo ignoro el suyo.

—¡Culpa mia! ¡culpa mia! repitió Isabel. ¡Oh Malvina, tierna y amorosa Malvina; yo soy la causa de tus males y de los males de tus hijos! Bendita sea la Providencia, que tras el merecido castigo trae á mi encierro á tu hija, que es tu imágen, y me ofrece ocasion de reparar en parte el daño que os he causado. ¡Oh qué bondadoso y blando se

muestra Dios conmigo, que tan cruel é injusta he sido! ¿Saben en la abadía que estás aquí?

—No, señora, lo ignoran.

—Ya lo presumí. Vuélvete pues, no permanezcas aquí por mas tiempo, que puedes ser descubierta. Conviene que no sepan que me has visto, para que yo pueda ejecutar mis proyectos. Nadie debe saber las intenciones que abrigo; guarda el mas profundo secreto; mira que interesa tanto á tu porvenir como á mi seguridad. Que nada sepa la señora Bruce de nuestra entrevista; que no lleguen ni ella ni nadie á sospechar nada... Mañana recibirás de mí un depósito sagrado... aunque en hora tardía, al fin llegará á vuestras manos; al fin recobrarás los bienes de tus antepasados, y aunque la riqueza no constituye la única felicidad, á lo menos en adelante no temereis lo porvenir y vivireis libres de toda dependencia. Escribe en un papel, te lo ruego, escribe la relacion de tu vida, que triste debe haber sido, supuesto que has ido á parar á la servidumbre, y no olvides nada de cuanto te ha sucedido hasta llegar á esta abadía para secundar las miras de la Providencia y facilitar la expiacion de mis pecados. ¿Me prometes hacerlo?

—Os lo prometo.

—Dios te bendiga. Parte, que á él te encomiendo, y hasta mañana, hija de Malvina, á quien no me atrevo á pedir que reces por mí.

—¡Oh, rezaré, rezaré por vos! dijo Amanda con gran quebranto,

Las manos de Isabel volvieron á posarse blandamente sobre sus hombros.

La viuda del conde de Murley se inclinó ante la hija de su víctima y tuvo largo rato las miradas fijas en su bello semblante.

La fisonomía de Isabel expresaba la compasion mas sincera y profunda, y un hondo gemido de su pecho reveló á Amanda cuánto era su pesar y cuánto su arrepentimiento.

Enjugó esta las lágrimas que el abatimiento y la dulzura de aquella mujer antes altiva y cruel hacian brotar de sus ojos, y cuando los levantó para dirigirle una mirada de compasion, vió que con la cabeza caida sobre el pecho y á paso lento caminaba hácia el extremo opuesto de la galería

Amanda la siguió con la vista y la vió desaparecer en el mismo aposento donde la habia encontrado.

Entonces, sin haberse desvanecido del todo su estupor se retiró bajo la escalera del vestíbulo, y deseando salir al aire libre, arrojó al pasar una mirada al retrato de su madre, y traspasando el boquete de la capilla respiró con mas libertad, como si viniera de regiones situadas fuera del mundo.

CAPITULO XXXIV.

El testamento.

La admiracion, la lástima, la esperanza agitaban el pecho de Amanda. Afortunadamente al salir al aire libre experimentó grande alivio; mas no pudo presentarse ante sus amigas sin temor de que llamara su atencion el trastorno de su semblante.

En aquel momento la señora Duncan y su tia, se levantaban de la mesa de juego. Detenerse era dar lugar á que se entregasen á conjeturas por su tardanza, presentarse podia ser causa de que conociesen que le habia sucedido alguna cosa extraordinaria.

Mientras vacilaba en lo que debia hacer, se entreabrió la mampara del gabinete donde se hallaban las dos señoras, y Amanda no tenia mas remedio que seguir adelante.

La señora Duncan le dirigió una mirada muy expresiva, y Amanda conoció en ella que de las sensaciones que le habia hecho experimentar Isabel algun rastro habia quedado en su fisonomía

—Amiga mia, se apresuró á decir, el paseo de hoy me ha quebrantado. Os pido permiso para retirarme.

—No seais, pues, tan andariega, le contestó cariñosamente la señora Duncan; el paseo es para conservar la salud y no para ponerse en peligro de perderla.

Acompañóla á su cuarto, y no habria salido de él si con vivas estancias no le hubiera rogado Amanda que no se molestase por ella, pues con acostarse comenzaria su alivio, supuesto que sólo necesitaba algun descanso.

Sin embargo, el descanso no era la cosa que mas apetecia la hija de Malvina.

El descubrimiento que acababa de hacer era tan extraordinario é importante que ocupaba toda su atencion, y ardia en deseos de meditar en él á sus solas, si se lo consentia su atribulado espíritu.

En aquel mismo instante hubiera querido hacer todas las reflexiones imaginables acerca de la suerte y el castigo de Isabel, haber escrito la historia de su vida, que esta le habia pedido, y haber tenido ya otra entrevista con ella, cuya proximidad habria eonsiderado como una desgracia veinticuatro horas antes.

La señora Duncan la dejó cuando la vió empeñada en estar sola, y al momento mismo comenzó Amanda con febril impaciencia á escribir en un breve, pero expresivo extracto, el relato de sus infortunios.

El tiempo se le iba sin sentirlo en la reproduccion de sus desdichas, que trasladaba velozmente al papel, inspirada por el sentimiento que cada uno de los sucesos importantes de su vida despertaba en ella.

Todo corazon sensible se habria conmovido leyendo aquel

relato desnudo de toda presuncion artística; pero dictado por la verdad y el espíritu mas recto.

En aquellas sentidas páginas que pudo haber escrito el pudor mismo, no referia una sola vez su amor hácia Mortimer; trataba sólo de los infortunios de sus padres, y de los acontecimientos que con la muerte de este la habian conducido al extremo de necesitar del auxilio ajeno para ganarse la subsistencia.

La agitacion con que escribia, agitacion que subia de punto al discurrir sobre los mas tristes episodios, la fatigó de manera que á cierta hora de la noche no pudo continuar y se acostó con la cabeza ardiendo.

Pocas horas, empero, pudo entregarse al reposo.

A la mañana siguiente muy temprano dejó el lecho y volvió á ponerse á la mesa para dejar completo aquel interesante resúmen.

Consideró como una gran suerte que le diesen tiempo para terminarle; mas apenas acababa de poner en él la última palabra, cuando la mandó llamar la señora Duncan.

Recogió Amanda sus papeles y fué á ver á su amiga.

Amanda conservaba aun señales de la fiebre y del insomnio que padeciera.

Sus mejillas estaban algo sonrosadas á diferencia de la tarde anterior, y la buena señora Duncan equivocando la significacion de aquel síntoma le dijo:

—Ajá, amiga mia, veo que el descanso os ha sentado bien. Ya ha desaparecido la palidez de ayer tarde. ¿Sabeis que me habiais puesto en cuidado?

—No era nada. Os agradezco el interés...

—De veras, de veras, era capaz de alcanzar á cualquie-

ra la expresion de vuestro semblante. Afortunadamente habeis descansado bien, ¿no es verdad?

—Sí por cierto.

—Enhorabuena. Pero, querida Francisca, no os atropelleis así como hicisteis ayer; mirad por vuestra salud. ¿No sabeis para que os he llamado?

—No...

—Para deciros que hagais vuestros preparativos.

—¡Pues qué! ¿nos vamos? preguntó Amanda con terror.

—No inmediatamente... pero pronto. Cuando nuestra tia nos dé aviso debemos estar dispuestas á partir sin pérdida de tiempo. Parece que os pesa dejar la abadía.

—Sí en verdad.

—A mí tambien. Me habia acostumbrado ya á ese reposo monacal, á esa quietud del ánimo... Os aseguro que si tuviera que ir á vivir á otra parte me costaria mucha pena.

—A mí tambien. Por fortuna, yendo con vos se me hará agradable la estancia de otro cualquier sitio, á mas de que nos vamos con la esperanza de volver pronto, ¿no es verdad?

—Verdad es. A mi me pasa lo mismo que á vos... con una leve diferencia. Perdonadme, Francisca: soy madre, y mi consuelo nace no sólo de ir con vos, aunque vuestra compañía, como sabeis, me es muy grata, sino de llevar tambien á mis hijas. Si tuviese que separarme de ellas... ¡oh, no quiero pensarlo: vamos... no quiero pensarlo!

Ocupáronse las dos amigas en hacer sus preparativos de viaje y en ello emplearon la mayor parte del dia; de ma-

nera que cuando Amanda pudo ir á la capilla ya caia la tarde.

No tuvo necesidad de ir á la galería como la víspera, porque al pié del altar reclinada contra la barandilla y en actitud meditabunda encontró á Isabel, que con el codo sobre la rodilla descansaba la cabeza en la palma de la mano.

La desgracia y el remordimiento, los años y las vigilias, habian dejado impreso su sello en aquel semblante en otro tiempo altivo, lleno de vida y energía.

Estaba Isabel flaca, pálida, abatida, como abrumada por un peso enorme, y su actitud y su abandono eran tales que Amanda no pudo menos que acercársele mas que nunca compadecida de ella.

Isabel la vió llegar y sin alzar los ojos del suelo le tendió vergonzosa su descarnada mano.

Amanda no pudo resistir á la piedad que tantas desdichas inspiraban, y se la estrechó dejando caer en ella sus lágrimas.

—Gracias, dijo Isabel con la voz velada por los sollozos; gracias; no merezco de nadie compasion y vos me la otorgais... ¡vos! En algo habeis de revelar que sois ángel por vuestra naturaleza. ¡Si supierais qué consuelo tan grande es para mí encontrar quien sienta mis penas...

Levantóse interrumpiéndose, se cubrió los ojos con las palmas de las manos, y volviéndose despues hácia Amanda la contempló sonriéndose ante su belleza, como si en efecto viese en ella las perfecciones de un ángel, como habia dicho.

Acercóse á ella, y bajando la voz como penetrada de la importancia de sus palabras, dijo:

—Venid... venid, ayudadme. Yo... no puedo: no tengo fuerzas.

Llegóse al pié del altar, señaló uno de los marmolillos negros que cubrian el pavimiento y dijo á Amanda:

—Levantad esta losa.

—Amanda la levantó con poco esfuerzo y vió debajo de ella un cofrecito.

—¿Veis ahí un cofre de hierro?

—Sí.

—Sacadlo en seguida.

Obedeció Amanda, y al verlo Isabel fuera, llevó á él las manos, como si quisiera cerciorarse de su estado.

Hizo un gesto de satisfaccion, y bajándose á su vez volvió á colocar el marmolillo como estaba antes.

Metió despues la mano en el seno, sacó una llavecita y abriendo el cofre con ella, tomó un pliego sellado.

—¡Oh grato momento! exclamó. El cielo sabe que es un gozo imponderable el que penetra mi corazon.

Volvióse á Amanda y añadió:

—Hija de Malvina, hija de los Murley, recibe de mi mano el testamento de mi esposo Jorge, de tu abuelo. Debes entregárselo á tu hermano Oscar, que es el legítimo heredero de todos los bienes del conde. ¡Ojalá que esta restitucion y mi larga penitencia me sean contados por algo en la remision de mis pecados... que muchos son, lo confieso humildemente. Harto tiempo retuve lo que no me pertenecia; harto tiempo me tuvieron ofuscada la razon y encadenada la voluntad mis pasiones; ya que no merezco

¡Hija de Malvina, hija de los Murley, recibe de mi mano
el testamento de mi esposo!

yo felicidad en la tierra, á lo menos concédame el cielo la dicha de saber algun dia que no estais privados de ella tú y tu hermano.

Tomó Amanda el papel y dijo con asombro:

—¡Es posible! ¡Aquí está encerrada la ventura de mi hermano!

—Y la tuya tambien; porque no es posible que tu hermano deje de parecerse á la que os dió el sér, que amaba á toda criatura. ¡Tambien á mí, ¡ingrata! tambien á mí me habia amado!

—¡Oh querido hermano mio! exclamó Amanda; si yo hubiera sabido que tantas desdichas me habian de conducir á este sitio donde recobro para tí la herencia de nuestros mayores, no habria importunado nunca al cielo con mis injustas quejas. Todo puedo darlo por bien empleado, todo, y ya no me pesa, Señor, de lo que he padecido. ¡Oh padre mio! á lo menos tu hijo Oscar gozará de alguna dicha en este mundo, y si yo soy siempre desgraciada, hallaré un gran consuelo en la contemplacion de la ventura de mi hermano.

Llanto de gozo corria por las mejillas de Amanda, cuya exaltacion presenciaba Isabel con cierta dulce tristeza que le hizo exclamar:

—¡Oh dichosa tú, que desde niña fuiste capaz del bien y hallaste delicias en el bien ajeno! ¡Ay de mí, que tan tarde he comenzado á gozar de esta felicidad, siempre amargada por los remordimientos y el miedo de que el cielo no me permitiera reparar mis faltas!

—El cielo no os negará siempre su clemencia, señora, como no me la niega á mí despues de mis desgracias.

—¡Por piedad, niña, dijo Isabel extendiendo las manos, no me hables de tus desgracias, porque me partes el corazon haciéndome recordar que yo he sido la causa de ellas! Esta idea me atormenta noche y dia, sin necesidad de que tu dulce voz repita á mi oido que yo fuí, yo sola, la autora de todos los infortunios que pesaron sobre mi esposo, sobre la desdichada Malvina y por último sobre sus inocentes hijos. Cállate á lo menos si me aborreces... aunque no puede ser, no, que me aborrezcas: es imposible que quepa el ódio en tu buen corazon. Seria demasiado cruel para mí la certeza de saber que no me perdonabas, y el Señor no puede querer ya que despues de arrepentida me vea desesperada.

—Perdonadme, señora, dijo Amanda, las palabras que he podido pronunciar en ofensa vuestra, pues no tuvo mi intencion ninguna parte en ello. Creed por el contrario que me pesa infinito de haber despertado en vos tan ingratas memorias. No, yo no corresponderia como debo á la felicidad que de vuestra mano acabo de recibir, si experimentase por vos otros sentimientos que lástima y gratitud, ni mi corazon podria respirar nunca tranquilo si le inspirase alguna vez el ódio. Puedo mostraros la verdad de mis palabras: decidme dónde teneis algun amigo que pueda mejorar vuestra suerte; que os liberte de la prision á que segun parece vivís sujeta, y yo os juro...

—¡Amigos dices! ¡ay de mí que no tengo ninguno, ni en los dias de buena fortuna supe granjeármelos! Viví ciega, obcecada en el error, y si álguien se acuerda de mí en el mundo es sólo para maldecir de mi nombre. No, hija de Malvina; no vayas á molestar á nadie á fin de que se

interese por mí. Vivo, es cierto, bajo la presion ajena, humillada, menospreciada...; pero deja correr el tiempo. Yo bien sé que las leyes de mi país me librarian del género de vida á que han querido condenarme; pero no quiero invocarlas, porque me estremecen los resultados que este paso podria acarrear sobre los que abusan de mí. No, yo he sido dura y comprendo que halle dureza en los corazones, por mucho que me pese de hallarla en donde sólo deberia haber dulzura y agradecimiento para mí. Déjame padecer, que espero el término de mis males sin necesidad de apelar á la justicia. El giro que han de tomar los sucesos satisfará el deseo que por mi bien has mostrado. Entre tanto yo cumpliré mi penitencia. Escúchame con atencion, hija de Malvina; tu felicidad, la de tu hermano, así como la seguridad mia, exigen que por espacio de algun tiempo ignore todo el mundo que estais en posesion del testamento del conde Murley. Toma este papel, añadió sacando de entre sus ropas uno con muchos dobleces; aquí encontrarás explicados los motivos en que me fundo para darte este consejo. Ahora, parte y conserva para mí los sentimientos que me has manifestado.

—Señora...

—Ayúdame antes á colocar ese cofrecillo en el sitio donde estaba; que aun puede ser útil en otra ocasion.

Hizo Amanda lo que Isabel le aconsejaba, despues de lo cual dijo:

—He de participaros, señora, una novedad.

—Habla si interesa á tu suerte.

—No sé cuándo volveré á veros...

—¿Por qué?

—Porque salgo de la abadía por algun tiempo. Van á llegar á su quinta los marqueses de Rosline que casan á su hija, y como no quieren que permanezca aquí ninguna persona extraña fuera de los servidores ordinarios...

—¿Llegan los marqueses de Rosline y van á casar á su hija Eufrasia?

—Así es, señora.

—Entonces, Amanda Murley, conviene que cuanto antes pueda patentizarse la autenticidad del testamento que he puesto en tus manos. Anhelo ver cuanto antes posesionado de la abadía al legítimo heredero del conde; hasta entonces no gozará mi alma de reposo. ¡Oh! no debe estar lejos este ansiado momento; conozco que mi fin se acerca, y yo no podria morir en paz si dejase entronizada aquí la usurpacion que el tiempo va consagrando por culpa mia.

—Señora, se atrevió á decir Amanda, ¿no temeis que en este asilo, en el aislamiento en que vivís pueda sobreveniros una dolencia y que, falta de las cosas necesarias...

—Bondadosa niña; sólo temo que llegue tarde para todos el dia de la justicia. Cuando luzca el sol de verdad y los legítimos herederos del conde recobren lo que por culpa mia les fué arrebatado, aunque me dejen perecer en un arenal sin socorro alguno...

—¡Dios mio! dijo Amanda con horror.

—Yo no me quejaré, añadió Isabel terminando su frase.

—Yo quisiera probaros desde este momento cuán verdadero es el interés que me inspirais. Indicadme, por Dios, un medio, un camino para mejorar vuestra suerte.

—Nada, hasta que el testamento del conde sea proclamado válido y se cumpla como es debido su voluntad sagrada.

—Pero entre tanto que esto se verifica, ¿no se puede disponer, preparar...?

Calló Amanda, bajó Isabel la cabeza y permanecieron las dos largo tiempo en silencio.

La campana del castillo vino á interrumpirlo.

Isabel alzó los ojos á Amanda y le dijo con resolucion:

—No dés lugar á que descubran el sitio á que has venido. Si por una imprudencia llegara á saberse, estábamos perdidas entrambas. ¡Ay! Quien sólo sembró agravios, sólo puede coger sinsabores; justo seria todo castigo que me enviase el cielo; pero temo por tí... Adios.

Encaminóse á la puertecita y Amanda la vió desaparecer. Amanda salió por donde solia, y á toda prisa, estrechando el precioso documento que acababa de recibir, traspuso el boquete de la capilla.

CAPITULO XXXV.

Desengaño del conde Murley.

Cubrian el sol las nubes, y si bien era tarde, no lo era tanto para que reinase tanta oscuridad en la tierra.

Amanda creyó que sin duda era entrada la noche, y temerosa de lo que pudieran pensar de su ausencia, con afan y sin tino se dió á buscar una senda que corriera junto á la pared de la parte principal del edificio.

No acertaba con ella y crecia cada vez mas su turbacion, cuando oyó cerca de ella la voz de la señora Duncan, que le salia al encuentro.

Receló al pronto si le habria seguido los pasos y estaria enterada de sus visitas; pero se tranquilizó á las primeras palabras de su amiga, con lo cual pudo recobrar un tanto la calma.

Apretaba fuertemente los papeles que Isabel le habia entregado y mas que nunca tenia deseos de estar sola.

Era menester empero que se sentara á la mesa y no

diese á conocer su impaciencia, y así lo hizo; pero ocupada su imaginacion en su entrevista de aquella tarde y en las felices nuevas que podria comunicar á su hermano cuando tuviese noticias de su paradero, no hacia cosa alguna con acierto, ni siempre respondia oportunamente á lo que le preguntaban.

El cambio que habian experimentado sus ideas con respecto á la enemiga mortal de su madre; el motivo que la obligaba á dejar la abadía; la variacion que habia de verificarse en su suerte y en la de los Rosline cuando su hermano fuese declarado heredero de los bienes de Murley, todo la ponia en una extraordinaria turbacion de espíritu.

Obligóla á concentrar su atencion un nombre pronunciado por la señora Bruce, que se puso á hablar con su sobrina del próximo enlace de lord Mortimer con Eufrasia.

Entonces se olvidó Amanda de todo por un momento y suspiró profundamente por la pérdida de tantas ilusiones como se habia forjado durante su vida.

Segun eran las palabras de la señora Bruce, así palidecia como sentia encendérsele el rostro, y se hallaba sujeta á tormentos inexplicables cuando mas procuraba aparentar que sólo la frívola curiosidad femenil la hacia escuchar atenta aquellos pormenores.

Tenia en su seno el testamento del conde Murley; podia llamarse rica siendo un heredero tan poderoso aquel Oscar que la amaba entrañablemente, y sin embargo, no podia gozar, mereciéndolo, del único bien que para sí habia anhelado.

Mientras la señora Bruce proseguia la conversacion con su sobrina, Amanda decia para sí:

—¡Cuán intensa tristeza penetraria el corazon de Mortimer, si por un milagro del cielo, apenas acabase de dar su mano á Eufrasia, le fuese revelada la verdadera causa de mi desaparicion y con ella la fidelidad que le he guardado siempre y el extraordinario amor que todavía le profeso! ¡Líbrele el cielo de semejante desdicha, porque su noble y amante corazon no podria resistirla! ¡Ay de mí! ahora soy rica; pero las riquezas me llegan cuando mi pobreza anterior ha hecho imposible mi ventura. Si yo hubiera poseido el secreto del testamento, habria podido decir á lord Rosven: no temais; Mortimer no sabrá vuestra desgracia; pagad con mi oro á vuestros acreedores, reponed el caudal de vuestro pupilo y siga siendo un secreto para todo el mundo vuestro infortunio. Entonces, ¡ay! era yo pobre; no podia darle un puñado de oro y tuve que sacrificarle toda mi vida, todo mi amor y el concepto de mi decoro á los ojos del hombre ante quien habia anhelado siempre mostrarme digna de estimacion!

Ahora que ya es imposible comprar con oro la dicha... ¡ahora permite el cielo que la viuda del conde Murley...!

La señora Bruce creyó que la inmovilidad de Amanda era indicio de sueño, y se levantó para acostarse indicando á su sobrina que hiciera lo mismo.

Separáronse en efecto las dos amigas, y Amanda apenas estuvo encerrada en su cuarto sacó los papeles que le entregara Isabel y se sentó á su mesa.

Era muy tarde, y reinaba en la casa y en el campo el mayor silencio.

Con viva ansiedad fijó Amanda los ojos en los menudos caractéres trazados por la mano de Isabel, que referia su-

cintamente lo que, para mejor inteligencia de nuestros lectores, vamos á referir con alguna mayor amplitud.

Para ellos es menester remontarse á la época de los amores de Malvina con Fitzalan.

Isabel veia el cariño que se profesaban los dos jóvenes; y persuadida de que el conde Murley no consentiria en su matrimonio, así por la pobreza del capitan como por el desamor que ella le habia inspirado hácia su hija, observó y dejó que fuese en aumento aquella pasion, calculando que le podria servir para que el conde acabase de irritarse contra su hija y la privase totalmente y para siempre de su amor y sus bienes de fortuna.

De esta manera contaba asegurar mas y mas su imperio en el ánimo del conde y mejorar la suerte de su hija Augusta para quien codiciaba la posesion de la herencia de los Murley.

El conde se irritó mucho al ver que su hija Malvina habia tenido resolucion bastante para dejar la casa paterna casándose á disgusto suyo, y en efecto durante algun tiempo su resolucion fué no nombrarla para nada en su testamento.

Pero como habia amado muchísimo á Malvina que era un vivo retrato de su madre; como no halló nunca en Augusta aquella ternura y bondad que en Malvina le habian aficionado desde los primeros años; como despues de la fuga de esta comenzó á notar el abandono en que le tenia su esposa y el ningun caso que de su salud y conservacion hacia; como por fin ciertas indicaciones de Isabel le revelaron el codicioso propósito que abrigaba, el conde vino á desengañarse de que nunca habia sido amado de su segun-

da esposa, y abrió los ojos al desmedido orgullo y al enjuto corazon de su segunda hija.

Comenzó, pues, á echar de menos y á recordar tiernamente á Malvina.

Imaginaba que casada con un hombre pobre quizás la suerte no se le habria mostrado propicia y padeceria necesidad, mientras á su hermana y á su madrastra no les faltaba nada de lo necesario ni aun de lo superfluo. Temió haber sido demasiado crédulo á lo que Isabel le habia dicho de su Malvina, pintándola siempre con muy negros colores y atribuyéndole defectos repugnantes que estaban muy en desacuerdo con las disposiciones que mostrara en su vida anterior; tuvo, en fin, remordimientos al pensar que tal vez por su fuerte pasion hácia Isabel, habia castigado injustamente al fruto de su amor primero.

Pero, ya lo hemos dicho: el conde era débil.

Supeditado á su esposa, temeroso de las arrebatadas resoluciones que podia tomar, callaba y padecia.

Isabel conoció que en el ánimo del conde se habia operado una reaccion contraria á sus proyectos y temió por la pérdida de sus acariciadas esperanzas.

El conde no se atrevia á hacer nada, porque ademas de ser hombre poco determinado temia el escándalo; pero en alguna ocasion habia mostrado guardar un resto de afecto y tambien lástima por la suerte de Malvina cuyo paradero ignoraba.

Entonces su segunda esposa varió algo de táctica.

Fingió tener por él mas cuidados y hasta obligó á Augusta á que no tuviese tan olvidado á su padre y le lisonjeara con demostraciones de cariño; pero en lo uno y en lo otro

vió Jorge Murley fingimiento, y le eran mas repugnantes los falsos agasajos de la madre y de la hija que doloroso le habia sido su franco desprecio y abandono.

En aquella época volvió á penetrar en su corazon el cariño á la hija olvidada; pero al mismo tiempo, quebrantado el espíritu de aquel hombre, quedó reducido á la nada y hasta valor le faltó para dejar conocer en el semblante la repugnancia que le causaban las estratagemas de su familia para hacerle creer en unos sentimientos que jamás habian abrigado hácia él.

Personas bajas, continuamente dispuestas á servir y halagar á los poderosos, secundaban á Isabel siempre que delante del conde se lamentaba de que la ingratitud de Malvina le hubiera sumido en la tristeza que le devoraba; pero él veia en aquello un nuevo artificio y aumentaba su pena el verse rodeado de séres tan abyectos y le hacia deplorar aun mas la dureza con que habia tratado á la infeliz madre de Amanda.

Ocultaba empero sus sentimientos y hacia todo lo posible para ocultar que se hallaba completamente arrepentido de su conducta y desengañado de sus errores.

El marqués de Rosline habia manifestado en cierto tiempo una grande aficion á Malvina.

Isabel que le habia codiciado para Augusta, hizo todo cuanto le sugirió su egoismo para que nunca tuviese el marqués ocasion de dar á conocer su amor á Malvina.

Se habria desesperado si Augusta hubiese permanecido soltera mientras su hermana se casaba con un hombre rico y perteneciente á una familia tan distinguida.

Cuando se presentó Fitzalan y vió Isabel que Malvina

le amaba, no tuvo reparo en dejar acercar al marqués de Rosline á la abadía y aun indirectamente estimuló á su hija á que procurase granjearse sus simpatías.

El marqués, empero, viendo que Malvina no podria amarle nunca, salió para un largo viaje, y cuando verificó su regreso ya habia tiempo que su amada estaba lejos y era esposa de Fitzalan.

Creyó Isabel que entonces tal vez seria mas á propósito la ocasion de llevar adelante su proyecto de casar á Augusta con el marqués, y como la riqueza es causa de grandes tentaciones, deseó mas que nunca que su hija pudiera llamarse heredera de los Murley.

Entonces ideó mil medios para inducir al conde á hacer testamento en favor de Augusta, á lo cual se opuso él con la fuerza de inercia que era la cualidad dominante de su carácter.

Creció la zozobra de Isabel y pasó la temporada peor de su vida, pues temió que si el conde moria sin hacer testamento, sus bienes todos pasarian á Malvina, y su hija Augusta quedaria desairada, llena de orgullo y pobre en comparacion de los caudales que para ella soñaba.

Sin embargo de esto, como el conde no se trataba con nadie, ni salia de casa, ni en ella le visitaban sino las personas á quienes Isabel daba libre entrada, pudo esta, sin temor de ser desmentida, propalar la nueva de que el conde Jorge Murley habia otorgado testamento en favor de su hija.

En esta ocasion sus paniagudos la auxiliaron de buena fé, pues creyeron cierto lo que tan verosímil era en apariencia, y muy en breve cundió el rumor segun el cual

Augusta Murley era una de las mas ricas herederas del país.

El marqués de Rosline volvió curado de la pasion que Malvina le inspirara; oyó la nueva, recordó que en otro tiempo Isabel habia parecido desearle por yerno, y estimulado por el interés y no ciertamente por ningun género de cariño, comenzó á frecuentar la casa del conde.

Vió el dominio que Isabel ejercia sobre su esposo; conoció la actividad y la codicia de esta para su hija, y aunque no averiguó con toda certeza que Augusta fuera efectivamente heredera de todos los bienes del conde, se persuadió de que nadie mas podia serlo.

En este concepto pidió la mano de Augusta que le fué concedida y llevó en dote gran cantidad de dinero, si bien no pudo ver logrado su deseo de que además recibiera la propiedad de terreno alguno, pues el conde se mantuvo firme en conservarlos íntegros durante su vida.

El marqués no tuvo mas remedio que conformarse y lo hizo con menos repugnancia, porque recibia en dinero contante el crecido dote de su esposa y esperaba confiado que en vez de ser inmediatamente dueño de alguna parte de las tierras del conde, mas adelante seria dueño de todas.

El conde no podia vivir muchos años, porque tenia ya muchos y su salud era débil.

Asegurado ya el porvenir de Augusta, su madre se hizo cada vez mas altanera, mas despótica, mas impaciente por mostrar á todas horas su autoridad sobre cuanto la rodeaba.

Los recien casados asistian á todo género de fiestas, las celebraban muy espléndidas en su casa, y á unas y otras

asistia Isabel, entregándose á los placeres del lujo y olvidando de tal manera al conde, que muchas veces pasaba dias enteros sin acordarse de él para nada ni averiguar si le servian como era debido.

Tal vez si Isabel hubiese continuado asiduamente fingiendo solicitud y desvelos por su esposo, habria logrado persuadirle de que le conservaba algun efecto, medio seguro para obtener de él, si no todo, gran parte de lo que se proponia; pero la vanidad y el amor al brillo y á los placeres la cegaron ofuscándola sobre lo que le convenia, y el conde se acabó de convencer, si no lo estaba ya completamente, de que nada tenia que esperar de su esposa.

Pasaba tristemente los dias y las noches sumido en una especie de estupor, rodeado de triste silencio y en medio de la mas completa soledad.

Durante meses enteros ignoró del todo lo que en su casa sucedia, y hasta en el semblante de los que le servian le parecia ver la compasion insolente, ó la burla y el desprecio apenas disimulados.

Allá en el fondo de su pecho sentia un agudo dolor, un vivo resentimiento; pero su razon le decia que suya era la mayor parte de culpa, y que, si bien no merecian perdon su esposa ni su hija, debia considerar que su desidia y los abusos que él habia imprudentemente consentido cuando aun era tiempo de atajar el daño, le habian traido á aquella situacion, inferior á la de sus humildes servidores.

A veces corrian abundantes lágrimas de sus ojos y envidiaba la suerte del pobre labrador que trabajando toda la vida para enriquecer con su sudor al dueño de las tierras, á lo menos encuentra en su miserable hogar el cariño ver-

dadero de una esposa y nadie desea su muerte para gozar de sus tesoros.

Entonces se acordaba de cuando Malvina era niña, de las caricias que de ella recibia, donde jamás habia visto asomo de fingimiento.

Dias enteros pasó sentado en su sillon, caida la cabeza sobre el pecho, recordando su primera esposa y los primeros años de aquella prenda primera de su amor; de aquella Malvina á quien arrojara de su casa y cerrara tan largo tiempo las puertas de su corazon.

A veces la llamaba desde lo íntimo de su pecho y sin repararlo se le venia á los labios su dulce nombre y le pronunciaba en alta voz, gozando en ello mil puras delicias que si por un momento templaban su amargura, despues avivaban mas y mas sus remordimientos.

El dia que Oscar, acompañado del aldeano, llegó hasta su presencia, el conde Murley creyó que Dios habia oido sus preces y que en vision le presentaba ante los ojos la imágen del hijo de Malvina.

Despues que el pobre niño fué inhumanamente arrojado de allí por Isabel, comenzó á creer el conde que aquello no habia sido una vision, sino que habian sido realidad las palabras que habia oido pronunciar por aquellos inocentes labios.

Entonces pasó por una crísis terrible.

Se creyó un sér desnaturalizado, supuesto que no habia tenido energía suficiente para retener en su casa al hijo de Malvina, ni siquiera habia sabido distinguir si real y efectivamente estaba allí ó padecia una ilusion.

Desde aquel punto, aquel hombre falto de todo vigor

temió que el cielo iba á castigarle y se dispuso á pagar la pena de su culpa.

¡Si á lo menos hubiese tenido un momento de energía para compensar á la madre de lo mucho que habia padecido...!

Pero falto completamente de accion, no pensó en tomar partido ninguno para impedir que la inhumana Isabel saliera con su empeño.

Lo que ocupó su mente por completo fué el temor de que á la hora de su muerte se le apareciese la sombra de Malvina lanzando ayes lastimeros, llorando lágrimas de sangre para amargar su agonía y hacerle pagar bien caro el daño que merced á su debilidad habia padecido.

Así fué que cuando la pobre Malvina tomó la extrema resolucion de presentarse en medio de aquella noche borrascosa que al principio de nuestra obra hemos descrito, á pedir por amor de Dios un pedazo de pan en la suntuosa mansion de sus mayores, el conde oyó desde su gabinete sus plañideras voces, y llevado de su supersticioso terror, creyó otra vez que aquellos gritos no eran de Malvina, sino voces de su conciencia que le anunciaban ser llegada su última hora.

El dolor que padecia, más que su resolucion propia, le llevó á donde estaba Malvina; pero cuando él salió era cuando ella arrojada ignominiosa y brutalmente por Isabel abandonaba para siempre aquella morada, de suerte que no llegó á verla y quedó en la duda de si soñaba ó estaba despierto.

Lloró el conde á sus solas; lloró creyendo inevitable el castigo del cielo y próxima la hora de su muerte, y cier-

tas miradas que le dirigió Isabel le acabaron de persuadir que ya debia conocérsele en el semblante cuán poca vida le quedaba.

Isabel le vió abatido, postrado, creyó que la muerte de su esposo estaba cerca, y como no tenia seguridad ni mucho menos de que su hija estuviese nombrada heredera universal, volvió por breve tiempo á fingir halagos y cuidados asiduos al conde; pero ya era tarde.

El conde habia llegado á aquellos momentos de claridad de juicio que en muchos individuos son señal cierta de que se les va acabando la vida.

Todo lo veia tal como era y habia sido.

Vió que Isabel habia sido siempre una mujer intrigante; que nunca le habia amado y que ansiaba su muerte.

Esta por su parte se persuadió muy en breve de que todas sus maldades habian sido inútiles, pues el modo de corresponder el conde á sus falsos halagos no le dejaba duda alguna sobre ello.

Entonces comenzaron para Isabel los remordimientos, y si bien conseguia ahogarlos en medio del bullicio y estrépito de las fiestas, en la soledad de su lecho y en el silencio de la noche la acosaban mostrándole los pálidos espectros de sus víctimas.

Veíase con frecuencia acometida de terrores pánicos y se veia obligada á deshora de la noche á encender luz en su alcoba, para que viendo distintamente los objetos, no tomasen estos las formas pavorosas de que su conciencia les revestia.

El rumor de los árboles del jardin, el murmullo de la fuente, el ruido de las hojas secas removidas por el viento, eran otras tantas causas de terror para ella.

La luz del dia disipaba su miedo, y hacia mil veces propósito de resistir con buen ánimo á los desvaríos de su imaginacion; pero cuando volvia la noche, con sus sombras descendian al espíritu de Isabel el miedo y el remordimiento, precursores de los que habian de alterar su razon y humillar la altivez de aquel ánimo hasta entonces no domado.

Pensamientos extraños, ideas que jamás se le habian ocurrido asaltaban su mente agitando su corazon insaciable.

Veia con impaciencia y con despecho que los dias del conde se iban prolongando, y aunque parecia presentir los remordimientos que penetrarian en su corazon cuando pudiese saborear la libertad de la viudez, su ansia de nuevas sensaciones la obligaba á desear que el desdichado conde Murley cerrase pronto los ojos á la luz del mundo.

A pesar de su miedo y sus remordimientos, no se habia extinguido su ambicion; comenzaba aquella naturaleza á trasformarse, pero vacilaba entre sus arraigadas pasiones y sus nuevos impulsos.

CAPITULO XXXVI.

Una pasion criminal.

En el afan de ver pasar á su hija Augusta los bienes de su esposo, la intrigante Isabel que temia ver escapársele de las manos de un momento á otro la rica herencia, apeló á un medio extremo, que si no le daba el resultado que apetecia, por lo menos le habia de dar á conocer lo que podia esperar definitivamente de las disposiciones de ánimo del conde.

A este afecto escribió al conde una carta fingiendo ser de Fitzalan, y en ella le dirigia en nombre suyo y de Malvina las mas duras reconvenciones y las mas graves injurias, llenándose de improperios á sí misma para mejor disimular el engaño.

Llegó la carta á manos del conde, pero á la primera lectura conoció que era fingida, y el resultado fué del todo contrario á lo que Isabel se proponia, pues el conde en su interior pensó que nadie mas que ella podia ser autora de

aquel escrito, interesada como estaba vivamente en que, irritado contra su hija y su yerno, concentrase en ella su cariño.

A los pocos dias de este suceso, el conde que solia permanecer solitario y silencioso, sumido en la mas completa inmovilidad, escribió á cierto abogado de una poblacion inmediata que otras veces habia entendido en sus negocios.

El abogado habia muerto pocos dias antes; pero su hijo que era escribano se habia encargado de la agencia de todos los asuntos comendados á su padre y se presentó en la abadía.

Isabel que estaba enterada del llamamiento, esperaba temerosa la llegada de aquel hombre; pero cuando le vió entrar en su casa, experimentó una sensacion muy distinta de la que creia que le iba á causar.

Se quedó inmóvil contemplando á aquel jóven de fisonomía sagaz y expresiva, delicada y femenil, y en vez de la repugnancia que debia inspirarle el ayudante de las últimas disposiciones de su esposo, contrarias á los deseos de toda su vida, sintió hácia él un afecto raro, una simpatía que nadie le habia inspirado hasta entonces; anuncio de una pasion que con el tiempo debia hacérselo olvidar todo.

Isabel era jóven todavía, se habia oido llamar muchas veces hermosa, y sin embargo, ningun prestigio habia pensado ejercer con su hermosura, acostumbrada á creer que su sola voluntad era bastante para dominarlo todo.

Aquella fué la primera vez que deseó ser hermosa para agradar al que habia conmovido su corazon hasta hacerle conocer el amor, sentimiento que jamás habia imaginado que pudiera caber en su pecho.

El mozo conoció la impresion que habia causado y no le pesó de ello ciertamente.

Isabel quiso ser hermosa, tener atractivos de los que seducen á la juventud, y la imágen de aquel hombre á quien por primera vez acababa de ver, se grabó en su memoria para hacerla desgraciada no borrándose de ella en mucho tiempo.

La ambicion estaba arraigada fuertemente en su pecho, y si bien dió lugar á su amor, no desapareció por completo, sino que se combinó con su nueva pasion y conspiró con él al objeto de sus continuos afanes.

El mozo tuvo que frecuentar la abadía para poner en claro ciertos asuntos del conde y darle cuenta de sus agencias, y la enamorada Isabel sentia crecer su pasion á cada nueva visita, y procuraba recibirle siempre mejor ataviada y aun rejuvenecida.

Tales fueron sus involuntarios extremos que llamaron la atencion del escribano, quien por su parte hizo lo posible para que la condesa conociese que no le era indiferente.

Desde entonces frecuentó la abadía mas de lo que le era necesario para el arreglo de los asuntos del conde, y pasaba largos ratos en compañía de Isabel.

Cuando hubo adquirido alguna confianza con ella, un dia que hablaban de los achaques del conde y de su aniquilamiento que no dejaba esperanzas de mucha vida, dijo el mozo:

—Yo no dudo, señora condesa, que sentireis como es natural el perder á una persona que debeis mirar mas bien como un hermano mayor, como un pariente inmediato,

que como un esposo amante; porque el señor conde tiene muchísima mas edad que vos, ¿no es cierto?

—Sí... algunos años mas...

—¿Algunos? ¿Por qué no decís muchos? ¿No sabe toda la comarca que cuando os casasteis con el señor conde pareciais mas bien su hija que su esposa?

—Si entonces podia parecerlo, no parece así ahora, porque ni los años pasan en balde, ni las penalidades dejan de marcar su huella en los semblantes.

—Este es, señora condesa, el mayor elogio que podiais hacer de vuestra hermosura.

—¿Yo...?

—Sin duda. Otra señora, con los años trascurridos desde aquella vuestra primera juventud y los pesares que puedan haberos causado ciertos disgustos de familia, habria perdido parte á lo menos de sus encantos, y vos, por el contrario, estais hoy en todo el esplendor de la belleza.

—Sois un lisonjero, señor Monrose.

—No quiero que se diga que os desmiento; pero á lo menos me será lícito decir que la opinion que acabo de expresar es la de todos cuantos os conocen, y yo por mí añado, que vuestra juventud ha de residir toda entera en el corazon.

Calló Monrose, y no le respondió la condesa que no sabia cómo disimular la satisfaccion que le acababan de producir aquellas palabras, hasta que por fin dijo:

—Las personas jóvenes son, señor Monrose, las capaces de sentir y hacer sentir los afectos tiernos...

—Perdonadme ahora si os interrumpo; mas vos me obligais á ello, porque me ahorrais la prueba mas convin-

cente que de mis opiniones podia daros. Ahora mismo habeis dicho todo cuanto podia decir yo. Vuestro corazon no ha muerto para el amor. Eso no me lo negareis.

—Espero que no exigireis de mí confianzas...

—A que no tengo derecho, harto lo sé y harto lo siento tambien, señora. No me propongo arrancaros ningun secreto; me proponia únicamente demostraros que mis palabras no iban fuera de razon. Callad en buena hora sobre lo que pasa por vuestro interior; pero en cuanto á lo que á los demás corresponde, debeis concederme siquiera la licencia de advertiros que no habeis sido justa. Si podeis ó no inspirar una pasion amorosa, no tengo necesidad de preguntárselo á nadie.

—Sin duda, señor Monrose, tendreis alcanzada fama de hombre galante y no quereis perderla.

—No, señora, antes paso por uraño.

—Entonces no os violenteis, llenándome de lisonjas, que podreis emplear mejor donde puedan tener algun viso de elogios sinceros.

—Señora, dijo Monrose levantándose, jamás habia tenido la desgracia de no ser creido bajo mi palabra. Yo no soy de los que pueden expresar sus sentimientos de igual á igual con las personas de vuestra posicion, señora condesa; pero si Monrose fuese par de Inglaterra, no callaria como calla cuando os oye decir que no podeis inspirar una pasion amorosa.

La condesa se levantó á su vez, y Monrose se despidió con mucha gravedad y como hombre en extremo conmovido.

Estuvo dos dias sin presentarse en la ababía, y á su

vuelta Isabel bajó los ojos al encontrarse de pronto en su presencia.

Él despues de haber despachado sus negocios con el conde, entró á ponerse á las órdenes de la condesa.

—¿Cómo habeis dejado al conde? le preguntó ella.

—Señora, el conde Murley está como siempre, tomando sus últimas disposiciones para dejarlo todo conforme á su voluntad, pues como os ha dicho varias veces, siente acercarse su última hora.

—Siento no poderme forjar ilusion alguna sobre este punto. El cielo sabe que no soy ingrata y quisiera prolongar en cuanto de mí dependiese los dias de ese noble anciano.

—Las leyes de la naturaleza no pueden contrariarse. El conde ha de pagar su tributo á la tierra como los demás mortales.

—Sí. Y yo quedaré sola en este mundo...

—Quedareis sola, señora condesa, si algun motivo que yo debo respetuosamente considerar justo, os obliga á negaros á la sociedad. Pasará el dolor que os inspire en el primer momento la muerte de ese anciano; renacerá en vos, como es natural, el amor á las cosas de la vida; la primavera os mostrará bellas flores y el verdor renaciendo por todas partes; vereis alegría en todos los semblantes que os rodeen, ¿y vos querreis eternizar vuestro luto?

—Señor Monrose, á vos, que por la confianza que de mi esposo mereceis, os tengo por amigo, puedo deciros lo que no me atreveria á decir á ninguna otra persona en el mundo.

—Dichoso yo que á lo menos merezco una confianza de vuestra parte. Hablad, señora, hablad.

—Yo quedaré sola en el mundo el dia en que mi esposo pague á la tierra su tributo como vos deciais. Mi hija Augusta no puede ser mi apoyo, porque vive en medio de la frivolidad y del gran mundo, y su esposo no es persona que me tenga mucho cariño. Por mas que no haya muerto la sensibilidad en mi corazon, ¿cuál quereis que sea mi vida rodeada de soledad y de tibieza por todas partes?

—Señora, partís de un concepto equivocado, á mi modo de ver. El dia que no negueis al mundo la vista de vuestros encantos, oireis suspirar de amor por vos, y entre los mismos que os desearán por compañera no dudo que encontrareis, si no quien os merezca, á lo menos quien os estime y quiera hacer de vos una compañera adorada.

Hubo un momento de silencio entre los dos personajes.

Monrose miraba con avidez á la condesa.

La condesa reflexionaba.

¿Seria fingido el amor de Monrose? ¿Estaria ella equivocada y le habria nombrado el conde heredera de gran parte de sus bienes, lo cual debia saber Monrose?

Estas reflexiones le dictaron la conducta que debia seguir.

—Señor Monrose, dijo, yo no dudo de que puedo aun dar con hombres corteses como vos, que á trueque de halagar una vanidad que no tengo, sean capaces de dirigirme galanterías frívolas; pero ¿qué le ha de importar, despues de todo, esa muestra de cortesía á la persona que anhela solamente verdaderos afectos?

—Estoy muy lejos de suponer que pudieseis cifrar

vuestras esperanzas en frívolos galanteos: he querido hablar de afectos mas profundos, del amor tal como yo le concibo.

—A ese amor á que vos aludís, desinteresado, íntimo, hijo verdaderamente del corazon, ya sé yo que no puedo aspirar.

—¡Que no podeis aspirar...! ¡Oh señora...! La distancia de nuestras clases me sellan los labios...

—Vuestras palabras me hacen sospechar que me teneis por una de tantas mujeres insustanciales, infatuadas con su nobleza, y no merezco yo ciertamente que me juzgueis así. Mi orígen es plebeyo, y si soy condesa de Murley, puedo dejarlo de ser muy pronto. Si ahora mando en esta abadía, mañana puedo verme arrojada de ella, y entonces...

«De aquí á mañana...» pensó Monrose, y dijo en alta voz:

—No sé por dónde podais presumir un cambio tan grande en vuestra suerte. Lo que puedo aseguraros es que aun cuando fuera segura la desgracia á que os referís, aunque no fuerais condesa de Murley, ya sé de quién anhelaria como el bien supremo ser dueño de vuestro amor.

—¿Que lo sabeis decís?

—No puedo dudarlo.

—¿Quién sabe si la persona á quien haceis referencia cambiaria de parecer al primer obstáculo? ¿quién sabe si despues de mil protestas no se sentiria con valor para hacer por mí el menor sacrificio?

—Puedo responderos de lo contrario, señora.

—Vos no podeis leer en los corazones, señor Monrose, y quizá por el vuestro juzgais del de los demás.

—Si no puedo leer en el corazon ajeno, señora, puedo responder del mio, y os juro que si yo tuviera la seguridad de ser amado de vos, todo obstáculo me pareceria leve y no habria sacrificio que no estuviese dispuesto á hacer por vos.

Monrose habia pronunciado con calor estas últimas palabras. Isabel estaba en aquella edad en que la mujer adquiere todo su desarrollo. Estaba mas hermosa que cuando niña por mas que careciese de aquel encanto que la juventud presta á todos los séres.

—Señor Monrose... dijo turbada.

—He dicho que os amaba, señora, y no me arrepentiré nunca de amaros; en el primer momento de veros se enseñoreó de mí un sentimiento que ninguna mujer habia logrado inspirarme. ¡Hablais de sacrificios! ¿Que sacrificio no haria yo por vos? Hablais de juzgar de los corazones por el propio... ¡Ah! si por el mio pudiera juzgar del vuestro, seria yo el hombre mas feliz del universo... ¿Qué, no os han dicho mil veces mis ojos, mi mismo silencio, el dominio que ejerciais sobre mi corazon? Os amo, os amo como debeis vos ser amada, con toda el alma, con todo el amor que se necesita para olvidar los deberes de la posicion que ocupo y deciros: ¡os amo!

Isabel creyó en las palabras de Monrose, que tenian algo de verdad en cuanto se habia apasionado de las gracias de la condesa, y por otra parte le halagaba la idea de ser amado de una mujer que ocupaba tan elevada posicion.

Ella bajó la cabeza al oirlo, y en vez de contestarle se llevó el pañuelo á los ojos.

El mozo se fué haciendo atrevido, y viendo que cuando

menos no era desechado inmediatamente, encareció mas y mas su amor y redobló sus protestas.

—Decidme que me creeis, repetia, decidmelo; dejadme á lo menos esperar que me dareis tiempo para mostraros que sé hacerme digno de vuestro cariño; sujetadme á todas las pruebas, á las mas difíciles, á las que os parezcan imposibles, y vereis como no hay cosa alguna que yo no sea capaz de hacer por la que reina en mi corazon.

Así diciendo le cogió una mano que estrechó con vehemencia entre las suyas.

No la retiró Isabel que estaba dominada por la pasion que en mal hora le inspirara Monrose desde el primer momento y que la tenia subyugada con la magia de su palabra.

Volvió la cabeza, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio!

—Por Dios os ruego, insistió él, que no desoigais la voz de mi corazon; decidme que soy amado de vos...

—No abuseis, respondió ella con voz sofocada, del imperio que alcanzais sobre mi débil corazon. No me obligueis á oir de mis propios labios la confesion de mi vergüenza.

—No quereis ¡ingrata! que reciba de vos la certeza de mi felicidad... ¿Tan avara habeis de ser con el que os lo sacrificaria todo?

—¡Todo! exclamó Isabel con incredulidad.

—¿Lo dudais?

—Dudo de mí misma en este instante. Repetidme que hariais por mí un gran sacrificio.

—Por vos seria capaz de todo.

—¿Os atreveriais á jurarlo?

—Os lo juro.

—¡Oh! si me burlarais... Si en vez de ser vuestra voz la que suena en mis oidos fuese la voz de mi propio deseo...

—Haced la prueba ahora mismo.

—Señor Monrose, dijo Isabel levantándose de pronto y con cierta severidad hácia sí misma, que la realzaba aun mas á los ojos del atolondrado mancebo: haber escuchado vuestras palabras ha sido faltar á mis deberes. El destino me habia colocado en una situacion en que yo no podia oiros sin ser culpable. ¡Ya lo he sido! El amor de que hablais nos desterraria de la sociedad, nos haria vivir solo el uno para el otro; no podria gozar de la sancion de los hombres y seria condenado por Dios. Pensad bien á lo que os arrojariais...

—Señora, mostradme el mas espantoso abismo, decidme que en él he de encontrar vuestro amor, y vereis como no vacilo en arrojarme á su inmensidad.

—Miradlo bien, señor Monrose. Pensad que la condesa de Murley está quizás próxima á funestas vicisitudes; á quedar en la pobreza.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabeis?

—Sí, supuesto que el testamento del señor conde ha pasado por mis manos.

—¡Ah, conque está ya hecho!

—Sí, y apesar de todo os repito que os amo.

—¡Apesar de todo decís! ¿Qué quereis darme á entender con estas palabras?

—El amor me ha hecho ser indiscreto. Mi profesion me obliga á callar; pero vos me preguntais y no sé... ¿Dudareis todavía de mi amor? ¿Me hablareis mas de vuestros deberes cuando veis que así olvido los mios?

—Monrose, por Dios os lo ruego, por mi amor si es cierto que me amais: ¿quién va á heredar los bienes del conde?

—¿Quereis que despues de haber faltado por inadvertencia complete mi falta á sabiendas? No, me resisto. Decidme que me me amais.

—Monrose...

—Decid: os amo.

—¡Cruel! No teneis compasion de mi debilidad. Veis mi tormento, los remordimientos que se anticipan á mi delito, y ¿aun no estais satisfecho?

—No, mi amor es insaciable. Si es cierto que soy feliz: si sólo de vuestros labios puedo saberlo...

—¡Ah! Si os escucho; si sentís mi mano abrasada entre las vuestras; si veis mi turbacion, ¿á qué podeis atribuirlo sino á que os amo?

—¡Oh dichoso yo mil veces, y bendita seais?

Besó Monrose la mano de Isabel y bebió sus lágrimas apasionado.

La condesa echando la frente atrás se resistia débilmente.

Monrose la hizo sentar y asió amorosamente su talle.

—¿Por qué dudabais de mí? le dijo cuando la vió mas tranquila. ¿Dudais ahora? ¿No es verdad que me creeis?

—Os creo si es cierta mi desgracia. ¿Quién hereda al conde?

—Los hijos de Malvina Fitzalan.

—¿Los hijos de Malvina? exclamó Isabel, ¡nunca!

—¡Nunca! ¿qué decís?

—Escuchadme, Monrose; vos me comprendereis si sabeis amar. Yo he sido la amiga, la esposa, la enfermera del conde Murley. Sabeis que tengo una hija; por ella he padecido, he ambicionado, he codiciado. ¿Quereis que os presente mi corazon desnudo? Pues mi única pasion, hasta que os amé á vos, fué hacer á mi hija Augusta heredera de los bienes de los Murley. Acabais de decirme que mis esperanzas han salido fallidas; que mis padecimientos han sido estériles; que no he de ver logrado el fruto de mis afanes... Pues bien, yo no quiero que así suceda. ¿Entendeis? No lo quiero.

—Pero el testamento del conde está hecho, dijo Monrose en voz baja.

—Yo no quiero que tenga valor ninguno. Quiero que la heredera sea mi hija.

—¿Pero de qué modo conseguir...? El conde está firme en su voluntad y en vano seria tratar de disuadirle de ella.

—Es menester que el conde siga en la creencia de que los hijos de Fitzalan le heredarán despues de su muerte; pero entónces debe aparecer otro testamento... ¿comprendeis?

—¡Me horrorizais!

—Lo comprendo. Vos no sois madre; vos no sabeis lo que es amor. Me hablabais de sacrificios; de estar dispuesto á arrojaros á un abismo, y á lo primero que exijo de vos, porque va en ello la satisfaccion mas preciosa de mi vida, vacilais; corazon pusilánime...

—No.

—Os entibiais, retrocedeis...

—No, no. Todo por todo. Vuestra hija será heredera de los Murley, si soy amado de vos. Unámonos con lazos criminales enhorabuena, ya que vuestro amor me enloquece; pero quedemos ambos sujetos á un mismo destino.

—¿Puedo yo estarlo mas?

Monrose se acercó á Isabel que devorada por sus miradas dejó caer lánguidamente su cabeza sobre su hombro.

CAPITULO XXXVII.

La guerra en la familia.

Veinticuatro horas habian trascurrido y la condesa y Monrose ya no podian ser mas culpables.

Monrose habia entregado á la condesa el testamento de su esposo y tenia ya escrito otro falso que iba á hacer firmar, como lo hizo en efecto, por testigos falsos.

Isabel cogió con fria rabia el documento que arrebataba á su hija Augusta la rica herencia de los Murley, y en su primer movimiento iba á romperlo; pero suspendió de pronto el movimiento.

Conocia demasiado á su hija, para quedarse sin un documento que podia obligarla á obedecerla en todo.

Una vez dueña Augusta de los inmensos bienes del conde, podria menospreciar á su madre y oponerse á los deseos de esta y sobre todo á sus proyectos de matrimonio con Monrose, y la condesa no queria quedarse completamente desarmada ante la imperiosa voluntad y el orgullo de su hija.

Guardó, pues, el documento legítimo y lo conservó cuidadosamente previendo lo que podria sucederle con el tiempo, y pensando ya en lo que habia de hacer despues de la muerte de su marido que consideraba infalible y acaso tardía.

¡Poco empero calculaba el giro que habian de tomar los sucesos y aun los afectos de su propio corazon, que hasta entonces sólo habia sido cruel, duro y sobre todo imperioso!

Su primera variacion se manifestó con el amor de Monrose, amor impuro y criminal y gérmen de otros crímenes; pero al cabo era amor, sentimiento que jamás habia experimentado Isabel, pues á su hija Augusta nunca la habia amado verdaderamente, ni veia en ella mas que un instrumento que estrechaba los lazos que la unian con el conde y podia sostenerla en la elevada posicion á que este con su matrimonio la habia elevado.

Entre tanto el conde que habia dado á Monrose el encargo de averiguar el paradero de Malvina y sus hijos, preguntaba á este con frecuencia si habia adquirido alguna noticia, y él, como es de suponer, fingia ocuparse vivamente en servirle, pero no daba paso alguno en el asunto.

Un año vivió el anciano con las continuas ansias de encontrar á su hija ó á sus nietos y hacerles gozar de la alegría de verse al fin congraciados con él y herederos de sus títulos y bienes; pero el ansia misma y el temor de no ver logrados sus deseos, unidos al abandono cada dia mayor en que le dejaban, precipitaron su muerte.

El marqués de Rosline y Augusta acudieron á la abadía

y vieron colmados sus deseos al encontrarse dueños absolutos de tantas riquezas.

La condesa no reveló á nadie el artificio de que se habia valido, y Augusta se creyó legítima heredera de los Murley.

El conde Jorge Murley muchos años ántes de su muerte habia regalado á Isabel una hacienda que distaba como quince leguas de la abadía, y allí se retiró la condesa á pasar los primeros meses de su viudez.

Pasaron en ella una larga temporada el marqués de Rosline y Augusta, y como extrañasen la asidua presencia de Monrose en aquel sitio, mucho tiempo ántes de lo que exigia la decencia, se vió la condesa en la necesidad de explicar no el género de relaciones que la unian con aquel jóven, sino el propósito de aceptarle por esposo en tiempo oportuno.

Fácil es imaginar cuánto se indignaria el orgulloso marqués al tener noticia de que Isabel intentaba hacerle emparentar con el plebeyo escribano, indignacion que demostró inmediatamente.

Augusta, al tener conocimiento del proyecto de su madre, se escandalizó tambien y se quejó amargamente de la desgracia que amagaba á los descendientes de los Rosline y los Murley, expuestos á tener que contar entre sus mas allegados parientes á un Monrose sin caudal y sin blason.

Quejóse amargamente como hemos dicho, pero además, dirigió á su madre las mas agrias reconvenciones.

Viendo que la condesa viuda parecia hacer poco caso de sus lamentos y de las duras frases con que los habia mez-

clado, acabó por decirles en voz baja pero con energía y cogiéndola del brazo:

—Os digo que no lo habeis reflexionado bien; que tratais de hacer un insulto á la memoria de mi padre; que vais á dar ocasion á que digan que durante su vida ya abrigasteis sentimientos injuriosos para su honor; que vuestra intencion es ponernos en ridículo á mi esposo y á mí á los ojos del mundo. y que mi esposo no lo consentirá.

—¡Que no lo consentirá! exclamó Isabel, ¿me amenazas?

—No os amenazo; pero...

—Augusta, dijo Isabel con firmeza, tú no conoces mi carácter: no sabes lo que he hecho por tí, y eres incapaz de calcular lo que estoy dispuesta á hacer por mí misma.

—Lo que yo preveo, madre, replicó Augusta con no menos entereza que Isabel, es que puede muy fácilmente alterarse la paz que hasta ahora ha reinado entre nosotros.

—No seré yo quien altere esa agradable paz, interviniendo en los negocios del marqués de Rosline. Imite él mi conducta y tus temores no se realizarán.

—Pero ¿podrá él consentir en cubrirse de ridículo sin haberlo merecido?

—Sí, como goza de las riquezas que has heredado de los Murley sin haber hecho nada por merecerlas.

—¡Dios mio! Vos no quereis comprender... El marqués se pondrá contra vos, yo... tendré que ayudarle.

—¿Quieres intimidarme?

—No, madre, ni lo quiera Dios; os digo lo que ha de suceder sin que nadie pueda evitarlo, si persistís en vuestro proyecto.

—Persisto, Augusta, persisto; y... no temas por mí.

—Temed el enojo de mi marido.

—Ningun derecho tiene sobre mi persona ni ha de ser fiscal de mis acciones.

—Es cierto; pero antes de pasar por la afrenta que le estais preparando, será capaz de todo.

—Mira bien que estás acusando á tu marido en vez de defenderle.

—¿Qué he de deciros yo que os persuada? Mi marido no os ha deseado ningun mal, pero si vos no cejais en vuestros intentos...

—Acaba; ¿qué sucederá?

Augusta iba á responder, pero la contuvo la presencia de su marido, que en aquel momento se presentó ante ellas.

CAPITULO XXXVIII.

La falsa blandura de Rosline.

Isabel al ver el movimiento súbito y la interrupcion de Augusta, volvió la cabeza y vió al marqués de Rosline.

Él aparecia cejijunto y como dispuesto á trabar una campaña decisiva contra su suegra.

—Señor marqués de Rosline, dijo Isabel con valentía, mi hija me ha estado repitiendo que habeis recibido con mucho disgusto la idea de mi proyectado enlace.

—Ha dicho bien, señora; ya sabeis que no os he ocultado mi manera de ver en este asunto.

—Me ha dicho que estabais exasperado conmigo.

—Siento tener que deciros que mi enojo no puede aplacarse sino renunciando vos á un enlace que todo el mundo calificaria de insensatez, y me pondria muy á mal con ese hombre que tan inoportunamente se ha presentado sin nombre ni riquezas á aspirar á vuestra mano.

—Ha añadido vuestra esposa que debia temer de vos;

que con tal de libraros de caer en ridículo erais capaz de todo... de todo, ¿entendeis?

La condesa hablaba con grande aplomo y voluntad; tanto que su yerno se admiró de ello y empezó á sospechar si tendria á su disposicion algun remedio poderoso para obligarles á él y á Augusta á humillarse á su capricho.

Iba á responder con violencia; pero asaltóle la idea que acabamos de indicar, y hasta cerciorarse del fundamento que pudieran tener sus sospechas, quiso ser prudente.

Reprimió, pues, su enojo y contestó:

—Señora..., Augusta se ha dejado llevar mas allá de lo conveniente. Es cierto que le he dicho que no estaba resuelto á dar mi asentimiento á vuestro enlace; cierto que le he dicho que si obstinabais en contraerlo me obligariais á tomar una resolucion violenta; pero eso no debia sonar como amenaza en vuestros oidos.

—¿Pues qué significa...?

—Significa, por ejemplo, que vuestra union con un advenedizo me obligaria á retirarme con toda la familia lejos del pais en que vos habitaseis, y que, con mucho sentimiento mio, romperia con vos todo género de relaciones, no por vos, sino por ese hombre, con quien yo, que no estoy enamorado de él, no debo alternar.

—Mucho celebro oiros hablar así, por mas que os vea tan opuesto á mis propósitos. De todos modos, tened entendido que podeis desde ahora elegir el sitio donde penseis vivir en lo sucesivo, porque Monrose ha de ser mi esposo.

—¿Lo oyes? dijo Augusta excitando la ira de su marido.

—Sí.... lo oigo y estoy previendo el dia no muy lejano

en que la condesa se arrepentirá de esa resolucion que nos anuncia como firmísima.

—¡Y qué! replicó Augusta, ¿vos consentireis...?

—Yo no lo autorizaré con mi asentimiento, lo repito, dijo el marqués lanzando á su esposa una mirada muy significativa; pero no puedo oponerme á ello.

Augusta, ciega de ira, no vió ó no comprendió lo que aquella mirada significaba, y encarándose con su marido le dijo como provocándole:

—¿Decís que no os opondreis?

—No puedo: vuestra madre es dueña de hacer lo que mejor le parezca.

Augusta al oir estas palabras se llevó las manos á la frente, miró á su madre y al marqués, y corriendo á cerrar la puerta, se colocó despues entre los dos y dijo:

—¿Estais acobardado? Decídmelo, porque si es así yo tendré valor para vos.

—¡Augusta!

—Os digo que si no os oponeis á ese matrimonio, me opondré yo. ¿Y sois vos el que prometia y juraba que antes lo perderiais todo que permitir ese enlace?

—La cólera os ciega, marquesa, calmaos.

—Estoy muy sobre mí, señor esposo. Nosotros somos los poderosos. Mi madre no tiene mas que la hacienda de que le hizo donacion mi padre y se encuentra sin medios para hacernos frente. Revolvamos los antecedentes de ese hombre que aspira á introducirse en nuestra familia; excitemos á sus émulos y competidores, que no han de faltarle; solicitemos del gobierno que mande examinar los registros de su despacho, y un motivo ú otro aparecerá para

mandarle encarcelar. Veremos, señora, si entonces os atrevereis á guardar vuestra mano para un presidario.

La condesa miraba á su hija horrorizada.

Veia en ella no sólo su ira contra el hombre de quien se habia apasionado, sino el desamor de aquella hija por cuyo bienestar habia trabajado durante toda su vida; por quien habia sido falsa, ingrata con todo el mundo y hasta cruel con Malvina y sus hijos.

—¡Hija desnaturalizada! exclamó, ¡ay de tí si intentas la menor cosa contra ese hombre! Tú eres la poderosa; tú eres la heredera universal del conde Jorge Murley; te jactas de emplear contra mí las riquezas que gracias á mis sacrificios has adquirido sin trabajo alguno... ¡Ay de tí, qué engañada vives! Guárdate muy bien de echar por la funesta senda donde pareces próxima á poner el pié; porque si penetras en ella y yo no alcanzo á detenerte, cuando creas hallado un documento para encarcelar á ese hombre... ¡sabe Dios lo que puedes encontrar! Témelo todo de tus arrebatos y falta de cordura y de consideracion á mí. Yo te he hecho heredar los bienes del conde con perjuicio de su hija mayor; todavía no sabes tú lo que es capaz de hacer quien tal prodigio ha hecho. Adios, desgraciada, adios y medita con calma que si te vuelves contra tu madre... Dios no te ayudará. Abridme la puerta, señor marqués, y vos que sois hombre sensato, tened juicio por ella.

Encaminóse severamente á la puerta, que el marqués le abrió, lanzó una postrera mirada sobre su hija y salió de la casa.

Augusta sorprendida por la superioridad de su madre y por la mudanza de su marido, estaba absorta, pues en

aquella escena habia sucedido precisamente lo contrario de lo que ella presumiera.

Habia contado con que su marido se mostraria enérgico, exigente y en caso necesario amenazador, y que á consecuencia de esa actitud su madre amedrentada cederia á lo que de ella se exigiese.

Aun no habia vuelto de su estupor cuando se le acercó el marqués á toda prisa y le dijo en voz baja:

—Ya era tiempo de que vuestra madre nos dejase solos, Augusta, pues estaba yo temiendo que con una nueva imprudencia comprometierais mas y mas nuestra situacion.

—No os entiendo, marqués, replicó ella, ni entiendo lo que acaba de suceder aquí, donde todos los papeles han estado trocados. ¿Qué es lo que ha contenido vuestra ira? ¿Dónde está aquella indignacion con que asegurabais que romperiais con la condesa si se empeñaba en casarse? ¿Qué se hicieron los juramentos de tomar un partido extremo aunque fuese necesario apelar á la violencia para que ese casamiento no se verificara? Explicaos, porque yo no acierto á comprender en vos un cambio tan repentino.

—He visto que en efecto no lo comprendiais, y en vano os he estado haciendo señas para que dierais tiempo al tiempo y no os mostraseis tan airada.

—Pues bien, no me tengais ya mas con esta impaciencia. ¿Qué razones os han movido á obrar así?

—Primero, una vaga sospecha, y escuchad bien lo que voy á deciros: despues un temor justo y fundado, que en vez de disiparse se ha arraigado en mí con las palabras que últimamente ha pronunciado vuestra madre.

—¿Temor? ¿De qué?

—Temor, repitió el marqués, bajando mas la voz, de que si ella quiere dejeis de ser de un momento á otro heredera universal del conde Jorge Murley.

Augusta se puso en pié con un movimiento súbito é involuntario, y miró con ojos de espanto al marqués.

—¡Cómo! dijo. ¿Quién os inspira la idea de aterrorizarme así? ¡Por qué habeis de creer!...

—No quisiera que me preguntaseis mucho sobre este punto, dijo el marqués, porque quizá no siempre sabria responder categóricamente; pero recordad que durante los últimos años de su vida el conde Murley, vuestro padre, no se mostraba muy dispuesto á nombraros su heredera.

—¿Y bien?

—Recordad ademas, que desde que le fué presentado el niño Oscar, el hijo de vuestra hermana, su tristeza fué en aumento, lloró por él y en repetidas ocasiones el criado que le servia asiduamente le oyó pronunciar entre suspiros el nombre de Malvina.

—¿Pero esto basta acaso...?

—Basta para que yo tema hoy, despues de ver la decision de vuestra madre sin temer nuestro desagrado, y sobre todo despues de haberla oido deciros con un tono de conviccion que no puede engañar, que tuvierais cuenta con los prodigios que podia hacer la que ya habia hecho el de haceros obtener la herencia del conde.

Permaneció Augusta unos momentos como discurriendo, y por último con voz que tenia algo de sombría, preguntó:

—¿Qué suponeis vos?

—Voy á hablaros francamente, Augusta, aunque desea-

ria que ni ahora ni nunca semejante asunto hubiera de ser objeto de conversacion entre nosotros. Supongo que tras el testamento que os constituye heredera, puede aparecer otro en favor de Malvina.

—¿Otro... legítimo?

—Vos lo habeis dicho, legítimo.

—De modo que el que me trasmite la herencia de los Murley...

—No me fio de él. Sin embargo, nos da la posesion de los inmensos bienes de vuestro padre; nos asegura su tranquilo goce...; no vayamos á agitar el viento de la discordia; que el viento puede levantar un papel muy fácilmente.

—Vuestro temor es infundado, marqués, dijo Augusta con resolucion. Temeis que sea falso el testamento hasta hoy conocido y declarado legal... esto es inverosímil. Si mi madre hubiese intervenido en la falsificacion de ese documento, habria mandado hacer el testamento en su favor y no en el mio.

—Hablais, Augusta, desconociendo lo que es ser madre y lo que es un empeño de amor propio que se convierte en manía. Como quiera que sea, es indudable que la condesa tiene en su mano los medios de mortificarnos si violentamente nos oponemos á sus deseos.

—¿Y por ese temor vais á dejar que haga lisa y llanamente su voluntad? Os repito que no lo he de consentir.

—Os arrojais, Augusta, á interpretarlo todo torcidamente. Mi propósito no ha sido nunca aceptar el parentesco de ese hombre de quien por desgracia parece apasionada la condesa.

—Pues bien, explicaos, ¿qué pensais hacer?

—Evitar el escándalo; evitar que vuestra madre irritada dé un paso que ó bien os prive de la herencia del conde, ó nos ponga en ridículo y descubra á la gente nuestras desavenencias. ¿Me comprendeis?

—Proseguid.

—Es menester, pues, que sin ocultar yo mi repugnancia á consentir en su matrimonio, me finja desarmado y le dé á elegir entre alejarse ella ó alejarnos nosotros de la abadía.

—¿Y en esto ha de parar todo?

—Sois muy impaciente y me conoceis muy mal.

—Proseguid.

—Yo pienso obtener de vuestra madre que no se case aquí, sino que salga á viajar por país extranjero, donde se case, y no vuelva por acá en algun tiempo, de manera que no pueda ser ocasion de crítica la fecha de su matrimonio.

—No me satisfago yo con tan poco.

—Ni yo tampoco. Si vuestra madre consiente en ello, como no dudo, lo demás queda de mi cuenta.

—Me ocultais lo que os proponeis hacer.

—Sí, porque no puedo declararos á punto fijo los medios de que pienso valerme para que veamos logrado nuestro objeto.

—Es menester, sin embargo, que yo los sepa.

—Os los diré... ó mas bien, los pensaré cuando la respuesta de vuestra madre me permita encaminarla al fin que entrambos nos proponemos.

—Temo que la sagacidad de mi madre burle vuestros

planes y... perdonad, pero mientras no sepa el camino que pensais seguir, no quedo firme enteramente de vos.

—¿Qué os importan los medios de que yo haya de valerme con tal que llegueis al objeto que nos proponemos?

—Si esos medios han de ser eficaces, no me importa cuáles sean. Prometedme á lo menos solamente, que el matrimonio de la condesa no se verificará.

—Os lo prometo. Ya sabeis que no repugna á mí menos que á vos.

Mientras tenian esta conversacion los marqueses de Rosline, Isabel enojada gravemente con su hija lamentaba su ingratitud, y se prometia á sí misma no dar su brazo á torcer y castigarla severamente haciendo aparecer el testamento legítimo del conde si ella ó su marido se atrevian á poner el menor obstáculo á su enlace con Monrose.

Siempre habia deseado unirse á él; pero las recriminaciones y las embozadas amenazas de Augusta le hicieron anhelar con mas ardor que nunca el cumplimiento de su voluntad.

Hasta entonces se habia contentado con casarse sin fausto y gozar tranquilamente de la compañía y el amor de Monrose; pero despues de oir los desprecios que de él habian hecho los marqueses de Rosline, sólo pensó en mortificarles haciéndoles presenciar el cumplimiento de sus voluntades, y pasó todo el dia ideando los medios de que su boda fuese celebrada con boato y ruido, de manera que el brillo de la fiesta hiciese olvidar la oscuridad del desposado.

Isabel que habia vivido tantos años encerrada en su ambicion y toda entera entregada á su orgullo y su codi-

cia, olvidada de su hermosura, sentia renacer su vanidad de mujer y deseaba parecer hermosa á su amante como no lo habia deseado en los primeros dias de su juventud.

La pasion del amor habia penetrado tarde en su pecho; pero entraba dominadora y lo sometia todo á su imperio, concentrando sus pensamientos y propósitos en un solo objeto precisamente cuando parecia que mas incapaz habia de ser de amorosos afectos.

CAPITULO XXXIX.

La pasion que ciega á Isabel y la pasion que abre los ojos al marqués.

La condesa, entregada toda á su amor, estaba completamente resuelta á no ceder á las exigencias de los marqueses de Rosline; pero con todo, de cuando en cuando suspiraba con pena, no sólo por la oposicion de su hija sino por los términos en que le habia hablado.

Esperaba que las últimas palabras que entre ellos habian mediado producirian un efecto favorable en el ánimo de Augusta, y que el marqués, aunque hombre de escaso talento, mas seco, frio y prudente que su esposa, sabria reducirla á la razon inspirándole miedo acerca de los medios que Isabel habia insinuado tener en su mano para privarles de la cuantiosa herencia de los Murley.

Algo acertaba la condesa, pero no acertaba lo principal.

Ya hemos visto que el marqués habia tomado por mejor

acuerdo no contrariarla; pero de ningun modo el partido de dejar hacer á Isabel su voluntad.

En poco tiempo determinó lo que le estaba mejor para lograr su intento, y ordenado su plan, con mas inteligencia de la que se le habria supuesto, pues se excitaron en él la vanidad, el amor propio y la codicia, ordenó el modo de burlar á su suegra.

Presentóse en casa de esta, y tomando un aire que daba cierta verosimilitud á sus palabras, le dijo que desearia conversar con ella pacíficamente acerca de lo que con algun arrebato, sobre todo por parte de Augusta, habian tratado la víspera.

—Hablad lo que gusteis, dijo Isabel con aplomo, aunque temo que sea en vano.

—Yo por el contrario, me lisonjeo de que no solamente será fecundo el resultado de nuestra conferencia, sino que desvanecerá las nubes que por desgracia...

—Marqués de Rosline, os explicais por medio de rodeos, cosa muy contraria á vuestra costumbre y que me hace presumir que no nos entenderemos. Sed franco y sencillo conmigo. Voy á daros el ejemplo. Vos habeis venido para hablarme de mi próximo enlace, ¿no es verdad?

—Ciertamente vine para hablaros de vuestro proyectado enlace, aunque no entendia que hubiese de ser próximo, como ahora decís.

—Entendedlo pues así, y por si os ahorro palabras, sabed que por ninguna consideracion del mundo pienso renunciar á él.

—Lo sé y lo deploro, señora. Sabeis cuáles son mis ideas sobre este particular, y por consiguiente no pienso moles-

tar vuestra atencion repitiéndoos lo que ya habeis oido de mis labios otras veces.

—Me admira, pero me satisface veros en tan buenas disposiciones; quisiera que mi hija opinara como vos, pues así creo que nos entenderíamos.

—Pues bien, señora, ojalá se logren nuestros deseos, como estais logrando el vuestro. Augusta ha escuchado mis reflexiones, y aunque os confieso que se ha resignado con cierta pesadumbre á veros esposa del hombre que habeis elegido, el hecho es que al fin se resigna á recibirle con la consideracion á que le hace acreedor el puesto á que vos le elevais.

—Lo esperaba así, dijo la condesa con cierta malicia, atribuyendo la docilidad de su hija al miedo que debian de haberle inspirado las amenazas de hacerle perder su herencia.

—Es, añadió el marqués, la ocasion en que mas razonable he visto á vuestra hija.

—Pues bien, marqués, si mi hija se ha hecho cargo de que soy dueña de mis acciones; si comprende que no tiene derecho alguno para poner obstáculos á mi voluntad; si se ha persuadido de que debe tener todo género de miramientos con mi futuro esposo, creo que no debemos hablar mas del asunto, sino olvidar todo lo desagradable que ha mediado entre nosotros con motivo de este suceso.

—Permitidme, señora... Me habeis excitado á ser franco y deseo que veais pronto hasta qué punto lo soy. En el supuesto de que vuestro futuro esposo no ha de ser nunca mas que una persona apreciable y respetable para vuestra

hija, hemos pensado que lo mejor de todo seria que viviésemos á tan larga distancia unos de otros, que, siendo imposible ó muy difícil visitarnos, nadie pudiese sospechar que nuestras relaciones no son las mas apetecibles. Para mejor evitar las hablillas de la gente curiosa, antes de vuestro matrimonio emprenderíamos juntos un viaje al extranjero: á Francia, á Italia, á donde mejor os pareciere. Os casabais vos y elegiais punto de residencia. Si queriais fijaros en Dublin, nosotros seguiríamos viviendo en Londres; si queriais vivir en el campo, en vuestra hacienda, nosotros iríamos á pasar los veranos lejos de estos sitios. Eso de la residencia lo fijariais vos completamente á vuestro gusto. Si no os pareciese mal, despues del casamiento presentaríamos á vuestso esposo á nuestros amigos, declararíamos que celebrábamos mucho verle enlazado con nuestra familia y le daríamos todas las muestras exteriores de aprecio; pero despues, cada cual iria por su lado. Se me figura que en el estado de relaciones en que nos encontramos, habeis de aceptar sin reparo lo que os propongo; pero si teneis alguna observacion que hacerme, creed que he venido con miras conciliadoras y estoy dispuesto á ceder en cuanto me sea posible.

La condesa habia estado escuchando atentamente al marqués de Rosline, y al mismo tiempo tenia los ojos clavados en él para averiguar si habia acuerdo entre sus palabras y sus intentos.

Calló el marqués, y despues de un breve silencio, dijo su suegra:

—Tras la enojosa conversacion que tuvimos últimamente, creed, marqués, que no esparaba encontrarme con pro-

posiciones tan razonables. ¿Está mi hija enterada de lo que acabais de decirme?

—Sí, señora.

Isabel quedó breves momentos como reflexionando, y dijo por último:

—Tan bien me parece lo que acabo de oir de vuestros labios que no tengo reparo alguno que oponeros. Pero conozco perfectamente el carácter de Augusta y no quisiera que sus arrebatos ó su inconsecuencia, ya que debemos llamar á las cosas por su nombre, vinieran á dar en tierra con vuestro proyecto, despues de aceptado por mí. Consultad, pues, otra vez su modo de sentir, y si ella no ha de levantarnos obstáculos...

—Os vuelvo á asegurar, señora, que nada teneis que temer de su parte.

—Pues bien, comenzad vos á disponer las cosas de modo que todo se haga sin escándalo y crea todo el mundo que reina el mejor acuerdo entre nosotros.

—Así se hará.

—Y así saldremos todos bien librados. Si fuere menester, decid á mi hija que nadie gana mas que ella en este trato.

—Persuadida está de ello, señora, pues sabe bien cuán mal visto seria de la sociedad en general todo rompimiento descubierto entre ella y su madre.

—Por esta razon y por otras que me reservo, amonestadla vos y reducidla á que se porte como es debido con respecto á mí, á su madre, que ha hecho por ella lo que todos sabeis y aun algo que ignorais.

No se le escapó al marqués de Rosline la intencion con que Isabel pronunciara las últimas palabras.

Las sospechas por él concebidas de que algun misterio encerraba el testamento de lord Murley tomaron mayor cuerpo, y se decidió á llevar la prudencia hasta el último extremo, único medio de conservar la rica herencia que con tanta facilidad podia escapársele de las manos.

El marqués encareció á Augusta la necesidad de andar con piés de plomo en aquella ocasion.

La mimada hija de lord Murley no queria creer que su padre no la hubiese dejado heredera de todos sus bienes. Su amor propio era tan excesivo, que no le dejaba comprender que por ningun motivo pudiese haber dejado de ser dueña y señora de lo que á su padre perteneciera.

El marqués, naturalmente poco ingenioso, sentia aguzado el entendimiento siempre que se trataba de intereses, y en aquella ocasion llegó á estar inspirado hasta el punto de despertar dudas en el ánimo de Augusta, que al fin, aunque con repugnancia, confesó tener por posible que su padre en los últimos instantes de su vida se hubiese acordado de Amanda y su hermano.

El acuerdo para parecer amigos todos aquellos personajes que tan poca estimacion se profesaban unos á otros llegó á ser completo.

Isabel se convenció de que su hija Augusta no habia sido sorda á los consejos de la razon, y una vez persuadida de que en efecto nada tenia que temer por su parte, resolvió que harian el viaje á Paris.

El futuro convino igualmente en todo, y con dinero que le dió Isabel, les precedió á todos y esperó su llegada en la capital de Francia.

Las cosas se preparaban á gusto del marqués de Rosline

y Augusta y muy á satisfaccion de Isabel, que si bien sintió la partida de su Monrose, de quien estaba apasionada, veia acercarse el momento de celebrar su enlace sin oposicion de Augusta, y todo lo daba por bien empleado, con tal que no turbasen el regocijo de su próxima boda los disgustos de familia.

Entre tanto se hacian los preparativos de viaje, y al conversar Isabel con su hija acerca de la nueva existencia en que iba á entrar, veia con gusto que no le hacia grande oposicion y aun esperaba que con el tiempo se desvaneceria la repugnancia que habia mostrado por el que debia ser su esposo.

El marqués, mas conciliador que nunca, intervenia en todos los preparativos y hacia todo lo posible para que no se entrase en conversaciones que pudiesen irritar á su suegra.

A solas con esta le daba siempre la razon contra Augusta, y daba á entender que era necesario un esfuerzo para conllevar su genio, mostrando la esperanza de que andando el tiempo desapareceria quizá la repugnancia con que miraba los nuevos lazos que iba á contraer su madre.

Las mujeres que se enamoran á su edad olvidan toda prudencia y se allanan á todo aquello que creen ha de asegurar la posesion del objeto amado.

Quince dias habian transcurrido desde la partida de Monrose para Paris, cuando se pusieron en camino para ir á su encuentro Isabel, el marqués de Rosline y Augusta.

Durante aquel período de tiempo habia reinado entre los tres la mas grata armonía y todo era entre ellos muestras de confianza.

Las personas de que se habian despedido tenian por cierto que nunca habian sido mas íntimas y cordiales las relaciones entre la viuda de lord Murley y su hija.

La estacion era cruda, y el marqués de Rosline y Augusta llevaron consigo muchos abrigos para ellos y para Isabel, diciéndole que en Paris no era menos penetrante el frio que en las regiones que abandonaban.

En fin Isabel agradeció la prevision de su hija y su yerno, y un dia al caer la tarde se pusieron en camino, porque, segun dijo el marqués, no habia podido tenerlo todo preparado para partir á las nueve de la mañana segun deseaban.

Enteróse Isabel de que no pasarian la noche en el camino, sino que á cosa de las diez pararian en un meson, y en brazos de la confianza partió contenta, pensando que desde aquel momento cada paso que daba la iba acercando á su futuro.

Despues de algunas horas de viaje penetraron en una oscura bóveda.

Preguntó la condesa si habian llegado al meson, y Rosline y Augusta se apresuraron á responderle que sí.

Durante el camino, el marqués de Rosline sostuvo la conversacion con su suegra en el tono mas ameno que le fué posible y del modo mas atento.

Augusta hablaba poco y parecia meditabunda, en términos que en mas de una ocasion temió el marqués que su silencio no despertase las sospechas de Isabel.

Afortunadamente para los planes del marqués y desgraciadamente para su suegra, la noche era muy oscura y no veian por dónde andaban.

Poco imaginaba Isabel que cada paso la iba alejando mas y mas del sitio á donde creia dirigirse con las mas vivas ansias de su corazon.

Rosline para obligar á su esposa á decir algo le preguntó si se sentia indispuesta.

Augusta, comprendiendo entonces que debia hacer un esfuerzo para no dar ocasion á los recelos que pudiera concebir su madre, contestó que al pensar que iba á separarse de la que le habia dado el sér, sentia oprimido el corazon.

Isabel creyó en aquellas fingidas palabras, y aquella mujer hasta entonces tan dura, tuvo que enjugar el llanto que asomó á sus ojos.

Habia empezado á amar, y se iba haciendo capaz de enternecerse empezando por quien menos lo merecia.

¡Terrible castigo del frio egoismo que hasta entonces habia dirigido todas sus acciones!

CAPITULO XL.

El castigo de Isabel.

Paró el carruaje en el fondo de un corredor largo y oscuro, y apeáronse todos.

Corria por aquel sitio un aire húmedo y frio, y el marqués hizo que Isabel tomara su brazo precipitadamente y la introdujo en una sala bien iluminada, alfombrada, con ricos adornos, y cuya fria atmósfera templaba el fuego de una buena chimenea.

Rosline acercó un sillon á la lumbre y dijo á Isabel:

—Teneis frio; sentaos.

Isabel se sentó en efecto porque estaba aterida, y comenzó á mirar á su alrededor.

El marqués seguia con ansiedad el movimiento de sus ojos.

—¡Cómo! exclamó de pronto la condesa, ¿tan cerca de mi hacienda puede haber un meson semejante?

El marqués no respondió.

Isabel miró al techo, y levantándose precipitadamente del sillon exclamó con recelo:

—¡Qué significa eso! ¡Estamos en la abadía...!

—Sí, replicó el marqués con entereza; no os engañais. Esta es la abadía de Murley.

—¿Para qué me habeis traido aquí?

—Para curaros de vuestra demencia; para que no podais llevar adelante el loco proyecto de vuestro casamiento; para que no os deshonreis deshonrándonos al mismo tiempo á nosotros.

—¡Ah! exclamó otra vez Isabel enfurecida y llena de terror al oir el tono resuelto del marqués; ¡conque confesais vuestra perfidia...!

—Llamad como mejor os cuadre mi resolucion de evitaros un paso tan imprudente como indigno, una resolucion única para librarnos á todos de no merecida ignominia. Vuestro juicio se ha trastornado, aunque no tanto que con la soledad no podais ir poco á poco reconociendo que mi esposa y yo, aunque parecemos tiranos, obramos como tutores naturales y como médicos.

Augusta permanecia en tanto impasible en un rincon de la sala.

—Y bien, dijo Isabel, ¿qué quereis de mí?

—Lo que queremos de vos, dijo el marqués, está conseguido en gran parte. Ahora de vos depende lo único que podemos desear. Permaneced tranquila; persuadíos que todo se hace por vuestro bien, y no os empeñeis en imposibles que sólo servirian para empeorar vuestra situacion.

—Pero..., balbuceó Isabel, ¿á qué hemos venido aquí?

—Augusta..., dijo el marqués, salid un momento; os lo ruego.

La hija de Isabel, dócil como nunca á la insinuacion de su marido, se levantó y dejó la habitacion.

Isabel se estremeció al verse sola con el marqués de Rosline, como si se encontrase ya encerrada en una tumba.

El presentimiento de su futura suerte la conmovió profundamente y un frio glacial se apoderó de todo su cuerpo.

—Sin rubor para todos nosotros, dijo el marqués con una dureza que en vano queria suavizar, no podiais continuar viviendo en nuestra sociedad. Si hubierais sido una jóven dependiente de nuestras voluntades, un viaje, un convento, promesas de otro porvenir mejor, quizá os habrian curado de vuestra funesta manía; pero con vos no tenemos este recurso. Nos ha sido indispensable conduciros del modo que lo hemos hecho, y ya, aunque nos arrepintiéramos, no podríamos obrar de otro modo.

—Ó esto es un sueño, dijo la condesa, despues de un momento de silencio, ó yo me he vuelto loca.

—El sueño y la locura, señora, eran los extravagantes proyectos que abrigabais. Ahora todo lo que veis es real y positivo. Estais en la abadía de Murley y ya es imposible vuestro enlace.

—Pero en fin, ¿qué hemos venido á hacer aquí? preguntó Isabel temblando porque preveia la respuesta del marqués.

—Hemos venido, contestó este, á curaros radicalmente de vuestra pasion y á asegurar para vos y para nosotros el aprecio de la sociedad que nos habiais puesto en riesgo de perder.

Cada vez eran mayores el temor y el espanto de la condesa.

Una voz secreta le decia que habia entrado en aquel sitio para no volver á salir de él durante su vida.

Habria querido que el marqués la hubiese sacado de dudas desde el primer momento, y sin embargo no se atrevia á preguntarle de manera que él le hubiese de responder de una manera categórica.

—¡Me habeis engañado! dijo con la cabeza caida sobre el pecho; me habeis tendido un lazo procurando alejar de mí al hombre que podia defenderme...

—Ya os he dicho, repitió el marqués, que sólo tratábamos de curaros y salvar vuestro buen nombre y el nuestro. Todas las reflexiones que os hemos hecho para no tener que llegar á ese extremo han sido inútiles; vos nos habeis encerrado en un círculo de medios violentos en que con sumo pesar hemos entrado. Os aconsejo por vuestro bien que no penseis ya en lo que no tiene remedio. Tranquilizaos y resignaos á vuestra suerte. Pensad que la sociedad seguirá respetando en vos á la viuda de lord Murley, merced á nuestro celo, y que si os hubiésemos dejado obrar seriais el ludibrio de la gente, y el desprecio que os habriais atraido redundaria en perjuicio de vuestra única hija, y tambien de la mia.

Isabel se llevó ambas manos á la frente como si quisiera concentrar los pensamientos que se disolvian en su cerebro, y de pronto volviéndose al marqués le preguntó:

—¿Pensais que así podreis disponer de mi vida á vuestra voluntad? Os engañais, marqués. Conoceis mi carácter; no estoy acostumbrada á ceder á nadie, y si hubiera sido

posible dejarme llevar por la blandura, ahora ya no tengo otro deber que rehacerme contra tanta violencia. Abridme paso.

—No os lo impido, respondió el marqués con irónica sonrisa.

Isabel llegó hasta la puerta por donde habia salido su hija, y detrás de aquella mampara que con tanta facilidad habia cedido al suave empuje de Augusta, encontró un muro fuerte como de roca.

Con la conviccion de que no iba á salir de allí, se volvió airada á su yerno y le dijo:

—¿Pero qué es eso? Me habeis encerrado aquí; me habeis secuestrado infamemente; ¿sabeis que lo que acabais de hacer os puede costar caro?

—Eso mismo debe persuadiros de que están bien tomadas mis medidas para que nunca se me pueda exigir la responsabilidad de lo que acabo de hacer. Por lo mismo os aconsejaba la resignacion. No abrigueis deseos de venganza que no habeis de ver logrados y que amargarian los últimos dias de vuestra existencia. Considerad que he sido un instrumento de Dios y que habeis venido á este sitio á expiar vuestros pecados.

—Marqués de Rosline, gritó Isabel, ya no puedo sufrir que se prolongue un momento mas esta odiosa farsa, ni es de mi agrado que os erijais en mensajero de voluntades divinas, vos, que mas que yo teneis que purgar graves culpas. Estamos en la abadía; os habeis propuesto impedir mi casamiento; suponed que lo habeis logrado ya; que yo he renunciado á mi intento. ¿Qué pensais hacer de mí?

—Manteneros en este sitio que en tan breve plazo os ha inspirado tan sensatas ideas.

—¿Y luego?

—Fortaleceros en ellas y evitar que el contacto del mundo os vuelva á despertar deseos de nuevas locuras.

—¿Sin salir de aquí?

—Se entiende.

—¡Oh, eso no lo habeis de lograr! gritó Isabel fuera de sí. No soy todavía una mujer caduca, sin ánimo para combatir tamaña violencia. Habeis temido hasta ahora el ludibrio de la sociedad; temed mas bien el rigor de la justicia. Marqués de Rosline, por última vez os lo digo: quiero salir de aquí.

—Os compadezco, señora, dijo friamente Rosline; pero no espereis que haga sino lo que importa á mi decoro y al vuestro.

—¡Oh infame, infame...! ¡Claudio! ¡Anselmo! gritó Isabel con todas sus fuerzas; acudid, abrid... Os llama vuestra dueña... ¡Criados...! ¡Claudio... Claudio...!

La voz de Isabel quedaba ahogada en la estancia.

En vano esperó junto á la puerta, con el oido atento; ningun rumor respondió á sus palabras.

Echó mano á un llamador que pendia junto á la chimenea, y la cinta se rompió entre sus dedos, sin que acudiese nadie.

—¡Oh, enterrada viva! ¡enterrada viva! dijo por fin mostrando el decaimiento de su ánimo.

—Os he dicho, señora, le replicó el marqués, lo que mas os convenia; no lucheis contra un destino superior á vuestra voluntad y vuestras fuerzas.

—¿Pere no temeis que un dia logre salir de aquí; que os acuse ante los tribunales y que sea entónces mayor vuestra vergüenza que la que teniais de mi casamiento?

—No, señora, ya os lo he dicho. Veis que estoy tranquilo y que no hay asomo de temor en mí. Creedme: si os privo de vuestra libertad es porque estais incapacitada para usar de ella; os violento lo menos posible; reduzco mi accion á los medios mas indispensables de evitaros una accion torpe y escandalosa. Ya sé que la ley no os lo impediria; pero sé tambien que la sociedad no podria menos de reprobárosla, y la jerarquía social en que estoy colocado me autoriza para hacer lo que no pueden hacer los tribunales. Cuando se haya calmado vuestro primer arrebato os alegrareis al pensar que al fin vuestra hija vive tranquila, porque vuestro soñado enlace será imposible.

—¡Tranquila! ¡Tema mi hija, temed vos que no se presente un dia ante los tribunales del reino el legítimo heredero del conde Murley!

El marqués de Rosline se estremeció á su vez al oir estas palabras pronunciadas con el tono de la mayor veracidad, y dando un paso hácia ella dijo con calor:

—¡Ah! ¿Lo veis? Vos misma venís á justificar nuestra prevision. No es esta la primera vez que habeis intentado sembrar la zozobra en nuestro ánimo con encubiertas amenazas acerca de este asunto, dándonos á sospechar que el testamento del conde Murley presentado por vos era falso.

—¡Falso es, yo lo afirmo!

—¡No lo creo por decoro vuestro, señora!

—¡Creedlo por mi desgracia! He sido culpable con Malvina y lo soy ahora con sus hijos. He sido culpable con ellos por Augusta, ¡por mi hija que así me paga! ¡Oh, teniais razon: instrumentos sois uno y otro, instrumentos ciegos de la Providencia!

—Ya os lo habia dicho y no queriais creerlo. No imagineis que demos crédito á lo que ahora decís terminantemente. Augusta es verdadera y legítima dueña de los bienes del conde Murley; pero como vos podriais dejaros llevar de la pasion y de los consejos de un hombre interesado en vengarse del poco aprecio que de él hemos hecho, ya veis que debemos poner mayor empeño que nunca en impedir el escándalo que resultaria de lo que pudierais intentar para privar á Augusta de sus bienes.

—No me engaña la fingida seguridad de que haceis alarde, marqués. Vos sabeis que el testamento es falso: vos sabeis que con la conducta que con su padre habia observado Augusta era imposible que el conde Murley la prefiriese á su desgraciada hermana.

—No sé nada de lo que me decís, ni puedo considerar vuestras palabras sino como un medio para atemorizarme; pero bien debeis comprender que es inútil.

—¡Oh! ¡No confieis, marqués, no confieis...! ¡Ay de vos el dia en que aparezca la verdad! Habeis querido evitar la ignominia que decís os habria atraido mi casamiento con Monrose; mas vuestra confusion peor será el dia en que aparezca el legítimo heredero de los bienes del conde Murley, y sepa todo el mundo que merced á documentos falsos habeis poseido riquezas que no os pertenecian. ¿A

quién se atribuirá el crímen? A vos, que os habreis aprovechado de él.

El marqués palideció; pero no estaba en su ánimo ceder; y volviéndose á Isabel, replicó :

—Señora, ya es tiempo de poner fin á esta enojosa entrevista. Si teneis otro testamento, ¿por qué no le presentais?

—¡Oh malvado! exclamó Isabel; ahora que no puedo valerme, ahora que me teneis encerrada en sitio donde se apagan los gemidos, me excitais á que os muestre la prueba... ¡Capaz seriais de derramar mi sangre si supierais que con ello podiais aseguraros el legítimo goce de los bienes de Murley!

—Estais loca, y sólo porque vuestra locura, es evidente puede perdonárseos lo que acabais de decir.

—Loca estuve mientras por amor á la ingrata Augusta cometí el pecado de despojar á los hijos de Malvina.

—Pues bien, señora; haced penitencia, que yo procuraré que no volvais á pecar. Os repito que no intenteis luchar contra la suerte, pues agotariais vuestras fuerzas inútilmente y arriesgariais morir desesperada. Tened entendido que no os queda ni un amigo; que dentro de este recinto no podreis hallar ni un cómplice; que yo tendré noticia de cuantas tentativas hiciereis para hacer fracasar mi proyecto.

El marqués se dirigió hácia la puerta, y transida Isabel de terror siguió sus pasos.

Él se volvió y le dijo :

—Calmaos y sentaos. Esperad que el cielo se apiade de vos y dejad que se cumpla su justicia.

—¡Oh! Vais á partir... á dejarme aquí encerrada, sola... Marqués, aun estamos á tiempo... Aun podeis evitar uno de los dos crímenes: dejadme salir, devolvedme la libertad y os prometo, os juro entregaros el verdadero testamento del conde para que lo hagais pedazos...

—Os repito que os calmeis, señora. Dejaos de desvarios.

—¿Pero no teneis ningun resto de piedad en el corazon?

—Harto os lo muestro oponiéndome á que vivais vilipendiada.

—¡Marqués de Rosline! Vos habeis hecho tomar parte á mi hija en la violencia que estais cometiendo conmigo. Mi hija se arrepentirá algun dia y los remordimientos envenenarán su existencia. No la expongais á tan triste suerte. Dejadme ver á Augusta; es menester que yo la vea.

—Imposible.

—¡Imposible! Mirad que ella tal vez no está bien persuadida de que yo he sido criminal por favorecerla...

—Pues bien, mejor es que lo ignore.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó Isabel dejándose caer sobre una silla y cubriéndose el rostro con las manos.

En un breve momento el marqués abrió silenciosamente la mampara y salió de la estancia.

Cuando Isabel levantó la frente se encontró sola.

CAPITULO XLI.

La prision en el palacio.

Reinaba en aquel sitio el mas profundo silencio.

El terror, la ira, el miedo batallaban en el corazon de la viuda del conde Murley.

Levantóse como loca, desencajada la vista, perdida el habla, y comenzó á ir de un lado para otro buscando en vano una salida.

Golpeó las paredes lastimándose las manos, exhaló hondos sollozos, y por fin cayó rendida de rodillas en el suelo llorando copiosamente.

Las lágrimas dieron algun desahogo á su pecho y comenzó á invocar á Dios y á maldecir del marqués juntamente.

Tan pronto imploraba á Augusta como si la tuviera delante recordándole el ciego cariño que siempre le habia profesado, como le echaba en cara las faltas que por su

amor habia cometido y la ingratitud con que ella le correspondia.

En aquellos momentos la habrian tenido muchos por loca, pero nadie la oia ó á lo menos ella no podia saber que fuese oida de nadie.

Aquellas sordas paredes no devolvian ningun eco, y la condesa Isabel estaba aislada, sujeta donde en otro tiempo resonaba su voz con todo el imperio de la majestad dominadora.

Prolongáronse la lucha y el delirio, pues no acababa nunca Isabel de persuadirse de que tuviera que quedar allí encerrada; mas al fin acabó de resistir, y entre el despecho, la fatiga y la violencia que continuamenie se hacia, le dió una convulsion que le hizo perder el sentido.

Cuando volvió en sí se halló en un lecho, guardada por una mujer de cierta edad, que al ver que le dirigia sus miradas, cruzó las manos y levantó los ojos al cielo.

Los últimos sucesos se agolparon confusos á su memoria, y no acertaba de pronto á distinguir si eran reales ó desvaríos de su imaginacion.

Poco á poco fué recordando que efectivamente se hallaba encerrada y se le representó la última entrevista que con el marqués habia tenido; mas era tan horrible aquella idea, que con todo su ánimo se resistia á darle crédito.

Suspiró la enfermera, y entonces Isabel fijó en su semblante una mirada escudriñadora.

Temia encontrarse con un rostro huraño ó con uno de esos semblantes tan frios como hipócritas; pero tuvo el consuelo de hallar en la señora Bruce una fisonomía de expresion simpática.

Permaneció buen rato contemplándola y le preguntó por último:

—Decidme: ¿estamos en la antigua abadía de los condes de Murley?

—Sí, señora, le respondió la señora Bruce, dando á entender cuánto se maravillaba de oir á Isabel hablando razonadamente.

—¿Es verdad que estoy aquí aprisionada violentamente por mi yerno y mi hija?

La enfermera meneó la cabeza, y con el tono que se emplea con los niños y los delirantes respondió:

—Tranquilizaos, señora, por amor de Dios; recobrad la calma del espíritu para que podais reuniros pronto con vuestra familia que tanto os ama.

—¡Me aman! exclamó Isabel con amargura, y calló largo rato.

No sabia cómo juzgar de aquella mujer que encontraba á su lado.

Por una parte le parecia una mujer buena que podia haber sido fácilmente engañada por el marqués; por otra parte pensaba que este sólo podia haber confiado su guarda á una persona de cuya dureza de corazon estuviese bien cierto, y que no se dejase ablandar con súplicas, promesas ni lágrimas.

Quiso mostrarse reservada con ella hasta averiguar qué género de sentimientos abrigaba, y despues de una larga meditacion le dijo:

—¿Os han mandado que me tuvieseis siempre á oscuras?

Era en efecto muy escasa la claridad que penetraba en la

estancia, y la señora Bruce se levantó diligente y corrió las cortinas de una ventana.

La luz del sol permitió distinguir perfectamente los objetos, y el primero que se presentó á la vista de Isabel fué el retrato de la primera condesa de Murley, de la mujer angelical que la habia amparado en su orfandad y para cuyos descendientes habia sido ella tan inhumana.

No podia haberse preparado golpe de mayor efecto que el que recibió de la casualidad la impía madrastra.

Débil todavía de cuerpo y de ánimo no pudo resistir mucho tiempo aquel espectáculo.

Aquel retrato le recordaba en conjunto las faltas de toda su vida, su mala correspondencia con el marqués, su codicia y su altivez para con todo el mundo, su impiedad para con Malvina y Oscar: todo cuanto de errores, vicios y faltas graves habia en su vida.

Isabel cerró los ojos: mas á pesar de eso seguia viendo el rostro bello, apacible, que retrataba todas las virtudes de la primera condesa y era en aquellos momentos el mayor castigo que podia caer sobre ella.

Por mas que queria borrarlo de su memoria, no podia menos de recordar cómo habia entrado jóven y pobre en aquella abadía, el afectuoso trato de la condesa, los favores que de ella habia recibido y la conducta desleal con que siempre pagara tantos beneficios.

Hasta entonces no habia sentido Isabel toda la intensidad del remordimiento; pero desde aquel punto comprendió cuán enormes habian sido sus faltas; y por primera vez pudo olvidar el daño que del marqués y Augusta habia reci-

bido, para pensar exclusivamente en el que ella habia causado.

Concentrada toda en sí misma hizo un rápido exámen de los actos de su vida, y convino en que si el marqués era digno de un severo castigo por haberla privado de libertad, contribuyendo á la usurpacion de la herencia de lord Murley, ella difícilmente podia hallar perdon en la tierra ni en el cielo.

Exaltada su imaginacion, se puso á hablar en voz baja diciendo:

—¡Razon tenia el marqués! ¡Él es un vengador de la inocencia suscitado por el cielo! ¡Él es el instrumento de la divina justicia! ¡Ah, desdichado! así como llegó para mí la hora de la expiacion, llegará tambien para tí. La justicia se cumplirá en todas sus partes... ¡No gozarás del fruto de la usurpacion que te ha llevado á ser criminal conmigo!

La señora Bruce estaba escuchando y apenas podia entender una que otra palabra.

—Sí, prosiguió Isabel, sí; dentro de mí misma encuentro la razon de mi castigo, la reprobacion de mi gravísima culpa. Aquí fuí señora, y aquí soy esclava; aquí fuí cruel, y aquí han sido crueles conmigo; por mi hija hice el daño, y por ella lo recibo!

Estos sentimientos no sólo dominaron para siempre en el ánimo de Isabel, sino que cada dia fueron arraigándose en ella mas hondamente.

Todo el dia, toda la noche pasó meditando en la suerte que la esperaba, y ni una sola vez pensó que no fuera merecida.

Pesaba sobre su mente la idea de vivir encerrada quizá por todo el resto de sus dias ; pero al comparar esta pena con su culpa bajaba la cabeza y aun temia que aquel castigo , aunque duro , no fuese acompañado de otro mayor: tan penetrada estaba de la enormidad de sus delitos.

La señora Bruce iba muchas veces á espiarla y la veia pasear meditabunda , hablar consigo misma y lanzar profundos suspiros.

Por las noches entraba á verla y la hallaba resignada.

La soledad , los pesares y los remordimientos dieron á su fisonomía una expresion particular.

Estaba pálida, flaca y parecia próxima á morir : sólo el brillo de sus ojos revelaba de cuando en cuando que aquella mujer en otro tiempo enérgica y violenta , conservaba aun algo de bríos.

En los primeros momentos Isabel habia deseado morir; pero á medida que fué meditando en su vida pasada tomaron sus ideas un giro muy distinto.

No le bastó ya la idea de una expiacion larga y penosa, sino que además rogaba de continuo al cielo que le permitiese poner los bienes de su difunto esposo en manos de sus legítimos herederos.

Todo lo que tardaba en ver realizado este deseo le parecia que iba alejando de ella el perdon que al cielo pedia.

A veces la acosaban ansias terribles.

Temia que la muerte la sorprendiera sin haber restituido sus riquezas á los hijos de la desdichada Malvina, y entonces la acometia la fiebre y padecia delirios que la señora Bruce tomaba por arrebatos de locura.

Entonces pensaba en su libertad , no para volver al

mundo á saciar su locas pasiones de otro tiempo, sino para cumplir aquellos deberes que consideraba como sagrados y retirarse otra vez á la vida de oracion y penitencia.

La señora Bruce era siempre blanda y amable con ella, y no le dejaba carecer de ninguna de las cosas necesarias.

Le hablaba siempre como á persona que padece enajenaciones mentales y le aconsejaba la resignacion, la paciencia y la esperanza en Dios.

En mas de una ocasion le suplicó Isabel que le permitiese salir de aquel encierro, ponderándole lo mucho que padecia y la necesidad en que se hallaba de salir al mundo á cumplir graves obligaciones de las que dependia nada menos que la salvacion de su alma.

Su celosa guarda le respondia que no le pidiese imposibles; que procurase dominar su imaginacion exaltada.

Entonces Isabel se arrojaba á sus piés y con lágrimas de fuego le protestaba que tenia cabal su juicio; que tenia á Dios muy ofendido, y que mientras no pudiera salir de aquel sitio, no le seria posible aplacar su enojo.

La señora Bruce procuró siempre con la mayor blandura tranquilizarla y hacerla renunciar á aquel propósito, y la última vez que le habló ella de aquel asunto, le dijo:

—Señora, Dios sabe bien que todo lo que dejais de hacer por vuestra salvacion, no depende de vuestra voluntad. Si para cumplir como debeis es menester que os pongais en contacto con alguna persona que no os sea posible ver por medios naturales, pensad en el inmenso poder de Dios, y creed que si es indispensable un milagro, él lo obrará para que no dejen de suceder las cosas conforme á su divina justicia.

Isabel en su vehemente deseo de que la herencia del conde Murley fuese restituida á los hijos de Malvina, aceptó muy de buen grado las reflexiones de la señora Bruce, y si bien en ocasiones se impacientaba por la tardanza y volvia á sentir deseos de que por su mediacion se verificase aquel acto de justicia, esperó mas tranquila, confiando en que un dia ú otro tendria el consuelo de saber que se habia reparado la iniquidad del despojo en que tanta parte tenia ella.

Así no volvió ya á mostrar deseos de salir de su encierro, y de tal manera llegó la señora Bruce á verla resignada con su suerte, que le abrió varias puertas para que pudiera pasear por la parte antigua del castillo y por sitios donde de nadie fuese vista ni oida, caso de que en un arrebato de locura diese voces para que acudiera gente en su auxilio.

Isabel, como todos los que viven encerrados largo tiempo, habia cobrado un especial cariño á aquellas paredes, testigos de sus lágrimas y de su arrepentimiento.

Muchas veces á pesar de tener abiertas todas las puertas de la parte vieja de la abadía, circunscribia sus paseos á las dos piezas que ocupara durante el primero y mas amargo período de su cautiverio.

La imágen de Monrose se habia borrado por completo de su mente desde el principio, como habian desaparecido de su sér las pasiones que la habian dominado con tanta violencia.

Cuando al caer la tarde entraba todo en reposo y sentada Isabel en un rincon de su cuarto oia solamente la voz de su corazon, se acordaba del bien que habia dejado de

hacer, del mal que habia causado, y llena de tristeza, amargura y remordimientos, derramaba abundantes lágrimas.

Figurábasele que los hijos de Malvina vagaban por el mundo sin pan y sin asilo, y se dirigia á Dios preguntándole cómo permitia que padecieran las víctimas de su crueldad.

Entonces comprendia bien la enormidad de sus culpas y deseaba con vivas ansias expiarlas, y oraba con fervor apretando contra sus carnes un cilicio de agudas puntas.

A veces en medio de su exaltacion le parecia oir una voz dulce y consoladora que le aseguraba que Dios no permitiria que la arrebatase la muerte sin haber puesto á los hijos de Malvina en posesion de su herencia, y algo mas tranquila y resignada esperaba con paciencia ver llegado el cumplimiento de aquellas promesas.

Entre tanto el marqués de Rosline y Augusta atentos siempre á sus intereses, habian escrito á Monrose diciéndole que por motivos de grave importancia Isabel habia desistido de su proyecto de casamiento, y que él haria como hombre cuerdo no volviendo á parecer por el país, pues la opinion pública le designaba como autor de manejos fraudulentos, y personas de mucha valía estaban prontas á declararse enemigos suyos si le veian por aquellas regiones.

El culpable Monrose se dió por advertido y no contestó al marqués, pero se guardó muy bien de ponerse al alcance de sus iras.

Dos veces el marqués de Rosline y otras dos Augusta intentaron apoderarse del verdadero testamento del conde;

pero Isabel no se dejó engañar por ellos, y guardó el precioso papel confiando en que el cielo le abriria camino para hacerlo llegar á manos de sus verdaderos dueños.

El dia que Isabel oyó por primera vez las palabras de Amanda en la capilla, creyó estar soñando y no se atrevió á dar crédito á sus sentidos; pero cuando hubo adquirido la certeza de que en aquel sitio se hallaba la hija del Malvina, experimetó tal gozo, tal consuelo, que se dió por recompensada de todos sus padecimientos y creyó que el cielo le daba la primera muestra de que habia empezado á perdonar sus faltas.

Lo que tras eso sucedió lo saben ya nuestros lectores; el escrito de la segunda esposa del conde Murley contenia, aunque muy compendiada, la relacion de los sucesos que acabamos de referir.

Los últimos párrafos de aquel escrito se referian á las sensaciones que habia experimentado Isabel al ver á Amanda orando en la capilla con el retrato de su madre ante los ojos.

Resplandecian la sencillez y la veracidad en aquellas páginas, donde se leian trozos como el siguiente:

«Al conocer en vos ¡oh Amanda! á la hija de Malvina, «me pareció oir dos voces cuyos ecos llegaban desde el «cielo á la tierra.

«Hé aquí, decia una voz grave y severa, hé aquí lle- «gado el momento de la restitucion: en tu presencia «tienes á una de tus víctimas; realiza tus propósitos y «aminora el peso de tus delitos.

«Hé aquí, decia otra voz blanda y suave, hé aquí á la «que es para tí nuncio de las divinas misericordias. Ben-

«dice á la tierna niña que viene misteriosamente á auxi-
«liarte; Dios te ha oido, supuesto que te la envia.»

Hablaba despues el manuscrito de Isabel de la impaciencia que hasta entonces habia experimentado por cumplir aquel deber de justicia, y de lo mucho que habia padecido mientras creyó que quizás no volveria á ver á Amanda y le seria imposible realizar la idea de que dependia la paz del resto de su existencia.

Las leales protestas de arrepentimiento, muchas veces repetidas, pero escapadas del fondo del corazon, conmovieron profundamente á Amanda, que lloró enternecida por Isabel, cuyos errores y malas pasiones habia olvidado completamente, no acordándose mas que de su rudo castigo y sus padecimientos.

Ya la condesa de Murley no era para ella la implacable enemiga de su madre; ya no era el genio del mal velando en la abadía y señoreándolo todo: no era mas que una víctima de sus malhadadas pasiones, un corazon arrepentido, deseoso de volver bien por mal, una inteligencia donde se habia hecho la luz tras largos años de tinieblas.

Amanda que jamás habia sentido ódio por los extraviados, ¿cómo podia experimentarle por aquella mujer arrepentida, extenuada, en cuyo seno parecia no haber mas vida que la de la aspiracion á borrar sus culpas y alcanzar la misericordia que habia menester del cielo y de la tierra?

Viva fue, pues, la compasion que le inspiró Isabel despues de la lectura de aquel documento, y grave tristeza descendió á su pecho al considerar cuál era el fin de aquella mujer en otro tiempo altiva é indomable, señora

absoluta en aquel sitio trocado en prision para ella y convencida de que era merecedora de los duros castigos que habia padecido y estaba padeciendo.

La piedad que le inspiró Isabel, víctima de la codicia y la vanidad de Augusta y su marido, superó al horror que le habia inspirado mientras solamente viera en ella á la atormentadora de su madre.

Pensó que si su madre viviera y presenciara los padecimientos de aquella desgraciada, olvidaria todo el mal que le habia hecho y no vacilaria en concederle su perdon, y queriendo Amanda ser digna hija de aquella cuya ternura y piedad le habian dado renombre, perdonó con tantas veras como habria perdonado su madre.

Las consideraciones que Amanda hizo sobre este punto la llevaron á pensar en su hermano, y esta idea fué como un rayo de luz que disipó la tristeza de su pecho.

¡Oscar era heredero de los bienes de lord Murley, y ella tenia la dicha de haberle de participar tan fausta nueva!

CAPITULO XLII.

Amanda en Londres.

Oscar era en efecto único heredero de los bienes de lord Murley; el testamento que así lo disponia estaba en poder de la persona mas interesada en hacerle entrar en posesion de la herencia; pero ¿dónde se hallaba Oscar? ¿quién podia dar á Amanda noticias suyas?

Era menester que un hombre probo y diligente cuidase de descubrir el paradero de su hermano.

Al reflexionarlo ella así se acordó de aquel tiempo en que lord Mortimer habia sido la única persona indicada para el objeto, y á esta idea siguieron mil recuerdos de sus malogrados amores; pero Amanda quiso consagrar todos sus pensamientos á su hermano y se resignó á aquella fuerza que habia querido desviarla de la idea del deber para atraerla á los desvarios de lo imposible.

¿Qué amigos tenia ella, empero, que pudieran ayudarla en aquel asunto?

En vano buscó largo tiempo en su memoria el nombre de uno solo; Amanda habia sido siempre desgraciada y la desgracia no nos conquista generalmente afectos poderosos.

Sin embargo, á fuerza de reflexionar se acordó de un hombre de honor, perseguido como ella por la desgracia, y capaz segun creyó de desempeñar el encargo que pensaba confiarle.

El hombre de quien se acordó Amanda era Leoncio, aquel pariente de la señora Devons, sacrificado á su codicia, y cuyas amarguras habia presenciado la misma Amanda en los breves y amargos dias que precedieron á su partida de Londres.

Leoncio era honrado y bondadoso, y era de creer, conocido su carácter, que habia de ocuparse con toda su buena voluntad en las diligencias necesarias á un asunto de tanta importancia como era poner á Oscar en posesion de sus inmensos bienes, cerrando así el largo período de desgracias que se habian acumulado sobre los hijos del excelente Fitzalan.

Así meditando se entregaba Amanda á las mas gratas esperanzas, complaciéndose en imaginar la dicha reservada á su querido hermano Oscar y el gozo y la sorpresa con que habia de recibir la inesperada noticia del repentino y favorable cambio de su suerte.

Ya se le figuraba verle entregado por completo á la alegría, ocupando el tiempo en hacer bien á sus semejantes, enjugando el llanto del desgraciado y permitiéndole á ella tomar parte en sus buenas obras.

En medio de aquel enajenamiento, Amanda no se acordó

de sí misma para nada sino para compartir la dicha de Oscar y complacerse en verle dichoso...

La fortuna de su hermano lejos de despertar en ella la menor envidia le servia de compensacion á todos sus pesares, y si alguna idea triste vino á mezclarse con su alegría, fué sólo la de que no viviera todavía su padre para que pudiese disfrutar de reposo y de bienestar en los últimos años de sú vida.

Si Amanda hubiese sido una mujer vulgar, débil y vana; si no hubiese sometido siempre todas sus acciones al imperio de la razon, la herencia del conde Murley sólo habria servido para desesperarla; pero nuestros lectores conocen bien su carácter si es que hemos acertado á describirle, y una vez puesto de manifiesto el armonioso conjunto que formaban su tierno corazon y sus severos principios, no extrañarán el giro que fueron tomando sus ideas á consecuencia del extraordinario suceso que puso en sus manos los papeles guardados por Isabel durante tan largo tiempo.

Buscar á su hermano, arrancarle de las vicisitudes de la suerte, gozarse en la contemplacion de su dicha y contribuir á ella en cuanto pudiera, hé ahí todas sus aspiraciones, todas sus esperanzas, que suponian la mas bella y admirable abnegacion.

A veces empezaba triste y pensativa á imaginar las dificultades que habian de oponerse al logro de sus intentos; pero poco á poco se exaltaba su imaginacion presentándole como ya realizados los esfuerzos de su heroica voluntad, hasta figurarse que tenia á Oscar entre sus brazos lleno de júbilo y bendiciéndola por los peligros que en obsequio suyo habia heroicamente atropellado.

Tras esta fugaz ilusion volvia á la realidad, y al ver la enorme distancia que mediaba entre su verdadero estado y lo que imaginara en su delirio, se entristecia su sensible corazon; mas no desmayaba por eso.

Una noche, trabajado su espíritu por aquellas ideas que no le daban un momento de tregua, soñó que tras largos afanes habia conseguido encontrar á su hermano; pero ¡en qué estado tan triste!

En medio de una fiera tormenta vió una frágil nave juguete de las arrebatadas olas, que ya la encumbraban por la region del espacio, ya la sumian repentinamente en los senos mas profundos, como para cubrirla para siempre con el peso de las aguas.

En aquella nave estaba Oscar luchando desesperado y casi sin fuerzas por salvar su triste vida.

Amanda le contemplaba desde el puerto, lleno el pecho de ansiedad y zozobra.

Queria arrojarse al mar para salvarle ó perecer con él; pero una fuerza invisible, superior á la suya, la detenia, y luchaba la infeliz inútilmente sin descanso ni tregua.

Dos veces despertó por breves momentos de aquel sueño, y dos veces volvieron á acosarla aquellas terribles imágenes.

Al fin el cansancio mismo y la fatiga la sumieron en profundo letargo.

Era muy entrado el dia cuando despertó, y vistiéndose á toda prisa salió en busca de la señora Duncan, cuyas hijas habian mostrado repetidas veces impaciencia por verla.

En la abadía se estaban haciendo preparativos para su partida.

La señora Bruce les manifestaba á ella y á su sobrina el pesar que aquella separacion iba á causarle, sobre todo despues de haberse acostumbrado á la compañía de las niñas; pero añadió que, segun su cuenta, la separacion seria corta, pues el marqués de Rosline sin duda saldria de Escocia inmediatamente despues de dejar casada á su hija Eufrasia con lord Mortimer.

Estas breves palabras de la anciana fueron una nueva herida para la infeliz Amanda; pero ocultó como siempre su dolor, y procuró, ya que no olvidar su desgracia, hacerse superior á ella.

Comieron con poco apetito, y despues de tomar el té, salieron de la abadía.

Amanda miraba al alejarse aquel antiguo edificio que le recordaba lo pasado y lo porvenir de su familia.

El coche seguia con monótono ruido y súbitos vaivenes la pendiente del camino, y Amanda y su compañera permanecieron en silencio.

Las niñas las contemplaban atónitas.

Para ellas todo cambio, todo lo nuevo era un placer, y no podian explicarse cómo Amanda y su madre, que participaban de todas sus alegrías, no tomaban entonces parte en su gozo.

Al fin se apearon en una posada incómoda y falta de las cosas mas necesarias, si bien la señora Bruce habia tenido la precaucion de poner en la maleta de su sobrina todos los objetos que creyó que podian serle útiles.

Despues de arreglar en su habitacion lo que habia traido, descansaron breves momentos.

Amanda y la señora Duncan conocian una de otra que

no se hallaban en momentos de satisfaccion, y para distraerse mútuamente salieron del cuarto.

La posadera les salió al paso para ponderarles las excelencias de su casa y el magnífico panorama que se descubria.

Las dos amigas escucharon indiferentes sus exageraciones y al fin se dejaron guiar por ella.

Comenzaba á cerrar la noche.

El tiempo era apacible; las niñas estaban acostadas, y la señora Duncan y Amanda salieron á un terrado.

La luna iluminaba la dilatada extension de terreno que tenian á la vista.

El mar tranquilo y como dormido reflejaba los argentinos rayos; el valle ameno y oloroso parecia una region encantada.

Los peñascos de la costa contrastaban bellamente con la tersa superficie de las aguas, y el antiguo y fuerte castillo que se elevaba á lo lejos parecia un gigante armado asomándose y contemplando inmóvil la calma de la naturaleza.

De cuando en cuando la ligera brisa rizaba la superficie de las aguas que se extendian dóciles lamiento las menudas arenas de la playa, y su rumor y blando movimiento parecian una caricia del mar á la tierra.

Amanda y su amiga contemplaban silenciosas aquel espectáculo, y en mas de una ocasion experimentaron iguales sentimientos y hasta fueron unas mismas las ideas que les inspiró la contemplacion de aquellas bellezas.

En medio del profundo silencio y de aquella suave paz sonó á lo lejos el ruido de un tambor, que hizo volver á Amanda los ojos á su amiga.

Esta comprendió su sorpresa y le dijo:

—¿No sabeis lo que eso significa?

—No por cierto, respondió Amanda admirada todavía.

—Es que á cierta distancia del pueblo hay una fortaleza y ese redoble anuncia la retreta.

En efecto pocos momentos despues sonó la música que con la tranquilidad del aire y el silencio de la noche se oia clara y distinta.

A los pocos compases Amanda cogió estrechamente del brazo á la señora Duncan, y al volver esta los ojos á ella se los vió llenos de lágrimas.

Amanda á pesar de su llanto casi sonreia, lo cual aumentó la sorpresa de la señora Duncan, que le preguntó:

—¿Qué teneis, Amanda?

—¿Ois esa música militar?

—Sí, la oigo; pero...

—Es la que compuso mi padre; de él la aprendí yo en mis primeros años, y muchas veces disipé su melancolía con esas sencillas y severas notas, que la mayor parte de los regimientos ingleses adoptaron para la retreta. Mucho tiempo hacia que no la habia oido; bien comprendereis el extraño efecto que ha debido producir en mi corazon.

—Sí, lo comprendo, replicó la señora Duncan; así los recuerdos de mi padre y de mi esposo me conmueven tambien á veces.

Calló aquella buena amiga y dejó que Amanda gozara del placer del llanto.

La hija de Fitzalan se hallaba en uno de aquellos momentos en que el dolor es una especie de consuelo.

¿No gozamos como un reflejo, digámoslo así, de felicidad al recordar á los amigos muertos, cuando nuestra conciencia no nos acusa de haber sido indignos de su amor y creemos que volverian á amarnos si resucitaran?

La imaginacion de Amanda se exaltó con aquella música, de suerte que poco á poco le pareció estar gozando aun de la presencia de su padre: parecíale imposible que siendo él quien la habia compuesto, no resonara su espíritu mismo en aquellas armonías.

Cesaron los instrumentos, y con sus últimos ecos se renovaron el llanto y el pesar de Amanda.

Entonces la señora Duncan que creyó haber dado ya bastante desahogo al dolor de su amiga, procuró consolarla dirigiéndole las palabras mas cariñosas.

—¡Ay, señora! decia Amanda, si hubierais conocido á mi padre; si supierais cuánto me queria; si supierais de qué modo habia llegado yo á concentrar en él mi afecto, aun podriais avergonzarme porque no le lloro sin tregua noche y dia. Si yo hubiera muerto y él me hubiera sobrevivido, creedlo, señora, no habria vuelto á sonreir.

—Querida Amanda, no sois razonable. Dios ni la naturaleza no pueden haber querido que el dolor fuese eterno en el corazon de los mortales. Si así fuera, ¿cómo podríamos recrearnos con las maravillas de la creacion? ¿Qué seria de nuestra vida si desde el principio del mundo los hombres no hubiesen hecho mas que llorar, olvidando el fin para que fueron creados y olvidando que tenian el deber de preparar el porvenir de las generaciones que debian sucederles? Os hablo así, porque yo tambien pensé en algun tiempo que mi dolor no debia tener tregua y que

era indigna de mi esposo todo el tiempo que no pasase llorando su muerte; pero me hicieron comprender la voz del corazon; me recordaron que tenia hijas...

—¡Ah, señora, la que como yo vive sola en el mundo...!

—Haceis mal en hablar así, querida amiga; ya sabeis que yo os amo cuanto es posible; sereis querida á donde quiera que fueseis, y además teneis un hermano.

—¡Pobre hermano mio!

—Comprendo que su ausencia debe ser causa de grave tristeza para vos.

—Sí, señora, dijo Amanda y ya que veo que comprendeis tan bien mis afectos, os lo confieso: la ausencia de Oscar, la oscuridad en que se halla envuelta su vida me martirizan, y experimento ahora una necesidad tan grande de saber de él que estoy resuelta á hacer un viaje á Londres...

—¿Vos... sola?

—Harto sabeis que no puedo hacerlo de otro modo.

—¿Habeis pensado bien en los peligros del viaje...?

—En todo he pensado, nada se me oculta; pero demasiado tiempo he vivido en la incertidumbre y conozco que ya no puedo resistir mas. Es menester que yo sepa de él.

—Tranquilizaos, dad tiempo al tiempo...

—He pasado años haciendo lo posible para tranquilizarme y... ya veis: nada he podido saber de él. En Londres puedo encontrar tal vez quien averigüe su paradero y ponga en su noticia cuál es mi estado. Otras veces, señora, el recuerdo de mi padre, las reflexiones que he hecho sobre mi situacion me han inspirado el mismo deseo; pero

de algun tiempo acá lo siento con mas vehemencia y conozco que enfermaria si se prolongase mas el estado en que he vivido hasta ahora.

—Si tan resuelta estais...

—Completamente decidida. Oidme, si he discurrido bien. Durante nuestra permanencia en este sitio, poca necesidad teneis de mí; vuestras hijas con su precoz inteligencia pueden irse ejercitando en las labores aprendidas, y bien pueden prescindir de mis lecciones por algun tiempo. Vos, con la novedad del sitio, casi no me echareis de menos en los primeros dias. Esta es la ocasion mas propicia para mi viaje. No sé por qué me da el corazon que á mi regreso nos hemos de ver mas felices.

—Me prometeis volver, ¿no es cierto?

—Os lo prometo con todo el corazon.

—¡Decís que no os echaré de menos...! Conozco que aun no estais bien penetrada de mi cariño. Si atendiese sólo á mi egoismo, haria grandes esfuerzos para que no os partieseis de nuestro lado: pero el efecto que profesais á vuestro hermano me hace callar y desearos que le encontreis lleno de felicidades que no dudo compartirá con vos. A lo menos no nos dejareis pronto.

—Al contrario.

—¡Cómo!

—Fuera de que mi impaciencia por saber de mi hermano es muy grande, es conveniente que emprenda cuanto antes mi viaje, á fin de que pueda volver pronto y no pierdan vuestras hijas mis lecciones sino por un breve periodo de tiempo.

—¡Mis pobres hijas! No sabrán qué hacer no viéndoos

á su lado; su recuerdo debe serviros de estímulo para que deis la vuelta cuanto antes.

—¿Pensais que yo no me acordaré de ellas á todas horas?

—Necesitareis hacer muchos preparativos tratándose de un viejo tan largo.

—No, señora, bien sabeis que todo lo mio coge en una maleta.

La señora Duncan pretendia que Amanda aplazara para dentro de ocho dias su partida.

Amanda por el contrario, decia que no partiendo al dia siguiente todo era perder tiempo; por último convinieron en que á los cuatro dias seria la partida, y aun para obtener este plazo, hubo de exigir la señora Duncan en nombre de su amistad, que Amanda antes de ponerse en camino le dejase preparadas unas labores de bordado en que ella se ocuparia durante su ausencia.

Aquellos cuatro dias los pasó Amanda en la mayor impaciencia.

Tenia en sus manos la fortuna de Oscar, y todo lo que era retardar su viaje era privarle á él de la herencia del conde Murley y alejar quizás el término de sus trabajos y vicisitudes; pues no debia de ser próspera ni tranquila su suerte cuando no habia buscado á su hermana para hacerle participar de ella.

Cuanto mas se acercaba el momento de su partida, mas dolorosa se le hacia á la señora Duncan, que repetidas veces aconsejó á Amanda que mirase bien lo que iba á hacer antes de ponerse en camino.

Por último la dueña de la posada salió á contratar un

carruaje que llevase á Amanda hasta la frontera de Inglaterra desde donde pensó proseguir su viaje á Londres en diligencia.

Su amiga y sus hijas lloraban, como si vieran preparativos lúgubres, y todo se les volvia temores de que no se verian mas.

Entonces pudo conocer Amanda mejor que nunca cuán vivo era el efecto que profesaba á su amiga que, á decir verdad, no era mal correspondido.

Con una noble cortedad y valiéndose de mil rodeos, suplicó la señora Duncan á Amanda que no partiera sin llevarse mas dinero del que poseia, advirtiéndole que su estancia en Londres podia prolongarse mas de lo que ella imaginaba; que podia caer enferma; que tal vez por falta de recursos se veria privada de hacer ciertas diligencias; pero Amanda que á nadie cedia en delicadeza, le aseguró una y otra vez que le bastaba lo que llevaba consigo; que tenia bien calculado todo lo que habria de gastar, y no aceptó nada de aquel ofrecimiento hecho con la mayor espontaneidad.

Ya que Amanda no quiso aceptar dinero alguno, quiso á lo menos la señora Duncan que se llevara una carta para una familia que vivia en el pueblo donde debia terminar su primera jornada.

Manifestóle que seria allí bien recibida por todos los de la casa, parientes de su difunto esposo, que se habian mostrado muy bondadosos para con ella y con quienes solia estar siempre en correspondencia, si bien habia dejado de escribirles desde que se trasladara á la abadía.

—Es seguro, añadió, que no os dejarán pasar la noche

en la posada y recibireis de ellos algun agasajo y quizá os detengan algunos dias.

Amanda no tenia deseo alguno de entrar en relaciones con gente no conocida, y por otra parte no queria desairar abiertamente á la señora Duncan, por lo cual le respondió:

—Ya veis, amiga mia, la impaciencia con que emprendo mi viaje y la necesidad que tiene mi corazon de salir pronto de dudas con respecto á la suerte de mi hermano. Escribid en la carta lo que os pareciere, que yo haré por que llegue á manos de vuestros parientes; pero no respondo de entregarla por mí misma. Es muy posible que al llegar al fin de la primera jornada, ya me sienta de muy mal humor y poco dispuesta á corresponder á los obsequios de vuestros parientes, en cuyo caso mejor será que no les vea. El tiempo que me detendria á su lado, tiempo precioso para mí, me pareceria eterno, y en vez de gozar de los obsequios que me anunciais me consumiria de ansiedad. Os lo agradezco de todo corazon; pero vos que sois tan bondadosa, me dispensareis si no visito á esa familia como me dispensais otras cosas.

Por último llegó el momento de la partida.

Era por la mañana muy temprano.

Las niñas se despertaron, y con lágrimas en los ojos abrazaron repetidas veces á Amanda y no podian arrancarse de sus brazos.

Amanda les prometió volver tan pronto como le fuese posible, y ocupó el carruaje.

Antes de dejar aquel sitio no pudo menos de dirigir sus miradas á las lejanas copas de unos altos árboles.

En medio de ellos estaba situada la casa de los marque-

ses de Rosline; allí debia consumarse su desgracia: allí debia perder para siempre toda esperanza con respecto á Mortimer, que iba á ser esposo de Eufrasia.

El cochero ocupó su sitio, y entonces los gritos de despedida de la señora Duncan y sus hijas conmovieron profundamente su corazon.

Llevóse el pañuelo á los ojos para enjugar su llanto, y en aquel momento sonó un latigazo y empezó á rodar el coche.

Al través de una nube de polvo vió á la señora Duncan que daba dos pasos hácia ella, con sus dos niñas asidas de sus vestidos; despues torció el cochero y ya dejó de verlas y oirlas.

La nube de polvo que rodeaba el carruaje ocultó á su vista todos los objetos, confundiéndolos y disipándolos como en un caos.

Amanda otra vez sola, con el precioso documento que encerraba la fortuna de Oscar, se recostó en un rincon del carruaje y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

CAPITULO XLIII.

Nuevo azar.

Todo el dia pasó Amanda entre la tristeza que le causaba recordar la pérdida de sus esperanzas y la agitacion producida por la incertidumbre de encontrar á su hermano.

En ciertos momentos la asaltaban temores de no encontrar á Leoncio ni á otra persona alguna á quien pudiese apelar para la averiguacion del paradero de aquel hermano querido.

Otras veces se le figuraba que el viento de la desgracia habia de traer á sus oidos la nueva de su muerte.

La soledad y la monotonía del viaje aumentaban su angustia.

Quiso distraerse y volvió los ojos á los sitios que iba recorriendo.

Cuando veia al borde del camino una morada tranquila, aunque fuese pobre, pensaba en su porvenir, en la paz del

corazon que temia no recobrar nunca, y volvia á acordarse de los momentos mas felices pasados junto á Mortimer, cuando recorrian los alrededores del parque de Tudor.

Los labradores que veia ocupados en el trabajo de los campos en aquellos sitios donde parecia reinar la paz, le traian á la memoria los últimos instantes de su padre, trascurridos en la miseria y el dolor, lejos de Oscar y lleno el pecho de sobresalto por la suerte que podia caberle á ella, jóven y sola en el mundo.

¡Qué de ideas lúgubres asaltaron su imaginacion!

Iba á buscar poco menos que un imposible, pues lo mas fácil era que una vez llegada á Londres no encontrase á quién dirigirse y se viese mas aislada en la gran poblacion que en medio de aquellos caminos poco frecuentados.

Aunque las posadas no son casas hospitalarias, y eso lo sabia Amanda, deseaba con ansia que llegase el fin de la jornada.

Parecíale que el movimiento del coche y el ruido continuo trastornaban su cabeza y que tras pocas horas de sueño experimentaria algun alivio.

A cosa de las cinco de la tarde paró el carruaje y vió Amanda que se hallaba á la puerta de la posada.

Era esta una casa de lucida apariencia, situada al pié de un monte poblado de abetos, en cuya cumbre se divisaba un antiguo edificio del cual no quedaban en pié mas que algunos restos.

Desde la mitad del monte bajaban al llano las limpias aguas de un manantial que con su constante riego conservaba el eterno verdor de la primavera en aquellos sitios.

La corriente daba vuelta al terreno donde se levantaba

la posada y corria en graciosa ondulacion al fondo del valle. En medio de la frondosidad se veian esparcidas en agradable desórden muchas habitaciones risueñas, y entre ellas descollaba una que bien podia llamarse magnífica y era morada del mas rico propietario de todo el contorno.

De una ojeada abarcó Amanda lo mas notable que aquel sitio ofrecia á la vista y se dejó conducir á su cuarto por el posadero.

Este abrió inmediatamente las ventanas y la instó á que mientras descansaba se solazase con el espectáculo que desde ellas se descubria.

Amanda le rogó que enviase la carta de que era portadora á la familia á quien iba dirigida.

—Es la familia mas notable del país, dijo el posadero. ¿Veis esa suntuosa morada que se divisa tan perfectamente desde aquí? Pues allí vive la persona á quien va este escrito, persona á quien sin duda conocereis.

—No la conozco, dijo Amanda; pero hacedme el favor de hacer llegar la carta á sus manos.

El posadero se despidió preguntándole primero si necesitaba algo, y advirtiéndole que iba á mandar que preparasen manjares para ella.

Otra vez sola Amanda se asomó á su ventana; pero aunque se gozó en la contemplacion del paisaje, volvieron á asaltarla en seguida los temores de no volver á ver á su hermano y la impaciencia por llegar cuanto antes á Londres y saber á lo menos si le seria dado encontrar á Leoncio.

Era ya entrado el otoño y el tiempo no estaba muy apacible, pero Amanda, que no se hallaba bien entre las

cuatro paredes de su cuarto, determinó salir á dar un paseo por los alrededores de la casa, creyendo que la variedad de objetos la distraeria mas fácilmente de sus desagradables pensamientos.

Hiciéronle observar que el estado de la atmósfera era muy ingrato, pero ella necesitaba respirar el aire libre y ocupar su imaginacion en lo que se ofreciese á su vista y no en las tristes memorias que turbaban su ánimo.

Salió al jardin de la posada y desde allí subió poco á poco por la ladera del monte, sin pararse en los matorrales que por aquel lado estorbaban el paso.

Llegó á una eminencia, y allí se detuvo á contemplar las montañas que apenas se distinguian así por distar mucho de aquel sitio, como por la oscuridad que reinaba en la tierra.

¿Por qué se detuvo Amanda tan largo rato dirigiendo su vista á unos objetos que apenas divisaba?

Porque allí, en el punto á donde sus miradas se dirigian, se levantaba la morada de los marqueses de Rosline, de los padres de Eufrasia, novia de Mortimer.

Era como si se complaciera en considerar dónde iban á recibir el último golpe las esperanzas, no de su dicha, porque ya no creia en ella, sino de la dicha de Mortimer, que en su concepto no podria ser feliz con la mujer que aceptaba por esposa.

No consideraba la rica morada, al representársela en su imaginacion, como un palacio suntuoso; antojábasele antes una tumba, un calabozo de vivos, donde no veia la paz de la tumba sino el dolor de incierto término.

De tal manera llegó á ensimismarse Amanda, que no

oyó los pasos ni la conversacion de varias personas que en busca suya llegaban á su lado.

Cuando ya estaban todas en la meseta donde ella se habia detenido, vió repentinamente que se adelantaba á saludarla el posadero y que tras él venian una señora y una señorita.

Anunciόle el posadero que aquellas dos señoras eran de la familia de Vimars para quien habia traido la carta de la señora Duncan.

La madre se acercó inmediatamente á Amanda y estrechó su mano con semblante afectuoso.

Díjole que habia tenido grande alegría con recibir la carta de la señora Duncan, y la suplicó que fuera á pasar la noche en su casa, pues deseaba tener el gusto de presentarla á su familia.

Amanda trató de excusarse con la fatiga del viaje y el desórden de sus vestidos que no le consentian asistir á ninguna parte.

Entonces la hija de aquella señora unió sus ruegos á los de su madre, y le dijo que el único propósito con que habia ido á la posada habia sido llevársela á su casa, que todos deseaban ver honrada por una persona de quien la señora Duncan hacia tantos elogios.

—Señora, dijo Amanda, yo no sé cómo expresaros mi agradecimiento á vuestras bondades, pero os ruego que considereis que vengo fatigada del camino y que mañana muy temprano he de dejar necesariamente vuestra compañía. Además os diré con toda franqueza que padezco cierta melancolía, que no me dejará corresponder como mereceis y segun yo desearia á vuestro amable obsequio.

—Os ratirareis cuando os plazca, amiguita, le replicó la señora Vimars; pero es empeño grande el que tenemos de veros entre nosotros, y el mio ha subido de punto desde que nos habeis dicho que estais melancólica. Aquí sola sin nadie con quien hablar os aburririais. A no ser que sea mas de vuestro agrado que mandamos recado á nuestra familia diciendo que nos quedamos para haceros compañía...

—De tal manera me obligais, que ya me es forzoso ceder, dijo Amanda, pues me cerrais el camino á toda excusa.

La madre y la hija al oirla hablar así la cogieron de las manos muy contentas y bajaron á la posada.

La señora Vimars dijo al posadero que mandase trasladar á su casa el equipaje de Amanda y diese órden al cochero para que al dia siguiente á la hora de partir llevase el coche á su puerta.

Inmediatamente salieron y fueron recibidas con grandes demostraciones de alegría por los demás individuos de la familia.

Los señores Vimars eran padres de una numerosa familia que se componia de cuatro hijos y seis hijas, todos muy jóvenes y cariñosos.

Los padres habian pasado muchos años en Edimburgo: pero cuando ya estuvo bien cimentada la educacion de sus hijos se volvieron á su hacienda, donde vivian tranquilos, unidos todos no menos por los lazos del afecto que por los de la sangre.

Despues á medida que fueron hallándose en estado de trabajar, los hijos buscaron ocupacion en distintos puntos

de la Gran Bretaña; pero al llegar el otoño se reunian todos en casa de su padre, de manera que aquella estacion del año era para ellos una continua fiesta de familia.

Introdujeron á Amanda en un salon alfombrado, con buen fuego en la chimenea y guardadas las puertas con tapices, de manera que como en lo exterior el aire de la noche era frio y húmedo, experimentó una sensacion muy grata apenas se halló en el seno de aquella familia, que la recibió con todo género de agasajos.

Hallábase en el salon además del señor Vimars varias personas amigas y algunos hijos suyos.

El señor Vimars le pareció á Amanda tan bondadoso como su mujer le habia parecido, y de toda la familia hubo de formar el mas apreciable concepto.

El señor Vimars vivia enfermizo, de suerte que no podia dar un paso sin apoyarse del brazo de otra persona; pero su amabilidad era á pesar de esto extremada y él era quien desde su poltrona, donde solia pasar toda la noche, envueltos piés y piernas en recia franela, alegraba toda la casa.

La señora Vimars parecia mas bien la hermana mayor, que la madre de sus hijos.

Las fisonomías de estos eran todas agradables y se daban cierto aire de familia muy marcado.

Eran robustos, tenian la frente coronada de fino cabello castaño, las facciones regulares y los ojos muy vivos.

Las muchachas vestian con tanta sencillez como elegancia.

—¿Dónde están mis demás hijas? preguntó la señora

Vimars despues de haber hecho la presentacion de la forastera.

—No han vuelto aun.

—¡Oh! pues es muy tarde, y temo que se hayan alejado demasiado. En saliendo al monte, nunca se acuerdan de volverse á tiempo que no me hagan estar inquieta.

En aquel momento resonaron carcajadas y voces alegres debajo de las ventanas.

Una de las niñas corrió á asomarse, y volviéndose á su madre le dijo con gran contento:

—¡Ya estan aquí, ya están aquí!

En efecto, pocos momentos despues entraban en la sala una dama de aire noble y señorial y otras varias personas, entre las cuales venian los hijos de la señora Vimars.

Amanda se turbó un poco en el primer momento, sólo porque la contrariaba el tener que trabar relaciones con desconocidos; pero pronto aquella turbacion se convirtió en una angustia imponderable, que oprimiéndole el pecho y haciendo brotar de sus sienes sudor helado, casi la privó de sentido.

Entre las personas que acababan de entrar estaba lord Mortimer.

Amanda tuvo que apoyar la mano en el respaldo de una silla para no caerse.

CAPITULO XLIV.

Apuros de Amanda.

Sintió mas que nunca Amanda haber salido de la posada, y este sentimiento fué lo único de que tuvo idea durante el tiempo que luchó para sustraerse á la opresion de pecho que la amagaba con un desvanecimiento.

Inmenso le parecia el compromiso que corria hallándose en presencia de Mortimer; mas apenas se hubo recobrado, comprendió que era mayor su desdicha viendo que tambien acababa de entrar con él su hermana Araminta.

Bajó los ojos, avergonzada como si fuera culpable, por mas que estuviese bien convencida de su rectitud y pureza, y volviéndole los sudores de muerte al pensar que la señora de la casa la iria á presentar de un momento á otro á sus nuevos tertulios.

Mortimer la creia culpable, la encontraba allí con un nombre supuesto: para ella toda satisfaccion estaba vedada;

¿qué concepto seguiria formando de ella aquel hombre, cuya estimacion era para ella tan preciosa?

El mas indiferente á los encantos de la virtud, ¿podria negar que para arrostar Amanda aquella situacion sin descubrir su secreto era preciso que estuviese dotada de una fortaleza admirable?

Durante los primeros momentos, los que acababan de entrar se detuvieron á la puerta de la sala, mientras uno de los hijos de la casa referia á la señora Vimars las pequeñeces que les habian sucedido en el paseo, sobre todo á la vuelta, que con la oscuridad tropezaban á cada paso, y echaban los mas jóvenes por veredas excusadas para hacer gala de su conocimiento del terreno.

Amanda habria querido hallarse á cien leguas de aquel sitio, deseaba que la relacion del mozo no terminase nunca; deseaba poderse escapar sin ser vista de nadie; deseaba imposibles como todo el que teme verse obligado á un esfuerzo tan enojoso como el que la casualidad iba á exigir de ella.

Terminó el mancebo su relato, y la señora Vimars se volvió á Amanda para presentarla á sus hijos recien llegados.

En aquel momento se estableció el silencio en la sala y la pobre Amanda oia dentro de sí unos fuertes y acompasados golpes.

No tenia mas camino que hacer un esfuerzo supremo para aparecer tranquila, y lo hizo, escuchando con amable sonrisa los cumplidos que le dirigian aquellos jóvenes, junto á los cuales se colocó ella de modo que no la viesen por entonces Mortimer y su hermana.

Hizo en seguida un movimiento para dirigirse al punto mas distante de Mortimer, cuando la señora de la casa la cogió de la mano para presentarla á Araminta que se habia sentado al lado de su tia Marta, de aquella misma señora que por su noble continente habia llamado ya la atencion de Amanda al poner el pié en la sala.

La tia de Mortimer, que, como recordará el lector, se habia interesado tanto en favor del matrimonio de su sobrino con la hija de Fitzalan, á quien jamás habia visto, la recibió con suma amabilidad y sonrió benévola al aspecto de sus simpáticos encantos, creyendo con tan buena fé como le decian, que aquella señorita se llamaba Donald.

No habria sucedido así si hubiese sabido que tenia ante sus ojos á la misma Amanda Fitzalan, á quien habia venido á considerar como causa de los amargos pesares de su querido sobrino.

Quedó embelesada contemplando á la que (sin saberlo ella misma) era objeto de su infundado ódio, y le sucedió lo que á todo el mundo: figurársela, como era realmente, un modelo de gracias y bondades.

Amanda vestia un sencillo traje de luto que hacia contrastar muy ventajosamente sus encantos naturales: hasta la tristeza que animaba sus ojos y se traslucia en sus sonrisa misma era un atractivo irresistible en ella.

No habia en su traje y adornos nada rebuscado; al contrario: el desórden natural de un dia de viaje y la precipitacion con que se habia trasladado desde el parador á la casa donde se hallaba, decian bien claro que el artificio era del todo ajeno al efecto que su belleza producia.

Despues de responder á las salutaciones de la señora

Dormer, volvió Amanda á pesar suyo los bellos ojos á Araminta.

En la mirada que recibió de esta vió rápidamente la ira y el desprecio juntos.

Recibió su corazon una grave herida, y la ultrajada virtud que se lamentaba en su pecho la habria hecho prorumpir en grandes voces, sino hubiese recordado en aquel momento que de su abnegacion dependia la vida del anciano conde de Rosven y tambien su honor, que era la honra de sus hijos.

Ahogó Amanda un suspiro y contuvo sus lágrimas, y aun dijo entre sí:

—Con razon despreciais á quien se reviste de apariencias despreciables. ¿Qué sabe Araminta de mi sacrificio? ¿Qué sabe sino que su hermano me cree culpable? ¿Qué ve sino que ando por el mundo con un nombre supuesto como una vil aventurera? Suframos con resignacion, no echemos á perder el valor de nuestro sacrificio: salgan de los labios humanos las voces de desprecio contra mí, con tal que me absuelva mi propia conciencia!

Parecióle á Amanda que en aquel momento Araminta con desdeñoso gesto le dirigia algunas palabras en voz baja; pero la infeliz no la oyó, porque sólo oia la voz de su corazon que le decia:

—Ten ánimo, que todo te será contado el dia de las recompensas; padece y perdona, Amanda, que justicia habrá para todos.

Trató otra vez de apartarse de la señora Vimars; pero esta que habia simpatizado mucho con ella y la juzgaba además digna de todos los merecimientos por la carta que

le habia escrito la señora Duncan, la volvió á coger de la mano, y presentándosela á Mortimer, le volvió á dar su fingido nombre.

Afortunadamente para Amanda, en aquel momento los hijos de la señora Vimars llamaron á su madre, que volviéndose súbitamente á ellos no pudo notar el extraño recibimiento que lord Mortimer hacia á su nueva huéspeda.

Tampoco supo Amanda qué clase de acogida le habia hecho lord Mortimer, porque se turbó mucho en su presencia y no levantó los ojos del suelo hasta que le vió dirigirse á otro lado.

Entonces, siguiendo su primer impulso se fué al extremo opuesto de la sala, y lo primero que vió al sentarse alzando los ojos á la casualidad, fué la señora Vimars colocada entre Araminta y su tia, y hablando con ellas con animacion.

Nuevos temores asaltaron á la desgraciada hija de Fitzalan al ver que las tres mujeres la miraban de cuando en cuando, y al observar que la señora Vimars fijaba en ella los ojos con extrañeza, se decidió á creer que le estaban sin duda refiriendo las faltas de que la creian culpable.

Por mas que queria apartar Amanda los ojos de aquel grupo, no se le escapaba ninguno de sus ademanes y movimientos, y la prevencion añadia á su angustia el de interpretarlos todos en el sentido mas ofensivo para ella.

Pocos momentos hacia que se hallaba en aquel sitio, cuando á uno de los hijos de la señora Vimars le pareció que no era bien dejarla desairada y fué á sentarse junto á ella.

La pobre Amanda apenas podia hacerse cargo de lo que le estaba diciendo el obsequioso jóven, y de cuando en cuando le respondia con monosílabos; pero con tal desacierto, que el jóven Vimars hubo de mirarla con extrañeza, no sabiendo á qué atribuir aquella incoherencia entre sus palabras y las de su huéspeda.

Sus miradas fueron un nuevo aviso para Amanda que comprendió que debia ponerse sobre sí y corresponder ante todo á la hospitalidad que tan bizarramente se le habia ofrecido, y se excusó con su interlocutor diciendo que de repente le habia dado un fuerte vahido que no le habia dejado oir nada.

El mozo se levantó inmediatamente é iba á decir á su madre que su linda huéspeda se sentia indispuesta; pero Amanda le suplicó encarecidamente que no hiciera tal, pues alarmaria sin motivo á las buenas señoras, siendo su dolencia cosa tan pasajera que ya habia dejado de molestarla.

El complaciente hijo de la señora Vimars se rindió á sus súplicas; pero antes le brindó con todo género de servicios, repitiéndole que por cortedad no dejase de pedir lo que le hiciese falta si no se sentia completamente restablecida.

Mientras el jóven apuraba con ella los mas corteses ofrecimientos, la pobre Amanda oia vibrar la grata voz de Mortimer, que estaba en conversacion con Araminta y la señora de la casa y apenas sabia mostrar á su interlocutor cuán agradecida le estaba.

En esto el anciano señor Vimars se dirigió á este desde su sillon diciendo:

—Hijo mio, veo que sois único en gozar de la conversacion de nuestra estimable forastera. Como, segun creo, no tendremos el gusto de servirla sino muy poco tiempo, justo es que participemos todos de sus encantos. Acompañadla hácia acá, si os place.

El jóven se levantó, y cogiendo á Amanda de la mano, la llevó junto á su padre.

Este la hizo sentar á su izquierda.

A su derecha estaba sentada ya la tia de Mortimer.

—Se me figura, señorita, dijo el anciano, con franca sonrisa, que mi hijo no me ha obedecido sino con cierta repugnancia.

—Papá, respondió el mozo, confieso que en otra cosa cualquiera os habria obedecido con voluntad mas completa. Ahora que ya teneis cerca á nuestra huéspeda, me permitireis que prosiga mi conversacion con ella.

Amanda estaba en sitio desde donde Mortimer podia verla y oirla perfectamente, y no se atrevia á levantar la voz ni á quitar del suelo las miradas.

—Antes, dijo el señor Vimars, contestando á su hijo, quiero rogar a esta señorita que me diga algo de su amiga la viuda de Duncan.

—Es una excelente señora, respondió Amanda, que me ha hecho mil elogios de vos y de vuestra familia y sin esfuerzo alguno sabe hacerse querer de todo el mundo.

—Sobre todo de personas tan benévolas como vos mostrais serlo, replicó el viejo. ¿Y sus dos niñas?

—Son dos ángeles.

—Apuesto á que han llorado al despedirse de vos.

—Habeis acertado, señor Vimars. En medio del pesar

que me causaba ver sus lágrimas experimentaba un gran consuelo mi corazon.

—Es que los corazones nobles estiman mas el cariño cuanto mas puro é inocente es su orígen: acabais de hacer, sin saberlo, vuestro mayor elogio. Decidme, decidme os ruego, si no soy indiscreto, á cuál rama de los Donald perteneceis.

A esta pregunta hecha sin malicia alguna y con el mas afectuoso interés, no supo contestar Amanda repentinamente.

Se puso muy colorada, sintió encendérsele en rubor el rostro, y contestó tartamudeando que no sabria decirlo.

El viejo Vimars la miró con cierta extrañeza al oir sus palabras y verla tan turbada.

En aquel momento la tia de Mortimer le dirigió una pregunta y él se volvió para contestarle.

Amanda respiró un poco con la esperanza de que el buen señor no se acordaria mas de lo que tanto la habia avergonzado.

Al propio tiempo el obsequioso hijo de la casa, que se habia puesto junto á ella, le dijo:

—Señorita, veo que no levantais del suelo los bellos ojos que son uno de vuestros muchos atractivos. No sabe uno si agradecéroslo ó no, pues por un lado se ve privado de admirar su hermosura, y por otro lado goza á lo menos del reposo que por fuerza ha de perder el hombre en quien os digneis fijarlos.

Amanda, al oir la observacion del jóven, se estremeció.

Era probable que todos los circunstantes notasen lo mismo que él, y esto unido á cualquiera expresion que se

le escapase á Araminta podia ser causa de que en casa de los señores Vimars se formase en seguida muy mal concepto de ella.

Levantó la cabeza, y apenas la vió el jóven, sin darle tiempo para nada exclamó:

—¡Ah señorita! Muy modesta debeis de ser para encubrir tantas gracias. Ahora que veo vuestra serena frente, vuestras sonrosadas mejillas, veo que he hecho mal en suponer que vuestros ojos...

—Señorita, dijo el padre que dejaba de conversar con la señora Dormer, os habia preguntado á que rama de los Donald perteneciais, porque los he conocido. Si me dijerais el nombre de pila de vuestro padre es muy posible que por mí mismo pudiera satisfacer mi curiosidad. Los Donald suelen casarse con mujeres de su propia familia, y con saber solamente el nombre de vuestra madre...

La pobre Amanda, tan enemiga de fingir, pagaba muy caro el haber querido viajar con nombre supuesto. Su principal propósito habia sido evitar que Mortimer y su padre supiesen su paradero, y al fin se encontraba bajo el mismo techo que su antiguo amante.

En medio del apuro en que la habia puesto el anciano, volvió los ojos para evitar sus miradas y se encontró con las de Mortimer, que habiendo oido la conversacion, esperaba con ansia ver de qué modo saldria de aquel paso la fingida Donald.

El hijo de Vimars vió retratada la pena en el semblante de aquella criatura que tan simpática se le habia hecho, y temió que le hubiese vuelto á dar el vahido de que se habia quejado antes.

La señora Vimars que tambien atendia á la conversacion, no interpretó la turbacion de Amanda sino como mal humor causado por el viaje y la cortedad nacida de hallarse entre personas extrañas.

Como su marido conocia en efecto á todas las familias principales del país y siempre tenia gusto en averiguar cómo estaban enlazadas entre sí, la obsequiosa señora, para librar á Amanda de tales inoportunidades, se le acercó y le dijo que ya era hora de jugar su acostumbrada partida de whist.

Suplicó á Amanda que se hiciera á un lado para colocar la mesa, y aprovechando la ocasion le dijo rápidamente al oido que se sentara á la mesa del té con ella.

Amanda en su interior dió gracias al cielo que le ofrecia aquella coyuntura para poner término, sin ser descortés, á su conversacion con el viejo.

Levantóse de su asiento y fué á ocupar uno á la mesa del té, donde las hijas de la señora Vimars se esmeraron en obsequiarla.

La mayor, que estaba repartiendo bizcochos entre todos, iba á servir té á Amanda antes que á sus hermanas; y ella, para no aceptar aquella preferencia, tomó la tetera y quiso servir á todos.

Trocaron las dos jóvenes algunas expresiones corteses y tuvieron muy pronto ocasion de estimarse por los indicios de su bello carácter que mútuamente se dieron.

—Ese jóven que veis ahí, le dijo una de las señoritas Vimars, es lord Mortimer, hijo del conde de Rosven. Tiene enloquecidas á muchas señoritas. ¿No es verdad que tiene gallarda presencia y una belleza notable?

—Sí, en efecto..., respondió Amanda procurando no desconcertarse.

—Pues segun fama, no es menos bello su corazon. ¿No os parece que en sus ojos hay algo que habla en favor suyo?

—Ciertamente, respondió la pobre Amanda con mucha pena.

—Me parece que habiais de ser muy amigos si os tratabais.

Padecia la hija de Fitzalan lo que no es decible.

Tener que hablar con apariencia tranquila de aquel hombre cuyo solo recuerdo estremecia su corazon y turbaba su mente, era para ella un martirio, que temia se prolongase toda la noche.

—Si vierais..., continuó la hija de los señores Vimars, á pesar de todo, no tiene vanidad alguna. Además se observa en él una cosa notable. Todo lo que los demás jóvenes que quieren pasar por elegantes hacen con afectacion y torpeza, lo hace él oportunamente con naturalidad y gracia. Cualquiera otro en su lugar se mostraria infatuado y tal vez abusaria de su posicion; pero él parece ignorar su propio mérito.

—En esto, dijo Amanda, se parece á vos.

—¿Os burlais?

—No; veo que sois sensible, amable y estais dotada de recto juicio y tambien pareceis ignorarlo.

La jóven se ruborizó y respondió á Amanda con todo candor:

—Una cosa semejante, creedlo, he pensado yo de vos y no me he atrevido á decíroslo, por... por temor de que lo

achacarais á lisonja, siendo así que es lo que me dicta el corazon. Por eso os habia dicho antes que á mi entender habiais de hacer buenas amigas con lord Mortimer, lo cual significaria mucho, pues no se le ha conocido predileccion por mujer alguna.

—¿No? preguntó Amanda con cierto placer, cuya causa ha de ser bien patente para el lector.

—No, respondió su interlocutora. En fin, en breve... ¿Conoceis á la señorita Eufrasia, la hija de los marqueses de Rosline?

La frente de Amanda se anubló al repetir balbuceando:

—La señorita Eufrasia...

—Sí. Con ella va á casarse lord Mortimer. Hace algunos dias estuvieron aquí sus padres. Por cierto que..., no lo tomeis á murmuracion; pero os confieso que en mi concepto, no vale la novia lo que él.

—¿Por qué?

—Porque... si es tan buena como lord Mortimer, mereceria tener á lo menos la fortuna de parecerlo.

—Si lo es y no lo parece, replicó Amanda, es mas digna de lástima que de censura.

—Cierto. ¡Ojalá fuera así! Lo que tiene en favor suyo es riqueza, es un título...

—¿Permanecieron aquí mucho tiempo los marqueses?

—No; sólo el necesario para desayunarse. Lord Mortimer, su hermana y su tia que, como es natural llevan el mismo camino, tampoco se hubieran detenido, á no ser por el cansancio de esta. A ella y á vuestra llegada debemos la agradable noche que estamos pasando. La hermana de lord Mortimer tambien os agradaria mucho. Es muy fina, muy

amable. Todo el mundo queda encantado de su conversacion y de su trato. No es de aquellas personas que sólo por la fuerza de la educacion y el hábito saben llevarse bien con la gente, no: es que su corazon es sumamente afectuoso... ¡Oh, yo sé que la habiais de querer! Su hermano... pero silencio, no nos oiga; que aquí viene.

En efecto, Mortimer se acercaba á aquel sitio llamado por la señora de la casa, y su hija le brindó con una silla á su lado.

Amanda sintió encendidas las mejillas y se volvió al lado opuesto donde se hallaba otra de las hijas de la señora Vimars; pero esta la llamó para que hiciera el obsequio de servir á Mortimer.

Levantóse Amanda y acercó á Mortimer la taza que él recibió poniéndose tambien de pié.

La mano de la desgraciada temblaba; la de Mortimer temblaba igualmente.

Ella lo notó, bajó los ojos y quedó un rato sin movimiento.

La señora Vimars dirigió la palabra á Mortimer que permaneció en silencio, y al responder al fin, lo hizo como hombre que dispierta sobresaltado.

La conversacion habia sido animada por parte de la señora Vimars; pero Mortimer y Amanda no habrian podido permanecer mucho tiempo en aquel estado sin inspirar sospechas á los circunstantes.

CAPITULO XLV.

Prevision de un disgusto.

Por fortuna en aquel momento se oyó música en el salon inmediato, y los jóvenes se levantaron con algazara para ir á bailar.

Mortimer aprovechó aquel momento para clavar una profunda mirada en Amanda.

Esta tenia los ojos en el suelo, y siempre que los levantaba dirigia la vista al lado opuesto.

El hijo de la señora Vimars que tan obsequioso se habia mostrado con Amanda, se le acercó en seguida.

—Señorita, le dijo, ya que desgraciadamente ha de ser tan breve vuestra permanencia entre nosotros, dejadme gozar á lo menos de la dicha de teneros por pareja.

—Con sentimiento dejo de aceptar este obsequio que os agradezco, replicó Amanda; pero estoy algo fatigada, mañana como sabeis he de ponerme en camino...

—Señorita, siento verme privado de la satisfaccion...

—Yo quedo muy complacida de vuestra preferencia y no quisiera que por darme explicaciones, dejarais pasar la contradanza. Mirad que ya bailan casi todos.

—No importa. Mi objeto era estar á vuestro lado para que me tuvierais siempre á vuestras órdenes...

—¡Oh! Mil gracias, os repito; pero si quereis darme gusto no os priveis por mí del baile.

Llegó en este momento la señora Vimars, diciendo:

—¿Qué haceis, hijo mio, cómo no sacais á bailar á nuestra linda forastera?

—Eso le estaba rogando, pero...

—Señora, dijo Amanda, ya le he dicho á vuestro hijo que mi cansancio y la necesidad de ponerme en camino mañana por la mañana me impiden aceptar sus obsequios, aunque no agradecérselos.

—¡Oh! si es así, descansad y distraeos. Hijo mio, lo siento por tí, que tanto simpatizas con los encantos de esta señorita; pero sí en vez de agasajos ha de recibir molestias, no llevará de nosotros ningun recuerdo agradable. Anda, hijo mio, anda; yo me quedaré junto á vos, señorita. Si fuerais como mis hijos... ¡qué torbellinos! Ellos dicen que la contradanza es un remedio para todos los males.

El jóven Vimars hizo un postrer esfuerzo para decidir á Amanda, esta se excusó de nuevo, y él la dejó al fin acudiendo á la voz de una de sus hermanas que le llamaba.

Amanda, para distraerse de las ideas que turbaban su imaginacion y á fin de dominar sus miradas, que aunque vergonzosas se iban siempre hácia donde estaba Mortimer,

se puso á hablar con la señora Vimars, celebrando las buenas prendas de sus hijos y haciéndole muchos elogios de ellos.

—Sois muy discreta y muy amable, dijo la madre, y ya supongo que sólo expresareis el concepto que tengais formado de mis hijas en la parte que les sea mas favorable; pero os confieso que con todos sus defectos, tengo motivo para estar satisfecha de todos, y ¿creereis que me gustaria que vos fuerais hermana suya?

—Señora...

—Os digo lo que siento.

—No merezco yo de vuestra parte...

—¡Qué quereis! sois simpática y vuestra fisonomía tiene la ventaja de no presentar aquel no sé qué de otras, que nos hacen temer encontrar malas cualidades unidas á una belleza atractiva. Pero bien podríamos hablar en el salon de baile. Aquí veis poco... Venid, venid y nos sentaremos donde podemos examinar á los bailarines.

Levantáronse y entraron las dos en la sala de baile.

Mortimer, al ver á Amanda, se puso hablar de repente con su pareja, con fingida animacion.

La señora Vimars llevó á Amanda á un sitio donde pudieron sentarse y contemplar á su sabor á todos los que tomaban parte en la fiesta.

Amanda la escuchó atentamente, mientras la buena señora excitada con el espectáculo de la felicidad de sus hijos, habló largamente de sus satisfacciones domésticas.

La pobre huérfana suspiró mas de una vez al comparar su suerte con la de cada uno de los individuos allí reunidos y sobre todo con los jóvenes de la casa, que tan ale-

gremente se entregaban á sus ruidosos é inocentes placeres ante las miradas de sus padres que compartian sus dulces goces.

—Ahora, decia la señora Vimars, es cuando mas alegría reina en la casa; porque tenemos reunidos á todos nuestros hijos. Esto sucede todos los veranos. Despues, ellos se van y nos quedan las niñas que procuran hacer todo lo posible para que su padre y yo no echemos tan á menos á sus hermanos. Por la mañana no nos ocupamos mas que en quehaceres útiles, y por la tarde nos distraemos en paseos ó trabajos de capricho y entretenimiento. Todos los inviernos tenemos bailes, por supuesto entre personas de intimidad, conciertos y comedia casera, y no hace tanto tiempo que mi marido y yo tomamos parte en una representacion. Ahora mismo están ya preparando y ensayando una comedia famosa. Mi hijo mayor es el que pinta las decoraciones y el que mas entiende en toda la baraunda interior de la escena.

Vinieron á decir á la señora Vimars que se necesitaban barajas para la mesa de su esposo.

Levantóse ella con presteza y dijo que pronto volveria.

Amanda una vez sola volvió á entregarse á sus melancólicos pensamientos.

Una de las hijas de la casa se llegó junto á ella y le dijo que parecia estar triste; pero que si bailaba la nueva contradanza que empezaban á tocar, ella le aseguraba que recobraria la animacion.

La señora Vimars iba y venia, excusándose á cada paso con Amanda; los bailarines pidieron que se tocase la gaita, y Amanda se distrajo viéndoles bailar una danza escocesa.

Sirviéronse pastas, vinos, dulces y refrescos, y durante largo rato la familia Vimars toda entera volvió á empeñarse en obsequiar á Amanda.

El dueño de la casa fué conducido á la mesa en un sillon de ruedas y quiso que se sentara á su lado la jóven forastera.

Él fué el primero en brindar á su salud, todos los demas siguieron su ejemplo.

Al llegarle el turno á Mortimer, se estremeció Amanda oyéndole pronunciar turbado el falso nombre de Donald que ella se atribuia.

Aquel estremecimiento no fué pasajero, sino que se prolongó largo tiempo, y habria sido la sensacion mas fuerte experimentada por Amanda, si no hubiese oido á Mortimer, que hablando con su hermana y su tia pronunciaba el nombre de Eufrasia.

Involuntariamente levantó Amanda la cabeza y vió que Araminta y la señora Dormer la estaban mirando, lo cual aumentó sobremanera la pena que sentia.

Despues del refresco, el señor Vimars cantó una cancion escocesa y rogó á Amanda que cantase tambien.

Sus hijos unieron inmediatamente sus ruegos á los de su padre, la señora Vimars les ayudó, y ella, por no parecer ingrata con unos huéspedes que tanto la agasajaban, hubo de ceder á sus ruegos, despues de alegar excusas que no le fueron admitidas.

Cantó Amanda, pues, con voz insegura al principio, mas á medida que fué atendiendo á la letra y recordando que en muchas ocasiones habia cantado lo mismo para distraer á su padre, fué penetrándose del sentimiento que le

habia inspirado la música y estaba en armonía con su corazon, de suerte que antes de terminar la primera estrofa ya habia sido interrumpida por dos ó tres sordos murmullos de admiracion y con su último acento resonó en la sala una expresiva salva de aplausos.

Ahogábanla al terminar las lágrimas, y se conocia que tenia la garganta seca.

Mortimer bajo el prestigio de su voz y de aquel canto que en otros tiempos mas dichosos habia escuchado de sus labios, la oia embelesado y seguia todos los movimientos del ánimo de la cantora.

El señor Vimars dijo que bebiese un poco de agua, y antes que Amanda pudiera negarse á recibirla, Mortimer le habia presentado ya un vaso.

Él mismo se admiró de lo que habia hecho al ver que Amanda lo volvia á colocar sobre la bandeja despues de haberlo llevado á sus labios, y se propuso ser mas prudente en lo sucesivo. Su hermana y su tia quedaron pasmadas del imperio que Amanda ejercia aun sobre Mortimer.

El señor Vimars hizo señal de silencio, y Amanda cantó la segunda y última estrofa de su cancion.

Todos la escuchaban sin respirar, subyugados por el encanto de aquella voz y sobre todo por el sentimiento que sabia comunicar á la sencilla expresion de lo que cantaba.

Tal era siempre el efecto que producia con el canto.

Las hijas de la señora Vimars que no conocian la envidia y habian encontrado á Amanda muy simpática, fueron las primeras en aplaudirla al terminar, y una de ellas corrió á abrazarla y le mostró sonriendo las lágrimas que habia hecho brotar de sus ojos.

El señor Vimars le dió mil enhorabuenas y celebró dos y tres veces su extremada habilidad, su bella voz y el sentido que sabia dar á lo que cantaba.

Todo ello habria estado muy bien; pero el anciano tuvo la ocurrencia de suplicar á Amanda que le dijese á lord Mortimer que cantase á su vez algo, supuesto que todos le conocian por músico consumado.

Mortimer que lo oyó trató de excusarse acto continuo; pero el anciano señor Vimars le replicó que le perdonara si no le hacia caso, y que si se atrevia á excusarse lo hiciera despues de ser rogado por la señorita Donald, á cuyo mérito y ternura debian el excelente rato que acababan de pasar.

—Decidle, señorita Donald, añadió, decidle vos que cante y veremos si se atreverá á desairaros.

Amanda, que apenas salia de un apuro venia á caer en otro, no acertaba á responder al anciano ni á levantar los ojos á Mortimer.

El dueño de la casa seguia instando á Amanda; sus hijos y su esposa le hacian coro, de suerte que Mortimer, tanto por librarse él de cantar, como por sacar á Amanda de la apurada situacion en que la veia, tomó el aire mas grave que pudo y declaró que le era absolutamente imposible cantar desde algun tiempo hacia, y que aunque lo sentia mucho, serian vanas cuantas súplicas le dirigiesen.

Esta fue la señal de haber terminado las diversiones aquella noche, y los dueños de la casa comenzaron á disponer lo que les faltaba que hacer para cumplir con todas sus obligaciones para con sus huéspedes.

La señora Vimars rogó repetidas veces á Amanda que

siquiera pasase con ellos el dia siguiente y no les abandonase tan pronto.

—Difícilmente, decia, tendremos la dicha de gozar de la compañía de una jóven tan simpática para nosotros y nuestros hijos.

—A lo menos, añadio el anciano, prometednos deteneros unos dias á vuestro regreso.

Amanda no queria comprometerse á nada.

—Yo no sé..., dijo.

—Pues bien, replicó el anciano, yo os prometo no dejaros pasar, si á la vuelta os negais á hacernos compañía.

¡Ah, milord! añadió de repente volviéndose á Mortimer que parecia triste y ensimismado. ¡Ah, milord! de vos sí que esperaría en vano volveros á ver en mucho tiempo. Estais meditabundo... ¡Teneis sin duda el pensamiento muy léjos de aquí...! ¡Es claro! Vuestro corazon palpita á la otra parte de estas montañas... Por eso, por eso no os habeis sentido dispuesto á complacernos.

Amanda comprendió la alusion y recibió otra herida.

Pidió acto contínuo permiso para retirarse, y á una voz de la señora Vimars se presentó al umbral la criada que debia acompañarla á su cuarto.

Amanda se despidió con breves palabras, y con ánsia de gozar en el lecho de algun reposo se alejó de la presencia de Mortimer.

Despidió inmediatamente á la criada y se echó en un sillon, y cubriéndose los ojos con un pañuelo rompió á llorar.

Encontró algun alivio en aquel desahogo y en la soledad; mas apenas empezaba á gozar de aquel beneficio oyó llamar quedito á su puerta.

Procuró borrar las huellas de su llanto y se levantó para abrir.

Habia puesto ya la mano en el pestillo porque imaginó que quien llamaba no podia ser sino la señora Vimars ó alguna de sus hijas; pero deteniéndose de pronto preguntó:

—¿Quién va?

—Soy yo, señorita, respondió la criada desde afuera, hacedme el obsequio de abrir para un recado.

Abrió sorprendida Amanda y oyó á la muchacha que decia:

—La señora Dormer me manda suplicaros de su parte que tengais la bondad de pasar á su habitacion.

—¡Yo!

—La señorita Donald, me lo ha dicho.

—¡Llamarme á tales horas...! dijo Amanda admirada; pero reponiéndose por no dar qué pensar á la criada, dijo mudando de tono:

—Vamos, guiad.

Arreglóse en breves momentos los vestidos, y la criada que ya habia salido al pasillo, se detuvo viendo que ella no salia.

Mil pensamientos acudian atropellados á su mente, y trémula y agitada apenas acertaba á saber qué deberia hacer en aquel conflicto.

Era para ella indudable que la señora Dormer no le habia llamado sin consultar antes á lord Mortimer.

¿Qué podia tener que decirle aquella señora en las circunstancias en que respectivamente se hallaba?

Si era Mortimer quien deseaba hablar con ella, ¿por qué no se valia de otro medio?

Así discurria entre dudas y confusiones la pobre Amanda, mil veces arrepentida de haberse detenido en casa de los señores Vimars, por satisfecha que estuviese de su recibimiento.

Al fin vió que el tiempo corria y que no podia negarse á la súplica de la señora Dormer, y dispuesta á arrostrarlo todo resolvió ir á su encuentro.

Siguió á la muchacha palpitándole el corazon violentamente y previendo que en vez del reposo que esperaba gozar en el lecho, debia estar dispuesta á nuevas agitaciones y á arrostrar los peligros é inconvenientes en que su resolucion la habia puesto.

Al entrar en el cuarto de la señora Dormer, lo primero que se presentó á su vista fue el pálido rostro de Mortimer.

CAPITULO XLVI.

La señora Dormer, Mortimer y Amanda.

Mortimer estaba en medio de la sala, cruzado de brazos y caida la cabeza sobre el pecho.

Apenas vió entrar á Amanda, alzó la frente y paseó por la sala agitado.

Amanda sin pasar del umbral, dió una mirada á su alrededor.

La señora Dormer desde su asiento le hizo una ceremoniosa inclinacion de cabeza.

Mortimer se detuvo un momento á contemplar la palidez de Amanda, y fué á sentarse á un extremo de la sala apoyando la frente en la palma de la mano.

Amanda temblaba, y si la señora Dormer no la hubiese hecho un ademan para que se sentara á su lado, habria tenido que apoyarse en la jamba para no caerse.

Reinaba un silencio profundo y parecia que ninguno de los tres se atrevia á interrumpirlo.

La tia de Mortimer dió una mirada á este, y volviéndose despues con mucha gravedad á Amanda, le dijo:

—Señorita, la casualidad nos ha reunido por breves momentos, y espero que dispensareis que me haya aprovechado de ella para un asunto del mayor interés.

Amanda hizo una ligera inclinacion de cabeza.

Despues de otro momento de pausa prosiguió la señora Dormer:

—No quisiera renovar ciertas memorias... Vos comprendereis que si lo hago es porque me veo obligada á ello. Despues de ciertos sucesos, es evidente que no tienen valor alguno para vos los objetos que como leve obsequio recibisteis de lord Mortimer.

Amanda no podia hablar ni respirar: tenia un nudo en la garganta.

—Sin duda, siguió diciendo la señora Dormer, habeis comprendido á qué objetos me refiero. Lord Mortimer vá á tomar estado, y no estarian bien en poder vuestro su sortija ni su retrato.

Por un movimiento instintivo llevó Amanda la mano al pecho, donde el retrato de Mortimer tenia guardado, y la dejó caer en seguida con el mayor desaliento.

—En cuanto á la sortija, añadió la señora Dormer, yo debia pedírosla en mi propio nombre, porque fue joya para mí destinada á la que debiese ser esposa de mi sobrino. Respecto al retrato, debo pedírosle en su nombre. Reclamarlo él por sí solo habria dado lugar á una conversacion que es mejor evitemos; reclamarlo yo podia inspiraros la

duda de si lord Mortimer lo consentia. Hemos convenido, pues, en que yo lleve la palabra estando él presente, para que sepais que no obro sin su consentimiento.

Calló la señora Dormer y fijó la vista en Amanda, para darle á entender que esperaba su respuesta.

Amanda, pálida como la muerte, casi sin voz, y sin aliento, respondió:

—Jamás habria yo dudado de vuestras palabras, señora. Mi corazon no sabe....

Los sollozos no le permitieron continuar.

Mortimer tuvo que apartar la vista de ella para no prorumpir en llanto viéndola padecer tan profundamente.

La señora Dormer, á quien no se escapaba nada, suavizó un poco su tono, y sin dejar de mostrarse grave, dijo á su vez:

—Pues bien, cuando os sea posible la devolucion de esos objetos...; cuando llegueis á Londres, donde os dirigís, segun tengo entendido, podreis hacer las diligencias necesarias á fin de que nos sean entregados; que nosotros por nuestra parte procuraremos recogerlos de la persona que tengais á bien indicar.

—Ciertos objetos, replicó Amanda, van siempre conmigo, y ahora mismo puedo satisfacer, señora, á vuestra reclamacion.

Púsose en pié, y haciendo un grande esfuerzo, porque apenas podia sostenerse, añadió:

—Permitidme que vaya á mi aposento. Tomaos la molestia de esperarme; pronto estaré de vuelta.

No quiso decir que llevaba el retrato encima; pero ape-

nas hubo salido del cuarto, lo estrechó contra su corazon vertiendo abundantes lágrimas.

Entró en su aposento, y sacando el retrato de su seno, lo levantó con ambas manos sin dejar de verter llanto, y otra vez lo estrechó fuertemente, haciendo con él en la soledad los extremos de dolor mas vehementes, como si en efecto se separase para toda la eternidad de un sér muy querido.

Nunca habia sentido la poderosa pasion del amor como en aquel instante.

—¡Mortimer! exclamaba con la voz entrecortada por los sollozos; ¡Mortimer, amigo mio, amado mio! ¡Ni siquiera el triste consuelo de poseer tu imágen me queda! ¡Dios mio, Dios mio! Mayor soledad, mayor aislamiento desde hoy en adelante... Alejada, separada para siempre de todo lo que tiene alguna relacion contigo, sólo el amor en el corazon y el indeleble recuerdo en la mente de mis malogradas esperanzas! Te arraucan de mi pecho sin piedad; tú mismo, tú me crees indigna de la gloria de ser tuya...

Interrumpióse como si un nuevo pensamiento hubiese venido á asaltarla de repente, y dejó caer la cabeza sobre el pecho y el retrato sobre sus rodillas.

—¡Va á ser esposo de otra...! va á completar el sacrificio; á destruir toda posibilidad de que en lo futuro, allá... ¡Oh sueños mios, adios... adios...! ¡Dios mio! vos que sabeis lo que pasa en mi corazon, vos que sabeis que he preferido salvar su honor y la vida de su padre á gozar el único bien que anhelé en este mundo, sostenedme en este amargo trance, dadme fuerzas para combatir contra ese

amor que hasta hoy ha sido mi existencia; amor puro, vos lo sabeis, y que permaneciendo puro en mi corazon se convertiria en criminal desde el momento en que sus juramentos al pié del altar...

Otra vez tuvo que enjugar su llanto y quedó sin hablar durante largo rato; pero sus lágrimas eran mas elocuentes que cuanto hubiese podido decir ella.

En medio del profundo silencio sonó el reloj, y Amanda sobresaltada dijo:

—¡Me esperan...!

Tomó con resolucion el retrato, y clavando en él los ojos, lo llevó de pronto á sus labios exclamando:

—¡Mortimer, adios... para siempre!

Tras aquel movimiento se sintió casi desfallecer; pero recordando que habia prometido estar pronto de vuelta, cogió la sortija que tenia en un estuche, salió de su aposento y se dirigió al de la señora Dormer.

Esta y su sobrino leyeron en su semblante, si no el motivo, la lucha que acababa de sostener.

Aun brillaban en sus ojos las lágrimas que se renovaban por momentos.

Sus pálidas mejillas y el suelto cabello que cubria sus hombros realzaban su extraordinaria belleza, que parecia formada para dar encanto al dolor mismo.

Quiso en vano dar muestras de fortaleza: todo la vencia.

Por mas que quiso presentarse erguida y serena, temblábanle las rodillas, faltábale la voz, y apenas se desprendia una lágrima de sus ojos, volvian estos á empañársela.

Al entregar el retrato se le heló la voz en la garganta.

La poca energía que la habia acompañado un momento la abandonó al poner los piés en el cuarto de la señora Dormer, y al presentársele Mortimer no pudo ya reprimir los desordenados latidos de su corazon.

Mortimer la amaba todavía, estaba viendo con igual pena que Amanda aproximarse el momento en que todo iba á concluir entre los dos.

Amábala y la creia indigna de su cariño y se irritaba consigo mismo por no poder hacerse superior al efecto que le atraia á aquella mujer á quien juzgaba desleal.

La señora Dormer tuvo verdadera lástima de Amanda al verla penetrar en su cuarto.

Los estragos que en su pecho habia hecho el sentimiento eran demasiado visibles para que aquella señora dotada de suma bondad no se apiadara de la débil criatura, cualquiera que fuese la culpa de que la juzgaba manchada.

Amanda penetró en el gabinete hasta llegar junto á la señora Dormer y la entregó primero el estuche diciendo:

—Aquí está, señora, la sortija; aquí está tambien...

No pudo terminar la frase.

Al entregar el retrato se le heló la voz en la garganta y se le heló el corazon.

La señora Dormer muy conmovida tomó primero la sortija, y al ver cómo temblaba la mano de Amanda, volvió á levantar los ojos á ella, que los tenia clavados en el suelo.

Mortimer, que hasta entónces habia permanecido sentado en un rincon silencioso, devorando su pesar, se levantó de repente, y alargando la mano al retrato antes que pudiera cogerle su tia, lo tiró al suelo con violencia, exclamando:

—¡Así pudiera yo destruir hasta la memoria de haberos amado!

Puso el pié sobre el retrato y lo pisoteó con ira.

—¡Hijo mio! gritó alarmada la señora Dormer.

Mortimer cogió con ambas manos las de Amanda, y con sentido acento dijo:

—¿Qué habeis hecho, infeliz? destruir mi felicidad, mi reposo que ya no volveré á gozar nunca... ¡nunca!

Amanda cayó exánime sobre una silla, á tiempo que Mortimer fuera de sí salia del cuarto.

La señora Dormer no pudo ver impasible el estado de Amanda, y aunque la creia indigna de estimacion acudió á socorrerla, porque los corazones verdaderamente nobles son los que aborreciendo el crímen y el vicio saben compadecer al desgraciado, cualquiera que sea el orígen de su desgracia.

La bondadosa señora hizo aspirar á Amanda su pomito y le frotó las sienes, en lo cual fué volviendo en sí la pobre niña, derramando copioso llanto, que contribuyó á aliviar su corazon.

—¡Desgraciada! exclamó la señora Dormer.

Amanda al oir aquella voz compasiva levantó los ojos, y la señora Dormer quedó confusa viendo brillar en ellos la expresion del agradecimiento mezclada con el dolor más vivo.

—¡Me compadeceis, señora!... dijo Amanda con voz apenas perceptible y volviendo á inclinar la cabeza.

—Sí, os compadezco con todo mi corazon. ¡Ah! otro afecto me habiais inspirado antes de conoceros... Si vuestro corazon hubiese sido fuerte contra las seducciones, ¡qué

criatura tan amable... y qué dichoso habriais hecho á mi pobre sobrino!

¡Qué situacion tan terrible para Amanda y qué tentadora para su virtud!

Con una palabra, con una sola palabra podia recobrar el amor de Mortimer y la estimacion de Araminta y su tia; mas para ello era preciso faltar á su juramento, descubrir la terrible situacion de lord Rosven y cubrir de infamia á él y á los suyos.

Mortimer, desengañado, no habria sido más feliz: al llorar su orfandad y la deshonra de su padre habria maldecido de aquel amor que arrancaba la venda de sus ojos sólo para mostrarle el abismo de su desgracia, y habria culpado la debilidad y el egoismo de Amanda que no habia sabido sacrificar su amor á objetos tan sagrados como la buena fama y la vida de su padre.

Todas estas ideas cruzaron por la imaginacion de Amanda con la mayor rapidez, dejándola aun más abatida que antes y otra vez persuadida de que nada tenia que intentar en favor suyo.

No tenia más remedio que resignarse á ser odiada, despreciada por el hombre á quien su silencio lo sacrificaba todo, y aceptar como un beneficio la humillante compasion que su dolor inspiraba.

Cubrióse en la fuerza del sentimiento los ojos con el pañuelo; y como si hablara consigo misma balbuceó:

—Sufre y calla, corazon, sufre y calla y no te espante el sacrificio.

La imágen de lord Rosven acosado de recelos de ver descubiertas sus faltas se presentó á su mente, y afirmó

en ella la idea del penoso deber cuyo cumplimiento le estaba encomendado y era la garantía única del reposo de Mortimer en el mundo.

Venció en la lucha trabada en su interior y dijo entre dientes:

—¡Oh! no oirá nadie de mí quejas ni gemidos: cúmplase la justicia cuando haya de cumplirse: caiga sobre mí el desprecio...; debo arrostrarlo y no protestar de él.

Algo de lo que decia Amanda fue percibido por la señora Dormer; pero como la creia tan débil y culpable, creyó que el convencimiento de su culpa y la fuerza del remordimiento le arrancaban las expresiones que á sus oidos llegaran.

Acercóse, pues, á ella, y procurando suavizar su tono le dijo:

—Creed, señorita, que me aflige mucho vuestro estado, si bien me inspira alguna confianza para lo porvenir; pues quien es capaz de remordimientos, ya prueba que tiene conciencia y que puede obedecer su voz. Si buscais la expiacion y borrais con buenas obras las faltas pasadas, no lo dudeis: la sociedad os devolverá su aprecio y sobre todo recobrareis vuestra propia estimacion que es lo primero.

Amanda levantó con resignacion los ojos al cielo como ofreciéndole su sacrificio.

—Yo quisiera hablaros, dijo la señora Dormer, de manera que mis palabras no os lastimasen en lo más mínimo; pero no sé ocultar la verdad de mis sentimientos. Ahora mismo, os lo confieso, me pesa en el alma de ver que despues de lo sucedido dejais á la señora Duncan, que tiene

un corazon muy bueno y las más santas ideas, y os vais sola á Londres. Ya sé que decís que vais en busca de vuestro hermano; pero sé tambien que ignorais su paradero, y que sin necesidad de arriesgaros sola en la populosa capital, tendriais mil medios de que se hiciesen diligencias para averiguar el paradero de Oscar. Harto convencida debeis de hallaros acerca de la imprudencia que cometeis...

—¡Imprudencia! repitió Amanda, como hablando para sí.

—Sin duda. Sois jóven, no ignorais que sois hermosa; careceis de bienes de fortuna y Londres es una ciudad muy peligrosa. Cierta estoy de que si vuestro hermano os estima, preferiria que pasarais años enteros sin saber de su suerte, á veros correr el mundo como lo haceis. No deberia haber respeto alguno para que una jóven de vuestra edad atropellara de este modo por todo, exponiéndose á su vez á ver atropellado su decoro. ¡Ah, señorita! Si quisierais darme oidos; si atendierais á la necesidad en que por vos mismo, por los que os han amado os hallais de restaurar vuestra fama, no vacilariais un momento y desde aquí os volveriais al lado de la buena señora Duncan. Cualquiera jóven en vuestro lugar puede temer los peligros de que os he hablado; para vos hay uno especial que quizá no ignoreis.

—¿Para mí?

—Sí.

—Ignoro, señora.

—Puede que lo ignoreis. El coronel Belgrave pasó hace un mes por estos sitios yendo de Escocia á Londres, y en Londres se halla ahora.

La señora Dormer clavó una investigadora mirada en Amanda para ver qué efecto producia en ella la noticia.

Amanda con mayor dolor, pero con toda ingenuidad, replicó:

—Yo, señora, no puedo impedir que la sospecha dé malas interpretaciones á los actos más inocentes de mi vida. Todos los consuelos me están vedados, ménos el de mi conciencia. Podré llorar de contínuo mis desdichas ¡ay sí! pero no me arrancarán una lágrima mis faltas. El hombre de que me hablais es un desgraciado, pero lo es por su infamia; él sabe mejor que nadie hasta qué punto pueden ser fundadas las sospechas que su nombre puede despertar acerca de mi conducta. Voy á Londres, prescindiendo de que pueda encontrarle ó no, porque... porque obedezco á un deber y á una necesidad.

—Quiero creer, dijo la señora Dormer, que mal aconsejada, vais efectivamente en busca de vuestro hermano, porque de otro modo añadiriais á la falsedad un aplomo que seria la negacion de toda virtud, hasta del arrepentimiento.

—Señora... replicó Amanda con indignacion; pero reprimiéndose y con una tristísima sonrisa acompañada de una lágrima, añadió: sois muy severa conmigo.

—Quisiera, dijo la señora Dormer con mayor animacion, quisiera, aun á riesgo de lastimaros, que mis palabras tuviesen eficacia bastante para inspiraros lo mejor. No he olvidado, no olvidaré nunca que en otro tiempo antes de conoceros os amé como futura esposa de Mortimer; no puedo olvidar el afecto que él os ha profesado y quisiera que por algun concepto fuerais digna de su cariño. Por él

os hablo, principalmente por vos misma y por mí tambien. Volveos, Amanda, volveos con la señora Duncan, hacedlo así y demostrareis que os ofenden de veras las sospechas que pueda inspirar vuestro viaje. ¿Por qué no procurais conservar la compañía y la amistad de aquella buena señora cuya sombra honra á cuantos se le acercan? Vos, aunque no sea sino por vuestros pocos años, necesitais de una amiga buena, juiciosa, ¡y os exponeis á perder la única quizá que pudiera haberos deparado el cielo! La señora Duncan vive en un honesto retiro, y mientras permanecieseis á su lado nadie se ocuparia de vos ni de los sucesos que ya no tienen remedio. Si estais resuelta á recobrar el aprecio de las gentes, cuya pérdida tanto parece entristeceros, volveos enseguida, y yo os prometo hacer tales diligencias que averigüen el paradero de vuestro hermano y enteraros inmediatamente de cuanto llegue á mi noticia.

Amanda calló y se puso reflexiva.

Si sólo se hubiese tratado de averiguar la residencia de Oscar, de seguro que habria aceptado en el acto las proposiciones de la señora Duncan, alejando así de ella los peligros materiales, las incomodidades del viaje y las sospechas que la presencia de Belgrave en Londres podia despertar; pero el negocio del testamento exigia mucho celo, mucho secreto y su presencia personal en la ciudad, y estos móviles de su conducta creia Amanda que á nadie debian ser revelados y ménos á personas que iban á enlazarse con los que iban á quedar desposeidos en virtud de las últimas disposiciones del conde Murley.

—Yo conozco, dijo por fin, que no aceptando vuestros

ofrecimientos, no siguiendo vuestros consejos, vais á persistir, señora, en el mal concepto que teneis formado de mí; pero á pesar de todo debo tambien resignarme á esta desgracia. Mi conducta es inocente. Si no parece tal á los ojos del mundo, el mundo me juzgará condenándome; pero yo confio en que al fin un dia brille la verdad.

—¿Es decir en resúmen que partireis á Londres?

—Partiré.

—Lo siento por vos... Partid, que ya he hecho yo todo lo posible para impedíroslo. Sabeis que amo entrañablemente á mi sobrino, y á pesar de que no he obtenido de vos lo que deseaba, no puedo aborrecer lo que él ha amado. Si la desgracia os persigue despues que hayais hecho por vos y por vuestro nombre lo que exige el honor, acudid á mí, no os dirijais á ningun extraño: contad conmigo. Os hablo ahora solamente en nombre mio: lord Mortimer quiere tambien que no pidais á otra persona lo que él pueda decorosamente para entrambos otorgaros. Su nuevo estado le impone ciertas condiciones en sus actos; pero su corazon no le consiente que la hija del capitan Fitzalan padezca ciertas necesidades á que vuestro estado en el mundo podria someteros.

Amanda con lágrimas en los ojos replicó:

—Yo conozco y estimo como nadie el noble corazon de lord Mortimer, y he sido colmada de sus beneficios.

—Pues bien, le dijo conmovida la señora Dormer, no lo olvideis y pensad que vuestras faltas serian en adelante mucho más censurables, porque ofenderian á la persona á quien os confesais tan obligada. Yo no puedo resistir á vuestras lágrimas; conozco que al par de lo que me obliga

á ser severa con vos hay en vuestro interior algo digno de consideracion. Por eso os repito que no temais dirigiros á mí antes que reclamar consuelos ó servicio de un extraño. Si un dia el completo arrepentimiento...

—Os agradezco infinito, dijo Amanda levantándose é interrumpiendo á la señora Dormer, el vivo interés que por mí mostrais. Tal vez un dia podré demostrar que ni un solo momento he sido indigna de vuestra estimacion ni de la de... otra persona alguna. Entre tanto... Dios me dé valor para resignarme á mi suerte. Algun dia quizá os convencereis de que no compasion, no indulgencia, sino otro afecto que no humille, merezco y he merecido. Yo perdono á todos el daño que me hacen; aun quiero suponer que en su lugar tal vez no me portaria tan bien como ellos cuando desgarran mi corazon con sus palabras. ¿Qué puedo hacer yo sino repetir lo mas increible y repetirlo con toda la verdad de mi corazon? ¡Dios sabe que soy inocente!

—Vos sabreis, señorita, la verdad de los sucesos y tal vez relativamente habreis faltado menos de lo que habrian hecho otros en lugar vuestro. La lástima grande, lo irreparable es que hayais dejado de merecer la estimacion de Mortimer.

—Nunca he dejado de merecerla, señora.

—¿Querreis aseverar, dijo la señora Dormer con cierta seguridad, que Mortimer podria aun daros su mano sin desdoro?

—No, respondió Amanda con entereza, no podria: la mano de lord Mortimer no debe tocar á la de la infeliz Amanda. Su esposa no debe ser persona de virtud sospechosa para nadie.

—¡Extraño conjunto de debilidad y raciocinio! dijo la señora Dormer con admiracion.

—A vos que no habeis sido dura conmigo os será mas grato devolverme vuestro cariño cuando la verdad brille como debe brillar algun dia. Adios, señora, la pobre Amanda no desea molestaros ni haceros padecer con sus tristezas. ¡Ya todo entre nosotros...

Encaminábase Amanda á la puerta.

—¿Os vais? preguntó la señora Dormer.

Amanda hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Queria deciros... ¿Es verdad que teneis cartas de Mortimer?

Ella repitió el movimiento.

—Me parece que lo mas acertado seria que os las devolvieseis uno á otro.

—Sea como gusteis. Enviad las suyas en un paquete cerrado á casa de lord Rosven, y á mi llegada á Londres buscaré yo modo de recogerlas y enviar las mias por el mismo conducto.

La señora Dormer vió que Amanda respondia con el corazon quebrantado y se apiadó mas que nunca de ella.

Amanda se dirigió á su cuarto á paso lento y entró en él aun mas triste que habia salido.

Cerró la puerta y rompió á llorar fuertemente por mas que se reprimia á fin de que su llanto no pudiese ser oido.

Mucho se habia violentado para mostrar un esfuerzo superior al natural de su ánimo; pero al fin caia rendida, postrada á la violencia de su quebranto.

Bien habia dado á entender con cuanto buen juicio procedia al declarar que por infundadas que fueran las sospe-

chas que inspiraba su conducta, eran naturales en los que no conocian su secreto; habia perdonado á la señora Dormer sus desconfianzas; mas al pensar de nuevo en el arrebato de Mortimer, en la violencia con que pisoteara su propia imágen sólo por haberle pertenecido á ella; al imaginar que no sólo le perdia sino que no le iba á ser lícito en adelante ni aun pronunciar su nombre en el secreto de su corazon, se renovaban en ella agudos dolores y su desgracia se le representaba muy superior á cuantas pueden caer sobre los demas mortales. ¡Ser aborrecida precisamente por el hombre á quien se ama hasta el punto de sacrificarse á su bienestar, á la honra de su nombre! ¡Ser dueña del secreto que podia aliviarla de tantos pesares, haciéndole recobrar el amor y la estimacion de todos, y tener que guardarlo, resistiéndose á las repetidas excitaciones que se le dirigian á cada momento!

—¿Cuántas mujeres habrian sido capaces de semejante heroismo?

Momentos hubo aquella noche en que la desgraciada Amanda estuvo dudando de su virtud misma y preguntándose si en efecto estaba en lo justo sacrificándose de tal modo que á cada paso hubiese de ser objeto de desconfianzas y aun desprecios.

El dolor y el amor propio la ofuscaron mas de una vez, y quebrantada en tan penosa lucha, estuvo á punto de revelar el secreto terrible que la hacia parecer culpable; mas entonces se le representó la imágen del conde de Rosven envuelto en la miseria y la deshonra, á Mortimer mismo sumido en la tristeza y la desesperacion por el resto de sus dias, y ante ese espectáculo recobraba su ánimo

toda la energía de que era capaz, y se volvia á sentir fortalecida para consumar el sacrificio.

¿Quién se atrevia á condenarla por aquellas pasajeras vacilaciones, viéndola al fin salir triunfante de todas las acerbas pruebas á que la sujetara su amarga suerte?

Aquella noche al entrar en su cuarto se renovó con mas fuerza que nunca la batalla entre sus opuestos sentimientos, y su dolor parecia que hubiese de acabar con su vida representándole con insistencia á Mortimer, pisoteando su retrato sólo por haberle pertenecido á ella, al sér mas digno de albergarlo en su pecho, como le llevaba á él en el corazon.

CAPITULO XLVII.

Triste despedida.

No fue la quietud, no fue el reposo del sueño lo que Amanda halló aquella noche en su lecho: fue el entorpecimiento de los sentidos incapaces de resistir ya á consecuencia de la extraordinaria excitacion que habian padecido.

Se habia echado vestida, ó mas bien, se habia dejado caer al agotarse sus fuerzas, y se levantó tarde, como si hubiese hecho un largo y fatigoso viaje.

Entre las nieblas de su mente supo empero hallar la verdadera razon que debia encaminarla, y á medida que recordaba los sucesos de la noche anterior, procuraba sacar partido de su memoria para la conducta que debia seguir durante su estancia en Londres.

Pensó que no seria posible que viajando con nombre supuesto, no frecuentando tertulias y sobre todo ignorando Belgrave su viaje, pudiese encontrarse con él en una ciudad tan populosa.

En cuanto á encontrarle por el camino, habia de ser casualidad muy grande, distando tan poco de la capital.

Estos pensamientos tranquilizaron á Amanda en cuanto á los temores que podia causarle el carácter maquiavélico del que se habia mostrado su perseguidor infatigable.

Habria querido Amanda ponerse en camino inmediatamente, y al efecto miró si el carruaje estaba ya debajo de su ventana, en cuyo caso habria dejado una cartita para los dueños de la casa á fin de ahorrarse la enojosa despedida, particularmente si Mortimer se hallaba presente.

Las ventanas de su cuarto caian á un jardin.

No se oia el menor ruido, y Amanda creyó que aun no se habian levantado las hijas de los señores Vimars.

A toda prisa se compuso al espejo para estar pronta á partir, y ella misma se admiró de verse tan pálida.

El sol penetrando por entre el ramaje y los pájaros saltando de rama en rama, cautivaban la atencion de Amanda, que comparaba el estado de su triste corazon con el de la naturaleza animada y mostrando sus mas bellos encantos.

Hubo por fin de determinarse á salir de su cuarto, y despues de atravesar un pasillo, oyó ruido y voces en un patio.

Asomóse á una ventana y vió á varias personas y entre ellas al hijo de la señora Vimars que tanto la habia obsequiado la noche anterior.

El mozo vió igualmente á Amanda, y no sólo por cortesía, sino porque se le habia aficionado mucho, subió inmediatamente á su encuentro.

Se le mostró muy afectuoso y la acompañó á una sala

donde se hallaba reunida la mayor parte de su familia, los forasteros que ella ya habia visto, y otras personas de aquellas cercanías que habian acudido desde hora muy temprana.

Desde el momento en que Amanda se halló cara á cara con Mortimer, procuró con su conservacion retener á su lado al hijo de la señora Vimars, para no verse obligada á volver de contínuo los ojos en direccion opuesta al sitio que ocupaba su antiguo amante.

Una de las hijas de la casa estaba diciendo:

—Ya lo habeis oido, señora Dormer, al fin lord Mortimer nos ha hecho la promesa; hacednos el obsequio de salirnos garante de su palabra.

—Hija mia, contestó la anciana sonriendo; perdonad, que no he estado muy atenta, y hacedme vos á mí el obsequio de decirme en que consiste la promesa de mi sobrino.

Amanda, aunque seguia en conversacion, no perdia una palabra de lo que se estaba diciendo: le era imposible prescindir de cosa alguna que á Mortimer se refiriese.

Entre tanto se iba sirviendo té.

—La promesa, replicó la jóven, consiste en que nos ha de enviar guantes y otros regalitos de boda.

Amanda que iba á llevar la taza á los labios suspendió el movimiento, y tuvo que volver á dejarla en el plato.

—Si mi sobrino ha prometido, dijo la señora Dormer, no es menester que yo me garantice. A mas de que es de esperar que cumpla con la mejor voluntad...

—¡Oh, no, señora! al contrario, antes parecia rehuir la conversacion.

La señora Dormer dirigió una mirada á Mortimer, que desvió de ella los ojos y se encontró con los de Amanda que los bajó al suelo.

—Amiguita, dijo la señora Dormer á la dueña de la casa, vuestra hija quiere hacer pasar plaza de tacaño á mi sobrino; pero él dejará bien puesto su nombre. Ya no está tan lejano el plazo en que ha de celebrarse su matrimonio...

—¿No os sentís del todo bien todavía? preguntó el jóven Vimars á Amanda.

—Sí, muchas gracias, respondió ella reponiéndose de la agitacion que le habian causado las palabras que acababa de oir, agitacion que no se habia escapado á la curiosidad de su obsequioso compañero.

Se siguió hablando largamente del próximo enlace de Mortimer

Él tenia que hacer grandes esfuerzos para demostrar una alegría que estaba muy lejos de su ánimo.

La señora Dormer y Araminta le ayudaban en cuanto les era posible, y los alegres jóvenes no pudieron sospechar lo que pasaba en el corazon del lord.

Apenas terminó el desayuno, Amanda se puso en pié.

—¿Vais á partir? le preguntó con sentimiento el jóven Vimars.

—Por mucho que sienta dejar vuestra amable compañía, no puedo detenerme.

Mortimer se levantó tambien, no menos conmovido que ella.

—No quereis completar el dia de gozo que tendríamos si os quedarais hoy con nosotros...

—No me es posible. Tengo que aprovechar el tiempo en negocios de mucha importancia. Si así no fuera, creed que aceptaria muy gustosa vuestra franca hospitalidad, de que conservaré la mas agradable memoria.

Lord Mortimer mostró deseos de ver los nuevos plantíos hechos á la parte del monte.

Los jóvenes se dispusieron todos á acompañarle, excepto el que habia permanecido siempre al lado de Amanda.

Despidiéronse de esta muy cortesmente, deseándole feliz viaje, y la señora Dormer y Araminta hicieron de manera que su despedida fuese breve y ceremoniosa, á lo cual les ayudó Amanda por su parte, sin que nadie pudiese sospechar lo que entre ellos mediaba.

La señora de la casa insistió aun para que Amanda no les dejase pronto y para que á lo menos á la vuelta permaneciese algunos dias con ellos.

Amanda se mostró muy agradecida á sus bondades; pero se guardó bien de hacerle ninguna promesa formal de visitarla.

Algunos de los hijos de la casa fueron á decirle que la acompañarian gustosos buen trecho de camino; pero ella no quiso consentirlo y exigió de ellos que acompañasen á lord Mortimer, segun habian convenido antes.

Al fin la señora Vimars le dijo que aquel mismo dia iba á escribir á su amiga la señora Duncan, manifestándole cuán satisfecha estaba de la persona por quien le habia enviado su carta.

No veia Amanda llegada la hora de hallarse sola para respirar con libertad y verse libre del fingimiento que tanto repugnaba á su corazon.

El jóven Vimars se habia adelantado para avisar al cochero que debia conducir á Amanda; pero no habia dado con él.

Cuando llegó ella le encontró hablando con lord Mortimer.

Allí estaba porque dos de los hijos de la señora Vimars habian encerrado á sus acompañantes en el invernadero.

Se habian llevado la llave, y corriendo á esconderse, prolongaban así la inocente burla de tener á los otros encerrados.

¿Se alegró Mortimer de aquel incidente que le proporcionaba ocasion de permanecer algunos momentos mas cerca de Amanda?

¿No tenia otro sitio á donde dirigir sus pasos, si no hubiese querido volver á verla?

El jóven Vimars se ofreció á ir á buscar al cochero, y por mas que Amanda le rogó que no se molestase, pues ella esperaria, él que creyó verla impaciente, fué alejándose á mucha distancia.

Amanda y Mortimer se quedaron solos al pié de la casa.

Ella padecia profundamente, sin poder hablar palabra, temiendo encontrarse con aquellas miradas donde en otro tiempo leia siempre palabras de amor.

Conocia Mortimer lo que estaba padeciendo Amanda, y aunque él no padecia ménos, olvidaba su propio dolor al considerar cuán grande debia ser el de aquella mujer á quien durante largo tiempo se habia acostumbrado á mirar como parte de sí mismo.

Movido por una fuerza nacida de sus nobles sentimien-

tos y superior á todo raciocinio, dió dos pasos hácia Amanda.

Ella le sintió acercarse y bajó más y más los ojos.

—¡Amanda dijo él, y su voz estremeció hasta el fondo del corazon de la desgraciada.

Amanda, repitió Mortimer, no puedo ocultaros el pesar que me causa veros en tan triste estado. Ayer sufrí lo que no es decible, y hoy... hoy quiero deciros á lo menos que no os deseo mal alguno, y que deploraré siempre que os hayais precipitado á un abismo. Si no os hubiese vuelto á ver, quizá habria logrado arraigar otros afectos en mi corazon; pero os he visto y... ¿cómo he de deciros lo que he experimentado, ni para qué he de decíroslo á vos que tan bien me conoceis?

Amanda que ya no podia contenerse, se cubrió la cara con el pañuelo.

Mortimer dió un paso más y con voz temblorosa añadió:

—Decidme á lo ménos que estabais convencida de que os he amado siempre; decidme siquiera que comprendeis la violencia que debí hacerme ayer noche y que me perdonais el disgusto que os causé.

—Que os perdone, exclamó ella entre sollozos, ¡ah, milord! mi corazon...

La voz se le anudó en la garganta y no pudo proseguir.

—¡Oh Amanda! exclamó él á su vez, quiera el cielo que llueven sobre vos todas las bendiciones, que seais feliz...

—¡Feliz! repitió Amanda... ¡ay, jamás, jamás...!

En aquel momento los que estaban encerrados en el in-

vernadero, habiendo logrado quitar algunos cristales, salieron con grande algazara.

Amanda deseaba que nadie la viese tan conmovida al lado de Mortimer, y miró á todas partes por si veia al postillon y huir inmediatamente de aquel sitio.

Mortimer lo conoció, y aunque le violentaba mucho la idea de separarse tan repentinamente de ella, le alargó la mano y la ayudó á subir al coche.

Las dos manos temblaron al contacto y Mortimer dió repentinamente tales voces, que el postillon que ya se encaminaba á aquel sitio, apretó el paso y fué á ocupar su puesto.

Todos los bulliciosos jóvenes de la familia se habian reunido no lejos del carruaje, y Amanda temia el martirio de una nueva despedida en el estado en que se hallaba.

¡Qué contraste el de aquella turba alegre y juguetona, risueña y verdaderamente feliz, con el de la triste y abandonada Amanda que sola y peregrinando en contínuo sacrificio iba á la inmensa ciudad!

—¡Partamos, partamos! dijo ella con impaciencia; pero su voz era muy débil y nadie la oia.

Mortimer comprendió lo que pasaba, y con mas lástima de ella que de sí mismo, se acercó al postillon y con un esfuerzo le dijo:

—¡Arrea y vuela!

Al chasquido del látigo y al ruido del carruaje volviéronse todos los jóvenes de la familia Vimars y corrieron hácia el camino agitando sombreros y pañuelos y dando voces de despedida.

La triste Amanda les contestó desde léjos, y en breves

momentos una nube de polvo se interpuso entre ellos, como si se les separase una eternidad.

Así se alejó Amanda de aquella morada pacífica y risueña, cuyo recuerde le hacia más y más dolorosa la consideracion de sus interminables desventuras, y se fué acercando á Londres donde sabia que de nadie era conocida ni podia esperar ni afecto ni compasion alguna.

Dejaba una familia unida con lazos estrechos, rica y considerada cual merecia, y se encaminaba al azar en busca del único sér que en el mundo podia interesarse por ella.

Corria en busca de Oscar, desconocido en Londres; creia encontrarle por medio de Leoncio, desconocido tambien, y confiaba en que no se encontraria con el pérfido Belgrave.

Los sucesos nos dirán en qué acertaba y en qué se equivocaba la desdichada hija del honrado Fitzalan.

CAPITULO XLVIII.

Funesta reyerta.

En brazos de la suerte corria Amanda á Londres en busca de su hermano.

¿Qué habia sido de Oscar en tanto tiempo? ¿Cómo ni una sola vez habian tenido noticia de él su padre y su hermana, de cuyo cariño no podian dudar y que cifraban en él tantas esperanzas? ¿Tantos habian sido sus reveses de fortuna que le hubiesen podido abrigar á tan largo silencio?

Sí: Oscar habia sido muy desgraciado, y si el lector ha sentido algun interés por la bella Amanda, creemos que no será menor el que le inspire Oscar, de cuyos sucesos es tiempo ya que hagamos relacion.

Despues de que Fitzalan y su hija dejaron á Oscar encaminándose al castillo de Carberry, siguió este una breve temporada en la poblacion hasta que con su regimiento hubo de trasladarse á Brag.

Cumplido habia hasta entonces sus deberes sin entusiasmo alguno, porque las contrariedades de la suerte le habian hecho casi indiferente á todo. Alejado de las fiestas y los placeres; alejado hasta del trato de sus amigos, pensaba sólo en sus esperanzas malogradas, en lo triste de su porvenir y en la imposibilidad de que jamás le sonriera la fortuna.

Recibió la órden de partir y al mismo tiempo supo que Adela no seguiria á Belgrave en aquel viaje.

En los primeros momentos experimentó gran desconsuelo pensando que quizá no volveria á verla, pues temia que el dolor habia de acabar pronto con su vida; pero despues se alegró pensando que á lo ménos en Brag no veria Adela al lado de su esposo.

Lo primero que hizo al llegar al nuevo punto de su residencia fue excitar su propia curiosidad visitando los alrededores que eran muy pintorescos, y escogió para sus paseos los lugares mas solitarios. Allí pensaba en su anciano padre y Amanda; allí en los primeros dias en que conoció á Adela y en el buen acogimiento que le habia hecho el general Berbice; allí recordaba el feo engaño, la negra traicion de que se habia valido Belgrave para arrebatarle la posesion de su amada, y al llegar á ese recuerdo se encendia en ira y acusaba de tardía á la justicia del cielo y de la tierra, que aun no habia impuesto á aquel mónstruo el merecido castigo.

Habia en el regimiento de Oscar un soldado jóven, cuyos excelentes modales, carácter y costumbres habian llamado la atencion, no sólo de sus compañeros, sino tambien de toda la oficialidad.

Su figura era gallarda ; su rostro bello é inteligente; su lenguaje culto sin afectacion; de suerte que parecia pertenecer á una esfera social muy superior á la ordinaria.

Todos se preguntaban de dónde habia salido aquel hombre, aunque jamás pudieron averiguarlo.

Tan interesante como las ya expresadas prendas le hacia el estar casado con una mujer de pocos años y mucha hermosura, no menos distinguida que él, dulce y sumisa, que con melancólica resignacion sobrellevaba los rigores de la suerte y daba ánimo á su esposo compartiendo sus escasos placeres y sus penalidades.

María trabajaba de contínuo, dia y noche, para los oficiales, de quien habia sabido hacerse estimar en poco tiempo.

Enrique, que así se llamaba el soldado, era un modelo en el cumplimiento é inteligencia de sus obligaciones.

Mas de una vez Oscar en sus paseos solitarios habia visto á Enrique y María que como él huia del bullicio. Ella llevaba en brazos un niño que parecia ser el lazo de union y la esperanza de aquellos dos séres.

Oscar al verles pensaba inmediatamente que á él ni siquiera le cabia el consuelo de que la mujer amada endulzara sus tristezas con la compañía y la voz del consuelo.

Contemplábales él desde léjos, y si les veia sonreir se alegraba en su interior, deseándoles que nunca fuesen ménos dulces las horas de su existencia.

No se cumplieron los votos de Oscar: antes al contrario, muy en breve hubo de sentir como propia la desventura que cayó sobre aquella desgraciada é incesante pareja.

La belleza de María se atrajo las miradas de Belgrave,

fijó su atencion, le despertó el único deseo que podia nacer en su ánimo depravado y le inspiró uno de sus infames proyectos.

La vió jóven y hermosa, la vió pobre y casada con un hombre que vivia bajo su mas ínfima dependencia, y persuadido de que no hallaria obstáculo que vencer, se arrojó brutalmente á su empresa.

Sus esperanzas empero le salieron fallidas, pues María le rechazó no sólo con indignacion sino con horror.

Irritóse su amor propio é insistió en perseguirla, y la pobre María tuvo que oir de sus labios las expresiones mas denigrantes cuanto mas viva era la irritacion de los deseos que se las inspiraban á Belgrave.

La infeliz padecia mucho para ocultarle á su marido lo que le sucedia: mas fueron vanos sus cuidados y padecimientos, pues Enrique fue advertido por sus compañeros de las frecuentes visitas de Belgrave á su esposa.

No dudó de ella un solo momento: estaba seguro de que no sólo por el amor que á él le profesaba, sino tambien por la estimacion que á sí propia se tenia, no era posible que se abandonase á cosa que á entrambos estuviera mal; pero temia todos los males que podia acarrearle el vivir él en condicion tan humilde, y el ser tan poderoso y astuto el que su desgracia precuraba.

¡Bien temia Enrique!

¿Cómo no habia de abusar Belgrave de las ventajas en que le colocaban su grado en el ejército, su cuna y sus riquezas? ¿Cuándo habia renunciado á hacer el mal aunque debiese atropellar honra, inocencia y todas las virtudes?

A mas larga resistencia se exasperaban mas sus pasiones; con el deseo grosero de la posesion crecia el deseo de la venganza, y así le sucedió entonces.

Activo é ingenioso para lograr los objetos que habian de satisfacer su egoismo, poco tardó en disponer los medios que creyó más convenientes al logro de sus perversos fines.

Habia que nombrar en aquella ocasion un destacamento que pasase á la costa á perseguir el contrabando, y Belgrave mandó incluir á Enrique entre los que debian partir.

Entre tanto, un criado de Belgrave que le servia de auxiliar en todos sus malos propósitos, fingiéndose lleno de los mas sanos deseos y exigiendo antes de Enrique el mas profundo silencio, le dijo que el coronel esperaba impaciente que se ausentase él para proseguir con mayor ahinco la persecucion de María.

Enrique, siempre dispuesto á perderlo todo antes que el honor y temeroso de que María fuese víctima de un atropello durante su ausencia, se escondió en sitio desde donde pudiese ser testigo de lo que sucediese y acudir al peligro en caso necesario.

Así lo hizo, dando lugar á que ocurriera lo que Belgrave habia previsto.

La partida fué á ocupar su puesto; pero se dió cuenta de que Enrique no se habia hallado en las filas y se mandó buscarle por todas partes á fin de imponerle el castigo merecido.

Enrique permaneció escondido todavía: pero cuando supo que el consejo de disciplina entendia ya en su causa;

cuando vió que al fin seria descubierto y castigado con mas rigor cuanto mas demorase el presentarse, él mismo fué al encuentro de sus jefes.

No pronunció una sola palabra para justificarse; no quiso atenuar su falta por no poner en lenguas su honra y la de su esposa, y fue condenado á prision y á baquetas.

Los oficiales que le condenaron habian sido testigos de su buena conducta nunca desmentida; conocian su delicadeza y no podian atribuir á un proyecto de desercion su ausencia; pero Enrique, como ya hemos dicho, no quiso dar explicacion alguna sobre ello y fue preciso someterse al rigor de la disciplina militar.

Con gran pesar le condenaron todos, pesar que solamente puede compararse con la innoble satisfaccion que experimentó Belgrave.

Enrique se dispuso á sufrirlo todo con ánimo varonil; asomábansele lágrimas en los ojos al pensar en la suerte de su querida esposa; mas al recordar que por ella y por la honra de entrambos se habia puesto en aquel trance, volvia á él la energía y aquella entereza que el cumplimiento de un sagrado deber comunica á los nobles corazones.

María que con la mayor inquietud y el mas profundo desconsuelo esperaba ansiosa el resultado del consejo, creyó volverse loca cuando le dijeron el fallo que sobre Enrique habia recaido.

Desesperada, fuera de sí, llorando de una manera que habria enternecido los mas duros corazones, se dirigió á casa de Oscar, se arrojó á sus piés y le suplicó por lo mas

sagrado que librase á su inocente esposo del castigo y de la infamia.

Oscar no vaciló un momento en interesarse por aquella desgraciada, que besaba sus piés y no queria levantarse y con gran trabajo podia tenerse en pié.

El piadoso hermano de Amanda no habia ido nunca á pedir gracia para él, siendo el coronel Belgrave la persona de quien debia impetrarse; pero se trataba de la suerte de dos infelices, y olvidándolo todo menos sus generosos sentimientos, decididamente se dirigió al encuentro del que tanto le habia ofendido.

Habló con tanta vehemencia como respeto; suplicó empleando las frases mas persuasivas, como que se las dictaba su excelente corazon, y nadie al oirle hubiera podido creer que estaba ofendido en lo mas vivo por aquel hombre que le oia con suma frialdad y con profundo regocijo, viendo que aun podia contrariar á su víctima, despues de haber labrado la infelicidad de toda su vida.

Habia ya apurado Oscar toda su noble elocuencia y calló esperando una respuesta de su jefe.

Este le miró sólo un momento y apartando de él la vista le dijo con la mejor frialdad:

—Las faltas graves deben ser gravemente castigadas. Si para cada soldado que delinque se presenta un oficial á disculpar su falta, va á desmoralizarse por completo el ejército del Reino Unido. Eso deberiais haberlo comprendido antes de venir, y me admira que os hayais atrevido á pedirme impunidad para un delito tan escandaloso.

—¡Temeis la desmoralizacion! le replicó Oscar indignado y conteniéndose apenas, ¡os admira verme interceder

en favor de un pobre soldado que cometió una falta... ¡una falta! no; que acudió á donde su honor le llamaba...

—El honor del soldado, señor militar, está junto á sus banderas.

—Lo sé, señor coronel, así como el del esposo está en su tálamo, y vos habeis intentado profanar el de ese infeliz.

—¿Sabeis con quién estais hablando, señor Fitzalan?

—Demasiado lo sé.

—Pues ajustad vuestro lenguaje á lo que me debeis por ser yo vuestro jefe...

—Y mi verdugo tambien.

—¿Os atreveis, insensato?

—Teneis razon, he sido un insensato al creer que podia hallarse piedad en vuestro pecho. Dios no quiere que os perdone y os tenga siempre como os he tenido hasta hoy por uno de los hombres mas miserables.

—¡Insolente! gritó Belgrave levantando el baston.

Oscar al ver su ademan se arrojó á él como un loco, le quitó el baston y le arrojó léjos, diciendo con ira:

—Os repito que sois un miserable, ¿lo oís? Y os lo sostendré donde quiera, con las armas que elijais. No me importa arriesgar la vida...

—No os costará tanto lo que acabais de hacer, le interrumpió friamente Belgrave, y al mismo tiempo tocó una campanilla.

Acudieron al sonido varios oficiales que hallándose en la antesala habian oido todo lo que se habia dicho á voces, y Belgrave prosiguió con toda calma:

—No estamos ya en aquellos tiempos de barbarie en

que cada cual se tomaba la justicia por su mano. Tenemos leyes y tribunales que administran justicia, y yo por mi posicion debo dar ejemplo de acatamiento á lo que está mandado acatar.

En medio del silencio que reinaba á su alrededor dirigió la vista á uno de sus edecanes, y dijo:

—Señor oficial, haced rendir la espada al señor Oscar Fitzalan y ponedle preso.

El oficial quedó perplejo.

Los demas en ademan de súplica se acercaron á Belgrave.

—Serian inútiles los ruegos, señores, dijo este con severidad.

—Es cierto, dijo Oscar, yo no habia de aceptar gracia alguna, por mas que agradezca, señores, vuestros nobles sentimientos, tomad mi espada, capitan..

Oscar fué conducido á su casa, que se le señaló por prision, en prueba de lo conocida que era su caballerosidad, y en vez de salvar á Enrique no hizo más que perderse por él.

Belgrave pasó á los ojos del vulgo por un íntegro defensor de la disciplina militar. Los que le trataban de cerca creian confirmada en los hechos de aquel dia la opinion de ferozmente perverso y duro de corazon en que siempre le habian tenido, y él secretamente saboreó el placer de dos venganzas alcanzadas en un mismo punto.

Belgrave.

CAPÍTULO XLIX.

Nuevo rigor de la suerte.

El triste Enrique tuvo que sufrir la pena á que le condenaban el honor y la miseria.

Perder la honra por haber querido salvarla; verse públicamente infamado por haber querido evitar la infamia secreta... este fué el galardon del esposo de María.

Pero no gozó mucho de su triunfo el perverso Belgrave; poco pudo complacerse en el espectáculo de aquel deshonor que era obra suya.

Enrique hizo esfuerzos sobrehumanos para fortalecer su ánimo á fin de no derramar una lágrima mientras durase el cruento martirio; mas poco antes de la hora señalada, oyó las voces, los ayes y lamentos de su acongojada esposa que rompiendo por todo habia logrado penetrar en la cárcel, y los gritos de la infeliz y el llanto de su tierno hijo le quebrantaron el corazon dejándole anonadado.

Fuerte contra su infortunio, no pudo serlo contra el de

aquellos débiles séres, y salió á recibir el castigo como hombre en quien apenas alienta un resto de vida.

Al primer golpe que recibió cobró de nuevo conciencia de su dignidad, y la consideracion del ultraje que padecia le enardeció de modo que se puso amoratado, y extendiendo los brazos cayó al suelo balbuceando el nombre de su hijo.

Cuando le levantaron, era cadáver.

A los tres dias de esta escena fué pronunciada la sentencia de Oscar y se ejecutó sin dilacion alguna.

Al frente de las banderas de su regimiento le fueron quitadas las insignias y se borró su nombre de las listas del ejército.

Oscar, traspasado de dolor, herido por la injusticia de los hombres, víctima, como todos los suyos, de los rigores de la suerte, pobre, sin relaciones ni esperanzas, se retiró á una posada miserable, no lejos de la poblacion.

Adela ajena, él inútil para aliviar á su padre, sin pretexto alguno para hacer confiar á su hermana en mejores dias, Oscar miraba la vida como una carga enojosa y ni sabia en qué emplarla, ni acertaba á vislumbrar de qué podia servirle.

Permaneció dos dias completamente solo, sin ver á nadie, sin salir de su cuarto, indiferente á lo que le pudiera suceder, aunque agitándose de contínuo al pensar en el anciano Fitzalan y en Amanda.

Al tercer dia fué á visitarlo uno de sus compañeros mas simpáticos, teniente de su mismo regimiento.

Este le habló con entereza de los deberes que todo hombre tiene que cumplir en la tierra, de la mayor obligacion

en que están los jóvenes en cuanto á arrostrar las adversidades con ánimo resuelto, y en efecto logró conmover el honrado corazon de Oscar jamás dormido á la voz de los nobles afectos.

Cuando su amigo le vió algo mas animado, le preguntó con el acento mas cordial qué proyectos tenia para lo porvenir, y Oscar le respondió con triste sonrisa:

—¿Proyectos? ¿Porvenir? No pienso en nada, ni he reflexionado sino en que soy muy infeliz. No tengo caudal, no tengo amigos con valimiento, no tengo aptitud... ni espero nada.

—Pues, señor Fitzalan, le replicó el teniente, con algo de eso podeis contar desde ahora y lo otro de vos depende. Por lo pronto yo soy amigo vuestro y deseo probároslo, no con vanas palabras, sino con hechos. Caudal no tengo, pero un íntimo amigo mio tiene grandes posesiones en América, y si quereis desplegar actividad os sobra inteligencia para labraros una posesion independiente y ser el amparo de vuestra familia. Si no os acomoda ir tan lejos...

—Al contrario, amigo mio, al contrario. Sólo alejándome mucho de los lugares que han sido testigos de mis penalidades, me atrevo á esperar que pueda hacer algo por mí mismo.

El oficial le estrechó la mano y se despidió de él con promesa de ocuparse sin levantar mano de sus intereses.

Oscar quedó con mas aliento y con cierto consuelo nacido no sólo de las remotas esperanzas que aquel amigo le habia hecho concebir, sino tambien de la persuasion en que quedó de que además de su padre y de su hermana,

aun existia algun sér que le amaba en el mundo en compensacion del denigrante castigo que se le habia impuesto.

En medio de este consuelo tuvo el sentimiento de recibir un recado de la desdichada María.

La viuda del honrado Enrique estaba moribunda, y le pedia como gracia suprema que se dignase recoger sus últimas palabras.

Acudió inmediatamente Oscar al ruego de la desdichada, y la encontró sumida en el mayor dolor en una miserable vivienda.

Ella se deshizo en lágrimas al verle pisar sus umbrales y queria besar sus manos.

Oscar conmovido en extremo quiso darle consuelo é inspirarle alguna esperanza con sus palabras; mas ella le replicó:

—¡Ay bondadoso señor! bien conozco vuestra laudable intencion; pero ya no puede haber consuelo para mí ni mas esperanza que la de reunirme pronto con mi Enrique. Bien me habia resignado á vivir para esta inocente criatura; pero Dios no lo quiere... ¡hágase su voluntad! Por mí poco tengo que pediros; toda mi ambicion se cifra en que me enterreis al lado de mi esposo. ¿Me prometeis hacerlo?

—Por Dios, pensad en otras cosas, María...

—Bien, bien, en vuestro semblante leo que cumplireis mi último deseo y os doy gracias de todo corazon. En cuanto á mi hijo... Os pido por amor de Dios que lo lleveis á Dublin á casa de mi padre.

Los padres de Enrique eran muy ricos y amigos de los

de María. Desde la infancia se habian criado juntos los que el cielo parecia haber destinado para esposos; mas el padre de Enrique experimentó reveses de fortuna muy grandes precisamente cuando la edad y el contínuo trato habian convertido en amor el inocente cariño de los dos jóvenes.

En vista de los sucesos, los padres de María advirtieron á esta que debia desvanecer toda esperanza que Enrique pudiera abrigar de obtener su mano.

La pobre amaba á aquel mozo bueno é inteligente que ninguna de sus buenas cualidades habia perdido á los ojos de María con haber perdido sus padres los caudales: antes al contrario, desde aquel momento se habia hecho mas y mas interesante á sus ojos.

En vez de hacerle perder las esperanzas concebidas le daba todo género de consuelos, y como lo que mas le consolaba á Enrique en su infortunio era pensar que la suerte podia haberle empobrecido, pero no podia robarle el amor de María, esta le prometió no abandonarle nunca, y para mejor afirmar su promesa accedió á casarse secretamente con él, y así lo verificaron al cabo de muy poco tiempo.

Poco tardó en descubrirse su secreto enlace.

Los padres de María se irritaron mucho contra ella por haberles desobedecido y haberse casado con un hombre que se hallaba del todo desvalido. Los padres de Enrique se enojaron tambien con él por haber entrado á formar parte de una familia que les habia desdeñado al verles heridos por la desgracia.

De ahí vino el abandonar los dos esposos su país, tomar él las armas y reducirse ella á trabajar para vivir.

María fue bastante breve en la narracion que de sus vicisitudes hizo á Oscar, y terminó diciendo:

—Generoso mancebo, en vos fio por ahora, y fio despues de vos en mis queridos padres. Por mucho que les haya enojado mi amor á Enrique, espero que pronunciarán una palabra de perdon sobre mi sepultura y protegerán y ampararán á este pobre huérfano.

Oscar le prometió hacer cuanto de él dependiese, y la desdichada María murió pocos momentos despues.

Dado su cuerpo á la tierra, junto á su querido esposo, segun el deseo que ella misma manifestara, Oscar se marchó á Dublin con el niño.

Los padres de María se mostraron no menos desconsolados que sorprendidos con la triste nueva de la muerte de aquel sér tan tierno y afectuoso con el trágico fin del desventurado Enrique.

Sobre la frente del niño virtieron lágrimas de remordimiento por haber dado ocasion á la desgracia que le sumia en la orfandad, y Oscar tuvo que hacer mas breve de lo que habia pensado su permanencia entre aquella familia, pues su desconsuelo aumentaba gravemente el que experimentaba él por sus propios pesares.

Partió de Dublin, escribió á su padre y á la señora Marlove, participándoles que iba á salir de Inglaterra, y recogió las cartas de recomendacion necesarias.

Tomó un cuartito en la ciudad, y acto contínuo se dirigió á la persona á quien iba recomendado; pero como si todos los contratiempos estuviesen reservados para él, supo con extremo disgusto que aquella persona habia partido para las Indias occidentales.

Deseoso de poner en conocimiento del jóven oficial amigo suyo aquella nueva que de tal manera contrariaba sus planes, entró en un café y pidió recado de escribir para dirigirle inmediatamente una carta.

Mientras esperaba que le sirviesen tomó un periódico, y entónces experimentó un nuevo dolor; un dolor de los que no se borran en la vida y que no tienen compensacion en la tierra.

El periódico anunciaba la muerte de su padre.

Brotó de sus ojos un caudal de lágrimas al considerar que aun cuando algun dia se le mostrara la suerte muy propicia no podria compartirla con el noble anciano que tanto le habia amado, y á esta consideracion se unió la no ménos triste de que su buena Amanda quedaba sola en el mundo sin amparo y sin arrimo.

No pudo su corazon resistir á tan crudo golpe y cayó al suelo desvanecido.

El café estaba en su mismo barrio, y un vecino indicó la casa en que vivia, á donde fué trasladado.

Metiéronle en la cama, y durante quince dias no pudo librarse de una poderosa fiebre que puso en inminente riesgo su existencia.

Al fin como era jóven, su naturaleza triunfó de nuevo y poco á poco fue restableciéndose.

Cuando ya se halló en estado de ocuparse en sus asuntos se enteró de que la familia en cuya casa vivia habia gastado durante su enfermedad una suma de dinero que él no podia pagar.

Así lo declaró con todo el pesar de su corazon, y como el deudor no se pertenece á sí mismo, sus acreedores se

quedaron con todo lo suyo ménos un vestido y dos camisas, y Oscar pasó por el nuevo dolor y por la afrenta de verse sumido en una cárcel.

En los primeros momentos de verse encerrado, solo, sin esperanzas de salir á recibir el aire libre, no se acordó de él para nada.

La muerte de su padre, la orfandad de Amanda, la suerte de Adela á quien suponia tambien desgraciada, fueron los objetos que ocuparon su mente.

El deseo de comunicar sus pesares con persona que fuese capaz de sentirlos y ayudarle á deplorarlos, le tentó alguna vez y le instaba á escribir á su hermana; pero Oscar resistió á la tentacion y no quiso aumentar las aflicciones de aquella tierna y sensible criatura á quien se imaginaba muy abatida por la desgracia.

¡Cuánto mayor habria sido su amargura si hubiese averiguado todas las desdichas que se habian ido acumulando sobre la infeliz Amanda!

Un dia se recibió en la casa donde habia vivido Oscar, una carta para él.

La familia creyó que tal vez en aquella carta le incluirian alguna letra de cambio con que pudiese pagar y se la hizo enviar inmediatamente.

La carta era de la señora Marlove y le participaba muy conmovida la muerte del general Berbice, padre de Adela.

La señora Marlove expresaba en aquel escrito su sentimiento por la muerte del anciano general; pero al mismo tiempo decia á Oscar que en parte era mejor que el cielo le hubiese llamado á sí, pues de este modo no seria testigo de las desgracias de Adela.

Esta indicacion fue muy dolorosa para el buen Oscar, que en medio de sus infortunios no habia dejado de amar un solo instante á la hija del general Berbice.

Ardió al punto en deseos de saber qué infortunios eran los de su amada; anhelaba gozar de la libertad para saber á lo menos si habia medio de librarla de ellos; pero las puertas de las prisiones no se abren al impulso de los nobles deseos, y el pobre Oscar se dejó caer rendido en el duro asiento, abrumado por el peso de sus desgracias y el que padecian las personas que le eran queridas; y aunque la señora Marlove habia sido tan lacónica, él adivinó que Belgrave era la causa á que se referia su amiga, y sintió brotar de su corazon el ódio, aquel ódio tan tardío, que parecia no deber extinguirse nunca si habia de durar anto como el recuerdo de las maldades conocidas por entonces del esposo de Adela.

CAPITULO L.

El grito de Leoncio.

El que ha nacido con un corazon sensible y lleva por norma la idea de la justicia, padece, es verdad, á la vista de los dolores que afligen á los buenos; pero en cambio las alegrías de estos son como suyas propias y el cumplimiento de sus deberes le es grato á la conciencia: así como el hombre de torcidos propósitos padece con el espectáculo de las venturas ajenas, y los goces escasos que puede hallar en el mundo están siempre acibarados por el miedo de ver descubierta su maldad, por el desprecio de los demás ó por sus propios remordimientos.

Oscar en medio de los rigores de la suerte tenia en su favor el testimonio de su conciencia, que no solamente no le acusaba, sino que le absolvia de todas sus acciones.

Es verdad que la no interrumpida série de desgracias que sobre él y su familia habian caido le tenian postrado en el mayor abatimiento; pero á lo menos aquella postracion no estaba amargada por ningun mal recuerdo.

Un dia en que sentia su pecho más oprimido que de costumbre por la falta de aire de su prision, hubo de salir á un patio donde se permitia pasear á ciertas horas á todos los infelices encerrados en aquel triste albergue.

No lo habia hecho hasta entonces porque la soledad le era grata y por no verse expuesto á trabar relaciones con personas desconocidas, desgraciadas todas y cuyas desgracias no podia aliviar; pero la opresion que aquel dia estaba padeciendo le impulsó fuera de su cuarto.

El patio era más grande que lo que imaginaba, y al extremo de él habia un jardin por cuyas calles de árboles vió que pasaban varios presos.

Algunas de dichas calles estaban desiertas y Oscar eligió la más retirada para dar su paseo.

A la primera vuelta se encontró de improviso con un anciano de bondadoso semblante, envuelto en un raido capote militar.

Aquel hombre que tambien deseaba la soledad, al verle por primera vez en el paseo levantó la vista y la fijó con cierta curiosidad en Oscar.

Este le miró tambien, y atraido por la dulzura del semblante de aquel hombre, no pudo ménos de examinarle atentamente, y en el brillo de sus ojos conoció que no era tan viejo como al pronto se habia figurado, y se persuadió de que sin duda los infortunios habian arrugado su frente y surcado sus pálidas mejillas.

A la segunda vuelta que dieron el desconocido volvió á fijar sus miradas en el hermano de Amanda y este apartó los ojos.

Entónces se le acercó aquel, y con acento bondadoso le dijo:

Así pasaba el tiempo en la abadía.

Cierta mañana estaba la señora Duncan presenciando agradablemente como sus hijas tomaban lecciones de Amanda, cuando entró con cierta agitacion la tia de aquella, y mandando á las niñas que salieran á jugar á la galería interior, dijo á su sobrina:

—Conviene que tú y la señorita Francisca no salgais de esta parte de la abadía hasta que os avise.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada sino que está abajo el conserje del castillo de Rosline y no conviene que vea á personas extrañas, pues no dejaria de decírselo á su amo, el cual, estoy segura de ello, no lo llevaria á bien y mucho menos su esposa.

—Enhorabuena, no saldremos por mas que sea incómodo...

—Lo primero es lo primero, hija mia. Voy á cerrar.

Salió muy atareada la señora Bruce, y Amanda y su amiga quedaron discurriendo sobre el empeño de la familia de Rosline en que no penetrara nadie en una posesion que no visitaba nunca, y tambien sobre el motivo que habria sido causa de presentarse en aquel sitio el personaje que las obligaba á permanecer escondidas.

A las dos horas se retiró el conserje, y la señora Bruce se apresuró á comunicar á sus prisioneras que ya podian salir cuando les pareciese.

—¿Traia alguna noticia importante ese conserje? preguntó la señora Duncan á su tia.

—Una novedad trae, y una noticia que aunque tiene importancia para sus amos no tiene ninguna para nosotras.

—¿Pues qué sucede?

—Sucede que la familia de Rosline va á llegar en breve á su castillo.

—Pero... ¿para pasar dias?

—Tambien á mí me ha extrañado al principio su venida, pues no está el tiempo para que se vengan al campo los que tienen en la capital un palacio magnífico, y cierto no les esperaba yo hasta el verano, pero cuando supe lo que habia...

—¿Pues qué hay?

—Una gran novedad, que será causa de que tú, tus hijas y tu amiga tengais que trasladaros al pueblo inmediato mientras los marqueses no se vayan; pues por nada del mundo quisiera yo que supieran que no estoy sola.

—¡Dios mio! tener que salir de aquí...

—¿Qué quieres que te diga, sobrina? No tengo medio de evitarlo. Los marqueses son exigentes en este particular; tienen derecho á ser obedecidos pues disponen de lo suyo, y á mí me podria traer muy mal resultado el separarme de sus órdenes.

—Ni quiera Dios, repuso la señora Duncan, que por mi culpa os vea yo expuesta á disgusto alguno. Dejaremos la abadía, si quereis, hoy mismo...

—No corre la cosa tanta prisa.

—Es que podrian presentarse de improviso...

—No, sobrina, pues segun el conserje, no vendrán sino á fines de la semana.

—Y al fin ¿cuál es el motivo de ese intempestivo viaje?

—En cuanto á intempestivo no lo es para los marqueses, que van á casar á su hija.

—¡A la señorita Eufrasia!

llamado la atencion vuestra fisonomía por su semejanza con la de una jóven á quien he conocido, aunque poco, y á quien no podré olvidar mientras viva. ¡Excelente corazon! Era hija de un militar, hombre honrado é inteligente á quien tampoco le fue propicia la suerte, y eso que lo merecia por sus virtudes y las de su hija. El agradecimiento que la profeso me hizo entrar en deseos de saber de ella y su familia, y supe que tenia un hermano militar tambien. ¿Lo sois vos acaso?

—Lo he sido, respondió Oscar bajando los ojos.

El desconocido le vió mostrarse tan pronto avergonzado como iracundo, y no sabiendo cómo interpretar aquellos sentimientos que veia pintarse en su semblante, le dijo:

—Veo que acaso puedo seros molesto, pero no tomeis á enojo el que os haya detenido. Yo tampoco suelo conversar con la mayor parte de nuestros compañeros de cautiverio. Si con vos no he sentido repugnancia á hacerlo, ha sido porque me ha sido simpático vuestro semblante, y porque como os he dicho, me habeis hecho recordar á una jóven, á un ángel diré más bien, que una vez se apareció á mis ojos para derramar en mi pecho el consuelo, y otra vez salvó de una espantosa calamidad á mis tiernos hijos y á mi esposa, cuando yo ya no podia procurarles el sustento necesario.

El desconocido levantó los ojos al cielo y exclamó juntando las manos:

—¡Oh bondadosa Amanda, quiera el cielo haceros tan dichosa como por vuestras virtudes teneis merecido!

—¡Amanda! repitió Oscar en extremo conmovido,

¡Amanda! ¡Cómo, señor, conoceriais acaso!.. Decidme por Dios de quién me estais hablando.

—¡Dios mio! dijo admirado á su vez el desconocido, ¿será cierto el presentimiento que vos me impulsaba? ¿Seriais acaso hermano ó pariente de la señorita Fitzalan?

—¡Es mi hermana! prorumpió Oscar, saltándosele las lágrimas.

El desconocido clavó en él los ojos llenos de asombro y lástima, y despues de un breve rato dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Ay! esclamó Oscar, en medio de mi dolor, ¡cuán grato consuelo experimenta mi corazon en este instante! Oir de vuestros labios el nombre de mi adorada Amanda acompañado de alabanzas, es ventura que no me habia atrevido á esperar. ¡Vos la habeis conocido un momento y la habeis amado! ¿Y cómo no, si es la bondad misma?

El desconocido, que permanecia con la frente inclinada al suelo, miró entonces á Oscar con muestras de la mayor afliccion y dijo tristemente:

—¡A qué duras pruebas somete el cielo á los que caminan por la senda de la honradez! Siendo vos hermano de la señorita Fitzalan, yo no puedo dudar un momento de que sois un excelente corazon: ella os abona si ya no os recomendase vuestro porte. Imposible parece que así padezcan los buenos en la tierra mientras la maldad triunfa y todo lo somete á su imperio.

—¡Oh, si vos habeis conocido á mi hermana; si sabeis de ella, decidme que el cielo recompensa sus virtudes y que es tan feliz como yo soy desgraciado!

—¡Pues qué! ¿Lo ignorais vos?

—Lo ignoro, señor; la mala ventura nos separó y no ha vuelto á reunirnos. He gemido largo tiempo lejos de ella y de mi querido padre, y cuando más necesitaba yo de la libertad para consagrarme á la dicha de mi hermana, más atado me veo, preso vergonzosamente, sin amigos...

—Moderaos, jóven, replicó el desconocido interrumpiéndole, calmaos os ruego y aprended desde jóven á soportar heróicamente la desgracia. En mi teneis uno de los más elocuentes ejemplos del rigor de la fortuna. Yo he sido inícuamente desposeido de los bienes que debia heredar y he tenido que mendigar pan para mi esposa y mis tiernos hijos. Vuestra hermana se me apareció como un ángel, y ¿quién sabe si me salvó de la desesperacion y salvó conmigo á todos los mios? No me habia visto más que una vez en casa de la usurpadora de mis bienes...

—¿Mi buena hermana visitaba á la persona á quien debeis vuestra desgracia?

—Segun supe despues, habia venido á Londres acompañada de aquella, que se llamaba señora Devons. Despues pasaron ambas á vivir con los marqueses de Rosline, y por fin...

—Acabad.

—Por fin se volvió á Carberry, cuyo castillo administraba vuestro excelente padre.

Estas últimas palabras las pronunció el desconocido con cierta turbacion. Habia oido referir el escándalo ocurrido en casa de los Rosline, la noche en que hallaron escondido en ella á Belgrave; y aunque nunca dudó de la inocencia de Amanda, como no podia explicarse aquel suceso, no quiso referirse ni remotamente á él en presencia de Oscar.

—¿Y no habeis vuelto á saber de ella? preguntó este.

—No por desgracia mia. Ni el breve placer he gozado de poderle mostrar mi agradecimiento por lo que hizo por mí en uno de los mas amargos trances de mi vida. Mis pobres hijas, mi mujer la han bendecido mil veces...

Una campana que sonó en aquel momento cubrió la voz del desconocido.

Era la hora en que los presos debian retirarse á sus respectivas habitaciones y quedaba interrumpida toda comunicacion entre ellos.

Los guardianes de la casa golpearon las puertas que daban al patio con sus manojos de llaves; y los presos, que ya sabian lo que aquello significaba, se fueron retirando.

—Nos separan, dijo Oscar.

—Sí, replicó su compañero. Permitidme estrechar vuestra mano. Hasta mañana, y si os puedo ser útil en algo, mandad. Soy el capitan Leoncio.

Suponemos que ya habria adivinado el lector que en efecto, el desgraciado preso era aquel Leoncio víctima de la codicia de la señora Devons.

Oscar se separó de él con cierta tristeza mezclada de consuelo.

Al fin habia encontrado quién le hablase de su hermana, y los elogios que de ella habia oido expresados con el tono del más profundo agradecimiento acababan de despertar en su corazon mil afectos tiernos.

Al estrechar la mano de Leoncio, sintió un estremecimiento de placer semejante al que pudiera hacerle experimentar el contacto de la mano de Amanda.

En esta disposicion de ánimo se retiró á su cuarto, donde quedo encerrado pensando en el género de alivio que en medio de su desventura le era concedido, y no pudo cerrar los ojos en toda la noche.

Estaba inquieto y le asaltaban mil opuestas ideas.

Por un lado abrigaba la vaga esperanza de que por medio del capitan Leoncio, quizá podria descubrir el paradero de Amanda; por otro lado se entristecia profundamente al pensar que si daba con ella no le podria servir de apoyo en la precaria situacion en que se encontraba, falto absolutamente de recursos y privado hasta de la paga con que mientras permaneció en el ejército pudo atender á sus gastos más precisos.

La idea de ser enteramente útil para Amanda, le inspiraba los propósitos más disparatados y le llenaba de confusion y vergüenza.

Esperó el dia impaciente para pasar al cuarto de Leoncio y renovar la conversacion de la tarde anterior, porque hasta entonces la soledad no le habia sido tan ingrata, y porque, á pesar de todo, el estímulo más poderoso de su corazon era tratar de Amanda.

Aguijoneado por su afecto, pasó repetidas veces por el pasillo donde se hallaba la habitacion de Leoncio, y oyó en su cuarto una conversacion animada y muchas voces.

Esperó que se fueran las visitas de su compañero, cuya suerte comparó con la triste soledad que á él le rodeaba; pero Leoncio no salió de su cuarto en todo el dia.

Desde que Oscar se hallaba en la prision, nunca se le habian hecho tan largas las horas.

Repetidas veces se habia dicho á sí mismo que ya no

era posible que á su dolor se añadiese un dolor nuevo, y aquel dia, en que habia fundado tantas esperanzas y que tan breve habria trascurrido si hubiese hablado con Leoncio, se vió contrariado en extremo y padeció mas que en los anteriores.

Habian salido ya los presos á dar su paseo por el patio; habian vuelto á sus encierros; caian las sombras de la noche mas negras y siniestras para el preso y reinaba el silencio en el pabellon de Oscar, cuando de pronto le sorprendió un gran vocerío y los atropellados pasos de mucha gente que se dirigia hácia donde él estaba.

Abrieron la puerta de su cuarto y entre tanto la voz de Leoncio gritaba desde fuera:

—¡Libres, señor Fitzalan! estamos libres... libres!

Al mismo tiempo entraba apresurado en el calabozo de Oscar un jóven de bello semblante, cuya belleza realzaban los sentimientos de que estaba poseido.

Aquel jóven era Carlos Bingley.

CAPITULO LI.

Habla la señora Cónels.

El doble interés de nuestro relato exige que volvamos á ocuparnos de la suerte de Amanda, á quien dejamos sumida en la mas profunda tristeza al alejarse de la tranquila morada de las señores Vimars y encaminándose á la populosa Londres, en donde habian tenido orígen sus mayores desgracias.

La melancolía se habia apoderado de su corazon, y cuando para desecharla se entregaba á los discursos que no podia ménos de inspirarle el objeto de su viaje, la asaltaban negros terrores.

¿Qué iba á hacer, pensaba entre sí, en aquella inmensa poblacion, cuyos agitados moradores apenas se conocen unos á otros? ¿Quién habia de tener tiempo ni voluntad para ocuparse de sus asuntos? ¿Quién la ampararia contra otro golpe que la desgracia descargase sobre ella?

Sus recursos eran muy cortos y podian agotársele antes

que viese logrado el propósito que le habia hecho comprender tan peligroso viaje.

Al salir de la casa de los señores Vimars habia visto los lujosos carruajes de Mortimer y de su tia Marta. Todo aquel aparato le habia despertado la idea del lujo que sin duda se desplegaria en la próxima boda de su amado con Eufrasia.

Ella entre tanto iba sola por el mundo, con un nombre fingido, en busca de Oscar de quien nadie sabia nada, lleno el corazon de recuerdos tristes, obligada á alejarse de todos los sitios donde imperaba algun defecto, para correr á la ventura á tentar càsi un imposible.

Durante el camino nada vió de los objetos que habrian podido distraerla, entregada siempre á sus tristes pensamientos.

Era oscura la tarde en que llegó Amanda al revuelto mar de Londres.

Hacia rato que penetrara en la ciudad, y ni siquiera se habia dado cuenta de ello, abismada como iba, segun hemos dicho, en sus melancólicas ideas.

Cuando vió que en efecto habia llegado al término de su viaje, llamó al cochero y le dió las señas de la casa donde debia dejarla en la calle de Bond.

Detúvose el coche en el sitio indicado y Amanda se apeó en la tienda de la señora Cónels.

Entró dando una mirada á su alrededor, y vió en seguida á la hija mayor de Leoncio, que en actitud pensativa tenia el codo apoyado en el mostrador y la frente en la palma de la mano.

Amanda la conoció inmediatamente, y al ruido que hizo

levantó la otra la cabeza y corriendo ella con toda diligencia y no menor sorpresa exclamó:

—¡Oh mi querida señorita! ¡Cómo habia yo de esperar tanta dicha! Si supierais lo que he pensado en vos... ¡Nunca habia podido manifestaros mi agradecimiento...

Amanda bendecia entre tanto la feliz casualidad que tan pronto le habia hecho dar con una persona buena y amiga, quizá la única que podria servirle de algo en Londres. Se acordó de Leoncio y pensó que este podria hacer las diligencias indispensables para el logro del empeño que á la gran ciudad la habia llevado.

La hija de Leoncio besaba las manos de Amanda, y esta procuraba apartarlas de sus labios y estrechar las de aquella contra el corazon.

—Basta, basta, dijo por fin Amanda, en extremo conmovida al ver las demostraciones de la hija de Leoncio; decidme que están todos buenos y qué es lo que hace vuestro padre.

La hija de Leoncio, sobrecogida de pronto, contestó con alguna turbacion á Amanda que todos estaban buenos y que se alegrarian de su regreso á Londres.

Amanda notó la turbacion de la jóven, y comprendiendo que podia quizá incurrir en alguna indiscrecion si volvia á preguntarle por su familia, la dijo que deseaba ver á la señora Cónels si estaba en casa.

La hija de Leoncio, á quien llamaremos Emilia, pasó á la trastienda, y volvió á presentarse en seguida con la dueña de la casa.

Era la señora Cónels una mujer llana y bastota, peque-

ña y rechoncha, irlandesa, muy lista y amiga de todo género de comodidades.

—¡Con qué sois la señorita á quien ya en otra ocasion tuve el gusto...! vaya, me alegro mucho de volver á veros. ¿Qué os trae por acá? Sentaos, sentaos sin cumplidos; muchas alabanzas tengo oidas de vos y creo que sin duda las merecereis; porque esta jovencita que veis ahí no se cansa de ensalzar vuestro mérito. Pero ¿por qué no dejais ese lio, que os estará molestando? Bien dicen, y es lo cierto, que las personas se encuentran que no las montañas.

Todo eso dijo de un tiron la señora Cónels, sin quitarle á Amanda los ojos de encima y haciendo, mientras iba hablando, juicio de su palidez y del motivo que podia haberla obligado á emprender aquel viaje.

—Yo, señora, dijo Amanda, vengo de un condado muy distante y conozco muy pocas personas en Londres. Me he dirigido á vuestra casa, y si pudiera quedarme en ella, á lo ménos no me hallaria entre gente del todo extraña.

—¿Y pensais, preguntó la señora Cónels, permanecer mucho en Londres?

—Eso dependerá de que tarde más ó ménos en resolverse el asunto que me trae.

—Supongo que no vendreis á dedicaros á negocios...

—No, señora.

—En busca de colocacion tampoco habreis venido, ¿no es verdad?

—Tampoco he venido á eso.

—Vamos, será para desempeñar alguna comision de

amigos vuestros; porque, segun tengo entendido, negocios de familia, tampoco teneis ninguno que arreglar.

—Así es.

La señora Cónels rabiaba por averiguar el secreto de Amanda, y viendo que esta no mostraba traza de hallarse dispuesta á complacerla, dijo despues de una pausa:

—Pues, hija mia, yo tendria mucho gusto en hospedaros en mi casa; pero no coge en ella una mosca. Todo lo tengo ocupado: lo que se llama todo.

Ante aquella negativa y aquel aplomo que parecian revelar cierta complacencia en la señora Cónels al dejar á Amanda sin albergue, enmudeció esta y dió bien á conocer lo entristecida que quedaba.

No menos triste mostraba Emilia el semblante, y como si adivinara el pesar de Amanda, en un momento en que esta bajó los ojos, dijo precipitadamente algunas palabras al oido de la señora Cónels.

Esta la miró con sorpresa y tal vez no con muy buena voluntad, y como Emilia insistiese con un ademan expresivo, la señora Cónels dijo á Amanda cambiando de tono:

—Supuesto que teneis empeño en no habitar sino en ciertos sitios, lo cual prueba vuestra extremada discrecion, podriais aceptar la mitad del lecho de Emilia, que os lo ofrece con muy buena voluntad. Siquiera hasta que encontreis alojámiento mas cómodo podriais apechugar con lo que se os presenta, y yo por mi parte haré cuanto esté en mi mano para haceros esta casa todo lo grata posible.

Amanda estrechó con expresivo ademan las manos de Emilia.

—Quisiera yo, dijo esta, poderos ofrecer algo mejor; pero...

—Callad, por Dios replicó afectuosamente Amanda; no podeis imaginar cuánto placer acabais de hacerme. Os agradezco infinitamente vuestro ofrecimiento y no sé cómo expresaros mi alegría. Un rinconcito á vuestro lado me será mas agradable que el mas suntuoso palacio, donde sólo me rodeasen personas extrañas.

—Vaya; aun se ha compuesto la cosa á gusto de todos, dijo la señora Cónels, y se dirigió al mostrador donde se hallaba la maleta de Amanda.

Como el sobre de la maleta decia «Francisca Donald,» la señora Cónels, siempre curiosa, dijo:

—Hola, veo que os llamais Donald. ¿Escosesa sois, segun el apellido? pero nadie os lo conocerá en el acento. Habreis vivido lejos de Escocia...

—Sí...; he vivido en Irlanda...

—¡Si lo dije yo! En materia de acentos tengo un oido...

—¡Y yo, dijo Emilia, que hasta ahora habia ignorado vuestro nombre...!

Amanda no quiso desvanecer el error de aquellas dos mujeres y se propuso continuar fingiendo ser Donald, hasta tener la certeza de que Leoncio se encargaria de desempeñar la comision que se habia determinado á darle.

La señora Cónels y Emilia se levantaron, y Amanda se puso tambien en pié y pasó con ellas á la trastienda.

Entraron en una salita muy limpia y amueblada con tanto gusto como decencia.

Emilia la preguntó en seguida si queria tomar algo, y

antes que Amanda pudiese responder, dijo la señora Cónels:

—Si hubierais llegado un par de horas mas temprano os habria podido ofrecer un buen pedazo de ternera, que era una gloria verla y sabia á cielos.

—No he sentido gana de comer en todo el dia, replicó la triste Amanda. Os agradezco la buena voluntad, así como os agradeceré tambien una taza de té, á la hora que sea costumbre vuestra tomarlo.

—¿Té? lo tengo exquisto y tomareis con él una torta caliente. Yo soy muy amiga del té y lo he sido siempre. ¡Si pudiera ver junto el que he tomado en este mundo...! Y eso que mi marido (Dios le tenga en el cielo) siempre me estaba diciendo que era lo mas perjudicial para mí; que de ningun modo convenia á un temperamento como el mio. Por cierto que solia añadir riendo: Se conoce en esto que sois hija de Eva: no podeis resistir á la tentacion.

En esto salió Emilia, que se habia retirado unos momentos antes, y dijo á Amanda:

—No os dejaria un momento, con el deseo de mostraros lo satisfecha que estoy á vuestro lado y mis ganas de serviros; pero me precisa ir á ver á mi padre y á mi madre y sólo por ellos me alejo de vos.

—Yo, respondió Amanda, no sabré ponderaros el gusto de hallarme en vuestra compañía; pero no quiero causaros molestia alguna. Id con Dios, ¡y ojalá tengais siempre padres á quien visitar!

Apenas hubo salido Emilia dijo la señora Cónels:

—Bien podeis decir que teneis una verdadera amiga en esta muchacha; pues aunque nunca la he oido nombraros,

pues segun ha dicho ignoraba vuestro nombre, jamás la he visto cansarse de decir alabanzas vuestras. Yo al oirla he dicho mil veces : dichosa esa señorita si merece ser tan querida como lo es.

—Vos que conoceis á Emilia comprendereis que todo lo que de mí haya dicho ha de ser puro efecto de su bondad.

—Sí, lo que es buena índole la tiene. Lo que le falta es... cierta docilidad... no sé cómo explicarme : es un tanto asperilla... A bien que por otra parte no es de extreñar, si se tiene en cuenta la mala situacion en que se halla su padre.

—Espero, dijo Amanda, que no sea tan mala como cuando yo la ví por primera vez.

—¿Tan mala, decís? Como que no puede ser peor.

—¡Qué escucho! exclamó Amanda alarmada y poseida de lástima.

—Figuraos que está preso...

—¡Preso!

—No hay mas : preso por deudas.

—¡Dios mio, qué desgracia!

—Y que lleva mas de un año y no veo muy fácil el remedio.

—¿Y en todo ese tiempo no habeis tratado de mover el corazon de la señora Devons?

—¿La señora Devons? Tanto valdria pedir á las peñas, y aun peor es ella; que las peñas alguna vez han dado agua. Aquella mujer, Dios me lo perdone, tiene entrañas de fiera. Si el pobre capitan no hubiese contado hasta hoy cos sus recursos que los que de ella ha recibido, á estas horas estaria ya pudriendo.

—¡Pobre señor Leoncio!

—¡Y tan pobre! Yo hace ya catorce años que le conozco: le ví por primera vez viviendo aun mi marido (Dios le tenga en el cielo). Mi marido (que de gloria goce) y yo teníamos tienda en Dublin, donde se hallaba de guarnicion su regimiento. Él se hospedó en nuestra casa... por cierto que allí parió su mujer. Era buena gente y nos hicimos muy amigos. Despues tuvieron que irse á América... A nosotros nos gustaba mucho Dublin y no comprendíamos que nadie fuese á vivir á otra parte; mas... ¡para que se vea lo que son las cosas! muy poco tiempo despues estuvo á vernos un pariente de mi marido (que de gloria goce). El tal pariente era propietario de esta casa y tienda; acababa de enviudar y habia quedado solo, sin padres y sin hijos. Nos propuso que nos viniéramos á vivir aquí para cuidar de él, y nos ofreció que nos daria parte en todos los beneficios y nos dejaria sus bienes si, como parecia natural, moria antes que nosotros, por ser de mas edad. Mejor partido no lo podíamos esperar. Reflexionamos sobre ello y nos vinimos. Al poco tiempo murió el pariente de mi marido (en paz estén sus almas), y me acostumbré á vivir tan bien aquí como en Dublin. ¡Qué, si todo es á lo que uno se acostumbra! Al principio de mi viudez lloré yo mucho; pero como la religion nos manda que nos dejemos abatir por el dolor, hija, hice un esfuerzo y cobré ánimo y traté de vivir... y adelante! En fin, como no me gusta ser pesada, os diré para abreviar, que hará cosa de seis años veo entrar un dia en mi tienda á Emilia con su madre. Venian con intencion de comprar sin la menor sospecha de que fuesen á encontrarse con una antigua amiga.

Figuraos nuestra sorpresa y nuestra alegría. Es decir: en cuanto á alegría, de todo hubo, porque yo les conté cómo habia enviudado y lo mal que andaban los negocios, y ellas no me hablaron más que de lástimas. Los asuntos del capitan ya habian tomado entónces muy mal sesgo y anduvieron de mal en peor hasta que al fin lo prendieron. ¡Qué quereis! ¡cómo ha de ser! Desde la prision del capitan tomé yo á Emilia en casa para que me ayudara en mi comercio y además la vista. Pero como nada basta para una familia donde falta la cabeza, he cuidado tambien de que tuvieran algo que trabajar la madre y las demás chicas. Bien sudan lo que comen; pero es lo que suele decirse: el que no tiene rentas... gracias que encuentre trabajo. Afortunadamente Emilia, vos habeis dicho una gran verdad: Emilia es muy buena muchacha. Ahora ha salido ¿para qué? para ir á ver á su padre. ¡Pero qué aturdida soy! exclamó levantándose de pronto la señora Cónels, el agua está hierve que te hierve, y yo sin acordarme de vuestro té.

Llamó á la criada para que pusiera la mesa, y Amanda á sus ruegos aceptó una de las tortas de que tomó cinco ó seis la señora Cónels, con la precaucion de untarlas de manteca.

Pareció animarse con aquella colacion, y entre bocado y bocado siguió diciendo:

—Podeis creer, señorita Donald, que Emilia, aunque ella merece mucho, ha tenido muy buena suerte en dar con una casa como la mia.

—No lo dudo, señora Cónels, y me parece que está muy satisfecha de ello.

—Bien puede estarlo. Vos ignorais ciertas cosas... mas supuesto que os interesais tanto por Emilia y que ella os quiere tan bien como mil veces ha manifestado, bien puedo enteraros de lo que hay y aun creo que tengo obligacion de contároslo, mientras Emilia está ausente, pues si estuviera aquí, ella misma se habria apresurado á haceros el relato de lo que vais á oir de mi boca.

—Yo no quisiera, señora..., dijo Amanda.

—¡Si ella misma os lo habia de contar! ¿Qué más dá? El caso es que hace cosa de un mes vino á hospedarse aquí un caballero de muy buena traza. Yo sin más que verle la cara conocí en seguida que era hombre de dinero. No lo digo por alabarme; pero si viérais qué buen ojo tengo para eso... Pues señor, al cabo de pocos dias observo que mi buen Parvent (mi huésped se llama Parvent), observo digo que el buen señor espiaba las horas en que podia hallar por la escalera á Emilia, le dirigia frecuentes miradas, bajaba á la tienda con pretextos y dije: tate, yo te compondré. Lo hice como lo dije, porque á mí no me dan empacho ciertas cosas, y un dia cuando él iba á salir le cerré el paso y le dije: «Señor Parvent, vos teneis muy buena paga y muy buena educacion: eso se os conoce á la legua; pero las cortesías, los guiños y las visitas disimuladas que de contínuo estais haciendo á la señorita Emilia, no me convienen. Esa linda jóven es muy honesta y recatada y bien nacida. O vuestros fines son como Dios manda, ó no. Si la quereis por la buena, padres tiene ella con quien podeis entenderos; si no... ya comprendereis que en casa no podeis quedaros.» Así se lo espeté de un tiron, hija mia, más claro que el sol. ¡Vaya! Él me miraba... me miraba... todo se le volvia

mirarme, como diciendo para sí: «¡cáspita y cómo va al bulto la huéspeda!» y en cuanto yo acabé de hablar empezó él... ¡hija, qué bien! Lléveme el diantre si no ha sido diputado. ¡Qué boca aquella! Yo me quedé lela. Con una dulzura encantadora, con palabras muy escogidas y á cada momento «querida señora Cónels» por aquí y «querida señora Cónels» por allá, me convenció el hombre de que sus intenciones eran rectas y él todo un caballero. Yo, cuando hube oido lo principal, le dije: «Caballero Parvent, yo creo que entre gente de bien mas vale una buena palabra que muchas palabras.» Y él con una sonrisa de mucha satisfaccion, me enteró en seguida de que estaba muy bien acomodado y que su firme propósito era casarse con Emilia sacando antes á su padre de la cárcel y asegurando el porvenir de toda la familia. «Algo os tocará á vos, mi querida señora Cónels,» añadió; pero como podeis figuraros yo le repliqué con energía que no me hablase de semejante cosa, como en efecto... ¡líbreme Dios de pensar en ello! Si él quiere hacer algo por mí... que haga lo que le parezca.

La señora Cónels se tragó la saliva, y extendiendo el brazo para atajar á Amanda si se le ocurria decir algo, añadió atropelladamente:

—Pues señor... ahora entra lo bueno. ¡Si os digo que es una tragedia! Vais á ver. Hace algun tiempo se nos habia descolgado por acá un jóven... pobre. Era comisionado ó agente ó procurador... en fin: uno de esos hombres que cuidan del dinero ajeno á expensas del suyo. Muy modosito, muy bien criado, eso sí; pero en cuanto á dinero, perdone por Dios. Llega como digo ese mozo y por

cuanto se le ocurre enamorarse de Emilia. Y lo peor es que como las muchachas del dia (sin agraviar á nadie) van siempre á lo peor, se le aficiona ella, y aquí te quiero ver, escopeta. El muchacho habia hablado como un ángel, eso sí. Habia favorecido indirectamente y con mucha delicadeza á los padres, habia dejado conocer su carácter bondadoso y sincero, y en fin, despues de estar bien seguro de que nuestra Emilia no le daria calabazas, la habia pedido por esposa á sus padres, quienes, aunque le habrian querido mas rico, se dieron por bien pagados con verle tan bondadoso. Esto para mí, acá para entre las dos, fue una barbaridad de los padres de Emilia. ¿Qué prisa os corre mal aconsejados, decia yo para mí, el casar á la chica? ¿Se le pasa el tiempo acaso para que así se la entregueis á un hombre tan bueno como se quiera, pero que de puro bueno anda aperreado por el mundo y apenas gana para comer? En fin, dejemos esto, y vamos al caso. Una vez enterada yo de los honestos propósitos del caballero Parvent, corro á ver á los padres de Emilia para darles la buena nueva. Yo me figuraba que iban á recibir un alegron extraordinario... ¡que si quieres! Se me quedaron perplejos...; por último el padre me salió con que estaba tan agredecido al novio..., al pobre; que ya habia empeñado su palabra... en fin, que desairaron á mi caballero Parvent con unos pretextos, que daba risa oirlos en boca de personas que no tenian ni tienen sobre qué caerse muertas.

Yo salí de allí muy incomodada de ver que ni habian hecho caso de mis razones ni sabian comprender sus intereses; pero no me dí por vencida; porque cuando á mí se me pone una cosa entre ceja y ceja... ¡jum! ¿Sabeis lo que

hice? Le puse una carta muy bien puesta al novio pobre y le dije que era un cargo de conciencia que se hubiese empeñado en hacer compartir su desgraciada suerte á una muchacha como Emilia, quitándole á ella y á sus padres las ventajas que les habian de resultar de un matrimonio con un caballero muy rico que la andaba pretendiendo. Le dije además que los padres de Emilia eran unos pazguatos, que no se atrevian á romper con él porque habian empeñado su palabra; pero que estaban muy arrepentidos de aquel compromiso, y que en cuanto á Emilia, no se moriria por dejarle á él y casarse con un caballero que la haria arrastrar coche. Por no ser molesta no os diré uno por uno todos los pormenores que le puse en la dichosa carta, con tanta sal y pimienta que conseguí que el mozo renunciara á la mano de Emilia por consideracion á su porvenir y al de sus padres, conforme se lo escribió á estos en una carta muy sentimental y bien puesta.

Emilia, como es chiquilla y estaba algo encalabrinada con el pobre muchacho, no quedó contenta, sino muy al contrario; pero en cuanto á sus padres, estoy segura que en el fondo de su corazon se han alegrado mucho de mi intervencion y eficacia.

De modo y de manera, hija del alma, que hoy dia la cosa está en muy buen estado, y el caballero Parvent (que es todo un caballero) está ardiendo en deseos de casarse con la muchacha y le ha hecho algunos regalitos que por sí solos dan una excelente idea de la brillante fortuna que aguarda á mi protegida y amiga vuestra.

A estas horas el capitan Leoncio estaria fuera de la prision y tratado á cuerpo de rey en un palacio, si para

ello sólo se necesitase de la buena voluntad del caballero Parvent; pero hace falta dinero tambien y el caballero Parvent lo está esperando de varios arrendatarios suyos, que ya debian habérselo enviado á estas horas, y en cuanto lo reciba se va á trocar la suerte de esa desgraciada familia como las vistas de una linterna mágica.

Lo único que me da pena y que debe dárnosla á todos es que Emilia en vez de estar alegre anda triste y cariacontecida, como si hubiese de sacrificarse á un hombre viejo, feo y pobre, cuando os juro que el caballero Parvent no tiene nada de eso, y sólo en el modo de llevar la ropa se le conoce á la legua que es de buena casta. Yo cuando la veo triste, no sé lo que me haria con ella, y le daria de mojicones cuando llora; porque habeis de saber que en ciertas ocasiones hasta lloriquea.

—No es de extrañar y hay que compadecerla, dijo Amanda; mas ya habeis dicho que su corazon era de otro...

—Pero, señorita, eso no es bueno para los ricos, que todo les sobra y pueden hacer de su capa un sayo; pero las niñas pobres no han de andar así con su corazon.

—Ella amaba al otro creyendo no obrar mal...

Pero el otro no tenia dónde caerse muerto ni con qué sacar al pobre capitan de la cárcel. Ella debe amar lo mas útil á sus padres y á sí misma. En mi tierra eso es claro como el agua. A propósito, señorita, ¿de qué tierra venís?

—De un punto de Escocia, muy léjos de aquí.

—¡De Escocia! No digo nada si está eso léjos. ¡Bonito viaje para una jóven sola! ¿Es verdad que es tan mal país y que por allá no se ven árboles ni verdor alguno?

—No es verdad. Puedo aseguraros que ni carece de verdes praderas, ni de sombra fresca y opaca.

—Pues yo siempre habia oido decir lo contrario; á bien que, como decia mi marido (que esté en gloria), se habla mucho en el mundo y por fuerza mucho se ha de mentir. ¡Conque de Escocia! ¿Y de qué parte de Escocia, si no es indiscrecion preguntarlo?

—Del país de Gales.

—¡Del país de Gales! Tambien he oido hablar de ese país: sí por cierto. Seguramente habreis trepado con frecuencia por aquellas montañas, ¿no es verdad?

—No... no he tenido ocasion de eso.

—Dicen que hay en aquel país muchas cabras. ¡Si vierais cómo me gusta á mí la leche de cabra...! Esto no quiere decir que me disguste la de vaca: al contrario, me gusta tambien. ¿Y vais á permanecer mucho tiempo en Londres?

—No puedo decirlo á punto fijo. El tiempo que haya de durar mi permanencia en esta populosa ciudad no depende de mí, dijo Amanda ahogando un suspiro.

—Ya entiendo. Eso dependerá... Vos habreis venido á despachar algun negocio importante...

—Así es.

—¡Oh! lo que es los negocios... Direis que me meto en lo que no me importa, pero hablando con franqueza, si el negocio es de mucho interés, mejor habriais hecho en recomendárselo á un agente; porque tener que venir de lejos una mujer sola... ¿qué quereis que os diga?

La señora Cónels se interrumpió y quedó mirando á la pobre hija de Fitzalan, en cuyo rostro habia clavado una mirada escudriñadora.

Amanda se sonrió primero tristemente, y por último bajó los ojos turbada.

Afortunadamente se libró, aunque tarde, de la charla de la señora Cónels, porque era llegada la hora de que ella y las muchachas que trabajaban en su casa tomasen el té.

CAPITULO LII.

Amanda y Emilia.

Pidió la charlatana permiso á Amanda para entregarse á sus ocupaciones, y despues del té se entró en la cocina, lavó los platos y tazas, é hizo una porcion de entretenidos preparativos para la cena, pues era mujer que cuidaba con esmero, y aun podemos decir con fruicion, de todo lo referente á su cama y á su mesa.

Entre tanto Amanda quedó sola y se dió á discurrir acerca de su situacion y el estado de sus negocios, libre del aturdimiento que le habia producido la charla inagotable de la entrometida y curiosa mujer de la casa.

La situacion de Leoncio era tan comprometida y apurada, que Amanda consideró imposible que pudiera auxiliarle como hasta entonces habia confiado.

Aun suponiendo que el estado de Leoncio mejorase muy en breve hasta el punto de recobrar la libertad, necesario

le seria emplear el tiempo en buscar el sustento necesario para él y su familia; tendria además que ocuparse en el establecimiento de su hija Emilia, y seria demasiado exigir pedirle que se dedicase á las prolijas diligencias que quizá fuesen menester para llegar al descubrimiento del paradero de Oscar.

En estas reflexiones pasó Amanda largo rato, entristeciéndose más á medida que en ellas iba penetrando, pues le parecia hallarse mas sola y mas alejada de su objeto que antes de su llegada á Londres, toda vez que entonces en medio de su ansiedad y sus dudas le sonreia la esperanza de lograr pronto el objeto de sus afanes.

La vuelta de la señora Cónels la sacó de su meditacion, y al mismo tiempo que la dueña de la casa, volvió tambien la linda Emilia, hija de Leoncio.

—A buen tiempo llegais, dijo la señora Cónels al ver entrar á Emilia; he tenido un rato de plática con vuestra amiga y le he dicho cuanto habia que decirle sobre vuestro asunto.

A Emilia pareció pesarle algo de aquella revelacion, quizá por temor de que su locuaz protectora no hubiese contado las cosas de manera que le hiciese poco favor á ella ó á su familia.

Hizo empero un esfuerzo para sonreir disimulando la pena que sentia y replicó:

—¿Luego no me habeis dejado nada que contar á mí? ¿Lo habeis contado absolutamente todo?

—¡Toma! contestó con gentil desembarazo la señora Cónels; esta señorita se habria fastidiado si no hubiésemos hablado de algo; he creido que lo mas interesante para

ella habia de ser lo que se refiriese á vuestra persona, y como ella no me ha contado su historia...

—Le habeis contado la mia.

—Siendo tan amigas como decís... no hay ningun mal en ello.

Amanda contemplaba á Emilia, y en su rostro y en su acento creyó descubrir un gran fondo de tristeza.

Comprendió lo doloroso que debia haber sido para la hija de Leoncio el haber tenido que renunciar al objeto de su amor, y en este punto por los sentimientos de su propio corazon juzgaba del ajeno. Imaginaba tambien y no sin mucho acierto las penalidades de Emilia en vista de la desgracia de su padre y de toda su familia, y se enternecia profundamente por ella, que desde aquel dia se le hizo mas y mas simpática.

Emilia, fuese que se sintiera turbada en presencia de Amanda, fuese por aquel natural pudor que no consiente á las personas delicadas la manifestacion de sus pesares sino en circunstancias especiales, procuró hablar lo menos posible, y bien puede decirse que sólo habló lo indispensable para ver si ponia coto á la desenfrenada charla de la señora Cónels, que á entrambas las tenia aturdidas.

Afortunadamente para ellas, cuando mas engolfada se hallaba en su palabrería la infatigable narradora, se detuvo de pronto, movió las ventanas de la nariz, y levantándose con sin igual viveza corrió á la cocina, con el recelo de que se le fuera á quemar la cena.

Era hora de ponerse á la mesa, y la señora Cónels, despues de apartar de la lumbre el guiso que habia corrido

peligro de quemarse, asomó desde la trastienda y suplicó á las dos amigas que la acompañasen á la mesa.

Amanda se excusó diciendo que el cansancio le habia quitado el apetito, y Emilia por su parte dijo que habia tomado una friolera poco rato antes, y que para ella la mejor cena consistiria en poder prestar algun servicio á la recien llegada.

Pidieron permiso para retirarse y subieron al cuarto de Emilia.

Ocupaba esta un reducido aposento que encantaba por la limpieza y el buen órden, ya que no pudiese ocultar lo pobre de los objetos que contenia.

Habia lumbre en la chimenea, y junto á ella colocó Emilia en seguida un sillon y se le ofreció á Amanda.

—No empeceis, dijo esta, á hacer cumplidos conmigo, me hareis temer que os sea enojosa mi compañía.

Emilia la hizo sentar cogiéndola de las manos y con muy cariñoso acento le dijo:

—¡Ah, señorita! Yo no he olvidado ni olvidaré nunca el beneficio que de vos tenemos recibido: no sé cómo podria demostraros mi agradecimiento; dejadme siquiera forjarme la ilusion de que ya que nunca pueda pagároslo, os pueda á lo menos dar á conocer los deseos de mi corazon.

Amanda estrechó su mano y le contestó:

—No parece sino que al venir á Londres pensando en vuestro padre, me acordase de lo que vos llamais beneficio recibido y esperáse de ello alguna recompensa. Sin embargo puedo aseguraros que no me acordaba de semejante cosa...

—¡Quereis callar, señorita...!

—Y que pensé en el buen Leoncio vuestro padre, porque no se me ocurrió que en tan populosa capital pudiese yo conocer á nadie mas, ni en nadie mas tener confianza.

—¡Oh cuánto os agradeceria mi pobre padre estas palabras si pudiese oirlas de vuestros labios! ¡Si supierais el efecto que en mi familia toda ha producido vuestra llegada! Yo ardia en deseos de participar á todos los de mi casa que os hallabais en Londres, y hasta que se lo he dicho no se me ha quitado del corazon el peso que le oprimia.

Ellos en medio de los disgustos que nos cercan ¡han recibido con tanta alegría la noticia! ¡Qué seria si su situacion les permitiese serviros como desean! ¡Mas ay...!

—Emilia, se apresuró á decir Amanda interrumpiéndola; por lo que os ha dicho la señora Cónels quizá podriais figuraros que yo le he preguntado pormenores acerca de la suerte de vuestra familia en general y de vos en particular. Os ruego pues que creais...

—¡Oh! no, señorita. Ya sabemos todos que esa buena señora no ha menester que le pregunten para referir asuntos ajenos; y aun cuando no lo supiéramos tampoco nos habríamos figurado lo que temeis, merced al concepto que tenemos formado de vuestra discrecion y delicadeza.

—Eso mas tengo que agradeceros. Lo que no quiero ocultaros es el interés que me ha inspirado lo que me ha dicho, y la atencion que he puesto en el relato de vuestros sucesos.

—Eso no lo dudo, señorita; os repito que conozco la bondad de vuestro corazon.

—No fué mi ánimo daros pié para una nueva lisonja Emilia.

—¿Creeis que trato de lisonjearos? ¡Oh! no, no os he dicho mas que la verdad. En medio de todo, me alegro de que la señora Cónels haya sido habladora. Así me costará á mí menos trabajo enteraros de mis penas, que deseo conozcais bien, porque el corazon me dice que debo esperar de vos gratos consuelos.

—¡Ojalá, Emilia, pudiera yo proporcionaros algun alivio que el cielo sabe que no os lo haria esperar! Desgraciadamente yo nada puedo, nada valgo...

—¡Oh, no hableis así! ¿Por ventura no sois vos aquella cuyo corazon se conmueve tiernamente por las desgracias ajenas? ¿No brotan de vuestros labios los dulces consuelos?

—¡Ay Emilia! Yo quisiera no verme reducida á la estéril compasion.

—¿Estéril la llamais? ¡Qué poco conoceis vuestro propio mérito! El bálsamo de vuestras palabras ha suavizado ya una vez mis amarguras, y vuestro entendimiento claro, ha de alumbrar, estoy segura de ello, la oscura senda por donde camino. ¡Si supierais...! Pero lo sabreis todo, todo. No me tengais por egoista al ver que pienso ocupar vuestra atencion con asuntos que sólo á mí me interesan, señorita...

—No, Emilia, no, antes debo estaros agradecida por esta prueba de confianza.

—¡Cuánto me place oiros hablar así! Me haceis recordar la primera vez que os ví; en que me salisteis al encuentro y me consolasteis ya, con vuestro aspecto, aun antes de oir vuestras cariñosas palabras. Despues de lo que acababa de padecer con las duras expresiones de la señora

Devons y el desprecio que habia hecho de mi desgraciado padre, me parecia casi imposible encontrar cerca de ella una persona tan bondadosa como vos, y poco me habria costado confesar que os tomaba por un ángel bajado del cielo.

—¡Cómo exagerais, Emilia, el mérito de una accion que á mí no me costó esfuerzo alguno! Hacedme el favor de no insistir mas con respecto á ese punto que os trae á la memoria sucesos de ingrato recuerdo.

—En cambio ese ingrato recuerdo va mezclado con otros que compensan bien su desagradable efecto. Sin embargo, no insistiré, puesto que vos no quereis, aunque no sea mas que para mostraros de algun modo que deseo seros agradable.

Amanda volvió á estrechar las manos de Emilia y esta conmovida le besó las suyas.

Emilia hizo una porcion de preguntas á la hija de Fitzalan por si podia servirla en algo.

Esta no tenia apetito ni sueño, ni necesitaba mas que descanso.

No se atrevia, por miedo de ser indiscreta, á hacer preguntas á Emilia; pues por lo que habia sabido por la señora Cónels, comprendia que tocante á la historia de Leoncio, sólo calamidades podria contarle su hija.

Al pensar en las desventuras del honrado militar pensaba en las suyas propias, y una nube de tristeza bañaba su apacible semblante.

Emilia que la contemplaba con cierta especie de adoracion, conocia cuánto las tristes reflexiones nublaban su frente; pero al menor ademan suyo Amanda volvia en sí y la enviaba una sonrisa tan dulce como melancólica.

No queria Amanda acostarse, pues ya habia dicho que no tenia sueño; pero como por otra parte necesitaba reposo, Emilia le suplicó que se acostara siquiera para descansar.

—Entre tanto, añadió, os referiré yo lo que deseo que sepais de mis labios; pues que la señora Cónels os ha contado los sucesos mios y de mi familia... A menos que no os parezca pesadez el oblígaros á escuchar de nuevo...

—De ningun modo, querida Emilia, y voy á seguir inmediatamente vuestro consejo. Podeis empezar cuando os parezca.

Entró Amanda en la alcoba y comenzó á desnudarse.

Emilia experimentó una gran satisfaccion interior, como si el compartir el lecho estableciese algo de hermandad entre ellas, y acercándose al sitio donde se desnudaba Amanda, sentóse delante de la cortina y dijo lo que va á ser objeto del capítulo siguiente.

CAPITULO LIII.

Narracion de Emilia.

—Cuando os enoje mi relato, no teneis mas que hacerme una ligera advertencia. Si yo noto que os dormís, ya me callaré por no turbar vuestro sueño. En cuanto á mí, como uno de los mas dulces consuelos para un corazon afligido, es descubrirse á quien le inspire simpatía y sepa dolerse del mal ajeno, ya veis que no me hallo en uno de los peores momentos. Bien me acuerdo de la primera vez que tuve la fortuna de veros, y ya sé que vos no lo habeis olvidado. Aquella fué una época de muy crueles amarguras.

En nuestra casa no habia nada; carecíamos por completo de recursos, de relaciones... el hambre nos amenazaba cada dia desde el momento de salir el sol para los demas, pues nunca habia penetrado en nuestro miserable albergue.

Cierto dia... ¡qué dia aquel tan terrible, señorita! Es

preciso haberlo pasado para saber bien cuán desgraciada puede ser una criatura humana en esta vida.

Mi pobre madre estaba enferma, muy enferma, y despues de haber resistido heróicamente á la fuerza del mal, tuvo que ceder y meterse en cama.

Mi padre se habia acostado con ella, siquiera para comunicarle el calor de su cuerpo, y todos estábamos sumidos en gran desconsuelo, cuando de pronto entran en nuestra pobre morada unos hombres de justicia, que, por insolvente, se llevan preso á mi padre.

Bien podeis figuraros, señorita, el efecto que nos produjo aquella nueva calamidad que venia á poner el colmo á todas las nuestras.

Mi pobre padre... no sé cómo no enloqueció en aquel momento.

Él veia el estado de mi pobre madre; sabia que nos iba á dejar sin recursos; él mismo llevaba un traje, si así podia llamarse, que apenas bastaba á librarle del rigor del frio...

Figuraos, señorita, figuraos nuestra situacion.

En los primeros momentos, sin duda creyó mi padre que soñaba. Despues, al penetrarse de que aquello era la triste realidad, se quedó mudo, no podia mirar á donde queria, ni volver la cabeza hácia los que le hablaban.

A mí y á mis hermanitos no sé lo que nos pasaba.

Mi madre se desmayó al primer ruido, y por fin cuando sacaron á mi padre de casa, pudo echar una mirada al lecho en que yacia su esposa moribunda; pero inmediatamente se dejó caer sobre el hombre que mas cerca de él estaba, y fué preciso que lo sacaran de allí entre cuatro.

Yo ví cómo se lo llevaban y no tuve aliento para nada, como si se me hubiese helado la sangre en el cuerpo.

Mi hermano mayor siguió á mi padre y á los hombres que por él habian venido, sus lamentos y gritos lograron conmoverme, y hasta entonces no recobré por completo el uso de mis sentidos.

No se me ha olvidado ni la menor circunstancia de aquel triste dia.

Eché una mirada á mi alrededor y ví que los pequeñuelos de casa, transidos de miedo y de terror, se habian acurrucado en un rincon como si quisieran ocultarse los unos á favor de los otros.

Inmediatamente corrí á donde estaba mi pobre madre y la ví pálida, insensible, fria, como muerta.

¡Ay de mí! Yo por tal la tuve y eché á llorar como no habia llorado en mi vida.

No teníamos socorro alguno que dar á mi madre; yo no hacia mas que besarla y abrazarla, la llamaba con los nombres mas afectuosos, y á mis voces y mis lamentaciones se unieron entonces las de mis hermanitos.

De repente me pareció que mi madre habia hecho un gesto, con lo cual recobré una vislumbre de esperanza.

Creí que aun seria posible volverla la vida; pero como carecíamos de todo, me iba á desesperar en aquella angustiosa situacion, cuando me resolví á pedir auxilio á una señora que vivia cerca de nuestra casa.

La señora de quien os hablo nos habia dado en cierta época algunas muestras de benevolencia; pero despues, desde la muerte del dueño de la casa que habitaba, habia dejado de visitar la nuestra.

Yo empero no ví entonces mas que la necesidad de conservar á mi madre la vida que parecia próxima á abandonarla, y corrí como os he dicho á ver á la vecina.

El criado me hizo entrar en una sala baja, donde se hallaba su ama tomando el té con sus hijas y un jóven para mí desconocido... entonces.

Viéndome en presencia de tantas personas me quedé cortada y no supe cómo empezar á exponer mi necesidad.

La vecina sin darme tiempo para reponerme, me dijo con imperio que hablase, y yo balbuceando le contesté que deseaba que me oyese un momento á solas.

No puedo, no puedo ahora explicaros lo que padecí.

La señora con acento claro me replicó que ella no tenia secretos para los que estaban presentes y que por consiguiente me expresara yo con claridad.

Acerquéme á ella y en voz baja le dije lo principal de nuestro terrible estado y la necesidad que teníamos de dar con toda urgencia un cordial á mi madre moribunda.

Si supierais... ¡Oh lo que yo sufrí en aquel momento!

Aquella mujer repitió en alta voz todo lo que yo le habia dicho en voz baja, y despues mandó á una de sus hijas que fuese por media botella de vino y me lo entregase.

La moza salió en seguida y la madre quedó diciendo:

—Siempre me figuré que esa familia acabaria mal. Es preciso desengañarse: nadie debe gastar sino en proporcion de sus medios de subsistencia; lo demas es pasar un año bueno y arrastrar una vida mala. Lo paga la mujer, lo pagan los hijos y hasta lo pagan los que nada tienen que ver con la familia, como me sucede á mí en este momento.

¿Por qué me habia de mortificar aquella buena señora

con las expresiones que acabo de repetir y otras que añadió, cuando tan fácil le habria sido dirigirme palabras de consuelo? Lo ignoro; me parece imposible que viéndome en aquel amargo trance... En fin, volvió su hija con la media botella de vino y yo la recibí tartamudeando frases con que expresar mi agradecimiento.

Lleno el corazon de dolor; con el miedo á veces de no llegar á tiempo de salvar á mi madre, á veces con la esperanza de proporcionarle un pronto alivio, volví á mi casa.

¡Cómo me palpitaba el corazon al subir la escalera! Yo creí que me caeria rendida á la mitad del camino.

La idea de que el menor retardo podia ser funesto á mi madre me dió fuerzas y llegué al pié de su lecho cuando ella empezaba á dar señales de vida.

Caí de rodillas junto á su lecho, llorando de contento, y acerqué el cordial á sus labios.

En aquel momento llamaron á la puerta y suspendí la accion.

Emilia interrumpió su relato y variando de tono dijo á Amanda:

—Señorita, si os causa molestia oirme, yo dejaré para otro momento mas oportuno...

—Os escucho con sumo interés, se apresuró á contestarle Amanda, y si puede serviros de algun consuelo, sabed que simpatizo profundamente con los sentimientos que expresais con tanta sencillez.

—Os doy un millon de gracias, replicó Emilia, y siguió diciendo:

Pues bien, llamaron á la puerta que yo habia cerrado de golpe, y creyendo que seria mi hermano mayor que

habia salido acompañando á nuestro padre, dije á una de mis hermanitas que abriese.

Figuraos cuál seria mi sorpresa y la de todos, cuando en vez de mi hermano ví aparecer al jóven á quien acababa de dejar tomando el té en casa de mi vecina.

Con frases muy breves y corteses se excusó de presentarse sin haber sido llamado, y con una delicadeza de que jamás podria yo daros idea se nos ofreció para todo aquello en que pudiera sernos útil.

Dió muestras de ser persona muy bien educada, muy compasiva y benévola; todo en él era miramiento para que no nos ofendiésemos de que sin ser llamado hubiese venido á ser testigo de nuestra miseria, y ¿qué quereis que os diga? yo no pude contestarle sino con lágrimas.

Él estuvo muy dulce y persuasivo, me ayudó en seguida á aliviar á mi madre...

Seria muy largo de contar, prosiguió Emilia bajando la cabeza y con un temblor de voz que encantaba, todo lo que hizo por nosotros aquel generoso y honrado mancebo.

Mi madre, apenas pudo formar juicio de las cosas, recibió de él gratos consuelos y por él concibió lisonjeras esperanzas.

Mi pobre madre bendijo á la Providencia que nos enviaba un amigo cuando ya no teníamos ninguno de los que lo habian sido nuestros.

Al cabo de buen rato volvió á casa mi hermano.

Habia acompañado á mi padre á la prision y volvia únicamente para enterarse de cómo estaba mi madre y volverse en seguida á la cárcel.

Mi pobre hermano lloró de alegría al ver que nuestra

madre habia recobrado los sentidos y la animacion, y quiso correr á dar la nueva á mi triste padre que quedaba temiendo por su existencia.

Entonces aquel desconocido y bondadoso mancebo hizo lo que nosotras no nos habríamos atrevido á rogarle, que fué irse con mi hermano á la cárcel para dar consuelos é inspirar alguna tranquilidad al preso.

Nuestras bendiciones y lágrimas le acompañaron, y á poco rato de su salida recibimos una cesta llena de botellas, té, manteca y otra porcion de cosas de que carecíamos por completo y á cada momento podian sernos necesarias. Sabe Dios que con el mayor desinterés del mundo y sólo teniendo en cuenta la salud de mi madre, pasaria yo mis dias y mis noches ensalzando la bondad de aquel mancebo. No os molestaré empero refiriéndoos punto por punto todo lo que hizo para obligarnos de todo corazon; bastará deciros que, gracias á sus buenos oficios, muy en breve pudo mi madre salir de casa y visitar á su infortunado esposo.

La señora Cónels supo nuestro infortunio, fué á visitarnos y me dijo que para su establecimiento necesitaba una muchacha de mis circunstancias; habló largamente con mi madre, y desde aquel dia me señaló un salario, merced al cual no carece mi familia del sobrio, pero seguro sustento diario.

Aquel dia, el simpático mancebo nos acompañó á la ida y á la vuelta de casa de la señora Cónels.

Hacia un mes que nos conocíamos y simpatizábamos mucho, como que era simpático á todo el mundo.

Al regresar á nuestra casa me dijo que él era agente

procurador de algunos propietarios; que tenia hechas las diligencias causa de su viaje á Londres y que iba á partir muy en breve.

Os confieso que al pensar en su próxima ausencia... ¿por qué he de ocultarlo? sentí oprimírseme el corazon.

Todos le debíamos, además de los beneficios materiales, consuelos que no se pagan con nada del mundo; estimacion, respeto, una consideracion y un miramiento á nuestra desgracia, que jamás tuvieron asomo alguno de ofensivos.

Cuando más reflexionaba yo en que íbamos á perder aquel amigo único, mas me entristecia, y al llegar junto á los jardines, sin fuerzas para tenerme en pié, fingí que me sentaba, pero á la verdad me dejé caer en un poyo, porque los piés se negaban á sostenerme.

Él se sentó á mi lado, y recuerdo muy bien que en aquella situacion no fue menos discreto que en las anteriores.

Yo por mas que hice no pude contener mi llanto, ni él pudo poner freno á su lengua, pero me dijo con íntimo acento:

—¡Llorais!

—Sí, le respondí yo procurando recobrar el imperio sobre mí misma; lloro porque recuerdo que en estos jardines he jugado mucho, siendo niña, con mis hermanos, y nuestros padres nos contemplaban con triste sonrisa, y ahora ni siquiera tristemente pueden sonreir.

—¡Ojalá estuviera en mi mano devolverles á ellos y á vos todas las perdidas alegrías! exclamó él.

Yo le dí las gracias, y él me replicó con una vehemencia que nunca habia notado en su acento:

—¡Cuánta seria mi dicha si pudiese atribuirme la gloria de haber labrado la de vuestra familia; si un dia desde lejos os pudiese contemplar sentada entre los vuestros en este mismo sitio riendo gozosa y satisfecha! Pero... yo partiré...

—Y partiendo vos, le dije, les faltará á mis padres el único apoyo que han encontrado en su infortnio! No por eso, creedlo, no por eso dejarán de bendecir al cielo y desearos desde lejos todo género de venturas.

—¡Desde lejos! repitió él meditabundo; ¡desde lejos! ¡Oh si fuese cierto que mi ausencia habia de ser deplorada por vos tanto como por vuestros padres...!

—¿Lo dudais?

—Pues bien, Emilia, si creeis que yo puedo servir de alivio á vuestra familia, dadme vos el derecho de ejercer ese bello sacerdocio, ya que sólo vos podeis dispensar esa autorizacion. En cambio... yo... mi corazon ya es vuestro; vuestros padres serán los mios, y vuestros hermanos, hermanos mios tambien. Si así quisierais vos que fuese, ya no podrian decir que recibiais nada de un extraño; en vez del beneficio del desconocido no recibiriais sino el pago de una deuda; de la felicidad que os deberia á vos eternamente.

Yo no podia oir sus palabras sin sentir mi rostro abrasado por el rubor; no podia contestarle ni decirle que se callase; habria deseado oirle hablar siempre en aquellos términos, y cuanto mas le oia mas crecian mi turbacion y mi embarazo y no parecia sino que el corazon queria saltárseme del pecho.

Él prosiguió (recuerdo muy bien sus palabras), él prosiguió así:

—Yo no tengo un caudal que ofreceros: si yo fuera rico, si estuviera medianamente acomodado, os habria ofrecido ya, si no mi mano, mis haberes; hoy os brindo con mi mano y mi pobreza, convencido de que sabreis dar precio á los sentimientos benévolos que abriga mi corazon. Bajo el punto de vista de las riquezas yo no puedo haceros dichosa, ya lo sé; en cambio vos con mejor suerte que yo, podriais hacerme completamente dichoso, pues en vos se encierra cuanto ambiciono.

Si mi necesidad de partir no fuese tan apremiante, yo no os habria hablado así hasta que pudiera haberos persuadido de que aun cuando no os merezco, no soy indigno del cariño de una familia honrada; pero como no me pertenezco á mí mismo, he de partir para Londres en breve, y no puedo alejarme de vuestro lado con la incertidumbre en que me hallo con respecto á ver correspondidos los sentimientos que me habeis inspirado.

—¡Qué sentimientos me habeis de haber inspirado, le dije yo, sino los que por vos han de experimentar forzosamente todas las personas honradas?

Él quedó un momento perplejo (¡oh bien me acuerdo!), y con voz pausada, como recapacitando, se volvió á mí y me dijo:

—Todo lo temo de mi mala suerte, y así no extrañaria hallar en vos una tibieza, de que no tendria derecho para quejarme, ya lo sé; pero que destruiria mis, tan bellas, como frágiles esperanzas.

Yo le veia padecer y le escuchaba angustiada y temblando como la hoja en el árbol.

—Decidme, Emilia, prosiguió él y desengañadme, ¿no

debo esperar de vos otro efecto que el que pueda profesarme la generalidad de las personas honradas? ¿No ha sido mi afecto bastante eficaz para haceros adivinar como amariais por ejemplo á un esposo? No temais lastimar mi amor propio, responded sin rodeos; esta es mi mano.

Me la alargó en efecto y yo...

Mi turbacion, mis ademanes sin duda habian hablado ya por mí. Yo amaba aquel jóven cuanto era capaz de amar.

No sabia qué decirle; habria querido que leyendo él lo que pasaba por mi corazon, se hubiese dado la respuesta á sí mismo. Aun me parece que es ahora...

—Estais muy conmovida, Emilia, dijo Amanda oyendo la trémula voz de su compañera; tomad un momento de reposo.

CAPITULO LIV.

Prosigue Emilia su relato.

Emilia se habia conmovido efectivamente al referir todo lo relativo á las proposiciones de su amante.

Descansó, pues, siguiendo la indicacion de su amiga, y repetidas veces se llevó el pañuelo á los ojos durante aquel descanso.

Amanda, respetando su dolor, dejó que con el llanto desahogara sus pesares; mas al cabo de algunos momentos, para evitar que Emilia se ensimismara en sus recuerdos, lo cual en vez de aliviarla habria aumentado su padecer, le suplicó que prosiguiera refiriéndole los demás sucesos.

Emilia no se hizo de rogar y prosiguió diciendo:

—Yo permanecia callada, y á pesar de la confianza casi fraternal que aquel jóven me inspiraba, no me atrevia á manifestarle los sentimientos de mi corazon; mas él insistió con una vehemenciaa tan extraordinaria, que al fin le respondí, diciéndole, como era verdad, que con gusto

aceptaria su mano, pero que mis padres me necesitaban indispensablemente á su lado en la apurada situacion en que se hallaban.

—Líbreme Dios, me replicó él, de pensar en sustraeros á la sagrada obligacion que los lazos de familia os imponen: no he pensado en semejante cosa, antes he deseado siempre ayudaros á sostener á los vuestros, y si por mi medio no ha recobrado á estas horas la libertad vuestro padre, es porque yo por desgracia no alcanzo á tanto. Con todo, repetidme que consentís en ser mi esposa y yo os prometo que mas adelante, cueste lo que cueste, hallaré los medios de realizar mi propósito y no descansaré hasta conseguir que le abraceis á la luz del sol, libre como, por sus buenas prendas, mereceria vivir siempre.

Mi respuesta le dejó á él tan satisfecho como su proposicion me habia dejado á mí, y como podeis figuraros, á la mayor brevedad comunicamos á mis padres la noticia de lo que habíamos tratado y la recibieron con gran contentamiento.

Yo hasta llegué á figurarme que aquel dia era el primero de una felicidad que no se interrumpiria nunca.

Convenimos desde luego en que una de mis hermanas se vendria á vivir con nosotros cuando estuviésemos establecidos. Yo habia de continuar trabajando de modista para la señora Cónels, que entregaria todo el producto de mi trabajo á mis padres; y de cuando en cuando iria yo á visitarle hasta que pudiésemos tenerles en nuestra compañía para no volver á separarnos.

Figuraos, señorita, cuál seria mi contento. Hablábamos de contínuo muy gustosos de nuestros proyectos, perfec-

cionábamos por momentos nuestro plan de vida para lo porvenir, hasta que al fin él, no pudo ya dilatar su viaje, y con las mas halagüeñas promesas por una y otra parte nos despedimos, habiendo convenido en que él regresaria muy pronto y realizaríamos las bellas esperanzas concebidas.

Aun no habian trascurrido ocho dias, cuando volviendo yo de hacer algunos encargos de la señora Cónels, me ví detenida en medio de la calle por un hombre vestido ricamente, que con una gran libertad de modales, con una ligereza que me pareció ofensiva, mostró vivo empeño de trabar conversacion conmigo.

No contesté á sus primeras frases; pero como me cerraba el paso poniéndoseme delante, hube de suplicarle que no me molestara ni me hiciese perder un tiempo que no me pertenecia.

Apreté el paso con resolucion y me volví para acá; ya me habia olvidado de él y de sus importunidades, cuando á los dos dias le ví entrar en la tienda y trabar conversacion con la señora Cónels.

Grande fué mi disgusto al verle; pero mayor lo tuve al saber que habia alquilado uno de los cuartos que la señora Cónels tenia desocupados.

En seguida sospeché que habia venido siguiéndome y que sabedor de que yo vivia en esta casa, se habria propuesto molestarme mas de cerca, y por si tal era su proyecto, determiné evitar con él todo encuentro y no darle ocasion de que me dirigiese la palabra; pero ví bien pronto que no era posible y mil veces me salió al paso yendo y viniendo de aquí á la tienda.

Tenia para mí tantos inconvenientes la conducta de

aquel caballero, que me obligó á pensar mucho en él y en los medios de librarme de sus persecuciones.

¡Mirad, señorita, qué cosas lleva consigo la pobreza! Yo no podia mudarme de casa, ni elegir el camino que debiese seguir cuando salia para el cumplimiento de mis obligaciones; no podia fatigar su paciencia quedándome encerrada, y él en cambio tenia libres todas las horas del dia y siempre que se le antojaba podia ponerse en mi presencia.

Su tenacidad fué tal que, para librarme de ella, discurrí referir lo que me pasaba á la señora Cónels para que me ayudase á salir de aquel conflicto... ¡ojalá que nunca hubiera discurrido semejante cosa!

Emilia suspendió por breves momentos su relato y despues añadió:

—¿Para qué os he de molestar mas con una narracion enojosa y renovar el dolor de mi pecho, si ya la señora Cónels os ha referido lo que sucedió á consecuencia del aviso que yo la habia dado?

Uno de los dias mas tristes de mi vida, señorita, fué aquel en que se recibió la carta del hombre de quien esperaba yo la felicidad, renunciando con abnegacion á mi cariño por consideracion á mí misma y á mis padres.

Estaba escrita de un modo..., contenia unas expresiones tan sencillas y al mismo tiempo tan profundas, que yo... Creed que me ha costado muchas lágrimas, muchas, y..., no sé cuándo llegará el dia en que á su recuerdo deje yo de llorar!

Amanda se incorporó en su lecho para consolar á la desgraciada Emilia, que, en efecto, estaba deshecha en llanto y procuró tranquilizarla.

—No creais, dijo Emilia, que no me hubiese resistido mucho á las reflexiones é instancias que se me hicieron para persuadirme de que podia ser feliz con el hombre cuyo casual encuentro en la calle me habia sido tan desagradable; pero se invocaron objetos tan sagrados, deberes tan imperiosos, que al fin rendí mi voluntad y dije que hicieran de mí lo que quisieran.

Las primeras veces que mi madre me habló del caballero Parvent yo le dije lealmente lo que sentia; pero como al fin vino á declararme que extrañaba ver menos abnegacion y menos amor filial en mí que en el generoso mancebo que, teniendo sólo en cuenta el porvenir de mi familia, habia renunciado á mi mano, me callé en lo sucesivo y no hice mas que mostrarme enteramente resuelta al sacrificio. ¡Sacrificio! Os parecerá dura, cruel, ingrata esta palabra; ¡mas ay, señorita! yo no puedo expresarme de otro modo si he decir lo que siento. Ya se yo que deberia haber sacrificio para mí en lo que ha de tener por resultado el sacar de la prision á mi padre y de la miseria á toda mi familia; pero yo no puedo vencer la repugnancia que á mi corazon inspira el caballero Parvent.

Sean felices mis padres y mis hermanos, séanlo cuanto antes, yo lo deseo, yo lo anhelo con todas las veras de mi corazon; no seré yo quien ponga el menor obstáculo á su dicha...; pero no quieran suponer que he de ser yo feliz con ese hombre...

—¿Qué estais diciendo, amiga mia? exclamó Amanda, lastimada profundamente al presenciar el dolor de Emilia; sin duda teneis trastornados los sentidos. Calmaos por Dios, calmaos; que no juzgais en este asunto con la natural dis-

crecion que tanto os distingue. Vos que sois de continuo testigo de las amarguras de vuestra familia, no calculais ahora cuán grande será vuestra dicha cuando les veais tranquilos, contentos, asegurado su porvenir. Su alegría os la deberán á vos; su dicha se reflejará en vuestra alma. Cuando la casualidad ponga ante vuestros ojos otra familia llena de pesadumbres, agobiada bajo el peso de la desgracia, y considereis que, gracias á vos vuestro excelente padre ya no tiene que temer de los rigores de la suerte, y que vuestras hermanitas no se verán expuestas á los riesgos que corre la juventud desvalida, creedlo, Emilia, entonces bendecireis vuestro destino y no habrá sacrificio que os parezca penoso para asegurar un estado semejante. La razon, la razon sola debe regir, Emilia, nuestras acciones, y cuando la naturaleza no hubiese puesto en nosotros los sentimientos de amor á los padres, á los hermanos y á los demás semejantes nuestros, nos habria dotado de una razon superior para inclinarnos, para bien de todos, á sus soberanos consejos. No os admireis de oirme hablar así, ni creais que repita de memoria y sin conviccion palabras vanas; yo, aunque no tengo muchos años, he visto lo bastante en mí misma para saber á ciencia cierta lo que os digo. Mi padre ha sido desgraciado tambien, Emilia, y en la escuela de la desgracia he aprendido á obrar conforme con lo que os aconsejo ahora.

En efecto, Amanda habia renunciado á su amor dos veces: primero por su padre y despues por el padre de Mortimer: ¿cómo podia expresarse de otro modo con Emilia?

Esta la escuchó con admiracion, no tanto por lo que le oyó decir, como por el tono de conviccion y el fuego con

que se expresaba, y no dudando de que aquellos eran sus verdaderos sentimientos, y que puesta en caso semejante, seria capaz de hacer lo mismo que aconsejaba, la contempló casi con veneracion, envidiando aquella fortaleza de ánimo y aquella rectitud de juicio de que la veia poseida.

En cambio la desgraciada Amanda habia sentido renovarse sus dolores con el relato de las amarguras de Emilia, y mientras esta la juzgaba como un sér inaccesible á ciertos pesares, el corazon de su amiga brotaba sangre.

—Vuestras palabras y vuestro ejemplo, dijo Emilia, son de mucho precio para mí, y ¡ojalá os hubiera tenido á mi lado en los primeros momentos de mi desventura! Yo os prometo no olvidar lo que he oido de vuestros labios; yo os prometo ser mas fuerte en adelante y luchar con valentía contra la debilidad que, en mas de una ocasion, me ha enajenado de mí misma. Mucho os he fatigado con el relato de mis asuntos; no quiero corresponder tan mal á vuestro afecto y os pido mil perdones. Seré mas mirada en lo sucesivo. Dormid, dormid, descansad, que harto lo necesitais.

Amanda, tras la fatiga del viaje se habia conmovido mucho con la relacion de Emilia y el recuerdo de sus propias desventuras, y además no dejaba de pensar un momento en el inconveniente de la prision de Leoncio para el pronto despacho de los negocios que habia pensado confiarle.

Por todos estos motivos estaba inquieta y alarmada.

Emilia, mientras le estuvo contando sus desdichas, habia podido leer bien claramente en el rostro de su amiga la parte que tomaba en ellas.

La pobre muchacha le estaba tanto mas agradecida, cuanto creia en aquella ocasion que todo el pesar de Amanda era nacido de la lástima que ella le inspiraba.

Amanda, no menos digna de lástima que ella, sin la seguridad de hallar pronto á Oscar, no podia menos de estremecerse temiendo por su suerte cada vez que pensaba en su aislamiento, y en que poco tiempo habia de bastar para que agotados sus recursos se viese sola y tal vez abandonada á su triste suerte en la inmensidad de Londres.

Presentia la necesidad que iba á tener de toda su diligencia y reflexion para sacar algun partido de su viaje á Londres, y se resolvió á buscar en el sueño las fuerzas reparadoras que debian sostenerla en su nueva empresa.

Asida su mano de la mano de Emilia se fueron poco á poco cerrando sus ojos y se quedó dormida.

Emilia con mucho cuidado y con gran respeto le besó la mano.

CAPITULO LV.

Desagradable sorpresa.

A la mañana siguiente se despertó Amanda temprano y vió á Emilia levantada leyendo.

Dejó esta el libro inmediatamente y fué á decirle que no se levantase, porque el dia estaba muy malo, y era bueno que despues del viaje tomase todo el descanso necesario.

Amanda la persuadió de que un poco de ejercicio le seria mejor que la inmovilidad del lecho, y se levantó en seguida para pasearse.

Emilia estaba empeñada en asistirla en su tocador; pero Amanda no lo consintió por delicadeza, pues de ningun modo habria querido que la hija de Leoncio pudiera presumir que se atribuyese la menor superioridad sobre ella.

Amanda observó que se habia levantado mucho mas tarde que solia, pues aunque estaba muy nublado, el

movimiento y el ruido daban á entender que era muy entrada la mañana.

Emilia acababa de asomarse por detrás de los cristales, y de repente se apartó de ellos y fué á apoyar el brazo en el hombro de Amanda.

—¿Qué teneis? le preguntó esta viendo aquel movimiento acompañado de una expresion muy singular de su fisonomía.

—¡El caballero Parvent! dijo Emilia con voz temblorosa; ahora acaba de salir de casa; va por la acera de enfrente.

Dirigiéronse las dos á la ventana, y Amanda no pudo contener una exclamacion al ver el sugeto que Emilia le indicaba. ¡Cómo no habia de ser poderosísima su sorpresa si el caballero Parvent no era otro que Belgrave!

Sí, Belgrave estaba allí con nombre supuesto, á corta distancia de ella, en la misma casa que ella habia tomado al llegar á Londres despues de un repentino viaje; sí, Belgrave habia dormido bajo su mismo techo... ¡qué excelente ocasion para que tomasen pié las calumnias de la marquesa de Rosline!

Belgrave estaba allí, y Amanda volvió á temblar por su reposo, y todo lo temió en un momento para Emilia y sus desgraciados padres. Adonde iba aquel hombre iba la deshonra; el recuerdo de los peligros que ella habia corrido, el recuerdo de la desgraciada Juliana; todo lo que condenaba á aquel hombre clamó en la imaginacion de Amanda, cuyo trastorno no tenemos necesidad de encarecer á nuestros lectores.

Helósele la sangre en las venas, tuvo que apoyarse en Emilia y cayó medio desmayada en una silla.

La pobre Emilia no supo á qué atribuir aquella novedad, llamó dos veces á Amanda por su nombre y fué á tirar del cordon de la campanilla para pedir socorro.

Amanda la detuvo y con un esfuerzo dijo:

—No llameis á nadie.

—Pero... estais pálida...

—No es nada; ya se me va pasando; no llameis.

—Pero ¿qué os pasa...?

—No sé; un vahido... Sin duda el aire de la mañana; el cansancio de ayer...

—¡Ah! si yo no tuviese necesidad de ocuparme en los quehaceres de la tienda, á lo menos pasaria el dia á vuestro lado...

—Teneis razon, Emilia, dijo Amanda, tratando de aparecer mas serena de lo que realmente estaba; bajad á la tienda, ocupaos en vuestros quehaceres, no quiero ser causa de que la señora Cónels se disguste con vos.

—Yo subiré dentro de un momento á ver cómo os hallais.

—No, no dejeis por mí vuestro trabajo. Yo me echaré un breve rato en la cama...

—¿Sin desayunaros?

—Sí, porque así estoy segura de descansar mejor.

Emilia se fué, dejando sola con mucho sentimiento á su amiga, y Amanda, si bien permaneció aun en la cama, donde habia vuelto á echarse, no descansó un momento; antes al contrario: llena de temores y sobresaltos quiso discurrir cómo evitaria ser vista de Belgrave y escapar de los lazos que pudiese tenderle, viéndola mas desvalida que nunca.

Aunque estuviese por entonces meditando la perdicion de Emilia, no por eso habia de renunciar á la de Amanda si hallaba medio de conseguirlo ó intentarlo.

Terrible volvia á ser la situacion de la hija de Fitzalan en aquella populosa ciudad, sin parientes, sin amigos y preso el único sér que acaso en otras circunstancias habria podido ampararla.

Revelar á nadie que conocia á Belgrave no le parecia prudente por entonces, creyendo que de hacerlo así se exponia á empeorar su situacion sin salvar á Emilia.

Aun cuando lograse (cosa no muy fácil) persuadir á la señora Cónels de la maldad de aquel hombre y hacerle arrojar de su casa, ¿cómo podria ella despues ponerse á cubierto de su venganza, desvalida como se hallaba, y despues que de aquel hombre hubiesen oido las calumnias que no podia menos de inspirarle su deseo de vergüenza, calumnias que afirmarian los numerosos cómplices que encuentran siempre resueltos á servirles los malvados poderosos?

La triste experiencia habia hecho muy prudente á Amanda.

Ella que tan mal habia salido, siendo inocente, de la trama urdida en casa del marqués de Rosline, no debia aventurarse á que otra vez anduviera en lenguas su buen nombre para ser ludibrio de gente indigna y grosera, dispuesta siempre á creer en la indignidad ajena.

Amanda debia tomar una resolucion extrema y así se resolvió á hacerlo á la primera ocasion que le fuese posible, por mas que hubiese de ver trastornados sus planes.

Tomado el sesgo de esta idea, discurrió que lo mejor

era dejar la casa de la señora Cónels aquel mismo dia si era posible, y sin darle aviso alguno, para que Belgrave no diera con ella tan fácilmente, buscar otra habitacion.

Lo apremiante de la necesidad en que se hallaba avivó su memoria y se acordó de cierta casa donde pensaba que podria vivir sin ser descubierta.

Otra de las cosas que pensó fue escribir una carta al capitan Leoncio á fin de hacerle saber quién era el que tomaba por su futuro yerno, y lo que podia esperar de él conocidos sus antecedentes y visto el disfraz con que se encubria.

La carta tenia que ser anónima, pues Amanda no podia en modo alguno dejar entender que ella le escribia, so pena de inspirar á Belgrave mas vehemente deseo de descubrir su paradero y mayores ánsias de vengarse de ella.

Era muy posible que de un papel anónimo hiciese poco caso el capitan Leoncio y este recelo inquietaba á Amanda.

Afortunadamente se le ocurrió una buena idea con que acudió á este reparo, y fue poner por testigo de la verdad de su escrito al caballero Carlos Bingley, que por nada del mundo habia de oscurecer la verdad ni consentir en perdicion de la familia del probo cuanto desgraciado Leoncio.

Pasó gran parte de la mañana discurriendo sobre el asunto, y cuando subió Emilia á visitarla le dijo que se sentia muy mejorada.

Hizo recaer despues la conversacion sobre el momento en que le habia dado el vahido, y con aire de indiferencia preguntó á Emilia á qué hora solia volver á casa el caballero Parvent.

—No os lo puedo decir, respondió esta; yo he procurado encontrarme con él lo menos posible; pero pocas veces he dejado de verle cuando he subido y bajado la escalera; tal que no parece sino que está espiando el momento.

—Tambien habria yo deseado no encontrarme con él, pues quiero salir para un negocio urgente y habria escogido para ello la hora más á propósito. Al fin seria mucha casualidad encontrarle precisamente la primera vez. Voy á salir, y si antes me haceis el favor de darme recado de escribir os lo agradeceré mucho.

Sirvió Emilia con la mejor voluntad á Amanda, y esta entre tanto sacó de su maleta alguna ropa blanca, el testamento del conde Murley y el escrito de Isabel, y lo recogió todo para llevarlo consigo.

Sentóse á la mesa y escribió lo siguiente:

«Al capitan Leoncio Vatel.

«Una persona que os estima á vos y á vuestra familia «os advierte que aun estais á tiempo de evitar una gran «desgracia.

«La que pesa sobre vos es harto dura é inmerecida para «que no inspireis el mayor aprecio, la mayor veneracion á «quien os escribe estas líneas.

«No consintais que pase adelante el proyecto de casamien- «to de vuestra hija Emilia con el malvado que se hace lla- «mar Parvent y cuyo corazon es tan falso como el nombre «que ahora lleva. El fingido Parvent es el coronel Belgrave, «esposo de la desgraciada hija del general Berbice, esposo «tambien en su menor edad de una infeliz llamada Juliana, «que pagó con la vida el haber dado crédito á sus palabras.

«Ese hombre es un malvado que da muerte á toda mujer «á quien se acerca. De unas mata la vida material, de «otras el honor, de otras la buena fama. Temedle por «vuestra hija; os lo aconseja quien os quiere bien á vos «y á ella.

«Sois padre y os digo sencillamente; salvad á vuestra «hija, advirtiéndoos de dónde puede veniros el peligro.

«Comprendo muy bien que os negueis á dar crédito á «una carta anónima. Negádselo en buen hora, mas espero «que no se lo negareis al caballero Carlos Bingley, de «quien podeis enteraros acerca del fingido Parvent. Po- «nedle un solo instante frente á frente con Belgrave y «estais salvado. El caballero Carlos Bingley sirve en el «regimiento número 15; él os dará cuantas noticias os «sean necesarias acerca del asunto, y como es un buen «caballero hará cuantas diligencias sean menester para «salvar á vuestra hija.»

Para asegurarse bien de que el capitan recibiria la carta, resolvió Amanda llevarla ella misma.

Estuvo discurriendo si saldria en aquel momento mismo de casa de la señora Cónels; pero se le figuró que lo mas natural era que Belgrave fuera á pasar la tarde en algun círculo de hombres, en cuyo caso saliendo ella por la tarde tenia una probabilidad mas de no encontrarse con él.

Emilia habia bajado otra vez á la tienda para dejar que Amanda escribiera con toda libertad.

Al cabo de una hora volvió á subir, y viendo que aquella habia concluido ya su carta le propuso hacerle compañía un rato.

Amanda que tantas ideas revolvia en su mente, de buena gana se habria quedado sola; pero no tuvo medio de desairar á la buena Emilia que se desvivia por complacerla.

Cuando las avisaron para comer fue cuando la hija de Fitzalan dijo que era la hora de hacer sus diligencias, y por mas que la instaron vivamente para que tomase algo, ella se excusó de mil maneras.

Emilia le preguntó si á lo menos volveria pronto, y no dió respuesta alguna categórica á sus reiteradas preguntas.

Con el temor de que sospecharan su intento y con la impaciencia de realizarlo cuanto antes, se veia obligada á fingir, cosa que repugnaba mucho á su carácter recto y leal.

Abrevió cuanto le fue posible su despedida, y se fué palpitándole violentamente el corazon con el recelo de si habrian leido en su semblante el objeto que se proponia.

Asustada de todo, temiéndolo todo salió ligera hasta la calle de Oxford y tomó el primer coche de alquiler que se presentó á su vista.

CAPITULO LVI.

Una mujer malévola.

Su primera diligencia fue ir á la prision de Leoncio.

Mandó llamar á un empleado de la cárcel y en su propia mano dejó la carta encomendándole que fuese entregada cuanto antes.

Inmediatamente se hizo llevar á toda prisa al barrio que con la señora Devons habia habitado en su primer viaje á Londres, antes que la marquesa de Rosline con pérfida intencion la atrajese á su morada.

La posadera que entonces habian tenido la señora Devons y Amanda era mujer de carácter desagradable; pero como la infeliz doncella no tenia en que escoger, resolvió ir á su casa, una de las poquísimas que conocia de la populosa capital, con la esperanza de que allí podria permanecer fuera del alcance de las miradas de Belgrave.

La posadera era mujer que en otro tiempo se habia visto dueña de un buen caudal, y el recuerdo de su antigua

independencia y de las comodidades que habia gozado solian tenerla en contínuo mal humor.

Era curiosa como todas las de su oficio, era amiga de contar todo lo que sabia de las vidas ajenas y preferia dar noticia mala á una buena.

Apeóse Amanda á su puerta, preguntó si estaba en casa, díjole una criada que sí y pagó y despidió al cochero.

La criada acompañó á Amanda al piso principal, donde encontró esta á la señora Curchs, la posadera, que sin levantarse de su asiento y mirándola de piés á cabeza, en vez de saludarla le dijo:

—¡Hola! Ya os conozco, ya sé quién sois. ¿No estuvisteis fuera de Londres? ¿Cuándo habeis vuelto? ¿Qué buen viento os trae por acá? ¿Venís sola? ¿Algun negocio?

Habia en las preguntas de la señora Curchs una impaciente curiosidad y sobre todo una petulancia, un aire de muy superior á muy inferior que Amanda habia olvidado y que en aquel momento le produjo pésimo efecto.

Amanda recordó muy bien que aquella mujer, en general impertinente y dominadora, se habia mostrado humilde y hasta rastrera con ella al saber que era objeto de atenciones por parte de los marqueses de Rosline, y como la encontraba tan cambiada, temió no hubiese tenido noticia de la infame aventura tramada contra ella por la marquesa y Belgrave y le hubiese dado crédito dejándose llevar de su natural inclinacion.

La señora Curchs esperaba su respuesta mirándola con una sonrisa muy burlona, y Amanda trastornada con aquel recibimiento no sabia cómo responderle.

Temblaba la infeliz recordando su triste suerte y vién-

dose objeto de la burla y el desprecio de aquella mujer grosera.

Abandonáronla las fuerzas y el ficticio ardor que hasta entonces la habia sostenido, y se sentó en una silla, cosa que no habria hecho á poder sostenerse en pié, pues la señora Curchs ni siquiera la habia brindado con un asiento.

La posadera levantó más la cabeza, levantó más la voz y con su brutal impertinencia dijo:

—Vamos á ver, explicaos, ¿qué negocios os traen ahora á Londres?

—Señora, respondió Amanda, mis pobres negocios no pueden interesar á nadie ni son merecedores de la atencion ajena. Lo que me ha traido á vuestra casa es el deseo de saber si puedo hospedarme en ella.

—¡Ya! dijo la señora Curchs, enojada al ver que Amanda no tenia trazas de satisfacer su curiosidad insaciable. ¿Sabeis en qué estaba pensando? añadió cambiando de tono.

Amanda la miró sorprendida.

—Pensaba que antes de tomar asiento podiais haberme preguntado por mi salud. No podeis figuraros cuanto me habria complacido un cumplimiento tan frívolo de parte de una jóven como vos.

—Señora, dijo Amanda levantándose, apenas asomé por la puerta me dirigisteis una porcion de preguntas, sin darme tiempo para saludaros. A pesar de que vuestro buen humor y vuestra entereza revelan el estado de salud que os deseo, habria cumplido como quien soy si vos me lo hubierais permitido. Creo que os habreis convencido de que tengo razon y me direis si podreis ó no darme hospedaje.

—Bien habeis hablado, replicó la posadera en un tono que Amanda no supo si interpretar como de verdadera conviccion ó de burla. Acercaos, no me guardeis rencor y aceptad una taza de té, que despues hablaremos de vuestro hospedaje.

Tomó la señora Curchs una silla, acercóla á la mesa y señalándola con el brazo extendido, dijo:

—Sentaos aquí.

Amanda estaba rendida de fatiga y de debilidad y aceptó el ofrecimiento de la posadera, y habria hallado cierta satisfaccion en aquel refrigerio, si á cada paso no se hubiese visto mortificada por las preguntas, ya directas, ya indirectas de la señora Curchs, que de todos modos queria averiguar cuál era el objeto de su viaje á Londres.

Amanda se habia prometido no descubrirse ni descubrir su secreto, no sólo por lo que arriesgaba ella, sino por lo que podia perder su hermano si la maldad y la codicia se hubiesen propuesto arrebatarle la herencia del conde Murley.

La señora Curchs se mostró vengativa, implacable.

No pudiendo arrancar á Amanda el secreto, prolongó con mil artificios la conversacion, y al fin no pudo resistir al bajo deseo de que la hija de Fitzalan comprendiera que estaba haciendo burla de ella.

Amanda se alarmó al oirle proferir ciertas expresiones, y con nueva angustia, con una zozobra hija de los tristes presentimientos que la acosaban dijo:

—¿Y bien, señora, no me hablais de la habitacion que os sea posible ofrecerme?

—Habeis hablado perfectamente, le replicó la señora

Curchs. Yo lo habia olvidado. Pues señor, en cuanto á habitacion en casa, mucho lo siento; pero no tengo ninguna que ofreceros.

Amanda se quedó helada de terror.

En un momento recobró los sentidos; vió que la noche se venia encima; vió que estaba muy lejos de la casa de la señora Cónels; se consideró perdida en medio de las calles de Londres.

De pronto, como si le pareciese que habia padecido una alucinacion, dirigió sus miradas á la señora Curchs que puesta en jarras estaba observando el terrible efecto que sus palabras habian producido.

Amanda conoció que nada tenia que esperar de aquella mujer.

—Pero, señora, dijo inocentemente, ¿por qué no haberme dicho antes...?

—Porque no me corria prisa, como no os corre prisa á vos el responder á mis preguntas. Ahí teneis el porqué.

—¡Dios mio! exclamó Amanda hablando consigo misma, ¡á estas horas... tan lejos! Para pasar esta noche, añadió volviéndose á la señora Curchs, esta noche siquiera...

—Ya os he dicho que no puede ser. Aquí, francamente, no se hospedan sino personas que no tienen nada que ocultar: ya me comprendeis.

—Señora...

—No hagamos pucheros. Sé vuestra historia, ¿entendeis? Todo lo que vos habeis querido callarme, lo sé yo: clarito. Ya veis, pues, que gozando mi casa de buena reputacion, como vos sabeis, seria yo bien tonta de daros

posada. Eso sí que seria conspirar contra mis propios intereses. No, hija, no: el tiempo de los tontos ha pasado ya. Afortunadamente yo nunca me he parecido á la pobre señora Devons, que despues de traeros á Londres de limosna, ha tenido motivos tan poderosos para arrepentirse de haber sido caritativa. Yo no soy tan buena como aquella señora, pero soy mas prudente. Vos debiais serlo tambien y no venir aquí á buscar un desaire. Por otra parte, á vos tampoco os conviene mi casa porque en toda ella no hay una habitacion con gabinete capaz para que pudierais esconder un galan en caso necesario, como os sucedió en casa del marqués de Rosline. Tenia yo deseos hace tiempo de hablaros de este asunto para que no creyeseis que lo ignoraba, y al fin gracias á Dios llegó el momento. Supongo que habreis tronado con aquel sugeto cuando á tales horas andais buscando hospedaje en casa tan humilde como la mia; pero, esto no debe desazonaros; vois sois mujer de buena voluntad y no os será difícil reemplazarle en una capital como Londres.

La señora Curchs, segun iba hablando, lanzaba miradas penetrantes á Amanda y se regocijaba al ver el efecto que sus palabras producian en su víctima.

Aquella mujer toda malevolencia no veia desmentido en el pálido y bello semblante de Amanda el falso juicio que de ella tenia formado.

Amanda se sentia cubierta de sudor frio, respiraba con dificultad, y á cada nuevo insulto de la posadera subia de punto su angustia, de manera que pensó morir á sus piés.

Ni un instante abrigó la idea de replicar una sola pala-

bra en su defensa, ni acertaba á comprender que persona que hubiese conocido su género de vida pudiese atribuirle de buena fe los defectos que con tan cruel complacencia le echaba en cara aquella mujer desalmada, á quien nunca habia hecho daño alguno.

La posadera callaba un momento, se cruzaba de brazos y con aire triunfante contemplaba á Amanda, y cuando esta creia que ya habia puesto fin á sus insultos, los renovaba la otra con mayor brio y desenfado.

La víctima infeliz no pudo mas.

Faltóle el resto de fuerzas que hasta entonces la habia sostenido, y aunque quiso apoyarse en una silla cayó arrodillada al suelo exclamando con voz débil:

—¡Dios mio... Dios justo... mi único amparo...! ¡Dios piadoso, á qué dura prueba me someteis!

La señora Curchs la miró con insolencia y le dijo:

—De veras que estais interesante. Cualquier aficionado al género lloron se declararia paladin vuestro si os viera en esta actitud romántica; pero conmigo, podeis ahorraros el trabajo de hacer la comedia.

Una reaccion que se verificó en Amanda la hizo ponerse en pié, y con actitud y acento que revelaban su verdadero carácter replicó:

—Ahora creo, señora, que es un favor del cielo el no haber hallado hospedaje en vuestra casa, donde no encontraria la seguridad necesaria. El cielo me aleja de vos y yo se lo agradezco.

La posadera esperaba una retahila de insultos y vociferaciones, y no pareció muy satisfecha del laconismo y la templanza de Amanda; así que se mostró perpleja.

Amanda cruzó con seguro paso por delante de ella y tomó la escalera.

¡Mas ay! Al llegar al vestíbulo todo su valor la abandonó en un momento.

La tarde estaba oscura y lluviosa; no cruzaba nadie por la calle; Amanda estaba muy lejos de casa de la señora Cónels y no sabia á dónde habia de ir para pasar breves horas á cubierto de la inclemencia del tiempo y de los hombres.

Brotó el llanto de sus ojos y suspendió el paso.

CAPITULO LVII.

La señora Vatel y la señora Cónels.

Al dirigirse Amanda á la puerta de la calle no habia oido el golpazo con que cerrara la señora Curchs la puerta de la sala, ni tampoco habia visto á la criada que saliendo de un pasillo la habia ido siguiendo.

Cuando la desdichada hija de Fitzalan se detuvo á enjugar sus lágrimas, la criada se dirigió á ella diciendo :

—No os aflijais, señorita, por lo que os ha dicho esa vieja que no tiene mas gusto que atropellar á la gente de bien. No hagais caso de sus palabras, que no tienen valor alguno. Si nosotras cuantas estamos en la casa nos fijáramos en sus insolencias, seria cosa de pasar cada dia un par de horas de fiebre. Despreciadla como se merece, porque no tiene educacion ni alma, así Dios me perdone. Animaos y mirad si os puedo ser útil en algo : que yo no soy como mi ama.

Agradeció Amanda aquellas palabras y contestó :

—Gracias, buena mujer, gracias.

—No lo dejeis por cortedad, que yo tendré mucho gusto en serviros.

Amanda reflexionó buen rato y creyó que lo mas conveniente era volverse á casa de la señora Cónels antes no fuese mas tarde.

Calculó que su carta anónima habria producido el efecto que ella esperaba, que quizá á aquellas horas ya estuviese Belgrave despedido de casa de la señora Cónels, y que aun no siendo así, esta la defenderia de todo mal mientras ella fuese su huéspeda, y hasta podia muy bien suceder que con sus precauciones y el favor del cielo no llegase á saber Belgrave cuán cerca estaba de ella.

Así discurriendo se fué animando poco á poco, y como la criada continuaba á su lado esperando sus órdenes, le suplicó que fuera á buscarle un carruaje.

Afortunadamente no tuvo que esperar mucho, y encargando al cochero que ahorrase tiempo, le dió las señas de la morada de la señora Cónels.

Algo mas tranquila se hallaba al apearse en aquella casa de donde habia salido aquel dia mismo con intencion de no volver á ella.

Cuando vió la puerta abierta, el recelo que nunca la dejaba del todo la iba á hacer caer en la tentacion de preguntar á la muchacha si habia en la casa alguna persona desconocida para ella; mas considerando de repente que con semejante pregunta podia despertar sospechas, se resolvió á entrar no sin cierto temblor que agitaba todos sus miembros.

Sin embargo, la idea de la buena acogida que allí habia

encontrado y el ser aquella la casa donde moraba Emilia, que tantas pruebas de afecto le diera, fueron devolviendo la calma á su pecho.

Habíase recobrado ya bastante, cuando se abrió la puerta de la sala y se halló en presencia de la señora Cónels.

Amanda la saludó sonriendo, con una de aquellas miradas con que parecia querer trasmitir á los demás toda la bondad de su corazon; pero la señora Cónels no correspondió á ella y le dijo con severidad:

—Al fin estais de vuelta. Cierto que tenia ganas de veros y ya se me figuraba que no lo habia de lograr en la vida. Pasad, pasad adelante.

El tono de la señora Cónels, tan distinto del que hasta entonces habia usado, fué motivo de nueva alarma para Amanda, que no parecia sino juguete de los errores y malas cualidades de los demás.

Siguió Amanda á su huéspeda, que se entró en una habitacion interior, donde se hallaba una mujer de edad madura que en su semblante descubria hallarse muy agitada.

—Sentaos, dijo la señora Cónels haciéndolo tambien ella.

Amanda tomó asiento y fijó los ojos en aquella mujer, preguntándose á sí misma qué podia haber de comun entre las dos y qué nueva desgracia la amagaba por aquel lado.

Permanecieron las tres mujeres un buen rato en silencio, y por fin dijo la desconocida dirigiéndose á Amanda con una frialdad y una cortesía que llamaban la atencion:

—Señorita, la señora Cónels me ha hecho saber que os habiais interesado mucho por mí y por mi familia; que os debíamos beneficios. Por fortuna mia hoy me encuentro en estado de pagar algunas deudas: cobraos.

Así diciendo alargó á Amanda un billete de banco.

Como Amanda no lo recogió y la desconocida lo dejó caer, el billete quedó sobre la mesa que estaba entre las dos.

Amanda estaba atónita.

—Esta señora, le dijo la señora Cónels, es la madre de Emilia.

—¡Cómo! exclamó Amanda, ¡la esposa del capitan Leoncio!

—La misma soy. ¿Y vos, señorita? ¿Sois en efecto la Francisca Donald con cuyo nombre viajais?

A esta pregunta vió realizado Amanda su temor de que se estaba formando una tespestad sobre su frente.

La madre de Emilia allí con un billete de banco en la mano, el tono con que hablaba la señora Cónels y la pregunta de si en efecto se llamaba Donald, todo vino á decirle que Belgrave habia andado en aquel asunto y que otra vez debia temerle y temerle mas que nunca.

Ella no tenia amigo alguno en Londres; no tenia el consuelo de arrojarse en brazos de su padre; no tenia la esperanza de Mortimer ni el amparo de las religiosas de Santa Catalina.

Creyóse perdida, y temió desde luego que ni fuerzas para luchar tendria como habia tenido hasta entonces.

Difícilmente podria expresar la palabra humana lo que pasó entonces por Amanda, que despues de tan rudos combates heroicamente resistidos se veia expuesta á sucumbir con apariencias criminales.

La congoja la fué venciendo, y por fin llevándose las manos á la frente exhaló un profundo gemido.

—Ya lo veis, dijo la señora Cónels, no tiene una palabra que pronunciar en su defensa.

Amanda la oyó y con voz muy débil dijo:

—El Sér todopoderoso, amparo y defensa de los desvalidos, volverá por mí, como lo ha hecho ya en ocasiones en que no he podido valerme. Él juzga mi causa: en él confio.

—Así sea, repitió la mujer de Leoncio; pero os habia rogado antes que me dijerais si vuestro verdadero nombre era Francisca Donald.

—Sin duda le contestó Amanda, tendreis un motivo muy grave para dirigirme semejante pregunta.

—Lo tengo en efecto.

—No hay para qué quebrarse la cabeza, dijo la señora Cónels á la mujer de Leoncio: eso de preguntar ella en vez de responder lisa y llanamente sí ó no, lo descubre todo. Ni se llama Francisca Donald ni ese ha sido nunca su nombre.

—Eso digo yo, añadió la mujer de Leoncio; toda averiguacion es ya por demás: desde luego sabemos que no es tal Donald.

Ofendióse Amanda de que con tales muestras de menosprecio la tratase la mujer de Leoncio, y recobrando aquella energía con que en circunstancias solemnes se manifiesta la conciencia no manchada, dijo:

—Vos habeis dicho la verdad, señora; yo no me llamo Donald; pero mi verdadero nombre no vale menos que este, con que me he dado á conocer. Si estais prevenida contra mí, no dareis crédito á lo que voy á deciros; pero es deber mio protestar que si oculto mi honrado apellido,

no es por ningun motivo que pueda avergonzarme, ni pueda atraerme el desprecio de las personas honradas. Mi situacion es precaria; las apariencias con que ante vosotras me presento podrán hacerme sospechosa; pero la prudencia me ha aconsejado obrar así, y yo os aseguro que si suspendeis vuestro juicio sobre mí, no tendreis que arrepentiros nunca de ello.

—No necesito, dijo la madre de Emilia, conocer cuál es vuestra situacion ni devanarme los sesos acerca de lo que la prudencia puede haberos aconsejado para resolveros á penetrar aquí con un nombre supuesto. Habeis dicho la verdad acerca de vuestro fingido nombre; vamos á ver si la direis tambien sobre otro punto. ¿Sois vos quien ha dirigido á mi esposo esta carta?

La madre de Emilia puso ante los ojos de Amanda el anónimo que esta habia entregado al dependiente de la cárcel, y la señora Cónels parecia que quisiera atravesarla con sus miradas.

Amanda, deseosa siempre de decir la verdad y hallando menos penoso en aquel momento el descubrirse como autora del anónimo que sufrir el fundado desprecio de las dos mujeres, respondió con entereza:

—Sí, yo soy: yo la he escrito, yo la he entregado para que llegase á su destino. Esta es letra de mi mano.

La señora Vatel con mas calor del que entonces mostrara, dió un paso mas hácia Amanda, diciendo:

—¿Y qué motivo habeis tenido para obrar así? ¿qué interés os ha movido á poner por escrito lo que en este papel se contiene y hacerlo llegar á conocimiento de un desgraciado padre que hace tanto tiempo gime en una cárcel?

—Señora, contestó Amanda, el motivo, el objeto, explicados están en la carta misma. Vos sois madre, y me parece que para una madre no puede haberlos mas poderosos.

—¡Me gusta la salida! dijo la señora Cónels que hacia rato deseaba meter baza en la conversacion: eso es lo mismo que contestar «porque sí.» No hay mas sino escribir pestes de un caballero como lo es el caballero Parvent, llenar de zozobra á una familia tan buena como desgraciada y luego salir con una respuesta como la que acabais de darnos. Cada cual tiene sus noticias, señorita, y nosotras tenemos las nuestras y supongo que no os atrevereis á decir que esta señora y yo seamos menos dignas de crédito que vos.

—Jamás he pensado tal cosa.

—Pues nosotras sabemos todo lo contrario de lo que vos decís, y tenemos noticias enteramente opuestas á las vuestras. Si vos sabeis escribir cartas anónimas, ejercicio que seguramente no se enseña en los colegios, nosotras sabemos quién descifra la letra desfigurada, y el caballero Parvent ha descubierto al instante la vuestra. Él sabe que teneis mucho talento; pero sabe tambien vuestra falsedad, la conoce por experiencia y se acuerda de todas las malas pasadas que le habeis hecho en este mundo. ¡Bien sabe quién sois!

—Él sabe quizás que ha destruido mi ventura, pero no que haya podido mas que mi decoro. Él, como un genio maléfico, se ha complacido en amontonar sobre mi frente las desdichas; pero yo que las he padecido, no me he rendido á su peso oprobioso. Vanas han sido sus protestas, sus

tramas y maquinaciones; el engaño y la violencia han sido estériles para vencerme... ¡y yo queria que lo fuesen tambien contra Emilia! Le he mirado siempre con horror...

—Id echando por esa boquita de perlas, gritó la señora Cónels interrumpiéndola; el diantre me lleve si no habeis sido comedianta. ¿Pero no la estais oyendo, señora Vatel, que parece que en su vida haya roto un plato?

Y dirigiéndose muy resueltamente á Amanda, añadió:

—Vamos, ya podeis ser franca entre nosotras, que todo lo sabemos.

—¿Que todo lo sabeis?

—Sí, á lo menos todo lo que os sucedió con el caballero Parvent.

—¡Ah Parvent...!

—¡Pues! Conque no os rompais la cabeza buscando invenciones nuevas, porque, francamente, no os servirian de nada. Sed sincera, confesad que os pesa de haber pecado y ¡qué diantre! Dios es misericordioso y todo se os perdonará.

Amanda iba cobrando fuerzas con la indignacion de que se iba poseyendo, y con un tono íntimo y severo que contrastaba mucho con el aire burlon y groseramente picaresco de la señora Cónels, dijo:

—Mi deber, no vuestras excitaciones, me pone en el caso de decir cosas que no pensaba haber dicho. Por decoro, por defensa mia y por amor á la hija de esta señora cuya salvacion me interesa, hablaré, sí. Os amenaza una gran desgracia, señora Vatel, y vos huís del remedio. El honor de vuestra hija corre peligro, y vos insensatamente poneis tachas en el honor ajeno. Mirad que Emilia puede ser mas

desgraciada que yo... ¡Ah, no querreis vos, su madre, que algun dia, desde el abismo de la miseria y de la infamia se vea en el caso de exclamar: ¡aquí me arrojó mi madre!

El calor, la vehemencia con que hablaba Amanda y el sello de veracidad que llevaban todas sus palabras, impresionaron vivamente á las dos mujeres, y sobre todo á la esposa de Leoncio, por mas que ni una ni otra estuviesen dispuestas á creerla.

Amanda les explicó en breves palabras todo lo que le habia sucedido con Belgrave, teniendo por imposibles que pudiera nadie dudar de la veracidad de su relato; pero la desgraciada no tardó en conocer que aquellas mujeres estaban obcecadas y que la verdad no hallaba crédito en ellas.

Despues de su narracion y conociendo el mal efecto que habia producido, por impulso de su natural bondad añadió:

—Señora Vatel, yo no os pido que renuncieis resueltamente á la soñada ventura que del enlace de vnestra hija os estais prometiendo todavía. Os repito que el supuesto Parvent es el coronel Belgrave y que está casado: os suplico que seais prudente; que mientras os tomais tiempo para vencer la repugnancia de Emilia hácia ese hombre, procureis enteraros de quién es él. Pensad de mí lo que os parezca; aunque yo fuera tan miserable como suponeis, bien podria ser que ese hombre fuese indigno de vuestro aprecio. Si podeis ahorraros un remordimiento eterno, vuestro deber es seguir mi consejo. En cuanto á mí... ¡Oh, no se atreveria el calumniador á sostener en mi presencia lo que os ha dicho!

—Pues precisamente, dijo á esto la señora Cónels, le habíamos pedido que viniera á decíroslo á la cara; pero él se ha excusado y nos ha hecho comprender la razon. Él es un caballero, y no estaria bien que viniera á gozarse en la confusion de una... desgraciada como vos.

—No, dijo Amanda exaltada; no se ha atrevido, á pesar de su audacia, á que nos oyerais á mí defendiendo la verdad y á él repitiendo sus bajas calumnias. Pero qué, señoras, ¿no sabeis vosotras distinguir el acento del que en defensa de su honor dice lo cierto y verdadero, del que por lograr un mal propósito falta á la verdad?

—Demasiado, respondió la señora Cónels con aire de malicia y suficiencia.

—¡Ah señora, vos creeis estar dando una prueba de perspicacia y al fin no haceis mas que servir de instrumento á un malvado! Señora Vatel, yo he invocado el testimonio del señor Carlos Bingley, hablad con él, presentadle ante ese fingido Parvent y entonces os desengañareis. Vuestra hija, vuestro esposo, me inspiran un interés que en este momento vos no podeis apreciar. Me creeis víctima de ese infame; me creeis engañada, seducida por él, y sin embargo en vez de inspiraros lástima, os inspiro aversion. No creo que sean estos los sentimientos propios de vuestro corazon, que es honrado. Sois cruel conmigo sin saberlo... ¡Dios os lo perdone como os lo perdono yo! Él sabe cuánto mas grato me habria sido conoceros poseida de aquellos afectos blandos, de aquella indulgencia con las faltas ajenas, que tan bien sientan en la mujer. Yo, aun cuando fuese una criatura mal inclinada, estoy abatida, soy débil, ningun daño puedo haceros; ¿por qué os ha-

biais de ensañar conmigo y echarme en cara mis faltas? Creo que no es así como quiere Dios á las mujeres y mucho menos á las madres. Al contrario, yo tengo para mí que las lágrimas que la mujer derrama sobre las desdichas de los demas, le son contadas en el cielo y le atraen las bendiciones de Dios y sus ángeles.

Lloró Amanda al decir estas últimas palabras, y mientras se enjugaba los ojos no se atrevieron las dos mujeres á interrumpirla.

Ella no estuvo mas que un momento en silencio, y con tono que revelaba el abatimiento en que la habia hecho caer el esfuerzo que acababa de hacer, añadió:

—Señora Vatel, nuestra primera entrevista es muy diferente de lo que yo habia imaginado que iba á ser. Pensaba hallar cariñosos afectos en el capitan Leoncio y en su esposa, y... ¡Dios no lo ha querido! Vos esperais hallar un sólido apoyo en ese hombre funesto....; no permita el cielo que os ensangriente las manos lo que vos tomais por báculo y es una espada de agudos filos.

La esposa de Leoncio llegó á conmoverse profundamente al oir las últimas palabras de Amanda, y comenzó á experimentar una desazon, una inquietud, hija de la duda á que hasta entónces permaneciera ajena.

La mujer de Leoncio, por una reaccion muy natural de una madre, consideró en un momento la pena que experimentaria si por una de aquellas desgracias tan frecuentes en el mundo, llegase á ver un dia á su hija en el infeliz estado de abyeccion en que suponia que Amanda se encontraba.

Esta consideracion la hizo estremecer, y hubo un mo-

mento en que se vió obligada á cerrar los ojos para no ver á la víctima que tenia delante.

Queria hablar y no se le ocurria cosa que pudiera expresar todo lo que pasaba en su interior, hasta que por fin dijo:

—Todos cometemos nuestras faltas, todos tenemos nuestros defectos y yo convengo en que tal vez me he expresado con demasiada viveza; que puedo haber sido dura, cruel, como vos decís; pero... el caso es que aun sin deseo de avergonzaros, habeis tratado tan mal al caballero Parvent, á quien debo tanto agradecimiento, que, la verdad, al oiros dirigirle inculpaciones tan horribles, no he podido contenerme y ¿qué quereis? tal vez he ido demasiado lejos, no diré que no; pero es que hay cosas que...

La señora Cónels se disgustó del giro que iba tomando aquel asunto, y como estaba en su casa y tenia hechos favores á la familia de Leoncio, se sentia con una superioridad que la animó á interrumpir la conversacion, y poniéndose en jarras dijo:

—No sé por qué tartamudeais tanto, señora Vatel, para decir la verdad. Yo soy clara como el agua y no me ando con rodeos. Esta señorita ha hablado mal del caballero Parvent, porque el despecho la devora.

—Puedo juraros que no.

—Y yo os juro que no lo creo. Aquí se os han dicho cuatro verdades, se os ha descubierto el juego, y por mucho que hableis no nos habeis de hacer ver lo blanco negro.

—Mal me conoceis, señora, si suponeis en mí intencion de engañaros.

—En efecto. Como no habia entrado aquí con nombre fingido...

Amanda á estas palabras bajó la cabeza y calló.

La señora Cónels dirigió á la mujer de Leoncio una mirada triunfante, como para hacerle admirar la buena oportunidad con que acababa de replicar á Amanda.

—Ello es que yo he sido ruda al expresarme, dijo la madre de Emilia; pero la señora Cónels la interrumpió con mucho denuedo diciendo:

—¿Qué es eso? Aun estoy viendo que le vais á dar la razon á ella, y á pedirle que perdone. ¡Estaríamos frescos! Ea, que bastante hemos hablado, y se hace tarde; yo tengo mucho que hacer y esa señorita del nombre fingido tiene mucho que andar para buscar casa donde duerma esta noche. Conque... buenas noches.

Amanda que no esperaba aquel colmo de desdichas se quedó inmóvil.

—A vos digo, señorita; aunque os pese no poder vivir bajo el mismo techo que el caballero Parvent, debeis buscaros otra posada.

CAPITULO LVIII.

La casa de Richemont.

Amanda estaba helada de terror.

La señora Cónels la miraba con mucho descaro gozándose en su abatimiento y creyendo que con dominar á aquella infeliz alcanzaba una gran victoria.

Viendo que Amanda no se movia dió un paso hácia ella y con toda su ruda energía le dijo:

—Aquí no se hospeda mas que gente honrada, ¿entendeis? Es tarde y vos tendreis gana de descansar como nosotras; id, pues, á buscar una de esas casas donde no se repara en pequeñeces, y sin duda la encontrareis pronto porque no estais tan ignorante como parece de las cosas de Londres.

Dichas estas palabras se acercó la señora Cónels á Amanda con ánimo de dar mayor fuerza á su intimacion.

La desgraciada hija de Fitzalan deseaba mas que nunca dejar la casa de aquella mujer; pero no podia admitir la

idea de emprender á hora tan avanzada una peregrinacion por las sombrías calles de la gran ciudad.

El movimiento de la señora Cónels le hizo recobrar el suyo, y despavorida empezó á retroceder hasta que la pared le impidió el paso.

—Ea, dijo la posadera, me parece que no hablo en griego: salid.

Y como su tono era tan despreciativo y su ademan el de la amenaza, Amanda sintió helársele el corazon y apagarse su vista, de suerte que habria caido al suelo, á no haber estado allí la mujer de Leoncio que la recibió en sus brazos.

Sentóla en una silla y le roció las sienes con agua fresca, y cuando hubo conseguido que volviera en sí, le dirigió la palabra diciéndole con toda la blandura que le fué posible:

—Recobraos, señorita, y alentad. Estais temblando... Recobraos, que no somos tan duras de corazon como os habeis figurado. Al contrario... Vamos, es menester que descanseis, que os metais en cama, y la señora Cónels, por consideracion á vuestro estado, os permitirá que paseis esta noche en su casa. Yo os lo prometo en su nombre, porque sé que no es su ánimo añadir afliccion al afligido.

—¡Jum! dijo la señora Cónels, vos sí que me conoceis bien; demasiado, pues en este momento abusais de mi bondad. Pero en fin, este es mi flaco, vos lo quereis... no la echaré de mi casa por hoy.

Amanda que se habia ido incorporando, contestó con voz lánguida:

—Tampoco será menester que me echeis mañana, señora. Yo saldré de aquí sin necesidad de excitar de nuevo

vuestra ira. En este momento, aunque quisiera no podria salir, porque los piés se niegan á sostenerme.

—No lloreis, le dijo la madre de Emilia. Ahí teneis la luz: lo mejor que podeis hacer es retiraros á vuestro cuarto.

Amanda hizo un esfuerzo, se levantó y apoyándose en la pared llegó con dificultad hasta su habitacion.

No estaba allí Emilia de quien tal vez habria recibido algun consuelo, ni habia lumbre en la chimenea.

La soledad, el frio aspecto de aquella estancia, el total abandono que presentia para el dia siguiente, todo contribuia á poner á Amanda en una de las situaciones mas angustiosas de su vida.

Sentada al pié de la cama, cruzados los brazos y caida la cabeza sobre el pecho, con el dolor que la oprimia se juntaban los recuerdos de otros dias mas felices que hacian resaltar su desdicha presente.

—¡Ay de mí! decia, yo he tenido un padre amante; mi nodriza y su marido y sus hijos me han dado pruebas de verdadero cariño; lord Mortimer, su tia, su hermana... ¡ay! de todos los que me han amado me ha ido apartando la desgracia, y del único sér de quien podria esperar amparo y defensa, de mi hermano Oscar me aleja la desdichada suerte mia y me conduce cerca del hombre empeñado en perseguirme! ¿Qué será de mí mañana, que me veré aun mas abandonada que hoy? Quizá en este momento debo considerar como una felicidad ignorar cuál será mi destino. ¡Oh padre mio! ¡Si desde los umbrales de la muerte hubieras podido adivinar el porvenir de tu querida Amanda...!

Una convulsion de frio agitó su cuerpo y añadió con exaltacion:

—¿Será la de hoy mi última desventura? Se prolongará mi vida lo bastante para que Oscar pueda recibir de mi mano los títulos que le dan derecho á la herencia de los condes de Murley? ¿Los tendrá que recibir con lágrimas en los ojos de manos de un desconocido, de manera que en vez de celebrar su buena fortuna tenga que llorar mi triste muerte?

Así lamentándose con harto motivo pasó largo rato la hija de Malvina, y mas habrian durado sus sentidas quejas si en medio del silencio y el reposo que á su alrededor reinaban no hubiera visto abrirse poco á poco la puerta de su cuarto.

Creyó de pronto que seria tal vez Emilia quien entraba á hacerle compañía, pero vió con sorpresa que no era sino la criada de la señora Cónels.

—Perdonad, señorita, le dijo apenas entró, si me he atrevido á penetrar aquí sin licencia vuestra; pero he sido testigo de vuestra desazon y no he podido resistir al deseo de prestaros el servicio que estuviera en mi mano haceros. No os dejeis abatir por la desgracia que os aflige y creed que esas dos malas viejas hallaran su castigo, porque el Señor no puede dejar impune lo que con vos han hecho. Dia vendrá en que tengan que dar estrecha cuenta de sus acciones, y entonces, aunque ellas lo hayan olvidado, el Juez supremo les recordará que hoy han sido crueles. Esa señora Vatel que parece menos mala que mi ama, arderá por toda una eternidad. Eso de entregar á la pobre Emilia á ese caballero Parvent sin enterarse antes de quién

es, como vos se lo aconsejabais, es cosa que no puede hallar perdon.

¡Pobre señorita Emilia! Está encerrada en el cuarto de mi ama, de donde no la dejan salir. Yo le he dicho lo que acababa de pasar con vos, y los deseos que tenia de proporcionaros algun alivio, y entonces ha escrito ella este billete y me ha rogado que os lo entregase.

Amanda tomó el billete que le alargaba la criada y leyó lo siguiente:

«No sé cómo ponderaros, señorita Donald, el interés «que vuestra desgracia me inspira. Solamente puedo deci- «ros que teniendo grabado en mi corazon el afecto que me «habeis mostrado, estoy convencida de que no soy ingrata «con vos.

«Me duele profundamente ver que mi madre sea en «parte causa de vuestra afliccion, y os ruego que se lo per- «doneis, porque está obcecada creyendo labrar la felicidad «mia y de toda la familia, y con grave pesar he sabido «que mañana por la mañana dejareis esta casa.

«Yo quisiera teneros siempre á mi lado; pero el cielo no «quiere que vea cumplidos mis deseos. ¿A dónde ireis? «¿Cómo podré saber yo vuestra morada? Si en esta ocasion «puedo seros de alguna utilidad, será menor mi descon- «suelo. Yo sé de una casa donde podreis estar bien, «ó á lo menos podreis permanecer segura en ella hasta «que halleis otra que os convenga si ha de prolongarse «vuestra permanencia en Londres. Todo lo que á este «punto se refiere os lo dirá, si os conviene, la muchacha «portadora de este billete, que es fiel al cariño que

«siempre me ha manifestado y conoce la dureza de cora-
«zon de su ama, aunque puede ser que sobre este punto
«no sea explícita con vos. Soy como he sido siempre vues-
«tra amiga; pedidme todo aquello que esté en mi mano
«hacer por vos y no creais nunca que os olvide. No puedo
«prolongar mas esta carta. De vuestra resolucion y de
«cuanto os interese hacerme saber me enterará la misma
«criada. Siempre vuestra,

«EMILIA.»

Acabó Amanda de leer, y volviéndose á la criada le preguntó:

—¿Cuál es la casa donde dice la señorita Emilia que podria yo hospedarme?

—Una hermana mia está de portera de una gran casa situada á la orilla del camino de Richemont. Los señores han salido fuera por una larga temporada y ella está sola para cuidar de todo. Si no teneis otro sitio donde ir y os conviene habitar un paraje retirado, os agradará mucho el que os indico. Mi hermana, aunque me esté mal el decirlo, es persona de mucha discrecion y sabe hacerse cargo de las cosas. Ni dirá nada á nadie de vuestra estancia allí si así os conviene, ni dejará de hacer cosa en que pueda complaceros. ¡Oh, de eso respondo yo! Sobre este punto podeis estar tranquila como lo está la señorita Emilia, que me decia poco há que ella no tendria paz mientras no encontraseis posada á vuestro gusto; pero que á lo menos dejaria de tener angustia por vos entre tanto que estuvierais al cuidado de mi hermana.

Amanda mas animada se incorporó del todo y preguntó:

—¿Cuándo podria yo ir á esa casa, camino de Richemont?

—Mañana desde primera hora.

—¿Y cómo lo haré para darme á conocer á vuestra hermana, que no sabe quién soy?

—Por eso no paseis cuidado alguno; pues os acompañaré yo.

—¡Ocupar una casa en ausencia y á hurto de sus dueños, dijo Amanda hablando en voz alta consigo misma! ¡Meterme en ella como si fuera á cometer una mala accion! ¡Oh necesidad mas poderosa que el decoro, que me haces dar este paso para no caer en otro peor! Ahora comprendo cómo criaturas buenas y de nobles impulsos pueden irse desviando del camino del bien y encontrarse al cabo de algunos años en la senda del mal sin haber conocido que se internaban en ella para siempre.

Volvió otra vez á la criada que la escuchaba atenta como si quisiera recoger religiosamente todas sus palabras, y le preguntó:

—¿A qué hora vendreis por mí mañana!

—Temprano. Apenas se pongan las paradas de coches públicos subiré por vos y juntas tomaremos uno, porque el trecho es largo y á mí me conviene, como comprendeis, estar pronto de vuelta. No hay mas que hablar sobre el asunto. Lo que ahora me atreveria á aconsejaros es que os metierais en cama y procuraseis dormir bien el resto de la noche. En vuestro semblante se ve que teneis necesidad de reposo y quizá tambien de alimento. Vais á ver: antes de acostaros podeis tomar una copita de vino con un bizcocho. Voy á traéroslo en seguida.

—No, no, dijo Amanda. No podria tomar nada á estas horas.

La criada insistió; pero Amanda no aceptó de ella sino que la ayudara á desnudarse.

Encargóle que á la mañana siguiente la llamase lo mas pronto posible y se quedó sola.

La fatiga la rindió muy pronto; pero en sueños ocuparon su imaginacion las mismas ideas que despierta la habian agitado, y su presente y su porvenir se le presentaban con los caracteres mas terroríficos.

Dos veces se habia despertado durante la noche y dos veces le habia traido el sueño las mismas visiones; por fin, poco antes de amanecer dejó el lecho y recogió todo lo suyo y se preparó á fin de que al presentarse la criada no tuviera que esperar.

Cuando entró en su cuarto la mujer que debia acompañarla y le encargó que procurase no hacer ruido al bajar la escalera, se estremeció Amanda, tanto porque le repugnaba ir de aquel modo como los que van á cometer una mala accion, como porque temia encontrar á su paso á Belgrave.

Al fin salieron á la calle sin ser vistas de nadie, y á la primera vuelta de esquina encontraron un coche de alquiler que en breve las alejó de aquel sitio.

Hacia rato que iban de camino sin haber hablado una palabra, y Amanda dijo á la criada:

—Si os fuera posible, decid de mi parte á la madre de Emilia que no dude de lo que ayer le referí respecto al supuesto caballero Parvent; que antes de comprometer la salud, el porvenir, la honra de su hija, se entere de si es

cierto lo que le dije y que otra vez apelo al testimonio del oficial Bingley.

—Yo, interrumpió la criada, tengo buen ojo: puedo alabarme de ello, y lo cierto es que nunca he tenido por gran cosa á ese caballero. No diré si es un tal ó un cual, porque no me consta; pero entre lo que he observado y lo que vos me decís, tengo para mí que cuando menos es un calavera alocado. Pero mi ama es tonta...

—A vuestra ama, interrumpió á su vez Amanda, decidle que á pesar de todo le agradezco la buena gracia con que me ofreció su casa cuando al llegar yo, todavía no tenia formado de mí un concepto que estoy muy lejos de merecer, como verá con el tiempo.

—Sí, con el tiempo, refunfuñó la criada. ¿Por qué no lo habia de conocer en el acto mismo? ¿Por ventura se necesita ser lince para distinguir las personas honradas, como vos y yo, de la canalla?

En esto llegaron á la casa donde estaba de portera la hermana de la criada.

El edificio era bello y suntuoso. Estaba efectivamente al borde del camino, entre un extenso patio y un jardin.

A uno y otro lado de la verja se levantaban dos hileras de frondosos árboles.

Penetraron hasta la puerta de la casa y allí encontraron sentada á la portera.

Era esta una mujer entrada en la segunda mitad de la vida, de sencillo traje, de unas maneras que no sabria uno calificar si de sencillas ó de groseras.

Escuchó muy atentamente lo que le dijo su hermana

acerca de su nueva huéspeda, y desde luego la hizo pasar á una sala donde habia puesta la mesa.

—Es costumbre de los señores, dijo la portera, que hállense ó no en casa, esté la mesa puesta á todas horas y haya desayuno para dos personas. Gracias á esta circunstancia, no tendreis que esperar. Os serviré cuando gusteis.

Aquella mujer que por primera vez veia á Amanda, la trataba con la misma consideracion que si le fuera recomendada por sus amos como persona de la familia.

—Os agradezco la buena voluntad que mostrais en servirme, dijo Amanda; y enternecida al considerar la diferencia entre el trato que recibia de una desconocida y lo que el dia anterior habia tenido que oir de la señora Cónels y de la esposa de Leoncio, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vamos, no os aflijais, dijo la criada; aquí vais á estar como en vuestra propia casa.

—¡Ah, eso sí! añadió la portera. Ahora no tengo mas señora ni dueña que vos y estais en el caso de mandarme todo lo que sea de vuestro agrado. Yo, como ignoro vuestros gustos, no puedo anticiparme á satisfacerlos; que si no fuera así, mi gala estaria en que pudierais decir que entre desear una cosa y tenerla no mediaba tiempo.

—No sé cómo daros las gracias...

—¿Quereis avergonzarnos?

—De todos modos procuraré no seros molesta por espacio de mucho tiempo. Mi intencion es acomodarme en un cuartito en casa de algun aldeano de estos sitios hasta que pueda dar por terminados los negocios que me han hecho emprender mi triste viaje y pueda volverme. Como quiera

que sea, tened entendido que no vine á seros gravosa y pagaré el gasto que haga.

Al mismo tiempo sacó un bolsillo y rogó á la criada que aceptase unas monedas para recuerdo suyo, ya que no sabia si volverian á verse.

La criada las rehusó dos y tres veces; mas al fin vencida de las reiteradas instancias de Amanda, las guardó lloriqueando.

La portera se le acercó y le dijo:

—No teneis que pensar en tomar casa ni en un cuartito de esos que decís, porque os llevarian muy caro al ver que sois de familia distinguida y no podrian ofreceros mas que habitaciones incómodas. Los señores tardarán cosa de mes y medio en realizar el viaje, y no volverán sin avisarme con mucha anticipacion á fin de que á su regreso todas las cosas estén en su punto. Ya veis, pues, cómo no teneis que apresuraros. A mas de que, bien podria suceder que antes de su vuelta tuvierais vos arreglados vuestros negocios. En fin, ello es que yo no me atreveré á daros consejo alguno, porque ni estoy autorizada para ello, ni me ha dado el Señor parte alguna del talento que á vos os sobra; pero no consentiré, señorita, que os priveis de mis servicios y vayais á pasarlo mal, pudiendo estar aquí servida como una reina.

Amanda le repitió las gracias; pero no varió de resolucion, porque le repugnaba en extremo vivir en una casa amparada por la portera que sin saberlo sus amos disponia de todas las cosas para su servicio.

La criada de la señora Cónels pidió licencia para retirarse, y al despedirse le encargó Amanda sobremanera que

encareciese á Emilia lo mucho que se acordaba de ella para desearle mejor suerte que la que le estaban preparando.

Durante la despedida trajo la portera el almuerzo, de suerte que al volver Amanda á la sala lo encontró servido.

A pesar de los ruegos y las excitaciones de aquella mujer empeñada en darle muestras de querer consagrarse á su servicio, Amanda comió muy poco, y aun atribuyó á lo poco que habia comido el violento dolor de cabeza de que se sintió aquejada.

La portera le propuso que para distraerse podia visitar la casa y salir despues al jardin, que era muy ameno; pero ella replicó que conocia bien la naturaleza de su mal y que su mejor remedio seria el descanso.

Entonces la portera la acompañó á un lindo aposento que tenia una cama, y le dijo:

—Descansad pues. El llamador de la campanilla cae á la parte izquierda; si se os ofrece algo, tomaos la molestia de tirar de él. Yo voy á la cocina, y ojalá sepa presentaros una comida que os excite el apetito.

—Muchas gracias... ¿Cómo debo llamaros?

—Paula me llamo, para serviros.

—Muchas gracias, Paula, y Dios os pague lo que haceis por mí.

Amanda quedó sola en medio del mas profundo silencio.

Todo convidaba al reposo en aquella mansion tranquila, donde era de presumir que no habia de llegar la venganza de Belgrave.

Amanda cerró los ojos, pero su espíritu velaba y su sueño no pudo ser sino muy ligero.

El rumor de las ramas movidas por el viento, el chillido de un ave que con rápido vuelo cruzaba el espacio, eran bastantes para despertarla con sobresalto.

Paula se asomó dos ó tres veces á la puerta de su cuarto, y como siempre la halló despierta, la regañó con el tono mas suave que le fué posible tomar.

Al fin le entró una mesita dispuesta con muy buen gusto y le trajo la comida, advirtiendo que habia anticipado un poco la hora de servírsela; en vista de que habia almorzado tan parcamente.

Las trazas y la solicitud de la portera la hicieron tan simpática á Amanda, que mas de una vez se acordó esta de la rústica sencillez y el afectuoso corazon de su nodriza.

El recuerdo de esta buena mujer y su familia llevó consigo á la memoria de Amanda el parque de Tudor y sus primeras sensaciones amorosas.

Volvieron á sonar en sus oidos aquellas palabras de Mortimer: «tendremos una casita escondida entre el follaje,» y al pensar en lo que se habia trocado su suerte y en la desdicha en que se hallaba sumida en vez de aquel bello porvenir tantas veces soñado, se volvió á cubrir su corazon de tristeza.

En vano la portera la incitaba á que comiera y bebiera.

La desventurada Amanda no era dueña de sí misma.

Suplicó á aquella mujer que la dejase sola y ella no queria, diciendo que la soledad no podia menos de serle funesta, pues conocia que era presa de ideas melancólicas, para lo cual necesitaba distraccion y movimiento, y le aconsejó que bajase á dar un paseo por el jardin.

Amanda se negó á ello; pero á fin de poner coto á las importunidades de su huéspeda, le dijo, sin ánimo de cumplirlo, que la dejase recoger sus ideas en unos momentos de soledad y que despues ella bajaria al jardin sólo por darle gusto.

Al fin la portera la dejó en paz, y, como sucede frecuentemente en las naturalezas semejantes á la de Amanda, apenas se vió sola, experimentó mayor angustia que antes.

Verse entre aquella morada, á la hora en que la partida del sol parece sembrar de misterios toda la naturaleza, le inspiró inquietud, zozobra y miedo.

Levantóse de pronto y se dirigió al jardin, donde le pareció que el aire mas puro y el horizonte mas dilatado y la calma de cuanto se ofreceria á su vista, comunicarian algun vigor á su ánimo.

Bajó en efecto; pero al llegar al pié de la sala baja oyó la voz de un hombre, novedad que la impresionó vivamente obligándola á detener el paso.

El hombre siguió hablando, y Amanda miró con terror si podia ser vista.

Afortunadamente para ella la puerta estaba cerrada.

Puso atento oido, y aunque los fuertes latidos de su corazon no le dejaban comprender las palabras, se figuró que aquella voz no le era del todo desconocida.

—Ni mas ni menos, decia: hemos sido despedidos mi amo y yo de nuestro plebeyo hospedaje, y ya puede el señor renunciar al golpe que tenia preparado contra la pobre chiquilla; pero como él tiene suerte y si una puerta se le cierra ciento se le abren, caza por caza, mejor es la

que tenemos levantada ahora, que la que se nos ha escapado.

—¿Qué chiquilla era esa, preguntó la portera, que ha logrado que el señor tuviese tanta paciencia?

—¿Cómo quereis que os lo explique? replicó el criado: una chiquilla, una jóven pobre un poco tonta.

—Pero será muy hermosa.

—Jio... Al que feo ama, bonito le parece, dice el refran; yo no daria muchos pasos por ella; pero como los caballeros tienen gustos é inclinaciones tan distintas de las nuestras....

—¡Cómo ha de ser! Él consulta su gusto y nada mas; no podrá decir luego que la tomó por fuerza.

—Lo que es ahora, ni de grado tampoco ; porque está rematado el negocio y es seguro que no la tomará.

—Afortunadamente para él , la que hoy ha entrado es hermosa como un sol.

—Vale como ciento de la otra.

—¿Cómo me dijisteis que se llamaba la otra, que ya no me acuerdo?

—Emilia Vatel.

—¿Y esa qué está arriba?

El corazon de Amanda le dió un vuelco y pareció dar su postrer latido.

Aquel hombre era un criado de Belgrave, y ella, penetrada de horror, conoció ser la nueva víctima á que el infame se prometia dar alcance.

CAPITULO LIX.

Amanda en el desamparo.

A la voz de Paula respondió la del criado.

Amanda no pudo comprenderle; pero como podia encerrar aquella conversacion un interés de vida ó muerte para ella, reunió todas sus fuerzas é imponiendo, digámoslo así, su voluntad á sus sentidos, se sobrepuso á la flaqueza de su corazon y oyó otra vez al criado que decia:

—El coronel tiene ahora menos gana de perder tiempo que nunca, y vendrá hoy mismo en coche de camino para que nos llevemos á vuestra hermosa prisionera.

—Llévesela, contestó la mujer, y cúidela mucho; porque tiene un aspecto que me hace presumir que no vivirá mucho tiempo.

—Menos vivirá el amor de nuestro amo.

Amanda, que escuchaba llena de espanto, creyó que ya no podia oir nada mas horrible; pero aun mas horrible

fué la risotada en que tras breve espacio prorumpieron los dos criados.

La violencia misma del dolor le dió energía y volvió á subir hasta la puerta de su cuarto, donde se paró permaneciendo inmóvil hasta oir que el criado se despedia.

Entonces ya para no ceder á la debilidad que se habia apoderado de ella, ya tambien para que si la portera subia no sospechara que habia oido su conversacion, se arrojó sobre el lecho.

Desde aquel momento su propósito, único y vehemente, fué volverse á Londres.

Para ello era menester salir de aquella casa sin ser vista y hacerlo cuanto antes á fin de no verse sorprendida en medio del camino.

Si caia en manos de Belgrave, este escarmentado habia de tomar con ella tantas precauciones de seguridad que, bien lo conocia ella, le habia de ser imposible escapar con vida de sus manos.

Huir, huir pronto de aquellos sitios era indispensable para salvarse del peligro amenazador que la casualidad le habia revelado, y volver á Londres, á la misma ciudad que tantos otros peligros le ofrecia; donde la esperaba el aislamiento en medio de la muchedumbre y la glacial indiferencia de todo el mundo, en medio de todos los intereses agitándose á su alrededor.

Al salir de casa de la señora Cónels habia creido con apariencias de razon, que en cualquier parte se habia de hallar mas segura, y tras las escasas horas trascurridas se veia llevada á creer que cualquier otro asilo le habia de

ser menos funesto que el que eligiera para escapar á la persecucion del miserable Belgrave.

Pensó con tristeza en lo sombrío, en lo inmenso de la ciudad donde no sabia de quién fiarse ni á quién dirigirse; pero aun así se le representó mas hospitalaria que aquella risueña morada que en medio de la riente naturaleza no encerraba mas que perfidia y crueles alevosías.

Afirmóse en su resolucion de partir cuanto antes y oyó los pasos de Paula que subia la escalera.

Volvió el rostro hácia la ventana por no ver á aquella criatura infame y tambien para que esta no leyese en su semblante la resolucion que meditaba.

¡Extraño efecto de nuestra imaginacion! La portera que poco antes le parecia leal y afectuosa como su buena nodriza y en cuya voz le parecia conocerse lo sincero de su carácter, le pareció desde aquel momento de voz sin timbre y falsa y que en cada palabra revelaba la mas profunda hipocresía.

Paula preguntó á Amanda si se hallaba mejor, y esta despues de contestarle que sí, movida por un súbito impulso, hijo de la resolucion que habia tomado, se levantó del lecho y se puso á la ventana.

—Hermoso jardin, Paula, dijo, y dichoso quien puede poseerlo para su regalo.

—En verdad que sí, señorita, y que no se encuentra otro como este por todos estos alrededores.

—Decidme: el trozo que se distingue desde aquí, detrás de aquella valla de cipreses, debe estar plantado de árboles frutales.

—Sin duda, y podeis desde aquí ver muchos de ellos mirando hácia la izquierda.

—En efecto. Si no temiera abusar de vuestra complacencia os pediria un par de albérchigos acabados de coger de vuestro mano.

—¿Qué es abusar, señorita? ¿No os he dicho ya que debiais mandarme y que yo estaba aquí para serviros? Yo os traeré con mucho gusto los albérchigos, y os habria traido antes un plato de fruta, si no hubiese creido que vos misma habiais de bajar al jardin á cogerla segun vuestro capricho. Voy, voy, y os prometo que no os haré esperar.

Salió Paula diligente, y Amanda permaneció en la ventana esperando con impaciencia el momento de poner por obra su proyecto sin que aquella mujer pudiera impedirlo.

Vióla salir al jardin, penetrar por entre los cuadros de flores y trasponer la valla de cipreses.

Entonces pareciéndole que ya estaba bastante lejos se cubrió rápidamente la cabeza, bajó como una exhalacion la escalera, cerró la puerta del jardin que daba á lo interior de la casa, para que en caso de volver muy pronto Paula no pudiera acudir inmediatamente á perseguirla, y echó á correr como desesperada.

Estaba ya en medio del camino real, y aunque con miedo de ser alcanzada, aflojó el paso para no llamar la atencion de nadie.

No habian dejado de resonar en sus oidos las palabras del criado de Belgrave referentes á que este iria aquella misma tarde á la quinta en su carruaje para apoderarse de ella, y así cada vez que divisaba un coche á lo lejos buscaba donde ocultarse, y cuando esto no le era posible se

mantenia inmóvil tras el tronco de un árbol y volvia la cabeza para no ser conocida.

En continuas ansias, en zozobras interminables, llegó rendida de cansancio á las puertas de Londres á tiempo que ya espiraba el dia, con necesidad de descanso y obligada á andar, sin saber hácia dónde, en busca de una posada.

Retirábanse á sus casas, viniendo de mercados lejanos, las vendedoras de frutas con los restos no vendidos de sus mercancías, y Amanda con lágrimas en los ojos decia para sí:

—¡Dios mio! yo he creido en algun tiempo que la suerte de esas mujeres era la mas precaria; ¡quién me dijera entonces que algun dia me habian de causar envidia! ¡Ellas tienen familia, hogar, parientes! En medio de su grosera ignorancia, no carecen de afectos, y duermen tranquilas las jóvenes al lado de las ancianas, y las ancianas auxilian en sus quehaceres á las jóvenes.

La hora y el sitio eran tales que se le ocurrió á Amanda que en caso de hallar posada, tendria que tomarla en una de las miserables casas del arrabal.

Redobló, pues, el paso procurando apartar de su mente las reflexiones que la distraian del objeto mas apremiante en aquellos momentos, y comenzó á recorrer una larga calle buscando entre las moradas abiertas una en que á su parecer pudiera recogerse.

Llevaba ya buen trecho andado, cuando se paró á cierta distancia de una tienda donde vendian queso y manteca.

Al fondo de la tienda, sobre un bajo taburete habia una mujer que distraidamente y sin dejar de mirar á los transeuntes estaba haciendo calceta.

Amanda vaciló entre dirigirse á ella y buscar otra casa de mejor apariencia; mas impulsada por la apremiante necesidad puso el pié en la tienda.

La mujer dejó su labor y se levantó respetuosamente esperando sin duda que aquella jóven de aire distinguido le pidiera precios de sus artículos para hacer alguna compra de importancia.

Amanda perpleja estuvo un momento sin palabra que dirigirle.

Por fin, llena de rubor y con voz temblorosa, levantó los ojos á la mujer, y con el encanto que echaba un sello á todo lo que á ella pertenecia preguntó:

—¿Tendriais, señora, una habitacion que alquilarme?

La tendera le volvió la espalda, tornó á su asiento y con gravedad y sin dirigirle la vista respondió:

—Las personas de bien no buscan posada tan tarde y menos por estos barrios.

Amanda la escuchaba atentamente, y aunque ofendida, le replicó:

—Sin duda teneis razon, señora; pero por una serie de contratiempos á cual mas enojosos, me veo en una dura necesidad, y si tuvierais proporcion de cederme un cuartito os quedaria muy reconocida, y os aseguro que no os arrepentireis de haberme recibido en vuestra casa.

—¿No me arrepentiria? preguntó la mujer con desconfianza; tampoco tendria que arrepentirme de lo contrario. En fin, cada cual procura mejorar su negocio: es natural. Lo que os advierto es que si tomais habitacion en mi casa teneis que pagarla por adelantado.

—Os la pagaré en el acto.

—Entrad, pues, y vereis la habitacion. No tengo mas que una; si no es de vuestro agrado, no perderé nada en ello. Entrad.

Tomó una luz la tendera y precedió á Amanda por una escalera estrecha y tortuosa.

Peor que la escalera era la habitacion, lóbrega, miserable, húmeda y sucia.

Repugnóle mucho á Amanda por su aspecto; pero considerando que como en aquel antro estuviese á cubierto de su perseguidor debia preferirlo al palacio mas suntuoso, dió una mirada en torno suyo y dijo á la tendera:

—Está bien, queda por mí.

—Esperad un poco, replicó aquella con sorna: el alquiler de este cuarto se paga á una guinea por semana; mirad si os tiene cuenta, porque despues no quiero reyertas.

—Os pagaré una guinea, dijo Amanda sin vacilar, supuesto que en vuestra casa sólo admitís á gente de bien.

—De eso respondo yo, y responderá, si fuera menester, la parroquia entera. Soy muy conocida en el arrabal, y lo que yo digo de mí misma, lo dice todo el mundo.

—Así podreis oir siempre alabanzas vuestras.

—Así sea tan buena vuestra paga como es buena mi fama, replicó la mujer alargando la mano.

Amanda metió la suya en la faltriquera para dar la guinea que se le pedia, y no encontró en ella el bolsillo. Buscó en la otra y no lo halló tampoco.

De repente se acordó de que habia dado dinero á la criada de la señora Cónels y que sobre la mesa del comedor, en el cuarto bajo, habia dejado el escaso caudal que consigo llevaba.

—¡Ay señora! exclamó juntando las manos con la expresion del mas sincero dolor.

—¿Qué hay? preguntó con frialdad la tendera.

—Que he perdido el bolsillo; ahora recuerdo dónde le dejé y no puedo pagaros el precio del alquiler anticipado.

—¡Siempre me figuré que saldríamos con una de esas historias! exclamó la tendera con enojo. ¡Miren la señora que sólo queria gente de bien en mi casa! Eso de los bolsillos que se echan de menos en el momento de pagar, niña, es ya un recurso muy gastado.

—¿Qué quereis decir?

—Nada, que ya sabemos con quién tratamos. Ea, echad á andar.

—Pero... ¿me arrojais de vuestra casa...?

—¡Toma! y muy bonitamente. ¿Os habeis figurado que así se jugaba conmigo!

—¡Señora! le dijo Amanda cogiendo una de sus manos, os suplico por lo mas sagrado que me dejeis pasar aquí la noche. Ya veis lo avanzado de la hora... Yo tengo todavía objetos de algun valor en una maleta; os daré las señas de la casa donde la he dejado, vos la mandareis traer y os pagaré con largueza.

—Así teneis vos maleta como bolsillo. Vaya, la broma se va haciendo pesada y por una vez ya basta.

—Os juro...

—¡Dale! ¿Sabré yo lo que me digo? Mañana me tomaria yo el trabajo de enviar inocentemente á la casa de las señas que me dierais, y ni allí os conocerian ni os habrian visto nunca.

—Os aseguro que sí.

—Hace un momento habriais asegurado que traiais dinero para pagar todos los cuartos de mi casa. No; pagad vos vuestras equivocaciones, que yo no tengo mas obligacion que pagar las mias, y no incurriré por cierto en la de daros posada. Ya soy yo vieja para dejarme engañar.

En vano quiso suplicar Amanda con lágrimas en los ojos.

La mujer fué inflexible, y acabó por decir terminantemente que si no se marchaba acto continuo, la haria salir á viva fuerza.

El tono resuelto con que fué pronunciada esta amenaza le hizo temer que se iba á ver atropellada brutalmente, y caida la cabeza sobre el pecho y desalentada bajó la escalera.

Al llegar á la puerta de la calle, al verlo todo envuelto en densas tinieblas; al pensar que sola y desvalida tenia que lanzarse á aquel caos, suspendió involuntariamente el paso.

La sangre parecia haberse paralizado en sus venas y el pensamiento mismo suspendió su carrera.

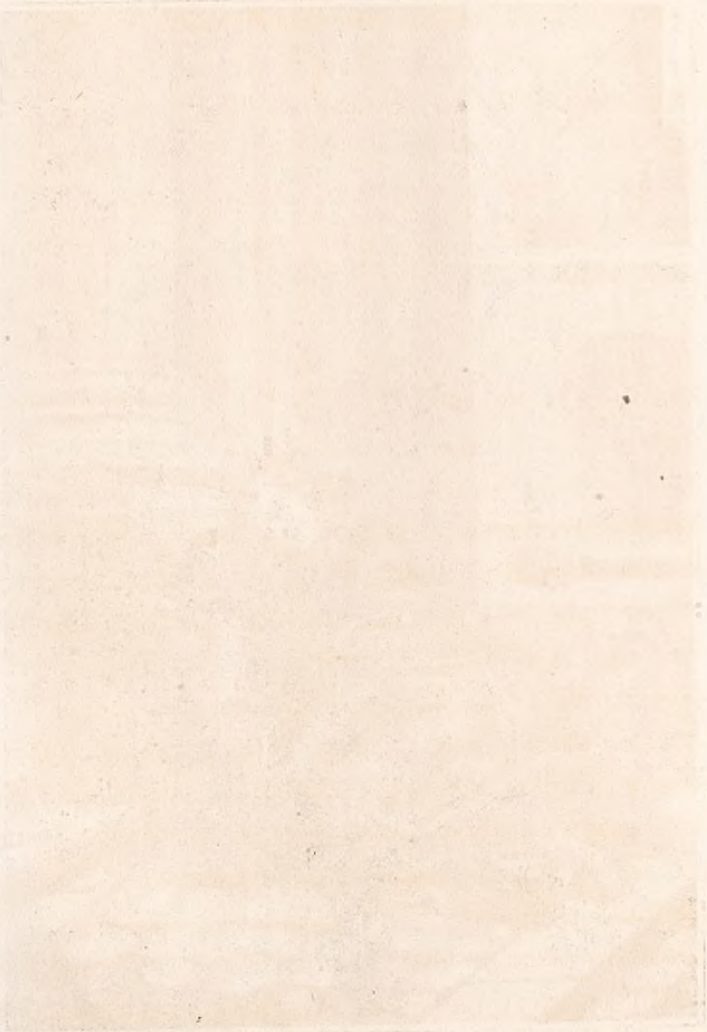
La mujer, irritada porque no se iba pronto, la asió de un brazo y con groseras palabras la arrojó á la calle, cerrando la puerta tras ella.

La desdichada Amanda siguió como un autómata el impulso que el nervudo brazo de la mujer le habia comunicado, y sin dejar la acera dió algunos pasos vacilando y sin mas sosten que el que hallaba en la pared.

Llegó á un punto donde un edificio formaba un cuerpo saliente y se apoyó en él.

Cerrábanse sus ojos, flaqueaban sus piernas y se fué deslizando al suelo, porque el cansancio, la vigilia, la fuerza incontrastable de la desgracia la rindieron.

El cansancio, la vigilia, la fuerza incontrastable de la desgracia la rindieron.



CAPITULO LX.

La piedad sin el aprecio.

La calle en donde se encontraba Amanda era oscura y poco frecuentada, de suerte que era muy posible que permaneciese allí toda la noche sin recibir socorro alguno.

El aire frio le produjo empero una profunda impresion y poco á poco fué saliendo de su letargo.

Aun no habia recobrado los sentidos, cuando dos hombres que atravesaban por aquel sitio se acercaron á ella y se inclinaron á mirar si era persona humana, porque en aquel sitio y con la noche que hacia no era fácil conocerlo inmediatamente.

Estaban hablando entre sí cuando ella recobró el uso de sus facultades, y como habia influido tanto en su ánimo el temor de que Belgrave no fuese en su seguimiento, esta fué la primera idea que se presentó á su imaginacion al salir de su letargo.

En medio de la perturbacion de sus facultades no podia

concebir que fuese otra la persona que en aquel momento se hallase cerca de ella, y lanzando un grito de terror se levantó como movida por un resorte y quiso echar á correr.

Al oir su voz, uno de aquellos dos hombres hizo un movimiento como de sorpresa y exclamó:

—¡Qué oigo! ¡Es la voz de la señorita Fitzalan!

—¡Dios mio! exclamó ella á su vez; ¡Dios mio!

—¡Es ella! dijo el desconocido.

—¡Oh sí; y vos, vos...!

No pudo proseguir porque le faltó el aliento.

Acababa de conocer á Carlos Bingley.

Él la vió vacilar, y la piedad le hizo abrir los brazos, donde cayó Amanda.

El placer de encontrar en tan desgraciada situacion á una persona amiga, una de las pocas en cuya lealtad podia fiar, la trastornó de manera, que hubo de faltarle la respiracion.

El encuentro de Carlos Bingley equivalia para ella á la seguridad que en vano habia buscado hasta entonces en Londres; equivalia á una proteccion superior á la que hubiera podido prometerse de Leoncio; era además una garantía de su persona, una esperanza de descubrir mas pronto el paradero de Oscar, y un testigo intachable de su honradez contra las calumnias de que la señora Cónels y la madre de Emilia se habian hecho eco.

Por todos estos motivos, de que en aquellos momentos Amanda no podia darse cuenta, el consuelo descendió á su corazon, el aire volvió á circular por sus pulmones y se sintió fortalecida en breve; pero al propio tiempo, al ver

el sitio, el estado y el desamparo en que habia sido hallada por aquel hombre generoso, la cubrió de vergüenza y amargó su alegría, obligándola otra vez á bajar la frente y suspendiendo el impulso de contento que acababa de experimentar.

Carlos Bingley, que suspenso y no menos sorprendido que ella la habia recibido en sus brazos en el primer momento, los separó dolorosamente de su talle cuando ella volvió á recobrar sus fuerzas, y dijo con admiracion y tristeza:

—¡Conque esta es la señorita Amanda Fitzalan!

Amanda comprendió el mal efecto que habia producido en aquel hombre delicado el hallarla de aquella suerte, y exhaló un profundo gemido.

No podia en un instante explicar los motivos que la habian traido á tan desventurada suerte; no podia hacer comprender á quien tanto la habia amado y respetado que en nada habia desmerecido de su aprecio, y la idea de que mientras ella no hablase habia de ser juzgada por Bingley mismo como una mujer indigna, renovaba las angustias de su pecho.

El compañero de Carlos que hasta entonces no pudo distinguir las facciones de Amanda, dió á este con el codo y en tono malicioso le dijo en voz baja:

—¡Linda muchacha!

Carlos hizo como que no oia, y fijándose en la expresion de profundo dolor que llevaban consigo los menores movimientos de Amanda, se dirigió á ella y le dijo:

—Señorita, veo que necesitais auxilio, y por nada del mundo os ha de faltar el mio. Yo tengo la fortuna de ser

el mismo Carlos Bingley, cuyos sentimientos os son bien conocidos. Permitidme que os acompañe á vuestra casa.

—¡Oh Dios mio! exclamó ella, ¡mi casa! Señor Bingley, aquella Amanda á quien en otro tiempo honrasteis con vuestro afecto y que no ha hecho nada á sabiendas para merecer el crudo rigor de la suerte, no tiene casa donde acogerse.

—Mejor, dijo en voz baja el compañero.

—¡No teneis casa! replicó Bingley, luego mis sospechas... ¡Oh qué mudanzas tan extrañas! ¡qué desengaños está destinado á presenciar el hombre! Yo os conocí honesta, recogida, llena de virtudes y aspirando á poseerlas todas, y hoy... Entonces teniais una familia y amigos; erais un modelo de órden, de hermosura, de modestia... Amigo mio, añadió volviéndose á su compañero, esta señorita, apenas recobrada, está falta de fuerzas; os suplico que vayais por un carruaje y volvais con él lo mas pronto posible.

—Me reservais un papel mas cristiano que el vuestro...; pero no importa; por vos todo puede hacerse. Pronto estoy de vuelta.

Así dijo el compañero de Bingley y se alejó á toda prisa.

Carlos se cruzó de manos y permaneció contemplando á Amanda.

—¿Es posible, decia entre sí, que aquella virtud que residia en tan bella jóven haya caido derribada? ¿Es posible que de tanta honestidad, de tanta delicadeza sólo haya quedado una miserable mujer que á tales horas no tiene reparo en hallarse en medio de la calle en un barrio tan

repugnante como este? Yo he amado lo que dentro de este cuerpo mortal se encerraba; yo he sido adorador de bellas cualidades que parecen pertenecer á la esencia misma del alma, y sin embargo el alma subsiste en ese hermoso cuerpo y todo lo que yo amé ya no está en él. ¡Oh misterio! En esta mujer todo era nobleza, todo era corazon y entendimiento, que son salvaguardia del honor. ¿Qué se ha hecho todo? ¿Por dónde pudo entrar en ella el vicio corruptor? ¿Qué se propondrá el cielo al ponerla ante mis ojos como diciéndome: mira, tú creias amar á un ángel y ahí tienes á una miserable mujer corrompida?

La desdichada Amanda adivinaba por su desgracia el género de pensamientos que embargaban la mente de Carlos Bingley.

Al verle con las manos cruzadas y en la actitud reflexiva que sus ideas le habian comunicado, comprendió el concepto que formaba de su persona, y el sentimiento que de ella se apoderó no la dejaba respirar.

Poco á poco fué decayendo otra vez su espíritu. No podia hablar, no podia levantar la frente, no podia llorar.

Inmóvil, fria, á cada instante con menos aliento, llegó á sus oidos la última frase pronunciada por Carlos Bingley: «una miserable mujer corrompida,» y desde entonces dejó de ver, oir y pensar.

Llegó en aquella ocasion el compañero que habia ido por el carruaje, y como Amanda no respondió á las palabras que los dos amigos le dirigieron, fué menester cogerla en brazos y colocarla en el asiento.

—Es preciso, dijo Carlos á su amigo, llevarla á una casa conocida donde la recojan; y diciendo dos palabras al

cochero se sentó respetuosamente al lado de Amanda teniendo cuidado de hacer que conservase el equilibrio.

Cuando paró el coche se apeó Carlos encomendando á la infeliz á los cuidados de su amigo y llamó á una casa.

Despues de breves momentos de explicacion volvió á salir con una criada, y entre los tres subieron á Amanda á una habitacion del piso segundo.

Sentáronla en un sillon, levantáronle el velo y de repente exclamó una voz:

—¡Qué veo! ¡La señorita Donald!

Quien proferia la exclamacion era la madre de Emilia, y la casa en donde se hallaba era la de la señora Cónels, casa que con tanto empeño habia querido dejar Amanda y de donde la arrojaran tan vergonzosamente.

Desde que Amanda saliera de allí habian ocurrido grandes novedades.

Leoncio habia salido de la cárcel merced á Carlos Bingley y se encontraba reunido con su esposa.

Carlos antes de hacer subir á Amanda les habia suplicado que admitiesen á una jóven á quien habia encontrado en muy triste situacion, y aquella familia que le estaba profundamente agradecida no habia vacilado un solo momento en complacerle.

Carlos al oir el grito de la esposa de Leoncio que llamaba señorita Donald á Amanda Fitzalan, creyó que la buena mujer se habia equivocado; pero ella misma le demostró que no se engañaba (aumentando así la confusion del honrado oficial), pues se arrojó á los piés de Amanda añadiendo:

—Yo soy la que os ha puesto en tan lamentable estado:

perdonadme, por amor de Dios; que es mucho mayor mi arrepentimiento que la dureza que me habeis visto mostrar cegada por el interés de mi hija.

Emilia, de rodillas al otro lado del sillon, besaba y acariciaba las manos de Amanda exclamando:

—¡Oh mi excelente amiga, mi querida protectora! por mí, por haberme querido salvar os habeis puesto en este trance; pedidle la vida á vuestra Emilia, que no vacilará en darla por vos.

Carlos Bingley estaba mas confuso que nunca.

Cuando creia que tal vez se iba á quejar la familia de que á hora tan desusada la obligase á admitir en su compañía una jóven perdida en las callejuelas de Londres, y de quien él mismo habia confesado que no le merecia el mejor concepto, se encontraba de repente con que allí todos eran admiradores y deudores suyos.

Temia que aquella gente no fuera víctima de un engaño; pero como habia amado, como amaba todavía á Amanda; por mas que no acertase á explicarse el cambio experimentado por ella ni cómo habia podido llegar á la situacion en que la encontrara, enternecido por el espectáculo de la estimacion que los demas le tributaban y llevado de su pasion que no necesitaba de muy poderosos estímulos para recobrar su imperio, volvió á mirar á Amanda con el mismo interés que en aquellos dias en que sólo respiraba para ella.

Inclinóse á contemplar aquel pálido rostro; penetraron sus vivos ojos en aquellas facciones alteradas por las amarguras de toda su vida, y se extasió mirando aquella frente serena, cuyas graciosas ondulaciones eran no menos expresivas que su expresiva fisonomía.

—¿Qué es esto que por mí pasa, pensó Carlos Bingley? ¿Soy juguete de un sueño ó tengo trastornado el entendimiento? Ahora, hace un instante creia ver en esta infeliz toda la belleza material privada de aquel sello resplandeciente de virtud que me la habia hecho amar sobre todas las cosas de este mundo. Echaba de menos en ella todas las prendas morales que constituian su encanto, y ahora de pronto se me figura que jamás se ha podido ver privada de ellas; que su virtud está aun mas acrisolada; que la Amanda de hoy es superior á la Amanda que deseé por esposa. Ahora sólo le falta aquel gracioso movimiento que enamoraba aun á los que no la conocian; sólo veo apagada la sonrisa de sus labios y la radiante luz de sus ojos; sólo le falta el bello destino que para ella habia yo deseado... ¡Oh si un miserable; si el hombre mas vil del universo, siendo causa de vuestra desventura, os viera, Amanda, en el estado en que yo os veo, seria preciso que no tuviese corazon ó tendria que arrojarse á vuestras plantas pidiendo que le perdonaseis, horrorizado de las consecuencias de su crímen!

La señora Cónels entró en aquel momento, y conmovida ante aquel espectáculo se detuvo junto á la puerta y tuvo que enjugarse una lágrima.

Tan imponente era el conjunto que ofrecia á sus ojos el estado de la hija de Fitzalan y la conmocion que agitando los corazones se asomaba al semblante de cuantos se hallaban allí reunidos.

Nadie se atrevia á hablar ni á moverse.

De cuando en cuando se oian los gemidos de la sensible Emilia, á los que respondian los de su madre que ansiosa

de ver recobrar el conocimiento á Amanda, no dejaba de contemplarla con lágrimas en los ojos.

Los hijos menores de Leoncio miraban aquella escena tan sobrecogidos, que parecian comprender toda su importancia y el respeto de que era digna la jóven desmayada.

En medio de aquella ansiedad y congoja se movieron los labios de Amanda, y como tenian fijos los ojos en ella, todos á su tiempo dieron á conocer con un movimiento instintivo la conmocion que acababan de experimentar.

Emilia levantó la cabeza, abrió los brazos y permaneció extática esperando el despertar de su amiga.

Carlos Bingley tuvo que llevarse la mano al corazon que le palpitaba precipitadamente.

CAPÍTULO LXI.

Consejo de comadres.

Hubo un momento de solemne silencio en la habitacion. Todos contemplaban con interés á Amanda.

La mujer de Leoncio, llorando de contento, le humedecia las sienes.

De pronto suspendió su movimiento, al oir que Amanda exhalaba un profundo suspiro.

La señora Cónels se dirigió entonces á Carlos Bingley y le preguntó:

—Decid, buen caballero, qué debemos hacer nosotros por esta jóven.

—Nada, respondió Carlos, que apenas podia hablar; yo me encargo de lo que á ella se refiere. Yo le buscaré un asilo seguro, tranquilo...

—¿Pero y ahora, ahora en estos momentos, qué podemos hacer? ¿No os parece lo mejor llamar á un médico?

Amanda hizo otro movimiento, y Carlos que no apar-

taba de ella los ojos se le acercó un poco dejando de responder á la señora Cónels.

—¡Dios mio! dijo esta, ¡qué pálida está! La falta de sueño, la falta de alimento la han puesto en este estado.

—¡La falta de alimento! repitió Carlos con horror.

—¡Oh, sí, señor! No ha tenido qué comer, ni dónde acostarse...

—¡Oh, por amor de Dios, callaos, que me despedazais el corazon! ¿Es posible que haya podido faltarle lo que no falta á las criaturas mas desgraciadas? ¿Es posible que se haya visto sin pan y sin albergue?

—Rechazada de todas partes...

Carlos se cubrió los ojos con las manos.

La idea de que hubiesen podido tener razon para apartarla de sí las personas honradas; la idea de que se hubiese pervertido hasta tal extremo una criatura que habia merecido su amor, le trastornaba los sentidos.

—¡Oh! exclamó en voz baja contemplándola, ¿por qué se ha de haber perdido á sí misma, matando su alma y arrojando de sí las virtudes?

—¡No hableis así, caballero! dijo Emilia entre lágrimas, pero saliendo valerosamente á la defensa de su amiga. No es posible que ni por un momento se haya separado esta señorita de la senda de la virtud. Antes al contrario, no puede ser sino que por la virtud se haya sacrificado. Un malvado queria perderme á mí; ese la ha calumniado. ¡Oh, mi querida señorita, no temais que dude nunca de vos Emilia, á quien os aparecisteis como un ángel y sobre quien derramasteis celestiales consuelos la primera vez que os vió y os amó por salvadora de su familia!

El sentimiento con que hablaba Emilia se comunicó á su madre, que se acercó mas y mas á Amanda, como si quisiera besar su frente en prueba de que la creia inocente.

—¡Ojalá, dijo, que no hubiésemos dado crédito al hombre perverso, ó que á lo menos, ya que habíamos sido advertidos á tiempo por ella, no hubiéramos vacilado en dar completa fe á sus palabras!

—¡Ojalá, añadió Carlos Bingley, corresponda su inocencia á las simpatías que todos le profesamos! ¿Es posible que nos engañemos todos y amemos la bajeza envuelta en los atavíos de la virtud? Pero ella no vuelve en sí. Yo me retiro para que os tomeis la molestia de acomodarla en la cama. Llamad á un médico toda vez que esta infeliz tarda en volver de su desmayo, y no extrañeis que me retire á pesar del interés que me inspira el estado en que dejo á la que no sé si debe ser mi juez ó si puede ser juzgada por mí.

Carlos Bingley salió con su amigo, que supo respetar el profundo abatimiento en que le vió sumergido, y la mujer de Leoncio y su hija se apresuraron á llevar á Amanda al lecho, en tanto que la señora Cónels enviaba por el médico.

Como á un mismo tiempo habian ocurrido sucesos muy diversos, y hemos tenido que llevar adelante con preferencia los relativos á Amanda, conveniente será que suspendamos en este punto lo que á ella se refiere, para enterar al lector del efecto producido por la carta anónima dirigida por ella á Leoncio, de cómo fué descubierta su autora por Belgrave, del partido que se propuso sacar de aquel precioso descubrimiento y de los demás sucesos que

á estos se siguieron mientras la desgraciada hija de Fitzalan, dominada sólo por nobles aspiraciones, recibia ultraje sobre ultraje y veia convertirse en contra suya los instrumentos que á primera vista parecian á propósito destinados á su mayor ventura.

La carta anónima de Amanda llegó á manos de Leoncio, en ocasion en que su mujer se hallaba en la cárcel haciéndole compañía.

Aquel escrito encerraba mas de lo necesario para infundir justa alarma en un padre que no podia acudir personalmente á conjurar el peligro de que, segun le avisaban, se hallaba amenazada su hija.

El pobre Leoncio no pudo ocultar su desasosiego, y su mujer que notó la alteracion de su semblante y el tono de zozobra con que respondió á sus primeras preguntas, no quiso dejar de enterarse de la causa de su evidente angustia.

Leoncio habria ocultado de buena gana el verdadero motivo de su disgusto; mas no le fué posible y tuvo que participar á su mujer la alarmante noticia que acababa de recibir.

La madre de Emilia, que ya consideraba como cosa hecha el brillante casamiento de su hija con un caballero y tenia recibidos algunos obsequios del fingido Parvent, se inclinó inmediatamente á creer que la carta de Amanda era calumniosa.

Leoncio no sabia qué resolver.

Por un lado tenia confianza en la simulada honradez del que habia pedido la mano de su hija; por otro lado le hacia mella el ver que el autor de la carta decia que si queria

comprobar la verdad de sus afirmaciones se dirigiese al oficial Cárlos Bingley.

No estando él libre para hacer las averiguaciones convenientes, encargó á su mujer que procediendo con mucho pulso y ayudándose de aquellas personas que les habian mostrado mejor voluntad, procediese prudentemente á la averiguacion de lo que pudiera haber de cierto en el anónimo.

Leoncio quedó solo con aquel nuevo é inesperado pesar añadido á los que con tanta tenacidad amargaban su existencia, y su mujer se fué muy acongojada con aquel contratiempo que amenazaba destruir sus risueñas esperanzas.

La primera persona con quien habló la mujer de Leoncio fué la señora Cónels, y como es de suponer le refirió punto por punto lo que la carta decia.

La señora Cónels estaba muy celosa de la intervencion que habia tenido en el proyectado enlace de la pobre Emilia con el rico y distinguido caballero Parvent; esperaba de él un buen regalo por mas que fingiese ser muy desinteresada, y sin mas ni mas falló en seguida que aquella carta habia sido inspirada por la malevolencia y la envidia.

Convinieron ambas desde luego en que la letra de aquella carta era de mujer, única afirmacion que ya habia aventurado Leoncio.

Despues añadió la señora Cónels que aquella mujer debia de estar envidiosa de la ventura reservada á Emilia, y además se alargó á suponer que por fuerza debia de ser alguna moza desdeñada por el caballero Parvent, y ya que no hubiese podido ser feliz con él, se proponia que él no lo fuese con nadie.

Lo mucho que á este propósito habló la señora Cónels excede á toda ponderacion; y habló con tanto calor y vehemencia y de tal manera encareció las brillantes dotes del caballero, que la mujer de Leoncio se dejó llevar exclusivamente de sus opiniones y creyó innecesario consultar á nadie mas sobre aquel punto, pues los raciocinios de la bachillera señora Cónels eran para ella irrebatibles.

Esta vió con mucha satisfaccion que su perorata y sus argumentos habian producido mas efecto del que se habia atrevido á esperar, y se aprovechó de ello de manera, que á los pocos minutos la pobre mujer de Leoncio sólo veia por sus ojos y juzgaba por su juicio.

—Y bien, dijo la atribulada madre, creo que la razon está de vuestra parte y que en efecto habeis adivinado el orígen de ese despreciable anónimo y el fin con que ha sido escrito. Por consiguiente, mi querida amiga, su desgraciado autor ha perdido el tiempo. No nos acordemos mas de ello. Se concluyó.

—¿Cómo se concluyó? ¿Qué quereis decir con eso?

—Que no debe darnos cuidado alguno lo que dice la carta; que todo ello es falsedad y por consiguiente podemos dormir tranquilas.

—¿Dormir? Me gusta la cachaza. Al contrario, señora, eso no debe quedar así. Se ha querido hacer una burla pesada á vuestra hija, ¿entendeis? se ha querido ultrajar á un caballero que merece nuestra confianza.

—Sí; pero no se ha logrado lo uno ni lo otro.

—Pero tampoco se ha descubierto el autor.

—¡Bah! ¿Qué nos importa? Él es quien pierde.

—Pero no pierde tanto como debe perder. Señora, yo

no tengo esa sangre. Amiga soy de hacer un favor como otra cualquiera; pero en cuanto tratan de jugarme una mala pasada, se encuentran con la horma de su zapato.

La mujer de Leoncio quedó un rato pensativa y despues preguntó:

—Vamos á ver: ¿qué hariais vos en mi lugar?

—Yo, respondió con ímpetu la señora Cónels, buscaria al autor ó á la autora de la carta y le castigaria como se merece.

—En cuanto á castigarle... difícil seria, y en cuanto á descubrirlo, me parece imposible.

—No lo es tanto.

—¿Pues qué? ¿Teneis alguna sospecha?

—Yo no. Pues si yo tuviera el menor asomo de sospecha... ya estaba fresco quienquiera que fuese.

—Pues os confieso mi torpeza: vaya, no sirvo yo para eso: no sé cómo hemos de llegar á descubrir...

—Mirad, señora Vatel: si es una mujer despechada, como hemos convenido, la autora del anónimo, es muy posible que el caballero Parvent conozca su letra ó su manera de escribir ó de doblar y cerrar las cartas. ¿No es cierto?

—Así parece.

—Luego lo que hay que hacer aquí es enseñarle la carta al caballero Parvent.

—¿Lo creeis así?

—¡Vaya si lo creo!

—¿Y no se incomodará él al ver las calumnias que se le dirigen?

—Se incomodará y de ahí le vendrá el deseo de descu-

brir al impostor para confundirle y castigarle, que es á lo que íbamos.

—Cierto que decís muy bien.

—Gracias á Dios que al fin habeis conocido la fuerza de la razon. ¡Oh señora Vatel, vos sois demasiado blanda! Si yo fuese madre de Emilia, os juro que quien haya escrito esa carta indecente... ¡me las pagaria! ¡Oh sí, me las pagaria! No os movais de aquí, que en cuanto venga el caballero Parvent vamos á entablar el negocio, y, ó mucho me engaño, ó andaremos largo camino en breve tiempo.

La mujer de Leoncio creia de buena fe que los planes de la señora Cónels eran los mejor discurridos; pero aun cuando no le hubieran parecido tan bien, habria seguido su dictámen, porque le debia muchísimas atenciones, tenia á su hija Emilia bajo su dependencia, y por medio de sus relaciones habia conocido al famoso caballero que en su concepto tenia las llaves del porvenir de toda su familia.

La señora Cónels no dejó de aprovecharse de las disposiciones de ánimo de su amiga, y mientras esperaron al injuriado caballero la estuvo entreteniendo con mil planes de venganza y mil modos de lucir su perspicacia en el descubrimiento de su futura víctima.

La señora Cónels era tan amiga de intervenir en negocios ajenos y hallaba tanto gusto en hacer triunfar su superioridad, que habia sido capaz de atribuir aquel desgraciado acontecimiento á un favor especial del cielo, deseosa de su lucimiento.

Ya sentia de antemano en su pecho los indicios del placer que habria de gozar, cuando enterado todo el barrio

de lo sucedido la señalasen con el dedo atribuyéndole la gloria de haber desbaratado las tramas de una señorita ó mejor de una aventurera intrigante, muy ducha en todo género de enredos, que de luengas tierras habia venido para medir sus fuerzas con ella y habia sido derrotada en el primer encuentro.

La señora Vatel la miraba sin acertar á explicarse aquella especie de satisfaccion que veia retratarse en el semblante de aquella mujer penetrada del conflicto en que se hallaba y que por otra parte parecia interesarse tan de buena fe en los negocios de su familia.

La una quedó altiva y contenta; la otra perpleja, abatida y triste.

CAPITULO LXII.

Ultima estratagema de Belgrave

¿Cuál era entre tanto la situacion de Belgrave?

Ninguno de todos aquellos personajes que se movian á su alrededor podia figurarse su verdadero estado.

Mas sagaz que todos ellos y concentrada toda su inteligencia en un solo objeto, se anticipaba á la prevision de aquellas sencillas gentes y les llevaba mas ventaja á medida que iba consolidando su imperio sobre ellas.

Belgrave habia tenido la fortuna de que uno de sus criados viera á Amanda apearse en casa de la señora Cónels desde el momento de su llegada á Londres.

Aquel criado (el mismo á quien despues oyó Amanda hablando de ella con la portera de la quinta de Richemont) fué á pedir noticias acerca de la recien llegada, y por medio de la criada de la señora Cónels supo que la linda forastera permaneceria algun tiempo en la capital, supuesto

que su viaje tenia por objeto el despacho de algunos negocios ; supo además que se hospedaria en la misma casa, y que se hacia llamar Francisca Donald.

Al criado le faltó tiempo para dar á su amo la noticia, y la alegría de Belgrave fué extremada al ver que tenia tan cerca de su persona á la mujer que tantas veces habia burlado sus proyectos y se prometió no dejarla escapar aquella vez.

No hizo regalo alguno en albricias á su criado; pero se las prometió muy buenas si con su discrecion y actividad le ayudaba á llevar á buen término la aventura, y desde aquel momento dió de mano á sus inmediatos planes para triunfar de Emilia, ocupándose solamente de Amanda.

Amanda no sólo le era preciosa por su belleza, su virtud y su distincion, sino que tenia doblemente interesada su vanidad; y en triunfar de ella cifraba una gloria que no alcanzaria con la conquista de otras muchachas, sencillas, inexpertas y menos rígidas en sus principios.

No hubo precaucion que no tomase ni diligencia que no hiciese á fin de asegurar su triunfo, y cuando meditando en el resultado (que creia próximo) de aquel nuevo plan, se pintaba en su semblante el gozo que experimentaba su corazon, el semblante de aquel hombre era verdaderamente horrible.

Habíase confundido en su pecho la pasion del amor material con la pasion de la venganza, formando un conjunto monstruoso que sólo en un hombre de tanta deformidad moral podia encontrarse.

Conociendo la entereza y el buen ingenio de Amanda anduvo con piés de plomo para no precipitar las cosas;

procuró no ponerse ante sus ojos y adormecerla en la confianza para caer sobre ella como un tigre.

Iba á subir á su cuarto, cuando la señora Cónels le llamó con mucho misterio, le rogó que entrase en una de sus habitaciones, y adelantándose á manifestar que ni ella ni la señora Vatel daban importancia ni crédito alguno al contenido de la carta, pero anunciándole al mismo tiempo que debia castigarse al autor, caso de llegar á descubrirle, tomó la parlanchina huéspeda la carta de manos de su amigo y la puso en las de su querido y respetado caballero.

Tomóla él como quien trata de ver cómo se conduce un necio que se ha propuesto un imposible, y la leyó sonriendo.

Las dos mujeres no apartaban de él los ojos, espiando sus menores movimientos.

Acabó de leer Belgrave y se volvió á ellas diciendo:

—Yo no sé si enojarme de ese descaro ó echarlo á broma. Por un lado me parece que ese atrevimiento deberia castigarse; por otro lado... ¿qué va uno á hacer? ¿cómo puede un caballero ensañarse con una desgraciada?

—¡Ah, conque es una mujer! exclamó acto continuo la señora Cónels con aire satisfecho viendo que su interpretacion comenzaba á confirmarse.

—¿Qué duda tiene? replicó Belgrave; es una mujer que por envidia, y si yo fuese fatuo diria por celos, se ha propuesto turbar mi felicidad y hacerme sospechoso á Emilia y á sus buenos padres.

—¿Eh, qué tal, vecina? ¿Veis cómo tenia yo razon?

—De suerte, dijo la señora Vatel, que vos deducís tambien...

—No deduzco, señora; es como si hubiera visto escribir la carta, porque conozco perfectamente la letra. ¡Oh! Esta carta ha debido venir de muy lejos.

—¿En qué os fundais para creerlo así?

—En que su autora no vive en Londres, sino muy lejos.

—¡Qué lástima! exclamó la señora Cónels, que temia ver escapársele la ocasion de representar el papel de la Providencia en la tierra castigando á su modo á la autora del anónimo.

—Lo que yo desearia, señora, dijo Belgrave, tomando un aire muy serio, es saber cómo debo conducirme para justificarme ante vuestros ojos; qué debo hacer para convenceros de que no soy tal como en este malhadado papel se me pinta, y conservar el cariño de la bella Emilia y vuestra estimacion que me es igualmente preciosa. Indicadme un medio. Yo no quiero que á los padres de mi amada, que lo han de ser mios, les quede la menor duda acerca de mis sentimientos y conducta; y como al buen pagador no le duelen prendas...

—¿Por quién nos tomais, caballero Parvent? le interrumpió la señora Cónels; ¿os habeis figurado que somos comadres de barrio, prontas siempre á convertir en sustancia los chismes de vecindad? Bien podeis hacernos mas favor y no figuraros que hayamos creido una sola palabra de ese papelucho.

—Os doy mil gracias por el buen concepto que teneis formado de mí y procuraré continuar mereciéndolo. Mas á pesar de eso, quisiera yo para mayor seguridad de la bella Emilia, de sus padres y vuestra tambien, mi querida señora Cónels, que me abrieseis un camino...

—No hableis mas de esto ó nos enojaremos. ¿No es verdad, señora Vatel? Una cosa desearíamos merecer de vuestra bondad...

—Os juro que no os negaré nada; hablad, hablad, señora.

—Pues bien, desearíamos saber el nombre de la autora del anónimo.

Fingió repentina perplejidad el perverso Belgrave, que precisamente deseaba que la conversacion tomase aquel sesgo, y dijo:

—En grave compromiso me poneis, mi querida señora Cónels.

—No podeis volveros atrás, replicó ella; me habeis prometido, es mas: nos habeis jurado...

—Ya lo sé; pero es muy duro exigir de un caballero...

—¿No nos deciais que estabais dispuesto á darnos todas las satisfacciones necesarias...?

—Sí lo he dicho y no me arrepiento. Vosotras sois dos personas que mereceis de mí sacrificios mayores. Por otra parte, la desgraciada que ha escrito este papel está muy lejos de aquí... Sabed, señora, que la autora de esta carta es una jóven de un aspecto tan seductor como falso tiene el corazon. Yo la creí tan pura como bella y mi error me costó muy caro. La amé... lo confieso, la amé creyendo que su corazon correspondia á la belleza exterior de que el cielo la dotara, y fuí su esclavo. No hubo pensamiento suyo á que yo no me asimilara; esperaba impaciente el dia en que pudiera presentarla á mis padres diciéndoles: ahí teneis una nueva hija..., en fin, son insensateces de la inexperiencia! Poco á poco empezaron á llegar á mis oidos

rumores ofensivos contra aquella mujer de quien me aseguraron que era una aventurera desalmada cuya hipocresía no tenia con qué compararse. Figuraos, mis queridas señoras, cuán ciego estaria yo, que al primero que oí hablar en este sentido le dirigí un mentís y le llené de ultrajes. Esto fué causa de que saliéramos al campo desafiados, y allí recibí en el brazo derecho una herida que me tuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte.

Pero la naturaleza de la jóven de quien hablo es tal que hubo de manifestarse en toda su verdad, de manera que yo mismo, apasionado de ella como estaba, hube de reconocer mi error y dejé de amarla. No renuncié á ella sino despues de haber padecido mucho por su causa, despues de perdonarle muchas faltas: hasta que al fin mi propio decoro me hizo conocer el papel que estaba haciendo y rompí con ella definitivamente. Pero... ¡para que se vea lo que son las mujeres de esa clase! En los últimos tiempos de mi amor á ella; cuando yo estaba mas enamorado y celoso y no sabia apartarme un momento de su lado, ella me mataba á desdenes y no me hacia el menor caso; pero desde que tomé la resolucion de olvidarla y alejarme de ella para siempre, nunca ha dejado de perseguirme. Unas veces con halagos, otras veces con amenazas, otras veces con anónimos semejantes al que habeis recibido, ello es que siempre la encuentro en mi camino, lo cual por lo que á mí toca no me importa ni me conmueve; pero me mortifica por los disgustos que puede ocasionar á las personas que me distinguen con su aprecio, como pudiera haber sucedido ahora con unas amigas tan queridas y respetables como sois las dos, señoras. Esto es cuanto tengo que deci-

ros acerca de esa miserable, y espero que no me negareis que he sido bastante explícito y no he tratado de engañaros ni de hacerme favor, pues os he dado á conocer todas las necedades que cometí por ella.

Las dos mujeres quedaron persuadidas de que Belgrave era el hombre mas sincero y leal del mundo, y aun la señora Cónels se habria arriesgado á decirle que era demasiado cándido.

Ella fué, por supuesto, quien rompió el silencio que siguió á las últimas palabras de Belgrave, diciendo:

—Muy satisfechas nos deja vuestra explicacion, caballero Parvent; pero ya que habeis sido tan franco y amable con nosotras, podriais llevar vuestra confianza al colmo, declarándonos el nombre de esa persona.

—Eso ya es mas grave, contestó él, que no deseaba otra cosa, fingiéndose apurado. Revelar el nombre de una mujer despues de lo que acabo de decir acerca de ella, parece feo, por mas que viva muy lejos de estos sitios. Además, su vergüenza puede recaer en su familia y en cuantos llevan su apellido...; pero hay un medio que puede conciliarlo todo.

—Veamos, dijo con curiosidad la señora Cónels, acercando su silla á la del supuesto Parvent.

—Es muy sencillo: no os revelaré su verdadero nombre, pero os diré el fingido con que se habia dado á conocer cuando me hizo víctima de sus estrategemas y perfidias. Entonces se hacia llamar Francisca Donald.

—¡Demonio! exclamó la señora Cónels saltando en la silla.

—¡Es posible! añadió la señora Vatel juntando las manos.

—¿Qué es eso? exclamó á su vez Belgrave aparentando admirarse; ¿la habeis conocido tal vez?

La señora Cónels que se habia quedado absorta exclamó de pronto con un expresivo movimiento de cabeza:

—¡Algo de eso me daba á mí el corazon!

—Pero, señoras...

—¡Ay caballero Parvent! Si supierais...

—Sepamos pues; ¿qué hay? ¿Qué relacion puede haber existido jamás entre personas como las que tengo delante y esa desgraciada...? No lo comprendo.

—Lo comprendereis muy en breve. Esa señorita Donald se halla en Londres.

—¡Qué me decís!

—Y lo que es peor...

—Acabad.

—Aposentada en esta misma casa.

—¡A ese extremo ha llevado su imprudencia! exclamó Belgrave fingiéndose escandalizado. Ha venido aquí, ha expiado mis pasos... Los celos... ¡todo lo comprendo! Vamos, hay mujeres peores que... perdonad, señoras, porque diria un disparate.

CAPITULO LXIII.

¡Asesino!

Este último golge teatral de Belgrave acabó de acreditarle á los ojos de las dos mujeres.

Su triunfo fué entonces completo, pues se convenció plenamente de que seria creido cuanto saliera de sus labios.

Entonces fué cuando dijo que una vez que sin saber que ella estuviera allí habia revelado todas sus fechorías, no debia llevar su crueldad hasta el punto de avergonzarla cara á cara, repitiendo ante testigos quién era ella; pero que la señora Cónels y la señora Vatel podian hacer uso de todas las noticias que él habia dado.

—Repetidle lo que os he referido, dijo, y en su confusion y en su espanto leereis la prueba de su culpabilidad.

Con todas estas seguridades se retiró él dejando en su concepto bien adelantado el plan á cuyo completo desarrollo iba á consagrarse.

Por su criado habia sabido Belgrave que Amanda deseaba dejar la casa despues que las dos pobres mujeres, víctimas del engaño del fingido Parvent, la habian obligado á precipitar aquella resolucion, y temeroso el seductor de que su víctima fuese á parar á un sitio donde le fuese mas difícil el logro de la venganza que anhelaba impaciente, discurrió atraerla á su propia quinta.

Activo como habia sido siempre en todas sus empresas y mas activo aun tratándose de Amanda, cuyos encantos habian hecho mas impresion en él que los de otra mujer alguna, ideó escribir la carta que, segun hemos visto, le fué remitida por la criada como si fuera de Emilia, y quedó esperando con ansia el resultado de su estratagema.

El corazon parecia querer salírsele del pecho cuando la corrompida servidora le dijo que al dia siguiente muy temprano saldria para la quinta con la señorita Donald.

A toda prisa salió un criado á advertir á la portera lo que debia hacer cuando su hermana se presentara al dia siguiente con Amanda, y el coronel pasó la noche casi sin dormir saboreando de antemano su infalible triunfo.

Una rareza observó en sí mismo Belgrave aquella noche en medio de sus impulsos de pasion, y fué que ni Amanda misma ni ninguna otra mujer habia hecho palpitar nunca su corazon sino por los apetitos mas brutales. Jamás habia tomado en cuenta para nada en las mujeres la inteligencia ni las prendas morales, y sin embargo, aquella vez le parecia que su triunfo le seria mas grato por ser sobre una criatura superior á las demás en nobleza de sentimientos y en desarrollo de facultades intelectuales.

La idea de engaño y la idea de violencia no le habian

repugnado nunca; pero aquella noche comprendió que la verdadera victoria la alcanzaria haciéndose amar de la mujer amada y presentándose ante ella adornado de las nobles cualidades que atraen á los corazones puros.

¡Ser amado de la bella hija de Fitzalan! Esta era una idea que aun no se habia ofrecido á su mente y que en medio de sus maquinaciones se le reveló como superior á todos los placeres experimentados por él en su larga vida de aventuras.

Dejó temprano el lecho, pues la inquietud y las nuevas ideas que se le ocurrieran durante la noche le traian agitado, y contó las horas con un afan que en mucho tiempo no experimentara.

No podia salir de casa á hora muy temprana para no llamar la atencion ni excitar sospechas, y en lucha consigo mismo, pasó por el tormento de esperar.

Se enteró como salia de la salud de Emilia y de si podia ser útil en algo á sus padres, hizo un rato de tertulia á la señora Cónels, que se habria resentido si algun dia hubiese dejado de cumplir con una costumbre que tanto la halagaba, y por fin tomó el carruaje de campo; y apenas se vió fuera de Londres hostigó vivamente á los caballos para llegar cuanto antes á la quinta.

Desde cierta distancia vió de pié junto á la verja al criado que le habia ido precediendo.

Apeóse respirando con dificultad, como si hubiera hecho el camino á pié, y le produjo malísimo efecto el aspecto de su criado.

Aquel semblante no era el que solia tener el malvado servidor cuando con su intervencion caia una víctima en manos de su desalmado dueño.

Belgrave le dirigió una mirada escudriñadora, y arrugando el entrecejo le preguntó:

—¿Qué hay?

—Paula, señor, es la que debe dar cuenta de lo ocurrido.

—¿Pues qué ha ocurrido? preguntó Belgrave sin dar un paso.

—Una desgracia...

—¡Alguna torpeza vuestra! gritó Belgrave precipitándose dentro de la quinta. ¿Dónde está esa mujer? ¿Por qué no ha salido ha recibirme? ¡Paula!

El coraje hablaba en el acento del coronel y parecia imponer terror al silencio mismo.

Paula se presentó con el semblante pálido.

El criado habia ido siguiendo los pasos de Belgrave.

—Hablad, dijo él en tono seco.

—Milord, contestó la mujer temblando, puedo juraros que no ha estado en mi mano evitar...

—Decid lo ocurrido, le interrumpió Belgrave en el mismo tono.

—Milord, os suplico que no os precipiteis en vuestros juicios...

—¡Vieja estúpida! gritó Belgrave con ira reconcentrada, no me fatigueis mas con vuestras necedades. ¿Dónde está ella?

La vieja ante aquella pregunta tan apremiante tembló mas que nunca, levantó los ojos llorosos á Belgrave y juntó las manos porque no podia hablar.

Belgrave la cogió del brazo, y sacudiéndola brutalmente la preguntó con la boca pegada á su oido:

—Responded pronto ú os ahogo. ¿Dónde está ella?

—¡No sé, milord, no sé!

El dolor arrancó un gemido á la vieja, y Belgrave la arrojó de sí, haciéndola dar contra la mesa.

Volvióse entonces á su criado y le dijo:

—Quítame esa mujer de delante y vuelve.

Mientras él se paseaba con muestras de la mayor impaciencia, el criado cogió á Paula y en voz muy baja y rápidamente le dijo:

—Salid, salid, está furioso, y mas vale que desahogue su rabia llenándome de improperios. Vos sois mujer, y si os pusiera la mano encima no podriais defenderos.

Así fué sacándola de la habitacion.

Volvió en seguida como su amo le habia mandado y esperó que este hablara.

—Cierra la puerta, le dijo este.

El criado cerró, y Belgrave suspendiendo su paseo le miró de piés á cabeza con desconfianza.

—Tú sabes lo que ha pasado: de tí quiero saberlo. ¿En dónde está ella!

—Milord, supongo que en Londres.

—¿Supones? ¿Por qué?

—Porque es el camino que la vieron tomar algunas personas al salir de la quinta.

—¿Luego en la quinta ha estado?

—Sí, milord.

—De la quinta no podia salir, si vosotros no hubierais querido. ¿Quién ha sido su cómplice?

—Yo no estaba aquí, milord. Estaba Paula sola.

—Paula era bastante para cerrar la puerta. ¿Por qué quiso salir? ¿No estaba persuadida de que vivia en casa de

una familia honrada? ¿Quién le inspiró sospechas de que no estaba bien aquí?

—Lo ignoro, milord. Yo la dejé en casa al volverme á Londres á daros cuenta de su llegada.

—¿Te vió ella?

El criado no respondió.

—Tú tienes la culpa, gritó Belgrave; ella te vió, concibió sospechas conociéndote por haberte visto conmigo...

—No me vió, de eso tengo certeza. Sólo que...

—Acaba de una vez.

—Voy á ser franco, milord. Estábamos hablando con Paula en este mismo cuarto. Bien nos pareció oir pasos ligeros en la escalera, y alarmados nos levantamos de puntillas á escuchar; pero ya nada oimos y se nos figuró que nos habríamos engañado. Mas tarde la señorita envió á Paula al jardin con el pretexto de que le cogiera algunas frutas; mas apenas hubo Paula vuelto la espalda, cuando se conoce que la señorita le cerró la puerta trasera para dejarla aislada y salió por la principal, echando á correr hasta que estuvo en la carretera, donde la vieron algunos vecinos.

—Con menos palabras, replicó Belgrave, podias haber dicho que ella te vió...

—No, milord.

—¡No me repliques! Te vió y te oyó.

—Estaba la puerta cerrada; no me vió, milord.

—¡Canalla! gritó Belgrave levantando en alto un hierro de la chimenea que encontró á mano. No sé cómo no te mato como á un perro. Carcoma sois todos y aun cosa peor,

que os apoderais de los secretos de vuestros amos y los vendeis miserablemente.

—Milord, dijo el criado que no podia contenerse, para que yo supiera vuestros secretos ha sido menester que vos me eligierais por confidente. Miserable he sido en cuanto á tomar parte en vuestras empresas contra criaturas desvalidas; en cuanto á mis tratos he sido mas leal que vos.

—¡Tú quieres morir! gritó Belgrave ciego de cólera.

—Quiero deciros de una vez que mi lealtad hácia vos es mi único delito, porque sólo me habeis empleado en infamias y ni siquiera me habeis pagado nunca el premio ofrecido. Ahora una casualidad ha echado á perder esta última trama, y sin acordaros para nada de servicios anteriores descargais sobre mí el peso de vuestra rabia. Habeis maltratado á Paula y me amenazais con un hierro...

—¡Silencio! ¡silencio! ¡Criado miserable!

—No soy ya miserable, supuesto que no tengo nada que ver con vuestras infamias.

—Una palabra mas y mueres, dijo Belgrave dando un paso hácia él.

—¡Perverso! porque no tengo un hierro como vos me hablais así. Yo desarmado os digo que sois un bandido aquí y en la alta cámara; sois un infame que venderiais á vuestro padre, á vuestra madre; que quizá les habeis dado muerte.

—¡Ah! gritó Belgrave lanzándose sobre el criado.

El hierro le abrió el cráneo, y la víctima cayó al suelo arrojando chorros de sangre.

Detrás del criado cayó el hierro.

Belgrave con las manos crispadas, con el cabello erizado contemplaba lo que habia hecho.

La cosa habia sido tan rápida, que á Belgrave mismo le parecia imposible que pudiera haber sucedido.

Atónito, agitado por un cruel presentimiento, pronto á maldecirse á sí mismo y á la pasion que á tal extremo le condujera, estaba contemplando anhelante el cuerpo de aquel hombre que lleno de vida pocos momentos antes iba á convertirse en cadáver ante sus ojos.

La vista de la sangre derramada le heló la suya en las venas, y con la mirada fija, suspendida la respiracion, permaneció largo rato inmóvil.

El criado exhaló un gemido y con él su último aliento.

Belgrave lo comprendió como si la muerte hubiera hablado por boca de aquel hombre.

Miró con torvo rostro á su alrededor, y cual si por todas partes se viera amenazado, se echó sobre la única puerta del cuarto y apoyó en ella entrambas manos para cerrar aquel paso que nadie trataba de forzar.

Así permaneció buen espacio de tiempo. Despues volvió el rostro al criado y en voz baja le llamó por su nombre.

Ya no podia responderle aquel infeliz á quien él llamara servidor leal mientras se habia humillado á auxiliarle en sus repugnantes crímenes y cuyo primer impulso de dignidad fué castigado con un golpe de muerte.

Le llamaba Belgrave una y otra vez y él no respondia, porque su vida habia acabado, empezando á sembrar el terror y el espanto en aquel corazon que jamás se habia conmovido con las desgracias de sus semejantes.

La idea de que su brazo habia privado de la existencia al que yacia á sus piés trastornaba por completo sus sentidos.

En aquel momento vió por primera vez un hombre, un sér de naturaleza igual á la suya en aquel á quien siempre habia mirado como un vil instrumento.

Se acercó á él, le puso dos dedos en la frente, le aplicó la mano al corazon y poseido de miedo corrió á buscar un caballo.

Ensillado estaba el de su criado.

Montó en él á toda prisa, y en vez de ir á parar á casa de la señora Cónels, se hospedó en un barrio muy distante de aquel, en una casa donde se habia aposentado otras veces.

CAPITULO LXIV.

Belgrave es conocido.

Al encargar Leoncio á su esposa que se enterase por medio de personas discretas de lo que pudiera haber de verdad en el contenido de la carta anónima, quedó muy intranquilo por no poder ser él mismo quien en el acto hiciera las diligencias mas eficaces al efecto.

El tono en que estaba escrito aquel papel le parecia de persona veraz y lealmente interesada en el mejor establecimiento de su hija.

Verdaderamente el caballero Parvent no le habia sido nunca antipático; mas á fuerza de recapacitar sobre su conducta le pareció contradictorio que siendo el caballero Parvent rico, segun decia y mostraba, y teniendo tanto crédito en Londres como ellos habian podido deducir de algunas expresiones suyas, no hubiese hecho poner en libertad al que habia de ser su suegro, cuando para ello

bastaba una cantidad de dinero ó una garantía casi insignificante para él.

Sin embargo, el honrado Leoncio rechazó esta idea y dijo para sí:

—Esta no es prueba bastante. Mi interés, mi egoismo es quien me hace raciocinar así. Ese hombre podria tener mucho interés en verme fuera de la cárcel, y sin embargo tener sus negocios en tal estado que arriesgase mucho en dejar traslucir que en estos momentos carecia de la suma necesaria para que yo pueda gozar del aire libre.

Despues de varias reflexiones, determinó Leoncio que lo mas conveniente era que mientras se averiguaban sus dudas se echase mano de un pretexto cualquiera para interrumpir las relaciones entre su hija y el caballero Parvent, y al propio tiempo pedir al oficial Carlos Bingley que como hombre honrado respondiese de Parvent, ya que en este concepto le citaba la carta como testigo.

El hijo mayor de Leoncio acudió, pues, al ministerio de la Guerra, y allí le dirigieron á casa del habilitado del regimiento número 15, desde donde fué á la posada del caballero Carlos Bingley cuyas señas se le habian dado.

El caballero Carlos Bingley recibió en mano propia la carta que le escribia Leoncio, y habia en ella tanta sencillez y tanto sentimiento, que Carlos, llevado de su noble corazon, quiso ir inmediatamente á la cárcel.

Entró en el cuarto de Leoncio, y aun viéndole en aquel albergue, abatido y rodeado de objetos que revelaban su miseria, supo leer en el semblante de aquel hombre honrado toda su probidad y toda la amargura de que su corazon estaba lleno.

El decoro y la dignidad se habian comunicado á los harapos de Leoncio, y Carlos era un corazon noble y generoso que respetaba la virtud donde quiera que se albergase.

Descubrióse ante aquel vivo ejemplo de las desventuras humanas y se dió á conocer.

Leoncio le pidió mil perdones por la molestia que le causaba sin tener la dicha de conocerle, y como allí estaban tambien los hijos menores de aquel desgraciado, Carlos le preguntó si en efecto eran suyos.

Al responderle Leoncio que sí, sintióse Carlos poseido de mas viva lástima, y pasó cariñosamente la mano sobre la cabecita del que tenia mas cerca.

Aquel movimiento enterneció á Leoncio que sintió estremecido su corazon de padre y experimentó una simpatía muy profunda hácia Carlos.

Las lágrimas parecian querer saltársele de los ojos, y en ese estado permaneció sin poder hablar algunos instantes, hasta que por fin dijo:

—Caballero Bingley: á consecuencia de un asunto de familia me ha sido escrita una carta anónima, que yo habria despreciado si, como la mayor parte de esos papeles, solamente hubiera contenido injurias á mi persona. En esta carta se me dan muestras de aprecio y se trata del enlace convenido entre una de mis hijas y un caballero. De ese caballero se supone que es una persona indigna que sólo puede haberse propuesto labrar mi perdicion y deshonra, y se os cita á vos como persona que puede responder de lo que el papel afirma.

Así hablaba Leoncio cuando entró en la cárcel su esposa.

Enteróse de quién era aquel militar y queria referir lo acontecido entre ella y la señora Cónels y las palabras pronunciadas por el caballero Parvent; mas Leoncio la suplicó que para evitar molestias al caballero Carlos Bingley, dejase su relato para otra ocasion.

Preguntó Leoncio á su esposa si tenia en su poder el anónimo, y al entregárselo ella, lo puso él en manos de Carlos rogándole que lo leyera.

Al tropezar sus ojos con el nombre de Belgrave no pudo menos de repetirlo en alta voz en tono de ira y de desprecio, y terminando su lectura, dijo:

—Plegue al cielo, señor Vatel, que ese Parvent no sea el monstruo que en el anónimo se designa con el nombre de Belgrave, porque no puede llevar consigo mas que la deshonra.

Los dos esposos quedaron aterrados.

—Yo os prometo, añadió el jóven oficial, averiguar bien pronto si se encuentra en Londres y si es ese fingido caballero Parvent.

—¿Le conoceis muy personalmente? preguntó Leoncio revolviendo una cartera.

—Desgraciadamente le conozco mucho y él tambien á mí.

Leoncio se acercó entonces á Bingley con un medallon en la mano y se lo puso ante los ojos.

—¡Belgrave! exclamó Bingley al ver el retrato.

—¡Infelices de nosotros! gritó Leoncio.

—¡Ay desdichada de mí! dijo la madre, y cayó al suelo sin sentido entre el clamor de los hijos menores.

Carlos y Leoncio acudieron á darle socorro, y entre tanto preguntaba aquel en el colmo de la indignacion:

—¿Es ese el infame que ha tomado el nombre de caballero Parvent?

Leoncio, todo á los cuidados que la situacion de su esposa requeria, contestó con un movimiento de cabeza.

—¡Ah malvado! ¡Tardía es para tí la justicia del cielo! ¡Ay de tí si te alcanza antes la de los hombres!

Acto continuo viendo el deplorable estado de la señora Vatel cogió él mismo agua con las manos y roció las sienes de la infeliz, que no volvia de su desmayo.

—¡Ay desdichada! exclamaba Leoncio; para ella el casamiento de nuestra hija era asegurar el porvenir de toda la familia. Veia en ello mi próxima libertad, y el apoyo de todos estos pequeñuelos. ¡Pobre madre, que en un momento ve desvanecerse tantas esperanzas!

Emilia entró en aquel momento y se le despedazó el corazon ante el lastimoso espectáculo.

Sus besos, sus caricias, sus gritos acabaron de hacer recobrar los sentidos de la que le habia dado el sér, y despues todos procuraron animarla con atenciones solícitas, con palabras consoladoras y con promesas de mejor suerte en lo venidero.

—Amigos mios, decia la señora Vatel, yo soy la mas culpable; yo fuí quien mas se cegó y contribuyó á cegaros á vosotros sobre aquel monstruo abominable. Ni una sospecha, ni un recelo me inspiró mi menguado corazon, y ahora se me figura imposible que desde el primer momento no experimentase la repugnancia, el horror que debia inspirarme semejante hombre. ¡Ay hija de mi alma! añadió abrazando á Emilia y besándola repetidas veces en la frente, cuando pienso que por mi poca penetracion has es-

tado expuesta á ser víctima de ese sér abominable: yo, yo... ¡ay! el corazon se me hace pedazos...

—Calmaos, calmaos, señora, dijo Carlos mientras Emilia procuraba con sus caricias consolar á su madre. Esta señorita tiene retratado el candor y la prudencia en el semblante, y no hay motivo para que deploreis como cierto un mal que afortunadamente hemos podido atajar á tiempo.

—¡Oh caballero Carlos, replicó la madre mientras con ambas manos acariciaba á las niñas pequeñas que otra vez habian acudido á rodearla al ver sus lágrimas; es que no sabeis cuánto tengo que arrepentirme; porque además, ayer averiguamos quién era la autora del escrito que me ha mostrado el abismo en que íbamos á caer, y yo, ciega todavía, la traté como á una impostora y la abrumé á desprecios, y ¡quién sabe lo que será de ella hoy mismo si le falta el albergue de donde por mi causa ha sido arrojada! ¡No le bastaba el ser desgraciada sino que he tenido yo que redoblar injustamente el castigo que le habia impuesto el cielo! ¡Ya no nos quedan mas esperanzas que llanto eterno, hijos mios, esposo mio, hasta que Dios quiera que desde esta cárcel, nuestra última morada, vayamos á descansar á la fosa comun!

—No así os aflijais, señora, dijo Carlos; pensad que vuestro esposo necesita veros fuerte y alentada para no sucumbir á su doloroso estado. Mirad como vuestros hijos se alegran ó entristecen, segun os ven triste ó apacible; ea, enviadles una sonrisa para que se disipe la nube que anubla sus corazones y dadme permiso para que trate con vuestro esposo de algunos pormenores que nos interesan.

Reducido era el calabozo de Leoncio y no era posible retirarse muy lejos del grupo formado por la madre y los hijos.

Carlos se apartó al extremo opuesto, y con la mayor discrecion y de manera que en modo alguno podia ofenderse Leoncio, le pidió algunos informes sobre su suerte y los motivos que á aquel sitio le habian conducido.

La cortesía era tan natural y se conocia tan bien el interés que Leoncio le inspiraba, que este, poco acostumbrado á tratar con personas tan benévolas, sintió penetrado de agradecimiento el corazon, y en breves palabras refirió á Bingley lo que deseaba.

El jóven oficial le estuvo oyendo atentamente.

Al terminar Leoncio su relato, Carlos le manifestó que deseaba serle útil y darle en breve una muestra de la simpatía que hácia él le habian inspirado sus desgracias.

Despidióse muy atento de la mujer y de los hijos, y antes de salir al pasillo estrechó con calor la mano del desventurado padre y con aire muy expresivo le dijo:

—Capitan Vatel, nos veremos en breve.

Despues de todas las angustias de aquel dia, la visita de Carlos y el tono con que pronunció su despedida fueron un lenitivo para Leoncio y su familia.

Las caricias de los niños acabaron de hacer recobrar un poco de tranquilidad á la madre, que al ver á su esposo mas animado hizo sobre sí misma un esfuerzo para que no se desvaneciese el consuelo que acababa de penetrar en su corazon.

De todos ellos la que gozaba de un placer mas positivo era Emilia, que al fin se veia libre de la amenaza que en

un período mas ó menos breve la habia de convertir en esposa de un hombre á quien no habia podido amar aun creyéndole honrado y leal.

Respiró su corazon aliviado de aquel peso enorme; pero como no la dejaba la memoria del modesto jóven que le habia ofrecido su mano antes de presentarse Belgrave, suspiró con dolor pensando que tampoco podria ser dichosa sin él.

CAPITULO LXV.

La muerte de Belgrave.

Belgrave se habia encerrado en su cuarto y meditaba partir inmediatamente para Douvres y escapar de Inglaterra, único medio de dejar burlada la accion de las leyes.

Se sentia desfallecer y pidió una botella de ron de Jamaica.

Los criados que le servian, para mas obsequiarle, le trajeron varias botellas como muestra de la variedad de ron que habia en la casa.

Belgrave paseaba silencioso por el cuarto cuando entraron los criados, y se sintió sobrecogido de terror, imaginando que descubierto su crímen iban á prenderle.

Bebió para recobrar el ánimo perdido y se decidió á esperar que oscureciese un poco para salir por la puerta excusada de la casa y dejar la capital aquella noche misma.

La memoria del crímen que acababa de cometer por su mano conturbaba su espíritu de continuo y le ponia con

frecuencia á punto de desfallecer, con cuyo motivo bebia mas el desgraciado, logrando únicamente contribuir él mismo á perturbar sus facultades mentales.

Devorábale la impaciencia, enojábale la clara luz del sol que iba á su ocaso y alarmábale todo rumor.

En el estado de la mayor agitacion le encontró Carlos Bingley, cuyas diligencias parece que quiso abreviar el cielo.

Carlos habia salido de la cárcel resuelto á ir en busca de Belgrave para vengar á un tiempo á Amanda, al capitan Leoncio y á todos cuantos hubiesen sido víctimas de su perversidad.

Encaminóse á su posada para averiguar desde allí el paradero de Belgrave, de cuya presencia en Londres no le cabia duda despues de haber visto su retrato en manos de Leoncio, y al entrar le dijeron los criados:

—En casa está un conocido vuestro, señor oficial.

—¿Quién es? preguntó sin detenerse.

—El coronel Belgrave.

—¡Qué audacia! exclamó Carlos creyendo que habia ido á buscarle á él.

—Caballero, le dijo el criado al oirle, quizá no me he expresado bien. Sólo he querido decir que milord Belgrave, á quien creia amigo vuestro, se hallaba hospedado en casa como otras veces.

—¿Ha preguntado por mí?

—No, señor.

Carlos se dirigió al pasillo que daba entrada á todas las habitaciones del cuarto principal.

Entre tanto uno de los criados decia á su compañero:

—Ahí tienes lo que es hablar mas de lo que conviene. El criado no debe hacer mas que responder á lo que le preguntan y trasmitir los recados que se le comunican. Nosotros no somos personas...

Carlos Bingley dejó de oir aquellas observaciones, porque se habia ido alejando pasillo adentro, y en uno de los apcsentos que tenia la puerta entreabierta vió á Belgrave que estaba bebiendo una copa del abundante licor que le habian servido.

Belgrave quedó pasmado al ver á Carlos que entraba con gran denuedo y se cruzaba de brazos con la mayor serenidad delante de él.

Todos los temores juntos asaltaron de improviso al malvado que suspendió el movimiento creyéndose perdido.

Detrás de Carlos Bingley se figuró ver ya á los agentes de justicia, al populacho de Londres insultándole y al verdugo posando sobre él la mano.

Carlos se volvió de medio lado y sin dejar de mirarle dió vuelta á la llave.

Adelantóse friamente hácia el coronel, y con tono resuelto pero reposado le dijo:

—Tenemos que hablar.

Belgrave dejó maquinalmente la copa en la mesa; pero despues, por una especie de reaccion súbita, la volvió á coger, y bebió de un sorbo su contenido.

Inflamáronsele los ojos, y con el escozor que le abrasaba la garganta, dijo sin levantar la cabeza:

—Hablad.

Carlos esperaba que le mirase para arrojarle á la cara

todo su desprecio; pero viendo que no lo lograba, le dijo con tono provocador:

—¡Sois un miserable!

Belgrave dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Cómo, exclamó Carlos maravillado, á ese extremo os veo reducido! ¡Ya ni aquel falso pundonor os asiste, ni aquel amor propio hijo de la vanidad que alguna vez pudo inspiraros movimientos varoniles!

Belgrave le miró entonces con ojos estúpidos, y con una voz que parecia ajena segun salia honda y flaca de su pecho, le dijo:

—Habeis venido sin duda á matarme...

—Podria, deberia hacerlo. ¿No habeis ido vos á sembrar la desolacion y la infamia en el seno de una familia? ¿No quisisteis aprovecharos de la prision del honrado Leoncio para arrebatar, para hurtar, diré mejor, la honra á su hija, y la alegría, la paz á toda su familia? ¿Habeis intentado vos hacer eso?

Belgrave en medio de su trastorno sintió todo el peso de aquella terrible acusacion como si se la dirigiesen los jueces mas severos, y respondió brevemente:

—Sí, yo soy.

—Pues os repito que sois un miserable. Fuisteis á atacar la debilidad, la miseria, la inocencia; la desgracia, vos con un nombre supuesto, con oro corruptor, con la audacia que la impunidad os habia comunicado, y aun no habiendo conseguido vuestro objeto os hicisteis acreedor á la muerte.

—¿Vinisteis á dármela? preguntó Belgrave sin conmoverse.

—Antes de proponeros esa infamia de que os hablo, prosiguió Carlos Bingley, ya habiais sido perseguidor, calumniador de otra jóven no menos bella, no menos digna de estimacion que Emilia.

—¿De quién me hablais?

—¿Habeis perdido ya la memoria de vuestros crímenes? le dijo Carlos con ira; pero en seguida con tono despreciativo añadió: á bien que son tantos los que habeis cometido que no es extraño que ignoreis de cuál os hablo. Pero los demas los habeis perpetrado sin responsabilidad y de ese os pido yo cuentas. Yo he visto, yo he oido, os conozco á vos, creo conocerla á ella, y me atreveria á jurar que todo lo que habeis dicho de Amanda Fitzalan son imputaciones falsas.

—¡Amanda Fitzalan! repitió Belgrave como un eco fúnebre; ¡Amanda! nombre que siempre habia recordado yo como símbolo de placeres y delicias y que hoy ha empezado á llegar á mis oidos con sonido de muerte.

—¡Ay! exclamó Carlos equivocándose acerca del verdadero valor de las palabras de Belgrave, ¡conque ya sabeis la triste suerte que le ha cabido!

—¿De quién quereis hablar? preguntó Belgrave con mirada torva y presintiendo otra calamidad.

—¿De quién he de hablaros sino de la desgraciada á cuyo honor atentasteis repetidas veces, de cuya virtud os habeis proclamado vencedor con abominable escándalo y cuya vida habeis agostado en flor?

—¡La vida...! ¡la vida de Amanda! exclamó Belgrave llevándose horrorizado las manos á las sienes. ¡Oh, no mintais para aumentar los horribles tormentos que padezco...!

—Bingley no miente, y si es verdad que sois capaz de padecer en vista de las desdichas ajenas, aunque sean causadas por vos mismo, mereceriais que ahora mismo os llevara yo arrastrando al pié de su lecho, para que vieseis aquella belleza marchita, aquella vida extinguiéndose, aquellos labios cárdenos que apenas dan paso á un suspiro; para que penetrado del daño que habeis hecho, comprendieseis al verla espirar que no cabe para vos perdon en la tierra ni en el cielo.

—¡Oh no, no me llevareis! gritó Belgrave fuera de sí extendiendo las manos hácia adelante.

—No, replicó Carlos con acento breve; no os llevaré, porque ardo en deseos de mataros pronto.

—¡Vos!

—Sí, yo á vos, matador de la vida y del alma de la criatura mas angelical que pisó este bajo suelo.

—¡Sí, sí! gritó Belgrave con una extraña conmocion que nadie le habia visto experimentar: repetidlo, la mas pura, la mas angelical entre todas las criaturas nacidas. ¡Ella sola, ella sola pudo despertar en mi corazon afectos jamás conocidos y en esta frente de mármol pensamientos de piedad, de horror y de amor á un tiempo! ¡Oh criatura desgraciada en la tierra, ruega por mí...!

—¿Por vos, monstruo de iniquidad? Podrán valeros sus preces en el cielo: pero no aquí entre los mortales, porque ni los ruegos de Amanda misma os librarian de mi furia. Ea, tomad la espada, partamos y acabe mi brazo con vuestra existencia execrable.

—Sí, matadme vos, dijo Belgrave con los ojos fuera de las órbitas y descubriendo su pecho ante Carlos Bingley;

ahorradme la vergüenza de morir á manos del verdugo; hacedlo por amor de Amanda, y vengadla á ella de mis agravios y á mi criado de la terrible muerte que le dió esta mano condenada.

—¡El criado! exclamó Carlos con sorpresa.

—Sí, prosiguió Belgrave, el criado que dejó escapar á Amanda presa entre mis redes y á quien mi furor privó de la vida en un ciego arrebato de cólera.

—¿Qué dice ese hombre? ¿estará loco? se preguntó Carlos Bingley en voz alta mirando la descompuesta fisonomía de Belgrave.

—Loco estaba cuando le dí muerte, replicó este; pero, herid, apresuraos y vengareis á cien víctimas de un solo golpe.

—¿Será verdad...?

—¡Pues qué! ¿No habeis venido precediendo á la justicia sabedora del caso? En mi quinta camino de Richemont le habeis encontrado bañado en su propia sangre: ya lo sé; Paula os dijo que yo le había dado muerte; es verdad, no pretendo negarlo: la justicia ha seguido mis huellas y vos, que os habiais dirigido á la quinta para pedirme satisfaccion de la muerte de Amanda, os habeis adelantado... sí, sí, todo lo comprendo, todo me lo explico... Acabad, herid, apretad para que penetre vuestra espada en mi pecho y no ponga en mí sus manos el verdugo. Daos prisa; quizá ya estén subiendo... Vos sois noble, yo tambien; no consintais que se dé el espectáculo de un Belgrave en la horca.

Cubrióse Belgrave el rostro con las manos, y Carlos exclamó:

—¡Infeliz! ¡Te has hecho asesino, conoces la enormidad de tus crímenes y sin embargo tu último pensamiento te lo arranca la vanidad de esa nobleza postiza que no reside en el alma! No, no pondré yo en tí mis manos. Eres prenda del verdugo, y yo no se la he de usurpar.

Salió Carlos Bingley al decir estas palabras, y Belgrave permaneció aun como esperando el golpe, inclinada la cabeza y cubierto el rostro con las manos.

Irguióse despues como si volviera en sí y miró á todas partes.

Se vió solo y se figuró que habiendo salido Carlos, poco tardarian en penetrar en su cuarto los agentes de justicia.

Corrió azorado á escuchar á la puerta, y no oyendo ruido alguno, se dirigió á la mesa y apuró de un trago el contenido de una botella de licor.

Bajó inmediatamente á la cuadra y se mandó ensillar un caballo á toda prisa.

La angustia que le hizo pasar el mozo de cuadra con su esmero y su tardanza acabaron de trastornar sus sentidos, y cuando montó en el noble bruto ya no era superior á él en inteligencia.

Tuvo instinto suficiente para dirigirse hácia el punto por donde con mas brevedad podia salir al campo; mas apenas se vió fuera de los arrabales de Londres soltó las riendas al caballo, que en desenfrenada carrera cruzó campos y caminos, charcos y dehesas.

De cuando en cuando su frenesí y la horrible excitacion de sus nervios le hacian clavar las espuelas en los ijares del fogoso animal, que mas y mas enardecido atropellaba por todo como un rayo.

Belgrave en aquel vuelo vertiginoso habia acabado de perder toda idea del mundo y de sí mismo.

No oia ni veia.

Pasaban ante sus ojos los tranquilos albergues, los árboles del camino, y sus ojos no percibian mas que las imágenes de sus víctimas, ni llegaban á sus oidos mas que los ayes de estas que le condenaban á padecimientos eternos, en vez de los apacibles cantares de los labriegos.

A la embriaguez material que se habia apoderado de Belgrave se añadió el vértigo que le producia la desordenada carrera.

Al llegar al momento de que hablábamos, una especie de locura frenética puso el colmo á su martirio, y como si todos los que tenian de él ultrajes que vengar se hubiesen reunido en el sitio que recorria y siguiesen la veloz carrera de su caballo, oia clara y distintamente sus imprecaciones, sus gritos de venganza.

En vano quiso volver atrás: el bruto, ciego y sin tino le llevaba adelante.

Quiso en vano tomar otra direccion: sus crispados dedos se movian por el aire vago.

Asido ora á la silla, ora al cuello de su cabalgadura, pero sin fuerzas para asegurarse, cada sacudida le ponia en peligro de ser rechazado contra los peñascos del camino.

Lanzáronse hombre y bruto por una rápida pendiente, y el instinto advirtió á Belgrave que iba á morir.

Rezar, pedir perdon, llorar... nada le era permitido: el instinto de la vida se sobreponia á todos los movimientos del ánimo.

Muerte de Belgrave.

El ímpetu les llevó á un estrecho paso á cuyos lados se abria un barranco formidable.

En vano indicaba el peligro una valla.

Ciegos los dos, hombre y bruto no torcieron el paso y cayeron precipitados á lo hondo.

Belgrave murió en el acto, deshecha la cabeza contra los peñascos, y no lejos de él se encontró al dia siguiente el cadáver del caballo que le habia sobrevivido poco tiempo.

Tal fué el suplicio que impusieron las pasiones á aquel hombre que sólo por la ley de sus pasiones se habia regido, no empleando jamás la prudencia sino en asegurar sus triunfos sobre las desdichadas víctimas que hallaba al paso.

De nadie fué llorado, de nadie compadecido...; mas no: la tierna y piadosa Amanda, á pesar de todo, halló en su pecho piedad para aquel desgraciado cuando supo su desesperada muerte.

CAPITULO LXVI.

Amanda se recobra.

Carlos Bingley se habia retirado á su casa con gran necesidad de descanso.

Las emociones por él experimentadas en el término de breves horas eran tantas y tan hondas, que abrumado por su peso hubo de arrojarse en el lecho.

Harto motivo tenia para sentir agitado el espíritu con los sucesos de Leoncio, el encuentro de Amanda en el lamentable estado en que la viera y el descubrimiento de las últimas tramas de Belgrave; pero el mayor peso para su mente y la mayor agitacion de su pecho tuvieron orígen en las palabras del coronel al asegurar con tantas veras y tan profundo sentimiento que Amanda era la criatura mas angelical que habia pisado la tierra.

Entró Carlos en sí mismo; acordóse del mal concepto que por espacio de algun tiempo habia formado de Amanda; arrepintióse de haber dado crédito á las calumnias que

acerca de ella propalaran Belgrave y los marqueses de Rosline, y se avergonzó de haberse hecho eco de tan absurdos rumores habiendo antes conocido á Amanda y estando penetrado de las bellísimas prendas que la adornaban.

Echóse en cara con horror que él mismo, al encontrarla abrumada por la desgracia en el fango de Londres, habia proferido expresiones de lástima, sí; pero de aquella lástima injuriosa que sólo inspiran en la desgracia los séres miserables y degradados, sentimiento que acaso Amanda, para mayor tormento suyo, le habia visto retratado en el semblante ó adivinado en las frases que le dirigiera.

Estas consideraciones le privaban de sueño y reposo.

Carlos Bingley era ante todo un corazon noble, y por nada del mundo queria separarse del camino de la justicia y de las obligaciones del caballero, y hartas pruebas tenia dadas de su severidad de principios, sobre todo en aquella ocasion en que estando perdidamente enamorado de Amanda, habia renunciado de pronto á su mano por creer que no era digna de enlazarse con la de un hombre honrado.

Pasó pues aquella noche en medio de la mayor inquietud é impaciente en extremo porque no acababa de sonar la hora de presentarse en casa de la señora Cónels.

Dejó muy temprano el lecho y paseó largo tiempo entre sombras, asomándose impaciente á los cristales por ver si rayaba el dia.

Antes de amanecer salió de la posada y se fué á dar una vuelta por el campo.

Iban palideciendo las estrellas; todo era reposo á su alrededor, y en medio de la calma de la naturaleza se mitigó un tanto la agitacion de su pecho.

Lejos estaba Carlos de figurarse que por aquellos sitios hubiese atravesado Belgrave perdida la razon y ginete en el desenfrenado bruto.

Todos sus pensamientos eran para Amanda, y bien puede perdonársele que en ocasion semejante no se acordase para nada de Leoncio y su familia: aquel momentáneo olvido no puede atribuirse á insensibilidad, supuesto que ya hemos visto con qué diligencia habia obrado cuando se tratara de salvar á costa de sus intereses á aquel honrado padre de familia.

¡Amanda habia sido siempre pura, y sin embargo él la habia ofendido haciéndose eco de las calumnias de sus perseguidores y contribuyendo á perderla en el concepto del mundo! Amanda habia sido para él el único ideal de la esposa amante y casta, y él habia renunciado á su mano por creerla mujer de bajos pensamientos, y se habia privado á sí mismo de la felicidad poniendo en lenguas la buena fama de aquella desdichada niña que la merecia tan pura como la de los ángeles!

Así lleno de duelo, remordimientos y temores para lo porvenir, consagraba Carlos sus ideas á la desdichada hija de Fitzalan, y su grave pesar superó al deseo de presentarse á sus ojos, de manera que cuando salió de su ensimismamiento ya en la ciudad se removia todo el mundo para entregarse á las ordinarias tareas.

Como desde su salida de la posada se habia ido alejando de Londres, calculó que volviendo piés atrás ya seria hora conveniente cuando llegase á casa de la señora Cónels, y volviendo á caer en sus meditaciones emprendió su camino.

Poco le faltaba para encontrarse en presencia de la enferma, cuando experimentó una sensacion que en su vida de probidad no habia podido conocer nunca.

El honrado Carlos tuvo vergüenza de comparecer ante Amanda, á pesar de que hasta cierto punto debia considerarse como su salvador.

Cierto, en efecto, que él la habia recogido del suelo y le habia proporcionado un albergue; mas no la habia amparado como se ampara á la virtud desvalida, sino como al vicio odioso y repugnante.

Con estos sentimientos llegó á presencia de la señora Cónels, que con la animacion retratada en el semblante le dijo:

—Entrad, entrad, caballero: está despierta y mejor.

Al paso halló tambien á Leoncio, que el dia anterior habia tenido que guardar cama, no pudiendo resistir á la alegría de verse en libertad, en medio de su familia y salvado de la desgracia que en la persona de su hija Emilia habia amenazado la felicidad y la honra de todos.

Leoncio le alargó la mano y Carlos le abrió los brazos.

Estrecháronse uno á otro con señales inequívocas de cordial afecto.

—¡Vos sois nuestro salvador! le decia Leoncio con voz ahogada; vos habeis salvado al padre, á la hija, á la esposa... y á los pequeñuelos, que habrian perecido si se hubiera consumado nuestra desgracia.

—¡Oh, no me avergonceis, capitan Leoncio!

—¡Avergonzaros yo...! Así pudiera honraros ante el mundo entero, como os honra mi corazon. A vos os debo la dicha; á otro hombre le debo un castigo... tremendo!

—¿Hablais de Belgrave?

—¡Sí! Os juro...

—No jureis, que quizá tendriais que arrepentiros de ello. Belgrave debe ser sagrado para vos.

—¡Cómo! exclamó Leoncio con asombro.

—Porque es prenda del verdugo: él mismo me lo ha confesado. Ayer se hizo asesino..., ¡y á estas horas debe hallarse en manos de la justicia!

Con el mayor asombro oyó Leoncio de boca de Carlos Bingley la confesion que Belgrave habia hecho á este de sus culpas, y mientras hablaban los dos en el asunto, Emilia se les acercó para decirles con grande alegría que Amanda habia recobrado por completo los sentidos.

Entraron todos á verla y conocieron que se hallaba muy maravillada de encontrarse en aquel sitio.

La memoria no le representaba sino muy confusamente las escenas del dia anterior; de modo que aun no tenia conciencia del modo como habia sido encontrada casualmente por Carlos y su compañero.

Emilia fué la primera que le dirigió la palabra, y á su cariñosa voz se dilató el corazon de la desgraciada hija de Fitzalan.

Lágrimas dulcísimas brotaron entonces de los ojos de Amanda y con ella lloraron tambien todos los presentes.

La madre de Emilia, recordando lo mal que habia tratado á aquella tierna víctima, con la ofuscacion que en ella habian producido los argumentos de la señora Cónels, tenia el corazon traspasado de dolor y lloraba de arrepentimiento.

No pudiendo permanecer en aquel estado, se acercó á Amanda y le dijo:

—¡Ah señorita! ¡Qué mal os juzgaba yo y cuán lejos estoy de merecer vuestro perdon! Nunca podré olvidar el mal que os he causado por mi torpeza; pero vos comprendereis que me cegó principalmente el deseo de ver bien establecida á mi hija. Ahora me toca ser vuestra esclava y no juzgar sino por vuestro propio juicio y proclamar fuera de aquí vuestra inocencia, ya que en este recinto de todos es conocida.

—¡Ah! No me engañeis por Dios, señora Vatel, dijo Amanda con voz débil. ¿Es verdad que estais persuadidos todos de que no merezco vuestro desprecio?

—Sí, todos, dijo la voz de Carlos Bingley que se hallaba detrás de la cabecera de Amanda, y ¡ojalá nos hubierais ya perdonado! Tambien yo, señorita Fitzalan, me dejé llevar de vanas apariencias; tambien en mí tuvieron eficacia las voces de la calumnia y fuí como todos juguete de las estratagemas de los malvados que querian perderos: mas hoy tengo el convencimiento de que estais pura de toda mancha, y estoy pronto á sacar mi espada para sostener vuestra inocencia, aunque debiera costarme toda la sangre de mis venas.

—¡Oh amigos mios, qué de consuelos os debe mi corazon! exclamó la bella Amanda; mas interrumpiéndose de repente giró á su alrededor una mirada de desconfianza y dijo: ¡Dios mio! Si mañana se ha de levantar otra calumnia que me enajene vuestro cariño y convierta otra vez en enemigos mios á los que tanto amo...

—No temais, Amanda.

—Si otra vez he de verme abandonada al insaciable rencor de los que me han perseguido...

—Os juro que no; os lo juro por mí, por Leoncio y por toda su familia.

—Yo no sé si podria sobrellevar la vida si otra vez me hallase en el terrible trance en que acabo de verme.

—Tranquilizaos, no debeis temerlo. Conocidos son los motivos que encendieron contra vos el ódio de los Rosline, y la confesion que ha hecho Belgrave os pone á cubierto de toda nueva suspecha.

—¡Qué escucho! Belgrave...

Carlos tuvo que referir á Amanda lo que ya habia referido á Leoncio acerca de los sucesos del coronel.

Amanda le escuchó religiosamente, y al oir el fin del relato, dijo:

—Es indudable que aquel hombre quiso descargar su conciencia antes de padecer la muerte que creyó le amenazaba. Gracias, Dios mio, gracias por haberle inspirado el deseo de descubrir la verdad para que dejase de padecer mi honrado nombre, y haced que en vez de la pronta y espantosa muerte que él temia, encuentre una larga vida que pueda emplear en hacer bien á sus semejantes y evite á los demás los remordimientos que á estas horas deben de estar desgarrando su pecho.

—No mereció nunca tan generosas preces aquel bárbaro perseguidor de la inocencia y asesino de un pobre criado desvalido, exclamó Bingley encantado de los bellos sentimientos de Amanda; pero ya que interceden por él los ángeles en la tierra, yo me despojo de todo rencor y digo como eco vuestro: ¡Dios le perdone!

Todos murmuraron en voz baja una oracion, y despues tratando Amanda de incorporarse dirigió su vista á Carlos.

La mujer y la hija de Leoncio acudieron á sostenerla, y la pobre enferma quiso hablar y las palabras espiraron en sus labios.

Grave dolor experimentaron todos al verla en tan lamentable estado.

Su palidez daba seguros indicios de su debilidad, y aunque el reposo habia restaurado un poco sus fuerzas, no podia contar mucho con ellas, pues un leve movimiento, la mas ligera emocion bastaban para trastornar sus sentidos.

Emilia corrió á estrecharle las manos, y su madre la acomodó lo mejor que pudo en el lecho donde se habia recostado.

Ella le dió las gracias con un movimiento de sus graciosos labios, pero no pudo todavía pronunciar una sola palabra.

La expresion de su semblante daba á entender cuán enojoso le era el ser importuna á tan buenos amigos, y la pena que le causaba no poder manifestarles sus sentimientos.

—Señorita, le dijo Emilia, teneis necesidad de mas reposo; tal vez no deberíamos haber entrado todos á abrumaros con nuestra presencia.

—No os fatigueis, se apresuró á decir Carlos; descansad para que podais recobrar vuestras fuerzas y en ocasion mas oportuna os escucharé con mucho gusto. Me tendreis todo el dia de hoy cerca de vos, así como estaré siempre á vuestras órdenes; mas ahora conviene que me retire á otro aposento y os quedeis vos sola con las personas que puedan seros de alguna utilidad inmediata.

Amanda, cuya languidez era visible, se dejó caer en la cama y Carlos salió de su cuarto.

Tras él salió Leoncio que en extremo conmovido le acompañó á otra habitacion diciéndole al paso:

—Aun no sabeis bien, caballero, cuán grande es la desgracia de esta jóven ni ella lo sabe tampoco. Oscar, su querido hermano, Oscar, que tiene tan nobles sentimientos como ella, se encuentra en la misma cárcel de donde vuestras bondades me han sacado.

CAPITULO LXVII.

Oscar en libertad.

El buen Leoncio desde que se hallaba en libertad y penetrado de las excelentes cualidades de Amanda, no habia dejado de pensar en su compañero de prision, en el pundonoroso hijo de Fitzalan, menos afortunado que él en hallar pronto rescate.

Apenas se vió solo con Carlos Bingley le dió, pues, noticias de Oscar, y aunque no se atrevió á rogarle que hiciera un nuevo sacrificio pecuniario por librarle, hizo los mayores elogios de su persona y encareció cuanto supo sus merecimientos.

Escuchábale atónito Carlos Bingley.

Apiadado de las desventuras de Oscar, sintió su corazon en extremo conmovido, y al ver que aun le era lícito dar una nueva prueba á Amanda del amor y la estimacion que le profesaba poniendo en libertad á su hermano, experi-

mentaba uno de los mas gratos consuelos que puedan saborearse en la vida.

En cuanto se enteró del angustioso estado en que á aquellas horas debia de encontrarse sumido el digno hermano de su amada, propuso á Leoncio que inmediatamente fuesen entrambos á activar las diligencias necesarias para ponerle en libertad.

Leoncio le besó las manos con ardor y le dijo entusiasmado:

—Caballero Bingley, yo no me atrevia á suplicaros que hicierais lo que os ha dictado el corazon. De hoy en adelante, cuando sepa de una desventura que aliviar, no tendré reparo alguno en pediros que dejeis á vuestros nobles afectos hacer su oficio.

Llamó Leoncio á su esposa, advirtiéndole que tenia que salir con el caballero Bingley para un asunto de la mayor importancia, y le encargó que no se separase en un ápice de lo que dispusiera el médico relativo á Amanda.

—Amanda ha preguntado ya por tí.

—Díle que mientras ella necesite descanso no le seremos enojosos el caballero Bingley y yo.

Partieron los que tanto contento experimentaban por la buena accion que tenian proyectada, y la única desazon que sentian era de impaciencia por llevar á cabo su proyecto.

Carlos Bingley iba recostado en el rincon del carruaje con semblante meditabundo.

Habia amado á la hija de Fitzalan, la habia deseado para esposa, y únicamente se habia alejado de ella al creer que eran falsas sus apariencias de virtud.

No habia dejado por eso de sentir hácia ella los impulsos nacidos de la pasion ciega; pero se habia impuesto el deber de salir vencedor de su debilidad y se habia esmerado largo tiempo en considerarla con todos los repugnantes defectos de una mujer sin pudor ni decoro.

La voz de la razon no habia perdido su imperio sobre él, y así se habia acostumbrado á no estimar á Amanda por grande que fuese el poder de sus atractivos.

Mas al convencerse de que aquella desdichada no habia sido jamás indigna de su amor, renacieron en su pecho los afectos que en otro tiempo le inspirara, y renacieron con mas vehemencia y mas poderosos ímpetus.

Avergonzóse de haber dejado de amarla; la contempló con el nuevo encanto de sus inmerecidos infortunios, y á su apasionado cariño se añadió aquella noble piedad que en los rectos corazones engendran las desventuras ajenas.

Leoncio, respetando el silencio que guardaba Carlos, no quiso interrumpirle en sus meditaciones, y ni una palabra le dijo hasta que paró el carruaje á la puerta de la cárcel.

Enteráronse allí de quién era el magistrado que entendia en el negocio de Oscar Fitzalan, y suplicando al jefe del establecimiento que no dijese nada al preso del objeto de su visita, volaron á entenderse con el tribunal.

Carlos Bingley era persona de bastante crédito para que le fuese menester mas que su palabra en garantía del asunto de mayor importancia.

El juez extendió la órden de poner en libertad á Oscar, y quedó en enviar á Carlos una nota de lo que debia satisfacer para cubrir las deudas del preso y las costas.

Llenos de júbilo volvieron los dos amigos á la triste

cárcel, y desde el corredor, no pudiendo contenerse, comenzaron á llamar á voces al que iban á sacar á la luz del dia.

Oscar, al abrirse la puerta de su calabozo vió á Leoncio con el semblante alegre y risueño y se arrojó á sus brazos.

—Estais en libertad, capitan Leoncio, le dijo; ya no me pesa de haber pasado tanto rato sin veros. Creed que celebro la fausta nueva con todo mi corazon.

Leoncio le miraba sonriendo, porque imaginaba en su interior el gozo que iba á experimentar el noble mozo al saber que en vez de la soledad á que pensaba quedar reducido, saldria en breve á gozar del bien mas preciado: de la libertad.

En aquel momento vió Oscar que no estaban solos, pues Carlos Bingley, aunque no habia entrado en el calabozo, permaneció en el dintel.

Parecióle á Leoncio que Oscar llevaba á mal que hubiese allí un desconocido testigo de su desgracia, y deseoso de tranquilizarle le dijo:

—Señor Fitzalan, yo vine á daros buenas nuevas y no podia hacerlo si no me acompañaba este amigo. Gracias á su eficaz cooperacion puedo daros una muestra de que no estais completamente olvidado de los hombres: os ruego que le hagais pasar adelante.

Hizo Oscar una indicacion á Carlos, y este con visibles señales de lo que le afligia la desventura de los hermanos Fitzalan, saludó y entró en el calabozo.

—Señor Fitzalan, dijo Leoncio con resolucion, hemos venido á hora desusada, porque cuando se trata de la libertad de una persona no hay que demorarla. Yo quisiera

hallar rodeos que os ahorrasen el súbito golpe que os ha de ocasionar un cambio de situacion inesperado; pero ya sabeis que mi carrera sólo ha sido la de la milicia y no he tenido ocasion de adelgazar el ingenio para cosas semejanjes. Me comprendeis, ¿eh?

—Temo engañarme, dijo Oscar adivinando mas bien en el alegre semblante de Leoncio que en sus palabras el verdadero sentido de lo que le decia.

—No temais, no temais nada, caballero. Imaginad lo mejor para un preso: imaginad que ya estais libre y no os engañareis.

—¡Libre...! exclamó Oscar.

—Libre... como yo. No teneis mas que tomar la puerta con nosotros.

—¡Libre! repitió Oscar, y sois vos, vos á quien debo tanta dicha...

—Si soy ó no soy, ya lo averiguaremos.

—Permitidme, señor Oscar, dijo Carlos, que os felicite despues de Leoncio y os asegure que á él y á vuestras nobles cualidades debeis la alegría que estais gozando despues de tantas tristezas.

Oscar estaba atónito. En medio de aquella turbacion se dejó llevar por sus acompañantes, salió real y efectivamente del recinto de la cárcel sin atreverse casi á dar crédito á sus sentidos y entró en el coche con ellos.

—Señor Fitzalan, le dijo Leoncio, os he dicho que traia buenas nuevas.

—Ya veo que no me habeis engañado, le interrumpió Oscar, y creed que no vuelvo aun de mi asombro.

—Pues bien, disponeos á ser digno de la dicha que os espera, dicha que debeis saborear desde luego.

—¡Leoncio! ¿es posible que aun pueda deberos mas?

—Nada me debeis á mí, sabedlo de antemano. La Providencia lo ha dispuesto de una manera que suscitando un noble corazon, que vos sereis el mas fervoroso en amar, ha querido que tuvieran fin las desdichas de los dos hijos del bravo Fitzalan.

—¡Ah qué recuerdo habeis despertado en mí, capitan Vatel! ¡Mi desdichada hermana no tiene todavía un momento de satisfaccion que agradecerme!

—Os engañais en esto. Antes conserva de vos los recuerdos mas gratos despues de los de vuestro padre.

—¿Qué escucho? exclamó Oscar. ¿Sabeis vos de mi hermana?

—La señorita Amanda ignora todavía que tan en breve pueda gozar de la dicha de abrazaros; mas es digna de esta ventura.

—Pero... ¿será verdad? ¿Podré yo abrazar á mi hermana? ¡Oh! no me tacheis de ingrato si os ruego que me dejeis ir á su encuentro; despues que yo la haya visto y abrazado volveré á vosotros, señores.

—A verla vamos.

—¡A ver á Amanda! ¿Muy lejos de Londres?

—En Londres mismo, señor Fitzalan. Ella ignora todavía que esté tan cerca de vos; conviene, pues, que nos deis el tiempo necesario para disponer su ánimo á tan honda conmocion.

—Pero entre tanto...

—Entre tanto vos descansareis de las sensaciones que

aun estais experimentando. La señorita Amanda ha padecido una grave enfermedad; no extrañeis, pues, ver algo alteradas sus facciones.

—¡Oh pobre hermana mia! Huérfana, alejada de mi... Privado yo de todo recurso, lanzado del ejército... ¡Ah infame Belgrave...!

—No le maldigais. Ya no debeis contarle entre los vivos.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?

—Se ha hecho reo de muerte y su cabeza pertenece al verdugo.

—¡Oh misteriosos juicios del cielo!

Acababan de llegar á casa de la señora Cónels, y en seguida dispusieron discretamente una habitacion donde Oscar pudiera limpiarse y asearse mientras llegaba el momento de que no fuera peligroso facilitar la entrevista á los dos hermanos.

El médico habia visitado á Amanda durante la ausencia de Leoncio y Carlos y habia mandado que se levantase. Era menester, dijo, que entrara en movimiento y que se alejara de su mente toda idea triste.

Presentáronse Leoncio y Carlos á Amanda, y esta para darles una prueba de su agradecimiento y á fin de que viesen plenamente justificado su misterioso viaje á Londres, quiso referirles cómo habia descubierto el testamento del conde Murley, lo que respecto á la conducta de los Rosline le habia hecho presente Isabel, y el porqué no habia querido fiar á nadie aquel asunto, habiéndose encontrado con Leoncio preso, única persona, de las que ella conocia en Londres, en quien se hubiera atrevido á depositar su confianza.

Lamentó Amanda la ausencia de su hermano y el misterio en que parecia encerrada su existencia.

Entonces Leoncio y Carlos empezaron á inspirarle fé en el resultado de las diligencias que podian hacerse en Londres para averiguar pronto su paradero.

Leoncio se levantó un momento y fué á advertir al impaciente Oscar que se iba aproximando el momento de abrazar á su hermana, y entre tanto Carlos Bingley ponderaba á Amanda la necesidad de ponerse sobre sí para resistir la sensacion que habia de causarle la presencia de Oscar, quien podia presentarse á su vista de un momento á otro.

Amanda trémula de emocion no podia atreverse á creer que le estuviese reservada tanta felicidad: le parecia haber padecido poco para haber merecido abrazar á su hermano.

En los semblantes de los que la rodeaban le parecia descubrir un secreto regocijo, que se comunicaba á su corazon, por mas que ella procurase no dejarse llevar de engañosas esperanzas.

Mirábales con semblante atónito, y no pudiendo resistir al deseo de ver realizadas sus gratas sospechas, bajó repentinamente la cabeza sintiéndose estremecida en el fondo de su corazon, porque le daba miedo el exceso mismo de su alegría.

—¡Oscar... mi querido Oscar! exclamó vertiendo dulce llanto.

—Así exclama él tambien, dijo Emilia: ¡Amanda, mi querida Amanda!

—¿Tú sabes... tú le has oido pronunciar mi nombre, Emilia querida?

—No... mas de vos depende, señorita, que le oigamos y le veamos cuanto antes aquí.

—Yo haré cuanto me pidais para verle ahora mismo. Yo quiero verle en seguida.

—Pues bien, señorita, dijo Emilia, advertida por sus padres, prometedme que tendreis suficiente presencia de ánimo para recibirle y en seguida iremos por él.

—¡Oh! lo prometo. Si tan cerca está, dijo Amanda con gran vehemencia, ¿por qué no ha venido ya?

—Porque aun os arrebatais demasiado; es menester que tengamos la seguridad de que permanecereis serena...

Oscar que desde el cuarto inmediato habia oido la voz de Amanda, no pudo contenerse, y abriendo repentinamente la puerta se presentó á la vista de todos.

Amanda se puso en pié, levantó los brazos y no pudo lanzar un grito.

Oscar la vió inclinarse y desfallecer, próxima á caer al suelo, y corrió á ella para recogerla en sus brazos cubriéndola de besos y silenciosas lágrimas.

CAPÍTULO LXVIII.

Nuevos proyectos.

¡Qué precioso espectáculo el de aquellos dos hermanos que tras tantas calamidades volvian á encontrarse puros de corazon, vencedores en todas las batallas de la vida!

¡Y qué grato momento para la familia toda de Leoncio, Carlos Bingley y la señora Cónels el de presenciar aquel arrobamiento de fraternal cariño!

Sólo interrumpian el solemne silencio los besos y suspiros de Oscar y las breves palabras que se escapaban en voz baja de sus labios.

Aquellas tiernas y sabrosas caricias devolvieron la vida á Amanda, y el primer uso que hizo de sus sentidos fué abrazar estrechamente á su hermano, mostrando que no le cedia su corazon en la vehemencia de los castos afectos.

Oscar llevaba el pobre traje que habia usado en la cárcel; su palidez y el desórden de su fisonomía inspiraron la mas noble piedad á su hermana.

Él por su parte vió en las facciones de Amanda los estragos causados por sus interminables desventuras; pero no vió alteradas en lo mas mínimo aquellas líneas que dan indicio de la bondad y la pureza, caracteres distintivos de la hermosura de Amanda.

Triste fué para Oscar el ver la abrumada frente, las pálidas mejillas, el enflaquecido cuerpo de su hermana; pero con aquella tristeza iba mezclado un no sé qué de consuelo para la parte mas noble de su sér.

Si Oscar hubiese vuelto á encontrar á su hermana y la hubiese visto cubierta de diamantes comprados á costa de su infamia, entonces su pena habria sido amarga é incurable y con horror la habria rechazado de sus brazos.

Las diversas sensaciones que experimentaban Oscar y Amanda se retrataban en sus semblantes comunicándose á cuantos les rodeaban; de tal manera que la señora Cónels tuvo que salirse del aposento con el pañuelo en los ojos diciendo:

—¡Vamos! Es cosa que me puede mucho. Y eso que una no es de esas lloronas...; pero ¡canastos! hay ciertas cosas que sólo una fiera puede verlas con ojos enjutos.

—¡Oh padre mio! exclamó Amanda con vivo sentimiento y arrancando á Oscar copiosas lágrimas; la última vez que nos vimos con mi hermano estabais vos entre nosotros.

—Señorita..., se atrevió á decir Leoncio, que tambien tenia la voz medio anudada en la garganta; no conviene á vuestra salud ni al estado en que vuestro hermano se encuentra que renoveis ciertas memorias...

—Es la primera vez, replicó Oscar sollozando, es la pri-

mera vez que nos vemos despues de la muerte de aquel varon justo y severo al par que piadoso...; dejad que sus hijos le lloren.

—Justo y noble es, dijo Carlos, el tributo de las lágrimas pagado á la memoria de vuestro venerable padre; mas pues ya habeis cumplido con ese deber del corazon, señor Fitzalan, yo os lo ruego, interceded vos para que la señorita Amanda no se entregue á extremos de dolor. Este es uno de los medios indispensables para que recobre la salud, segun ha dicho el médico.

Emilia al oir estas palabras corrió á abrazar á Amanda y llorando exclamó:

—¡Señorita Amanda, vuestra vida, vuestra preciosa vida puesta en peligro por salvar á la pobre Emilia..., no la marchiteis así! Ahora que podeis ser feliz; ahora que teneis aquí á vuestro hermano que tantos suspiros os cuesta...

El acento de aquella tierna amiga causó profunda impresion en la hija de Fitzalan, que la besó en la frente.

—No temais por mí, dijo Amanda: mi mayor pesadumbre seria no poder llorar ahora. Ya que no de tristeza, he de llorar á lo menos de alegría por haber hallado á mi hermano.

—Señorita, dijo entonces Carlos Bingley, contando con que no me negareis vuestra vénia para volver á visitaros, me despido con la esperanza de que seguireis los prudentes consejos que se os han dado para el mas pronto recobro de una salud que á todos nos es preciosa. Antes de partir, empero, debo confesaros que soy culpable de haber creido las calumnias acumuladas contra vos por personas interesadas en vuestra pérdida; pero que desengañado y conven-

cido de la pureza de vuestro corazon, soy vuestro admirador y vuestro mas afectuoso amigo.

Oscar estrechó la mano de Carlos como en prenda del perdon de su hermana, y el generoso salvador de entrambos se retiró en extremo conmovido.

Leoncio y su familia aconsejaron á Oscar que para mejor comodidad pasasen con Amanda á otras habitaciones, y pronto les dejaron solos.

Entonces volvieron los hijos de Fitzalan á sus demostraciones de afecto, y las renovaban á cada paso.

Oscar en medio de su alegría experimentaba una viva pena.

Se veia libre, es verdad, se veia al lado de aquel sér que le era tan querido; pero estaba pobre, sin relaciones, sin recursos; conocia la pobreza de Leoncio á quien de ningun modo queria ser gravoso, y tampoco queria verse obligado á deber á Bingley nuevos beneficios.

Amanda notó algo en él y le dijo:

—Hermano mio, el gozo no ha penetrado tanto en tu corazon como en el mio. Tienes algun motivo de pesadumbre que yo ignoro...

—No, Amanda; el placer de verme á tu lado...

—No pienses engañarme. Yo sé que debo ser discreta contigo; pero no puedo forjarme ilusiones: mi satisfaccion es muy superior á la tuya. Yo estoy gozosa porque hallo en tí un amparo, un protector, un hermano...

—Un hermano que te quiere con todo su corazon, dijo Oscar; pero mi adversa suerte no consiente que sea protector tuyo como deberia serlo. Carezco de lo necesario para mi propio sustento...

—No, le dijo Amanda, no. Mi viaje á Londres no ha tenido mas objeto que buscarte y poner en tus manos el testamento del conde Murley, que te nombró heredero de todos sus bienes, usurpados hoy por los marqueses de Rosline.

—¡Qué escucho, Amanda!

Entonces refirió esta todo lo que habia averiguado por conducto de Isabel, y puso en poder del heredero de los Murley todos los papeles que consigo habia traido.

Oscar no acababa de admirar los sucesos que su hermana le referia, y lo hizo esta de tal manera, que él quedó perfectamente enterado de los caracteres y de las intrigas de Isabel, Augusta y su familia.

—¡Oh Amanda! exclamó cogiéndola de las manos, ojalá sea yo pronto dueño de los bienes de Murley; nunca los he codiciado, pero los anhelo para ponerlos todos á tus piés. Tuyos serán mas bien que mios; entonces no necesitarás de la proteccion ni del amparo de nadie.

—Querido Oscar, replicó ella, yo sé de cuánto es capaz tu cariño y te agradezco de todo corazon la fé con que me ofreces lo que te corresponde; mas esperaba ver mayores muestras de regocijo en tí.

—¡Soy un ingrato! Dices bien: yo deberia haber enloquecido de júbilo al encontrarte, y á tí deberian ir dirigidos todos mis pensamientos; pero mi triste destino quiere que eternamente sea esclavo de imposibles, y por esto encendió en mi corazon el amor de Adela, á quien no he podido olvidar nunca en medio de mis mayores angustias. No me eches en cara, te ruego, esta debilidad mia. Si supieras, Amanda, qué cosa es amar sin esperanza, ser

digno del objeto amado y no poder aspirar á la correspondencia de su amor...

Amanda bajó poco á poco la cabeza. Las palabras de su hermano le hicieron pensar en las penosas horas que su amor, imposible tambien, le habia hecho pasar y le tenia quizás reservadas.

¡Qué poco imaginaba Oscar que su hermana fuese mas digna de compasion que él!

Adela era libre y podia amarle sin rubor, labrando la felicidad de toda su vida: pero Amanda habia hecho aquel juramento solemne que salvando de la miseria y la infamia á Mortimer y al conde, la separaba para siempre de su amado, dejando en el corazon de este el mas amargo recuerdo.

Oscar vió la tristeza de su hermana, y creyendo que sólo era nacida del desaliento que él manifestaba, fingió mayor animacion y se esmeró en consolarla y alentarla.

Carlos Bingley, una vez convencido de la inocencia de Amanda y de los heroicos esfuerzos que habia hecho para salvar su virtud, volvió á amarla, como ya hemos dicho, y vivia impaciente los momentos que pasaba alejado de ella.

Así que, al dia siguiente excusó los cumplidos, y con la grata confianza de que le harian buen recibimiento, se presentó muy temprano en casa de Leoncio.

Oscar le salió al encuentro y le pidió los brazos, y Carlos le estrechó en ellos de todo corazon.

Enteróse inmediatamente del estado de la salud de Amanda, y al saber que estaba mejor manifestó mas con la alegría del semblante que con palabras el regocijo que experimentaba con tan fausta nueva.

Amanda no tardó en presentarse, y bien dejó conocer en su delicada manera de tratar á Carlos Bingley cuán sincero y profundo era el afecto que el agradecimiento le habia inspirado hácia él.

Tratóse como en familia de lo que convenia hacer para entrar en posesion de los bienes del conde Murley, y opinaron todos que bastaba presentar el documento auténtico, confirmado en caso necesario por el testimonio de Isabel, para que Oscar no hallase obstáculo alguno en entrar en el ejercicio de sus derechos.

Carlos Bingley manifestó que conocia personalmente al marqués de Rosline y á muchas personas que tenian haciendas y tierras cerca de las de aquel, y que él se encontraria en Escocia al mismo tiempo que Oscar. Este se alegró mucho de tan generoso ofrecimiento, pues siendo Bingley persona de tan bellas cualidades y buena fama, su apoyo y amistad podian serle muy útiles.

Oscar fijó dia para su partida, y Carlos que, segun dijo, tenia que hacer entonces el mismo camino por asuntos del servicio, le propuso que fueran juntos.

Amanda tenia vivos deseos de salir de Londres y descansar alguna temporada en casa de su nodriza.

Aquella familia se habia mostrado muy buena para con ella; en su seno habia recibido las primeras impresiones del amor único de su vida y... ¡cerca de la pintoresca y apacible morada de la nodriza se levantaba el palacio de Tudor!

Amanda queria dar un adios postrero á aquellos álamos que le habian prestado grata sombra mientras escuchaba el apasionado lenguaje del que jurara ser su esposo; que-

ria ver aquellas cristalinas aguas que habian murmurado al compás de sus dolorosas quejas.

Acompañar á su hermano á Escocia era demasiado para ella.

Allí corria el peligro de tener que presenciar la boda de Mortimer ú oir hablar continuamente de sus pormenores. Queria de todo corazon ocultar á su hermano el secreto de sus amores, pues él que sabia tambien cuánto se encierra de tristeza en un amor sin esperanza, habria padecido profundamente al saber que sobre Amanda pasaba tan gran desdicha.

Tampoco deseaba hallarse en unos lugares donde los Rosline iban á recibir un golpe tan fuerte como tener que renunciar á la herencia de los Murley, precisamente cuando Mortimer iba á emparentar con ellos.

Manifestó ella que deseaba no llegar á Escocia, y como su presencia al fin no era allí necesaria, convinieron en que no lo haria, de lo cual pareció alegrarse Carlos Bingley.

Cuando todo estuvo dispuesto para la partida de Oscar, se presentó Carlos Bingley á Leoncio, participándole que habia encontrado para él un empleo á treinta millas de Londres, y que en lo sucesivo no tendria que temer por su sustento y el de su familia, pues el trabajo que le proponia le produciria lo suficiente para que viviesen todos con cierto desahogo.

Carlos fué entonces objeto de las mas lisonjeras demostraciones de toda la familia, y pudo convencerse por completo de que Leoncio, su mujer y Emilia merecian lo que por ellos habia hecho, pues sabian agradecerlo con toda el alma.

La mujer de Leoncio y Emilia viendo muy próximo el momento de partir, sentian mucha pena por tener que separarse de Amanda y le rogaron repetidas veces que fuese á vivir con ellas durante la ausencia de su hermano.

Entonces se vió cuánto habian llegado á querer á Amanda todos los Vatel.

La bella hija de Fitzalan les dijo que de buena gana accederia á sus deseos si no tuviese el deber de aprovechar aquella coyuntura para ir á visitar á su nodriza, y ellas al considerar que quizá no volverian á ver á aquella bondadosa jóven á quien deseaban con tantas veras demostrar cien y cien veces el aprecio que hacian de sus excelentes cualidades, no pudieron contener las lágrimas y acabaron por hacer brotar las de Leoncio.

Emilia tenia abrazada á Amanda como si esta fuera una hermana á quien nunca hubiese de volver á ver, y no cesaba de llorar y suplicarle que no les abandonase.

El que en medio de su conmocion se hallaba mas gozoso era Carlos Bingley, que deseoso de no alejarse de Amanda veia con placer que durante aquel viaje, que habian de hacer junto con Oscar hasta la casa de la nodriza, disfrutaria mas largo tiempo de su preciosa vista.

Antes de partir, Carlos Bingley llamó á un lado á Oscar, y presentándole abierta su cartera, le dijo:

—Creo que no os negareis á aceptarme por banquero; si es menester, os rogaré que no me negueis esta distincion.

—Señor Bingley, le respondió Oscar, sabeis hacerlo todo con una delicadeza que encanta. Acepto sin empacho vuestro generoso ofrecimiento.

Y yo, replicó Bingley, os quedo muy obligado por esta prueba de inapreciable confianza.

—Caballero, yo creo que vuestro noble corazon se regocija en efecto con el aprecio de las personas honradas. En este momento, vos lo sabeis, la única muestra de aprecio que puedo daros es aceptar vuestro dinero, como espero que aceptariais vos el mio si lo tuviera.

—Me habeis comprendido perfectamente, señor Fitzalan: estais dotado de un corazon generoso y á cada momento agradezco mas á Leoncio que me haya enseñado el camino de seros útil. Tomad vuestro oro.

Tomó Oscar el dinero con que Carlos le brindaba, é inmediatamente entregó parte de él á Amanda.

Debian emprender cuanto antes su viaje, y para atender á cosas precisas salió Oscar con la señora Vatel y Emilia. Carlos acudió á sus obligaciones, y Leoncio fué á prepararse para poder tomar posesion de su nuevo empleo.

CAPITULO LXIX.

En la aldea.

Amanda quedó sola con la señora Cónels y los hijos menores de Leoncio.

La señora Cónels no acababa de volver en sí admirada de la multitud de acontecimientos ocurridos en su casa en tan breves dias, y una de las cosas que mas le llegaban al alma era que no hubiese sucedido nada por inmediata influencia suya.

Con su carácter entrometido y presuntuoso, temia estar puesta en ridículo, en vista de que lo único malo de todos aquellos sucesos era el pomposo elogio que habia hecho de su caballero Parvent.

La turbacion de su ánimo se conocia en que hablaba mucho menos que de costumbre: señal infalible de su estado anormal.

El silencio casi continuo de la señora Cónels era favorable á Amanda, deseosa de abandonarse á sus pensamientos.

El porvenir se le presentaba como una nueva era de paz y tranquilidad, con la garantía de que no tendria que temer nuevas vicisitudes de la suerte; pero todo el tiempo que le quedaba de juventud habia de ser para ella una continua ocupacion del espíritu para olvidar á Mortimer, para someterse á las consecuencias de su juramento.

Cuando pensaba en el penoso ejercicio á que iba á verse condenada, volvia los ojos á su hermano, que tendria que padecer iguales rigores de la suerte; pero se consolaba pensando que á lo menos habia podido serle útil y que no era tan de lamentar su viaje á Londres, supuesto que al fin habia sido un medio de llegar quizá por el camino mas corto á los brazos de Oscar y poner en sus manos el documento que le hacia dueño de cuantiosas riquezas.

El primero que volvió á casa de la señora Cónels fué Carlos Bingley, y no fué solamente la casualidad quien le trajo despues de tan breve separacion al lado de Amanda, sino que tambien contribuyó á ello su deseo de hablar con ella sin testigos.

La señora Cónels pidió á poco rato permiso para acudir á sus obligaciones y Carlos se alegró mas y mas de que se alejara.

—Señorita Fitzalan, dijo al cabo de pocos momentos, yo estoy seguro de haber alcanzado ya vuestro perdon, porque me hallo profundamente penetrado de vuestros exquisitos sentimientos; pero no basta para mí, por grato que me sea, el conocer vuestras virtudes y tributaros el homenaje á que sois acreedora por ellas. Mi corazon que ha amado en vos lo poco que ha sido capaz de adivinar, me exige lo que yo por mí solo no puedo darle. En fin, para

mostraros hasta qué punto me sois cara, no tengo mas que un medio: ofreceros mi mano. ¿Me seria lícito abrigar la esperanza de que os dignarais ser mi esposa?

Amanda habia escuchado gravemente lo que tan gravemente acababa de decir Carlos.

Al ver que este ponia fin á su discurso bajó la cabeza pensativa; mas volviéndola á levantar pronto, dijo:

—Señor Bingley, indigna seria yo de los nobles afectos de un ánimo tan levantado como el vuestro, si tratase de disimular los mios ó vacilara en el modo de dároslos á conocer. Creo que en efecto conoceis mi lealtad...

—Ni un momento puedo dudar de ella.

—Pues bien, señor Bingley, para que podais estimarme, no debo aceptar vuestra mano, por honroso que sea su ofrecimiento.

—No alcanzo...

—La prueba de mi afecto y su medida puedo dárosla en una razon sola y voy á hacerlo. Mi único secreto os va á ser revelado, señor Bingley, y vos sereis la única persona que lo sepa. Antes de conoceros, ya palpitaba mi corazon de amor.

—Otro sér mas afortunado...

—No os anticipeis á envidiar su suerte. ¡Quién sabe si es mas digno de lástima que vos! Ni él puede ser mi esposo, siendo libre..., ni yo puedo ser esposa de nadie. Mi hermano, el mundo todo ignora este misterio: vos solo lo sabeis: es la única manera qué tengo de evitar que deis una mala interpretacion á mi conducta.

—Os comprendo y os admiro mas que nunca, exclamó Carlos, en medio de lo que me aflige vuestra negativa.

¡Oh Amanda! La confianza que habeis hecho de mí cierra mis labios á toda queja... y he de mostrarme agradecido con vos en el instante mismo en que me rechazais por esposo...! Mas ya que no la quereis al pié del altar, vuestra es mi mano en donde quiera que sea; ya que no esposa mia, sereis siempre mi amiga.

—¡Siempre! repitió Amanda, y estrechó con efusion la mano de Carlos.

—Yo os prometo, añadió él, que jamás volverá á salir de mi boca una importuna palabra sobre este amor...

—Os creo: sé hasta qué punto sois discreto y honrado.

La llegada de Oscar y la mujer de Leoncio pusieron oportunamente fin á aquella conversacion que ya se iba á hacer penosa, y á poco volvió tambien Leoncio.

Al verse todos reunidos empezaron á pensar en su separacion que habia de ser al dia siguiente, y Emilia, aunque se iba con sus padres, no pudo menos de mostrar la viva pena que le causaba el tener que alejarse de Amanda.

A cada paso se reproducia en su memoria la aparicion de la bella hija de Fitzalan aquel triste dia en que sumidos todos los suyos en la miseria, rechazadas sus súplicas por la señora Devons, lleno el corazon de amargura, hallaron alivio y consuelo y cristiana caridad en aquella interesante jóven.

Leoncio y su mujer no sentian menos separarse de Amanda, y aunque no mostrasen con tanta viveza sus afectos, lloraban á cada paso contemplándose y considerando que á ella le debian el no haber sido víctimas de un monstruo, la libertad de Leoncio, y la honrada é independiente posicion que iban á adquirir.

Hasta que Oscar, Amanda y Carlos pusieron el pié en el carruaje, se renovaron con frecuencia los abrazos de despedida y las cordiales protestas de afecto de la familia de Vatel.

Por fin sonó la hora fatal y tras un postrer abrazo fueron separados.

Durante el viaje, que duró sólo tres dias, el tiempo estuvo apacible, y el espectáculo de la naturaleza y las consideraciones sobre sus futuros inmediatos deberes, tranquilizaron algun tanto los corazones de nuestros viajeros.

Al caer una serena tarde llegaron á la aldea.

Amanda no quiso que se detuviesen ni un momento por ella, pues la premura del tiempo y la escasez de medios de trasporte exigian que aprovechasen las escasas coyunturas de cambiar de tiros y poder hacer noche en albergues algo cómodos.

Despidiéronse, pues, de Amanda á la entrada de una calle de árboles que se extendia hasta la casa de la nodriza.

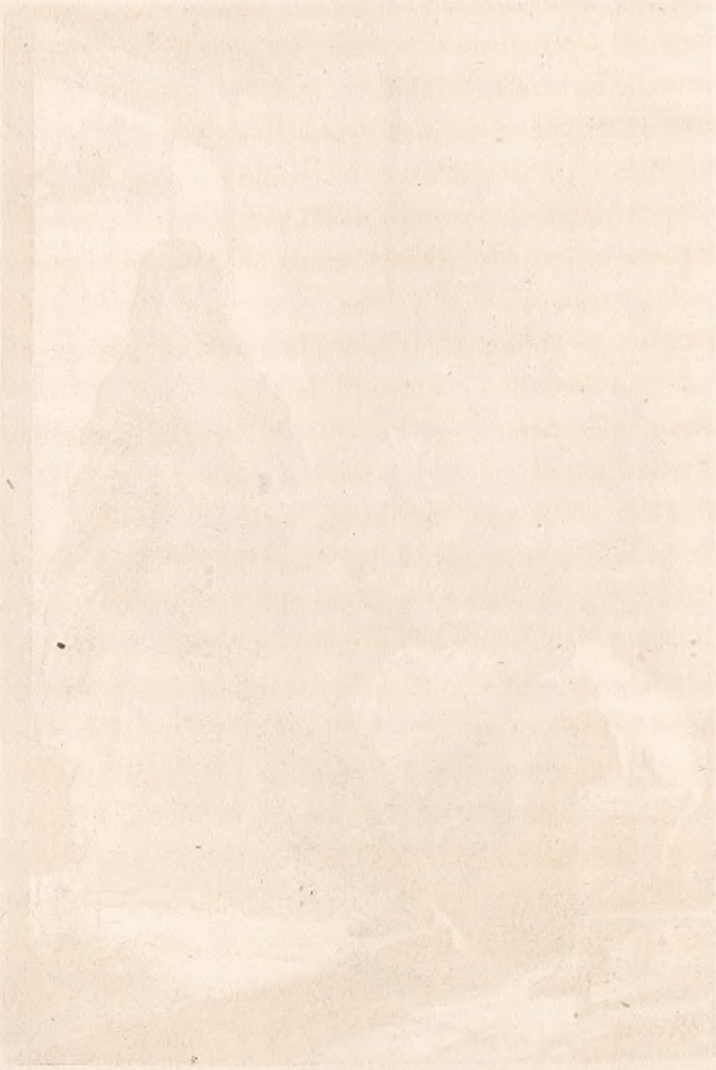
Carlos estaba tan afectado que apenas podia pronunciar una palabra, y al estrechar la mano de Amanda dejó conocer con cuán hondo pesar se separaba de ella.

Amanda les vió partir, y enjugando sus lágrimas esparció una mirada á su alrededor, donde todo traia á su memoria recuerdos melancólicos de mejores dias.

Desde allí se descubria el palacio de Tudor bañado aun por los últimos rayos del sol y próximo á quedar entre sombras, así como el próximo casamiento de Mortimer debia dejar envuelto en sombras de tristeza el corazon de Amanda.

Iba caminando poco á poco, fijando con interés sus mi-

—Y al detenerse en el umbral vió á su nodriza sentada en un rincon haciendo calceta.



radas en los menores accidentes del paisaje y sintiendo á cada paso una conmocion nueva.

Bajaban los ganados balando por las colinas y el aspecto de aquella naturaleza á fines de otoño no era para inspirarle ideas que disipasen su melancolía.

El último resplandor del sol señalaba con manchas de oro las ventanas del palacio de Tudor: eran las únicas que brillaban en aquel sitio y Amanda tuvo que apartar de ellas los ojos.

Exhaló un profundo suspiro y entró en casa de su nodriza, en cuyo cuarto bajo no vió á nadie.

Subió la escalera del cuarto primero, cuyos peldaños crujieron bajo sus piés, y al detenerse en el umbral vió á su nodriza sentada en un rincon haciendo calceta.

Suspendió esta de pronto al mirarla todo movimiento, quedó atónita un instante, y por fin se levantó y corrió á abrazar á Amanda dando un grito.

Amanda la estrechó contra su corazon, y mirándola despues la nodriza exclamó:

—¡Oh! bien venida seais como las rosas de abril. ¡Cuánto nos hemos acordado de vos...!

—¡Oh mi buena nodriza!

—¡Cuántas veces ha dicho mi marido que si hubiese sabido en dónde estabais habria ido á buscaros!

—¡Excelentes corazones! Yo tambien me he acordado de vosotros.

—¡Es posible! ¡En medio de tantas cosas como deben de haberos sucedido!

—En medio de mis tribulaciones me he acordado siempre de la paz de vuestra casa y del amor que me teniais.

—Y que os tenemos, hija mia, todos, todos. Ninguno de nosotros sabria dejar de amaros. ¡Oh mi bella señorita...! ¡Oh bellos ojos, rostro de ángel... temo que desde que no nos hemos visto habreis padecido mucho! ¡Pobre capitan!

—¡Ay mi excelente nodriza!

—¡Quién habia de creer que aquella fuese nuestra última entrevista! Si á lo menos una hubiera estado allí para cuidarle...

Amanda prorumpió en nuevo llanto y abrazó el cuello de su nodriza.

Esta la abrazó á su vez, y enjugándole las lágrimas con la punta de su delantal, dijo:

—En fin... yo no hago mas que entristeceros...; el camino de la vida, como suele decirnos el sacerdote, es un camino de término incierto. Tarde ó temprano todos debemos llegar al fin. ¡Dichoso el que muere en la gracia del Señor! Antes que la nueva de vuestra orfandad llegase á nuestros oidos nos dijeron que ibais á hacer un gran casamiento; pero veo que hemos llegado á un tiempo en que no se puede fiar en las palabras de los hombres por buenos que parezcan. Yo ví al jóven lord despues de vuestra partida y su afliccion parecia tan grande que me causó mucha lástima. Yo..., digo la verdad: si entonces hubiese sabido dónde os hallabais, se lo habria dicho, de pura compasion que me daba. Creí que su amor venceria de todo y que al fin descubriria vuestro paradero; mas supe á lo mejor que se casaba con otra, lo cual me dejó tan sorprendida... me parecia imposible. ¡Pobre Amanda mia! Dicen que la novia es una rica heredera, mas esta no es promesa segura de

buena esposa y ojalá le haga rabiar tanto como él os ha lastimado á vos.

—Nodriza mia, no deseemos el mal del prójimo.

—Es verdad que debemos querer al prójimo como á nosotros mismos; pero... ¿no erais vos su prójimo por ventura cuando él os causó el daño!

—Yo no debo, nadie debe alterar sus cristianos sentimientos conforme con lo torcido de la conducta ajena; pues de ser así, en manos de cualquier malvado estaria nuestra salvacion. Pero dejemos eso y decidme cómo están vuestro esposo, vuestros hijos...

—Todos están buenos, Amanda mia, y se alegrarán infinito de vuestra llegada. ¿Sabeis quién tambien se alegrará mucho de veros? el jóven Eduardo. Antes nos preguntaba diariamente noticias vuestras; ahora no nos las pide tan á menudo, porque viene á vernos con menos frecuencia. ¡Oh, ese era un grande admirador y no sé si diga amador vuestro! pero ahora... ¡qué sé yo! ¡Bah! Los mozos del dia... ¡buenos son todos á fé! Pero no os he dicho... Sabed que mi Elena se ha casado con Chip. Tienen su casita, pobre pero muy arreglada; y lo que sobre todo da gusto de ver es una niña como una manteca, fruto de bendicion y alegría de todos. Como que mi Elena queria ponerle por nombre Amanda en memoria del mucho amor que os tiene.

—¿Y no se lo puso?

—Os diré la verdad. Amanda es un nombre que sólo lo llevan las hembras de familias nobles y ricas y no las aldeanas pobres y palurdas, y para que en el pueblo no se achacase á vanidad... no se lo pusimos. Bastante le costó á

mi Elena renunciar á esta idea porque estaba muy encariñada con ella, y ya que no estuviese á vuestro lado queria tener á lo menos otra Amanda suya, de quien no pudiesen separarla. Como que su marido tuvo que formalizarse porque ella insistia mucho y hasta lloró al convenir en que se le pondria otro nombre. Mis demás hijos han ido á bailar al molino que llaman del Valle. Son jóvenes..., natural es que se diviertan. Pero decidme, mi querida señorita, decidme algo de lo que os ha sucedido en todo el tiempo que no nos hemos visto. A este rincon de mundo apenas llegan noticias...

Amanda refirió con mucha brevedad á su nodriza lo que mas podia satisfacer su curiosidad, y al tener que tratar de su hermano sólo le dijo que estaba bueno.

Iba á dar fin á su historia cuando volvieron los que estaban en el baile, que en efecto se alegraron mucho de ver á Amanda.

Uno de ellos fué corriendo á avisar á Elena, y se presentó esta con su hija y su marido, y con sus vehementes caricias demostró cuán sinceramente amaba á la desdichada hija del bravo Fitzalan.

CAPITULO LXX.

La familia de la nodriza.

Los festejos de toda la familia regocijaron mucho á Amanda.

Elena se volvia loca de contento al ver las caricias que su querida señorita hacia á su hija y la cortesía con que hablaba á su rústico marido.

Si Amanda hubiese padecido menos, aquellos preciosos momentos habrian llenado su corazon de inextinguible alegría.

Sacó de sus lios una porcion de objetos y los distribuyó entre toda aquella buena gente, después de lo cual manifestó tímidamente no deseos, sino necesidad de descansar un rato.

La nodriza se levantó en seguida y encargó á Elena que arreglase un aposento para Amanda, exigiendo de esta que probase entre tanto su queso y su cerveza.

Amanda lo hizo así encareciendo de todo corazon lo sa-

broso de aquel obsequio, porque en efecto, la buena voluntad con que se le ofrecia se lo hizo grato sobremanera.

Despues de aquel frugal refrigerio todos le desearon buen descanso y la acompañaron hasta la puerta de su cuarto con sinceras muestras de cariño.

El aposento era el mismo que ya anteriormente habia ocupado, y allí todos los objetos le trajeron á la memoria á Mortimer y sus desgraciados amores.

Allí estaba la cajita de libros que Mortimer le remitiera.

Instintivamente posó la mano sobre uno de aquellos volúmenes, y al cabo de breves momentos no pudo resistir á la tentacion de hojearlo.

En las primeras páginas que se ofrecieron á su vista vió una porcion de frases y períodos enteros subrayados por Mortimer en aquella época en que deseaba expresar indirectamente el estado de su ánimo y los apasionados afectos que su nueva amiga le inspiraba.

¡Qué de memorias se renovaron en ella al aspecto de aquellas elocuentes líneas trazadas por una mano insegura!

¡Qué de tristes comparaciones hizo entre las esperanzas del tiempo que no habian de volver y los desengaños del tiempo presente y los dolores de lo futuro!

Resolvió cerrar el libro, y en vez de dejar que penetrase la flaqueza en su corazon, acordarse únicamente del cumplimiento de su deber y de la felicidad que le estaba reservada junto á su hermano; pero lo acordó cuando ya casi habia trascurrido la noche.

Al dia siguiente, despues de un sueño ligero y turbado mas de una vez por las imágenes de lo que afectaba su

corazon, se levantó temprano y se halló al momento rodeada de toda la familia.

Elena estaba tambien allí.

Al comenzar el desayuno se presentó á sus ojos el simpático Eduardo.

Mostróse este como un dulce y cariñoso amigo de la hija de Fitzalan y sin pretension alguna á ser su amante, lo cual le hizo doblemente agradable á esta.

Despues del desayuno Amanda acompañó á Elena á su casa, situada en lugar muy pintoresco.

El órden y la limpieza de aquella mansion eran admirables.

Amanda distinguió desde una ventana el palacio de Tudor y suspiró recordando nuevamente los castos placeres, las dulces esperanzas que habia gozado en los sitios que desde aquel punto se descubrian.

A su vuelta á casa de la nodriza y despues de un breve descanso no pudo resistir al deseo de recorrer nuevamente el parque, testigo en otro tiempo de sus soñadas venturas, y se encaminó á lo mas sombrío y melancólico de las arboledas por ser lo que mas bien parecia avenirse con el estado de su ánimo y aun con su naturaleza misma.

Segun iba penetrando por aquellas sendas que le eran tan conocidas, se renovaban con mas fuerza en su pecho los sentimientos que la memoria de sus perdidos amores despertaba en ella.

¡Oh con cuán elocuentes voces le decian árboles y flores la diferencia que habia entre los pasados tiempos de plácidos coloquios con Mortimer y la soledad y el silencio de aquellos instantes, precursores de una vida sin amor!

Enternecióse tristemente pensando en su amado que viviria tambien víctima de una desdicha que ni uno ni otro habian merecido, y volvió á sentir por él el puro afecto que en los momentos de mayor entusiasmo le habia hecho experimentar.

Detúvose de pronto como horrorizada de sí misma, y juntando las manos, exclamó en voz baja con lágrimas en los ojos:

—¡Oh triste, insensata de mí! ¿A dónde me llevan mis imaginaciones? Olvida, mísera Amanda, olvida todo lo que te hace recordar estos sitios: así lo has jurado, y si jurado no lo hubieras, serias igualmente culpable. Mortimer va á ser esposo de otra: ya le pertenece como si el cielo les hubiese unido con lazos indisolubles, eternos. Huye de estos sitios donde las brisas, los ecos, las sombras conspiran contra tu fortaleza y tus deberes y consuma el sacrificio que el amor mismo mismo te impuso.

Lanzó una lánguida mirada á su alrededor como de última despedida, y buscó la salida, atravesando para acortar el camino la parte mas frondosa y sombría.

El viento de la tarde meneaba suavemente las copas de los corpulentos árboles produciendo un susurro melancólico realzado por el rumor de las aguas corrientes y por el sonido de un arpa, que desde lejos llegaba á sus oidos, y sin duda partia de alguna pobre casa de aquellas cercanías.

El vivo deseo de salir pronto del parque y no alarmar á la familia de la nodriza la obligó á apretar el paso, y apenas llegaba á la avenida principal se encontró con el padre de Elena que habia salido en su busca.

La nodriza, que tanto la amaba, la miró con mucha atencion así que la vió de regreso, y le encargó con tono sentido y afectuoso que no diese paseos demasiado largos si no queria fatigarse en vez de recobrar salud y fuerzas con un moderado ejercicio.

La piadosa Amanda visitó tambien la sepultura de su madre, donde vertió lágrimas purísimas, y recordando sus padecimientos se acusó á sí misma de débil porque con tanta facilidad se dejaba vencer por el sentimiento de sus amores.

Así era Amanda: no satisfecha con llevar su abnegacion al mas alto grado renunciando á las esperanzas de una ventura á que tanto derecho tenia, imaginaba que con arrostrar todas las consecuencias no era ninguno el mérito de su accion si no iba acompañada del estoicismo heroico, imposible en una naturaleza femenil, tan tierna y delicada como la suya.

Para penetrarse mas y mas de energía concentró el pensamiento en su madre; en lo que merecia la memoria de aquella santa mujer que por sus hijos habia sido capaz de llorar arrodillada á los piés de su mayor enemiga, y le pidió perdon de sus vacilaciones y flaqueza.

—¡Oh madre mia! dijo, yo me resignaré por tu amor á la triste suerte que me ha cabido. Tristes fueron en la tierra tus destinos, tristes fueron los de tu amado esposo y vosotros os inclinasteis sin murmurar á las voluntades del cielo: así prometo yo hacerlo por vuestra santa memoria. Resignada tambien, soportará la existencia por vosotros y por su hermano la infeliz Amanda, y ojalá que en el seno del Eterno pueda hacer asomar una sonrisa á vuestros labios

la conducta de aquella hija por cuya felicidad tanto padecisteis en la tierra.

Desde aquel momento firme en su propósito procuró hacerse superior á los movimientos de amor á Mortimer que afectaban su corazon; y su nodriza misma, aunque nada le preguntaba, conoció que su vida no era tan tranquila y serena como pudiera creer quien no la observase con el interés que á ella le inspiraba.

Ocho dias trascurrieran desde su llegada á la aldea cuando recibió una carta de su querido hermano.

Decíale Oscar en ella que muy en breve le seria lícito pasar á Escocia.

La certeza de que Oscar estaba bueno le comunicó cierta calma y puso su ánimo en disposicion mas grata.

Se habia llevado consigo todo lo necesario para continuar dedicándose á la pintura, y rogó á su nodriza que fuese á preguntar al palacio de Tudor si le seria permitido tomar vistas desde el salon de música, que era lugar cómodo y recogido, donde podria dejar sus telas y pinceles sin necesidad de ir y venir diariamente con ellos.

La nodriza que no deseaba sino ocasiones de mostrar á Amanda su buena voluntad, desempeñó solícita su comision y volvió diciendo que la administradora de Tudor le habia dicho que podia disponer del salon como de su propia casa.

Acudió Amanda á aprovecharse del permiso; pero mucho le costó vencer la influencia que aquellos sitios ejercian sobre ella, por mas que no pudiera acusársela de falta de voluntad en dominarse.

Buscaba con el lápiz en la mano las grandes masas de

aquellas pintorescas arboledas para trasladar al lienzo sus efectos; pero de repente se le llenaban los ojos de lágrimas y se escapaban suspiros de su pecho.

Su tenacidad y la solemne promesa hecha al conde y el juramento hecho á su madre le dieron fuerzas, y poco á poco fué venciendo aquel secreto poder que tan fácilmente conmovia su corazon y le hacia olvidar de todo para ocupar su memoria con un objeto solo.

Cada dia iba mas resuelta á llegar á aquel grado de heroismo que la habia de hacer fuerte para el resto de su vida, y si no su corazon, su mente á lo menos parecia secundarla.

Al cabo de tres semanas de esta continua batalla recibió otra carta de Oscar.

Su hermano se hallaba ya en Escocia, lo cual hizo estremecer de gozo y esperanza el corazon de aquella atribulada criatura.

Imaginó que cuanto mas cerca estuviese de aquel hermano querido, mayor seria la fortaleza de su ánimo y siguió leyendo con grande animacion.

La carta de Oscar decia que sus gestiones habian sido coronadas con el éxito mas feliz, sin haber tenido que luchar con oposicion alguna.

Reconocido por auténtico y legal el testamento del conde de Murley, nadie habia pensado en disputarle su justo derecho, y los señores todos de aquellas cercanías se habian apresurado ya á saludarle como legítimo heredero del condado y las tierras anexas á su título.

Excusábase con la premura del tiempo y sus muchas obligaciones que no le consentian explicarle todos los por-

menores del suceso; pero añadia que todo lo demás importaba poco, pudiéndole comunicar como lo hacia la noticia de que lo principal se habia logrado.

«Voy á pasar á Londres con nuestro amigo Carlos Bin-«gley, decia un párrafo de la carta: es un caballero en toda «la extension de la palabra, en quien ni la cortesía ni los «buenos sentimientos se ven desmentidos nunca. Una vez «en la capital aprovecharé el tiempo que aun tenga que «pasar ausente de tu lado, prepararé mis asuntos cual con-«viene á nuestra nueva posicion en la sociedad, y me haré «reconocer el título de conde de Murley, no por la vanidad «de ostentarlo, sino por cumplir con la voluntad de nuestro «abuelo.»

La carta terminaba manifestando Oscar el ardiente deseo de volver cuanto antes á reunirse con su hermana, á cuyo lado esperaba encontrar la paz del corazon que pudiera gozar en la tierra y el consuelo que á todas horas le prometia el afecto de Amanda.

Mucho se alegró esta con la lectura de aquellas breves líneas; pero poco á poco se fué borrando la alegría de su semblante.

El porvenir mas grato para ella habria sido el que los sucesos la preparaban, si lo hubiese podido gozar en compañía de Mortimer ó á lo menos al lado de su querido padre.

La fortuna llegaba tarde para que Amanda pudiese resistirla con franca sonrisa.

¡Si una pequeña parte de aquellos bienes se hubiese hallado en poder suyo antes de sucumbir el bravo Fitzalan al rigor de la pobreza!

¡Si á lo menos en sus últimos dias hubiese podido disponer de lo estrictamente necesario para no verse caido bajo la persecucion del bárbaro Belgrave...!

No podia llevar Amanda á ningun lado el pensamiento, donde no viese motivos de dicha.

Al fin pensó tambien en su amante...

Pensó que la toma de posesion de aquellos bienes por su hermano entristeceria á Mortimer, pues iban á ser arrancados al dominio de la familia Rosline con la cual iba él á enlazarse, y que sin remedio habian de ser Augusta y su esposo objeto de mordaces críticas al saberse que habian gozado indebidamente de lo que no les pertenecia.

Suspiró lamentándose de que indirectamente pudiese ella ser causa de disgusto para quien habia sido su amante, y volvió á leer la carta para no pensar mas que en la dicha de Oscar.

CAPITULO LXXI.

Fallecimiento de lord Rosven.

Desde aquel momento empezó á pensar Amanda en que poco tiempo le quedaba que permanecer en casa de su nodriza, pues una vez hubiese despachado Oscar definitivamente todos sus negocios, tendria que dejar la aldea quizás para siempre.

Con estos pensamientos se propuso trabajar con afan por dejar concluidas todas las pinturas que habia empezado, y á esta tarea dedicaba casi todas las horas de buena luz.

Deseaba ciertamente reunirse con su hermano; pero el sentimiento mas triste penetraba en su corazon cada vez que al poner los piés en el palacio de Tudor la asaltaba la idea de si seria aquella la última visita que haria á aquellos lugares.

Cierto dia por la mañana iba Amanda á salir para en-

tregarse á sus acostumbradas tareas, cuando vió venir de fuera de casa á su nodriza con una particular expresion en el semblante.

—¿Qué ocurre, nodriza? le preguntó Amanda, saliendo á su encuentro.

—¿Qué ha de ocurrir? replicó aquella: que se cansa una de vivir y no de ver cosas nuevas. Yo no sé cómo va á acabar el mundo, porque cada dia son mas extraños los casos que suceden.

—¿Pero qué sucede al fin?

—Sucede que esta mañana me ha enviado á llamar la señora administradora del palacio de Tudor, lo cual ya me ha extrañado mucho.

—Proseguid.

—¿Pero qué tiene eso de notable comparado con el motivo que ha tenido para llamarme?

—Quisiera, querida nodriza, que fuerais mas explícita; porque os aseguro que estoy impaciente por saber...

—Lo creo, hija mia, lo creo. Es natural vuestra impaciencia y no extrañaria que tuvieseis igual curiosidad; porque... vamos, aunque discurrieseis un año no habiais de adivinar el suceso...

—Por lo mismo tengo mayor deseo de que me entereis sin rodeos de lo sucedido. Adivinarlo yo no es posible: conque hablad vos.

La nodriza fijó los ojos en Amanda, y en vez de satisfacer su impaciente curiosidad le preguntó:

—Estais pálida, hija mia. ¿Os habeis desayunado?

—Sin duda.

—¿Habeis tenido alguna desazon?

—No por cierto.

—Pues eso es que os acostais demasiado tarde ó pensais demasiado en cosas tristes. ¡Dios mio! Yo habria tomado una excelente torta con té verde; pero el diantre de esa buena señora me ha puesto el cuerpo de modo que...

—Pero acabad por Dios, querida nodriza: ¿qué os ha dicho esa buena señora?

—Nada menos, hija mia, sino que segun se ha sabido por un expreso llegado de Londres, ayer noche ha muerto el conde de Rosven.

—¡Qué escucho!

—La verdad, Amanda, la verdad; lord Rosven ha muerto, y no es esto sólo, sino que el procurador suyo ha llegado á Tudor con órden de pagar y despedir á todos los criados y disponer las cosas de manera que esta magnífica posesion pase á poder de otro dueño.

—Será cierto, Dios mio!

—¡Vaya si lo es! Yo misma he visto llorar á esa pobre gente que ha envejecido en la casa y pensaba acabar en ella sus dias y tiene tan gran sentimiento como si fueran ellos los dueños. Cierto que no quedarán en el desamparo, pues su porvenir queda asegurado, merced á la prevision y á la delicadeza de lord Mortimer; pero á pesar de todo lloraban, hija mia, lloraban. La pobre señora al darme la noticia soltaba tambien unos lagrimones... Figuraos que no tiene á nadie en el mundo y, como ella decia muy bien, ha llegado á querer hasta las paredes de la casa, hasta las telarañas. De buena gana me ha dicho que se habria venido á vivir aquí; pero no quiere estar en sitio desde donde se descubra el palacio de Tudor.

—¡Oh desdicha! exclamó Amanda pensando en Mortimer.

—¡Oh sí, desdicha grande! replicó la nodriza. Si á lo menos esa pobre mujer tuviese hermanos, hijos..., pero no tiene á nadie, á nadie en el mundo.

Amanda comenzó á discurrir sobre la muerte del conde de Rosven y la precipitada venta del palacio.

Estuvo tentada de preguntar á la nodriza si habia oido decir algo sobre el casamiento de Mortimer; mas no se decidió á hacerlo, tanto por cortedad, como porque creyó que en caso de saber ella algo, ya lo habria dicho.

—¡Muerto el conde de Rosven! dijo para sí. Él era el único que sabia la causa de no haber aceptado la mano de su hijo. ¿Quién me justificará ahora á sus ojos? Pero ¿qué necesidad tengo de justificarme ante él? ¿No va á ser esposo de otra? Estamos separados para siempre... y podrán ocurrir sucesos que trastornen todo lo del mundo; pero no que vuelvan á unir nuestros destinos! Lo mejor que puedo pedir al cielo es que él haya dejado de amarme. Cuanto menor sea el aprecio que me tenga, menos doloroso le será nuestra separacion eterna.

Amanda no acertaba á explicarse el motivo que hubiese podido inducir á Mortimer á la venta de aquel palacio que en tanto habia estimado, y malició si seria por ceder á algun capricho de Eufrasia, quien podia haber llegado á saber que en aquel recinto habia comenzado á palpitar por ella el corazon del que iba á ser su esposo.

Estaba dando la última mano á un paisaje, y temiendo que no se precipitaran los acontecimientos de modo que no la dejaran tiempo para concluirlo, se dirigió al palacio de Tudor con ánimo de ponerse á trabajar en seguida.

Melancólicamente contempló la reproduccion de aquel sitio donde habia oido de labios de un amante las mas tiernas promesas, y despues de dibujar en la tela su propia figura, borroneó al lado la figura de lord Mortimer.

Movíase su mano al impulso no mas del tierno afecto que jamás habia logrado borrar del corazon, y contemplaba su propia obra con un sentimiento inexplicable.

Otra vez asaltó su imaginacion la idea de que debia considerar á Mortimer como esposo de otra, y levantó la mano en ademan de borrar la figura que acababa de dibujar.

Entonces otro impulso le hizo suspender el movimiento, y entre tanto cayó de sus ojos una ardiente lágrima sobre la imágen de su amado.

Aquella lágrima, último recuerdo que podia consagrar á un cariño tan próximo á convertirse en delito á pesar de su pureza, borró algo del trabajo hecho por Amanda.

—¿Qué importa, exclamó ella, borrar la imágen del sér cuyos mas nobles rasgos están grabados profundamente en el corazon? De aquí podré hacer desaparecer en un momento los rasgos que le son propios; su persona podrá vivir muy alejada de la mia; pero ¿cuándo, cuándo dejará de tocarle mi rebelde pensamiento?

De repente oyó á sus espaldas un suspiro.

Volvióse azorada temiendo haber sido oida...

¡Cuál fué su sorpresa viendo en aquel mismo sitio á Mortimer!

El estupor no le permitió moverse ni articular una sola palabra.

Podia respirar apenas y temia prorumpir en sollozos.

Pálida, inmóvil permaneció largo tiempo creyendo que

una ilusion de sus sentidos acababa de reproducir ante ella la sombra de su antiguo amante, y con grande esfuerzo volvió á levantar tímidamente los ojos á aquel lado.

Pálido é inmóvil tambien Mortimer, con visibles señales de hondos padecimientos, parecia una estátua y se hallaba no menos confuso que Amanda.

Esta, vuelta en sí, recogió sólo parte de sus dibujos, porque la turbacion la dominaba, y con paso breve é inseguro se encaminó hácia la puerta.

Ya llegaba junto al umbral cuando á un leve movimiento de Mortimer hácia ella, se detuvo sin saber á qué fuerza obedecia.

La fisonomía de Mortimer respiraba la mayor bondad, la mas suave dulzura, y con melancólico acento le dijo:

—¿Así os vais, señorita Fitzalan, sin que os merezca un saludo?

Amanda quiso responder; pero no le fué posible.

Lágrimas y no palabras podrian expresar lo que en su interior pasaba, y las elocuentes lágrimas brotaron de sus ojos.

En aquel primer momento no vió en Mortimer á su amante sino á un huérfano desgraciado.

En aquella situacion se escapó un sollozo del pecho de su amigo, y conmovida hasta lo sumo, hubo de dejarse caer en una silla porque no podia sostenerse de pié.

Mortimer que se habia acercado á una ventana para ocultar su dolor se volvió á Amanda, y con trémulo acento dijo:

—Mil veces he deseado volveros á ver y me ha faltado resolucion para suplicaros que me oyeseis. Esta mañana

vine á este sitio que tan gratos recuerdos encierra para mí, sólo para dar el postrer adios á estas mudas, insensibles paredes..., y doy gracias al cielo que me concede esta ocasion que yo no he sido capaz de proporcionarme. Si yo pudiera, señorita Fitzalan, expresaros fielmente mi dolor, mis remordimientos, por la conducta que me han obligado á seguir los engaños de que he sido víctima, no dudo que vuestro corazon angélico me perdonaria...; pero soy tan desgraciado, es tan contradictoria la situacion en que el destino me coloca, que vuestro perdon en vez de consolarme seria causa de mayor desconsuelo para mí; porque me haria mas dolorosa, si es posible, nuestra separacion eterna.

Amanda nada respondia.

A una mirada interrogativa de Mortimer sintió deseos de preguntarle si su padre antes de morir le habia revelado el secreto que entre los dos tenian encubierto; pero el respeto á la memoria del muerto y á su propio juramento sellaron otra vez sus labios.

—¿No teneis vos necesidad, señorita Fitzalan, preguntó él, de librar á vuestro corazon de un peso enorme? ¿No sabeis vos una palabra pronunciada delante de mi padre que puede no sólo justificaros sino enalteceros sobre todas las demas mujeres?

Amanda hizo con la cabeza una señal negativa.

—¡Oh, yo la sé! exclamó Mortimer. Yo sé vuestro secreto, vuestra abnegacion, vuestro martirio..., ¡y en qué circunstancias y por quién ha debido serme revelado asunto de tanta importancia! ¡Mi padre mismo, Amanda! ¡mi padre que ya no existe me descubrió vuestro generoso sacrificio, el sacrificio de vuestra felicidad...!

—¿Es cierto lo que me decís? preguntó Amanda no pudiendo resistir mas. ¿Es cierto que vuestro padre...

—¡Sí! El conde de Rosven proclamó que vos erais la criatura mas excelente de la tierra, el corazon mas sano y entero, y al mismo tiempo nos hizo conocer que erais tambien la criatura mas cruelmente tratada; que donde quiera que habeis sembrado amores habeis recogido ódios; que en cambio de sacrificios os han pagado con ingratitudes, y que por poder amar honestamente habeis consentido en ser aborrecida. ¡Ay de mí, Amanda, que el descubrimiento de ese secreto llegó tarde para la ventura de entrambos!

Amanda dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Mortimer que habia clavado los ojos en el suelo se volvió á ella diciendo:

—¡Llorais! ¡llorais y soy yo la causa de vuestro llanto...! ¿Qué significan estas lágrimas, Amanda? ¿Son acaso muestra de un sentimiento que deba sembrar en mi pecho la desesperacion? Si me aborrecierais... Yo no sé, temo estar delirando; pero si fuerais capaz de gozar en el ódio, desearia que vuestro pecho lo respirase contra mí que he sido capaz de desconocer el tesoro de bondades que vuestro corazon encierra!

Amanda se estremeció al oir las últimas palabras de Mortimer.

Temió que el amor que le profesaba se desbordase de su pecho, y levantándose, dijo con el tono mas seguro que le permitieron sus escasas fuerzas:

—Milord, yo soy aquella Amanda misma á quien en otro tiempo conocisteis y honrasteis en estos sitios; pero

no seria la que fuí si permaneciese un momento mas escuchando á quien parece haber olvidado su posicion y la mia. Los sentimientos de mi padre, incapaz de odiar, son los mios...

—Perdonad si he venido á amargar vuestros dolores con recuerdos que yo mismo... No era mi intento enojaros, sino daros á conocer unos sentimientos, unos afectos que ya no sé cómo expresar, despues que las vicisitudes de nuestra vida me han hecho aparecer quizá como un monstruo á vuestros ojos. Yo no he merecido nunca que me aborrecierais, Amanda, y mi corazon, aun en este momento...

Amanda le interrumpió extendiendo la mano, y se encaminó lentamente y con dignidad á la puerta.

Mortimer la veia alejarse; temia ver llegado el instante en que desapareciese de su vista, y no pudiendo su corazon consentir en aquella repentina separacion, volvió á ponerse delante de ella exclamando:

—Por lo mas sagrado os ruego que á mi tristeza, á mi afliccion que han de ser eternas, no querais añadir vuestro enojo. Ya que el inexorable destino se empeña en alejarnos, sea nuestra separacion como la de dos séres que conservan el uno para el otro sentimientos benévolos. Si yo pudiera pediros el perdon que de vos necesito sin recordaros las desgracias que he atraido sobre vuestra frente, os lo demandaria de rodillas; porque, creedlo, sólo un error que habria cegado al hombre mas bondadoso y perspicaz ha podido hacerme cruel é impío con vos á quien tanto he amado; á quien todavía... ¡Oh Amanda; pronuncien vuestros labios la palabra anhelada; decid que me perdonais!

—¿De qué he de perdonaros, le interrumpió Amanda entre lágrimas, si no me habeis ofendido? ¿Por qué hablais en términos semejantes á la mujer cuyo corazon deberia seros tan conocido? Yo me ví sin arrimo en el mundo y vos me amparasteis; yo no podia contar con un amigo y descansé en vuestra amistad; yo tenia el corazon amargado y vos derramasteis en él el bálsamo del consuelo. Llegasteis á considerarme indigna de llevar vuestro nombre y de ser amada de vos, merced á engañosos artificios y cautelas de gente enemiga mia, y á pesar de eso vuestra solicitud me siguió á todas partes, y mas de una vez debí á vuestros afectuosos cuidados el encontrar llano y fácil el camino de mi triste existencia. No me supongais capaz, oh milord, de dar al olvido semejantes beneficios; al contrario, debeis creer que no se ha borrado ni se borrará nunca de mi pecho el agradecimiento que os debo y que jamás dejaré de consagraros aquel afecto... profundo, afectuoso, vivo... á que teneis derecho, dentro de los límites en que las leyes del decoro me lo permitan.

Si Amanda se hubiese dejado llevar de los impulsos de la pasion, en aquel momento mismo habria dejado comprender al desconsolado lord que le amaba todavía; pero tenia tanta firmeza en los principios del honor, estaba tan segura sobre aquellas sólidas bases en que descansa el decoro de su sexo, que no añadió una palabra mas á lo que habia dicho para sincerarse de agradecida.

Mortimer exhaló un gemido viendo que Amanda se encerraba en aquel círculo impenetrable, cerrándole todo paso á la esperanza de ser amado.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó, hasta ahora no he lle-

gado á comprender bien que os he perdido para siempre, Amanda, y ahora acabo tambien de comprender que con vos pierde mi vida todo atractivo. ¡Sois vos la que se muestra agradecida; vos quien hace votos por mi felicidad despues que he destruido la vuestra! ¡Votos y afectos y esperanzas inútiles! ¡Quién me dijera que estos sitios mismos habian de vernos en situacion semejante! ¿Os acordais, Amanda, os acordais? Estos sitios, estas horas han sido para nosotros felices; á cada brisa de primavera florecia un capullo de nuestros amores... ¿qué será de mí en las primaveras que han de venir...? Para otros serán las dulces risas, los tiernos afectos, la sombra de estas paredes, y el ambiente que perfumó vuestro hálito para otros tambien. Arrojado de la morada de mis mayores y de vuestro corazon, ¿dónde podré hallar reposo?

Los sentidos lamentos de Mortimer penetraron el corazon de Amanda, que al pensar en la desgracia que sobre él pesaba, palideció, sintió faltarle las fuerzas y habria caido al suelo si no hubiese corrido él á sostenerla.

No pudo ella, por mas que lo quiso con toda su voluntad, desprenderse de aquellos amorosos lazos, y al dejar caer la cabeza sobre el pecho y sentir los latidos del corazon del lord, se turbó el suyo de manera que estuvo un breve instante privada de conocimiento.

Volvió á abrir los ojos con rubor del estado en que se hallaba, y desasiéndose suave, pero resueltamente de los brazos de Mortimer, dijo:

—Es preciso, milord, separarnos para siempre y ha de ser ahora mismo.

La decision de su tono alarmó á Mortimer que se apresuró á replicarle:

—Afirmadme á lo menos que no me negareis un lugar en vuestra memoria; aseguradme que la dicha que os aguarda no será para mí el olvido completo; sepa yo á lo menos que queda en el mundo una persona que, aunque ineficaces, hace votos por mi felicidad. Mi vida será en adelante el desconsuelo, el aislamiento, la soledad en medio del bullicioso mundo; si no quereis que semejante existencia acabe en la desesperacion, prometedme que de lejos me amparará vuestra memoria.

—No es posible, milord, que os aisleis en la soledad. Vuestra palabra empeñada os impone deberes... que como caballero estais obligado á cumplir; vuestro nacimiento os impone tambien grandes obligaciones... ¡Cómo! ¿Os habiais de hacer indigno del concepto que os han granjeado vuestras virtudes, ahora que alcanzais la plenitud de la vida? No: estais comprometido á uniros con lazos indisolubles á una mujer que ha fundado todas sus esperanzas en vuestro afecto y vuestra proteccion. Yo espero que continuareis siendo ejemplo de virtudes y que ni vuestros amigos ni vuestra nueva familia...

—¡No, no hay ya familia para mí!

—Lord Rosven os mira desde el cielo, milord, y espera desde allí, como esperó en la tierra, que seais el dulce compañero... de Eufrasia.

—Eufrasia... no la nombreis.

—Sólo para mostraros que no ignoro vuestros deberes, he puesto en mis labios el nombre de vuestra esposa.

—¡Mi esposa decís...!

—Sí.

—¡Nunca, nunca! gritó Mortimer.

—Caballero, dijo Amanda, he permanecido aquí mas tiempo del que debia, y esas palabras que acabais de pronunciar me advierten muy cuerdamente que he prolongado indiscretamente mi permanencia en este sitio. Delante de mí, nó debeis pronunciar nada que no pueda oir la que ha de llevar vuestro apellido.

—¡Qué escucho! dijo Mortimer. Vos ignorais sin duda... vuestro lenguaje me hace presumir que no estais enterada de lo que ha ocurrido entre la familia de Eufrasia...

—Nada sé.

—Y por eso suponiais que mi enlace con Eufrasia...

—¿Por ventura se ha efectuado ya?

—No, ni se efectuará, gracias al cielo.

—¿Qué decís?

—¡La verdad, Amanda, la verdad! No soy, no seré su esposo, y para ello no tendré que romper compromiso alguno.

Amanda le escuchaba atónita.

Él estudiaba en su fisonomía el efecto que iban produciendo sus palabras, y se convenció con cierto gozo de que su Amanda ignoraba por completo los sucesos á que se referia.

CAPITULO LXXII.

Explicacion.

Amanda no sólo dió á conocer claramente que habia estado ignorando por completo aquel cambio, sino que no pudo ocultar la ansiedad en que se hallaba por enterarse de lo que de tal manera excitaba los sentimientos de Mortimer.

En aquel estado se le escaparon estas palabras, á modo de reflexion que se dirigia á sí misma:

—¡Conque... es cierto! ¡No sereis esposo de Eufrasia...!

—No, repitió él: en este punto la suerte se ha mostrado piadosa conmigo, sin duda por haber previsto el cielo que mi corazon no podria ratificar el juramento que se me obligaba á prestar ante Dios, al pié de sus altares. Enemiga vuestra fué, y la Providencia habria sido injusta si me hubiese forzado á tratarla como amiga á mí que os amaba, ¡que os amo!

—¡Cielo! ¡dice que me ama! exclamó ella.

—Sí, contestó él cogiéndola de las manos, y en medio de mis engaños, errores y delirios, no he dejado de amaros. ¡Y vos me creiais próximo á formar unos lazos que siempre mi corazon ha aborrecido...

—Os creia ajeno...

—Y por esta causa me hablabais con tanta severidad... Decidme á lo menos que esa era la causa única de que me mostraseis duro el bello semblante.

—Sí... esa era la única...

—¡Dios mio! Llorais y no es de pena; no: yo lo leo en vuestro divino rostro; llorais y vuestras lágrimas penetran de dulces esperanzas mi corazon. ¡Amanda, por piedad, yo os he descubierto mi pecho: decidme vos qué significan esa agitacion y ese llanto!

—¿Por qué quereis obligarme á decirlo de palabra? dijo Amanda abandonándose á la ternura de sus sentimientos; ¿qué ha de significar ese llanto, qué ha de significar la conmocion que experimento...? ¿No estais acostumbrado á leer en mi rostro los afectos de mi corazon? ¿No sabeis que en mi corazon habiais vivido siempre, y que si mi memoria quisiera olvidaros él no lo consentiria? ¡Oh dicha! Harta compensacion concede el cielo á todos mis pesares. Vos no habeis dejado de amarme... y yo no he dejado de ser digna de vuestro amor.

Mortimer enajenado de gozo hizo entrar á Amanda en la biblioteca, y sentándose á su lado le dijo:

—En estos momentos mi deber principal es enteraros de los acontecimientos que sobreponiéndose á la humana voluntad han dado un sesgo tan extraordinario á lo que cada uno de nosotros se proponia alcanzar.

Sabeis que me presenté en el convento de Santa Catalina y estabais ausente. No podria yo pintaros mi desesperacion al saber que habiais desaparecido; al leer vuestra carta... Aun ahora al recordarlo, creo que se me volveria á trastornar el juicio si pensara mucho en ello. Pasemos por alto aquel suceso. Volví á Inglaterra; expliqué á mi padre y á mi tia la triste causa de volver á su presencia solo y no con vos que erais tan deseada, y les supliqué á todos que en la vida volviesen á hablarme de tan lamentable suceso. ¡Si supierais lo que padecí...! Ya no veia dicha posible en la tierra, y se apoderó de mí una tristeza que hasta entonces no habia experimentado nunca. Perdonádmelo, pero no seria leal con vos, Amanda, si no os confesase que durante aquel tiempo os acusé mil veces de haberme robado la paz del corazon.

Mi padre me dejó por algun tiempo entregado al dolor, esperando que á fuerza de considerar bien cuál era mi estado, y libre de las primeras impresiones se calmaria mi afan, vendria la razon en mi auxilio y triunfaria de aquellas violentas pasiones.

Un dia se presentó á mí, me habló muy gravemente y me insinuó sus deseos de verme casado con Eufrasia. Díjome en aquella ocasion que si no os creia digna de mi amor, estaba dando muestras de insensato consumiéndome en vano por quien me habia dado motivo para tan justas quejas.

—Hijo mio, me dijo mi padre al terminar la série de sus observaciones: no es decoroso para tí que por una causa innoble malogres de este modo tu existencia. La sociedad tiene derecho á exigir algo mas de tí. Tu familia tiene de-

rechos que no puedes negarte á cumplir: es hora ya de que realices las esperanzas que fundamos en las buenas cualidades que tu primera mocedad nos hizo concebir.

Lord Mortimer siguió refiriendo á Amanda el curso de aquellos sucesos; pero como tenia una parte tan personal en ellos y la pasion le obligaba á referir las cosas de cierto modo especial, el lector nos permitirá que reproduzcamos la escena con su padre y otras con ciertos pormenores que no podian menos de escaparse al enamorado y triste mancebo.

El hecho es que el lenguaje de su padre produjo en él mucho efecto, porque le hirió en su dignidad y su amor propio.

El conde lo comprendió así y auguró muy bien de la disposicion de ánimo en que habia puesto á su hijo.

—Fio en tu buen criterio, dijo el conde de Rosven á Mortimer; pero á donde tu buen criterio no llegue, debe llegar tu estimacion. Piensa que eres el representante de una de las primeras casas de Inglaterra y que nadie debe verte, ni tú mismo, esclavo de una pasion que no puedes confesar sin desdoro. Espero que al cabo de mis años no me condenarás al doloroso espectáculo de verte víctima de la debilidad, uncido á un yugo deshonroso, y hecho ludibrio de las gentes un nombre respetable que tú mas que nadie debe honrar, supuesto que tú le llevas sin haberle hecho ilustre.

Mortimer quedó solo y convino en que realmente debia hacer un esfuerzo que le sobrepusiera á su vergonzoso afecto.

Compadecia á su padre y le admiraba por la templanza

con que procedia al poner ante sus ojos la culpable debilidad de que estaba dando muestras.

El conde por su parte, considerando que sólo él era el culpable de la desgracia de su hijo, se sentia acosado por los remordimientos y cubria con ambas manos los llorosos ojos sintiendo en su frente el rubor mas ofensivo.

Habia sacrificado á Amanda, y estaba seguro de que la desgraciada criatura, llena de bondad, llevaria á cabo su heroico sacrificio, pero no bastaba una sola víctima para salvarle; tenia que exigir el sacrificio de Mortimer á fin de que el de Amanda no fuese estéril, siendo tan costoso.

Horrorizábase ante la idea de privar para siempre de felicidad á aquellos dos séres que eran dignos de la mejor suerte; pero el tiempo avanzaba, su honor estaba comprometido y el peligro de su situacion se iba haciendo mas amenazador de dia en dia.

Faltábale el reposo, acosábanle los temores, y no podia con la vida mientras no adquiriese la certeza de que en el momento crítico no le habian de faltar los medios necesarios para salvar el honor de su nombre.

—Mortimer, dijo un dia á su hijo, estoy siendo testigo de tus continuos esfuerzos para mostrar la superioridad del espíritu humano sobre las pasajeras flaquezas de que suele adolecer á causa de sus pasiones, y lo digo con orgullo, creo que tus antepasados los muertos condes de Rosven pueden dormir tranquilos en sus tumbas.

Alargóle la mano, así diciendo, y Mortimer se la estrechó contestando tristemente:

—Gracias, padre mio.

—Mas para que nuestra satisfaccion sea completa y

desaparezca todo asomo de duda acerca de las varoniles cualidades que deben ser indispensables en nuestra raza, es necesario que cuanto antes dés la prueba concluyente de tu energía.

—Estoy á vuestras órdenes. Indicadme lo que debo hacer.

—Para afirmar que eres tan hombre para mandar en tus pasiones como para obedecer á la razon, es necesario que me complazcas realizando la idea que tanto tiempo halagué; que tú habias comenzado á secundar y que despues por un error abandonaste.

—Os escucho. Qué idea...

—Tú sabes mis relaciones con el marqués de Rosline y la conveniencia de unir nuestras dos casas. Eufrasia...

—Os suplico, padre mio, que no prosigais. Mientras ha vivido el amor en mi corazon, vos sabeis á quién se lo he consagrado; si algun dia mi amor renace, aun temo que renacerá para ella: entre tanto el amor ha desaparecido de mi sér. Yo no puedo llevar á los altares á Eufrasia para hacerla mi esposa, si en presencia de los hombres y de Dios ha de desmentir el corazon lo que profieran los labios.

—Hijo mio, lo que acabas de decir despierta en mí graves temores. La perpetuacion de mi raza, el lustre de mi nombre te están confiados. Se te ofrece una ocasion de probar que estás dispuesto al cumplimiento de tus graves deberes y tú la esquivas... ¿Serán falsas las apariencias á que yo he dado tan sincero crédito? ¿Tendré otra vez que llorar tus extravíos? ¿Volverás á caer en las redes de una aventurera...?

—No, padre mio, por mi honor os juro que no; mas por

mi reposo os ruego que no me hableis ahora de contraer nuevos lazos...

—El plazo que pides se irá prolongando; conozco tu intencion. Tu promesa, segun crees, me tranquilizará, y yo fiado en ella dejaré correr los postreros años de mi vida para que despues sean burladas mis necias esperanzas.

—No, padre mio: sólo os pido algun tiempo...

—A fin de que prosigas entregándote á las funestas memorias de tu malhadada pasion de que yo te creia vencedor y que aun te domina y te ciega, haciéndote olvidar quién eres, lo que te debes á tí mismo y lo que á mí me debes.

—Padre mio, replicó Mortimer; no os he engañado al deciros que el amor habia muerto en mi corazon. Soy demasiado orgulloso para que pueda amar á quien tan vilmente me ha burlado; pero me pedís que me case con Eufrasia, y se puede muy bien sentir repugnancia por una mujer sin que eso sea prueba de amar á otra.

—Acudes á razonamientos especiosos, Mortimer, para desorientarme, pero es en vano. Pides un plazo que á tí sin duda te parece que ha de ser breve; pero no cuentas con que los dias de mi vejez trascurren veloces y no puedo disponer de mis horas que están contadas. ¿Quieres que me vaya de este mundo sin estar bien persuadido de tu agradecimiento?

—No, padre mio, no; cesad por Dios de abrumarme...

—Poco mas tengo que decirte. Yo fuí complaciente contigo y cediendo á tus súplicas accedí á que te casaras con la hija de Fitzalan. Amanda entonces sólo nos traia la vulgar honradez de los plebeyos, y sin embargo consentí en un enlace que el cielo no ha permitido que se consumara.

Ahora te pido, por primera vez en mi vida, que me complazcas volviendo al mismo tiempo por tu honor, y tú sin embargo vacilas, dudas... Es lo que mas ardientemente he deseado en mi vida, y próximo al sepulcro, á pesar de que la satisfaccion depende sólo de tí...

—Padre mio, le interrumpió Mortimer enternecido por el sentimiento con que hablaba lord Rosven; si á lo menos me mandarais casarme con otra que Eufrasia...

—Yo no soy dueño de mis deseos ni tengo por qué rechazar los que no se oponen á la razon. Yo fuí quien hice las primeras insinuaciones á sus padres; yo les propuse el casamiento contando con tu docilidad.

—Yo puedo ser dócil para sufrirla; pero amarla... Ella fué la mas cruel enemiga de Amanda.

—¿No dices que desprecias á esa mujer?

—Pero Eufrasia la despreció y la odió antes de tener motivo para ello.

—Se dejaria llevar de un instinto superior al nuestro...

—Instinto de fiera...

—No, pues si la hubieras creido á ella te habrias ahorrado muchos disgustos. Tu corazon no está libre.

—Os aseguro que sí.

—Le ocupa el ódio á una jóven que ningun daño te ha hecho directamente y que está dispuesta á aceptarte por esposo. ¡Bello sentimiento el de ese ódio para ocupar el corazon de un representante de Inglaterra!

—Ni ódio á Eufrasia, dijo Mortimer, ni quisiera ocuparme de ella en mi vida; pero es cierto que podria odiarla si fuese ella la que me privase de libertad y exigiese de mí manifestaciones de un cariño que nunca he de profesarle.

—Sin embargo, esa jóven no ha cometido otra falta que dar indicios de la inclinacion que te tenia, al volverse contra la que consideraba como una rival.

—Eufrasia, replicó Mortimer con cierta irritacion, no ha sentido nunca inclinacion ni amistad á nadie. En la señorita Fitzalan no veia una rival, sino una criatura superior á ella en belleza.

—Siento que tan mal te parezca una persona que merece mis simpatías hasta el punto de recomendártela por esposa.

Levantóse el conde de Rosven, se dirigió á la puerta, y antes de desaparecer de la vista del desgraciado amante, añadió:

—No quiero creer que el cielo nos abandone en esta ocasion. Piensa en lo que debes á tu padre; piensa que ya no tiene que pedirte nada mas en la vida.

CAPITULO LXXIII.

Trastorno general.

Al salir de la habitacion lord Rosven, su hijo se dejó caer en un sofá, y exhalando hondos suspiros se cubrió el rostro con las manos.

Sentia tan viva repugnancia por Eufrasia, como deseos de obedecer á su padre, y en medio de sus dudas no encontraba mas que nuevas causas de lamentarse á cada idea que á su mente se presentaba.

Permaneció en su cuarto largo tiempo, pues en la soledad era menos infeliz que en presencia de las gentes; y cuando empezaba á calmarse su dolor, sintió pasos cerca de la puerta.

Incorporóse no queriendo que nadie y menos su padre le encontrara en aquella situacion, y vió acercarse á él la persona mas simpática que el cielo podia depararle en tan angustioso estado.

Su tia Marta con los brazos abiertos le dió á comprender

que iba á interrumpirle movida sólo de su nunca desmentido afecto.

—Hijo mio, le dijo; que hoy debo darte este dulce nombre; en esta casa reina la tristeza porque tú la has traido en el corazon.

—Oh sí. ¡Si supierais...!

—Lo sé todo.

—Sabeis la exigencia de mi padre...

—Tú la llamas exigencia...

—Señora, él sabe bien que en el corazon no se manda, y una y otra vez me estimula á que me case con la hija de los marqueses de Rosline.

—¡En el corazon no se manda, segun dices! Yo sé que á pesar de tu desobediencia, á pesar de lo que resistes á los deseos de un padre anciano, el corazon de ese padre será siempre bondadoso para tí. Mira, hijo mio: tu padre se halla en una situacion en que las personas de edad no pueden fiar. Desea verte cuanto antes satisfaciendo sus deseos y dando cumplimiento á un deber por él contraido; siente que la vida se escapa de su seno, y si se prolonga tu repugnancia, acaso un dia llores el haber dejado en su imaginacion la triste idea de que dió el sér á un desagradecido. De los deseos que formamos en nuestra primera edad, apenas conservamos recuerdo alguno; de los que nos agitan en el segundo período de la vida, suelen quedar huellas; pero los que formamos en la vejez nos acortan la existencia, nos llenan de angustias mientras no se realizan, y..., Mortimer, tu padre te ama de corazon.

—El cielo sabe que jamás lo he dudado.

—Tu padre ha envejecido mucho en poco tiempo.

—Con dolor lo he visto.

—Su decadencia es cada dia mas rápida, y tú tienes en tu mano contener los estragos del tiempo y de la tristeza. Te exige, dices tú, el sacrificio de tu corazon... no es eso; seamos juiciosos y francos: escúchame. Si has de ser mirado como hombre digno de consideracion y aprecio, es menester que puedas confesar que tu corazon está libre; que ya no palpita por aquella... que nos engañó á todos perdiéndose á sí misma. Te hallas en edad en que el hombre de bien debe tomar estado y tienes juicio bastante para que domines tus acciones.

—Pero, mi querida tia, ¿es prueba de poco juicio rechazar á Eufrasia?

—En tí lo es sin duda. Al casarte con ella no pienses que le dés tu corazon; piensa que se lo das á tu padre, de quien recibiste todo el ser. La idea de que por amor á tu padre haces ese casamiento que al principio quizá te parezca un sacrificio, te ayudará á vencer tu repugnancia: tú mismo, por el deseo de que este obsequio hecho á tu padre no encierre sino bellos pensamientos de paz, decoro y nobleza, procurarás mejorar el concepto que de Eufrasia tienes formado; procurarás enaltecerla á tus propios ojos, inspirarle las mas sanas ideas, formarla á imágen tuya, y yo no dudo que la Providencia secundará tus esfuerzos y convertirá en una mujer digna de amor y respeto, en buena esposa y buena madre á la que hoy no es mas que una niña frívola y tal vez apasionada por lo que menos lo merezca.

—¡Oh querida tia, no prosigais! En mi situacion las desdichas son ciertas y las venturas sólo probables.

—Hijo mio, tu mayor ventura debe consistir en prolongar los dias de tu padre. Tú no sabes lo que es llegar al término de la vida, sentir en el corazon un deseo cuyo cumplimiento depende de la voluntad de un hijo y no verle nunca logrado. Así se angustia el pecho, se pierde la paz del alma, no se halla reposo en el lecho ni imágen que no sea triste en los sueños, y... tu pobre padre se ve ya en ese lamentable estado. A sus años no se resisten mucho tiempo amarguras semejantes: la vida se consume rápidamente. Si á consecuencia de tu conducta le vieras morir, ¡cuánto no te arrepentirias de haber resistido á su voluntad!

—Pero..., decidme francamente, querida tia... ¿por ventura creeis que la vida de mi padre dependa...

—Querido sobrino, yo no quisiera afligirte; pero desgraciadamente los médicos...

—¡Oh, no acabeis por Dios...! ¡Cruel destino! Eufrasia será mi esposa.

—¡Corazon de oro! exclamó la buena anciana abrazándole, yo pensaba que te amaba tanto como merecias y he vivido engañada hasta hoy. Corro á decirle á tu padre...

—No, no ahora. Decídselo despues y ocultadle el esfuerzo que me cuesta obedecerle: no amarguemos su corazon. Dejadle creer que no hago un sacrificio inmenso; dejadle gozar por completo de su triunfo.

—El cielo te bendecirá y extenderá su bendicion á tus hijos.

—Bien necesito de su auxilio, querida tia.

Al quedar solo Mortimer se sintió abatido como si para

siempre le hubiesen condenado á vivir privado de libertad y de luz.

No creia que nunca pudiera Eufrasia dejar de serle antipática y se consideraba consagrado al dolor mientras le durase la vida. El pensamiento, el corazon, el amor propio se rebelaban dentro de él contra la resolucion que acababa de tomar, y si no se hubiera tratado de su padre, mil veces habria corrido á retractarse de su promesa.

Era menester que se representase en su imaginacion á su padre moribundo para soportar el martirio que le causaba la sola idea de vivir unido á una mujer de quien no esperaba nada que desvaneciese la repugnancia que siempre le habia inspirado.

La mas profunda tristeza se iba abriendo camino en su corazon; pero al avisarle su tia de que el conde su padre habia recibido de ella la seguridad de que pediria la mano de Eufrasia, fingió serenidad y aplomo para no mermar la satisfaccion del anciano.

Este le abrazó cordialmente y le dijo:

—No sabeis, hijo mio, cuántos motivos tengo para considerar como la accion mas honrosa de vuestra vida el paso que habeis dado. Creedlo, pues yo os lo digo; por mucho que vivais, no podreis nunca alabaros tanto como podeis alabaros hoy de la promesa que me habeis hecho y que para mí equivale á haberla cumplido, porque os conozco y por eso os estimo en mucho.

Mortimer siguió disimulando, y para mejor desorientar á los que pudieran espiarle y descubrir en su rostro huellas de dolor, frecuentó algun tiempo reuniones bulliciosas, asistió á fiestas y trató de aturdirse con el ruido de

los que á su lado gozaban los placeres de que él no podia disfrutar.

Para librarse de ese continuo tormento que su presencia en Londres le imponia, acompañó á su hermana y á la señora Dormer, en cuya ocasion se encontró con Amanda en casa de los señores Vimars.

Conocidas son de nuestros lectores las angustias que en su breve estancia en aquella casa padecieron los dos amantes; pero Mortimer, con menos resolucion que Amanda, padeció mucho mas que esta.

Él procuró representarse á la hija de Fitzalan infiel, perjura, falsa...; pero su corazon le desmentia y con vergüenza y dolor se confesaba que seguia amándola.

Llegado al castillo de Rosline, se sintió vencido y no pudo ya llevar mas adelante el fingimiento.

A nadie pudo ocultar que vivia inquieto, agitado y como temeroso de una desgracia.

Esa desgracia era cierta, se iba aproximando rápidamente: se acortaba el plazo en que debia ser esposo de Eufrasia.

Levantábase Mortimer temprano, huia del castillo, se internaba por los bosques y buscaba aquellas soledades que se le antojaban propias para fieras y no para hombres.

¡Qué enojosa llegó á serle la vida! Ni veia posibilidad de llegar á ser amado de Eufrasia en quien suponia un corazon incapaz de todo afecto tierno, ni se creia con fuerzas bastantes para operar en ella la variacion que su tia le indicara.

—¿Qué conseguiria yo, exclamaba en voz alta, aun cuando consiguiese despertar el amor en el pecho de la

esposa que la suerte me impone? ¿Por ventura lo he deseado nunca? ¿Por ventura podria corresponderla? No: jamás: yo no puedo amar sino á Amanda tal como la creí en mis primeras ilusiones; aun cuando sepa que es desleal, perjura, infame, la creo capaz de remordimientos y de regeneracion, y en cambio á Eufrasia... ¡Y ha de ser mi esposa!

Llegó por fin el terrible instante; aquel momento temido de Mortimer, como muerte de todas sus esperanzas.

En el castillo de los Rosline se habian hecho suntuosos preparativos.

Los marqueses, amigos del fausto y naturalmente engreidos con la alianza que iban á contraer, habian tendido las alas, y pocas veces se habia visto su majestuoso salon tan espléndidamente decorado.

La familia toda estaba dispuesta para la celebracion de la ceremonia.

Sólo faltaba Eufrasia que fué esperada largo rato sin impaciencia, porque todos se hacian cargo de que en semejante ocasion trataria de embellecerse todo lo posible.

Al fin su padre mandó que le advirtiesen que despachase cuanto antes, pues ya se le habia hecho demasiada cortesía.

La doncella encargada de avisar á la novia volvió al cabo de breve rato, y llamando al marqués á un lado le entregó una carta.

La carta era de Eufrasia, y su padre no pudo ocultar el asombro de que se sintió poseido.

Dió una mirada á la doncella, que bajó los ojos, y volviéndose á los circunstantes, les pidió permiso para ente-

rarse de un negocio muy urgente de que en aquel papel le hablaban.

Rompió con mano febril la nema y leyó lo siguiente:

«Mi querido padre:

«He menester de toda vuestra indulgencia por el paso «que voy á dar, convencida, cierta como estoy de que «nunca podria ser feliz con el hijo del conde de Rosven. «Su indiferencia, mejor diré su infundada repugnancia á «mi persona, me ha hecho comprender que sólo el afan del «oro ha movido á Mortimer y á su padre para solicitar mi «mano, y de ello desgraciadamente os convencereis algun «dia. Mi elegido, el hombre que me conviene es Love, «cuyo amable y dócil carácter veo realzado por su des- «interés. He accedido á casarme con él secretamente, pero «todo es menos mal que consumar el sacrificio que de mí «se exigia.

«Pido perdon á vos y á mi madre, pero estoy segura de «que conocida la codicia del conde de Rosven y el desamor «de su hijo me dareis la razon algun dia y abrireis los «brazos á vuestra hija que os ama,

«Eufrasia.»

El estupor del marqués fué notado por su esposa, que se le acercó á preguntarle la causa de su palidez, y no recibiendo respuesta, le quitó la carta de la mano, sin que él hiciese el menor ademan para impedirlo: tan absorto se hallaba con lo nuevo y extraordinario del caso.

No fué menor el asombro de la marquesa despues de leido el papel de su hija.

Los circunstantes ya no pudieron dudar de que ocurria un suceso de aquellos inesperados que interrumpen una fiesta y trastornan á una familia.

El marqués se adelantó á balbucear algunas frases de excusa para los convidados; pero se le trababa la lengua y no podia seguir adelante.

La marquesa quiso auxiliarle sacándole de aquel mal paso y quedando bien con todos los presentes; pero tampoco pudo lograr su objeto.

Lo único que comprendieron las personas allí reunidas fué que un acontecimiento imprevisto y desagradable acababa de turbar la mente de los marqueses; que la ceremonia no se verificaria y que lo mejor que podian hacer era no prolongar su permanencia en aquel sitio.

Tartamudeando, pues, y con frases que no tenian significacion completa se fueron despidiendo, para ir á murmurar y hacer comentarios á otra parte.

Cuando el secreto fué revelado en familia, el conde de Rosven dejó caer la cabeza, como hombre que acaba de oir su sentencia de muerte, al paso que Mortimer experimentó el consuelo que debe sentir el condenado á una dura y larga prision, cuando de pronto recibe la noticia de que ha sido declarado libre.

El conde de Rosven temió desde luego que el secreto de su ruina que tan cuidadosamente habia procurado ocultar habia sido descubierto, y no otra interpretacion podia dar él á la insistencia con que Eufrasia le acusaba de codicioso de su dote.

El jóven Love, de quien ya hemos dicho que era tutor el conde de Rosven, iba á pedirle cuenta de sus caudales

de un momento á otro, y como el conde no podia presentarse como administrador probo, se vió desde aquel instante perdido irremisiblemente.

Su palidez, su asombro, su dolor fueron superiores á los de aquellos padres que veian desaparecer á su única hija en momentos tan solemnes.

Jamás habia sentido un abatimiento tan grande, y tan visible fué, que los marqueses y su hijo acudieron á socorrerle.

Nadie podia acertar con la verdadera causa de aquel trastorno.

Mayor que el de los marqueses de Rosline era el golpe que acababa de recibir; pero ¿quién era capaz de adivinar las verdaderas causas que podian haber puesto al conde en tal estado?

La servidumbre del castillo corria de un lado para otro sin saber á quién atenderia primero.

Mortimer, que habia experimentado un repentino contento al verse libre de su compromiso con Eufrasia, lo olvidó todo para ocuparse sólo de su padre, y las personas de mayor intimidad de la familia se hallaban en el comprometido caso de no saber qué hacer para aliviar y cuidar de tantos, ni podian decorosamente marcharse en aquellos momentos de dolor y confusion.

CAPITULO LXXIV.

Noticia terrible.

Trasladado inmediatamente lord Rosven á la habitacion que para él se habia dispuesto en el castillo, los marqueses de Rosline no podian explicarse el extremo del dolor de que le veian poseido.

—Padre mio, le dijo Mortimer, sin duda las expresiones ofensivas que contiene la carta de la señorita Eufrasia os han lastimado. En cuanto á lo que de mí dice, creo que no es este el momento oportuno de justificarme. Con respecto á lo que de vos se refiere, juraria que le ha sido inspirado por la ligereza del jóven Love y por consiguiente debeis considerarlo como objeto de ninguna importancia, tanto mas, cuanto espero que los señores marqueses de Rosline, que os estiman por lo que saben de vuestra hidalguía, no darán el menor crédito á esas injuriosas suposiciones.

El conde no tenia mas remedio que sacar fuerzas de fla-

queza, y antes que confesar su ruina, esperar un suceso, un milagro por si podia contestar triunfante á aquellas justas insinuaciones.

Mostróse, pues, algo rehecho y pidió que le dejasen solo dando una vuelta por el jardin para serenarse.

Mortimer quedó solo tambien en la habitacion, bendiciendo á la Providencia que le acababa de librar, cuando menos lo esperaba, del martirio de ser esposo de Eufrasia, cuando le entregaron una carta que se acababa de recibir en aquel momento.

Miró la firma, no siéndole conocida la letra, y vió que era de Love.

La carta, escrita con cierta malicia, venia á decir que esperaba de Mortimer que no le guardaria rencor por haberse casado con una señorita de quien él no estaba prendado poco ni mucho, y que en la situacion en que él se encontraba no podia haber hecho mas que emplear uno de los ardides lícitos de la guerra. Advertíale que ofreciese sus respetos al conde de Rosven, de quien esperaba que le daria cuentas satisfactorias y no demoraria el ponerle en posesion de lo que le era debido, muy especialmente de los caudales, que en breve le harian suma falta, pues deseaba que la entrada de su esposa en el gran mundo fuese tan brillante, que hiciese olvidar su extraña desaparicion.

La carta terminaba así:

«Yo puedo aseguraros que jamás he dado crédito á los «rumores de que el conde de Rosven, vuestro respetable «padre, se haya dejado arrastrar de la pasion del juego «hasta el extremo de perder cuanto tenia; pero aun cuan-«do, por efecto de una obcecacion inexplicable que por

«ahora no admito, el señor conde me confesase que en un «momento de olvido habia perdido todos sus bienes, yo sé «que no habria abusado del sagrado depósito de los cauda- «les de un menor, caudales que fueron confiados á sus «manos por mas seguras.»

—Si en este momento, exclamó enfurecido Mortimer, si en este momento le tuviera yo al alcance de mi mano, el mequetrefe pagaria caro esa protesta intempestiva, tan cobarde como maliciosa.

Corrió al encuentro del conde; pero al hallarse en su presencia, viéndole tan abrumado por el dolor, no quiso aumentar su pena y quizá no le habria dicho nada si el mismo padre no le hubiese preguntado:

—¿Traias algun recado para mí?

—No... padre mio.

—Te ví venir presuroso é inquieto, con un papel en la mano...

—Es... una carta que acabo de recibir.

—¿Contiene noticias graves?

—No, sino impertinencias.

—¿De quién es?

—Del niño Love.

El conde palideció, y levantando los ojos pero sin atreverse á mirar á su hijo preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué dice?

—Lo que puede decir un chiquillo necio, y mas ahora que está envalentonado creyendo haber conseguido un triunfo.

—¿Alude tambien á mi codicia?

—No, padre mio.

—¿No dice algo de mí...? Algo debe decir: es forzoso.

—Habla, en efecto, de que en breve se cumplirá el plazo en que debereis rendirle cuentas.

—Es cierto. ¿Qué dice?

—Añade que él no ha dado crédito al rumor, rumor que sin duda supone él y que jamás ha llegado á sus oidos, de que os habiais arruinado jugando.

—Prosigue, dijo el conde con ansiedad.

—No dice mas, sino que os tiene por hombre tan probo que aun cuando supiera que en efecto habiais perdido lo vuestro, sabe demasiado que vuestra honradez no os hubiera permitido arriesgar lo suyo. Impertinencias...

—Dardos envenenados, dirias mas bien, exclamó el conde. Hijo mio, no debemos permanecer un momento mas en este castillo. Vámonos.

—Pero, padre mio...

—Padezco y no es aquí donde puedo hallar alivio á mis padecimientos. Vámonos.

—Pero esos señores... abandonados en su afliccion...

—No es mayor que la mia, Mortimer. Yo no puedo permanecer aquí sin ahogarme.

—¿Acaso la carta de un mozo sin juicio...?

—Su carta... su carta, hijo mio... ¡Oh, sácame de aquí si no quieres verme morir!

Mortimer dió el brazo á su padre que vacilante tuvo que apoyar en él todo el peso de su cuerpo.

Los marqueses en medio de su disgusto aun se mostraron bastante corteses, para suplicar al conde que no dejase el castillo; mas él mostró tan vivo empeño en retirarse,

que hubieron de acceder á sus súplicas é inmediatamente dieron órdenes para su partida.

El dolor de Mortimer subió de punto viendo á su padre acometido de una violenta congoja.

Llamaron acto continuo á un médico, y este declaró que de ningun modo podia consentir que el conde de Rosven se expusiera á la agitacion de un viaje, antes era indispensable que fuese trasladado al lecho y reinase á su alrededor el mas profundo silencio.

Lord Mortimer se vió acosado en el momento de dudas y recelos los mas horribles.

Procuró alejar á todo el mundo del lecho de su padre, y á pretexto del reposo que este necesitaba, se quedó solo con él entregado á las mas lúgubres ideas.

Al cabo de un par de horas de descanso el conde volvió los ojos á Mortimer.

—¿Os sentís mejor, padre mio? le preguntó este con viva solicitud.

—Me siento como quien ha perdido la honra, respondió el conde con voz lúgubre.

—¡Delirais!

—No; el jóven Love sabe la verdad; he abusado de la confianza que se hizo de mí; he arruinado á mi hijo, y además he jugado... he perdido los caudales que á Love pertenecian. No puedo... no debo ocultártelo, porque ya no me queda... esperanza alguna: voy á morir!

—¡Morir...! ¡morir! ¡Oh no, padre mio, no! Yo pagaré á vuestros ácreedores; yo daré de buena gana cuanto pueda pertenecerme; trabajaré... Venderé la posesion de Tudor, hipotecaré, venderé si es menester lo demás; to-

maré dinero á crédito y Love será pagado. Nadie sabrá nada: lo ignorará mi tia, lo ignorará mi hermana; vos y yo nada mas... Tranquilizaos, cobrad aliento...

—No le hay en mí: están agotadas mis fuerzas. Tu generoso corazon me salvaria á ser posible; mas ¡ay! no debo vivir mas. Hijo mio... Un error... ¡qué error tan grande! un error, una locura, que en otro habria calificado yo de crímen, me arrastró á cometer mil imperdonables acciones. Arruiné á mi familia, sacrifiqué á Amanda, la hija del generoso Fitzalan...

—¡La sacrificasteis...!

—Sí. Con bárbaro denuedo exigí de ella que renunciara á tu mano; que consintiese en pasar por una mujer ingrata y venal; que huyese de tí, á fin de que pudiese celebrarse tu enlace con Eufrasia, con cuya dote pensaba yo poner un reparo á mi triste situacion.

—¡Oh mi pobre Amanda! exclamó lord Mortimer.

—No, llámala heroica, santa, que supo renunciar á tu amor por tu honra; porque yo le declaré que si ella era tu esposa, que si se oponia á que entrase en mis arcas el dote de Eufrasia, pondria fin á mi existencia y que mi doble deshonra caeria sobre tí. Ella... ¡oh admirable fortaleza...! ¡Oh Dios mio, ampárala, vela por ella, ya que para sí nada puede pedirte este miserable viejo!

—¡Desdichada! ¡mil veces desdichada, exclamó lord Mortimer, que se sacrificaba por mí cuando yo quizá la maldecia! que salvaba mi honra cuando yo dudaba de la suya!

—Ámala, hijo mio, por su virtud... dijo el conde con voz lenta, y no me aborrezcas á mí si es posible, por mi debilidad.

Mortimer se arrojó sobre el lecho y besó las manos de su padre llenándolas de lágrimas.

—Hijo mio... dijo el conde, ruégote que te apresures á decirme que me perdonas.

—Yo, padre mio, yo deciros...

—Sí, porque... conozco que no te lo podré... rogar muchas veces. Mi vida se acaba... Apresúrate...

Las lágrimas no dejaron hablar á Mortimer.

El conde oyó sus agitados sollozos y entró en un período de fiebre abrasadora.

Dos dias permaneció en el mas completo silencio, pero acometido con frecuencia de graves accidentes.

Una triste mañana en que los marqueses de Rosline se hallaban con Mortimer les anunciaron la llegada de un desconocido.

Alarmáronse aquellos creyendo que quizás recibirian noticias de Eufrasia, de quien nada mas habian sabido, y no consintieron en que el jóven lord se retirase, como él deseaba.

El hombre entró con muestras de profunda turbacion, y despues de dar mil vueltas al sombrero entre las manos, dijo:

—Yo vine con un encargo muy... enojoso, sobre todo cuando el suceso ha de declararse á unos padres que... á unos padres...

—Venís sin duda á hablarnos de nuestra hija, le dijo Augusta para alentarle; pues bien, hablad, hablad.

—Sí, en efecto, de vuestra... hija.

—Pero... vuestro semblante... vuestro acento, dijo el marqués, parece anunciar una desgracia.

—¡Oh, así es, señor, una gran desgracia: vuestro corazon de padre lo ha adivinado!

El hombre rompió á llorar, y el marqués se acercó á él y le dijo:

—La inquietud en que nos teneis es mas angustiosa que la que pueden causarme ciertas desgracias. En nombre del cielo...

—Yo quisiera, señores, dijo el hombre con el mayor embarazo, yo quisiera no prolongar vuestra angustia y al mismo tiempo no descargar en vuestro corazon el terrible golpe.

—¡Dios mio! exclamó la marquesa dando un grito: ¡mi hija... mi hija ha muerto!

El marqués corrió á sostener á su esposa desmayada y al mismo tiempo preguntó al mensajero:

—¿Por qué callais, cruel? Decid... mi hija...

—La señora lo ha dicho, le interrumpió el hombre. ¡Dios la tenga en el cielo!

Mortimer tiraba de la campanilla con viva fuerza, y acudieron criados y doncellas á socorrer á su ama mientras él sostenia al marqués.

CAPÍTULO LXXV.

Cómo habia muerto Eufrasia.

Los marqueses de Rosline tuvieron un sentimiento muy grave por la muerte de su hija.

No sólo tenian que llorar su muerte, sino que la voz del remordimiento hablaba en sus corazones.

Ellos no habian educado á Eufrasia para que como hija sumisa y obediente estuviese siempre á su mandar y respetase los deberes de su sexo.

La educacion que Eufrasia habia recibido era muy ocasionada á excesos como el de huir del hogar paterno.

En muchos años no se les habia ocurrido observacion semejante, y en el momento de su muerte, como si fuera una revelacion hecha por ella, los dos esposos concibieron la misma idea de su culpa.

En tan triste situacion el mensajero no pudo referir á los marqueses cómo habia acontecido la desgracia de su

hija; pero hubo de contárselo á Mortimer, que conmovido en extremo habia olvidado todas las malas cualidades de Eufrasia y no veia ya en ella sino á una criatura desgraciada, muerta en la flor de la edad.

Nos parece conveniente para el mejor órden de la narracion explicar aquí su triste fin, dando á conocer antes algunos pormenores.

El hombre que mayor cantidad de dinero habia ganado al conde de Rosven, le habia prometido guardar el mas profundo silencio; pero como aquel hombre era conocido por vicioso y estaba desacreditado en Londres, viendo que el conde, entregado como él al vicio del juego, era un personaje respetable y gozaba de la mejor reputacion, sintió envidia, despecho y deseaba una ocasion de perjudicarle en su buena fama.

Precisamente al conde en medio de la fiebre que produce el juego se le escaparon ciertas expresiones de las cuales podia deducirse que no estaba muy seguro de si habia perdido tan gran cantidad de dinero por mala suerte ó por reprobadas artes del que le habia ganado.

Este, encendido en ira, determinó echar á un lado toda consideracion, y sabiendo que el jóven Love era pupilo suyo, le reveló cuál era el estado del conde.

El jóven Love se alegró mucho de saber la ruina de Rosven, pues todos los necios pretenciosos se complacen en la desgracia de los hombres que les vencen en inteligencia ó en cualidades de que ellos carecen.

Tanto podian la vanidad y la envidia en aquel mozo casquivano, que apenas supo la nueva no pensó mas que en aprovecharla para comprometer públicamente la repu-

tacion del conde y herir de rechazo á Mortimer, cuyo mérito hacia resaltar su pequeñez en todas partes.

Entre otras cosas pensó que revelando la mala conducta y la ruina del conde de Rosven impediria el casamiento de su hijo con Eufrasia, cuya mano solicitaba él, no porque la amase, sino porque era rica y llevaba un apellido ilustre.

Entre pensarlo y hacerlo no dejó trascurrir mucho tiempo, y aunque necio, tuvo malicia suficiente para calcular que el mejor medio para que se divulgase la noticia era comunicársela en secreto á una mujer.

Para lograr este resultado determinó elegir por su confidente á Eufrasia, y así creyó asegurarse al mismo tiempo las simpatías de esta.

Hízolo, pues, como lo habia pensado, y experimentó la mas grata satisfaccion al ver que Eufrasia se mostraba llena de ira con Mortimer.

La hija de los marqueses de Rosline creyó que el conde de Rosven y el que habia de ser su esposo obraban de concierto para apoderarse de su dote á fin de restaurar su comprometida posicion en el mundo, y se explicó por este medio el desamor de que Mortimer le habia dado tantas pruebas y la violencia que parecia hacerse las pocas veces que le dirigia con amabilidad la palabra.

Eufrasia era arrebatada y vengativa, sobre todo con lo que heria su amor propio, y aun cuando habia profesado á Mortimer algun cariño, el despecho la habia determinado á volverse contra él. Júzguese, pues, de lo que pasaria en su corazon cuando no solamente no le amaba, sino que no veia en él mas ventaja que la de ser ilustre por su cuna y

sus riquezas, lo cual habria redundado en provecho de ella si hubiera sido su esposa.

Apenas comprendió que no iba á ser ella quien se aprovechase de las riquezas de Mortimer, sino que al contrario á él y á su padre les hacian falta las del marqués de Rosline, no pensó mas que en la superioridad de su caudal sobre el de su futuro y no tomó consejos sino de su femenil vanidad ofendida.

En los primeros momentos pensó en comunicar á su padre lo que Love le habia descubierto; pero habiéndose hecho cargo de que aquel se habia mostrado siempre deseoso de unir los timbres de las dos familias, atendiendo á la importancia nobiliaria de Rosven y no á su probidad ni á sus riquezas, temió que la noticia de su ruina no habia de ser para él motivo bastante para obligarle á deshacer el proyectado enlace.

Resuelta á satisfacer sus deseos de venganza y á chasquear del modo mas solemne á Mortimer, tomó por instrumento á Love, correspondió á sus insinuaciones, le confesó que nunca habia amado al hijo de Rosven y en muy breve tiempo convinieron en lo que uno y otro deseaban.

Las pasiones que les hacian obrar eran iguales en ambos, y concertaron fácilmente la fuga.

Ni Eufrasia habia amado nunca á Love ni este á aquella; pero ¿qué les importaba á ellos si satisfacian su amor propio, se vengaban por un medio comun á entrambos y ponian en ridículo á los que hasta entonces les habian eclipsado?

Eufrasia casada con Love seria dueña absoluta de sus acciones y tendria un caudal inmenso que gastar: Love

casándose con Eufrasia tendria una mujer á la moda, la pasearia delante de las que le habian despreciado, y podria esperar que con el tiempo fuesen á parar á él los bienes y títulos de los Rosline y los Murley.

Con tales propósitos, resueltos y obcecados los dos jóvenes, abandonaron furtivamente el castillo de Rosline, pensando sólo en satisfacer sus caprichos y olvidando por completo lo que á su decoro debian y lo que iban á angustiar á los marqueses que al fin eran padres.

¡Qué poco imaginaba Eufrasia que no habia de poner mas los piés en el castillo!

Love lo tenia preparado todo para su matrimonio en un pueblecito algo distante, y en efecto se celebró sin pompa alguna apenas hubieron llegado.

Terminada la ceremonia, unidos ya para siempre, seguros de que ningun poder humano seria bastante á separarles, quisieron volver cerca del castillo y escribir desde allí á los marqueses.

El tiempo era tempestuoso, la noche oscura y los caminos malos.

Los postillones hicieron presentes estas circunstancias á los desposados y les suplicaron que aplazaran el viaje para la mañana siguiente; pero Eufrasia quiso hacer uso desde luego de la libertad que acababa de conquistar y mandó que pusieran el tiro ya que se trataba de la primera disposicion que daba como señora.

Obedecieron los criados, no sin representarle los peligros á que iban á exponerse, y en medio de la oscuridad emprendieron el camino.

Poco trecho habian recorrido cuando se vió atravesar una

luz delante de ellos, con lo cual se espantaron los caballos, cejaron en su carrera, y los esfuerzos de sus guias no fueron bastantes á hacerlos seguir adelante, sino que por el contrario, retrocedieron dejándose llevar de la pendiente, y á cada paso que daban hácia atrás, era mas veloz su descenso.

A un lado del camino habia un precipicio que con grandes dificultades habian salvado al subir la cuesta. Al bajarla era mucho mayor el riesgo, porque los postillones no podian guiar el ganado por la curva que formaba el camino, y retrocediendo el carruaje en línea recta, forzosamente tenia que estrellarse en el fondo.

Dieron aquellos desgraciados la voz de aviso; comprendió Love lo crítico de su situacion, y aprovechando una oportunidad, echó pié á tierra, con aquella soltura y acierto que sólo se encuentra en momentos en que nos domina un instinto tan poderoso como el de la conservacion de la vida.

Los criados quisieron tambien aprovechar aquel momento oportuno para salvar á Eufrasia; pero esta llena de horror se habia desmayado.

Hicieron un esfuerzo para sacarla en brazos, pero cuando habian logrado removerla un poco, se bamboleó el coche y cayó con estrépito haciéndose pedazos en el fondo del precipicio entre los desesperados gritos que el horror arrancó á los criados.

La luz que habia asustado á los caballos brillaba en una casita poco distante.

Corrieron á ella los servidores de Love y pidieron auxilio.

Encendieron antorchas en seguida, dieron un rodeo por una cuesta quebrada, bajaron por último al fondo y entre los cuerpos de los caballos y los trozos del coche encontra- el cadáver de Eufrasia.

El dueño de la casa, poseido del horror que producia aquel espectáculo, recogió con los criados á la desgraciada Eufrasia.

Acordáronse de Love, llamáronle á voces y lo vieron sin sentido al pié de un peñasco que formaba un cuerpo saliente en el camino.

Hiciéronle volver en sí, preguntó qué habia pasado, refiriéronle la reciente catástrofe, mostráronle el cuerpo inanimado de su esposa, y escandalizáronse todos de oirle ponderar el inmenso peligro que habia corrido él, acordándose bien poco de cuán cara habia costado aquella aventura á la jóven con quien acababa de casarse.

Tratóse de participar al marqués de Rosline el desgraciado fin de su única hija, y Love exclamó:

—Yo no voy á eso. ¡Bueno me pondria el marqués con el genio que tiene! Capaz seria de decir que yo tengo la culpa de todo. Si vos, añadió dirigiéndose al amo de la casa, si vos quereis tomaros la molestia de participárselo, esos criados os referirán cómo ha pasado la cosa; pues lo que es yo, no me siento con ánimo para tanto, con el trastorno en que me hallo, despues de haberme visto á dos dedos de la muerte... ¡Es que si no salto á tiempo, me muero, no hay mas: me muero: me mato. ¡Caramba, caramba! ¡Bonito viaje!

No fué menester mas para que aquella gente conociera el aprecio que merecia Love.

El dueño de la casa fué quien llevó la noticia al castillo de Rosline, y aquellas suntuosas cámaras, aquellos espléndidos salones, cubiertos poco antes de deslumbradoras galas, fueron cubiertos de paños negros, y en medio de aquel silencio solemne que acompaña á la muerte entró en el castillo señorial el cadáver de la desdichada Eufrasia.

Dia de tristeza fué aquel para todos.

Los marqueses se acusaban cada uno á sí mismo de que por haber descuidado la educacion de su hija habian sido causa de su muerte.

El conde de Rosven no podia desterrar de su memoria la parte que habia tenido en aquella catástrofe empeñándose en que su hijo se casara con la rica heredera, de quien ya sabia que era incapaz de hacer la felicidad de Mortimer, y que sólo cediendo á la violencia de su ambicion y su vanidad podria aceptarla por esposa.

Mortimer era el único que nada tenia que echarse en cara.

No amaba á Eufrasia; pero jamás la habia engañado mintiendo un afecto que no podia tener entrada en su corazon.

La señora Dormer y Araminta que habian acudido al castillo para celebrar la boda, tuvieron que asistir á aquel triste espectáculo, y sólo se separaban del conde de Rosven para llevar un consuelo á los marqueses de Rosline.

No podian curar sus dolores; pero á lo menos los mitigaban con su compañía y con aquel grato consuelo que se recibe cuando se ve que no un móvil interesado, sino el afecto y la bondad de corazon inspiran á los que nos rodean en medio de las aflicciones de que nadie en este mundo se ve libre.

CAPITULO LXXVI.

Sorpresa doble.

El conde de Rosven no podia dejar el lecho.

Pasaba la mayor parte del tiempo abismado en su dolor, como privado de entendimiento, y al recobrarse momentáneamente estrechaba la mano de su hijo y le pedia perdon de sus extravíos.

Mortimer no sabia cómo disimular la pena, la vergüenza que le causaba el ver á su padre en aquel abatimiento, y vivia en continuo recelo temiendo que su postracion fuese aumentando y terminase con la pronta muerte aquella dolencia.

Cuando sonaron las campanas doblando por Eufrasia, los ojos de Mortimer se cubrieron de lágrimas, no porque se acordase mas de ella en aquel instante, sino porque pensó en lo fácil y doloroso que podia ser tener que escuchar aquellos lúgubres sonidos por la muerte de su padre.

Tal era el estado de los ánimos en el castillo, cuando les

fué anunciado á los marqueses de Rosline que se habian presentado dos caballeros jóvenes deseosos de verles.

El marqués sospechó que serian criados de Love, á quien no habia vuelto á ver, y por amor á la memoria de su hija y por decoro de su nombre se dispuso á hacerles buen recibimiento.

Salió á la sala donde esperaban y quedó profundamente sorprendido.

Los visitantes eran Oscar Fitzalan y Carlos Bingley.

El marqués y Carlos se conocian, y pasado el primer momento experimentó aquel cierto consuelo al creer que á lo menos Love le habia enviado una persona apreciable y muy simpática.

Pero como Carlos Bingley no habia ido al castillo con el objeto que el marqués imaginara, el estupor de este llegó á su colmo cuando el jóven oficial cogiendo de la mano á su compañero, dijo:

—Señor marqués de Rosline, permitidme que os presente á mi querido é ilustre amigo, el señor Oscar Fitzalan, nieto del conde Jorge Murley y su legítimo heredero.

Atónito, mudo, contempló primero á Carlos y despues á aquel jóven, en cuyas varoniles y suaves facciones parecia hallar el no lejano recuerdo del bellísimo rostro de su madre Malvina Fitzalan.

Vaciló antes de poder formular frase alguna el marqués, y al fin dijo contestando á Carlos:

—En conocer á un amigo vuestro... á un amigo ilustre... y especialmente á un Fitzalan... y á un descendiente varon del conde Jorge Murley... me cabe toda la

satisfaccion de que soy capaz... en estos momentos de pena para mi familia.

Oscar hizo una profunda reverencia.

El marqués prosiguió así:

—En cuanto á reconocerle como legítimo heredero del padre de mi esposa, no espero mas que la prueba indispensable...

—La vereis cuando sea de vuestro agrado, señor marqués; pero bien comprendereis que yo no habria proferido las graves palabras que acabo de pronunciar...

—No dudo de vuestra palabra, señor Bingley, interrumpió el marqués con visible turbacion.

—Así lo creo. Digo, pues, que yo no habria proferido tales palabras sin venir acompañado de esa prueba que con tanta razon creeis indispensable para el reconocimiento del derecho que asiste á mi amigo, y que un acaso de esos que solemos llamar providenciales ha puesto en nuestras manos.

—En efecto, dijo el marqués no pudiendo contenerse; en efecto debe llamarse providencial... Yo no tengo para qué ocultaros la sorpresa que me causa esta noticia. Habia creido hasta el momento presente que Augusta mi esposa era la única y legítima heredera del conde Murley, y la pacífica posesion en que se nos ha dejado por espacio de tanto tiempo...

—Comprendo, señor de Rosline, vuestra sorpresa, y ya que nos hemos tratado, permitid que sea yo y no mi amigo Oscar quien os revele cómo hemos adquirido la prueba que estamos prontos á exhibir donde mas conveniente os parezca.

Seré breve, por muchas consideraciones que todas estarán al alcance de vuestra fina penetracion.

Carlos acercó su poltrona á la del marqués de Rosline para no tener necesidad de levantar tanto la voz.

Oscar tomó una actitud de hombre impasible.

El marqués, viendo el aplomo de Carlos, ya no sólo estaba persuadido de que el secreto de Isabel y su prision en la abadía estaba descubierto, sino que empezó á temer gravemente.

—Hablad, dijo, haciendo un esfuerzo para parecer sereno.

—Señor marqués, replicó Carlos, mi amigo Oscar Fitzalan es digno del nombre que lleva: es un caballero.

—No lo dudo.

—Es mi amigo y no tiene enemigo alguno.

—Este es el mejor elogio de sus bellas cualidades.

—Ahora bien. Vos conocisteis á su hermana...

—¡La señorita Amanda Fitzalan!

—Sí; no recordemos sucesos desagradables, que no hacen al caso. La señorita Amanda Fitzalan por una série de sucesos desgraciados fué á parar hace poco tiempo á la abadía.

El marqués inclinó la cabeza y abrió los ojos como si con ellos tratase de oir mejor la relacion que de Carlos esperaba.

—El amor á la soledad, prosiguió Carlos, el recuerdo de su madre, y como decíamos antes, un acaso providencial la llevaron á la antigua capilla.

—¡Estaba tapiada; dijo el marqués involuntariamente.

—Sí, replicó Carlos, estaba tapiada, pero la pared ex-

terior se halla en un estado tal de ruina, que detras de las yerbas trepadoras que la cubrian se habia abierto un boquete. Fácil cosa fué para la curiosidad de la señorita Amanda agrandarle hasta poder penetrar por él, pues las piedras se desprendian sólo al tocarlas.

Tenia ella idea de que arrinconado en la capilla debia de hallarse un retrato de su madre (que al fin encontró), y fué sorprendida en aquel sitio y conocida despues de breves palabras por la condesa Isabel, que... la puso en posesion del verdadero testamento del cende Murley su difunto esposo, y de una historia de sus desgracias. Debo advertiros, señor marqués, que ni la condesa Isabel ni nosotros acusamos á nadie como autor del falso testamento que hizo parar en manos de vuestra esposa los bienes de los Murley, y que los sentimientos que animan á la desgraciada condesa y los nuestros son cristianos... benévolos, pacíficos...

El marqués respiraba agitado y no levantaba del suelo las miradas.

Carlos no interrumpió.

—Si es menester, dijo Oscar entonces, que corrobore lo que acaba de afirmar mi amigo el señor Bingley, no tengo reparo alguno, señor marqués, en afirmarlo por mi parte.

—No... señores, contestó el marqués... no he menester yo de afirmacion semejante, ni debo temer acusacion alguna. Yo, es decir, mi esposa entró en posesion de los bienes con el apoyo de la justicia y segun testamento público otorgado en debida forma. Nuestra conducta no puede haber sido sospechosa...

—No quise decir, interrumpió Oscar, que pudiésemos en tiempo alguno presentaros espontáneamente como

culpable ó cómplice de un fraude; sabemos ya que todo fué obra de la condesa Isabel, cegada por su amor de madre. Lo que hemos querido dar á entender, señor marqués. ha sido que no nos proponíamos escandalizar, ni perjudicaros en lo mas mínimo en aquellas cosas que convertidas en hablillas dan pábulo á la maledicencia.

—Os doy gracias, señores, por esta manifestacion. No os admire verme turbado. La muerte me ha sumido en un desconsuelo de aquellos que no acaban sino mermando las mas preciosas facultades del hombre. Ya sabeis que sin los bienes del conde Murley, mi esposa y yo quedamos ricos; y si alguna vez pudiera habernos turbado la codicia, no nos tentaria ahora que el oro nos es inútil, pues el quebranto que padecemos no se cura con oro. Os pido un plazo un breve plazo para examinar este asunto y no dudo que me lo concedereis en atencion á las tristes circunstancias en que me encuentro y á la necesidad de preparar á la marquesa, que pasa el dia y la noche llorando como madre afligida.

—Señor marqués, al penetrar en vuestro castillo ignorábamos la desgracia de que sois víctima. De vuestra boca lo hemos sabido, y á no ser así, no habríamos venido á aumentar vuestro dolor, que sabemos compadecer.

Despues de hablar así Carlos, se levantó Oscar y dijo:

—Señor marqués, no habria yo pisado hoy estos umbrales si hubiese sabido la justa pena que sentís por la muerte de una hija única. No soy codicioso ni impaciente y habria sabido esperar. Os ruego que me dispenseis esta falta, hija de mi ignorancia, y que no me supongais tan duro de corazon que no participe de vuestro dolor.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Oscar, verdaderamente apenado, y el marqués de Rosline se sintió penetrado de tiernos sentimientos ante aquella muestra de simpatía.

—Señor Fitzalan, dijo el marqués alargando la mano; vuestras lágrimas son la mayor prueba de la validez del derecho que venís á reclamar. Tal vez habreis visto un reproche en las frases con que os he recordado el pesar que me afligia...

Oscar estrechó la mano del marqués y los tres guardaron silencio, embargada la voz por el llanto.

Desde este momento compitieron en cortesía el marqués de Rosline y los dos amigos.

No queria aquel que se volviesen sin pasar la noche en el castillo.

Estos agradeciendo el ofrecimiento, no quisieron ser huéspedes enojosos de quien necesitaba poder obrar con toda libertad en aquellos momentos, y al fin se despidieron prometiendo Rosline que dentro de muy breve tiempo escribiria á Oscar lo que hubiese reflexionado sobre aquella materia.

El marqués empezó á calcular cómo podria hacerse el traspaso de la herencia de manera que no pudiera sospecharse de él ni de su esposa que hubiesen sido cómplices y beneficiadores de un crímen.

En cuanto á empeñarse en continuar poseyendo los bienes del conde Jorge Murley, no se le ocurrió siquiera.

Estaba transido de dolor, consideraba vanos en aquel momento los bienes del mundo, y por otra parte estaba seguro de que emprender un litigio sobre aquel punto

era lo que menos convenia á su reputacion y á sus intereses.

Despues de muchas reflexiones ideó un plan que expuso por escrito para proponérselo á Oscar, y consistia en lo siguiente:

Hacer correr la voz de que el conde Jorge Murley habia nombrado heredero universal suyo á Oscar Fitzalan en caso de que Eufrasia muriese sin sucesores varones, y que por este motivo, así como hasta entonces habian gozado los Rosline de aquellos bienes, era llegado el momento de que Oscar los poseyese.

Respecto á la condesa Isabel, que ya no podia continuar en el encierro, se diria que tras una larga permanencia en un convento de Francia habia querido terminar sus dias junto á su familia.

El marqués por otra parte pensaba decir de palabra á Oscar, que si bien habia tenido la dureza de encerrar á su suegra en la abadía, sólo lo habia hecho cediendo á la necesidad y con el objeto de evitar el mal ejemplo que habria dado con su conducta y el ignominioso casamiento que se habia propuesto contraer.

Consultó sus propósitos con la marquesa hablándole con mucha severidad y energía, y ella que no tenia fortaleza para ocuparse de nada, aprobó cuanto él le dijo, y aun le suplicó que procurase salir pronto de aquel mal paso para que en adelante no tuviesen que pensar ya en tan enojosas materias.

Ya que no hemos ocultado ninguna de las malas cualidades de Augusta, justo es que no demoremos el decir lo que deba redundar en elogio suyo.

Comprendió perfectamente cuanto el marqués le decia; se hizo cargo de lo que iba á perder devolviendo á Oscar todos los bienes del conde Jorge Murley; pero accedió á abandonarlos desde luego sin pesar alguno.

La muerte habia hecho su prodigio: al acabar con Eufrasia habia hecho nacer en el corazon de Augusta sentimientos que hasta entonces le fueran del todo desconocidos.

El nombre de Oscar, el nombre de Amanda que nunca habia oido sin rencor, sonaron en sus oidos primero como si fuesen de personas indiferentes y despues como de víctimas suyas.

Al nombre de su madre se llenó de terrores y lloró de arrepentimiento y de ternura, asombrando á su esposo mismo.

Augusta era otra: su corazon se habia vuelto humano y piadoso.

Oscar recibió por escrito las proposiciones de Rosline, le contestó por escrito aprobándolas y se trasladó al castillo para proceder de acuerdo.

CAPITULO LXXVII.

Nueva vicisitud de Mortimer.

Oscar se mostró noble, generoso, magnánimo con el marqués, sin el menor alarde.

El marqués al oir sus palabras, al ver las garantías que le daba, al hacerse cargo del desinterés de aquel jóven se sintió mas humillado que nunca.

Convinieron en que la toma de posesion se verificaria despues de los funerales de Eufrasia á los que Oscar fué invitado, y que entretanto se le presentaria á la marquesa.

Oscar aceptó la hospitalidad que le fué ofrecida en el castillo para poderse hallar presente á los funerales de Eufrasia á que prometió asistir; pero suplicó á Rosline que le dispensase de la presentacion.

Siendo Oscar huésped del castillo, ya no pudo ocultar Rosline que era legítimo heredero del conde Murley y así él mismo lo hizo público entre los suyos.

Para Mortimer fué una preciosa compensacion, despues de averiguada la inocencia de Amanda, saber que ella y su hermano iban á gozar de riquezas que legítimamente les pertenecian, adquiriendo así la independencia y la recompensa de algunos padecimientos suyos.

¡Mas ay, que breves eran los goces de Mortimer en la tierra!

Momentos despues de bendecir al cielo por la dicha que concedia á Amanda, tuvo que correr presuroso al lecho del conde de Rosven que exhaló el último suspiro entre sus brazos.

El conde murió bendeciendo á sus hijos de cuyo afecto estaba bien seguro.

En medio de su dolor, el jóven Mortimer que vivia en casa ajena y tenia una hermana á quien consolar, dió las mas revelantes pruebas de resignacion.

¡Cuántas veces, próximo á prorumpir en desesperados lamentos, recordó las no interrumpidas desventuras de Amanda y encontró en su ejemplo la virtud de la fortaleza que iba á abandonarle!

Desde aquel triste suceso los hijos de Rosven estaban impacientes por dejar el castillo de Rosline, y en efecto, al cabo de pocos dias salieron con su tia para depositar el cuerpo de su padre en el panteon de la familia, y desde allí se trasladaron á Londres.

Mortimer no podia consentir que ni un momento padeciese la buena memoria de su padre.

Celebradas las honras fúnebres resolvió y ordenó un plan que tenia por objeto pagar á todos los acreedores del conde.

Para que su hermana y su tia no concibieran la menor sospecha sobre la triste verdad que á todo el mundo queria ocultar, les dijo que el conde habia comprometido grandes cantidades en favor de un amigo á quien era deudor de inestimables obligaciones, y que la gratitud y la ley de caballero le obligaban no sólo á cumplir los compromisos contraidos por el difunto conde, sino tambien á dejar bien puesta su fama de buen amigo.

En medio de sus muchas ocupaciones y de los graves cuidados que le rodeaban, no olvidó un solo momento á la bella Amanda.

¡Con qué placer reposaba su pensamiento en ella, sabiendo que era no sólo pura é inocente, sino buena, generosa, heróica hasta la abnegacion, y que por él, por su amor y su honra se habia sacrificado hasta el punto que se lo demostrara su padre mismo!

Ella le habia creido digno de tamaño sacrificio, luego ella le amaba tanto como era digna de ser amada.

Esta idea hizo renacer en el corazon de Mortimer una esperanza: la esperanza que habia sido el sueño de toda su vida, la de ser esposo de la mujer mas bella y amable que conocia.

En sus horas de soledad, cuando las ideas mas encarnadas en nosotros mismos se desenvuelven en la mente tocándonos el corazon, Mortimer se entregaba á los buenos recuerdos que de su padre tenia y á los que tenia de Amanda.

El conde habia muerto, y Mortimer quedaba en lo posible satisfecho de sí mismo consultando su corazon y viendo que no tenia nada que reprocharse.

Amanda vivia, Amanda podia darle dias felices, y él esperaba aun que quizá dentro de algun tiempo de sus bellos labios oiria que le amaba.

Mortimer, empero, parecia destinado á ver truncadas siempre sus alegrías.

Cuando mas entregado se hallaba á sus gratas ilusiones, cundió por Londres la nueva de que la hermana del nuevo conde de Murley (que este título habia tomado Oscar Fitzalan) iba á casarse con el caballero Carlos Bingley.

La amistad de Oscar con Bingley era muy notoria y daba muchos visos de verosimilitud á la noticia.

Mortimer, que estaba tan acostumbrado á ser juguete de la suerte, temió que habia de ser verdad lo que tan funesto resultado habia de tener para él.

Sus dudas y recelos tomaron mayor cuerpo el dia que vió llegarse á él á Carlos Bingley proponiéndole la compra del palacio de Tudor.

Mortimer no daba entrada en su pecho á los malos sentimientos; pero cuando no hubiese sido por celos, por decoro habria renunciado á tratar aquel asunto con el hombre á quien consideraba ya como esposo de Amanda.

Recibió á Carlos con la cortesía que le era natural; pero excusó prolongar la conversacion con él, y pretextando sus muchas ocupaciones le suplicó que se entendiese con su agente.

Apenas se encontró solo acusó á Amanda de cruel, de falsa, de ingrata y olvidadiza.

—¿Es posible, exclamaba, que tanto amor y ternura, tanto sacrificio se hayan borrado de su corazon hasta el punto de poder ofrecérsele á otro hombre? ¿Cómo seria

posible que yo amase á otra que no fuese Amanda? ¡Pero qué digo! Si para que yo padezca en la tierra es necesario un imposible, un imposible sucederá: no lo dudo. ¡Oh parque de Tudor, testigo mudo y elocuente de nuestros amores! ¡Oh sombrías arboledas que tantas veces presenciasteis y oisteis sus promesas...

Detúvose Mortimer, y cambiando de tono dijo:

—¿Habré yo de ser mas débil que ella? ¿No podré yo ejercer sobre mi corazon el influjo que ella ha logrado ejercer en el suyo? ¡Oh no! Si yo digo á mi corazon no la ames, ¿qué conseguiré?

Paseábase agitado Mortimer, suspendia de pronto su paseo, y mostraba hallarse irresoluto.

—¡Oh razon! no me abandones, dijo por fin: seamos hombres; Amanda se sacrificó por mí; se sacrificó á mi padre: ha tenido que batallar largo tiempo con una pasion, que casándome yo con Eufrasia se convertia en delito...! Su triunfo, su mayor gloria debia consistir en olvidarme. Si al fin lo ha conseguido, ¿tengo derecho para quejarme de que su virtud haya rayado tan alto como pueda rayar la de otra mujer alguna? No: ella se resignó al llanto y á la soledad cuando yo iba á casarme con Eufrasia; justo es que me resigne yo tambien ahora que ella va á casarse con... ¡Pero, será posible, Dios mio! ¿Podré resistirlo yo?

Dejóse caer en un sillon y permaneció pensativo, atento á la última idea que habia expresado.

—¡Y qué! dijo por fin con desaliento; si no lo resisto; si perdido ese amor que fué mi vida, se apodera de mí la muerte... aun tendré que agradecerlo. ¿Qué puede ser para mí la existencia sin Amanda? Cuando la creia in-

fiel, ingrata, podia, debia yo vivir para demostrar que mi entereza no estaba á merced de debilidades femeniles; pero ahora no es ella, es un destino cruel quien me persigue. Ea, abandonémonos á nuestra suerte: ya seria necia temeridad luchar con una fuerza invencible.

Mortimer determinó dejar la carrera de las armas, sustraerse á toda obligacion y entregarse á su melancolía.

No pensó en atentar contra su existencia; pero quiso hallarse desarmado ante el dolor para que sus estragos acabasen con él.

Autorizada por él la venta del palacio de Tudor, podia mandar á su agente que una vez cerrado el trato se encaminase á Londres para darle cuentas.

El desconsolado mozo prefirió empero visitar por última vez aquel recinto que habia escuchado sus primeros juramentos de amor, despues de lo cual pensaba fijar su residencia en el continente.

Emprendió pues su viaje, triste, solo, abatido y á veces se alegraba al pensar que quizá llevaba ya la muerte en el alma.

Llegó á la mansion que era guardadora de sus mas caras memorias; á aquella morada que tan grata le habia sido por su madre y por Amanda, y que habiendo constituido durante largo tiempo un bien muy precioso para él, pasaba á otras manos para que quedase honrada la memoria de su padre.

Encargó al agente que á nadie se descubriese su presencia en aquel sitio, y quiso recorrer los lugares que en lo sucesivo le habian de recordar sus muertas esperanzas y todos los bienes que habia perdido.

Recorrió el bosque donde habia hecho á Amanda el obsequio de la música y el refresco, y se le representó con desesperadora realidad la sorpresa con que su adorada habia visto que como por encanto era servida.

No veia tronco de árbol ni grupo de arbustos que no le renovase aquel dolor supremo, que, como dice el poeta, consiste en recordar las felicidades perdidas en el seno de la desgracia.

¡Cómo le conmovian las sencillas flores si á ellas iba unida la memoria de Amanda!

¡Cuántos puntos de vista le recordaron la casita oculta entre el follaje, que alguna vez habian deseado entrambos como símbolo de todas las venturas á que aspiraban!

Al ver que los objetos que le rodeaban no hacian sino aumentar las angustias de su pecho, huia presuroso á otro sitio; pero á los pocos momentos se veia obligado á exclamar:

—¿A dónde iré para que no me persiga su imágen adorada, si la llevo en mi pecho, y no podria arrancarla de aquí aunque quisiera, y me moriria de angustia el dia que me faltase del corazon y de la memoria ese amor que es mi tormento?

Lloró Mortimer ocultando su llanto, y despues de dar rienda suelta á sus lágrimas pudo sobreponerse á su dolor, y procuró fijarse en la idea de que habia ido al palacio de Tudor solamente para darle la postrera despedida.

Entró en la biblioteca, y su admiracion le hizo enmudecer al encontrar allí á Amanda.

Dudó primero no atreviéndose á dar crédito á sus ojos; quiso ponerse sobre sí para no ceder á una fascinacion;

pero al persuadirse de que realmente se hallaba en presencia de aquella mujer de quien le apartaban para siempre los rigores de la suerte, se estremeció todo su sér con emociones no conocidas.

Nuestros lectores saben ya parte de lo que medió entre los dos amantes, hasta que Mortimer refirió muy sucintamente á Amanda lo que dejamos narrado en los capítulos anteriores.

CAPITULO LXXVIII.

La familia se va reuniendo.

Amanda era sensible y no pudo contener el llanto al saber la triste suerte de Eufrasia y el desconsuelo de los marqueses de Rosline.

Nunca hubiera imaginado Mortimer que pudiera serle tan grato el llanto derramado á la memoria de aquella mujer que ninguna ternura habia sabido inspirarle en vida; mas cuando vió llorar á Amanda sintió humedecérsele los ojos, y consagró á su memoria lágrimas nacidas de verdadera piedad.

La bella Amanda conoció que sólo por simpatía hácia ella derramaba Mortimer aquel llanto, y en ello vió una prueba mas de cariño que habia sabido inspirarle.

—Amanda, dijo él, hoy que ni deberes filiales ni juramentos ligan nuestra voluntad, se levanta en mi mente

una duda que jamás hubiera podido ocurrírseme. Hoy sois rica, podeis llamaros poderosa. Yo soy conde de Rosven, pero nada mas. El caudal de vuestro hermano puede inspirarle deseos de buscar para vos un esposo que pueda disponer de algo mas que de un vano título de nobleza, y si por este motivo négase vuestra mano al nuevo conde de Murley...

—¡Oh, no prosigais! le interrumpió Amanda: no conoceis el corazon de Oscar, cuando aventurais acerca de él un concepto tan injurioso. ¡Mi hermano...! repito que no le conoceis. Su mayor alegría seria estrechar los lazos que nos unen y legitimarlos; su mejor amigo será aquel que mi corazon haya elegido por esposo. ¿Pues qué importa que no seais hoy el hombre acaudalado de otro tiempo? ¿Acaso no éramos yo pobre y vos rico cuando me buscasteis en la oscuridad y me amasteis? ¿Por ventura no me ofrecisteis vuestra fortuna cuando yo sólo era la hija del pobre y honrado Fitzalan?

—Sin embargo...

—Cesen vuestros recelos. Si por una imposible aberracion se opusiera Oscar á nuestro enlace, yo permaneceria firme y os daria la última prueba de amor; pero os repito que no hay que temer semejante cosa. ¡Oscar! Oscar es incapaz de tan bajos pensamientos; jamás le ha movido la codicia, su corazon es generoso como el vuestro y cuando conozca vuestros escrúpulos os amará como yo.

—Si tan segura estais de ello, querida Amanda, bien puedo llamaros mia desde este instante; gloria por mí tan deseada y que ya no creia alcanzar. Parece que el cielo haya querido conducirme al abismo de las tristezas para

hacerme mas grato el hallazgo del tesoro que consideraba ya perdido. Un sueño me está pareciendo ahora mismo que estemos los dos reunidos en este sitio; que pueda yo deciros que os amo, y que escuche de vos palabras consoladoras que alientan mi esperanza y me infunden nuevos brios para recorrer la senda de la vida.

—Señor conde de Rosven, le dijo Amanda, las horas han trascurrido muy breves. La familia de mi nodriza no está ahora acostumbrada á esperarme y debo ahorrarle la molestia de que venga por mí.

—Bien decís: breve es el tiempo á vuestro lado; mas no nos separemos tan de repente; debeis permitidme que os acompañe.

—Os lo ruego, dijo Amanda; y juntos emprendieron el camino.

Poco distaban aun del palacio de Tudor cuando encontraron á la nodriza con su hija Isabel.

La buena mujer se detuvo admirada al ver á Mortimer, á quien suponia muy lejos.

Su admiracion se confundió con el enojo al recordar que el jóven lord habia sido inconstante á la fé que habia jurado á su hija, que así llamaba muchas veces á Amanda, y apartó de él los ojos.

Amanda comprendió en seguida lo que aquello significaba, y acercándosele le dijo:

—Dad gracias á Dios, nodriza, que lord Mortimer, despues de muchos engaños, ha llegado á descubrir que Amanda no es indigna de su afecto y acaba de mostrarse tan fino amante como nunca lo habia sido.

—¡Jesus! ¿Qué es lo que oigo? exclamó de repente la

nodriza trocando su ceño por las señales de la mas viva alegría; ¡y yo que pensaba...

—¿Pensabais que podia dejar de querer á la criatura mas amable?

—La verdad... como una veia... ¡Pues no se va á alegrar poco toda la familia! Ea, que ahora volverá á ver á mi hija de leche con la cabecita alta y las mejillas coloradas. No, lo que es pensar que el noble lord Mortimer pudiera ser uno de esos hombres falsos y vanos, eso jamás lo habria creido yo.

—Yo os prometo, dijo Mortimer, que me habeis juzgado bien, así como yo os he tenido siempre por la mujer mas excelente de toda esta comarca. Vamos á ver, nodriza, si la mano de la señorita Fitzalan estuviese á vuestro arbitrio, ¿me la dariais por esposa?

—¿Yo? dijo la nodriza con grande admiracion, ¿yo? os la habria dado ya hace mucho tiempo.

Mortimer dió gracias á la nodriza sonriendo al ver su entusiasmo, y Amanda dijo:

—Ahora será bien que mi buena nodriza ponga la mesa debajo del emparrado, si no le parece mal.

—¿Qué me ha de parecer? Vayan para allá, que yo voy volando.

Mientras los dos amantes se dirigian hácia aquel sitio, la nodriza se dirigió á su hija diciendo:

—Está visto que no tengo suerte. No hay en casa nada que pueda yo ofrecer á ese buen lord. Ni tengo cosa alguna caliente.. ¿ni quién se atreve á darle carnero fiambre con ensalada, que es lo único que podria darle ahora? La culpa es de tu hermana de leche que por temor de ocasio-

nar gastos é incomodidades, no me deja hacer nunca lo que yo querria. Anda, Isabel, anda, hija, y trae unas avellanas tiernas, que por fortuna hay leche en casa y lo arreglaremos todo como Dios nos dé á entender.

La buena nodriza no cabia en sí de gozo al ver á Amanda contenta y en buenas relaciones con lord Mortimer, y habria querido dar á este trato de rey.

Su buen celo le inspiró maravillas, y echando mano de cuanto en su casa tenia, sirvió á los dos jóvenes una comida que ellos le celebraron mucho.

En verdad hacia tiempo que lord Mortimer no habia comido con tan buen apetito.

La novedad misma de los rústicos manjares, la libertad que gozaba en medio de los encantos de la naturaleza y sobre todo la compañía de Amanda y el saber que era correspondido de ella le causaban un placer sin igual.

Ya no se acordaba de que hubiese perdido los grandes caudales que constituyeran hasta entonces el patrimonio de su familia.

La pobreza no le habia hecho perder el cariño de Amanda y por consiguiente no la temia. Él nunca habia sido esclavo del lujo y la ostentacion, y en aquellos momentos se persuadia mas que nunca de la vanidad de las galas exteriores, supuesto que Amanda no llevaba ninguna y él la tenia por la mujer mas bella y apreciable del mundo.

Pocos momentos de su vida recordaba lord Mortimer que pudieran compararse con aquella apacible tarde.

Sonreia todo á su alrededor, y en su corazon, como si anunciase una nueva primavera, florecian los mas gratos

afectos, así como se cubria tambien de hojas y flores la naturaleza.

Ninguna de sus gratas sensaciones ocultaba á Amanda, y de labios de esta oia que en su interior se reflejaba igual contento.

De cuando en cuando contemplaba él á la hermosa y se cubria su frente de arrugas al considerar que tanto y tan heroicamente habia padecido por él aquel sér todo bondad y delicadeza.

La curiosidad de Mortimer exigia de Amanda que le refiriese ora una circunstancia, ora otra del largo período de sus vicisitudes, y ella le satisfacia procurando referir los sucesos con suma discrecion para que no pareciesen pretextos para elogiarse á sí misma.

En dulcísimos coloquios pasaron la tarde y vieron caer el sol, que al esconderse tras las montañas no les dejó tristeza alguna, porque la esperanza brillaba en sus corazones iluminando el mundo.

Encamináronse á casa de la nodriza y vieron á esta vestida con sus mejores galas, en celebridad de la dicha de los dos amantes, y á un tocador de arpa que ella habia llamado.

El músico estaba sentado en un poyo junto á la puerta.

Recorrieron sus ágiles dedos las cuerdas del sonoro instrumento, y atraidos por la bella armonía muchos vecinos, fueron acudiendo unos tras otros, y á la suave claridad del crepúsculo empezaron á bailar con tanto mayor contento cuanto era menos prevista aquella ocasion que el acaso les deparaba.

La nodriza aventuró alguna indirecta para que cesase el

baile, temerosa de que el alegre bullicio de aquella juventud no interrumpiera el reposo de sus huéspedes; pero el nuevo conde de Rosven le dijo que les permitiera divertirse todo el tiempo que los bailadores quisieran, pues su felicidad era tan grande que necesitaba compartirla con todos.

Los mozos aplaudieron á la nodriza cuando fué á repetirles las palabras pronunciadas por Mortimer, y los aplausos redoblaron al decirles ella que por encargo del señor conde se les haria tomar algun refresco despues del baile.

Mortimer no se habria separado nunca de su amada; pero llegó la noche y fué preciso interrumpir sus dulces coloquios.

Obtenido el permiso de volver al dia siguiente, se retiró el dichoso mancebo; pero como pasó la noche discurriendo sobre la inesperada ventura de haber recobrado á Amanda, madrugó y se presentó muy temprano en casa de la nodriza.

Con esta estaba hablando al despertarse Amanda, y al oirle saltó del lecho, y despues de unos brevísimos momentos pasados en su tocador, bajó á reunirse con ellos.

Poco permanecieron al lado de la nodriza. Tomaron muy luego un camino protegido por la sombra y prolongaron su paseo hasta la hora del desayuno.

Habian acordado dar noticia á la nodriza del cambio sobrevenido en la suerte de Oscar, porque ya que se sentian felices deseaban que aquella mujer participase en algun modo de su felicidad; y en efecto, Amanda le refirió como su querido hermano era ya conde de Murley y no tenia que temer para lo porvenir la estrechez á que hasta entonces viviera condenado.

No encareceremos la admiracion y la alegría de la nodriza, que en medio de sus trasportes dedicó muchas expresiones de afecto al capitan Fitzalan.

Mortimer comió con Amanda como la víspera, y al levantar los manteles vieron correr hácia ellos á la nodriza agitando un pañuelo.

Fueron ellos á su encuentro, y de sus trémulos labios, agitados por el contento, oyeron la nueva de que hácia su casa iba un coche tirado por cuatro caballos, que en su concepto no podia ser otro que el del nuevo conde de Murley.

Mortimer no se conmovió menos que su amada y la nodriza al oir la nueva.

La hija de Fitzalan alargó la mano á Mortimer, y le suplicó que antes de presentarle á su hermano le permitiese hablar con él á solas para prevenirle.

Retiróse pues Mortimer por un sendero que daba vuelta á los jardines.

Amanda corrió á la calle de árboles que guiaba á la casa, y Oscar al conocerla, mandó parar el coche, se apeó y la recibió en sus brazos.

La alegría de Amanda no podia ser mayor.

Acababa de separarse de la grata compañía de su amante y estrechaba contra su pecho á Oscar: goces tan largo tiempo deseados eran como un premio que el cielo daba á su inquebrantable constancia.

Amanda dirigió á su hermano muchas preguntas, sin darle tiempo para contestar, y ella volvia á estrecharle entre los brazos viendo que la mejor respuesta era el placer con que él la contemplaba embelesado.

Oscar veia que la palidez habia desaparecido de aquella frente serena. Contemplaba aquellos ojos expresivos que brillaban como las estrellas despues de una tormenta.

Dijo inmediatamente que veia mejorada á Amanda; dió gracias á la nodriza por el cuidado que de su salud habia tenido, y despues de un rato de conversacion suplicó que le permitiesen descansar donde quiera que fuere.

Lleváronle á un aposento y allí repitieron los dos hermanos sus gratas caricias.

CAPITULO LXXIX.

Oscar, Amanda y Mortimer.

Como Amanda ignoraba lo que habia hecho su hermano desde que él y Carlos Bingley la habian dejado al pié de la casa de la nodriza, manifestó naturales deseos de saberlo de boca de Oscar mismo, que la satisfizo en el acto.

—Despues de cumplir con los últimos deberes con respecto á Eufrasia, dijo Oscar, el marqués de Rosline, segun lo que habíamos acordado, me dió posesion de la abadía de Murley. Yo mismo fuí á noticiar á la condesa Isabel que desde aquel momento volvia á ser libre. ¡Qué efecto tan extraño me produjo la vista de aquella mujer! Sabiendo cuán cruel habia sido con mi madre, lo confieso, no me acerqué á ella con sentimientos benévolos; pero al ver su abatimiento, su resignacion, el dolor retratado en su sem-

blante y el remordimiento que hablaba por su boca, sentí quebrantado el corazon y sólo piedad me inspiró la que tanto tiempo habia sido objeto de mi ódio.

—Así me sucedió á mí, dijo Amanda, que por mucho que me duela y me haya dolido siempre de las aflicciones de nuestra pobre madre, tampoco pude aborrecer á la que habia sido causa de sus desgracias al encontrarla en tan miserable estado.

—Le dije que, segun habíamos convenido con el marqués de Rosline, se haria correr la voz de que ella volvia de Francia, y me prometió no apartarse en un ápice de las instrucciones que yo le diese. Cuanto mas la miraba mas lástima sentia hácia aquella mujer que era un espejo de miserias humanas; y sobre todo, me conmovió y me hizo derramar lágrimas al pedirme perdon con el acento de la mayor sinceridad por todo el daño que nos habia causado. Parecia su voz la voz de otro mundo; parecia que la palabra perdon debiese librarla de penas eternas.

Le dije de todo corazon que la perdonaba, y me preguntó con voz temblorosa:

—¿Creeis tambien que me perdone vuestra madre desde el cielo?

—¡Sí! le respondí; mi madre fué una santa mujer; su corazon un manantial de inagotable cariño; si en la tierra no supo aborrecer, ¿cómo puede ser que no os haya perdonado desde la gloria?

Isabel levantó primero los ojos al cielo, despues dejó caer la cabeza sobre el pecho, y tras un largo rato de silencio echó á llorar y sollozar de manera que habria quebrantado el pecho mas duro.

—¡Ya puedo morir! me dijo por último con un tono que parecia de quien va á exhalar el alma.

—No, dije yo, vivid, vivid, ahora que alcanzais la libertad y el perdon.

—He vivido, replicó ella, he vivido hasta hoy para servir á las miras de la Providencia; he sido largo tiempo nocivo instrumento empleado sólo en las pasiones que conducen al mal, y el castigo aparente que he sufrido no tenia mas objeto que conservarme para servir al bien. Las virtudes de Fitzalan y su esposa están recompensadas en vos y vuestra hermana, sus únicos y dignos descendientes: veo cumplidos mis deseos, ajustados desde hace tiempo con los designios de la Providencia: he experimentado alegrías de que fuí indigna durante la mayor parte de mi vida... Si no muero, es porque sin duda quiere el cielo que prolongue mi expiacion: yo me resigno á sus mandatos. Si me fuese lícito hacer el bien que deseo...; si mis palabras pudiesen llevar al corazon de mi hija Augusta algun consuelo... ¡Pobre hija mia! Yo he temido siempre que seria desgraciada y he pedido repetidas veces al cielo que apartase de su frente el peso de la desgracia...!

Oscar se detuvo un momento, y despues añadió conmovido:

—No puedo explicarte bien, hermana mia, el efecto que me produjeron las palabras de aquella mujer. Conociendo que yo no tenia ingenio bastante para decirle cosa que pudiera mitigar su pena, procuré salir de su presencia cuanto antes; pues de otro modo no habria hecho mas que llorar á su lado.

Fuí á ver al marqués de Rosline y le dije que Isabel

deseaba ver á su hija por si podia proporcionarle algun consuelo.

El marqués insinuó inmediatamente la idea á su esposa, y ¿lo creerás? aquella Augusta, aquella mujer altiva, imperiosa y hasta cruel á veces, temió, tembló no atreviendose á poner en presencia de una madre á quien con tanta dureza habia ultrajado.

Al fin, no sólo consintió, sino que mostró vivos deseos de arrojarse á sus piés, y yo fuí inmediatamente en busca de Isabel.

La escena que presencié entonces, hermana mia, no es para referida: es sólo para vista.

Allí se confundian con el arrepentimiento, la ternura maternal, el horror á lo pasado, la pena de no poder enmendar lo hecho; la dificultad ó mas bien la imposibilidad de expresar con una sola voz los diversos afectos que á un tiempo mismo conmovian á aquellas personas: en fin ello fué tal, que el marqués de Rosline y yo no tuvimos una palabra que decirnos uno á otro, ni un consejo, una reflexion que dirigir á ellas, y hubimos de contestarnos con una mirada y un apreton de mano que nos dimos.

Solamente despues de haber dejado que apurasen una y otra los escasos medios de desahogo que tenian, me arriesgué á proponer á la viuda del conde Murley si queria continuar viviendo en la abadía.

Augusta, que me escuchaba, asió repentinamente de las manos á su madre y dijo:

—No... no por Dios, ¡á mi lado!

Y la condesa dejando caer la cabeza y apoyándola en el hombro de su hija, exclamó:

—A tu lado.

Habia tanta resignacion en sus palabras, que Augusta la abrazó con un movimiento nacido del alma, y sollozó largo rato juntando la cabeza á la de su madre.

Las pobres quedan hoy en una situacion de aquellas que no consienten alivio. Algo podian esperar de lo futuro si viviera Eufrasia; pero habiendo muerto, ¿qué tienen que esperar en la tierra?

Oscar se habia conmovido tanto con la memoria de aquella escena, que Amanda permaneció buen rato muda y sin interrumpirle en sus reflexiones.

Por último le cogió una mano y le dijo:

—Querido Oscar, veo que el recuerdo de las desdichas de la familia Rosline te ha dejado una impresion muy dolorosa. Eso prueba una vez mas la excelencia de tu ánimo; pero no es justo que por cosa que no tiene remedio y en la cual no hemos tenido mas parte que la de víctimas, apesadumbres tu corazon por mas tiempo. Yo quisiera que oyeses de mis labios el relato de un suceso no menos interesante que el de la familia Rosline, suceso que atañe á nuestro presente y á nuestro porvenir y en el cual puedes tener una influencia decisiva.

—Habla lo que gustes, Amanda. ¿A quién interesa principalmente lo que tienes que decirme?

—A mí.

—¿A tí? ¿Pues cómo no me lo has dicho en seguida? Veamos, habla, ¿de que se trata?

—Se trata... de un hombre que me ama y desea mi mano.

—¿Te ha conocido ese hombre cuando no éramos herederos reconocidos del conde de Murley?

—Sí, y á pesar de la oscuridad y la pobreza en que vivíamos, siendo él entonces uno de los señores mas poderosos del reino, me amó y me deseó por esposa.

—Ese es un hombre honrado y discreto, hermana mia, dijo Oscar. Dime al instante su nombre...

—Se llama Rosven.

—¿Rosven? ¿Es acaso el hijo del conde de Rosven recientemente fallecido? ¿Es lord Mortimer?

—Sí, hermano mio: así se llamaba cuando yo le conocí por primera vez.

Amanda que con tanta gracia y facilidad sabia reducir á pocas palabras el relato de los mas intrincados sucesos, hizo á su hermano una breve y expresiva narracion de las principales vicisitudes por que habia pasado su amor.

Oscar la escuchó maravillado, tanto porque Amanda supo dar el verdadero tono á cada distinta frase de su relato, como porque vió que amaba y era amada y no hallaba nada que reprender en sus amores.

Acabó de hablar Amanda, y cogiéndole Oscar entrambas manos le dijo;

—Y bien, ¿á todo eso qué puedo hacer yo?

—¡Cómo! replicó Amanda, ¿que tú preguntes...? ¿No depende de tu voluntad que yo sea esposa de Mortimer?

—No, Amanda, no, dijo Oscar besándole entrambas manos: de tí sólo depende: es mas, yo te suplico que no retardes la felicidad de ese hombre que te amó pobre y oscura; que á pesar de haber llegado á creerte indigna de su amor no te negó la noble piedad que inspira la desgracia... Mas, si le has hecho retirar á mi llegada, supongo que no estará lejos de estos sitios. Llévame donde yo le vea.

Oscar se habia levantado.

Amanda tomó su brazo y le encaminó al jardin.

Mortimer les vió ir hácia él y suspendió su paseo.

La bella Amanda le hizo señal de que se acercase, y presentándole á su hermano, encendido el rostro por el rubor y la alegría, dijo:

—El señor conde de Rosven, de cuyas bellas cualidades te acabo de hablar.

Tendióle Oscar la mano y dijo á su vez:

—Caballero, por la relacion que de sus desgracias me ha hecho mi querida hermana, sé que sois un hombre honrado y que llevais el título de conde de Rosven. Amais á mi hermana y esto para mí significa tanto como todo el bien que pudieran decirme de vos. Por esta razon sola os considero tan amigo mio, que debo excusar con vos toda ceremonia. ¿Me atreveré en cambio á pediros un favor?

—Dichoso yo si me proporcionais desde este momento la ocasion de haceros un obsequio. Mandadme, señor conde.

—Pues os suplico que ahora mismo me pidais á Amanda por esposa.

—¡Oh dicha! exclamó el enamorado Mortimer.

Iba á estrechar la mano que Oscar le tendia, cuando con rostro grave y bajando la cabeza dijo:

—Señor conde, no sé si me habré dejado llevar de una alegría intempestiva. ¿Os ha dicho vuestra hermana cuál era actualmente el estado de mis negocios?

—Me ha dicho que la amasteis pobre y oscura y esto me ha bastado.

—Pues bien...

—Perdonad que os interrumpa; si quereis ahora decla-

rarme que vuestros caudales no son muchos, no os tomeis semejante molestia; si temeis que el mundo os acuse de que os casais con una mujer mas rica que vos, desechad ese vano temor; Amanda no será dueña sino del caudal que vos creais que pueda tener sin menoscabo de vuestro decoro.

—¡Oh señor conde, exclamó entusiasmado Mortimer, sois digno hermano de Amanda por vuestra delicadeza!

—Vuestros elogios me son muy gratos porque sé que no sois lisonjero.

Amanda se mostró muy satisfecha viendo y oyendo lo que pasaba entre ellos, pues de aquella primera conversacion quiso augurar si los dos cuñados se apreciarian en lo sucesivo tanto como ella deseaba.

Ella misma les dió pié á uno y á otro para que mutuamente diesen á conocer su carácter, y pudo convencerse de que tan simpático era Mortimer á su hermano, como este á aquel.

Oscar comprendió bien pronto que Mortimer no habia soñado otra felicidad que la de ser dueño de Amanda, y Mortimer por su parte creyó adivinar que la melancolía de su futuro cuñado era hija de algun desengaño de amor ó de alguna esperanza no lograda.

La semejanza de edades y la comunidad de sentimientos nobles habian de facilitar entre ellos la mas cordial inteligencia, y así sucedió en efecto.

Amanda lo habia previsto y se persuadió en breve de que no se habia equivocado.

Poco á poco fueron entrando en confianza aquellos dos hombres leales y sinceros en todas sus acciones, y se esti-

maron mas á medida que respectivamente se oyeron expresar sus ideas.

Oscar habia enviado el equipaje y los criados al pueblo inmediato, en cuya posada trataba de alojarse; pero Mortimer le persuadió de que estaria mejor en la aldea misma, pues su agente procurador tenia una casa donde estaria con toda comodidad.

Trasladáronse los tres á dicha casa y se trató del matrimonio de Mortimer con Amanda.

Conformándose los dos hermanos con el deseo del novio, convinieron en casarse en la aldea, despues de lo cual partirian los desposados para reunirse con su tia la señora Dormer.

Para celebrar el matrimonio en la aldea era menester una licencia y acordaron solicitarla al dia siguiente.

Hiciéronlo así en efecto, y á los dos dias volvieron Mortimer y Oscar habiendo conseguido su intento.

CAPITULO LXXX.

Casamiento de Amanda y Mortimer.

Oscar y Mortimer acudieron temprano á casa de la nodriza en busca de Amanda.

Ella con una naturalidad y una alegría que sólo podian ser hijas de la inocencia, les salió al encuentro, y á los cumplidos que los dos le dirigieron contestó que habia procurado embellecerse todo lo posible.

Su traje y tocado eran lo mas sencillo y modesto que puede imaginarse; pues su pura satisfaccion, su contento, su hermosura la engalanaban mejor que lo hubieran hecho las piedras preciosas y las ricas telas.

Oscar, empero, suplicó á su hermana que se engalanase con ciertas joyas que le tenia preparadas, y Mortimer le rogó que de parte de Araminta y la señora Dormer no las desairase rechazando los vestidos y adornos que le tenian dispuestos, y Amanda tuvo que vestirse de nuevo para dar gusto á todos. Pasó con Elena y la nodriza al tocador,

y la gasa, la blonda y los diamantes dieron con su espléndida riqueza nuevo realce á sus gracias naturales.

Amanda se presentó á los suyos deslumbradora de hermosura, de felicidad y de riqueza.

Mortimer estaba loco de contento, por mas que contuviese los impulsos de su corazon, y Oscar contemplaba á la dichosa pareja con íntimo gozo, que de cuando en cuando daba lugar á la melancolía.

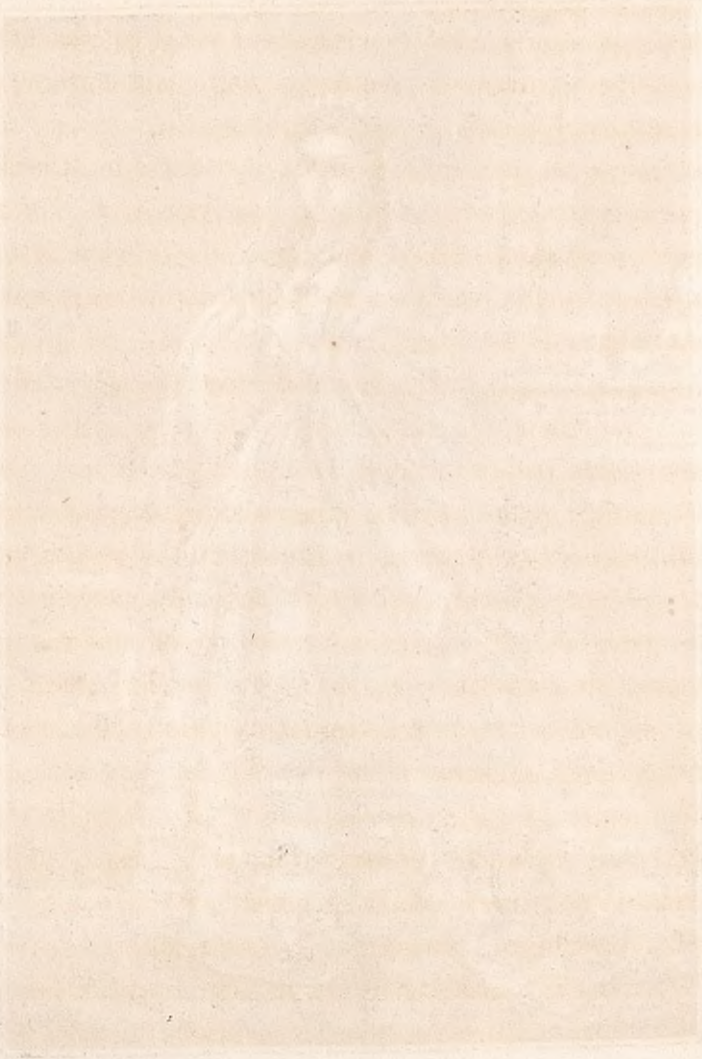
Era cuando se representaba en su memoria los bellos dias que pasara al lado del general Berbice y su hija, y cuando le acosaba la idea de que á no ser por las pérfidas tramas de Belgrave él habria gozado la felicidad de que estaba siendo testigo.

¿Por qué Amanda, que tan dueña de sí misma parecia, por qué, decimos, al trasponer los umbrales de la casa de la nodriza, al experimentar el contacto de la mano de Mortimer sintió los ojos preñados de lágrimas y hubo de llorar lanzando una mirada á aquellas paredes?

Porque sin duda recordó que allí habia tenido comienzo aquella dicha que en aquellos momentos iba á llegar á su colmo; tal vez porque se acordó de que no lejos de aquel sitio yacia su madre á quien no le era dado acompañarla en el momento mas solemne de la vida de la mujer: quizá porque sin darse cuenta de ello, la naturaleza queria conmoverla para memoria de que salia de aquel lugar soltera y no volveria á penetrar en él sino siendo prenda de un hombre, depositaria de su honor y de su felicidad.

Oscar y Mortimer respetaron las sensaciones de que sus lágrimas eran indicio; la nodriza le abrazó y enjugó su llanto y al fin salieron hácia la puerta.

Amanda vestida de novia.



Al pasar por la tapia del cementerio, Amanda pidió permiso á Mortimer para rezar un momento al pié de la sepultura de su madre.

Acompañáronla todos, y vieron que sobre la losa de Malvina habia esparcido frescas flores una mano amiga, que Amanda bendijo.

Para que no se entregase esta á los sentimientos que la ternura de su corazon habria excitado con harta viveza si hubiera permanecido mucho tiempo en el cementerio, le suplicaron que se retirase para no hacer esperar demasiado al sacerdote.

Amanda conoció la intencion de aquella advertencia y supo agradecerla.

Tomó otra vez el brazo de Mortimer y le dijo:

—Ahora me alegro mas, amigo mio, de que nuestro casamiento se celebre en la aldea. Ya sabeis que no soy supersticiosa; pero me sirve de consuelo inexplicable el tener cerca en esta ocasion los restos de mi madre.

Oscar que hasta entonces no habia llorado detuvo el paso, y dejándolos pasar á todos delante dió rienda suelta á las lágrimas que con mucha pena y esfuerzos habia estado conteniendo.

Los novios y Oscar penetraron en la iglesia, y detrás de ellos la nodriza con toda su familia y algunas personas de la aldea que se les habian ido juntando.

Oscar habia tomado la mano de Amanda y la llevó hasta el sacerdote.

Mortimer se colocó frente á ella y comenzó la ceremonia.

En aquel momento fué cuando le tocó el turno de llorar

á la nodriza, que enjugándose de continuo los ojos no hacia mas que repetir en voz baja:

—¡Si yo la he criado... si yo la he criado!

Terminó la breve ceremonia, y Mortimer estrechó entre sus brazos á la que era su esposa.

La nodriza fué á colocarse junto á ellos, y trémula y con los brazos abiertos esperó que Amanda fijase su atencion en ella.

Vióla en efecto la nueva desposada, y desprendiéndose suavemente de los amorosos lazos con que Mortimer la tenia sujeta, fué á estrechar contra el pecho á su nodriza, que le prodigó las mas tiernas caricias.

Todos los presentes se mostraban tan conmovidos como si cada uno de ellos hubiese deseado celebrar aquel enlace que era el triunfo del amor y la virtud.

Oscar viendo á su hermana mas bella que nunca á sus ojos, la besó mil veces en la frente, y cada vez que la contemplaba la volvia á besar con mas contento.

—Alabado sea el Señor, decia la nodriza, mis súplicas han llegado al cielo; siempre que le he pedido por mí y por los mios, le he pedido tambien que me dejase ver feliz á esta criatura.

Elena por su parte no podia decir nada de puro conmovida, y Amanda en medio de tantas muestras de estimacion, habria querido ser dispensadora de todas las felicidades para colmar de ellas al mundo todo.

Mortimer se volvió á la nodriza y á Elena y les dijo:

—Yo sé cuánto amais á la que ya puedo llamar mi esposa: no creais que lo olvide nunca, y si yo lo olvidara, ella, que no es ingrata, me lo recordaria. El cariño que

siempre le habeis profesado no se paga con dinero, se paga con otra cosa mejor que es lá voluntad, y en cuanto á voluntad, mi esposa será siempre rica.

Una de las personas que habian presenciado con viva satisfaccion el matrimonio de Amanda era Eduardo, á quien encargó Mortimer que distribuyese monedas y regalos entre los pobres del pueblo.

Eduardo al salir de la iglesia proclamó en voz alta la resolucion del feliz desposado; dijo que le siguiesen los que quisieran disfrutar de sus bondades y se alejó rodeado de una gran muchedumbre.

Amanda, Oscar y Mortimer subieron á un carruaje tras una larga despedida de los que se habian quedado con ellos, y partieron.

Mortimer tenia entre las suyas la mano de Amanda, y parecia embebecido en los mas agradables pensamientos, cuando Oscar le dijo:

—Me habeis de permitir que os moleste. Debemos entrar aquí unos momentos.

Volvió Mortimer la cabeza y vió que estaban al pié del palacio de Tudor.

Su frente se cubrió de una nube sombría al recordar que aquella suntuosa morada habia sido suya y no podia ofrecérsela á su esposa.

Dió un profundo suspiro, y Amanda que vió la tristeza retratada en su semblante le estrechó afectuosamente la mano.

—Es verdad, dijo él viendo que su esposa le habia comprendido, vos me amais, ¿qué debe importarme el haberme tenido que privar de la posesion de esta casa?

—¡Oh gracias, Mortimer, respondió ella, gracias porque estimais en mas que las riquezas el amor de mi corazon!

Penetraron por la calle de árboles que se extendia majestuosa delante de la puerta principal, y respiraron la fragancia de las flores que á uno y otro lado del camino ostentaban sus bellos y variados matices.

Era temprano todavía, y sobre las hojas de muchos arbustos brillaban aun las gotas del rocío.

Desde lo alto del paseo se distinguia un bosquecillo por entre cuyos troncos se veia serpentear un riachuelo de mansas y plateadas aguas.

Los pájaros poblaban el aire de alegres trinos, y en ciertos puntos parecia que la naturaleza celebrase por primera vez las glorias de la creacion.

Traspusieron el vestíbulo y entraron en una sala.

Oscar abrió la puerta del fondo, y en el aposento inmediato vió Mortimer á su tia Dormer y á Araminta, cuya vista le dejó pasmado.

Su tia y su hermana corrieron á abrazarle, y abrazaron tambien á Amanda con extremos del mas vivo afecto.

Mortimer estaba fuera de sí de gozo.

Vencida por último la extraña sensacion que aquella sorpresa le habia causado, se dirigió á su hermana y á su tia y les dijo:

—Por favor explicadme á qué debo el placer que me habeis causado con tan oportuno encuentro. Decidme por qué combinacion...

—Hemos procedido, respondió su tia, de acuerdo con el señor conde de Murley. Él podrá explicaros...

—Pues bien, querido hermano, dijo Mortimer dirigiéndose á Oscar; explicadme os ruego...

—Yo os daré todas las explicaciones que pidais, le respondió Oscar sonriendo, pero deseo que antes nos ofrezcais vos esta casa.

—¿Yo?

—Vos, señor conde de Rosven, vos.

—Mortimer, dijo Amanda con su bella sonrisa, mi hermano, que aun no sabe la fortaleza de vuestro ánimo, creyó que podia causaros una viva pesadumbre el tener que renunciar á la posesion de esta antigua morada, y ha querido que no saliera de vuestras manos.

—¡Oh, Oscar, Oscar! dijo Mortimer abriendo los brazos, y los dos amigos permanecieron abrazados.

—Perdonadme la estratagema, dijo por fin Oscar; mas no supe renunciar al gusto de proporcionaros una sorpresa que creí os seria agradable. Supe que amabais á mi hermana; tuve noticia de la venta pública de Tudor; supliqué á mi amigo Carlos Bingley que comprase para mí la posesion en su nombre, y pensé que seria un regalo de boda para mi hermana.

—¡Oh corazon delicado y generoso! ¿Cómo podré yo pagaros...?

Oscar cogió la mano de Amanda, la puso entre las de Mortimer, y con voz conmovida le respondió:

—Hacedla feliz, y sea esta mansion testigo de vuestra dicha y amparo de necesitados.

Mortimer quiso replicar con entrecortadas frases, pero Oscar le interrumpió diciendo:

—No me hableis de gratitud, si no quereis afligirme.

Lo que os suplico acerca de este punto es que penseis que el palacio de Tudor no ha dejado nunca de perteneceros, pues á la verdad yo no lo he mirado un solo momento como cosa mia, sino vuestra.

—¿Y á mí, preguntó Amanda colgándose del cuello de su hermano, á mí tampoco me será lícito manifestarte mi gratitud?

—Sí, hermana mia, manifiéstala creyendo siempre en mi afecto y amando al que te amó á tí cuando la desgracia te perseguia.

Oscar no podia ya con la conmocion y tiró de la campanilla.

El criado que se presentó les dijo que el almuerzo estaba servido, y pasaron juntos al comedor.

La señora Dormer gozaba uno de los momentos mas felices de su vida.

Veia restaurado el buen nombre de su difunto hermano y satisfecho el amor de su sobrino; veia que Amanda era una joya de infinito valor, y que Oscar merecia toda clase de consideracion y afecto por sus virtudes.

Bien merecian Oscar y Amanda ser admirados; bien merecian que su dicha fuese celebrada por todos: ¿acaso el destino habia dejado de someterles á todas las pruebas imaginables para probar el temple de sus generosas almas?

Amanda parecia deseosa de manifestar á su hermano cuánto le agradecia la delicadeza con que se habia conducido con respecto á Mortimer.

Este contemplaba las paredes del castillo, y al recordar el sentimiento con que se habia desprendido de él y la facilidad con que le habia recobrado, volvia los ojos á Oscar

y en sus ojos se veia brillar la llama de la gratitud mas ardiente.

Durante el almuerzo reinó la mayor alegría en todos.

Mortimer contemplaba de cuando en cuando á su esposa, y mas de una vez se encontró con que ella contemplaba enagenada á la bella Araminta.

Desearon saber cómo lo habia hecho Oscar para proporcionar aquella sorpresa al nuevo conde de Rosven, y Oscar les dijo que cuando resolviesen levantarse de la mesa y dar un paseo por el bosquecillo les enteraria de todo.

Al oirle se levantaron todos los presentes y se encaminaron al jardin.

CAPITULO LXXXI.

Un incidente.

Oscar habia escrito á la señora Dormer y á Araminta comunicándoles lo que se proponia hacer y suplicándoles que se sirviesen trasladarse al palacio de Tudor.

Ellas habian aprobado y seguido sus instrucciones, y habiendo llegado la víspera por la noche, deseaban con impaciencia estrechar entre sus brazos á los novios.

Oscar, delicado en todo como su hermana, habia encargado á su agente que conservase en sus puestos á todos los criados y que á los arrendatarios les tuviese preparada una comida para que celebrasen la boda de su hermana.

Mientras el conde de Murley iba refiriendo estos y otros pormenores, llegaron á un sitio donde se hallaba reunida toda la servidumbre, que en altas voces manifestó la parte que tomaba en la alegría de sus señores.

Mortimer se acercó á ellos y les dió las mas expresivas gracias por aquella manifestacion, y entre tanto se ade-

lantaron las muchachas á donde estaban las señoras y les ofrecieron vistosos ramilletes entre lo que descollaba el de la desposada.

Continuaron el paseo y la grata conversacion hasta el mediodía y descansaron bájo las madreselvas y los tilos.

Allí tenian preparados refrescos que parecian traidos como por encanto.

Amanda comió recordando con placer la sorpresa que en aquel mismo bosquecillo le habia proporcionado Mortimer en la fiesta con que la obsequiara al principio de sus amores, y volviéndose á su esposo, conoció en sus miradas que el mismo recuerdo se habia despertado en su memoria.

A la hora de comer se volvieron y hallaron entre los árboles á los arrendatarios reunidos comiendo al aire libre, con señales visibles de la mas sincera alegría.

Mortimer se acercó á Amanda, y sonriendo, le hizo notar el aire de importancia que se daba la nodriza presidiendo una de las dos mesas.

Hay que confesarlo: la nodriza, á pesar de todas sus buenas cualidades y sin duda á causa del cariño mismo que profesaba á Amanda, estaba colorada y henchida de vanidad.

Apenas se le habia participado que correspondiendo á la invitacion hecha en nombre de Mortimer debia asistir á la comida que se disponia en el castillo, se avistó con las mujeres de los mas ricos arrendatarios y las encantó materialmente refiriéndoles todas las peripecias que ella sabia, ocurridas entre Mortimer y Amanda antes de su casamiento. Dijo con imponderable satisfaccion cómo el jóven lord se habia enamorado de su hija de leche viviendo esta

en la aldea y en su casa, y lo que habian tenido que padecer uno y otro ya por la oposicion de Fitzalan que no habia querido ser sospechoso de codicia, ya por las calumnias de que habia sido víctima la bella y honrada Amanda.

—¡Señoras mias, exclamaba la nodriza, si supierais todo lo que ha padecido la divina criatura que hoy es señora de Tudor, os hariais cruces! Yo no sé cómo no ha de haber un verdugo en cada pueblo que corte la lengua á todo maldiciente; porque lo que han dicho de mi pobre hija... vamos, no es para contado! Gracias á Dios que al fin en premio de su virtud encuentra la dicha y la encontramos todos, porque señora mejor no podíamos desearla. Yo sobre todo espero de ella todo lo que le pida: siempre fué agradecida y generosa y no dejará de serlo ahora, mucho menos conmigo. ¡Miradla, miradla qué hermosa está! Parece que ha nacido para reina. ¡Cuando pienso que la he criado á mis pechos...!

Viendo que se acercaba Amanda á aquel sitio, pasó delante de todas las que la escuchaban y quiso ser la primera en recibir las afectuosas miradas de la condesa de Rosven.

Ella fué la primera que la saludó con aquel título, y Amanda le replicó en tono de dulce reconvencion:

—No por Dios, nodriza, no se os ocurra jamás de llamarme condesa; llamadme Amanda é hija mia, como antes. Yo no he cambiado ni en mí se ha verificado variacion alguna. ¿Me prometeis llamarme siempre Amanda?

La nodriza no podia responder de puro contenta.

—¿Me prometeis, replicó Amanda, llamarme alguna vez hija mia?

La bondadosa hija de Fitzalan viendo á su buena nodriza

abrumada bajo el peso de su cariño, le echó los brazos al cuello, y por cierto que jamás cortesano alguno se creyó tan honrado con el toison como la nodriza con aquel abrazo.

La comitiva se despidió y siguió su camino dirigiéndose al comedor.

Entonces la nodriza que públicamente habia recibido una prueba tan revelante del aprecio de su señora, entró en deseos de mostrar de algun modo su importancia.

Queria hacer y deshacer algo para que se conociese que si bien no era allí señora, ocupaba un lugar muy superior al de los arrendatarios y la servidumbre.

Ya desde por la mañana habia visto con cierto asomo de celos el desembarazo y la iniciativa de la señora Virginia en cuanto á disponer lo que convenia al servicio de los señores. Todos los criados preguntaban á la señora Virginia, todos se informaban de la señora Virginia, no habia plato ni servilleta ni compotera que no viniese de manos de la señora Virginia.

La antigua ama de llaves, por su parte, no dejaba de darse tono viendo cuántos labriegos y arrendatarios envidiaban aquel desparpajo con que ella iba, venia y disponia.

La nodriza, ademas de querer ostentar su categoría, era mujer activa y hacendosa y no se hallaba bien mano sobre mano donde los demás trabajaban.

Así fué que movida por esos dos impulsos, quiso ya desde el principio tomar una parte activa en la alta discrecion de las numerosas faenas del dia, ayudando á distribuir los refrescos y diciendo en qué modo y forma la distribucion debia hacerse.

La señora Virginia, como mujer desde largo tiempo

acostumbrada á arreglarlo todo, sin intervencion ni competencia, no llevó á bien las libertades de la nodriza ni vió con placer que los criados obedeciesen órdenes que ella no les habia dado; pero calló su resentimiento y se limitó á decir á la nodriza que no se tomase tanta molestia; que en lugar de servir se aprovechase de aquella ocasion para ser servida; «pues á Dios gracias, añadió, estoy yo aquí «para cuidar de todo, y al cabo de mis años no es mucho «que me baste y me sobre para mandar lo que deba ha«cerse.»

Con el trajin habia entrado en calor la nodriza; arremangóse su vestido de seda, regalo de la desdichada Malvina, dió la colocacion que le pareció mejor á muchas piezas de la vajilla, y dijo á la señora Virginia:

— Esto debe estar así porque yo conozco mejor que nadie los gustos y costumbres de la señorita Amanda: quiero decir de la señora condesa, y despues tambien os enseñaré cómo debeis colocar ciertos muebles de su gabinete para que estén á su gusto.

—¡Si os digo que no os quebreis la cabeza, señora Magdalena! dijo ya amoscada el ama de llaves. O soy yo ó sois vos quien corre á cargo de esas cosas. ¿Me quereis enseñar á mí...? muchas gracias; que no estoy en edad de aprender.

—Cuando menos en lo que hace al modo de servir á mi querida señorita, es decir, á la condesa, me parece que algo podria yo enseñaros, señora Virginia.

—Pues yo no quiero saberlo, ea.

—Pues ea: yo quiero que se la sirva como es debido.

Y aquí levantaron las voces hablando á un tiempo hasta

que por fortuna entró David, el marido de la nodriza, y las reprendió á entrambas por el mal modo que tenian de demostrar su afecto á sus amos en un dia tan solemne.

El buen David encontró un par de frases que conmovieron á las dos rivales, y en aras de la armonía y la paz depusieron sus rencores y convinieron en que para mejor facilitar el difícil servicio de aquel dia, la nodriza cuidaria de la mesa de sus amos, y la señora Virginia de todo lo concerniente á los arrendatarios y criados.

Esta tempestad no apareció en la superficie, de modo que al entrar la comitiva lo halló todo tranquilo.

Mortimer tuvo además la satisfaccion de hallar á Eduardo que habia ido á felicitarles, y se empeñó en que les acompañara á la mesa.

La comida fué tan tranquila como animada, y despues de comer, sin levantarse de la mesa, vieron á los labradores entregarse á alegres danzas al son del arpa.

Despues de tomar el té, Mortimer llevando del brazo á Amanda y seguido de los demás, se acercó al grupo de aldeanos, y sentándose todos junto á ellos gozaron del espectáculo de aquella diversion.

De cuando en cuando Mortimer dirigia á Amanda algunas preguntas, á que ella contestó siempre con señales de visible satisfaccion.

Así se pasó todo aquel dia: todos quedaron satisfechos de la mudanza sobrevenida en el castillo, y la gente campesina se retiró del palacio persuadida de que en la vida no habia de olvidar aquella fiesta.

Durante los ocho dias que siguieron al de la boda todo fué regalos y visitas en el palacio de Tudor.

Amanda no se desmintió en aquellos momentos, ni dejó de enviar muestras de su aprecio á ninguna persona á quien hubiese quedado agradecida.

Una de las cartas que con mas placer escribió Amanda fué la que iba dirigida á Leoncio, suplicándole que diese licencia á su hija Emilia para que fuese á pasar unos dias á su lado.

Leoncio contestó muy agradecido, y en efecto Emilia se presentó en el palacio de Tudor á abrazar á su bienhechora.

Amanda salió muy gozosa á recibirla, pero de pronto vió que Emilia quedaba atónita, miraba á lo lejos y suspendia todo movimiento.

Volvió los ojos Amanda, deseosa de conocer la causa del estupor de su amiga, y vió á Eduardo que corria hácia esta y la cogia de las manos.

—¿Cómo, exclamó Amanda, os conociais?

—¡Es él, contestóle Emilia en extremo conmovida, es él!

—¡Él!

—¡Sí, el que me amaba, el que yo amaba cuando en mal hora se presentó á solicitar mi mano el caballero Parvent!

—¡Ah! gritó Amanda, y volviéndose á Eduardo y mirándole con una admiracion que traducia perfectamente su benevolencia; ¡vos fuisteis el bienhechor de la familia de Leoncio! ¡vos fuisteis quien á la primera mirada supo conecer las bellas cualidades de Emilia; vos quien solicitó su mano y supisteis sacrificar vuestra felicidad á la suya...! ¡Oh, vuestras virtudes no han de quedar sin recompensa, y yo quiero intervenir...!

—Señora condesa, dijo Eduardo, mi recompensa ha de estar sólo en mi corazon.

—¡Cómo! ¿Habeis renunciado ya al amor de Emilia, habeis renunciado á su mano?

—¡No he renunciado á su amor! ¡su mano me ha sido arrebatada!

—¿Y si yo la pusiera entre las vuestras...?

—¿Cómo, señora, qué decís?

—Que Emilia os ama; que el caballero Parvent es como si no existiera, y que podeis ser tan dichoso como habeis merecido serlo.

Enlazó Amanda las manos de Eduardo y Emilia y les abrazó con todo su corazon, prometiéndoles de nuevo que les aseguraria la dicha.

CAPITULO LXXXII.

La bienandanza cunde.

Aquel mismo dia escribió Amanda al capitan Leoncio y á su mujer pidiéndoles la mano de Emilia para Eduardo, y advirtiéndoles que ella ya habia comprometido su palabra de que nadie haria oposicion á su casamiento.

Mientras esperaban la contestacion de Leoncio y su esposa, tanto Mortimer como Oscar dieron evidentes pruebas del interés que les inspiraba la suerte de los dos amantes, y Oscar prometió que si aquel proyecto hallaba la menor repugnancia en el bravo capitan, él iria á Londres sólo para persuadirle y alcanzar el solicitado permiso.

Eduardo y Emilia se entregaron á la mas plácida confianza, y sus corazones experimentaron las mas crueles zozobras el dia que llegó al palacio de Tudor la carta de Leoncio.

Iba esta dirigida á Amanda, que empezó leyéndola para

sí, pero despues levantando la voz dió á todos razon de su contenido.

Leoncio concedia el permiso para que su hija se casara con Eduardo, y á esta noticia los dos amantes exhalaron un grito de alegría.

Amanda y Oscar quisieron ser padrinos de la boda, y la ceremonia se verificó en la capilla misma donde habian pronunciado sus juramentos Mortimer y su esposa.

El matrimonio no se celebró hasta que Leoncio y su mujer llamados á toda prisa por Amanda se hallaron presentes.

Mortimer hizo á Emilia un regalo que bastaba para asegurar á ella y á su esposo una vida independiente.

Leoncio, que tenia que desempeñar el destino que por influjo de Carlos Bingley habia obtenido, se volvió con su mujer al cabo de algunos dias satisfechos ambos de dejar tan bien acomodada á su hija y no menos satisfechos del trato que habian recibido de los señores de Tudor.

Contemplando la felicidad de Emilia, dijo un dia Amanda á su hermano que era preciso asegurar de una vez la subsistencia de la nodriza y toda su familia.

—No parece sino que hayas pasado la noche á la cabecera de mi cama, le contestó Oscar.

—¿Por qué?

—Porque toda esta noche la he pasado soñando con Magdalena y su esposo, y se me figuró que les habia dado el pedazo de terreno que desde el huerto de su casa se extiende hasta el barranco.

—¡Oh! ¡bien sueñas! dijo Amanda, me parece que ya les oigo manifestar su alegría.

Entró en aquel instante Mortimer, diéronle cuenta de lo discurrido y convinieron en que aquella misma tarde comunicarian la noticia á la familia.

En efecto, al caer el sol salieron como de paseo y se detuvieron para descansar en casa de la nodriza.

Poco hacia que se habian sentado cuando volvió David del campo, y quedó no poco sorprendido de ver tan favorecida su rústica morada.

—No sé si me atreva á entrar, dijo el honrado labrador, porque traigo manos y piés llenas de fango.

—Pasad adelante, dijo Amanda levantándose, y dejadlo todo enseguida para hacerme un favor.

—¡Cómo! ¿yo puedo haceros un favor, señora condesa...?

—¿A ver si decís un disparate? le interrumpió Amanda; ¿soy yo aquí condesa?

—Aquí, dijo David lleno de gozo, sois como siempre la hija de mi bravo capitan y la perla de las mujeres.

—Así me gusta que me requebreis: dadme esa mano.

—De buena gana, pero... no puede ser; mirad qué sucias las traigo del campo.

—Pues yo, dijo Amanda riendo, bien limpias las tengo y os las doy sin reparo.

—Sí: mas...

Amanda de un salto cogió por sorpresa la mano de David y le dijo:

—¡Ingrato! Os vengo á dar el pedazo de tierra que desde vuestro huerto va al barranco, ¿y vos me negais la mano?

—¡Amanda! ¿será verdad? ¡Oh qué buena sois! ¿Lo sabe ya Magdalena?

—No, porque hemos querido que os deba á vos la agradable sorpresa que ha de causarle la noticia.

—Sois más buena de lo que yo sé, exclamó David; todas las cosas buenas se os ocurren á vos. ¡Magdalena, Magdalena!

Oyó la nodriza las voces de su marido, acudió presurosa, y enterada de la fausta nueva quiso que inmediatamente enviasen un recado á su hija Elena para que participase de su alegría.

Amanda le suplicó que no lo hiciera así, pues á la tarde siguiente ella con su esposa y su hermano querian ir paseando á casa de Timoteo Chip para hacerle saber que él y su esposa Elena vivirian en lo sucesivo en una casita que Mortimer queria tener muy bien cuidada, y que los campos, el bosque, la huerta y el producto de la pesca de aquella posesion seria todo de los colonos.

La alegría de Magdalena fué tan grande en aquel momento, que olvidándolo todo se arrojó sobre Amanda y estampó en sus carrillos mil retumbantes besos.

Al dia siguiente fueron á dar la buena noticia á Chip y á Elena, que quedaron pasmados, pareciéndoles imposible que pudiera haberles cabido tanta dicha.

Elena no quiso permanecer un momento mas en su casa apenas hubieron salido de ella los condes de Murley, y ella y su marido fueron corriendo á dar parte al buen David y á Magdalena de su alegría.

Al saber que el dia anterior habia recibido David de la misma mano la considerable extension de terreno que hasta entonces habia separado del barranco su pequeña propiedad prorumpieron todos en bendiciones á Amanda.

Mortimer no cabia en sí de gozo viendo que su esposa hallaba en la beneficencia tantos tesoros de alegría para todos, y Amanda misma gozaba de una felicidad que no se habria atrevido á esperar en la tierra.

Oscar participaba de todos sus castos placeres; pero á veces solo y melancólico deploraba que no hubiera dichas para él en la tierra y que sólo pudiese complacerse en las ajenas.

Amanda disimulaba por no afligir á su esposo; pero mas de una vez se habia acongojado viendo señales de llanto y de tristeza en el rostro de su hermano.

Por entonces recibió Oscar una carta en contestacion á otra que habia escrito él á la señora Marlove.

El agradecido hijo de Fitzalan recordaba las bondades que con él habia usado aquella señora, y ya que se hallaba en una situacion que le permitia favorecer á los que le querian bien, quiso saber de aquella buena amiga si le podia ser útil en algo y tambien le escribió con la remota esperanza de tener noticias de Adela.

La señora Marlove, pues, le contestó dándole la enhorabuena por las felices nuevas que de él y su hermana le comunicaba. Con respecto á Adela le decia que segun le habian informado, hacia algun tiempo que se hallaba en una de las posesiones de Belgrave.

«En cuanto á mí, añadia, vivo triste, amigo mio. Paso «la vida sola, llena la memoria de recuerdos, algunos de «ellos agradables, como son los que atestiguan el afecto que «creo me profesan las personas que me han conocido bien.

«Pero os lo confieso, me falta aquel calor con que en «otro tiempo la amistad templaba mis amarguras.

«Mis ventanas permanecen cerradas largo tiempo; los «senderos del jardin se cubren de yerba; hasta los criados «tienen estampado el sello de la tristeza en el semblante.

«¿Sabeis qué hago para interrumpir á veces la monoto-«nía de mi existencia? Visitar la sepultura del general «Berbice, forjarme la ilusion de que mi antiguo bienhechor «y amigo me da consuelos y me encarga que viva por si «algun dia puedo ser útil á su hija, y llorar su memoria «bendecida.

«Hé aquí mi vida, mi estimado conde de Murley; pero «conozco que no la podré soportar mucho tiempo. No puedo «esperar que un esposo, una hija cierren mis ojos ni me «acompañen en mis últimos instantes, y esta idea, que no «se nos ocurre en la juventud, llega á ser constante y «única en la vejez para los que viven como yo.

«En fin, á lo menos sé que si la noticia de mi muerte «llega á vuestros oidos y á los de Adela, aunque sea desde «lejos me llorareis y esta esperanza me sirve muchas veces «de consuelo.»

La carta afectó vivamente á Oscar, y su hermana conoció que la señora Marlove debia de hablarle en ella de la mujer que habia hecho y aun hacia palpitar de amor el corazon de su hermano.

Los siguientes dias los pasó el nuevo conde de Murley mas agitados que nunca.

Levántabase temprano á pretexto de la caza y permanecia fuera de casa la mayor parte del tiempo.

Por desgracia todo el afecto de Amanda no era bastante á curar aquella pasion y no podia hacer mas que compadecerla.

Tiempo es ya de que enteremos al lector de la suerte de Adela, y como precisamente en el período de que tratamos le ocurrió un suceso que no puede pasarse en silencio, creemos que esta es la ocasion mas oportuna para volver los ojos á la desgraciada víctima de Belgrave, robada en mal hora al cariño de Oscar y á la compañía de un honrado padre, para ser objeto de continuos desprecios y de la dura tiranía á que sujetaba el coronel á cuantos le eran inferiores.

CAPITULO LXXXIII.

El padre de Juliana.

Muerto el general Berbice, el coronel Belgrave se llevó á su mujer á Inglaterra.

Sabia él que la señora Marlove no seria cómplice y encubridora suya, y por consiguiente resolvió que no le convenia para amiga de su esposa.

Adela vivia triste, porque faltándole su padre le faltaba ya el único puerto seguro á que hubiera podido dirigirse en las tempestades que podria levantar la depravada conducta de su esposo.

Para mayor tormento suyo tenia que concurrir á fiestas donde no hallaba su corazon placer alguno; pero su esposo la obligaba á ir á los salones á ostentar sus diamantes y sus lujosos vestidos.

La resignada víctima no se negó al cumplimiento de ninguno de sus deberes por penoso que fuera, y languide-

ciendo en el desamor y la esclavitud, lloraba á sus solas ya que le era forzoso reir en presencia de las gentes.

Cuando Belgrave concibió su infame proyecto contra la honra y el reposo de la familia del capitan Vatel, dispuso que su mujer se trasladase á la quinta misma donde en otro tiempo habia querido encerrar á Amanda, y de la que, como recordará el lector, se habia salvado esta, gracias á los brutales celos de aquella miserable criatura que la dejó perdida de noche en el oscuro bosque.

Aquella quinta fué pues el asilo destinado por el coronel á su desdichada esposa.

No queria que durante aquel período de tiempo, es decir, mientras no hubiese logrado su bárbaro propósito, tuviese que vivir sometido á ciertas exigencias, ni que una casualidad hiciese á su mujer sabedora de lo que tramaba.

Ausente Adela de Londres, él pudo instalarse de huésped en casa de la señora Cónels con el nombre de caballero Parvent, y no dejaba en apariencia abandonada á Adela.

Esta partió para la quinta, donde no se hallaba ya la desenvuelta moza que tantas injurias hiciera padecer á Amanda; pero ocupaba el lugar de aquella otra mujer no menos celosa de las distinciones de Belgrave, que gobernaba despóticamente y no reconocia freno ni era capaz de atender á consideracion alguna.

Esta recibió del coronel el aviso de la llegada de su esposa y el encargo de que no recibiese visitas ni tuviese trato con nadie ni saliera á largos paseos.

No podia escoger á persona mas apta para privar á Adela de toda libertad.

Vigilada constantemente, encerrada de noche en su cuarto, perseguida en sus breves salidas al jardin y tratada sin aquel respeto á que tenia derecho hallándose en casa de su marido, la desdichada esposa de Belgrave devoró en silencio mil ultrajes, sin mas consuelo que el de su conciencia, cuya voz le decia que no habia merecido tan infeliz suerte.

Pensaba en su padre, se acordaba de que el buen anciano le habia deseado toda suerte de felicidades, y esperaba resignada que en esta vida ó en otra hallaria la compensacion á su martirio.

Verdad es que al acordarse de las caricias á que la habian acostumbrado desde sus primeros años, se irritaba su impaciencia; pero la razon la llevaba despues á mejores sentimientos y ofrecia sus quebrantos al que desde el cielo podia bendecirla.

Su docilidad no fingida y nada equívoca consiguió al fin que su misma carcelera mitigase el rigor con que la tratara al principio, de suerte que un dia le dijo esta que podria, si era de su gusto, prolongar su paseo fuera del jardin hasta el límite señalado por una cruz de piedra.

Adela se aprovechó del permiso, mas no llegó nunca hasta aquel límite, sino que se redujo á visitar con frecuencia el cementerio.

Al caer la tarde, en medio de la paz que reinaba en aquel recinto, turbado sólo el silencio por el rumor del viento entre los cipreses, Adela sentada en un lugar retirado, pensaba en la vida futura y se complacia en imaginar á su padre en el seno de la beatitud, recibiéndola

entre sus brazos y estrechándola en suaves lazos que no habian de desligarse en toda una eternidad.

Un dia embebecida en tan plácidas ideas permaneció en el cementerio mas tiempo de lo acostumbrado.

La luna apenas dibujaba su blanca forma en el claro azul del cielo; cerraban pausadamente su cáliz las flores: recogíanse las aves á sus nidos, y en medio de la solemnidad de la naturaleza, sublimada por los pensamientos que despierta el aspecto de los sepulcros, llegaba desde lejos á los oidos de Adela el suave sonido de una flauta.

Tenia la frente apoyada en la palma de la mano y vagaba su imaginacion por las regiones puramente ideales, cuando de repente vió moverse las matas que rodeaban una sepultura y levantarse un anciano de aspecto venerable.

Adela sobrecogida lanzó un grito, y el anciano volviéndose á ella la tranquilizó con la suavidad de su mirada.

—No os asusteis, señora, le dijo, además que ningun mal os deseo.

—Perdonad, replicó ella; creia estar sola en este tranquilo sitio.

—Y podeis decir que lo estabais. Yo no me cuento ya entre los vivos; no soy mas que una sepultura humana destinada á guardar recuerdos.

—¡Tambien vos sois desgraciado!

—¿Decís tambien, vos, tan jóven? ¿Mas de qué me maravillo? Harto sé yo que la desgracia suele anticiparse muchas veces á la ancianidad... Perdonad, os digo yo á mi vez, y permitidme que en nombre de la comun des-

gracia os exhorte á sufrir con resignacion y buen ánimo. Os quedan aun largos dias que vivir en la tierra; la juventud es fuerte, los recuerdos son frágiles y nuevos sucesos os pueden traer la felicidad. Yo perdí una esposa, una hija... ¡Oh señora! qué triste, qué dolorosa, qué mortal es la conviccion de que ya no he de recobrar en esta breve vida á la hija de mi alma!

Lloraba el anciano, y aunque habia hecho ademan de irse parecia clavado en aquel sitio y no habia en él voluntad de levantar los piés.

—¡Oh Dios mio! exclamó Adela, ¡vos soportabais tranquilo vuestros pesares y mis palabras han sido la causa del llanto que derramais! Ya que no pueda mitigar vuestro quebranto, quisiera á lo menos no haberlo aumentado.

—No os acuseis, le replicó él dulcemente, de una culpa que no es vuestra, sino de mi angustioso estado. Si sabeis lo que es llorar por los que ya no viven...

—Vedme aquí, donde todos los dias dejo correr las lágrimas, único lenitivo á mi dolor, porque á lo menos las vierto junto á la sepultura de mi pobre padre.

—¡Cómo, dijo el anciano volviéndose, sois la hija del general Berbice!

Adela le respondió con un movimiento afirmativo.

—¡Sois desgraciada... oh! lo comprendo: vos sois la esposa del... coronel Belgrave.

Adela dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—No me sorprende, prosiguió él, antes me explico y deploro vuestra desgracia como propia. ¡Oh señora...! vos nada me habeis dicho; pero yo adivino que vuestra infelicidad nace de vuestro esposo: no le defendais, no que-

rais defenderle: es imposible que siendo mujer y teniendo estimacion hayais podido vivir á su lado sin experimentar los efectos de su perfidia y su bajeza. No sabeis vos el derecho que tengo para hablar así: yo soy su víctima infeliz...

Detúvose un momento el anciano y despues prosiguió:

—Las injuriosas palabras que contra vuestro esposo he pronunciado me obligan á una satisfaccion y deseo dárosla cumplida. Herido estaba yo por la desgracia antes que ese hombre me saliera al paso; pero me quedaba entonces un consuelo, una esperanza y él me lo arrebató, ¡él inhumano... me lo arrebató!

Adela se sentia vivamente interesada en la desgracia del anciano, y se dejó conducir por él á un poyo que cubierto por las ramas de un sauce corria á lo largo de la pared del cementerio.

El anciano se sentó á su lado y comenzó el relato de sus desventuras...

¡Cuál fué el asombro de Adela al conocer en él al esposo de la señora Marlove, de su querida amiga, cuya separacion le costaba tantas lágrimas!

Escuchábale atenta, agitábase su pecho, queria interrumpirle y no osaba arriesgarse, hasta que al fin no pudiendo ya contenerse le dijo:

—¡La esposa que llorais vive todavía, jamás os ha sido infiel y hace muchos años que ha pagado sus leves imprudencias con el duro castigo de vivir separada de las prendas de su corazon!

—¡Qué escucho! dijo el anciano, vive... ¡vos me lo asegurais...!

—Sí; ha sido mi mejor amiga, la cuidadora de mis tiernos años, y yo he de pagarle en parte el mucho cariño que le debo, volviendo á sus brazos al esposo que siempre fué por ella respetado.

—¡Injusto... harto severo... injusto, ya lo he dicho, fuí con ella! ¡Oh esposa mia, aun podré mostrarte que he merecido tus recuerdos...

Mientras el anciano desahogaba en lágrimas su alegría, Adela le contó cuantos pormenores podia desear acerca de su esposa y el buen anciano no cesaba de bendecirla.

Cuando Adela volvió al silencio, el anciano en frases breves y rápidas le refirió la causa de su ódio á Belgrave.

El lector podrá comprenderla sabiendo que el esposo de la señora Marlove no era otro que el padre de Juliana, el que habia recogido á Amanda abandonada en medio del bosque por las miserables mujeres de la quinta.

Era pasada ya la hora en que Adela solia retirarse todos los dias del cementerio, y para no dar ocasion á que ejerciese en ella sus rigores la carcelera (que así podemos llamar á la mujer autorizada para vigilar su conducta) se despidió brevemente del anciano, rogándole que no la acompañase y diciéndole que al dia siguiente se verian para concertar el modo de reunirse él con la señora Marlove, á quien debia prevenirse antes para que el extremado placer que le habia de causar la novedad no le fuera funesto.

El anciano se despidió bendiciendo al cielo, á su mujer y á Adela, y esta se retiró á vivo paso.

Conmovida con el extraño encuentro y gozándose de antemano en la dicha de su amiga, no pudo cerrar los ojos en toda la noche.

Comenzaba ya á despuntar el alba cuando se rindió al sueño.

Despertóla á hora muy temprana cierto desusado ruido y el ir y venir de gente por la casa.

Vistióse temerosa á toda prisa y salió del cuarto á preguntar la causa del estrépito.

Una de las mujeres que halló al paso bajó en su presencia la cabeza, y sin rodeo alguno le dijo que su esposo habia muerto.

Adela, llena de horror y espanto, presintió que su esposo habria perecido en alguna catástrofe; pero no le dieron tiempo á reflexionar mas las voces de los que anunciaban que el cadáver acababa de ser introducido en la casa.

CAPITULO LXXXIV.

Los esposos de Marlove.

En un momento se sintió Adela poseida de toda su dignidad, y así como hasta entonces obedeciera tímida y sumisa, á la vista del féretro de su esposo comenzó á dar órdenes como señora, y su firmeza impuso de tal manera á la canalla que todos la obedecieron servilmente.

A la verdad, no podia Adela llorar á Belgrave, porque no perdia en él á un esposo amante y afectuoso ni á un compañero de noble y digno comportamiento; pero lamentó la desgracia de sus extravíos que jóven aun le habian precipitado al delito y al sepulcro sin tiempo de arrepentirse y sin dejar un estimable recuerdo en los corazones honrados.

Dispuso que su enterramiento y exequias se verificasen de un modo conveniente, pagó con largueza á los sacerdotes y á los que habian cuidado de la conduccion del cadá-

ver, y no extrañó que no la hubiesen prevenido del infausto suceso de su marido antes de llevar su cuerpo á la quinta, pues como él tenia prohibido que entregasen á su mujer papel alguno, las cartas que con aquel motivo se le habian escrito las habia guardado su celosa carcelera para entregarlas á Belgrave, sin sospechar que en ellas se expresaba cuán inútil era precaucion semejante.

Cumplidos los deberes de su posicion, mandó buscar Adela al esposo de la señora Marlove.

El anciano habia esperado con impaciencia aquel momento y se presentó muy en breve á su vista.

—No me he olvidado de nuestro proyecto, le dijo ella, y ahora que soy dueña de mi voluntad me propongo acelerar en lo posible el momento de vuestra dicha y ser testigo de ella.

—La bondad de vuestro corazon se revela en cada una de vuestras palabras. Mientras he estado sin veros he creido que en efecto seguiais acordándoos de este pobre viejo.

—Bueno es quien juzga bien de los demás.

—¡Ay! Ojalá hubiera yo juzgado con menos severidad y precipitacion á mi esposa, exclamó él, y no habria padecido tanto en este mundo ni habria sido causa de tantos padecimientos.

—Olvidad, amigo mio, todas las amarguras pasadas y ocupémonos sólo de los consuelos que aun podeis dar y recibir. Yo parto muy en breve para Irlanda y os suplico que tengais á bien acompañarme.

—Sois delicada en todo. Os brindais á llevarme á ver á mi esposa y revestís vuestro favor con las apariencias

de una súplica. Vamos, vamos allá. ¡Oh esposa mia! Si no hubieras sido buena, no merecerias el aprecio de almas tan bondadosas como la de este ángel.

Alargó el viejo la mano á Adela y estrechó con efusion la que esta le presentó.

Convinieron en que fuesen muy rápidos los preparativos de su viaje y se separaron para no perder el tiempo.

Al dia siguiente se pusieron en camino para Irlanda.

Seis dias emplearon en el viaje, y durante aquel tiempo Adela preparó el ánimo del afligido esposo para que no recibiese un golpe demasiado fuerte al llegar al término á que se encaminaban.

Para que tampoco experimentase la señora Marlove los afectos muchas veces fatales de una súbita alegría, Adela se encaminó sola á su casa.

La señora Marlove apenas la hubo visto se levantó, corrió á su encuentro y sin poder pronunciar una palabra la estrechó fuertemente contra su corazon.

No con menor afecto la estrechó Adela entre sus brazos, y ni una ni otra se cansaban de prodigarse las mas tiernas caricias.

Despues de desahogados sus corazones, la señora Marlove hizo sentar á su amiga á su lado, y viendo su traje completamente negro le dijo:

—¿Qué significa el color de vuestro vestido, querida Adela? ¿Acaso una nueva desgracia...?

—Es cierto, respondió Adela, que ignorais la novedad ahora ocurrida.

—¿Os ha privado tal vez la muerte de alguna persona querida?

—Ha muerto Belgrave.

—¡Belgrave!

Permaneció un momento sorprendida la señora Marlove y despues dijo:

—Amiga mia, triste cosa es no poder llorar la muerte de un esposo. Yo comprendo muy bien que no hagais extremos de dolor; vuestra lealtad no os lo consiente. Sé que le habreis compadecido por sus extravíos y que al acordaros de él podreis respirar tranquila, porque nada habeis hecho que pueda avergonzaros, sino muy al contrario. Olvidémosle como no sea para rezar por él.

Quedaron un breve rato silenciosas las dos amigas.

Adela pensaba que el anciano esperaba impaciente el resultado de su visita.

Habria querido ella que en aquel momento se hubiese aguzado mucho su ingenio para encontrar el mejor modo de ir preparando á su amiga, y la presencia misma de esta la turbaba hasta el punto de no dejarle discurrir cosa alguna favorable á su proyecto.

La señora Marlove interrumpió sus reflexiones rogándole que le diese noticias de lo mas notable que le hubiese acontecido desde que no se veian, y Adela por complacerla y creyendo que hallaria modo de incluir en su relato el encuentro con su esposo, empezó su narracion inmediatamente.

Contó muy breve y sucintamente los sucesos mas importantes y llegó al dia en que rezando sola vió levantarse de junto á una sepultura al venerable anciano.

Tuvo tan buen acierto en la manera de comenzar aquel suceso, que la señora Marlove la escuchó con creciente interés desde aquel momento.

Adela, conmovida al ver el efecto que la insinuacion de la aventura producia en su amiga, estuvo tan patética al repetir los lamentos del anciano sobre la pérdida de su hija, que su amiga tuvo que llevarse repetidas veces el pañuelo á los ojos.

Aprovechó aquella ocasion la comprometida narradora, y añadió en seguida:

—No era esta la única desgracia que deploraba el anciano, sino tambien la pérdida de una esposa.

—¡Desgraciado! dijo con voz ahogada por los sollozos la señora Marlove.

—Lloraba sus perdidos afectos, la soledad de su corazon y la imposibilidad de dar cabida en él á esperanza alguna.

—Pero vos le consolariais con vuestro dulce acento.

—Sí; yo le dije: la esposa que creeis muerta y á quien creisteis perjura, vive todavía...

—¿Vive? ¿Se lo dijisteis...? ¿no le engañabais?

—Anduvisteis precipitado en vuestros juicios, añadí; vuestra esposa no ha sido indigna de vos; ha merecido el aprecio de las personas mas respetables, de mi padre mismo; es mi amiga y yo encuentro la paz en sus brazos.

Al decir estas palabras se arrojó Adela en brazos de la señora Marlove, que pálida y estremecida la contemplaba con la mayor ansiedad.

—¿Qué quereis decir, Adela mia? ¿Me habré engañado? ¿Qué habeis querido darme á entender? Sacadme por Dios de la ansiedad en que me encuentro... Me siento ahogar... Creo soñar un imposible...

—No, amiga mia, no soñais; agradeced al cielo...

—Pero en nombre del cielo mismo: ¿hablais de mi esposo, hablais de Marlove?

—De él os hablo, tened buen ánimo: el cielo os le devuelve.

—¡Será cierto!

—Le vereis ahora mismo, pues impaciente espera gozar de vuestra presencia.

—¡Oh Dios mio! ¿Cómo no ha venido con vos?

—Conmigo viene. Yo quise prepararos...

—¡Oh, venga, venga á decirme que me ha devuelto su aprecio.

La señora Marlove se dejó caer en el sillon.

Adela salió del aposento y al cabo de breves instantes entró Marlove.

Era tal su conmocion que apenas podia dar un paso.

La señora Marlove hizo ademan de levantarse; pero no pudo y quedó con los brazos abiertos.

Él cayó de rodillas á sus piés.

La mujer le echó los brazos al cuello y juntos despues de tantos años confundieron sus lágrimas y sus sollozos, así como les era comun aquella mezcla inexplicable de pena y de placer que gozaban sus corazones.

—¡Mis hijos! exclamó con angustia ella... ¿y mis hijos?

Marlove al oir aquella exclamacion lanzó un gemido y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Ay de mí! ¿Nos los ha arrebatado la muerte? ¿No podré abrazarlos mas? ¿Tan duro será el castigo con que el cielo...

—Reportaos: aun podreis abrazar á vuestro hijo en la

tierra, y rogad á vuestra hija que desde la eternidad mire por nosotros.

—¡Muerta! ¡muerta mi hija! ¿Qué causa, cómo...

—No me lo pregunteis por piedad, que no podria decíroslo ahora.

Lloraremos ambos sobre su sepultura, nos confortaremos uno á otro en la comun desgracia, y cuando os hayais acostumbrado al dolor de verla muerta y al consuelo de saber que fué buena, inocente y pura, os contaré la historia de sus desgracias.

—¡Oh piadosos cielos! exclamó la madre, ojalá no tenga yo parte alguna en su prematuro fin.

—No, esposa mia, no; tranquilizaos.

Adela deseosa de que no se entregasen demasiado al sentimiento, entró en la habitacion, y poco á poco por medio de sus juiciosas observaciones y sobre todo de sus afectuosas muestras de íntimo cariño, fué mitigando su dolor.

Pasó todo aquel dia y la noche con ellos, y á la mañana siguiente quiso partir para la posesion campestre que no habrán olvidado nuestros lectores, donde viera por primera vez al cazador Oscar.

Necesitaba Adela soledad y reposo, y aunque absoluta soledad y completo reposo no podia encontrarlos en aquel sitio, donde por fuerza la habian de acosar las memorias de otros mas felices dias, á lo menos allí podria abandonarse por completo á sus sensaciones.

Desde muy temprano se encaminó con su amiga á los lugares donde habia corrido plácida y feliz su vida entre las caricias de su padre y las bellezas de la naturaleza;

donde había oido de labios de Oscar las primeras insinuaciones de amor.

Todos volvemos con cierto gozo melancólico á lo que nos recuerda las venturas pasadas, y este gozo es tanto mas suave cuanto mas convencidos nos va dejando el tiempo de que ya nada tenemos que esperar de las alegrías prometidas.

Las mismas causas que en otro tiempo habian hecho desear á Amanda las sombrías arboledas y las risueñas fuentes del parque de Tudor, llevaban á Adela á contemplar los sitios de la quinta sellados con las memorias del oficial Fitzalan.

Todo era silencio en la casa, donde en otro tiempo repetian los ecos la alegre voz de la feliz doncella.

Por una verde pradera andaba libre paciendo el caballo predilecto del general, y á su lado dando saltos y como reclamando sus caricias, el perro leal que ya no velaba el sueño de sus amos.

El pobre animal dejó repentinamente el lado del caballo, y volviéndose hácia Adela, que aun estaba lejos, saltó cien veces á su seno, dando aullidos de contento y fatigándose con rápidas corridas y atropelladas vueltas.

Adela le dió á lamer las manos y se inclinó para acariciarle, y el perro, como suelen todos, lamió su rostro y la hizo llorar de contento al ver que en aquel lugar tan triste y casi abandonado se encerraba aun tan ferviente cariño para ella.

A los gritos del perro, que iba y venia desde la puerta de la casa hasta ella, se asomaron los criados.

El mas viejo, el que habia seguido al general Berbice

en todas sus campañas y habia llevado mil veces á Adela en sus brazos, maravillado y regocijado de verla repentinamente, la estrechó contra su corazon y la besó repetidas veces, no viendo en ella sino á la niña que él habia llevado de la mano.

Adela devolvió con trasportes de placer sus caricias al veterano tan curtido de rostro como tierno de corazon, y él la condujo á presencia de los demás criados que se habian ido agrupando al umbral.

Para todos tuvo Adela palabras consoladoras, á todos tranquilizó con respecto á su porvenir, de todos quiso saber si estaban contentos y si querian dejar su servicio por otra posicion mas independiente.

Aquellos buenos servidores le respondieron con lágrimas que nunca dejarian voluntariamente la morada de la beneficencia, y de tal manera le manifestaron su adhesion que hubo de prorumpir en el mas dulce llanto.

Despues de unos momentos de reposo, les suplicó que no la siguiesen y quiso disfrutar á sus solas de la vista del parque.

Cruzó las bellas calles de árboles y subió á un montecillo en donde muchas veces habia descansado en compañía de Oscar.

Caia al montecillo un mirador, y fijando Adela los ojos en los cristales, leyó grabado en ellos el nombre del jóven Fitzalan junto á la palabra «amor.»

Aquella sorpresa pudo mas que su serenidad, y resbalando del poyo, conmovida, sin aliento, sintió cubrírsele el corazon, cerrársele los ojos y cayó desmayada.

CAPITULO LXXXV.

Adela sabe el sacrificio de Oscar.

El aire sutil y ligero hizo recobrar á Adela los sentidos, y volviendo en sí tornó á su memoria el recuerdo de Oscar y de lo que acababa de ver grabado en los cristales.

Dudó al principio de si se habia alucinado, y volviendo la cabeza se persuadió de la realidad de lo que habia visto.

La certidumbre aumentó su tristeza.

No le pesaba de ser amada, antes al contrario, su corazon agradecia el verse objeto de un cariño como el que Oscar podia profesarle; pero esta misma circunstancia aumentaba su pesadumbre.

Comparaba lo que habia sido su existencia con lo que habria podido ser si Belgrave no se hubiese interpuesto en su camino.

Imaginaba que en aquellos momentos seria la esposa querida de un hombre pundonoroso y amante de su belleza y sus virtudes; entregábase á la idea de que acaso no habria muerto su padre si hubiese podido contemplarla siempre feliz, y aumentaba su dolor el considerar que toda esperanza risueña le estaba vedada.

Dió un profundo suspiro y clavó la vista en el nombre de Oscar.

Pudo leer bien la palabra «amor» que á aquel nombre precedia; mas desde aquel sitio no alcanzaba su vista á descifrar todo lo escrito.

Levantóse trémula, se aproximó al cristal y leyó lo siguiente:

«De estos sitios me arranca la fortuna;
«Parto y en ellos dejo el corazon;
«Mas la desdicha inexorable quiere
«Que amando viva y muera de mi amor.

«OSCAR.»

En efecto, cuando Oscar salió de Inglaterra con el propósito de ir á la India inglesa, habia visitado un momento y en secreto la quinta como para dar la última despedida á los lugares queridos donde, si habia padecido, á lo menos quedaba algun recuerdo del tiempo de sus malogradas esperanzas.

Allí con todo el ardor de su apasionado pecho habia escrito aquellas líneas, no para que las viese Adela, sino para dar un leve desahogo á su corazon.

Adela leyó y volvió á leer los cuatro versos y dijo conmovida hasta derramar lágrimas:

—¡Aquí dejó su corazon Oscar Fitzalan...! ¡No fué su destino menos triste que el mio! Partió... ¿á dónde partió? ¿Virirá? ¿Bajo qué cielo...? ¿á qué distancia de estos sitios en donde dejó el corazon?

Volvió á recorrer el escrito, y permaneciendo meditabunda largo rato, prosiguió diciendo:

—Amaba viviendo y vivia de amor... ¡Dios mio! Quizá la muerte... ¡oh terrible idea...!

Miró espantada á su alrededor como si hubiese de ver á Oscar muerto en el parque, y acosada de pánico terror se volvió apresurada á la casa.

El esposo de la señora Marlove, que habia llegado entre tanto, notó en ella señales de profunda tristeza; mas por discrecion y no por afligir á su esposa, de cuyo cariño á Adela estaba muy penetrado no quiso hacer observacion alguna.

Los versos de Oscar no se apartaban nunca de la memoria de Adela; siempre creia que leyéndolos de nuevo podrian devolver á su corazon la tranquilidad que habia perdido, y despues de comer volvió sola al montecillo y otra vez los leyó completamente absorta.

El anciano Hovel, que habia quedado solo con su esposa, dijo á esta que habiendo visto volver antes á Adela con señales de tristeza en el semblante, quizá seria bien que la acompañase en su paseo para distraerla.

Ella acogió bien la idea, salió hácia el parque y encontró á su amiga con los ojos fijos en los versos de Oscar.

Adela volvió la cabeza, y su rostro se cubrió de rubor por las ideas que la señora Marlove podia concebir á consecuencia de haberla visto entregada á aquella lectura.

—Vine á buscaros, le dijo su amiga, por si queriais dar un paseo conmigo. Temo que la soledad os inspire ideas demasiado melancólicas. Si no os ha de ser molesta mi compañía...

—¿Podeis creerlo?

—Entonces daremos una vuelta por el jardin y hablaremos de lo pasado.

—¿De lo pasado?

—Sí, hace ya tanto tiempo que no hemos dado un paseo juntas...

—Es verdad.

—Y que no hemos tenido una conversacion agradable...

—¿Y aun creo que objetos de conversacion agradable para mí no los ha de haber en lo pasado.

—¿Cómo hablais así? ¿Por ventura no hubo para vos como para todo el mundo una época de paz y de ventura?

—¡Ay, sí!

—Y no guardará aquella época ningun recuerdo agradable para vos? La confianza habitaba en vuestro corazon y la risa entreabria de continuo vuestros labios. El cariño y la amistad seguian vuestros pasos... Y por cierto que aun no me habeis preguntado por uno de los amigos á quienes fuisteis mas cara.

Adela sintió estremecido el corazon, no dudando que de quien se le hablaba era del oficial Fitzalan.

Volvió el rostro para que en él no leyese la señora Marlove lo que en su corazon estaba pasando y no pudo contestarle ni una palabra.

—Vos que no sois ingrata, añadió á esta, ¿habreis olvidado acaso al bueno de Oscar? A fé que no mereceria semejante pago, amiga mia, pues él se ha ocordado... se acuerda mucho de vos.

—¡Se acuerda!

—Sí, y le interesa mucho vuestra suerte. Vos sin duda no sabeis de él.

—No, señora.

—Pues no le correspondeis cual merece su amistad.

La conmocion de Adela iba aumentando por grados y la señora Marlove, ó mas bien la señora Hovel, ya que este era el verdadero nombre de su esposo, sentia palpitar apresuradamente su corazon.

—¿El oficial Fitzalan, dijo Adela con voz temblorosa, ha continuado siendo amigo vuestro, os ha escrito?

—No hace mucho que respondí á su última carta y por cierto que tengo de él buenas noticias que daros, y deberia enojarme con vos porque nada me habeis preguntado acerca de él.

La señora Hovel contó en breves palabras á Adela todas las vicisitudes que ella sabia de la existencia de Oscar y terminó diciendo:

—De manera que hoy dia todo es felicidad á su alrededor.

—Y así, le interrumpió Adela, es de presumir que acabe por ser dichoso.

—Yo así lo espero, le replicó su amiga, y aun creo que sin que él lo sepa ha empezado á obtener recompensa de su amor.

—¿De su amor?

—Sí, amiga mia. ¿Creeis vos que un cariño tan puro, tan constante como el suyo no habria sido bien correspondido de toda mujer capaz de comprenderlo? Hasta ahora mi deber consistió en combatir en vos todo afecto que pudiera ser vergonzoso, impropio de vuestro decoro; mas hoy, amiga mia, hoy que sois libre, yo que tanto os amo me complazco profundamente en considerar la dicha que os espera.

Adela turbada habia ido cogiendo la mano de su amiga y la estrechaba fuertemente.

A los labios de la señora Hovel asomaba una dulce sonrisa que era para Adela indicio de que podia abrigar gratas esperanzas.

—Al fin viendo esta que su amiga callaba, le dijo con acento revelador de la dulce agitacion de su pecho:

—Hablad, explicadme... ¿por qué habeis dicho que me espera la...

—La felicidad: podeis repetir esa palabra; que parece que le teneis miedo.

—¡Ay! exclamó Adela, hace tanto tiempo que la felicidad huyó de mi pecho...

—Razon de mas para creer que pronto estará de vuelta. Yo os hablé de vuestra próxima dicha, porque supuse que la encontrariais en el amor de un hombre honrado, leal,

pundonoroso, noble y rico; que os amó siempre, que os respetó y admiró y compadeció siempre.

—¿Qué hablais, señora?

—Hablo de Oscar.

—Pero Oscar Fitzalan...

—A quien supongo vuestro futuro esposo.

—¡Oh... no supongais, amiga mia...!

—¿Pues acaso me he de figurar que hayais de vivir apartados amándoos, siendo libres...

—¿No sabeis que tuve que pasar por la triste humillacion que el oficial Fitzalan me impuso? ¿No os acordais de que mi padre le ofreció mi mano?

—Sí.

—¿No sabeis que entonces yo niña y amiga suya le habria tomado por esposo?

—Lo sé.

—¿Y habeis olvidado que Oscar Fitzalan rechazó mi mano?

—¡Oh, basta, hija mia, basta! Perdone la memoria de Belgrave; que la memoria de los muertos no debe honrarse deshonrando á los vivos. Fuisteis víctima de una infamia entonces y lo sois ahora de un error, querida Adela. Jamás habria rechazado Oscar la mano de aquella á quien amaba de todo corazon y cuya pérdida le sumergió en la mas profunda tristeza. Yo sé lo que padeció y padece por vuestra causa; yo he sido la depositaria de sus secretos y á mí me amó por haberme conocido á vuestro lado.

—¡Cómo! No habria renunciado á mi mano, decís, y sin embargo... ¿Mas por qué habeis pronunciado un nombre...

—¿El nombre de Belgrave? Porque él fué quien os engañó á vos, engañó á vuestro padre y engañó tambien á Oscar. Él con su malicia consiguió hacer creer al desdichado amante que vuestro padre no le admitiria jamás por yerno; él le hizo escribir la carta...

—Pero... ¿es cierto lo que me decís, querida amiga; no es un sueño; no es un medio de que os valeis,..?

—Os perdono esta duda, mi pobre Adela, porque veo que no nace de poca confianza en mí, sino de desconfianza en vuestra suerte. Venid, calmaos, moderad la agitacion de vuestro ánimo y escuchadme atenta: voy á referiros la historia del amor de Oscar.

Sentáronse en un banco de piedra, y la señora Hovel explicó á Adela todos los pormenores de que ya se ha enterado el lector en el curso de esta historia.

Al oir Adela cuánto habia padecido su leal amante á consecuencia de las traiciones de Belgrave y cuánto por su amor habia sufrido, prorumpió en amargos sollozos y reclinó la cabeza en el seno de su amiga.

—¿No es verdad, le dijo esta, que vuestras lágrimas son una muestra del afecto que le profesais; no es verdad que si estuviera en vuestra mano le recompensariais de cuánto ha padecido?

—¡Oh sí! Alma generosa que ha devorado sus amarguras; que ha respetado mi decoro y mi reposo...

—Y añadid que al fin se gozará en ser testigo de la amorosa agitacion de vuestro pecho; porque me escribió que deseaba visitarme y yo le dije que no fuese á mi casa sino á esta quinta.

—¡Cómo! ¡Se lo habeis dicho! Y... ¿va á venir?

—¿Y si estuviese ya aquí?

—¡Aquí... Dios mio! Mi querida amiga... Oscar aquí... yo en su presencia...

Abrazó Adela á la señora Hovel y ocultó la frente entre sus manos.

CAPITULO LXXXVI.

Recompensas.

La señora Hovel comprendió cuánto rubor y al mismo tiempo cuánta satisfaccion revelaba el movimiento de Adela, y despues de contemplarla un momento embelesada dijo:

—Seamos razonables, Adela. Oscar está aquí y ha de veros. Vamos pues á recibirle: no hay para qué negar que le amais.

—Desde que me habeis hecho sabedora de lo que por mí ha padecido, le amo.

—¿Y antes no? le preguntó sonriendo su amiga.

—Le he vuelto á amar, como en aquel tiempo.

Levantáronse ambas y entraron en la casa.

Al ruido de los pasos de Adela se estremeció el corazon de Oscar, y ella no podia pasar el umbral.

Entonces la señora Hovel, viendo á los dos igualmente turbados, abrió los brazos de Adela y enlazó con ellos el cuello de Oscar.

Estremecióse él al suave contacto, y dando un grito la estrechó contra su pecho con el trasporte de su apasionado afecto.

—¡Vuestra es! dijo la señora Hovel, os ama y sabe que vos no habeis dejado de amarla nunca.

—¡Nunca! repitió Oscar estrechando otra vez á Adela entre sus amantes brazos.

—Sabe lo mucho que habeis padecido, lo que os habeis sacrificado por ella...

—¡Y yo me creia despreciada! exclamó al fin Adela, y dejando caer la cabeza sobre el hombro de Oscar le devolvió con un tímido abrazo sus arrebatadas caricias.

La señora Hovel les hizo ocupar dos sillones, y ella se sentó en medio, en el sofá.

Contemplóles enternecida, y viendo enfrente el retrato del general Berbice, unió las manos de los dos amantes diciendo:

—¡Oh si vuestra ternura paternal, si vuestra alma afectuosa se regocija ahora en el cielo viendo á estos dos séres que os fueron tan queridos, sabreis tambien que á lo menos ellos no os han olvidado!

—No, jamás, exclamó Oscar estrechando con ambas manos la de Adela; tú ves, oh venerable anciano, mi corazon: yo juro consagrarle á la felicidad de tu hija; poco me parece ahora lo que he padecido por ella, y mientras dure mi vida durará el amor que le he profesado siempre.

Adela al oirle expresar sus sentimientos con aquellas

frases nacidas del corazon, sintió los ojos bañados en llanto.

La señora Hovel la reprendió dulcemente; Oscar le suplicó tambien que no llorase y sus palabras la calmaron.

Cuando se hubo recobrado algun tanto preguntó á Oscar cómo se habia trasladado tan oportunamente á la quinta, y él le refirió que habiendo escrito á la señora Hovel que tenia determinado ir á verla y sabiendo por ella que iba á partir de su casa para pasar á aquel sitio, habia replicado él á vuelta de correo que le sirviese de mediadora para no ser mal recibido.

—En aquellos momentos, añadió Oscar, acabábamos de saber el acontecimiento que os ha devuelto la libertad, dejándoos dueña de vuestro corazon y vuestra mano.

La señora Hovel aprovechó aquella coyuntura para hablarles de su matrimonio y convinieron en que se celebraria en habiendo espirado el plazo del luto.

Despues de tratar esta materia hablaron de lo que harian mientras llegase dicho plazo.

Los esposos Hovel no podian permanecer en la quinta: era necesario el reposo doméstico al esposo, y ella queria abrazar cuanto antes á su hijo.

Oscar y Adela comprendieron que los esposos Hovel tenian razon en desear volverse á su casa.

Adela bajó la cabeza entristecida, temerosa de la soledad que la amenazaba.

Oscar le cogió la mano y dijo:

—Dadme licencia para que os proporcione una compañía que no dudo ha de seros agradable.

—¿Quién podrá querer molestarse residiendo en este

sitio que sólo para muy pocas personas puede tener atractivos?

—Dejadme suplicar á mi hermana la condesa de Rosven que venga con su esposo á pasar aquí una temporada, y no dudeis que vuestra presencia será para ellos un atractivo poderoso.

Hízolo así Oscar con el permiso de Adela, y escribió á Amanda y á Mortimer, diciéndoles además que despues él les acompañaria al castillo de Carberry y á la abadía.

Los dos esposos contestaron inmediatamente aceptando y advirtiendo que su carta no les precederia de mucho.

En efecto, al cabo de muy pocos dias, Oscar se vió rodeado de los séres mas queridos á su corazon.

Amanda y Adela se abrazaron cariñosamente y dieron á conocer en breve que no dejarian nunca de ser leales amigas.

Araminta y la señora Dormer, que acompañaron á los nuevos esposos, manifestaron tambien las mayores simpatías por Adela.

Despues de dejar establecidos los lazos de tan fina amistad entre sus amigos, la señora Hovel volvió á tratar de marcharse.

Adela no pudo contener el llanto al pensar en que al fin se habia de separar de aquella respetable amiga á quien consideraba como una segunda madre.

Estrechóla fuertemente contra su corazon, rogóle que no la olvidase, que estuviese pronto de vuelta, y á cada palabra le quitaba la voz el llanto.

—Hija de mi corazon, le dijo la señora Hovel, me es muy grato ver que por mí verteis esas lágrimas; mas si

por un lado me halaga el ver que correspondeis á mi afecto, por otro lado me aflige el tener que dejaros llorosa. Considerad que os rodea la familia del que ha de ser vuestro esposo, y ya que Dios os le ha conservado tras tantos azares y amarguras, no os mostreis ingrata con él y vuelva la plácida sonrisa á vuestros labios. Si un dia os fueren necesarios mi compañía, mi celo, ¿no estais acaso bien cierta de que me veriais inmediatamente á vuestro lado? No lloreis: voy á buscar al hijo único que me queda; tomad parte en mi maternal alegría y no con vuestro desconsuelo acibareis uno de los pocos momentos que espero sean risueños en mi existencia.

Las primeras observaciones de la señora Hovel calmaron la angustia de Adela.

—Id, amiga mia, id, dijo abrazando á su amiga; gozad del tardío bien que el cielo os concede, y ojalá sea tan duradero como yo deseo y vos mereceis.

Su despedida fué igualmente tierna; pero Adela, en vez de abandonarse á la tristeza vió partir á su amiga con cierta satisfaccion, pensando en el placer que experimentaria al abrazar á su Eduardo.

Veinte dias habian trascurrido cuando todos los moradores de la quinta se encaminaron al castillo de Carberry.

Amanda al penetrar por sus puertas se sintió profundamente conmovida por los recuerdos que guardaba su corazon de aquella morada que habitara en compañía de su padre.

Acordóse del dia en que enferma y abatida por el peso de la desgracia, llegara á aquellas puertas, cuyos umbrales habia ya traspuesto su padre para no volverles á pisar;

acordóse con mayor pena de haber ido desde allí á la habitacion del mísero aldeano entre cuyas paredes habia exhalado el bravo Fitzalan el último aliento.

El mismo sentimiento que pocos dias antes habia hecho derramar lágrimas á Adela ante el retrato de su padre, provocó el llanto de Amanda en el castillo de Carberry.

—¡Oh si mi padre pudiese ser testigo de mi felicidad! exclamó, y acostumbrada á dominarse queria esconder su pena, pero Mortimer la enlazó en sus brazos diciendo:

—Llora, Amanda, llora; no niegues por vanas consideraciones el pobre tributo que puedes pagar á la memoria del hombre honrado, valiente y piadoso que hemos perdido.

Las palabras de Mortimer produjeron tan buen efecto en su esposa, que sus lágrimas brotaron con mayor abundancia; pero se convirtieron en lágrimas dulces como el amor que las habia hecho nacer.

Desde el castillo quiso ir Amanda al convento de Santa Catalina á mostrar á las buenas religiosas que no las habia olvidado, y así lo verificó en efecto.

Todas ellas la recibieron con júbilo y especialmente sor María, á quien le faltó poco para desmayarse al ver en su presencia á Amanda, no triste y abatida como solia, sino con el semblante expresivo de la dicha.

Mortimer y Amanda correspondieron con la mayor sinceridad al regocijo que habia producido su llegada, y despues se enteraron minuciosamente de las necesidades que podian socorrer y de las miserias que podian aliviarse con dinero.

A todos los menesterosos dejaron contentos; aseguraron el porvenir de muchos que por sí mismos no podian valer-

se, y en resúmen, hicieron buen uso de parte de sus riquezas.

La alegría de todas aquellas familias se aumentó al oir de labios de Amanda que el propósito de su esposo era pasar todos los años una larga temporada en el castillo de Carberry.

La noticia cundió con rapidez por los alrededores, y mientras los nuevos condes de Rosven permanecieron allí fueron de continuo visitados y obsequiados de los aldeanos que veian en ellos la imágen de la Providencia en la tierra.

Al cabo de seis semanas pasadas en Carberry emprendieron el viaje á la abadía.

El antiguo edificio estaba muy mejorado en su interior.

En él encontraron Mortimer y Amanda todas aquellas pequeñeces que contribuyen á hacer agradable la vida.

Allí determinaron establecerse hasta la época señalada para el casamiento de Oscar con Adela.

Entre tanto visitaron el país, se entregaron á alegres fiestas, pero sin olvidar nunca hacer todo el bien posible á sus habitantes.

Poco despues de su llegada al castillo, Oscar habia ido á decir al marqués de Rosline que su hermana estaba dispuesta á hacer una visita á su tia Augusta si ella no tenia inconveniente en recibirla; pero la marquesa, que se habia puesto enferma de gravedad, murió por aquellos dias.

Amanda habia ido al mismo tiempo á ver á la señora Duncan.

Esta señora vivia cerca del pueblo, en una linda casita donde se habia retirado al dejar su tia el cuidado de la abadía de Murley.

Abrazáronse muy contentas ellas: las niñas lloraron de gozo al volver á verse en brazos de su antigua preceptora, y como no querian separarse de ella, Amanda se las llevó junto con su madre y las tuvo largo tiempo á su lado como verdadera amiga.

En la abadía respiraba todo paz y contento y dentro de aquellos muros los corazones palpitaban en armonioso concierto con los de sus dueños.

Amanda lloró alguna vez; pero siempre de placer, y nunca se lamentó de lo que habia padecido por alcanzar la dicha que gozaba.

CAPITULO LXXXVII.

Conclusion.

Llegó por fin el anhelado instante de que Oscar se uniera á su querida Adela con vínculos eternos.

Todos se esmeraron á porfía en que Adela notase el gusto con que veian formarse aquellos lazos.

Mortimer y Amanda supieron escoger ricos presentes que fuesen testimonios de su aprecio.

La ceremonia sin embargo se celebró sin ostentacion y como quien dice en familia.

Asistieron á ella como testigos muy pocos amigos; pero despues hubo un gran convite para todos los aldeanos y otro para todos los arrendatarios.

Al salir de la mesa hubo juegos animados por toda aquella numerosa muchedumbre, y despues refrescos, baile y cena

Aquí deberíamos dar por terminada la historia de los sucesos de Oscar y Amanda; pero creemos haber contraido

con los lectores una deuda, cual es la de enterarles concisamente de la suerte que cupo á algunos de los numerosos personajes de que hemos tenido que hacer mencion en nuestro relato.

Vamos, pues, á cumplir con nuestro deber, no diciendo de cada uno de ellos sino aquello que baste á satisfacer la curiosidad despertada con la lectura de las páginas que anteceden.

La primera persona de quien debemos hablar es la señora Devons, que hubo de renunciar á su loco proyecto de casarse con el padre de Mortimer, pero siguió mucho tiempo al lado de los marqueses de Rosline, no porque les tuviese inclinacion alguna sino porque vivia á sus expensas y nada le faltaba á su lado.

Muerta Eufrasia, la tristeza que reinó en la casa y los cuidados que necesitaban los marqueses se le hicieron insoportables, y se retiró á Bath, diciendo que no queria ser enojosa á aquella ilustre y apreciable familia sumida en el dolor. Allí conoció á unas mujeres chismosas, curiosas y casamenteras, y creyó hacer negocio casándose con un hombre jóven, que terminaba su carrera y esperaba heredar á un tio suyo muy rico.

Precisamente el nuevo esposo de la señora Devons preciado de hermoso y de futuro millonario era el castigo que la señora Devons merecia. La derrochó gran parte del dinero, la sometió á la mas dura tiranía y la hizo enfermar, despues de muchas amarguras. Al sentir que su fin estaba cercano envió un recado á Leoncio Vatel para que se dignase ir á verla.

Leoncio, bueno como siempre, y aplacado su rencor desde

que aquella mujer ya no podia hacer padecer á su esposa é hijos, no tuvo reparo en visitarla, y de sus labios mismos oyó como se acusaba ella de haberle despojado inicuamente. Despues de esta confesion le pidió que la perdonase y le hizo entrar en posesion de sus bienes.

Al dia siguiente falleció la señora Devons.

La señora Hovel vió á su hijo Eduardo y experimentó la mayor satisfaccion que pueda experimentar una madre. Su hijo era bueno, honrado, laborioso y merecia el aprecio de cuantos le trataban.

Permaneció una buena temporada con él admirando al mismo tiempo las bellas cualidades de Emilia, y despues se volvió con su marido á la casita que tantos años habia habitado sola.

Carlos Bingley no dismintió jamás la fama de buen caballero que habia sabido granjearse.

Dos años vivió lejos de Amanda, evitando como hombre discreto su presencia y evitando tambien que se pudiese decir que huia de ella.

Aquellos dos años los empleó en convencerse á sí mismo de que debia acostumbrarse á mirar á Amanda como esposa y hermana de dos honrados amigos suyos.

Mortimer, que se encontró con él por casualidad, le suplicó que honrase su casa, y con tantas veras y tan vivas instancias lo hizo, que Carlos no pudo negarse á complacerle so pena de caer en descortesía.

Vió á Amanda, y la inocente aficion que le manifestó ella y el sello de castidad que llevaba impreso en la frente acabaron de desvanecer en él todo resabio del amor primero, aumentando su estimacion y respeto.

Fué largo tiempo testigo de la felicidad de las dos amantes parejas que se albergaban en aquella morada, y el espectáculo de aquella dicha tranquila, suave y jamás interrumpida le disgustó de la vida errante que hasta entonces llevara.

Veia de continuo á Araminta descubria á cada paso en ella una cualidad apreciable, y se aficionó á ella de suerte que un dia no pudo ocultarle el estado de su corazon.

Araminta que tenia formado un alto concepto de Carlos Bingley antes de tratarle, sólo por lo que de él habia oido decir, escuchó muy gustosa su declaracion y le autorizó para que pidiese su mano á Mortimer.

Todos acogieron gustosos la proposicion, y Carlos disfrutó una dicha igual á la del conde de Murley y á la del de Rosven.

El marqués de Rosline pasó el resto de sus dias alejado completamente del mundo.

La familia de la nodriza creció y cundió siempre amparada por la bella Amanda.

¿Y Love? el insustancial esposo de la desgraciada Eufrasia volvió á ser la gala de la moda.

Sus pecheras fueron siempre intachables y el lazo de sus zapatos una obra maestra de simetría.

Hizo saber donde no lo sabian que una rica heredera escocesa habia muerto arrastrada de la pasion que él le habia inspirado, y aunque no volvió á intentar nuevas conquistas, se calificó á sí mismo de amante irresistible.

Los condes de Murley tuvieron una descendencia que honró el ilustre nombre de sus abuelos.

Fueron buenos y sencillos y recibieron una educacion

sensata. Desde muy niños aprendieron que los únicos títulos verdaderamente respetables son la virtud y el talento bien aplicado. Se les enseñó á no fiar en el poder del oro, y se les enteró de las desgracias de sus padres para que no despreciasen nunca á nadie por muy abatido que le viesen por el rigor de la fortuna.

Su conducta fué el gran premio, el mas gran consuelo que recibieron sus padres.

Contemplando sus acciones y admirando en secreto sus virtudes, Oscar decia entre sí:

—Benditos seais, los que tanto embelleceis los dias de vuestra madre.

Amanda los contemplaba tambien y decia:

—El cielo os bendiga, ya que así honrais el nombre de vuestro padre.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE.

TOMO SEGUNDO.

I. Vislumbres de esperanza. 5
II. Una visita simpática. 13
III. ¿Recobrará Amanda la paz? 23
IV. Nuevas proposiciones. 35
V. Mala aparicion.—Las esperanzas se desvanecen. . 44
VI. Grande acontecimiento. 52
VII. Revelaciones. 64
VIII. Propósito y desistimiento. 79
IX. Provocacion. 87
X. Lord Rosven se desengaña. 103
XI. Mortimer en el convento. 119
XII. La sombra de Belgrave 134
XIII. Lord Rosven. 145
XIV. Nuevas angustias de Amanda. 153
XV. El secreto de lord Rosven. 162

XVI. La mujer fuerte. 171
XVII. Prudencia y resolucion.. 180
XVIII. La víctima acude al sacrificio. 190
XIX. ¡El cielo ampare á todos! 202
XX. Nueva peregrinacion de Amanda. 216
XXI. La casa de la señora Ferson. 226
XXII. Amanda en la escuela. 235
XXIII. Correspondencia de Amanda. 245
XXIV. Las heces de la copa. 254
XXV. Partida de Mortimer. 265
XXVI. Una visita. 274
XXVII. Proyecto en ciernes. 283
XXVIII. Enojo de la señora Ferson. 293
XXIX. Ciertas noticias sobre lady Isabel. 303
XXX. La abadía de Murley. 318
XXXI. Malas nuevas. 327
XXXII. La capilla. 337
XXXIII. Una aparicion. 346
XXXIV. El testamento. 355
XXXV. Desengaño del conde Murley. 366
XXXVI. Una pasion criminal. 379
XXXVII. La guerra en la familia 393
XXXVIII. La falsa blandura de Rosline. 398
XXXIX. La pasion que ciega á Isabel y la pasion que abre los ojos al marqués. 408
XL. El castigo de Isabel. 417
XLI. La prision en el palacio. 427
XLII. Amanda en Londres. 439
XLIII. Nuevo azar. 453
XLIV. Apuros de Amanda. 461
XLV. Prevision de un disgusto. 474
XLVI. La señora Dormer, Mortimer y Amanda. 484

XLVII. Triste despedida. 501
XLVIII. Funesta reyerta. 510
XLIX. Nuevo rigor de la suerte. 519
L. El grito de Leoncio. 528
LI. Habla la señora Cónels 538
LII. Amanda y Emilia. 555
LIII. Narracion de Emilia. 563
LIV. Prosigue Emilia su relato. 574
LV. Desagradable sorpresa. 582
LVI. Una mujer malévola. 590
LVII. La señora Vatel y la señora Cónels.. 598
LVIII. La casa de Richemont. 611
LIX. Amanda en el desamparo. 626
LX. La piedad sin el aprecio. 635
LXI. Consejo de comadres. 644
LXII. Ultima estratagema de Belgrave. 653
LXIII. ¡Asesino! 661
LXIV. Belgrave es conocido. 670
LXV. La muerte de Belgrave.. 678
LXVI. Amanda se recobra. 688
LXVII. Oscar en libertad. 697
LXVIII. Nuevos proyectos. 706
LXIX. En la aldea. 716
LXX. La familia de la nodriza. 725
LXXI. Fallecimiento de lord Rosven. 734
LXXII. Explicacion. 747
LXXIII. Trastorno general. 756
LXXIV. Noticia terrible. 766
LXXV. Cómo habia muerto Eufrasia. 774
LXXVI. Sorpresa doble.. 782
LXXVII. Nueva vicisitud de Mortimer. 791
LXXVIII. La familia se va reuniendo.. 799

LXXIX. Oscar, Amanda y Mortimer. 808
LXXX. Casamiento de Amanda y Mortimer. . . . 817
LXXXI. Un incidente. 826
LXXXII. La bienandanza cunde. 834
LXXXIII. El padre de Juliana. 841
LXXXIV. Los esposos de Marlove. 849
LXXXV. Adela sabe el sacrificio de Oscar. 858
LXXXVI. Recompensas. 867
LXXXVII. Conclusion 875

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Tomo 2.°

Oscar. 2

Aquel hombre era Belgrave. 47

Sólo falta que digais que la autora de la trama fuí yo. . . . 92

Mortimer. 103

Amanda, durante mi ausencia he pedido á Dios muchas veces. . 125

¿Qué debo esperar? ¿Es favorable vuestra respuesta? . . . 199

Emprendió pues su tarea dando un suspiro. 238

¡Hija de Malvina! ¡Hija de los Murley! recibe de mi mano el testamento de mi esposo. 360

Al entregar el retrato se le heló la voz en la garganta. . . . 489

Belgrave. 518

El cansancio, la vigilia, la fuerza incontrastable la rindieron. . 634

Muerte de Belgrave. 687

Y al detenerse al umbral vió á su nodriza sentada en un rincon haciendo calceta. 721

Amanda vestida de novia. 818

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

Tomo 2.°

Oscar. 2

Aquel hombre era Belgrave. 17

Solo falta que digais que la autora de la trama fui yo. 92

Mortimer. 101

Amanda, durante mi ausencia he perdido á Dios muchas veces. 125

¿Que debo esperar? ¿Es favorable vuestra respuesta? 139

Empuñando pues su lanza dando un suspiro. 238

¡Hija de Malvina! ¡Hija de los Morlés! recibe de mi mano el tu-
nuelo de mi esposa! 300

Al entregar el retrato se le heló la voz en la garganta. 320

Belgrave. 328

El casamiento, la vigilia, la horca inconmutable la rindieron. 334

Mueve de Belgrave. 367

Y al deberse al mundo! vió á su madrina sentada en un rincon
haciendo calceta. 721

Amanda vestida de novia. 818

JULIETA Y ROMEO.

(LOS AMANTES DE VERONA.)

POR

D. ENRIQUE VILLALPANDO DE CÁRDENAS.

NOVELA

TOMADA DEL CÉLEBRE DRAMA INGLÉS DEL MISMO NOMBRE

ESCRITO POR

GUILLERMO SHAKESPEARE.

ILUSTRADA CON PROFUSION DE HERMOSAS LÁMINAS.

PROSPECTO.

Con dificultad podria citarse un asunto mas popular y mas dramático que el de los amores de JULIETA Y ROMEO.

¿Quién no ha oido mentar mil veces los nombres de los dos apasionados amantes varoneses? ¿quién no los ha oido citar como modelos de enamorados? ¿quién no ha deseado saber su historia?

Desde hace dos siglos que el inmortal poeta inglés dió vida y forma artística á esa antigua crónica italiana, todas las generaciones, todos los pueblos civilizados han rendido el tributo de su ternura y sus lágrimas á aquellos dos preciosos tipos, tan amorosos como inocentes, tan desgraciados como simpáticos.

JULIETA Y ROMEO son personajes italianos; pero de tal manera los hizo sentir y pensar el poeta, que los hizo universales, y despues de conocerles todo el mundo piensa y siente como ellos.

Aquel tierno afecto que se manifiesta en ambos avasallador desde los primeros albores de la juventud; aquella firmeza en medio de tanta ternura; aquellas horas de triste desaliento y de prolijo penar que sobre ellos pesan, no pueden dejar de conmover nunca, y pasarán mas siglos aún y no habrá menguado la virtud, la fuerza mágica que encierran sus aventuras, ni dejará de interesarse por ellos ningun corazon sensible.

Todo lo que les rodea parece pequeño á su lado, menos el talento del inmortal autor que les dió vida.

Este talento del cual nace la belleza de la obra, se patentiza no sólo en las bellas figuras de los dos personajes principales, sino en todas las que intervienen en su accion, siempre nutrida, siempre amena é instructiva, siempre ceñida estrechamente á la verdad con los fuertes é invisibles lazos del arte elevado á su mayor altura.

La bondad del religioso fray Lorenzo, que á una probidad exquisita reune la mas sagaz experiencia; la dulzura de la madre de Romeo; el orgullo y la altivez de Rosalina, que despues de reirse del amor es por el amor mismo castigada; las amenas descripciones y al mismo tiempo la magnitud de los sucesos que interrumpen la paz de todo un pueblo, creemos que constituyen una obra de las mas á propósito para excitar el interés del lector.

Por eso somos los primeros en dar forma de novela al argumento de JULIETA Y ROMEO, que hasta hoy dia estuvo encerrado en los estrechos límites del drama.

Difícil era el trabajo que habia que realizar para fundir en una nueva turquesa la obra dramática; mas esperamos que el fallo del público ha de confirmar en breve el acierto con que la refundicion ha sido hecha.

El autor de este delicado trabajo es don Enrique Villalpando de Cárdenas, bien conocido del público en general y sobre todo de nuestros numerosos favorecedores, que acaban de ver con cuánta brillantez ha dado feliz término á la refundicion de *Oscar y Amanda*.

La obra que anunciamos hoy encierra un profundo estudio de las pasiones humanas, mas variadas escenas, mas grandioso argumento, y exigia por lo tanto desplegar en su composicion mejores dotes; pero lo repetimos: nos lisonjea la esperanza de que el público considerará la novela JULIETA Y ROMEO digna del drama de que se ha tomado y que formará un favorable concepto de su mérito desde las primeras páginas, cuya lectura no vacilamos en recomendar á las personas de buen gusto.

Esta publicacion constará de dos tomos de regulares dimensiones ilustrada con magníficas láminas como la obra que acabamos de publicar de OSCAR Y AMANDA.